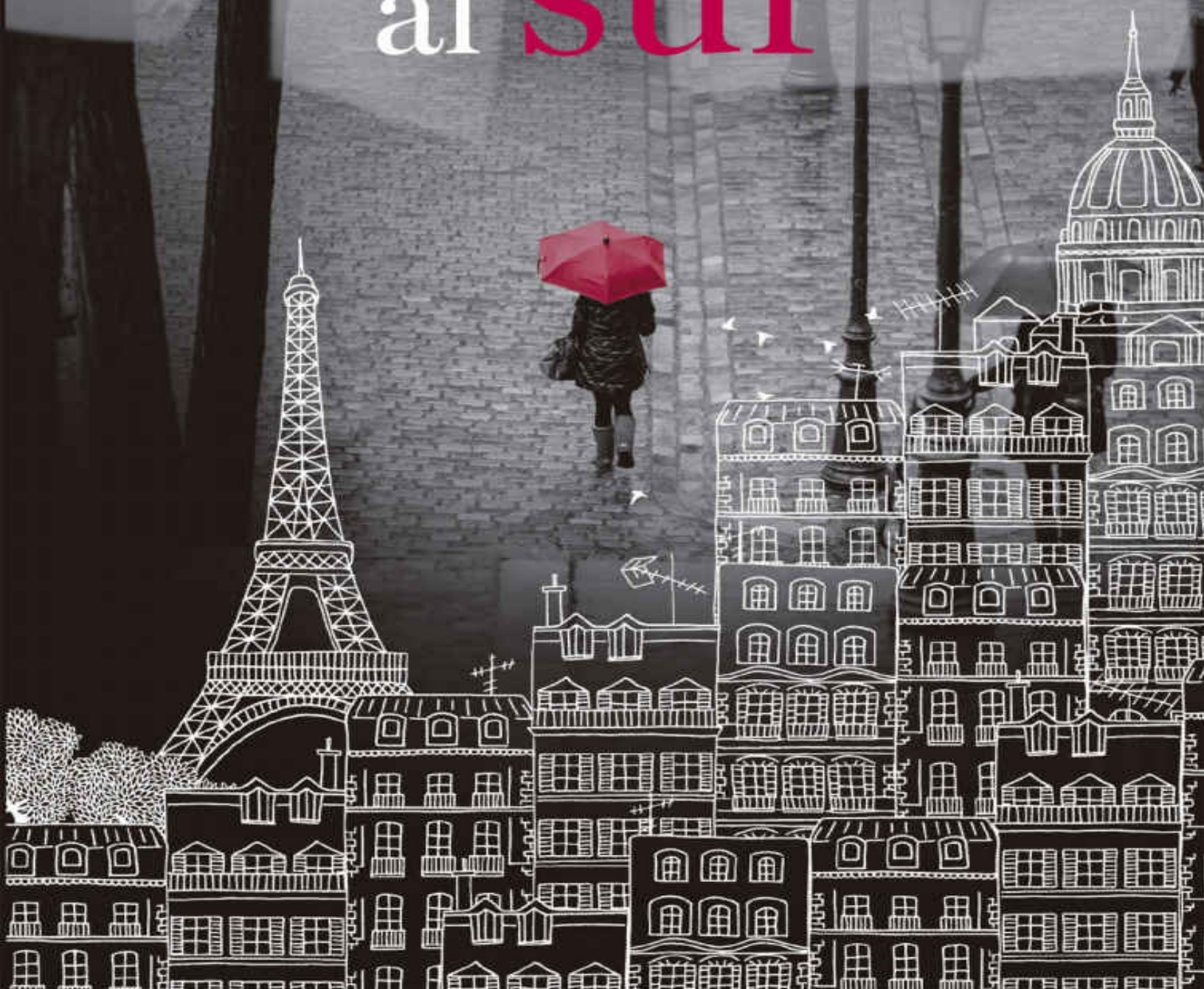


GABRIELA EXILART

Con el
corazón
al **SUR**



Gabriela Exilart

Con el corazón al sur

P&J

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

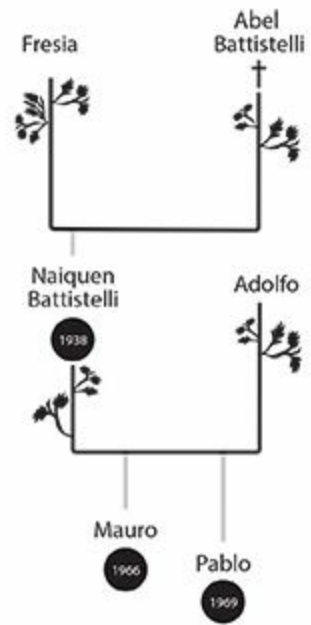
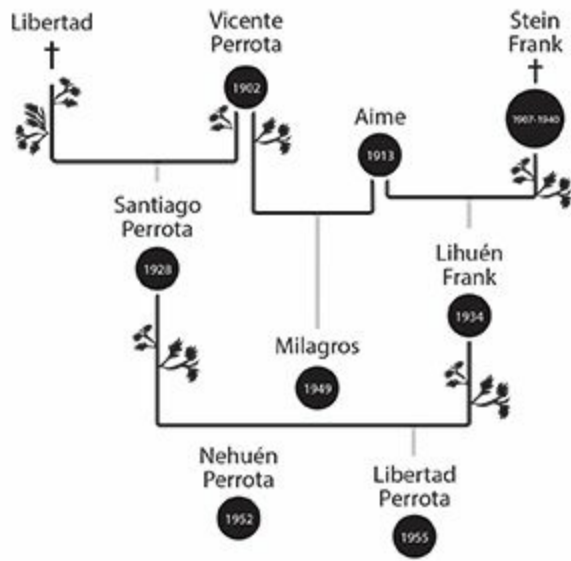
| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para mi amiga Gladis Díaz, ella sabe por qué.

*En memoria del verdadero Wenceslao
y de tantos otros desaparecidos.*

“No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza. La gente queda dolida, la tierra queda dolida. Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire. Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano. El sol me mira cuando ellas respiran en la noche, duelen de noche bajo el sol.”

JUAN GELMAN



JAMÁS OLVIDARÍA SU NOMBRE

PRÓLOGO

Creció gestando en su interior un monstruo al que no podía poner nombre ni hallarle explicación. Era un latir intenso en su pecho de niño, una emoción reprimida. Las palabras que escuchó cuando apenas era un muchachito de pantalones cortos jamás se le borraron de la memoria y en momentos de soledad o hastío repetía incansablemente ese apellido que había arruinado su vida torciendo su rumbo hacia destinos de odio y deseos de venganza.

Nunca olvidaría el rostro de su madre bañado en llanto ni la mano férrea de su tío obligándolo a mantenerse entero.

—Los hombres no demostramos lo que sentimos —había dicho mientras cerraba los dedos en su hombro.

El niño de entonces pudo sentir que su tío mentía, que sí demostraba lo que sentía porque se lo estaba transmitiendo en ese apretón, en su respiración húmeda y en el leve temblor de la barbilla que él espiaba desde su altura. Sus ojos oscuros recorrieron los rostros de los demás, y halló en ellos la misma falsa entereza, las miradas fijas en el ataúd, las manos en la espalda o sobre el hombro de los desvalidos representados por las mujeres y los niños de la familia.

Sus tías estrujaban sus pañuelos de puntillas, todas vestidas de negro, y sus primos querían salir corriendo de allí para ir a jugar a las bolitas o a la pelota, aunque sabían que no podrían hacerlo hasta tanto el muerto no recibiera su eterno entierro.

Su tío se hizo cargo de todo y debieron mudarse a la casa de él y vivir

junto con su tía y sus primos. Su madre quedó reducida a una visita a la que nada se le permitía hacer y día a día fue marchitándose.

La tía, madraza de cuatro varones, al principio se compadeció de él, el más pequeño de todos, y trató por todos los medios de devolverle la sonrisa a ese rostro taciturno y melancólico. Los primos ya usaban pantalones largos y acompañaban al padre en sus negocios mientras él quedaba condenado a las mujeres de la casa, que al poco tiempo se cansaron de intentar alegrarlo y lo dejaron en libertad de estar triste o ausente. Lito parecía abstraído de todos pero en realidad era una esponja que guardaba información. Sabía que algún día iba a tener la oportunidad de usarla y de reventar esa piedra que anidaba en su corazón y no le permitiría ser feliz.

Aunque la adolescencia le estalló en el cuerpo como a cualquier muchacho no logró que se olvidara de la misión que se había impuesto, y mientras sus compañeros de colegio pensaban en acostarse con jovencitas o se masturbaban día y noche porque no lo conseguían, él elucubraba la manera de alcanzar su objetivo.

El ejército se le presentó como la opción más viable, porque le permitiría tener los conocimientos necesarios y usar las armas. Siempre sería mejor a ser un delincuente, como había sido su padre. Porque pese a todo, no desconocía que Tito había sido un mafioso que había muerto en su ley. Las contradicciones ya habían dado paso a las deliberaciones y, si bien en algún momento se odió por sus pensamientos, había superado la etapa de los reproches y tenía una férrea decisión sobre los pasos a seguir.

Fue un soldado ejemplar, siempre dispuesto a acatar órdenes y a mantenerse alejado de los conflictos. Pronto su nombre empezó a circular entre los altos mandos y fue ascendiendo en las jerarquías hasta convertirse en capitán. El capitán Lito Napolitano.

Su nuevo escalafón lo bañó de poder y endulzado como estaba vivió una tardía adolescencia en el cuerpo de un hombre. Disfrutó de las mujeres hasta

el hartazgo, se envició con ellas tanto como con el poderío de su rango y su uniforme. No era apuesto pero sí interesante y las mujeres caían bajo el embrujo de sus penetrantes ojos oscuros.

Lito participó de varios operativos antes del golpe de Estado de 1976 y su piel se fue endureciendo lo mismo que su conciencia. En los comienzos no le parecía bien sacar información a los detenidos por medio de cruentos procedimientos, pero con el tiempo fue acostumbrándose.

El ejército le proporcionó un marco adecuado para su venganza. Y el golpe de Estado fue el broche perfecto para acceder a ella. Tenía todo el aparato a su disposición, podía hacer lo que quisiera.

Pero no era tan ambicioso, solo un nombre daba vueltas por su cabeza, un nombre que había escuchado entre murmullos luego del entierro. Sus tíos hablaban de una traición, la traición de un hermano de crianza que había desencadenado la muerte de su padre. Y por más que luego supo que uno de ellos se había “encargado” de ese sujeto y su familia, él se enteró, tiempo después, de que no había hecho el “trabajo” completo: la esposa había escapado con su hija llevándose el dinero robado a los Napolitano. Y un Napolitano no olvida. Por eso jamás olvidaría el nombre del traidor: Abel Battistelli.

CAPÍTULO 1

Buenos Aires, 1978

Bajó del tren y su mirada buscó entre la multitud el rostro conocido sin dejar por ello de prestar atención a sus hijos que querían moverse luego de tantas horas de quietud.

Sus ojos oscuros escudriñaron entre las personas que estaban en el andén pero no daban con la figura que buscaban.

—Pablo, vení acá —elevó apenas el tono de su voz para retener cerca de su pollera al pequeño de nueve años que ya corría en busca de nuevas aventuras. Mantenerlo quieto durante el viaje había sido una odisea que Naiquen había negociado con promesas de dulces y chicles cuando llegaran a destino.

De inmediato su hijo mayor corrió en su búsqueda y lo trajo de la mano, reprimiéndolo con palabras que la madre no escuchó a causa del bullicio que los rodeaba pero que adivinó en el gesto serio de su primogénito.

Mauro había asumido un rol que no le correspondía, tanto en la crianza de Pablo como en las responsabilidades que creía estaban a su cargo por ser el mayor, aunque solo contara con doce años.

—Vamos chicos, por favor, quédense conmigo —pidió acariciando el hombro de Mauro en señal de agradecimiento—, ya van a venir por nosotros.

El andén iba vaciándose y Naiquen avanzó hacia uno de los bancos para depositar las valijas. No tenía ganas de sentarse luego del extenso viaje, pero

al menos su equipaje no permanecería en el suelo.

El calor de Buenos Aires en nada se comparaba con el de Río Negro. El aire parecía irrespirable y gotas de sudor se deslizaron por su espalda. Tomó un pañuelo y se lo pasó por el cuello y la frente mientras sus hijos curioseaban sin alejarse demasiado.

Consultó su reloj y notó que hacía más de media hora que habían descendido del tren, temió que su prima se hubiera olvidado de ella. Desechó el pensamiento justo en el mismo instante en que un hombre aparecía corriendo frente a ellos.

—¡Lo siento! —dijo Santiago por todo saludo mientras miraba con ojos asombrados a los niños—. ¡Qué grandes que están! —Con efusividad abrazó a Naiquen—. Perdoná la demora, se me complicó en el diario. ¡Bienvenida a Buenos Aires!

—Gracias. —Naiquen sonrió ante su primo político disculpando el retraso—. Fuiste muy amable en venir a buscarnos, sé que estás en horario de trabajo...

—No es problema, ya estamos acá. —Y posando sus ojos verdes en los niños se presentó—: Yo soy algo así como un tío. —La declaración hizo gracia a Pablo que soltó una carcajada—. ¿Están cansados? ¿Tienen hambre?

—Sí, tengo mucha hambre —respondió el pequeño.

—Vamos a casa entonces, que la tía los espera para comer.

Santiago tomó las valijas y los guió para salir de la estación de trenes. Los niños miraban deslumbrados lo que para ellos era una gran ciudad. Comparada con Valcheta, Buenos Aires era un monstruo de cemento y ruido.

Naiquen los tomó de la mano para cruzar, ansiosa ante ese nuevo mundo al que tendría que adaptarse.

Un reluciente Peugeot 504 blanco los aguardaba para llevarlos a la casa. Santiago abrió el baúl y metió en él las valijas. Luego los invitó a subir. Los niños acariciaron los asientos de cuero a medida que avanzaban por las calles

demasiado transitadas para su gusto. Pablo pensó que no habría árboles donde colgarse y un dejo de tristeza tiñó de sombras sus ojos celestes. Mauro iba pensativo tratando de memorizar los sitios por los cuales circulaban. Todo le parecía demasiado monumental y no retenía a tiempo tantas imágenes nuevas.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó el hombre.

—Largo. —Fue lo primero que vino a la boca de Naiquen.

La mujer quería ser más simpática y locuaz con su primo político pero la distancia y los años sin verse le habían atenazado las palabras.

Santiago y su prima Lihuén habían pasado varios meses en su casa de Valcheta, pero de eso hacía ya más de dos décadas. Recordó con nostalgia esos tiempos felices en que Lihuén, con su hermosa panza, la hermana que no tuvo. Y si viajaba más atrás en el tiempo, imágenes de una tierna infancia la llevaban a Mendoza, a la casa de sus tíos Aime y Stein. Cuántos recuerdos cargaba sobre su espalda.

Los años en Mendoza eran brumosos, vagamente visualizaba la casa y una gran cocina donde se cocinaban manjares y vida. Los olores de las ollas se mezclaban con el pan recién horneado y las facturas que su tía Aime amasaba. De eso jamás se había olvidado y pese a que no tenía ese don para la repostería, de vez en cuando se afanaba en preparar alguna torta o pasteles para sus hijos.

La cocina la llevó a la hermosa historia que había protagonizado su prima junto con Santiago. Habían desafiado a sus padres para poder estar juntos y pese a su férrea oposición habían logrado casarse y criar a su hijo.

Naiquen había sido testigo de la culminación de ese gran amor, había visto a Lihuén llorar sin consuelo en la espera de su hombre, la había escuchado durante noches enteras, tomadas de la mano y apretadas en la misma cama, mientras le relataba cómo se había enamorado de su hermanastro.

En ese momento ella era una muchachita de catorce años y todavía no tenía

conciencia real de la gravedad de la situación; sentía normal la relación entre Lihuén y Santiago. Su propia madre, Fresia, vio con buenos ojos ese amor y ayudó a los amantes a salir adelante.

Jamás olvidaría el día en que Santiago arribó a Valcheta. Tanto le había hablado su prima de él que le tenía cariño aun sin conocerlo. A ese muchacho de ojos chispeantes y verdes se le había transformado el rostro cuando ella le confirmó que Lihuén vivía ahí. La joven Naiquen lo había abrazado con efusividad antes de conducirlo hasta la casa.

Al descorrer la cortina que separaba la cocina del exterior ambos habían visto a Lihuen descansando en la mecedora, iluminando la estancia con su vientre prominente y su mirada nostálgica. Las lágrimas de Santiago la habían impulsado a dejarlos solos pero su expresión en ese instante se le quedaría grabada para siempre.

Muchas veces Naiquen se preguntaba por qué ella no había podido vivir un gran amor. Por qué ningún hombre la había amado de verdad. Era la única en la pequeña familia a la que la vida le había negado la posibilidad de ser feliz junto a un esposo. Su madre se había casado enamorada de su padre; ella misma le había contado que Abel la había amado de manera incondicional. Pese a que no lo había conocido le tenía cariño y respeto por lo que sabía de él a través de los relatos de Fresia, quien siempre se había ocupado de retratarlo como un hombre cariñoso y digno.

Su tía Aime había tenido que luchar para poder concretar su amor, pero había contado con un hombre de la talla de Stein Frank a su lado, quien había abandonado su posición social y su bienestar económico para casarse con “la india”, como la llamaba su suegro. Aime y Stein habían pasado penurias pero en el corto tiempo que estuvieron unidos habían sido felices y había nacido Lihuén.

Ésta había heredado la fortaleza y decisión de su madre, y pese a todos los prejuicios se había casado con su hermanastro.

Las mujeres de su familia habían triunfado, ella no. Hizo a un lado el resentimiento que iba creciendo y volvió al presente.

Miró el perfil de Santiago y advirtió que pese a los años transcurridos seguía siendo atractivo. La madurez de sus cincuenta le quedaba bien y unas incipientes canas se colaban entre sus cabellos de color castaño claro. Sus ojos, apenas bordeados por unas finas arrugas, seguían siendo chispeantes y alegres. Ya no llevaba el flequillo cayéndole sobre la frente, ahora lucía el pelo más corto. Admiraba a sus primos, ellos habían arriesgado todo para estar juntos y contra todos los pronósticos habían salido adelante.

Santiago les iba relatando a los niños sobre la ciudad de Buenos Aires y respondía las preguntas de Pablo con entusiasmo.

—Ese es el Obelisco —dijo mientras cruzaban la 9 de Julio en dirección al barrio de Palermo. Había tomado ese camino adrede para mostrarles a los chicos el monumento.

—¿Y para qué sirve? —cuestionó Pablo, para quien todo tenía que tener una función.

Santiago rio.

—Para nada, se construyó en conmemoración de los cuatrocientos años de la fundación de la ciudad.

Mauro por su parte, quiso saber cuánto medía.

—Alrededor de 70 metros, no estoy muy seguro —respondió Santiago, contento de haber despertado el interés de los niños—, otro día podemos venir a dar un paseo.

—¿Falta mucho? —Pablo estaba cansado de tanto viaje.

—Enseguida llegaremos y la tía los recibirá con tortillas y churrascos. Supongo que les gustan las tortillas...

—¡Sí! Mamá nunca nos hace —se quejó el pequeño—, se le pegan todas... —Acompañó sus palabras con una risa.

Naiquen sonrió ante el comentario que tenía mucho de cierto.

Luego de bordear un lago, al cabo de unos minutos arribaron a la casa. Se notaba que había sido refaccionada recientemente y a Naiquen le llamó la atención que fuera de dos plantas.

Santiago lo notó y explicó:

—Este barrio es una mezcla de palacios y residencias donde vive la clase más acomodada con el vecindario de inquilinatos.

—Pero tu casa parece muy bonita —terció Pablo.

—Lo es, la mano de Lihuén se nota en cada rincón. Ella misma se ocupó de pintar ciertos sectores y decorarlos gracias a la ayuda de Lynette.

—¿Lynette? —dijo Naiquen mientras tomaban las valijas del baúl.

—La artista —sonrió Santiago poniendo los ojos en blanco—, ya te contará tu prima. Es la encargada del taller de arte.

Naiquen asintió y lo siguió hasta la entrada. Estaba ansiosa por ver a Lihuén. Tenían tantas cosas de qué hablar.

La puerta se abrió y los recibió lleno del olor de los jazmines. En la estancia iluminada por la ventana que daba a la calle, un jarrón colmado de pimpollos blancos reinaba sobre la mesita alta.

—Pasen, no sean tímidos —alentó Santiago al ver que los tres se quedaban amontonados en el recinto.

Al escuchar las voces la dueña de casa dejó los trastos de la cocina y fue hacia el comedor.

—¡Bienvenidos! —Corrió hacia su prima y la abrazó sin darle tiempo a reponerse de la emoción.

Naiquen se aflojó en brazos de la mujer y unas lágrimas asomaron en sus ojos negros.

—¿Cuánto hace que no nos vemos? —preguntó Lihuén sin dejar de mirarla.

Nada quedaba de la muchachita flaca y deslucida que había dejado en Valcheta. Su prima se había convertido en una mujer muy atractiva. Su

cuerpo se había llenado de curvas, sus ojos parecían más grandes y almendrados que los de su recuerdo y su cabello castaño oscuro seguía siendo salvaje. A pesar de que ya tenía cuarenta años su aspecto era el de una jovencita.

Naiquen por su parte realizó el mismo estudio en Lihuén y la halló hermosa como siempre.

—Más de veinte años...

La emoción le había impedido a Lihuén reparar en los niños por lo cual Santiago tuvo que hacérselos notar.

—Pero qué lindos hijos tenés... —observó acercándose a ellos—, vos debés ser Pablo.

El pequeño sonrió y Lihuén supo que había acertado. Le dio un beso en la mejilla y luego se dirigió a Mauro.

—Sos tal como te imaginé. —Lo besó también—. Vamos a comer, ya tendremos tiempo de hablar.

Ingresaron en la cocina y se dispusieron a disfrutar de la comida.

—¿Cómo está la tía? —quiso saber Lihuén.

—Mamá está bien, aunque ya se le notan los años. Se resiste a acercarse al centro de la ciudad, sigue alejada de todo. —Naiquen hizo un gesto de desaprobación.

—No pretenderás que cambie ahora —opinó Lihuén.

—¿Y tus hijos?

Los ojos grises de su prima se iluminaron.

—Nehuén haciendo su vida, como te conté en las cartas. Lo vemos poco...

—Es un hombre, Lihuén, no pretenderás que viva en casa —terció Santiago.

—¿Cuántos años tiene? —quiso saber Naiquen.

—Veintiséis —respondió la madre.

—O sea que hace al menos veinticinco años que no nos veíamos...

—¡Por Dios! ¡Cómo pasó el tiempo! Tenés razón... nos fuimos de tu casa cuando Nehuén era apenas un bebé.

—¿Y Libertad?

—¡Ay, mi hija...! Recién recibida de abogada, si bien vive acá casi ni le vemos el pelo.

—Ya tendré oportunidad de conocerla.

Los niños ya habían terminado de comer y lucían aburridos. Santiago lo advirtió y propuso un paseo por el barrio. Así las mujeres tendrían tiempo de charlar un poco a solas.



CAPÍTULO 2

A pocas calles de allí, en un departamento cuyas ventanas daban al Jardín Botánico, una pareja hacía el amor. Ella, de piel blanca y cabellos negros como la noche, iluminaba la estancia con sus ojos gatunos. Él, rubio y de ojos azules como el mar en un día soleado, la acariciaba con la misma pasión con que militaba.

La espalda de la joven se arqueaba a cada caricia de las manos del hombre y sus caderas subían y bajaban a ritmo, mientras su risa cristalina se elevaba en el aire.

—Te amo —susurró él, enfervorecido por la pasión que ella le despertaba.

—Y yo a vos. —Se desplomó sobre su pecho luego del orgasmo y lo besó en el cuello—. Deberíamos ir a buscar algo para comer.

—Esperá un rato... —rió el hombre— siempre tenés hambre luego de hacer el amor.

—Gasté mucha energía —respondió burlona.

Libertad se acurrucó sobre su hombro y se apretó contra él.

—¿Cómo va el tema? —No hacía falta que aclarara a qué se refería, ambos lo tenían bien presente. De pronto sus ojos verdes se aguaron. Disfrazaba su angustia con risas y cantos, pero en el fondo estaba triste.

—En dos semanas. —Él tampoco quería hablar de eso, le causaba la misma tristeza que a ella.

—Me gustaría que conozcas a mi familia...

—Sabés que eso no es posible —Wenceslao le apartó un mechón de pelo

que se le había deslizado sobre los ojos—, no es conveniente que te relacionen conmigo.

—Tengo miedo.

—Lo sé... pero está todo arreglado. Ni bien me instale mandaré por vos.
—La apretó contra su cuerpo—. Te amo Libertad, no podría vivir lejos de vos mucho tiempo.

—Ni yo.

La joven olvidó su hambre y se refugió en el cuerpo amado. Había conocido a Wenceslao en la facultad, cuando cursaba segundo año. De inmediato se había sentido atraída por ese joven de ojos de mar, alto y de buena presencia que se destacaba en todas las clases por su participación acertada. Los profesores lo consideraban uno de los mejores estudiantes y era admirado por sus pares. Libertad era una alumna más, del montón, no descollaba por su inteligencia ni se hacía notar, pese a ser alegre y segura de sí.

Eran tiempos turbulentos para Argentina, con un gobierno que tambaleaba y los militares acechando. Estudiar era una odisea, la violencia estaba a la orden del día, las bombas estallaban sin ton ni son y había que ser valiente para ir a la facultad. Libertad lo era, y pese a la oposición de sus padres cursaba la mayor cantidad de materias posibles. Wenceslao militaba en la Juventud Universitaria Peronista y participaba activamente en manifestaciones y actos. El joven estaba preso de ideales de justicia y soñaba con un país más equitativo donde todos tuvieran oportunidades. Junto con un grupo de estudiantes, que más que estudiar se dedicaban a hacer política, había sido captado por el accionar de los Montoneros, sin tener real conciencia de dónde se estaba metiendo.

Libertad se vio de inmediato seducida por ese líder estudiantil al que todos admiraban y no cejó en sus intentos por conocerlo. Fue en una fiesta privada a la que se hizo invitar donde finalmente pudo conversar con él. Tenía en ese

momento veinte años y todos los sueños a flor de piel. Wenceslao, concentrado en sus estudios y en la militancia, no tenía tiempo ni ganas de entablar una relación con una mujer, pero esa chica de gatunos ojos verdes logró captar su atención.

Lucía una minifalda de color verde fuerte y una blusa en tono celeste pastel lo suficientemente escotada como para dejar ver un busto pequeño pero firme. Las altas plataformas resaltaban sus piernas de modelo y su larga cabellera negra caía lacia sobre un hombro y envolvía su cuello dejando a la vista la piel sedosa de su garganta. Libertad no se dejó amilanar por esa mirada azul y le sonrió. Wenceslao apoyó el vaso de ginebra, se acercó a ella y la tomó de la mano, llevándola hacia el otro extremo de la casa donde el silencio y la oscuridad los cobijaron.

Sin decir palabra la apretó contra la pared y le dio el primer beso que ella recibió con sorpresa. Libertad no sabía besar y temió que él se desilusionara, pero el efecto fue el contrario.

—Yo te voy a enseñar —susurró sobre sus labios mientras le hacía sentir la dureza de su miembro.

Miles de cosquillas invadieron a Libertad y un sudor helado corrió por su espalda. La lengua de Wenceslao bailó con la suya y sus manos subieron de su cintura a sus pechos. Sabía que debía decir que no, que no debía ser una chica fácil, pero era tal la fascinación que él le causaba que no pudo. Se olvidó de las recomendaciones de su madre y de las charlas con amigas sobre lo que había y no había que hacer con un hombre. Solo contaba Wenceslao y su boca, Wenceslao y sus manos.

Libertad lo dejó hacer, sentía su pene contra sus muslos empujando cada vez con más fuerza y le parecía que sus piernas estaban mojadas. Wenceslao le había desprendido los primeros botones de la blusa y succionaba sus pezones con avidez. Todas esas nuevas sensaciones la reconfortaban sobremanera, apartaba la culpa y disfrutaba, temiendo que terminara ese

desfile de placer.

—¡Qué linda sos! —dijo él antes de alcanzar el clímax, entre jadeos y besos húmedos.

De pronto todo se había acabado y Wenceslao se arreglaba la ropa. Ella sentía la falda mojada y pegada a sus muslos, pero no quiso mirarse ni mucho menos tocarse. Sabía de qué se trataba y la vergüenza se apoderó de ella. Él debió advertirlo porque le preguntó:

—¿Estás bien? —Libertad asintió sin animarse a verlo a los ojos—. Mirame —como ella no reaccionaba le tomó la barbilla y le levantó el rostro—. Me gustó mucho lo que hicimos, pero la próxima vez lo vamos a hacer de verdad.— La besó en los labios y una sonrisa pícaro se dibujó en su boca—. En horizontal y sin ropa.

La tomó de la mano y volvieron a la fiesta. Libertad no supo cómo pero terminó sentada en un sillón con Wenceslao a su lado, con su brazo sobre sus hombros, y entre su grupo de amigos. Él dirigía la conversación y era el centro de las miradas mientras ella observaba todo con ojos asombrados. Le llenaba el vaso cuando su bebida se acababa y no se apartó de ella en ningún momento. Cuando la reunión llegó a su fin, Libertad buscó a la compañera con la que había llegado, pero ya no estaba.

—Te llevo a tu casa —dijo él sin darle opción.

En la calle se subieron a una moto de color azul y ella se apretó a su espalda. La madrugada se acercaba y él evitó las avenidas. Era peligroso andar a esas horas, aunque lo peor estaba por venir. Se gestaba el golpe de Estado pero Libertad todavía era ajena a todo eso. Su inocencia la volvía una presa fácil y deseable para cualquiera.

Cuando llegaron a la puerta de su vivienda ella bajó y no supo qué hacer. Wenceslao no le dio tiempo. Alargó su brazo y la tomó por la cintura acercándola a su cuerpo.

—Volveremos a vernos. —La besó con tanta intensidad que ella desconfió

de sus palabras y temió que fuera una despedida.

Luego arrancó su Vespa y ella ingresó a la seguridad de su hogar.

De eso hacía ya casi tres años. Tres años de un amor apasionado y oculto, de un amor clandestino porque estaban en juego las vidas de ambos. Wenceslao, perseguido por los militares, no quería que relacionaran a Libertad con él. Por eso sus encuentros eran siempre en distintos sitios y él mismo carecía de un lugar fijo de residencia. Había tenido que alejarse de su casa natal en Don Torcuato y se hospedaba en pensiones o departamentos que le prestaban las pocas personas en quienes podía confiar. Había muchos delatores y no se sabía de dónde podía venir la batida. Pero el amor que sentían les impedía estar separados, necesitaban verse, sentirse, tocarse, beberse y alimentarse con la energía del otro.

Libertad aceptaba todas sus condiciones de seguridad, habían inventado un código de comunicación que iban variando periódicamente, pero la espera se hacía larga. La organización le había prometido conseguir pasaporte y documentos falsos para poder exiliarse y continuar la resistencia desde afuera. Varios de sus compañeros ya estaban en Francia, en Suiza o en cualquier otro lugar del mapa donde no pudieran hallarlos, militando contra el poder de la dictadura.

Nehuén llegó luego de veinticuatro horas de guardia y se tiró sobre la cama sin siquiera cambiarse la ropa. La noche en el hospital había sido intensa y le dolían los ojos y los huesos. Pese a su juventud el cuerpo le pasaba factura cada vez más seguido. Entornó los párpados y trató de relajar los músculos. Sabía que sus padres lo esperaban a cenar pero no tenía ganas de ir. Anticipaba que su madre se enojaría por el desprecio que significaba faltar justo esa noche que había arribado su prima proveniente de Valcheta. Pero estaba muy cansado.

Esperaba que Libertad estuviera presente, últimamente su hermana estaba extraña, salía a deshora o aparecía a altas horas de la madrugada, exaltada y nerviosa. Debía hablar con ella, era su deber de hermano mayor prevenirla de los excesos y los peligros.

Eran tan diferentes que a veces le costaba creer que habían sido criados de la misma manera y por los mismos padres.

Ella era todo viento, hacía honor a su nombre con todas las de la ley. Su espíritu era alegre y despreocupado, siempre con planes, y su vida era vertiginosa. Tenía muchas amigas y ninguna, porque Nehuén advertía que cuando algo la angustiaba de verdad estaba sola.

Él en cambio era todo montaña pese a que latía el fuego en su interior. Pensaba y reflexionaba, tal vez demasiado, todas sus decisiones. No daba un paso si no había previsto el posterior. Toda su vida había sido estructurada, nada quedaba en manos del azar. No había vértigo ni locuras en su actuar.

Comparado con sus amigos se sentía viejo. Pese a sus veintiséis años su mentalidad era la de un hombre de cincuenta. Por eso se rodeaba principalmente de gente mayor con la cual podía conversar de temas interesantes.

Su trabajo como residente en el hospital, en el sector de pediatría, lo enfrentaba a diario con el dolor; debía revestir su corazón con una capa de acero para no caer en el desánimo. Amaba su profesión, se había graduado hacía un año con excelentes notas pese a lo difícil que habían sido aquellos tiempos de estudio, tiempos de transición de un régimen a otro extremadamente opuesto.

Poniendo freno a sus pasiones internas había sabido mantenerse al margen de los grupos y facciones políticas que se gestaban y disputaban poder en los claustros académicos. Había logrado volverse invisible para todos y solo se dedicaba a estudiar, evadiendo a aquellos que deseaban reclutarlo. No estaba en sus planes cambiar el mundo, solo salvar vidas.

Cerró los ojos durante unos instantes y enseguida se durmió. Lo despertó el sonido estridente del teléfono y sin saber qué hora era ni tener conciencia de lo que estaba ocurriendo se incorporó. A veces se dormía sobre una camilla durante las guardias nocturnas pero despertaba de inmediato ante el llamado de alguna enfermera.

La ventana había quedado abierta y vio que ya era tarde, la luz del día había dejado su sitio al reflejo de la luna llena, que se colaba por entre las cortinas. Miró el reloj que descansaba sobre la mesa de luz: las ocho de la noche.

El teléfono seguía sonando y no tuvo más remedio que levantarse e ir hasta la cocina. Sabía que sería su madre reclamándole su tardanza. Dio a tuestas con el aparato negro que se mezclaba con la oscuridad del recinto y levantó el tubo.

—Hola.

—Hijo, sé que estás cansado por la guardia —su madre era una mujer práctica, notaba por el tono de su voz que estaba apurada—, pero prometiste venir a cenar.

—Lo sé... perdoná, me dormí. —No podía fallarle, sus ganas lo instaban a quedarse en la cama pero sabía que terminaría yendo—. En cuarenta y cinco estaré ahí. ¿Necesitás que lleve algo?

—Nada, solo vení.

Decidió darse una ducha, necesitaba despejarse y sacarse el cansancio del cuerpo. El agua tibia alivió la tensión, despabiló su mente y avivó su apetito. Después de todo, pensó, le vendría bien una cena en familia. Su madre estaba entusiasmada con la llegada de su prima Naiquen, a quien él no recordaba. Era un bebé cuando vivían todos juntos. Pero Lihuén se refería a ella como una hermana, habían compartido años de infancia en Mendoza y luego su madre se había refugiado en casa de su tía Fresia en Valcheta. Si bien Lihuén tenía buena relación con su media hermana Milagros, los dieciséis años que

le llevaba marcaban una diferencia.

Desistió de afeitarse, peinó sus cabellos hacia un costado intentando dominar el remolino que se le formaba sobre la izquierda y se puso un poco de colonia.

Se vistió con una camisa color celeste y calzó unos mocasines Guido color suela. A Nehuén le gustaba vestir bien, era puntilloso a la hora de combinar los colores y las texturas, y compraba prendas de calidad. Poco pero bueno solía decir. Y los mocasines Guido eran un lujo que podía darse gracias a las horas extras que cubría en el hospital.

Una vez listo salió a la calle y subió a su Citroën 3CV color blanco. Vivía cerca de la casa de sus padres, aunque no tenía ganas de caminar.

Al cabo de unos minutos estaba tocando timbre. Lo recibió Santiago y se dieron un abrazo. Nehuén ya era un hombre y seguía siendo cariñoso con sus mayores, no lo avergonzaban las demostraciones afectivas.

—Menos mal que viniste... —dijo su padre.

—Me tiré un rato en la cama y me dormí, pero no iba a fallarle a mamá.

—Vení, están todos en la cocina.

Nehuén lo siguió a través del pasillo y al llegar lo primero que vieron sus ojos fueron dos niños muy parecidos jugando al ajedrez. A simple vista parecían mellizos, ambos de cabello castaño y tez mate.

—¡Hijo! —Su madre se acercó a él y lo tomó del brazo luego de besarlo con efusividad en la mejilla—. Ella es Naiquen, mi prima hermana.

La mujer que Nehuén tenía frente a sí en nada se parecía a lo que había imaginado. Había supuesto una señora próxima a la edad de su madre y vaya a saber por qué motivo la había pensado entrada en carnes. Por el contrario, Naiquen tenía el aspecto de una jovencita. Era delgada pero bien formada y llevaba los cabellos largos y ondulados, fuera de moda, dado que las muchachas lo usaban al hombro. Su nariz era recta y sus ojos negros y almendrados.

Naiquen le sonrió antes de decir:

—Es increíble lo que cambiaste... la última vez que te vi llevabas pañales.

No supo por qué pero el comentario molestó a Nehuén.

Luego del saludo Lihuén presentó a los niños que apenas lo miraron para volver a concentrarse en la partida de ajedrez.

Ya en el living, solos, Santiago le sirvió un vaso con vino.

—¿Cómo está todo por acá? —Nehuén se sentó en uno de los sillones—. ¿Mi hermana?

—Tu hermana me tiene preocupado... —Santiago se masajeó el puente de la nariz, costumbre que había adquirido cuando estaba inquieto—. Hay noches que no duerme en casa —añadió con pesar.

—Eso no es tan grave, papá —aunque sabían lo que eso significaba y eran una familia de una apertura mental peculiar, comprendía a su padre—. ¿Lo conocen?

—No, en ese aspecto es muy reservada. Hoy sabía que llegaba Naiquen, que la esperábamos para cenar, y sin embargo...

—Cuando la encuentre hablaré con ella —prometió Nehuén.

—¡A comer! —anunció Lihuén asomándose.

Sentados alrededor de la mesa oval disfrutaron del pollo al horno con papas y ensaladas que Lihuén había preparado. Nehuén miró a su madre y la vio bella a pesar de que recientemente se había cortado el pelo a la moda y de las incipientes arrugas que rodeaban sus ojos grises. Su padre también era un hombre apuesto; los admiró. Sabía cuánto habían luchado para estar juntos pese a la oposición de sus abuelos. El amor nunca los había abandonado y habían superado todas las distancias y pruebas. Seguían teniendo esa complicidad de la juventud y a veces los sorprendía sonriéndose con los ojos en un mudo lenguaje que solo ellos comprendían.

Anhelaba para él un amor así, aunque tal deseo no tuviera todavía destinataria. Era demasiado exigente y muy diferente a los jóvenes de su

edad, lo cual dificultaba su búsqueda. Se sentía a destiempo con respecto a ellos, como si los hubiera superado en etapas y proyectos.

Después Nehuén observó a los niños. Si bien físicamente eran muy parecidos, notaba que Mauro era muy reservado, atento a las palabras y miradas de los mayores. Parecía un hombre en miniatura, era de baja estatura para sus doce años. Sus ojos verdes no miraban como un niño, escrutaban como si estuviera midiendo a cada uno para ver hasta dónde podía confiar.

Sin darse cuenta, Nehuén se encontró preguntándose de quién habrían sacado los jovencitos los ojos claros, los de la madre eran oscuros. Seguramente del padre. ¿Qué habría pasado con el marido de Naiquen? Nadie lo había nombrado y a él no se le había ocurrido preguntar.

—Mamá está bien —escuchó decir a la parienta recién llegada—, solo que los años se le notan en el cuerpo, hay días en que sus huesos le reclaman reposo.

—¿Y tiene a alguien que la ayude? —se interesó Lihuén. Quería mucho a su tía.

Ella había sido quien la había recogido cuando tuvo que huir de la estancia de Mendoza para salvar la vida de su hijo. Ella la había ayudado para que pudiera casarse con Santiago, ser madre y volver a Buenos Aires sin tener que pasar penurias. Le estaría agradecida de por vida, y si ahora estaba en ella poder ayudar a su prima, le daría lo que fuera necesario.

—Una chica del barrio va un rato todos los días, pero conocés a mamá... —Naiquen meneó la cabeza,— nada la detiene.

—No sé de qué te asombrás —añadió Santiago con una leve risa—. Todas ustedes —refiriéndose a las mujeres de esa familia— son iguales. Nada las frena cuando algo se les mete en la cabeza.

—¿Alguna queja? —desafió Lihuén clavando con picardía los ojos grises en los verdes de su marido.

—Ninguna, mi amor.

Pablo sonrió ante los comentarios y la risa fue interrumpida por los tiros. Instintivamente los chicos se agacharon y Naiquen pegó un salto de la silla. El resto de los comensales permaneció sin alterarse pero la desazón se instaló en sus rostros.

—Tendrás que acostumbrarte, prima —dijo Lihuén—. Esto es habitual.

—Pero... ¿qué es lo que pasa? ¿A quién le disparan? —quiso saber la recién llegada.

—Seguramente a algún animal —terció Santiago, no deseaba que los niños estuvieran al tanto de lo que ocurría en las calles.

Naiquen entendió que la explicación le llegaría luego. Sabía que desde el golpe de Estado en marzo de 1976 todo había cambiado, que la libertad de los años anteriores había dado paso a un régimen duro, donde todo estaba controlado. Tampoco había delincuencia en las calles debido a los constantes controles militares.

Luego de la comida sirvieron la fruta y mandaron a los chicos a la cama. Pablo fue gustoso, cansado del viaje y tantas emociones. Mauro hubiera preferido quedarse entre los mayores pero no osó siquiera solicitarlo.

Mientras las mujeres se ocupaban de los platos en la cocina, Santiago invitó a su hijo con una caña.

—¿Se piensa instalar acá la prima de mamá? —quiso saber.

—No, va a alquilar. Ya tenemos una casita para ellos, mañana la va a ir a ver y si está todo bien hacemos el contrato.

—¿Y el marido?

—No sé mucho todavía —hizo un gesto hacia la cocina donde estaban las mujeres—, tuvieron poco tiempo de hablar a solas, ya me contará tu mamá.

Nehuén terminó su bebida y se puso de pie.

—Me voy a dormir, estoy cansado. Ni bien me cruce con mi hermana voy a hablar con ella —prometió.

Se dirigió hasta la cocina y halló a su madre y a su prima cuchicheando,

apoyadas en la mesada y con repasadores en las manos.

—No quiero interrumpirlas —dijo ni bien se asomó— solo quiero despedirme.

Se acercó a su madre y la besó en la mejilla.

—Gracias por venir, hijo, sé que estabas cansado —lo acarició con su mirada gris y él le devolvió una sonrisa.

Luego besó a su tía segunda.

—Un gusto conocerte.

—Ya nos conocíamos. —Naiquen sonrió pero a él no le causó gracia el comentario. Le molestaba que esa mujer hiciera constante referencia a que lo había visto en pañales.



CAPÍTULO 3

Lito Napolitano llegó a su casa después de una jornada agotadora en El Campito, uno de los cuatro centros de detención que funcionaban en Campo de Mayo. Allí, en el Hospital Militar, había nacido Felicia, gracias a la intervención de su amigo, el médico Julio César Caserotto, jefe de Obstetricia.

Habían llegado nuevos detenidos y a él le había tocado decidir quién se iba y quién se quedaba, tarea que dejaba librada al azar de una perinola. Juego macabro si los había, tortura o muerte dependiendo de un trozo de plástico.

—¡María! —gritó ni bien ingresó a su hogar.

—¡Acá! —La voz vino de la habitación.

Halló a su mujer cambiándole los pañales a la beba y pese a que el olor las envolvía se acercó a ellas. Abrazó la cintura de su esposa y depositó un beso en su cuello mientras hacía morisquetas a la pequeñita que blandía bracitos en el aire.

—¿Cómo están mis hermosuras? ¿Cómo se portó esta diablita?

—De maravillas... —dijo María mientras apretaba el chiripá—. Es tan buena...

—¿Y por qué no iba a serlo?

—Vos sabés...

—Sh... ella será como nosotros, no tengas miedo. —María terminó de vestirla, la levantó de la mesa y se la entregó. Lito la estrechó entre sus brazos y la colmó de besos logrando que la beba lanzara grititos de alegría—.

¡Venga con papá!

—Me voy a lavar las manos. —María se encaminó hacia el baño y luego entró en la cocina—. ¡En un ratito cenamos! —gritó desde allá.

Lito se tiró sobre el sillón y empezó a jugar con Felicia. Había elegido ese nombre en honor a Felicitas Guerrero, la mujer más hermosa de la República Argentina. Su mujer no había estado muy de acuerdo argumentando que esa dama había tenido una vida demasiado trágica como para condenar a la hija con un nombre que parecía maldito, pero el esposo no había cedido.

—Acá mando yo —le había dicho sonriendo con la boca y marcando el paso con los ojos.

La beba era hermosa. Tenía la piel blanca y los ojos claros, casi perfecta, como la madre biológica. Por eso la había elegido, la había vigilado de cerca y le había procurado un sitio especial, con mayores cuidados que los que prodigaban a otras en igual situación. Lito quería que su bebé estuviera bien. Y así había sido. Un parto perfecto, limpio y rápido, había dado como resultado a una nena de casi cuatro kilos. La partera cumplió con todos sus pedidos a la perfección y él pudo presenciar el instante mismo en que su cordón umbilical era cortado. A los pocos segundos la beba estaba en sus brazos y él pudo oír su primer llanto. Nunca había sentido tanta ternura por nadie, ni siquiera por su esposa de quien estaba profundamente enamorado. Esa criatura le había quitado el aliento y por un tiempo le había hecho olvidar el objetivo que martilleaba en su mente.

De eso hacía ya casi un año. Felicia crecía sana y cada día estaba más hermosa. Quería dar sus primeros pasos y él se apresuraba para llegar temprano a la casa y poder acompañarla y malcriarla, ya que su madre era mucho más disciplinada. Era feliz. Su hogar olía a familia, a pan recién horneado y flores frescas. También a papillas y pañales sucios, pero nada de eso importaba. Tenía una hija y se desvivía por ella. María era enteramente dichosa por primera vez, al fin había logrado compensarla por tanto

sufrimiento.

Solo tenía algo pendiente en su vida, algo que la llegada de Felicia había demorado pero que bullía en su interior cada día con más fuerza. Necesitaba vengar a su padre. Y para ello debía encontrar a la familia de Abel Battistelli. Sabía que sus antecesores habían cometido un error: habían olvidado a la hija del traidor. ¿Cómo se les había pasado ese detalle? Recordaba con exactitud la conversación entre sus mayores, varios años después del hecho, las recriminaciones de sus tíos por haber dejado con vida a la que creyeron la mucama. Tarde se dieron cuenta de que la sirvientita no era tal, sino que era la esposa del Judas. Había en el mundo una semilla de Abel Battistelli que él debía exterminar. Por su padre.

Ya había rastreado en La Pampa, en cercanías de Realicó, el último sitio donde la familia había residido y donde había ocurrido la masacre. Pero nadie conocía a los Battistelli, y si los conocían, no querían soltar prenda. Uno de sus subalternos, el cabo Jiménez a quien le había encomendado la búsqueda, le había mencionado que en una localidad de Río Negro había una mujer apellidada Battistelli.

—Tal vez no sea la persona que usted busca, señor —había dicho Jiménez.

—Asegúrese de su filiación —había sido su orden.

Desde esa conversación había pasado una semana. Se había valido de su puesto para enviar al soldado a Valcheta a recabar datos sobre esa mujer. Estaba obsesionado con hallar a quien le rindiera cuentas por la muerte de su padre. Jamás olvidaría la frase de su tío cuando hallaron a Tito: “Está flotando en el Río de la Plata con un balazo entre ceja y ceja”.

Encerrado en el sótano de la casa de un compañero, Wenceslao repasaba su vida. Había nacido en el seno de una familia acomodada, reconocida en Don Torcuato, y se había criado en un hogar donde el amor y la solidaridad

estaban por encima de todo. Su padre era juez en lo Civil y Comercial y su madre estaba dedicada a la iglesia y a la beneficencia. Junto con otras esposas formaba parte de la congregación de mujeres que se reunía para coser ropa, tejer pulóveres y cocinar tortas para repartir entre los más pobres. Las reuniones católicas habían trascendido los muros de la parroquia y se extendían a las casas de los particulares, turnándose entre las distintas familias.

Venía gestándose un movimiento mucho más grande que daría lugar a los “cursillistas”, coordinados por el Movimiento de Cursillos de Cristiandad. Eran sectarios, solo se relacionaban entre ellos, lo cual les permitía además concertar buenos matrimonios y sociedades de todo tipo.

Wenceslao era el mayor de cuatro hermanos, el orgullo de su padre por ser el que había seguido su misma carrera. El juez Honorio Quesada ansiaba ver algún día a su hijo impartiendo justicia en su mismo sillón. Tenía puestas todas las expectativas en él y lo llevaba a todas las reuniones posibles para que se fuera relacionando y conociendo el ambiente.

El hijo había iniciado una carrera ascendente y el padre estaba orgulloso de su muchacho estudiante que todos los días y sin pretender que le prestaran un auto, tomaba el tren de la línea Belgrano hasta Retiro para ir a la facultad.

El viaje se le hacía largo, aproximadamente cincuenta minutos que aprovechaba para estudiar. Ni el traqueteo ni el ruido lograban desconcentrarlo. A veces se distraía con el paisaje, un verdadero contraste social. En Don Torcuato reinaban las quintas y las casas suntuosas, pero luego el trayecto hacia Buenos Aires se volvía triste y pobre, con barriadas y villas. Las chozas y casas precarias parecían querer ahogarse en el río, y Wenceslao meditaba en cómo hacer para cambiar la realidad social.

Cuando llegaba a Retiro tomaba el colectivo de la línea 93 que lo dejaba enfrente, por avenida Pueyrredón. Desde allí se encaminaba hacia la imponente casa de estudios y pasaba por la Confitería de las Artes, sin ceder

a la tentación de ingresar para tomar un café.

En esas épocas había que ir de traje, nada de jean, y a las mujeres se les imponía la pollera, ni osar andar de pantalones. El cabello ondulado debía llevarlo corto y prolijo, así como las chicas las uñas. Wenceslao tenía su propio estilo para vestir, siempre combinaba los colores con osadía y jamás olvidaba la bufanda tejida por su madre.

En los primeros tiempos, antes del golpe de Estado, ingresaba a la facultad por la escalinata central. Luego, cuando se vino la debacle, hubo que hacerlo por el lateral derecho del edificio, frente al Itaipark. Allí los estudiantes eran controlados por la policía federal, y debían exhibir la libreta universitaria. Se formaban largas colas en los horarios claves, que Wenceslao aprovechaba para leer.

La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales estaba invadida de gente de los servicios de inteligencia, infiltrados entre los alumnos. Oficiales de la Federal, de la Side y de la Armada se mezclaban en las aulas para controlar y delatar. Ni siquiera los profesores se salvaban de este espionaje.

Wenceslao era un idealista, un idealista que se comprometía y llevaba sus ideales a la acción. Por eso se había dejado captar por la Juventud Universitaria Peronista (JUP), ya que simpatizaba con sus discursos. Los fines de semana se dedicaba a llevar comida a las villas miseria y junto con monjas y curas ponía sus brazos y su conocimiento para ayudar en lo que hiciera falta. Cuando se recibió, en vez de alejarse de la ayuda a los pobres, continuó trabajando para ellos, siempre feliz, con su mirada buena y su sonrisa pronta.

En una ocasión habían tenido que rehacer un techo que se había volado con un temporal. Codo a codo con el sacerdote del barrio y otros muchachos de la villa habían logrado que la choza volviera a cobijar a una familia formada por una mujer y tres niños pequeños.

No tenía empacho en sacar piojos o curar heridas aun cuando sus

conocimientos eran básicos. Más de una vez había cocinado junto con jovencitas del asentamiento, sin saber hacerlo, alimentado por la esperanza que nacía de su corazón gigante. No importaba que solo supiera encender un fósforo. Lo importante era ayudar. Así era él.

Solía llamar la atención que un joven de su condición social estuviera entre el barro, arremangándose junto con los pobres. Siguiendo los pasos del padre Carlos Mugica recorría la villa de Retiro y Villa Luro, tratando de contagiar a otros muchachos de su espíritu solidario. Todavía le dolía la muerte del cura a quien había tenido la oportunidad de ver en algunas de sus misiones de beneficencia. Recordaba con claridad sus palabras que se repetía constantemente como un himno: “Como dice la Biblia, hay que dejar las armas para empuñar los arados”. Pero con el padre Mugica habían empuñado las armas y una ametralladora había cerrado para siempre sus ojos mansos. Su bondad y su afán de servir al prójimo habían quedado desparramados en la calle, sembrando botones de rosas rojas en el asfalto.

Wenceslao admiraba al sacerdote a quien veía como un hombre inquieto y poco proclive a aceptar las estructuras que le quitaban libertad. Sabía que el religioso provenía de una familia bien y que había renunciado a todo para sumarse al proyecto de ayudar a los pobres. Unido al movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo había llevado a cabo una tarea titánica que lo condujo a la muerte.

Los ruidos provenientes del primer piso lo trajeron de vuelta al presente. La oscuridad era casi total en el subsuelo, no podía arriesgarse a esa hora de la noche a encender la linterna que le habían dado. De día era más fácil, la luz del sol se filtraba por alguna hendidura aunque el sótano era casi hermético. Hacía más de setenta y dos horas que estaba allí y ya se sentía incómodo. Necesitaba darse un buen baño, acostarse en una cama de verdad y no sobre ese colchón sin relleno. Pero lo que más añoraba era poder ver a Libertad. Sabía que ella estaba bien y pese a que temía que cayeran sospechas sobre la

joven, estaba tranquilo de que todavía estaba a salvo. Se habían cuidado bien de mostrarse juntos, aunque con esa gente nunca se sabía. Había infiltrados en todos lados, en los sitios más insospechados podía existir un espía.

Conocía lo ocurrido a un compañero de la facultad que había expuesto demasiado a su novia. Si bien no tenían la certeza sobre lo que había pasado con ella, lo cierto es que nunca más la encontraron. En su casa no hallaban consuelo y las recriminaciones cayeron sobre el novio, quien preso de la culpa terminó volándose los sesos de un disparo.

Muchos rumores corrían por los ríos subterráneos de las comunicaciones mientras el populacho se entretenía con la novela de turno y con los preparativos del Mundial de Fútbol. Pero nada era como parecía ser y pasarían muchos años para que la sociedad, o al menos parte de ella, advirtiera lo que había ocurrido.

Mientras Wenceslao imaginaba un futuro mejor lejos de su tan querido país y junto a la mujer que amaba, ella visitaba a su abuela.

Aime podía leer en los ojos de su nieta una pesada carga de miedos y angustias, mas presentía que sería insondable al escrutinio de sus palabras por más que buscara las mejores. Por ello decidió que en vez de hostigarla con preguntas colmaría su corazón de mimos para darle un poco más del calor que suponía le hacía falta.

Entre mates y tortas fritas que la abuela cocinó para la joven fue desenrollando una extensa madeja de temores e incertidumbres que si bien la mujer no supo de dónde provenían, porque la nieta estaba demasiado entrenada para que no se filtrara información, pudo presumir que era algo mucho más grave que un simple mal de amor de juventud.

Cuando Libertad abandonó la casa fingiendo un bienestar que no sentía, Aime quedó con un oscuro presentimiento oprimiendo su pecho.



CAPÍTULO 4

Aime se levantaba cada vez más temprano, era cierto el mito popular de que los viejos dormían poco. A las seis de la mañana ya estaba en la cocina preparándose el mate. Vicente solía dormir un poco más, los años le habían caído encima de un golpe y el cuerpo le pasaba reclamos. Tenía setenta y seis y si bien su mente seguía lúcida y su vista era impecable, los dolores articulares se mezclaban con problemas intestinales que lo sometían a dietas y remedios que él se negaba a ingerir, porque era más el malestar que le causaban que la solución a sus problemas.

Su nieto Nehuén le había explicado que tenía que tener paciencia y aguardar a que los comprimidos hicieran efecto, pero la vejez lo había vuelto demandante y quejoso.

—Parecés un viejo —solía decirle Aime en broma, logrando que la mirada de su esposo se tornara cálida y una sonrisa amaneciera en su boca.

—Soy un viejo —respondía él.

La vida para ellos se había transformado en espera. Esperaban noticias de sus hijas y visitas de sus nietos. Aime soñaba con tener bisnietos pero parecía que tendría que resignarse a la idea.

Su hija Milagros se había ido a vivir a Francia poco antes del golpe de Estado, siguiendo a Gustave, un bohemio pintor de quien se había enamorado. Tenían poca comunicación dado que las cartas llegaban espaciadas y hablar por teléfono era caro, de modo que lo hacían muy esporádicamente. Vivían en Montmartre, barrio de artistas, y habían abierto

un atelier donde él pintaba retratos y vendía otras artesanías. Ella lo ayudaba restaurando cuadros antiguos y eran felices. No tenían grandes aspiraciones más que la de la libertad.

A veces a Aime le daba por pensar que Milagros había heredado la sensibilidad artística de Stein, su primer marido, aunque sabía que eso era una locura dado que Mili era hija de Vicente, totalmente alejado de las artes. Lihuén, en cambio, no tenía esa percepción para lo bello y abstracto, sin embargo, mantenía el taller de dibujo y pintura que había instalado hacía varios años y que ahora llevaba adelante su amiga Lynette.

Si Milagros tenía hijos probablemente ella no los vería crecer, y los hijos de Lihuén no daban signos de compromiso como para casarse y tener familia. Se dijo que no debía anhelar un bisnieto cuando la vida la había premiado tanto. Había tenido a su lado a dos hombres totalmente opuestos que la habían amado de manera incondicional. Stein primero, con quien había tenido a Lihuén, y Vicente después, padre de Milagros.

Lihuén le había dado dos nietos: Nehuén y Libertad. No los veía mucho dado que ambos eran profesionales, de lo cual la abuela se enorgullecía.

Nehuén era quien más los visitaba, siempre se hacía un hueco para pasar a tomar unos mates y ver si necesitaban algo. Solía llevarle a Vicente muestras gratis de medicamentos y trataba de lograr que los ingiriera.

Libertad en cambio era un ave de paso. Siempre apurada, llevaba un ritmo de vida vertiginoso. Sabía por Lihuén que nunca estaba en la casa, que a veces no dormía allí y ambas presumían que tenía un novio o algo por el estilo. Les disgustaba no saber de quién se trataba pero ella era hermética con ese tema.

Esa tarde iría a casa de su hija. Tenía ganas de ver a su sobrina Naiquen, que hacía apenas dos días había llegado a Buenos Aires, y conocer a sus hijos. También quería saber qué le había ocurrido para venirse desde tan lejos de un día para el otro, sola, sin un marido. Su hermana Fresia poco le había

contado a través de las escasas cartas que le había enviado, dado que no era buena escribiendo. Su relación se había resentido durante un tiempo, cuando Aime se enteró que Lihuén se había escondido en su casa de Valcheta, pero luego, al conocer cuánto la había ayudado su hermana, el corazón se le ablandó y le abrió de nuevo las puertas de su cariño.

Ansiaba ver cómo estaba Naiquen, la última vez era una niña... Ahora era una mujer, madre de dos varones. Recordó con nostalgia el día que llegó su hermana Fresia a su casita de Mendoza, cargando ese bultito entre sus brazos, asustada y desamparada. Naiquen era apenas un bebé. Las jornadas que siguieron fueron duras, el sustento de Stein y el de ella misma no alcanzaba para todos, y la intimidad de la familia se vio interrumpida. Pero el amor superaba todos los escollos. Su marido era un ser noble y ni siquiera osó deslizar una queja por tener que recoger en su casa a su cuñada y su hijita.

Las primas crecieron juntas en los olores de la cocina del hotel mientras las madres trabajaban. Aprendieron a compartir hasta el colchón y los escasos juguetes que tenía Lihuén.

—¿En qué estabas pensando? —La voz de Vicente la trajo al presente.

Su marido se había levantado y la miraba desde la puerta con el mismo amor de antaño. Aime volvió a la realidad y se encaminó hacia la cocina para poner la pava y cebarle unos mates.

—En mi sobrina —respondió—. Ella y Lihuén se criaron juntas. Me vinieron de repente todos esos recuerdos ... —Con los años las fortalezas se le habían resquebrajado y los ojos se le nublaban más de lo que ella deseaba.

Vicente se acercó por detrás y la abrazó, presintiendo que el pasado se le venía encima con la tenacidad de los vientos. Sabía que había sido muy duro para ella enfrentar la muerte de su primer marido, sola y con una hija a cuestas.

—¿Te acordás de que te amo? —Sus palabras la hicieron sonreír. Giró

entre sus brazos y se refugió en el pecho de su esposo.

—Siempre.

Del diario de Naiquen.

“Abril de 1965. Mañana me caso y será uno de los días más felices de mi vida. Lamento que mamá no simpatice mucho con Adolfo, pero sé que con el tiempo aprenderá a quererlo. Es extraño, porque mamá quiere a todo el mundo. Decidí inaugurar hoy este diario porque hasta este momento mi vida fue como la de cualquier chica de pueblo, nada interesante me ocurrió como para que quede testimoniado. Sé que a partir de mañana todo será diferente y quiero y necesito dejarlo plasmado acá, para que en un futuro mis hijos o hijas puedan conocer del gran amor que nos profesamos con Adolfo. Además, planeo dedicarme a escribir. Me gustaría hacerlo sobre cultura en general, todo lo que tenga que ver con las artes. No sé si es técnicamente un trabajo, yo lo haría más por placer que por dinero, solo espero que cuando se lo cuente a mi futuro esposo esté de acuerdo.

Lo conocí en uno de los bailes del pueblo y de inmediato quedé hechizada por sus ojos claros y su sonrisa tímida, porque es tímido en los comienzos, cuando no conoce a la gente. Bailamos unas piezas, o mejor dicho, intenté bailar porque Adolfo lo hace de manera espantosa, como si tuviera los pies atornillados al suelo. Luego tomamos unos tragos, se relajó un poco y me contó que era abogado. La verdad es que no lo parecía, no tenía ese aire doctoral que suelen tener los letrados sino más bien una sencillez cercana a la humildad. Quedamos en vernos al día siguiente y así fue que empezamos a andar en una relación que, pese a mi sorpresa porque jamás creí que un abogado me fuera a prestar atención, terminó en promesa de boda. Y mañana será el gran día.”

“Julio de 1965. Cuánto tiempo pasó desde mi última entrada... La vida de

casada me insume casi el día entero, sobre todo con un marido como Adolfo, tan demandante a quien le gusta tener las camisas almidonadas y los pisos y picaportes relucientes. La casa donde vivimos finalmente la eligió él con sus padres, pese a mi descontento. Y no porque yo sea pretenciosa, sino porque desde mi humilde opinión tiene defectos que a la larga serán escollo. Pero a él le entró por los ojos el gran parque con árboles frutales, las tranqueritas blancas y bajas que le dan aspecto de casa-quinta, la carpintería de calidad y el barrio. Estoy bastante lejos de mi casa, de la casa de mamá, pero la visito dos veces a la semana. La otra noche fuimos a cenar con Adolfo pero no la pasé bien. Se nota la tensión entre ellos y prefiero ir sola.

Adolfo está muchas horas fuera, trabaja demasiado, dice que para darme una vida mejor, pero yo quisiera que estuviera más tiempo conmigo. A veces me siento sola, y cuando vuelve por la noche apenas hablamos, es como si estuviera ausente, o melancólico. Ante mis preguntas niega que tenga algún problema e intenta mostrarse interesado. Solo en la cama está bien dispuesto, es en el único sitio de la casa en el cual lo percibo con ganas. Me casé virgen, como corresponde, y eso le dio mucha satisfacción, lo sé porque me lo dijo. Para él una mujer que tuvo relaciones antes de casarse es una puta. Yo ni siquiera había tenido un novio antes de Adolfo, pero de todas maneras me molestó su expresión. Uno no es quién para juzgar.”

“Septiembre de 1965. Hoy estoy particularmente triste. Vino mi suegra a visitarme, en realidad vino a buscar unas camisas de Adolfo porque él le pidió que le diera vuelta los cuellos, porque estaban gastados. Podría habérmelo pedido a mí que soy la esposa, pero no, recurrió a ella. No tengo problemas con la madre de mi marido, pero a veces se mete demasiado y él no le pone límites. Un día se apareció en casa y con excusas de estar ayudándome terminó lavando la ropa de mi esposo, como si yo fuera una inútil. No me gustó la intromisión, pero por respeto aguanté lo que yo consideraba una afrenta. Pero lo de hoy me hirió, demasiado. Entre mate y

mate mi suegra me contó que Adolfo estuvo a punto de casarse, con fiesta paga y todo, y que la novia lo plantó diez días antes de la boda.

—Adolfito estaba muy enamorado de Adriana, yo creo que todavía no se repone de su abandono.

Sus palabras martillearon en mi cabeza todo el día. Mi esposo nunca me había contado de su anterior noviazgo ni de su frustrado matrimonio. Cuando llegó a casa traté de frenar mi ansiedad y mi malestar, me sentía burlada. Busqué las palabras más adecuadas para no revolver en sus heridas, todo salió mal. Apenas empecé a hablar del tema Adolfo se puso como loco. Me gritó que yo no era quién para meterme en su vida y otras cosas que me hacen daño repetir. No pude contener el llanto, y eso que no soy de lágrima fácil, pero pareció enfurecerse más con mi debilidad. Entre tantos gritos alcancé a entender que decía que yo era su mujer ahora, la que él había elegido para formar una familia, y que eso tenía que bastarme. No hubo cena. Adolfo se fue directamente a la cama y yo estoy acá, escribiendo para no llorar.”

“Enero de 1966. Estoy feliz. Ayer el doctor me confirmó que estoy embarazada. No lo buscábamos pero la noticia me devolvió un poco la alegría que fui perdiendo en este matrimonio. Adolfo no es un mal hombre pero sus valores son diferentes a los míos y sus proyectos no me incluyen. Todo lo decide con sus padres y yo, que soy la esposa, apenas me entero de lo que hace. No comparte nada conmigo, siempre está distante y solo se entusiasma en el lecho. Al principio disfrutaba de esos encuentros, pero con el correr del tiempo, su desatención hacia mi persona ocasionó un quebranto en mi corazón. Lo amo pero hay días en que sufro mucho su indiferencia. Me siento nada más que un pedazo de carne con el cual él juega durante las noches. De día soy algo así como un mueble o una mucama. Por más que me afane en la cocina y en el planchado de sus prendas, él siempre recurre a su madre para que le repase las mangas, le cosa los botones o le cocine algún

escabeche. Sé que no debería estar celosa de mi suegra, pero por momentos siento que su idea de familia son ellos tres, un círculo cerrado al cual yo no puedo pertenecer. Y no entiendo los motivos. Por eso la noticia del embarazo me puso tan feliz: tal vez la llegada de un hijo nos convierta en una familia. Y si no es así, al menos tendré a un ser que será mío, exclusivamente mío, como son los bebés con sus madres, dependientes e incondicionales. Con el tiempo sé que se irá, pero mientras tanto... ¡un hijo! ¡Qué más puedo pedir!”



CAPÍTULO 5

Seis de la mañana. Hacía frío aún pero ninguno lo sentía. Estaban reunidos alrededor de la mesa disfrutando de unos mates acompañados por galletas de campo. Tres generaciones en una misma sala. Tres hombres muy diferentes entre sí hermanados por el amor y el respeto.

El olor de la cocina a leña se mezclaba con el del laurel que el dueño de casa dejaba secar colgado de un clavo formando un ramillete.

El gallo ya había cantado hacía unos minutos y el trinar de los pájaros fue en aumento. El día llegaba con toda su fortaleza removiendo el sueño y agitando el aire con una leve brisa de abril. Los únicos que no se habían enterado eran los perros, que seguían durmiendo frente a la puerta unos y a lo largo de la galería otros.

Santiago había sido el primero en levantarse y luego de asearse había despertado a su hijo que dormía en el mismo cuarto. A Nehuén le había costado un poco separarse de las sábanas pese a que estaba acostumbrado a dormir a los saltos y en las guardias. Cuando tenía la dicha de hacerlo en una cama no quería desprenderse de las mantas.

—Vamos, es la hora —fueron las palabras del padre.

Luego Santiago se dirigió a la cocina y agregó unos leños antes de poner la pava. Enseguida apareció su padre y se sentó frente a la ventana. Pese a su edad y sus achaques de salud su figura seguía siendo imponente.

—¿Pudiste descansar bien? —preguntó Santiago.

—Muy bien.

El hijo sacó la pava del fuego, se sentó frente a él y le extendió un mate.

Tenían planeada esa excursión desde hacía mucho tiempo, y siempre por una u otra cuestión no la concretaban. La llegada de Naiquen había propiciado la salida, dado que Santiago no deseaba dejar a Lihuén sola. La presencia de la prima, que estaba remodelando la casa que había alquilado, lo dejaba más tranquilo. De todas maneras serían apenas cuatro o cinco días, porque Vicente tampoco tenía ganas de separarse de su esposa. Nehuén era el único que no tenía a nadie que lo aguardara y cualquier fecha le daba igual, solo tenía que organizarse con las guardias.

Habían viajado en el auto de Santiago hasta un paraje cerca de Vidal, al campo de un antiguo compañero de cuando Vicente trabajaba en el Ferrocarril Oeste. Se llamaba Luis pero le decían “El Pibe”, aunque ya era un viejo. A los tres les gustaban las armas y la cita era ir de cacería. En el campo había perdices, liebres y “coloradas”, que eran las más grandes y sabrosas, aunque a veces algún que otro “peludo” era víctima de la partida.

Desayunaron planeando la ruta a seguir, el campo de varias hectáreas tenía distintas zonas. Hacia el norte se extendía una llanura de interesantes pastizales para albergar a las presas, pero hacia el oeste se encontraba el arroyo que presentaba un buen refugio para las víctimas por la presencia del agua. “El Pibe”, que disfrutaba de la cama hasta media mañana, les había advertido de la presencia de ganado en ciertos sectores a los cuales no podían acercarse, porque por más que estuvieran encerrados en sus corrales, un tiro desviado podía causar una muerte por demás innecesaria.

A Vicente el gusto por la caza se le había presentado de grande, y Santiago, que al principio se resistía a matar animales, cuando probó el guiso de perdices que le hizo Aime se fue entusiasmando. A Nehuén no tuvieron que tentarlo demasiado y enseguida se sumó al plan.

Abril era un buen mes, todavía no habían comenzado los fríos que serían perjudiciales para la salud de Vicente. Además en los meses de invierno

tendrían el Mundial de Fútbol como diversión, de manera que nada los arrancaría de las casas y los televisores.

La noche anterior Santiago y su hijo habían estado limpiando las escopetas y carabinas mientras Vicente y “El Pibe” bebían ginebra y jugaban al ajedrez.

—Si Aime se entera que estás bebiendo te va a reprender —había bromeado Santiago.

—¿Cómo? —Se había burlado Nehuén—. ¿La abuela te tiene cortito?

Vicente ni siquiera se había dignado a contestar, absorto en la partida.

Una vez finalizada la ronda de mates los hombres tomaron sus abrigos, se colgaron las armas al hombro y salieron a la galería. Los perros todavía somnolientos ni siquiera se movieron. El olor del campo los envolvió y arrojó a cada uno al rincón de sus recuerdos.

Para la travesía “El Pibe” les había puesto a disposición una camioneta, así podían ir campo a traviesa y salirse del sendero.

Vicente, conocedor del lugar, se ubicó al volante y Santiago a su lado. Nehuén dio un salto y montó en la cabina trasera, sentándose en la sobrerueda con la escopeta entre los pies y apuntando hacia el cielo.

Luego de un breve intercambio, enfilaron para el lado del arroyo. En el trayecto inicial vieron dos liebres, y pese a que Nehuén golpeó el vidrio para que su abuelo se detuviera y pudiera disparar, debió perder la presa dado que todavía estaban en la zona de los corrales.

Por ser el más joven al nieto le tocaba abrir y cerrar tranqueras, hasta que finalmente dejaron atrás el sector del ganado y sonó el primer disparo proveniente de la carabina de Santiago. Su autor descendió de la camioneta y fue en busca de su presa. Al regresar, en sus ojos verdes se reflejaba el triunfo y una “colorada” colgaba inerte de su mano derecha. La bolsa de arpillera comenzaba a llenarse.

La partida de los hombres había reunido a las mujeres de la familia. Naiquen continuaba en la casa de Lihuén, y si bien se sentía cómoda con su prima quería mudarse cuanto antes a la que había alquilado. La vivienda estaba ubicada a unas seis cuabras y aunque había que hacerle unas refacciones confiaba en que quedaría linda. Los pintores ya habían terminado y solo restaba comprar los muebles y decorarla. Naiquen pensaba que podrían mudarse en pocos días.

Mientras Lihuén cebaba mate Aime daba las últimas puntadas a las cortinas que había cosido para su sobrina.

—Pensaba que tu amiga Lynette podría ayudarme con la decoración —dijo de pronto Naiquen—. Por lo que vi en tu estudio tiene muy buen gusto.

—Lynette es increíble —concordó Lihuén—, cualquier baratija en sus manos termina siendo una obra de arte. Si querés podemos ir con ella mañana para que nos sugiera alguna idea.

—Me encantaría.

Aprovechando que los niños estaban jugando en el patio, Aime preguntó:

—¿Qué ocurrió con tu marido? —Así, sin preámbulos, puso la cuestión sobre la mesa.

Naiquen dejó a un lado la lámpara que estaba redecorando y suspiró.

—¡Mamá! —reprendió Lihuén al darse cuenta de lo desacertado del tema.

—No dije nada malo. —Y mirando por encima de sus anteojos añadió—: Creo que a Naiquen le hará bien hablar con su familia, ¿o me equivoco, sobrina?

—Es todo tan reciente, tía... —vaciló la mujer.

—¿Él te dejó? —cuando Aime quería algo no desistía con facilidad.

—No —bajó los ojos para ocultar las lágrimas—, fui yo.

La mirada gris de Lihuén la acarició. Ella sabía lo que era estar sola, lo había vivido en carne propia durante su primer embarazo.

—¿Otra mujer? —quiso saber Aime.

Naiquen meneó la cabeza negando, pero de inmediato se arrepintió.

—El recuerdo de otra mujer —terminó aceptando.

—No entiendo... —Lihuén le extendió un mate.

—Es tan difícil de explicar... —No tenía demasiadas ganas de contar su historia, pero al parecer su tía estaba empeñada en saber—. Él nunca me quiso.

—¿Cómo es eso? —fue Aime quien preguntó—. ¿Por qué te casaste con un hombre que no te quería? ¿Acaso...?

—No estaba embarazada —saltó su sobrina con altivez—, si te referís a eso. —Y con la cabeza en alto agregó—: Me casé enamorada.

—¿Entonces?

—Pero él no. —La resignación alumbraba sus ojos negros—. Tardé mucho en darme cuenta, fui una ciega, una tonta...

—El amor tiene ese efecto, querida. —Aime le acarició la mano.

—Lo supe mucho después por medio de mi suegra, él había estado a punto de casarse con otra mujer. Ella sí fue el amor de su vida, pero lo abandonó unos pocos días antes de la boda.

—Imagino lo que habrá ocasionado en él... —se compadeció la prima.

—Yo solo sé lo que su desamor ocasionó en mí. —Naiquen bajó los ojos para ocultar el brillo de sus pupilas. No deseaba que nadie la viera llorar, era un signo de debilidad que no se permitiría. Ella era una mujer fuerte y saldría adelante por sus hijos. No quería la lástima ajena.

—¿Él sabe que estás acá? —La tía se preocupaba por el futuro de la recién llegada a la ciudad—. ¿Consintió este viaje?

La tan temida pregunta había llegado: Naiquen se había ido de su casa y luego de pasar unos cuantos días en lo de su madre, había tomado la decisión de viajar a Buenos Aires. Su marido no había tenido oportunidad de despedir a sus hijos y era algo que ahora la joven se reprochaba, no por él, sino por los niños. Les había explicado de la mejor manera que las cosas no funcionaban

bien con su papá y que por la tranquilidad de la familia pondrían un poco de distancia, al menos provisoriamente. Luego, con el tiempo, confiaba en que sus hijos se acostumbrarían a la nueva vida y no echarían de menos al padre, que por otra parte no era un hombre presente ni cariñoso en sus vidas.

—Te hice una pregunta, Naiquen. —Aime adivinó la respuesta aun antes de que su sobrina abriera la boca—. No lo sabe, ¿verdad?

—No —Naiquen la enfrentó con la mirada—, pero no le costará mucho darse cuenta de dónde estamos. ¿A dónde más podría ir?

—¡Ay, prima! —Lihuén se acercó a ella y se apoyó sobre su hombro en señal de apoyo—. ¿Sabés a lo que te enfrentás?

—Lo sé, pero no me importa, ya me hizo demasiado daño, no podía seguir viviendo cerca de él, nos hubiera lastimado a todos.

—¿Te pegaba? —Aime dejó a un lado la costura para penetrar en el rostro de la mujer que tenía enfrente.

—No —la negativa fue veloz pero no por eso menos vacilante. Meneó la cabeza como espantando los recuerdos—, pero sus agresiones eran mucho más fuertes que un golpe.

—¿Qué vas a hacer si viene a buscarte? —quiso saber la prima.

—Resistir, no voy a volver, es una decisión. Si tengo que denunciarlo lo haré, no voy a regresar con él.

—¿Serías capaz de denunciar al padre de tus hijos? —Aime quería ver hasta dónde llegaba su determinación.

—Si hace falta, sí.

La entrada de Pablo que venía corriendo detrás de una pelota interrumpió la conversación.

—¡Tengo hambre! —dijo el pequeño.

—¿Leche fría con Toddy o té con leche? —inquirió Lihuén.

—¡Toddy!



CAPÍTULO 6

El camión de la mueblería había vomitado en la vereda las seis sillas, la mesa redonda, el modular para el comedor, las camas y la cómoda. La ropa y la vajilla que había comprado Naiquen las llevó Santiago en su auto.

Allí estaban todos ayudando en la mudanza y organización del nuevo hogar. Los chicos daban vueltas por ahí, mirando y tocando todo, mientras los adultos intentaban ordenar las cosas sin querer tomar decisiones sobre dónde poner tal o cual mueble hasta que la dueña de casa dirigiera la situación.

Lihuén había preparado unas empanadas para el almuerzo y ordenó hacer una pausa para “comer como seres humanos y sin cargar paquetes”. Ante la orden proveniente de sus ojos, todos hicieron un alto y se sentaron alrededor de la mesa que aún estaba envuelta, comieron entre hilos y cartones de los objetos que ya habían desembalado.

—¡Mamá, mamá! —la voz de Pablo, que venía corriendo desde el patio, interrumpió la conversación sobre en qué pared colocar el sofá.

—¿Qué pasa?

—Encontramos un gato —la emoción desbordaba los ojos claros del hijo—, ¿podemos quedárnoslo?

—¡Lo que me faltaba! —respondió Naiquen—. ¡Un gato! Sabés que no me gustan los gatos...

—Pero tampoco te gustan los perros... —interrumpió Pablo.

—¿Cómo es eso? —Nehuén mordió una empanada—. ¿No te gustan los

perros? Yo tenía pensado comprarles un cachorro a los nenes...

Naiquen lo fulminó con la mirada y él se echó a reír; ella se sintió tonta.

—Es una broma... no haría algo así sin tu anuencia.

—¿Qué es anuencia, mamá? —La pregunta de Pablo disparó una carcajada general.

Santiago intervino para sacar al niño del bochorno.

—No le hagas caso, Pablo, el tío se empeña en usar palabras difíciles. Anuencia es como aprobación, autorización si te resulta más fácil.

—Le voy a enseñar a Mauro —respondió el pequeño mientras salía corriendo en dirección al patio.

Ni bien terminaron de comer, los hombres continuaron arrastrando muebles hasta ubicarlos donde les indicaba la dueña de casa mientras que Lihúen limpiaba la cocina y el baño, por las dudas de que hubiera quedado algo sucio.

La tarde cayó con pesadez, el aire estaba cargado de olor a rosas. Lihúen y Santiago dieron por concluida su tarea y partieron.

La casa había quedado medianamente ordenada pero todavía faltaba. Además había que acostumbrarse a las nuevas ubicaciones de la ropa, en qué cajón estaban las medias, en cuál los calzoncillos y en cuál los cubiertos. Serían días de adaptación y paciencia.

—¿Hago unos mates? —ofreció Nehuén mientras la mujer colocaba unos adornos sobre el modular del comedor.

—Buena idea.

El hombre fue hacia la cocina y puso la pava al fuego. Los chicos seguían jugando en el patio hasta que fueron interrumpidos por su madre.

—¡Es hora del baño! —gritó asomándose al exterior.

Pese a las protestas, ambos se dirigieron a su cuarto a buscar sus prendas y cumplir con la tarea encomendada.

—Se portan bien —observó Nehuén mientras le extendía un mate.

—A veces —Naiquen se apartó un mechón de cabello rebelde que caía sobre sus ojos—, no es fácil.

—Imagino que no lo es, pero se nota que hiciste una buena tarea —reconoció el hombre—. Estás agotada —su observación logró una sonrisa en el rostro femenino.

—Debo estar horrible. —No supo por qué en ese instante Naiquen reparó en su aspecto y de inmediato se arrepintió de desnudar sus pensamientos ante su sobrino segundo con quien no tenía demasiada confianza.

—Estás cansada —repitió él—, que no es lo mismo que horrible. —Sus ojos brillaron de manera especial, fue apenas un instante pero ella advirtió una luz diferente en su mirada y notó que se ponía colorada.

Se sintió en falta y se ocultó dándole la espalda.

“Debo estar extenuada para terminar en este estado de idiotez.”

—Si te parece puedo preparar algo para comer —ofreció Nehuén—, aunque no lo creas soy un excelente cocinero.

Naiquen se dio vuelta y lo enfrentó con un gesto burlón en la cara.

—¿Sabés cocinar? —Cualquier otro hombre se hubiera ofendido ante los brazos en jarra y el gesto desafiante de la mujer. En cambio Nehuén lanzó una carcajada que despertó la intriga de Mauro que salía del baño recién aseado.

—¿De qué te reís? —quiso saber.

—Tu mamá no cree que yo sé cocinar, y por eso, querido amigo, vamos a sorprenderla. ¿Me ayudás?

—Vamos. —El niño serio que habitaba en Mauro se hizo a un lado y acompañó a Nehuén a la cocina, dejando en el comedor a una madre sorprendida y sin palabras.

Los dejaría hacer, después de todo ella estaba muy cansada y no tenía ganas de poner manos a la obra. Tampoco tenía hambre, pero sus hijos tenían que comer y si el hijo de su prima se ofrecía para ayudar, no metería palos en

la rueda.

Cuando Pablo salió de la ducha se entusiasmó con colaborar en la cocina y ella aprovechó para asearse. Se hubiera puesto un camisón pero en vista de que tenía visitas forzosas desistió. De manera que se puso un jean y una blusa holgada color manteca. Le dolían los pies y no dudó en ponerse las pantuflas.

Con ese atuendo se presentó en la cocina y fue sorprendida por una mesa ya lista para la cena. Nehuén había preparado tortillas y churrascos. Ella nunca había podido hacer tortillas, se le pegaban al darlas vuelta y siempre aducía que no tenía una sartén como la gente.

—¿Dónde las hiciste? —Fue lo primero que dijo al acercarse a la mesada.

Él se volteó y le mostró una sonrisa de triunfo.

—En una sartén.

—Mamá nunca nos hace tortillas... ¡no sabe! —se quejó Pablo.

—Bueno, ahora me tienen a mí para ello. —Y tomando las fuentes cargadas de comida agregó—: Vamos, a sentarse así no se enfría.

Nehuén dirigió la mesa como si lo hiciera todos los días. Sirvió el agua y llenó los platos. Naiquen se sorprendía de que un hombre tan joven como él tuviera tantas ganas de pasar una noche con ellos. Imaginaba que su sobrino segundo tendría amoríos por ahí, o amigos de su edad para salir y le era incomprensible su actitud. Pero esa noche le venía bien que alguien más se hiciera cargo.

Mientras Naiquen iba a saludar a los nenes antes de dormir Nehuén se puso a lavar los platos. Así lo sorprendió ella cuando regresó a la cocina.

—No hacía falta —dijo acercándose para secar—, ya hiciste demasiado... la mudanza, los mates, la comida...

—Mejor, así tengo crédito —se burló.

—Sos raro... —se le escaparon las palabras, pero ya era tarde.

Él terminó y se apoyó contra la mesada.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Sos joven y perdés un viernes a la noche para estar acá con nosotros...

—¿Pierdo? No entiendo...

—Podrías haber salido con tus amigos, o con alguna chica.

—¿Qué te hace pensar que pierdo el tiempo acá? Tal vez me guste estar acá.

—No es normal a tu edad —dijo Naiquen.

—La gente asocia comportamientos con edad.

—Por lo general hay una edad para cada cosa. —Naiquen podía ser insistente cuando se lo proponía.

—Y según tu parecer mi edad es para salir con amigos o con mujeres.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Te equivocás. Mi edad es la de hacer lo que me venga en gana. Salgo a veces con mis amigos, pero no siempre tengo ese deseo.

—¿Y las chicas? —Naiquen se había sentado a la mesa y puesto sus piernas sobre otra silla. Él la imitó y quedaron frente a frente.

—No me gustan las chicas. —Ella se sorprendió, no podía creer que alguien que parecía tan masculino tuviera otra inclinación sexual. No pudo disimular la sorpresa que se trasladó a sus ojos.

Nehuén lanzó una carcajada al ver su incomodidad.

—No me dejaste terminar —dijo entre risas—, no me gustan las chicas, sino las mujeres. Y es muy diferente una chica de una mujer.

Naiquen también rio.

—Por un momento pensé mal...—reconoció—. ¿Y qué pasa? ¿No encontraste a la mujer de tu vida aún? —Por lo poco que había hablado con Lihuén sobre sus hijos, sabía que Nehuén era muy reservado en cuanto a su vida privada. Tal vez ella pudiera obtener alguna información.

—Todavía no hallé a la que cumpla todos los requisitos.

—¡Ay, Nehuén! —Rio con fuerza—. Espero que tu lista no sea muy larga porque te vas a morir solterón... ¡Contame! —pidió.

—Esa mujer debe ser capaz de mantener mi atención por más de una hora sin que me aburra —ella festejaba sus ocurrencias—, tiene que hacerme reír y ser fuerte e independiente, que no espere que la vida venga a ella, sino que se coma el mundo.

—Demasiado pretencioso. —Naiquen se había relajado y todo le causaba gracia.

—Y lo fundamental... — hizo una pausa imprimiéndole intriga a sus palabras.

—¿Qué cosa? —ella estaba demasiado interesada en el relato.

—Las piernas.

—¿Qué? —Naiquen no cesaba de reír.

—Largas. Piernas largas y bien formadas. Después si es fea, rubia, morocha, gorda o flaca no me importa.

La mujer que tenía frente a sí reía y al hacerlo dejaba ver sus dientes blancos mientras sus labios se afinaban un poquito. Sin darse cuenta de que era observada, ella reía y se olvidaba por un rato de todos los problemas que tenía que afrontar.



CAPÍTULO 7

“*Comunicado número...*” La misma frase repetida a diario pero con distintos dígitos. Santiago, amante de la libertad, estaba harto de escuchar comunicados que trasuntaban órdenes que cada día cercenaban más y más derechos. Lihuén intentaba calmarlo pero no había nada que acallara su espíritu justiciero. La esposa temía por su seguridad. Santiago podía ser muy impulsivo y hablar o escribir de más, lo cual les podía costar la vida.

Relegado a cuestiones sociales en el diario, el hombre se sentía frustrado. Un simple títere entre tantos en esa obra mediocre en la que estaba obligado a participar. Si bien frente a su padre y sus hijos simulaba un bienestar que no sentía, frente a Lihuén no hacía falta. Y aunque lo intentara, ella lo conocía más que él mismo. Habían logrado una comunicación no verbal y tan estrecha que a veces ni necesitaban mirarse para saber qué pretendía el uno del otro.

Pese a que habían tenido un mal comienzo, su amor rompía la repetida regla de que “lo que mal comienza mal acaba”. Ellos se profesaban un amor puro e incondicional como el primer día en que se descubrieron en la cama de soltero de Santiago, a la que ella concurría por las noches para compartir lecturas. Siempre rememoraban ese primer encuentro de sus cuerpos y de sus bocas con gusto a chocolate.

—Mi amor, llamó Libertad —dijo Lihuén irrumpiendo en la antigua habitación de Nehuén que habían destinado como escritorio—. La noté angustiada.

—No sé qué le pasa a esta hija nuestra. —Santiago fijó sus ojos en su esposa y la notó más delgada de lo habitual—. ¿Estás bien? —Se puso de pie y se acercó a ella—. Estás más flaca.

—Estoy bien —lo tranquilizó ella acariciándole el rostro con una incipiente barba—, solo estoy preocupada.

Se abrazaron y se infundieron un poco de la calma que el otro no sentía. Ambos sabían que algo más de lo que se decía estaba ocurriendo, pero la gente temía preguntar y nadie tocaba temas importantes. Parecían vivir en una falsa calma, en un país demasiado ordenado y controlado donde nada malo podía pasar si no te metías en cosas raras. ¿Y cuáles eran las cosas raras? Todas y ninguna podían serlo.

De noche solían escucharse esos disparos que habían asustado a Naiquen y sus hijos, y de los cuales nadie se hacía cargo. Ni se hablaba ni se preguntaba. Tampoco se mencionaba a los autos, por los general Ford Falcon, con hombres de civil pero de aspecto militar que patrullaban las calles y de los cuales a veces descendía un grupo armado que rompía puertas y sacaba gente a la rastra, entre golpes y silencio por parte de los vecinos.

—¿Qué te dijo? —No hizo falta que Lihuén preguntara a quién se refería.

—No mucho, como siempre responde con evasivas. No sé dónde está durmiendo, no entiendo por qué no quiere venir a casa. —La angustia aguaba los ojos grises de la mujer—. Y siempre habla apurada, nunca más de dos minutos.

—Tal vez quiera protegernos —dijo el padre.

—¿Protegernos? —Lihuén lo indagó con el corazón en la mirada—. ¿De qué, Santiago? ¿Hay algo que yo no sepa?

—No, mi amor —mintió, no quiso alarmarla con relatos sobre desapariciones y robos.

—Vamos Santiago, que te conozco.

El hombre la tomó de las manos y la sentó sobre sus rodillas.

—No sé nada en concreto, Lihuén. —La esposa advirtió la gravedad de la situación, nunca la llamaba por su nombre, solo cuando estaba enojado o preocupado—. Pero los tiempos están muy agitados, se habla de revolucionarios y subversivos... cualquiera es sospechoso sin tener nada que ver con esas bombas que hacen estallar en las universidades y demás lugares concurridos.

—¿Creés que nuestra hija tenga algo que ver? —La madre no podía ocultar su miedo—. ¡Ay, Santiago! ¿Qué hicimos mal? Le dimos lo mejor...

—Nada hicimos mal, mujer, nada. —Acarició sus cabellos y besó sus manos temblorosas—. Confío en Libertad, y pese a que parece una jovencita alocada, es muy inteligente.

—Pero a veces eso no alcanza... es demasiado intrépida —se quejó la madre.

—No sé a quién habrá salido... Los ojos verdes de Santiago recobraron por un instante la chispa del pasado, y sus palabras arrancaron una tenue sonrisa en su esposa—. Quedate tranquila, mañana la buscaré y hablaré con ella.

—¿Y dónde vas a buscarla?

—Rastrearé a sus amigos o me apostaré en los sitios que suele frecuentar, después de todo es mi hija y conozco sus costumbres —afirmó el padre—. No tengas miedo, todo estará bien.

Mientras sus padres se preocupaban por ella, Libertad viajaba en tren y rememoraba qué lejos habían quedado esas tardes cuando ir a la facultad era sinónimo de aprendizaje, pero también de diversión. Cuando no conocía el miedo ni los peligros que se gestaban detrás de cada recinto de las distintas facciones políticas que anidaban en la universidad.

La JUP y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), se disputaban

espacios y adeptos, su accionar iba en escalada. Una de sus amigas, Nilda Moreno, hija de un militar, le había comentado a Libertad sobre lo peligroso que era mezclarse con ciertos sectores. La joven no comprendía demasiado a qué se refería y siempre andaba haciendo preguntas.

—No preguntés y hacéme caso —aconsejaba la morena de ojos negros.

Los hijos y las esposas de los militares tenían una cédula militar, la que luego del golpe de 1976 utilizaban para poder pasar los controles sin inconvenientes, ya fuera en Panamericana o rutas. A veces Nilda hacía uso abusivo de esta y lograba pasar con ella a dos o tres amigas, hasta que la situación llegó a oídos de su padre y se acabaron las contemplaciones. El general ordenó a su hija que solo tuviera trato con gente de su misma condición, hijos de militares.

De manera que las amigas se habían distanciado y Libertad supo que era lo mejor. Su propio novio era buscado y no deseaba que Nilda se viera en la encrucijada entre la lealtad a su padre y a la amistad que se profesaban. Sin quererlo Nilda podía hablar de más, ser utilizada para llevar y traer información. Los tiempos que corrían eran muy violentos.

El viaje en tren se le hacía interminable. Ansiaba ver a Wenceslao, tal vez fuera la despedida. El mensaje le había llegado la noche anterior de la mano de un niño y la velada se le había hecho eterna. Necesitaba verlo, besarlo, sentir su olor, grabárselo en la nariz y en el alma para poder sobrevivir sin él el tiempo que fuera necesario. Poner el océano de por medio, aceptar la distancia y las horas, los miedos y las dudas, con la única certeza de su amor.

Muchas veces se preguntaba por qué habían llegado a donde estaban, por qué él era perseguido si no había hecho nada malo, nada reprochable, sino al contrario, luchaba por un mundo mejor. Su lucha era pacífica, desde el trabajo, desde la asistencia, nada tenía que ver con poner bombas ni asesinar inocentes. Pese a todos esos planteos, Libertad no podía desentenderse del accionar de la organización a la cual pertenecía, ella sabía lo que hacían y

conocía su lucha armada. A veces se le mezclaban los conceptos y sufría una guerra moral interna que la dejaba extenuada. Más allá de sus pensamientos, Wenceslao formaba parte de una lista, una lista de muerte en la que ella no sabía si figuraba.

Imaginaba sus ojos mansos, sus manos suaves pero firmes a la hora de amarla, su discurso impecable y su afán de progreso. Sus ideales lo habían sepultado en un sótano oscuro y húmedo donde la única luz era la esperanza de volver a verla.

Bajó del tren en la estación que le habían indicado y aguardó en el andén. Tenía miedo. ¿Y si era una emboscada? ¿Y si la persona que debía llevarla junto a su amor la secuestraba y terminaba en una fosa? Debía confiar, pero la duda se le había atragantado en su fortaleza y ella vacilaba entre escapar de allí y refugiarse en los brazos de su madre o permanecer tesa mirando a la marea de gente que circulaba por el lugar.

Sin más pertenencias que sus miedos se alejó de las vías y buscó un sitio donde sentarse, como le habían indicado.

Sus ojos gatunos barrieron la zona sin hallar indicios de peligro, aunque nunca se sabía dónde podía acechar el enemigo. Wenceslao la había aleccionado sobre cómo mirar, ver realmente lo que ocurría alrededor. Se habían entrenado en el arte de vigilar porque el botín que custodiaban era demasiado valioso, único e irrepetible: la vida.

Unos niños que venían corriendo en su dirección captaron su atención, supo que uno de ellos tenía un mensaje, lo advirtió en la forma en que su cabeza se meneaba, en su sonrisa nerviosa, en su postura en general. Se apenó por el pequeño, asumiendo responsabilidades desde la más tierna infancia. Pensó en sus padres, en cómo lo sometían a semejante riesgo y se imaginó emprendiendo vuelo junto con Wenceslao. No quería vivir allí, deseaba alejarse de su país, tan amado y a la vez tan temido. Sentimientos encontrados la agujoneaban: bronca, temor, tristeza.

La carrera desenfrenada de los pequeños terminó con la caída del que ella había supuesto el mensajero. El niño se desplomó casi a sus pies, apenas la miró y se levantó de un salto para seguir a sus compañeros. Un bollito de papel fue el testigo mudo de su tropezón.

Libertad aguardó un buen rato antes de arrastrarlo con la suela de su zapato. Simuló arreglarse las medias y lo deslizó dentro de una de ellas. Después se levantó y caminó con lentitud hacia el interior de la estación. Compró pastillas en un kiosco, merodeó por ahí y más tarde ingresó a los baños.

Fue allí, detrás de una puerta desvencijada y sucia cuando se animó a sacar la notita. En ese papel sucio y arrugado se escondía la dirección donde se refugiaba su amante.

—Permiso, mi capitán —Jiménez se cuadró delante del capitán Lito Napolitano al tiempo que hacía su venia.

El sargento Jiménez lucía ojeroso y cansado, acababa de llegar de Valcheta y sin siquiera pasar por su casa se había presentado en la oficina de su superior. Sabía que el asunto era de su máximo interés y se jugaba un ascenso.

—Descanse, Sargento. —La voz de Napolitano tronó en el recinto—. ¿Qué averiguó? —Lito dejó a un lado las fotos que estaba examinando y clavó en él sus ojos, donde podía leerse la intriga acumulada durante años.

—Esa mujer, la que vive en el pueblo, vivió hace unos años en la provincia de La Pampa. —El hombre sudaba, su jefe lo atemorizaba—. Es viuda.

—¿Y qué más? ¿Es la persona que estamos buscando? —Napolitano deslindaba responsabilidad utilizando el plural, deseaba hacerle creer que era enemiga del régimen cuando sabía que era una cuestión personal.

—Podría serlo, mi capitán. —Sentía las gotas de sudor deslizándose por su

columna vertebral.

Napolitano se puso de pie de repente y asestó un golpe en la mesa.

—¡Quiero certezas, Jiménez! —Se pasó la mano por el pelo y recuperó la compostura—. Creí que usted estaba preparado para traerlas, pero tendré que delegar la cuestión en manos más osadas. —Añadió a sus palabras un brillo de malignidad en su mirada que asustó a Jiménez.

—Lo siento, Señor. —Jiménez veía su ascenso cada día más lejano—. Creo que es la persona que buscamos, tiene una hija de cuarenta años, pero la mujer huyó del pueblo.

—¿Huyó? ¿También es subversiva? —Se interesó Lito.

—Parece más una cuestión familiar —Jiménez sintió que repuntaba—. El marido la anda buscando, es un abogado que más que ejercer se dedica a los negocios.

—¿Qué tipo de negocios? —Tal vez pudiera servirles el sujeto.

—Ganaderos, señor.

—Le daré la última oportunidad, Jiménez —Napolitano había recuperado su sitio tras el escritorio—. Vuelva mañana a Valcheta, llévese a Fontana con usted, él está acostumbrado a usar la manito más dura. —Jiménez sintió que volvía a descender en la estima del capitán—. Usted entiende lo que quiero decir.

—Sí, señor.

—Ahora retírese, sargento. —Volvió a cuadrarse y, venia mediante, se retiró.

Cuando Jiménez salió del cuarto, Lito cerró los ojos y se reclinó sobre su sillón. Sentía que estaba más cerca, que el momento de concluir su venganza estaba por llegar. Quería terminar el asunto cuanto antes y poder dedicarse a Felicia y a María. Además, faltaba poco para el Mundial de Fútbol y no quería estar atado a viejos rencores.

Que los inferiores se ocuparan del resto de los guerrilleros, a él le bastaba

con cerrar su círculo, estaba cansado de los interrogatorios, de los lamentos, de los ruegos de los prisioneros, necesitaba alejarse un poco de eso. Tomar unas vacaciones.

Esa noche volvió a su casa con la certeza de que el final estaba al alcance de su mano. Halló a su mujer amasando fideos y a Felicia jugando con una muñeca. Miró el cuadro desde el umbral y se conmovió. Amaba a su familia, deseaba estar en paz para poder dedicarles a ellas buenos momentos y abandonar el rictus amargo de la venganza que lo desvelaba por las noches y lo sumía en insomnios de músculos tiesos y mandíbula apretada.

Se acercó despacio, para no desconcentrar a la pequeña y sorprendió a su mujer por la espalda, besándola en la base del cuello. Ella rio y captó la atención de la niña que comenzó a aplaudir mientras intentaba ponerse de pie para saludar a su padre. Tenía adoración por él, le gustaba que la alzara y la hiciera girar, cosa que a Lito fascinaba.

—Qué bien huele esto. —El tuco se cocinaba en una olla y esparcía su olor por la estancia—. Le pusiste laurel.

Ella asintió al tiempo que se deshacía del abrazo para continuar amasando.

Lito rescató a la beba del suelo y la colmó de besos y arrumacos en los rollitos que se le formaban en las piernas. La pequeña gritó de alegría y María se unió a esa fiesta de tres, descuidando por un momento la salsa y los fideos. Por primera vez en mucho tiempo eran felices. La llegada de la criatura había esparcido por la casa una brisa de aire fresco y puro, aunque ambos supieran que era hija de subversivos. La niñita no tenía la culpa del pecado de sus padres, por eso la habían rescatado y librado del mal de quienes la habían engendrado. Ellos eran sus redentores, ellos la alejarían para siempre de su pasado.



CAPÍTULO 8

“El valor no es la ausencia del miedo, Sino el miedo junto a la voluntad de seguir.”

FELICIANO FRANCO DE URDINARRAIN

El invierno se aproximaba. Hacía un mes que Naiquen estaba instalada en Buenos Aires. Los niños habían empezado el colegio, le había sido difícil que los admitieran casi a mitad de año, pero gracias a los contactos de Santiago lo habían logrado previo rendir unos exámenes de nivelación que dejaron a los chicos exhaustos.

Todavía no había podido conseguir un trabajo, era poco probable dado que carecía de recomendaciones y experiencia. Se defendía con la costura pero necesitaba un ingreso fijo. Además tenía ambiciones de progresar y capacitarse. Anhelaba escribir pero lo único que crecía en páginas y palabras era ese cuaderno que llevaba como un diario, más por necesidad de desahogar su alma que por otra cosa. Sabía que no tenía ninguna utilidad pero era la única manera que tenía para dejar discurrir sus sentimientos y sus dolores.

Se mostraba fuerte y segura frente a todos pero la soledad y la angustia la tenían prisionera desde hacía varios años.

Todavía tenía bastante dinero de sus ahorros, pero no quería usarlo. El alquiler por un lado y los demás gastos diarios acabarían con él en poco tiempo. ¿Y luego? No podía ni quería vivir de la caridad de su familia, por mucho que su prima le hubiera asegurado que nunca le faltaría con qué llenar la olla. Ella tenía su dignidad. Por ella y por sus hijos tenía que salir adelante.

No podía volver a Valcheta, no quería.

En la soledad de su cama rogaba para que su marido no fuera a buscarlos, para que se olvidara de ellos y reiniciara su vida. Pero en el fondo sabía que el orgullo de macho herido lo impulsaría a perseguirlos. Y temía ese momento.

Por eso tenía que estar fuerte, saberse a resguardo. Su familia era un buen refugio pero tampoco podía tenerlos de guardaespaldas todo el tiempo; había entrado en la paranoia de sentirse vigilada. Le había parecido ver a un hombre observándola cuando llevaba a los nenes al colegio, siguiéndola mientras transitaba las calles haciendo las compras. Tal vez eran suposiciones suyas, pero sentía siempre un par de ojos acechándola. Y comenzó a temer que Adolfo intentara robarle a los hijos.

No quería confiárselo a nadie, no quería que la creyesen una mujer con problemas. También podía ser que la vigilaran como a tantas otras personas en los tiempos que corrían. Sabía que los ojos de los militares estaban puestos en cada casa y en cada rincón.

Esa mañana se levantó más temprano que lo habitual, quería arreglarse para una entrevista. Santiago le había hecho un contacto en el diario con un redactor. El hombre necesitaba alguien que le hiciera de cadete y pese a su reticencia inicial a que fuera una mujer, había sucumbido a las palabras de su primo político.

Santiago le había dicho que ella era una persona muy culta y responsable, que necesitaba trabajar, que tenía disponible toda la mañana e incluso los sábados. Esto último había sido iniciativa de Santiago, pero suponía que de ser necesario, tanto Lihuén como Lynette podrían ocuparse de los chicos.

Se puso una pollera estrecha, hasta la rodilla, una blusa y un suéter tejido a mano. Le hubiera gustado ponerse un pantalón, pero sabía que no sería bien visto, al menos en la primera cita de trabajo.

Luego de aplicarse un poco de maquillaje despertó a sus hijos, que como

siempre, se sujetaban a la cama como si fuera una balsa de salvación ante un naufragio.

—Vamos, que se hace tarde.

Mauro fue el primero en aparecer en la cocina, vestido y peinado para ir al colegio. Pablo como de costumbre se hizo rogar, desafiando la paciencia de la madre.

Desayunaron casi en silencio y luego tomaron los portafolios, verificando que tenían lo necesario para la jornada.

En la calle el frío de la madrugada los recibió con violencia y Naiquen apretó cuellos y los instó a caminar detrás de ella. Pocas cuadras los separaban de la escuela pero el viaje se hacía largo a causa del sueño que aún entumecía los músculos de los pequeños.

Al llegar despidió a cada uno con un beso en la mejilla y un apretón de hombros.

—Que tengan una buena jornada.

Volvió sobre sus pasos pensando en qué le depararía el día. Santiago había quedado en pasar a buscarla en una hora de manera que aprovechó para ordenar un poco la casa antes de salir.

Cuando el primo llegó ella estaba lista y nerviosa. Él lo advirtió ni bien subió al auto.

—Cambiá esa cara —bromeó— que todo saldrá bien.

—¿Vos creés?

—Estoy seguro. —Santiago condujo por las calles que ya habían despertado al tránsito—. Le dije que podrías trabajar los sábados en caso de ser necesario.

—¿Y los chicos?

—Sabía que preguntarías eso, pero no hay problema, Lihuén o Lynette pueden ocuparse, solo será de mañana, pero vos decile que sí a todo. Luego las cosas se irán ordenando.

Naiquen admiraba el carácter de Santiago, su optimismo y su simpleza para resolver las cosas. Poco había quedado del joven impulsivo y rebelde que había sido. Los años y los hijos lo habían sosegado un poco. Y el golpe de Estado había hecho el resto. Más le valía permanecer en el anonimato, no llamar la atención en ningún círculo. En su fuego íntimo Santiago era el mismo, solo que debía adaptarse para sobrevivir, él y su familia. Aunque dudaba que su hija hubiera tomado la misma resolución.

Recordaba los días que había pasado en prisión, reclamando por sus derechos, y que por ello había perdido el rastro de Lihúén cuando estaba embarazada. Había tenido suerte y recuperado la libertad. Pero sabía que los tiempos que corrían no eran los mismos, que cuando uno caía no se volvía a saber de él. Que pasadizos secretos y túneles oscuros eran cárceles clandestinas donde la vida y la muerte jugaban a la ruleta rusa.

Santiago sabía mucho más de lo que contaba a su esposa y a sus hijos. No deseaba que toda la tragedia subterránea los contagiara de su dolor. No era feliz en su trabajo, los grandes diarios habían legitimado, de alguna manera, el golpe de Estado como la única solución posible al descalabro general que vivía el país.

Pero el golpe había venido de la mano de la censura y la labor de la prensa quedó regida bajo el Comunicado número 19 emitido el mismo 24 de marzo, que suprimía la libertad de prensa al reprimir con la cárcel a quien difundiera actividades “subversivas” o desprestigiara a las Fuerzas Armadas o de Seguridad.

Con una oficina de censura dentro de Casa de Gobierno, camuflada con el nombre de “Servicio Gratuito de Lectura Previa”, la labor periodística de Santiago devino nula. El trabajo era hostil y vigilado, y solo Lihúén lograba calmar el dolor de su alma a fuerza de mimos y abrazos. No había palabras de aliento posible ante tanta impotencia.

Nada alusivo a desapariciones forzadas, lucha antisubversiva ni aparición

de cadáveres; menos aún mencionar las tremendas disputas de poder dentro del mismo régimen, que ponían en evidencia las contradicciones del Proceso de Reorganización Nacional.

Santiago sufría a diario el malestar de no poder ejercer esa profesión que tanto amaba con la verdadera libertad que nacía de sus entrañas, pero había aprendido a reprimirse y censurarse porque se jugaba la propia vida y la de su familia.

—¿Sabés qué hizo ahora la revista *Para Ti*? —había dicho esa mañana a su esposa—. Repartió entre sus lectores postales para que envíen al extranjero, para desprestigiar la supuesta campaña antiargentina.

—¿Y qué dicen esas postales? —había preguntado Lihúén.

—Llevan el lema “Argentina, toda la verdad”.

Recordando esa conversación llegaron al lugar y Santiago dejó a Naiquen en la puerta para que no tomara frío mientras él iba a estacionar.

Cuando ingresaron debieron recorrer varios pasillos antes de dar con el redactor que la entrevistaría. Naiquen había imaginado el diario como un sitio más espectacular, sin embargo no eran más que oficinas dispersas y pequeñas, atiborradas de papeles y olor a cigarrillo, habitadas por hombres desaliñados.

Un breve intercambio de miradas y Santiago la hizo ingresar al cubículo donde Ramírez los aguardaba.

—Ella es mi prima Naiquen Battistelli. —Se extendieron las manos y el hombre la observó de arriba abajo.

Ramírez era un hombre entrado en años y en carnes, propio de alguien que pasó media vida sentado tras una máquina de escribir. Se puso de pie con dificultad para vaciar una de las sillas que había a un costado del escritorio e invitar a la mujer a sentarse.

Santiago permaneció de pie a un costado de la pequeña sala, no quería abandonar a Naiquen en ese trance en que la sabía expectante y nerviosa.

—Me dijo Santiago que acaba de mudarse a la capital —comenzó.

—Así es, señor.

—No voy a preguntarle por su experiencia y antecedentes porque sé que no los tiene —Naiquen empezó a sudar—, solo confiaré en lo bien que su pariente me habló de usted y en mi escasa intuición, que me dice que una mujer será mucho más diligente y responsable que un muchachito igual de inexperto que usted.

Naiquen no supo si agradecer o maldecir, optó por el silencio.

—Si quiere puede quedarse ahora mismo —aquello no lo había esperado y sus ojos se agrandaron por la sorpresa—, ¿puede? —preguntó Ramírez ante su gesto.

—Por supuesto —la respuesta fue rápida y agradó al hombre.

—Los dejo trabajar entonces —dijo Santiago al ver que Naiquen quedaba en buenas manos—. Nos vemos luego.

La mujer quedó en compañía de ese desconocido que la intimidaba por su tamaño y su parquedad en el trato. La mañana se le pasó en un vuelo, entre llevar y traer papeles de una oficina a otra que quedaba en la punta del corredor, servir café, hacer mandados, atar paquetes y comprar cigarrillos.

Al despedirse al mediodía, porque debía buscar a sus hijos al colegio hasta tanto se organizara con la salida, Ramírez le dijo:

—Mañana véngase con ropa más cómoda —acompañando su frase con una sonrisa.

Naiquen también sonrió: el hombre había advertido que se sentía comprimida con la blusa y la pollera estrecha.



CAPÍTULO 9

“Un paso más atrás. Dos más atrás. Tres. Ahí está bien. Ya está la barrera formada. Una baldosa más acá. Un momento. Ante todo, sacar las cosas del arco.”

ROBERTO FONTANARROSA, “La barrera”

La tarde del 2 de junio de 1978 todos los argentinos estaban en su casa. A las 19.15 se jugaba el primer partido de Argentina en el Mundial de Fútbol. El contrincante: Hungría.

El campeonato había sido ampliamente cuestionado desde el exterior por impulso del Comité de Boicot del Mundial de Fútbol (COBA), en la Argentina porque se oponían a que el Mundial se llevara a cabo en un país donde se violaban sistemáticamente los derechos humanos y que era utilizado como una operación política de propaganda.

El comité había exigido el cambio de sede o que el equipo francés no participara, a menos que la Junta liberara a los prisioneros políticos y desaparecidos y restableciera las libertades suprimidas.

Pese a la gran campaña de prensa desarrollada por el COBA, que consistió en publicaciones, reuniones barriales, folletería, películas y discos que denunciaban la situación argentina, el Mundial se llevó a cabo, y Francia participó.

Más de una vez Santiago se había angustiado ante la situación de tensión generada por las leves oleadas de noticias que llegaban del viejo continente y

que seguían dividiendo a los argentinos.

El lugar elegido por la familia para ver el encuentro había sido la casa de Aime y Vicente, porque era la más grande. Se habían acomodado todos frente al televisor, los hombres en el sofá porque era sabido que no se moverían de allí en los noventa minutos que durara el partido, y las mujeres en sillas que habían traído de la cocina, junto a una mesita donde apoyar la pava, el mate y el budín de manzanas y zanahorias, receta de Aime.

Los chicos se habían sentado en almohadones debajo de los pies de los mayores y daba gusto verlos concentrados mientras se cantaba el himno.

Si bien a las mujeres no les interesaba mucho el fútbol, el Mundial era otra cosa. Y más ese Mundial que había sido estratégicamente planificado para distraer a los argentinos de lo que realmente pasaba.

Lihuén inauguró el mate, que extendió a su madre en primer término dado que era a quien tenía a su derecha.

—Me parece que vamos a tener que hacer dos —dijo Naiquen al ver que los chicos también se sumaron a la ronda.

Su propuesta fue aceptada y se alejó hacia la cocina para traer otro equipo mientras la pelota empezaba a rodar en la cancha. El silencio en la sala y en la calle era total. Parecía que el mundo se había detenido en esa tarde de invierno y lo único que importaba era ese partido de fútbol que llevaría a la Argentina a la gloria y a los argentinos a la fantasía de la felicidad.

A los diez minutos esa ansiada dicha fue quebrada por el gol de Hungría: Károly Csapó sumía a los fanáticos en una momentánea desazón. Nehuén, uno de los más temperamentales, dejó escapar un insulto. De inmediato se dio cuenta de su grosería y pidió disculpas.

El mate seguía de mano en mano y un manto de malestar se había instalado en los rostros masculinos mientras que algunas miradas pícaras se entrecruzaban entre las mujeres, que no entendían cómo se podían afectar tanto por un simple partido, y más por el primero.

Pero el fastidio duró poco porque en el minuto quince Leopoldo Luque convirtió el primer gol argentino que estalló en millones de gargantas generando abrazos y palmadas como si el planeta girara alrededor del fútbol.

Había sido grande la manipulación mediática por parte de los militares para ocultar lo que ocurría a los ojos del mundo. Aprovechándose de la pasión argentina se había invertido mucho dinero en Argentina Televisora a Color (ATC), en las transmisiones y en las estructuras de los estadios. Pero los argentinos vieron el Mundial en blanco y negro, solo las transmisiones emitidas al exterior eran a color y en vivo.

Recién el último partido entre Argentina y Holanda pudo ser visto a color por los pocos argentinos que tenían la dicha de contar con el aparato respectivo. Solo la clase media pudiente pudo comprarlos, muchos viajaron en avión a Paraguay para adquirirlo, con la dificultad del sistema PAL N que era el que se usaba en nuestro país y que no se conseguía.

Mientras en la cancha de River Plate se festejaba el comienzo del Mundial con una apertura ideada por alumnos de distintas escuelas del país, y Videla hablaba de paz y libertad, dos valores sepultados durante la dictadura, en el centro de detención de la ESMA, a mil metros, se torturaba a cientos de personas antes de ser asesinadas.

De nada servía el spot publicitario creado por el gobierno para desmentir la campaña y que ostentaba la frase: “Los argentinos somos derechos y humanos”. Los túneles seguían sangrando vida.

El gol de Luque cambió la densidad del aire y el ambiente se relajó apenas. Los chicos empezaron a pedir más budín y Aime fue hacia la cocina a hornear la última mezcla.

El mate se había enfriado y las primas siguieron a Aime para ocuparse. Los hombres conversaban sobre el desarrollo del partido y los chicos absorbían la información para intercambiarla en la escuela al día siguiente.

El partido seguía uno a uno y la tensión era constante. En el entretiempo

todos querían ir al baño y Vicente acompañó a su mujer en la cocina, que ya había comenzado a preparar la cena.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó mientras la observaba desde el marco de la puerta. Seguía adorándola aunque ya no luciera como aquella joven que había conocido hacía tantos años atrás.

—Pollo al horno con papas y zanahorias —respondió con una sonrisa—, pero no digas nada porque Naiquen no va a querer quedarse, ya sabés cómo es.

—Sí, no quiere molestar.

—Así que los sorprenderé con todo listo y no tendrá excusas.

—¿Sabés algo de Libertad? —quiso saber el abuelo.

—No, va y viene sin dar explicaciones —meneó la cabeza en gesto de pesar—. Lihuén anda desesperada por esa hija díscola que tiene y Santiago no sabe ya qué más decirle para tranquilizarla.

Nehuén se asomó a la cocina.

—Abuelo, ya empieza. —Al sentir el aroma que rodeaba a su abuela se acercó—. Mmm, qué bien huele.

—Te quedás, ¿cierto? —invitó Aime.

—No podría rechazar tu invitación. —La besó en la mejilla y salió rumbo al comedor.

El segundo tiempo fue de mucho nerviosismo, pocas llegadas al arco y ninguna concreción. Pablo ya se había aburrido de estar sentado y comenzó a jugar con las bolitas.

—¿Quieren algún aperitivo? —ofreció Naiquen.

—Pedile a la abuela un Gancia —sugirió Vicente.

Aime había pasado a ser “la abuela” de todos, dado que los parentescos estaban cruzados y por una cuestión de edad era lo que correspondía.

Cerca del final y cuando todo parecía indicar que el partido terminaría en empate sobrevino el gol. En el minuto ochenta y tres, Daniel Bertoni llevó al

equipo argentino al triunfo.

Gritos, abrazos, bocinazos y algunas explosiones invadieron la noche. Aime se asomó al comedor y no pudo evitar la risa al ver a esos hombres grandes festejando como niños. Hasta Lihuén parecía entusiasmada y se abrazaba a su marido. Nehuén entrechocaba palmas con los chicos y vitoreaba con ellos. Solo Naiquen parecía ajena a la alegría general y no tenía a quien sujetarse. Le dio pena esa sobrina suya, podía percibir su tristeza detrás de su fachada. Ya tendría una charla a solas con ella.

—Enseguida está la comida —dijo por encima de las voces.

—Nosotros nos vamos, tía —se apresuró a decir Naiquen mientras miraba a sus hijos indicándoles que tenían que despedirse.

—De ninguna manera —intervino Nehuén—, vamos a festejar que ganamos el primer partido.

—Pero...

—No acepto un no —dijo el hombre clavando en ella sus ojos turquesas—. Además, no querrás quitarles a los chicos esta alegría.

Ambos miraron a los pequeños que se habían adornado con vinchas blancas y celestes hechas en papel crepe que Lihuén había llevado para ellos.

—Vamos, hija —intervino Aime—, ya tengo todo listo.

Ante tanta presión Naiquen no pudo seguir negándose.

Durante la cena solo se habló del partido, los chicos hicieron algunas preguntas dado que no entendían cómo seguía el Mundial y los hombres se enredaron en explicaciones sobre rondas y grupos que solo aumentaron la incertidumbre de los menores.

Por un momento la alegría se enturbió cuando alguien preguntó por Libertad. Era la única de la familia que estaba ausente y nadie supo dar respuesta de su paradero.

—Mi hija hace honor a su nombre —dijo Lihuén con desazón—, nunca se sabe si va a venir.

—Tranquila —Santiago le acarició la mano—. Estará bien.

Naiquen, que comenzaba a entrever lo que ocurría en el país, se conmovió por su prima y agradeció que sus hijos todavía fueran pequeños y permanecieran bajo su ala. No soportaría no saber dónde y con quién estaban, y más en esos tiempos turbulentos.

Después de comer las mujeres ordenaron y lavaron los platos, sirvieron el postre consistente en queso y dulce y la visita se preparó para irse.

—Como cábala, el próximo partido, todos acá —dijo Nehuén.

—Por supuesto —Vicente era feliz de recibir a la familia en su casa.

—¿Cómo estás? ¿Estás tomando las pastillas que te di? —preguntó el joven médico alejándose un poco del resto.

—Sí, las tomo cuando me acuerdo —sonrió ante su declaración.

—Ya te dije que tenés que tomarlas todos los días —reprendió como hacía con sus pacientes.

—No te preocupes, hijo, soy un hombre viejo. —Lo palmeó en el hombro mientras se dirigían hacia el comedor—. Algún día tengo que morir.

—No me vengas con ese discurso que tienen todos los de tu edad. —Nehuén siempre lograba sacarles sonrisas a todos—. No me hagas quedar mal como médico al menos.

Ya en la puerta, Santiago ofreció alcanzar a Naiquen pero su hijo le salió al cruce:

—Yo los llevo.

Naiquen abrigó a los chicos y luego de las despedidas subieron a los autos. Con el andar los menores se durmieron enseguida mientras los mayores conversaban sobre el partido y el fanatismo por el fútbol.

—A mí no me entusiasma demasiado —declaró Naiquen— pero voy a mirar los partidos de Argentina.

—Yo quisiera verlos todos, como hombre, no escapo a las reglas generales —admitió con una sonrisa a flor de labios.

Al arribar a la casa, Nehuén ordenó:

—Abrí la puerta y las camas, así los voy entrando.

Ella obedeció y aguardó que el hombre llegara con Pablo en sus brazos. Su niño parecía un angelito, dormía plácidamente sin siquiera darse cuenta del traslado. Mientras Nehuén iba en busca de Mauro la madre le quitó los zapatos y el pantalón, intentando ponerle el pijama.

Enseguida sintió la puerta al cerrarse y vio que Mauro, entre dormido y despierto, se dirigía al baño. Al instante ambos estaban durmiendo.

Encontró a Nehuén en la cocina, poniendo la pava al fuego. Ese sobrino segundo suyo era demasiado atrevido, pensó, pero no podía rechazarlo pese a que estaba cansada. Nehuén siempre era servicial y atento, estaba pendiente de los problemas de todos y ella sentía que podía contar con él si era necesario. De modo que se recostó sobre el marco de la puerta y dijo:

—¿Café?

—Pensaba en unos mates en verdad —él giró y le dedicó una sonrisa.

—Preparalo, voy a ponerme las pantuflas, si no te molesta.

—Como si estuvieras en tu casa... —agregó Nehuén sin dejar de sonreír.

La noche se pasó en un suspiro y el amanecer los encontró verdes de mate, con los rostros demacrados y las mandíbulas doloridas de tanto reír. Nehuén era un gran conversador y tenía un especial talento para lograr la risa. El hombre notaba que la mujer sufría por dentro un gran dolor y se había propuesto rescatarla de la melancolía.



CAPÍTULO 10

“A los verdugos se les reconoce siempre. Tienen cara de miedo.”

JEAN PAUL SARTRE

Libertad caminó presurosa en búsqueda de la calle que la llevaría a los brazos de Wenceslao, sin dejar de prestar atención a todo lo que ocurría a su alrededor. La adrenalina, el miedo, la ansiedad, causaban estragos en su ser, mas avanzaba a pasos rápidos y resueltos hacia su destino.

Atravesó la estación en un suspiro y desembocó en una calzada angosta donde la vida parecía haber huido hacía rato. Los frentes de las casas estaban tan deslucidos como su percepción sobre el futuro. No había gente en las calles y temió que fuera una emboscada.

Sus pasos la guiaron tres cuadras y de allí una a la derecha. Al final de aquella arteria estaría la casa buscada, la casa donde su hombre la aguardaba. Apuró el andar impulsada por la fuerza de su corazón batiente. El rugido de un motor la alertó pero cuando quiso escapar ya era tarde. Un auto se le cruzó por delante y dos hombres descendieron de él sin darle tiempo a nada. La sujetaron por los brazos y la metieron al vehículo.

—¡No! —atinó a decir antes de ser silenciada con una mordaza en la boca y un pañuelo sobre los ojos.

Sintió que la empujaban sobre el asiento, olió el cuero y el cigarrillo de la mano que percibía cerca. Sabía que de nada valía forcejear, terminaría con un

tiro en medio de los ojos.

El auto giró y el andar se tornó más irregular, dedujo que transitaban por tierra, las cunetas eran más hondas y sus fosas nasales se impregnaron de polvo.

—Tranquila —dijo una voz, y Libertad no supo si era una buena señal o una broma macabra.

Los minutos que duró el viaje le parecieron eternos. Cuando el motor dejó de rugir y entró en calma las puertas se abrieron y unos brazos la ayudaron a salir.

Pasos amortiguados por el suelo, olor a pasto y bosta, el chirriar de unos goznes y voces en susurros. La ingresaron a un sitio donde se respiraba a guiso y especias y una radio transmitía uno de los tantos partidos de fútbol del Mundial, del que se sentía ajena y distante.

Los dedos que se cerraban sobre su codo la guiaron a través de esa estancia que despertó su apetito, hacía muchas horas que no ingería alimentos, estaba débil. Caminó vacilante por donde los olores de la cocina se iban perdiendo para dar paso a otros que no supo precisar. De repente su captor se detuvo y le quitó la mordaza. Su corazón, un pájaro asustado dentro de su pecho, se silenció apenas unos instantes. Permaneció expectante, inmóvil delante de lo que suponía una puerta. La puerta que podía ser su paraíso o su infierno.

Del diario de Naiquen.

“Mayo de 1966. Mi embarazo marcha de maravillas ahora. Ya se me pasaron las náuseas que me quitaban el ánimo por las noches. A casi todas las embarazadas que conocí las descomposturas las acometían de mañana, pero a mí me tumbaban en los atardeceres, lo cual me dejaba el día para poner mi casa en orden y atender a mi marido.

El médico dice que será un bebé fuerte y sano, ruego a Dios todas las

noches que así sea. A veces siento que esta criatura que habita en mí y que es parte de mi sangre me habla, me dice que es un varón y siento con él una comunicación que va más allá del entendimiento. No quiero ser egoísta pero este hijo mio es más mío que de Adolfo, así lo siento. Adolfo no le presta demasiada atención pese a mis intentos para atraerlo hacia mi panza incipiente, para que le hable o la acaricie. Parece escaparle como si tuviera miedo, como si en vez de un hijo suyo hubiese un monstruo. Interrumpimos las relaciones conyugales lo cual para mí es un alivio, no tengo ganas de someterme a sus demandas, lo siento lejos de mí, como si entre ambos se hubiera interpuesto un muro inexpugnable. Ya ni siquiera discutimos, mi condición de embarazada debe situarme en posición de debilidad para él por lo cual le debe dar culpa pelearme. Pero yo me siento más fuerte que nunca.”

De vez en cuando Naiquen releía el diario que sentía como un testimonio de su vida conyugal a la que no quería regresar. Ya no le daba tristeza recordar el pasado, solo eran advertencias para no repetir errores.

Cerró el cuaderno de hojas amarillentas y se preparó para dormir. Había sido un día duro. El trabajo en el diario se intensificaba, Ramírez le otorgaba mayores responsabilidades cada jornada y ella intuía que pronto estaría escribiendo una columna. Aún no sabía de qué, porque ella no tenía ningún conocimiento especial, pero Santiago le había dejado entrever algo de eso.

Los nervios la tenían apesada, sentía una expectación constante, una ansiedad fuera de lo común, sabía que algo iba a suceder, pero no podía percibir por dónde vendrían los vientos de cambio ni si serían a favor o, por el contrario, la arrojarían contra los límites de la cordura.

La mañana se desgarró sobre los cristales y el sábado la halló más distendida. Esa noche, 10 de junio, se disputaría el tercer partido de la

selección Argentina en el Mundial. En el segundo, contra Francia, el equipo había resultado vencedor y pasado a la segunda ronda, debiendo ahora enfrentar a Italia.

Aime los esperaba con invitación formal para cenar dado que el partido comenzaría 19.15, como los anteriores, y ya era un clásico que se reunieran en su casa.

Los chicos aún dormían cuando Naiquen abandonó la casa en silencio para ir a comprar el pan. Hacía frío pero nada anticipaba el temporal que se abatiría sobre ella. Iba distraída, pensando en su trabajo en el diario, en cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo, por lo que no notó que alguien la seguía. La calle estaba tranquila, pocos transeúntes se habían dado cita, algunos porteros para barrer la vereda y dos o tres señoras con la bolsa de los mandados.

Cruzó en dirección a la panadería, compró algunas facturas y salió. Unos dedos se cerraron sobre su brazo y una mirada de fuego la atravesó quebrándola en cientos de trozos de pánico.

—¡Adolfo! —atinó a decir antes de recibir la primera bofetada.

Sus ojos se agrandaron y quiso desasirse pero su marido la apretaba con fuerza y la arrastraba por la calle en dirección a su casa.

—¡Desagradecida! —le dijo con rabia a la vez que cruzaban la acera.

—¡Soltame! —gritó Naiquen en un intento de llamar la atención de alguien para que acudiera en su auxilio, sin darse cuenta de que en esos tiempos violentos cada uno miraba su propio ombligo y el “no te metas” era lema de vida.

Adolfo iba ennegrecido de ira y avanzaba a pasos largos y enérgicos en la dirección exacta de su casa. Naiquen temía por sus hijos, no quería que vieran a sus padres en ese estado.

—Escuchá, Adolfo, calmate...

—¡No quiero oírte!

—Los chicos...

—¡Los chicos tienen que saber qué clase de madre tienen! —De pie frente a la puerta le quitó las llaves que ella aún conservaba en la mano y abrió, empujándola con tanta fuerza que la mujer cayó de rodillas al suelo.

Adolfo cerró de una patada y la miró desde su altura.

—Vas a guardar lo necesario y nos vamos ya para casa. —Su tono de voz no dejaba lugar para la duda.

—Los nenes... están durmiendo —dijo Naiquen mientras se levantaba del piso y se masajeaba la muñeca dolorida.

—¡Ahora se van a despertar! —Enfiló hacia donde dedujo que estaban las habitaciones y Naiquen lo siguió.

No deseaba que sus hijos presenciaran tanta violencia y en un intento por detenerlo lo agarró por el brazo. Él giró hecho una fiera y le asestó un golpe de puños cerrados que la dejó de nuevo desparramada en el suelo. Un hilo de sangre comenzó a brotar de su nariz y un fuerte dolor en el costado la hizo encogerse en posición fetal.

El sonido del timbre y la horrenda visión de su mujer herida paralizaron a Adolfo. Sus ojos recorrieron la estancia y no supo qué hacer. Naiquén se retorció en el piso y la chicharra volvió a sonar.

Cobarde y recobrando la lucidez, Adolfo caminó hacia la puerta y salió a la carrera, llevando por delante a Nehuén, quien en un primer momento creyó que se trataba de un ladrón.

El hombre ingresó y al verla tiró a un costado el paquete que cargaba. La ayudó a sentarse, examinó su rostro sangrante y advirtió que ella se apretaba el lado derecho; su cara era una mueca de dolor.

—¿Te duele al costado? —Ella asintió. En la caída se había golpeado con la esquina de la mesa ratona.

—Te voy a revisar.

Sin darle tiempo a ponerse de pie la cargó en sus brazos y la llevó hacia su

dormitorio. La acostó y partió hacia el baño donde halló un trozo de algodón para detener la hemorragia nasal. Colocó la compresa y sin pedir permiso le levantó la blusa para observar el moretón que iba formándose sobre su piel. La tocó, apretando ligeramente la zona hasta que ella ahogó un grito.

—Lo siento, pero quiero ver que no haya ningún órgano afectado.

Naiquen respiró hondo y aguantó el examen con valentía. El roce de las manos de Nehuén la inquietó: sus dedos la estremecían, se dijo que era una locura. Tanto tiempo sin sentir a un hombre, sin sentirse mimada la volvía vulnerable, y las manos de su sobrino segundo parecían acariciarla.

Nehuén por su parte se debatía entre el hombre y el médico. Tener a esa mujer en todo su esplendor desmadejada sobre la cama a merced de sus deseos lo confundió.

Continuó su examen más de lo debido y usando las dos manos en franca caricia. Naiquen cerró los ojos, incapaz de mirarlo mientras sentía que el calor se mezclaba con el dolor.

Si no se detenía terminaría cometiendo una locura, olvidaría que esa mujer le era prohibida, que era su pariente.

—Aparentemente no hay ninguna lesión, pero si la molestia persiste vamos a hacer una radiografía.

Ella abrió los ojos y por un instante sus miradas se cruzaron. Ambos sabían lo que había pasado pero en tácito pacto prefirieron archivarlo en el olvido.

—¿Qué pasó? ¿Quién era ese hombre?

—Mi marido.

—Pero... —Nehuén no estaba al tanto de la historia.

—Vino a buscarnos. Yo... yo me escapé de nuestra casa —reconoció al fin.

—Entiendo por qué te escapaste.

Naiquen hizo intentos para sentarse pero el dolor se interpuso. Él lo advirtió y la ayudó sosteniéndola por los hombros. La cercanía volvió a

estremecerlos, Nehuén se alejó de inmediato.

—¿Querés contarme? —Se había sentado sobre el lecho, cerca de los pies.

—Es una historia larga que prefiero guardar en el olvido.

—¿Y qué vas a hacer? —De pronto, no quería que se fuera.

—No voy a volver, eso ya está decidido. Pero tengo miedo, temo que quiera llevarse a mis hijos. —Su mirada se ensombreció y las lágrimas pugnaron por salir, pero nadie la veía llorar.

—Eso no va a pasar. —La decisión en el tono de voz de Nehuén le dio seguridad—. Estamos nosotros para cuidarte, estoy yo para cuidarte. —Fijó en ella sus ojos y vio que el rubor ascendía a sus mejillas. Estiró su mano y Naiquen creyó que iba a acariciarla. Mezcla de alivio y desazón la acometió cuando él le sacó la compresa que tenía en su nariz—. Ya no sangrás.

Se levantó del lecho y fue a tirar el algodón a la basura. Al volver dijo:

—¿Te duele todavía? ¿Podrás levantarte? Tenemos que tener un plan para cuando se levanten los chicos...

—Sí, no quiero que se enteren de esto. —Intentó incorporarse con dificultad, aún sentía el escozor en la zona del golpe.

En la cocina, Nehuén le dio para tomar un calmante y preparó unos mates. Naiquen estaba acodada sobre la mesa y su rostro era la imagen del dolor y la indecisión.

—Vine a traerles unos *Billiken* —explicó el sobrino—. Un compañero del hospital llevó unos cuantos que sus hijos ya no miran —dijo tratando de hacerla olvidar el mal momento—. Pensé que a ellos tal vez les sirvieran para el colegio. —Pero Naiquen no escuchaba, estaba encerrada en su mundo de miedos y dudas.— Naiquen —llamó el hombre rescatándola de su nebulosa.

La mujer elevó los ojos y lo miró sin ver. Tenía aún un rastro de sangre seca en la boca y toda la tristeza del mundo grabada en el semblante. Nehuén quiso navegar en su mirada pero era una mujer de voluntad férrea que no permitía la intromisión.

—Diremos a los chicos que te caíste cuando ibas a la panadería —comenzó—, luego pensaremos qué hacer con tu marido.

Algo pareció traerla de vuelta porque su atención se concentró en él.

—Adolfo insistirá en que volvamos a casa, pude ver la furia en sus ojos.

—No puede obligarte si no querés.

—Soy su esposa —recordó ella—, y tengo a sus hijos.

—Le preguntaremos a Libertad, ella tiene que saber mejor que nosotros si puede obligarte o no. —Nehuén pensó en que tendría que hallar pronto a su hermana, por eso y por la preocupación creciente de su madre.

—Te agradezco, Nehuén —dijo la mujer—, pero aquí no cuentan las cuestiones legales. Adolfo no se quedará de brazos cruzados, tenga o no derecho. Además, es abogado.

La mirada azul la traspasó y creyó leer en ella un destello de enojo, pero las palabras proferidas por Nehuén fueron en tono neutral.

—No estás sola ahora, ya te lo dije. —Pese a que se refería a la presencia de la familia había una velada actitud de posesión en su sobrino segundo.

“Debo estar volviéndome loca. Basta Naiquen, basta, este joven puede ser tu hijo, jamás se fijaría en vos de esa manera.”

La puerta del dormitorio de los chicos se abrió y apareció Mauro, quien enseguida captó que a su madre le había ocurrido algo. Detrás apareció Pablo, ajeno y feliz con su habitual actitud despreocupada.

Los mayores les comunicaron la mentira planeada y entre desayuno y *Billiken* se pasó la mañana.

Nehuén se fue con la promesa de buscarlos más tarde para ir a ver el partido. Antes de cerrar la puerta murmuró a Naiquen:

—No salgan y no le abras a nadie —le dio un beso en la mejilla y añadió —: ya lo solucionaremos.



CAPÍTULO 11

“Se miran, se presienten, se desean, se acarician, se besan, se desnudan, se respiran, se acuestan, se olfatean, se penetran, se chupan, se demudan...”

OLIVERIO GIRONDO

La entrada se abrió y unas manos la tomaron de las muñecas. Un ligero estremecimiento sacudió la piel de Libertad. Dio unos pasos guiada por esos dedos cálidos y la puerta volvió a cerrarse. Aun con la venda en los ojos se sintió a salvo. No era el infierno pese a que el calor ascendía por su columna vertebral y ahogaba su pecho. Ese olor era inconfundible, ese roce, ese respirar tan cerca de su boca, esa sonrisa que adivinaba en el hombre que tenía enfrente. Pese a que ansiaba verlo luego de tantas lunas le seguiría el juego. Así era Wenceslao, sorprendente.

Se dejó conducir sin palabras. Al borde de la cama donde el amor los haría de nuevo le permitió desnudarla lentamente mientras sus dedos la acariciaban con pasión reprimida. Su propia piel se conmovió ante la leve presión de sus labios en su cuello, ante su respiración tibia, contenida. Cuando estuvo desnuda elevó su brazo y se enroscó en él apretándose contra el cuerpo amado. Se abrazaron y tocaron, reconociéndose, demorando el encuentro de sus bocas que esquivaban besos para depositarlos en otras partes. Con la misma paciencia con que Wenceslao la había despojado de sus prendas, Libertad lo fue desvistiendo hasta que solo fueron piel y suspiros. Al fin permitieron que sus labios se hallaran y sucumbieran al amor postergado. Las

lenguas se enroscaron, se sorbieron, se bebieron. Las manos apretaron, acariciaron, poseyeron.

Las piernas dejaron de sostenerlos y la pasión los obligó a acostarse. La cama los recibió dichosa y se amaron como si fuera la primera vez. No hubo espacio de piel que Wenceslao no besara, no hubo espacio de piel que Libertad no acariciara. Entre gemidos y sudores llegó la noche y el hambre los conminó a salir.

Libertad observó por primera vez la construcción donde se hallaba. Wenceslao le dijo que era una casa de un barrio periférico que pertenecía a uno de sus compañeros de la JUP.

—Está limpia por ahora —aseguró mientras buscaban comida en la cocina.

Desde otra habitación cercana llegaban voces, Wen le explicó que eran sus amigos, los mismos que la habían conducido hasta allá.

—¿Por qué me vendaron si son tus amigos? —quiso saber mientras comían con fruición.

—Porque cuanto menos sepas y a menos gente conozcas mejor es.

La joven sintió el peligro y supo que era necesario escapar urgente.

—¿Cuándo podremos irnos? —Había súplica en sus ojos gatunos—. Necesito saber, Wen, necesito alertar a mi familia, no puedo abandonarlos así...

—Amor —Wenceslao acarició sus cabellos desordenados luego de toda una tarde de pasión—, no podés decirles nada, es por su bien. Si saben algo será riesgoso para ellos.

—Pero no puedo desaparecer así como así... —protestó. Imaginaba la tristeza de su madre, la angustia de su abuela y el dolor de su padre—. Tengo que dejarlos tranquilos de que estaré bien.

Wenceslao se sentó a su lado y la abrazó por los hombros.

—Mis padres no tienen noticias desde hace más de un mes —la consoló—, prefiero que me crean muerto antes de colocarlos en situación de peligro.

—¡Estás loco! —interrumpió la muchacha—. ¿Cómo podés decir eso? ¿No sabés lo que sufre una madre? —Sus ojos verdes brillaban de frustración, no quería que él la viera llorar.

—No, puede ser que no lo sepa —le corrió un mechón de cabello—, pero solo será por un tiempo, hasta que toda esta locura acabe. —No quería ahondar en detalles con ella, no quería decirle que sabía de primera mano de las torturas y suplicios a que sometían a los detenidos. Cualquiera podía caer en las redes de los militares, cualquiera podía abrir de más la boca—. Debés obedecerme Libertad, si querés que tu familia esté a salvo.

—¿Pretendés que deje que me crean desaparecida? —Era el término que había empezado a circular por lo bajo.

—Solo un tiempo, hasta que estemos a salvo y podamos hacerles llegar noticias por terceros confiables.

La muchacha se puso de pie y caminó por el cuarto.

—Es mucho lo que me pedís...

—Lo sé —Wen ya estaba a su lado, abrazándola por la espalda— lo sé, mi amor.

Esa noche Libertad durmió junto al hombre amado, junto al muchacho idealista y de buen corazón que limpiaba mocos y sacaba piojos en las villas, que cocinaba en ollas donde solo cabía la pobreza, con los pies en el barro y el frío en los huesos. Esa noche Libertad lo amó con todo su cuerpo y con toda su alma, porque un miedo atroz se le había instalado en la piel y presentía que era la última vez que se cobijaría en su pecho.

Esa noche Wenceslao la amó con sus entrañas, la acarició como nunca y se bebió uno a uno sus gemidos y sus lágrimas. Esa noche Wenceslao le juró amor eterno pasase lo que pasase, y derramó en ella la semilla de la esperanza.

Al amanecer unos discretos golpes a la puerta los arrancaron del sueño. Uno en brazos del otro supieron que era la despedida.

—Pasado mañana te irán a buscar —dijo él mientras se vestían—, ya sabés dónde.

Ella asintió en silencio. El frío la hizo temblar, pero también la incertidumbre. Él lo notó y la ayudó a ponerse la ropa mientras la acariciaba para que entrase en calor.

—Extrañás mi cuerpo —quería bromear para aliviar la tensión del momento.

—Siempre —respondió ella con seriedad.

—¿Te acordás de todo? —insistió Wenceslao.

—Cada uno de los detalles.

El plan era similar al de otras veces. Libertad debía salir de su casa a la hora indicada, sin más cosas que su bolso y sus papeles de trabajo, como si fuera un día cualquiera. Debía tomar el colectivo habitual hacia la oficina en que se desempeñaba y bajar en la parada de siempre. Ahí un automóvil cuya patente había memorizado la aguardaría en la esquina. Se subiría y se dejaría conducir hacia el punto de intercambio. Luego de varios desvíos abordaría una camioneta y así sucesivamente hasta arribar al vehículo final en que viajaría rumbo a Brasil para reunirse con su amor.

Habían repasado todos los detalles infinidad de veces.

—Recordá que no podés llevar nada, Libertad, nada que alerte que vas a viajar.

—¿Ya están los pasaportes? —La preocupaba esa documentación falsa que los sacaría del país, la preocupaban su madre, su padre, su abuela... toda la familia sufriría con su desaparición.

—Vos tranquila, confiá en mí —la tranquilizó besándola.

Unos nuevos golpes en la puerta los hicieron poner de pie.

—Confío en vos más que nadie en el mundo. —Se apretó contra él y se aferró a su cuello oliendo su aroma, mezcla de sudor y sexo—. Pero tengo miedo. ¿Por qué no puedo quedarme acá y partir juntos?

—Porque no es seguro que salgamos juntos del país.

—Quiero ir con vos, por favor, Wen.

—Lo sé, mi amor, lo sé. —Él también tenía miedo pero no lo revelaría delante de ella—. Pero no soy yo quien dispone de todo.

—¿Quiénes son? —quiso saber.

—Ya sabés quiénes son, gente que está ayudándonos, comprometida con la causa.

Se despidieron en la puerta del cuarto y la joven permitió mansamente que Wenceslao le vendara los ojos antes de salir. Se iba como había llegado.

Tal como había prometido, Nehuén buscó a Naiquen y sus hijos para ir a casa de sus abuelos a ver el tercer partido que jugaría Argentina en el Mundial de Fútbol. Al abrirle la puerta el muchacho advirtió la tensión que dominaba a su tía segunda y sintió el impulso de abrazarla para brindarle las certezas que intuía le faltaban, pero como correspondía a su parentesco, lo dominó.

Ella lucía pálida y una mueca de dolor le atravesaba el semblante en cada movimiento. Al sentir su llegada los niños se aproximaron a saludar, Pablo con su soltura habitual y Mauro con su seriedad.

—Ya leí las revistas que me trajiste —explicó el mayor—, muy interesantes.

—¿Tan rápido? —Nehuén cruzó el vestíbulo y cerró la puerta. Se había asegurado de que nadie estuviera merodeando la zona antes de estacionar—. Tendré que conseguir más.

—¡Mirá lo que tengo! —Mostró entusiasmado Pablo blandiendo frente a él una guirnalda hecha con papel crepe con los colores patrios.

—Cuando ganemos el partido vamos a festejar con ella —prometió el tío.

—Vayan a buscar los abrigos —ordenó la madre.

Al quedar solos él preguntó:

—¿Te duele todavía?

—Un poco, pero ya pasará —minimizó, no le gustaba mostrar su debilidad.

—Tomá —sacó del bolsillo de su chaqueta unas píldoras—, son calmantes.

Ella agradeció y fue a la cocina a ingerir una, señal de que el dolor era más fuerte del que estaba dispuesta a admitir.

Al llegar a casa de Aime ya estaban todos. Luego de los saludos, Lihuén llevó a su prima aparte y le preguntó qué le ocurría.

—Nada de importancia —negó—, vayamos a ver el partido.

—No, no, no —la otra la tomó del brazo y la empujó hacia la cocina—, a mí no me engañás con ese cuento. Noto en tu cara la gravedad del asunto.

En ese instante entró Aime y percibió que algo se traían entre manos. Sin decir palabra puso la pava al fuego mientras estiraba la masa para las tortas fritas que había dejado reposando.

—Por mí sigan hablando —alentó—, saben que soy una tumba.

Lihuén rompió a reír para distender el momento.

—¡Ay, mamá, sos tremenda!

—No es nada, tía —intentó Naiquen; se sentía acorralada.

—A mí con cuentos no, hijas —giró para verlas y las conminó a hablar.

Naiquen se tomó la cabeza entre las manos y su fortaleza se desmoronó. Les relató lo ocurrido sin ahondar en detalles.

—¡Pero ese hombre es un animal! —dijo Lihuén—. Qué suerte tuviste que mi hijo llegara en ese momento...

Al escuchar sus palabras Naiquen tomó real conciencia de todo lo ocurrido. Más allá de la desgracia con su marido, era una locura lo que había sentido hacia su sobrino. Debía alejarse de él, poner un poco de distancia, limitar sus visitas de alguna manera. Pero hasta el momento era quien le había dedicado más tiempo, su soltería y afinidad con los niños lo hacían aparecer como el salvador.

—Hay que denunciarlo a la policía —continuaba su prima en una retahíla de quejas.

—No puede denunciarlo, es su marido —terció Aime.

—La tía tiene razón —esbozó Naiquen—, tengo que enfrentarlo y solucionar esto.

—Pero hija... ¿qué estabas pensando cuando decidiste abandonarlo? —reprochó Aime.

Desde el comedor las llamaron al grito de: ¡empieza el partido!

Entre las tres llevaron las cosas del mate y las tortas fritas y se dispusieron a disfrutar del juego. Pero esta vez no hubo ni festejo ni algarabía. Noventa minutos después Italia resultaba ganadora.

Los niños enrollaron las guirnaldas y los hombres cuestionaron jugadas, arbitraje y pelotas mientras que las mujeres fueron a preparar la cena.

Luego de la comida sonó el timbre y todos se miraron extrañados. Fue Vicente quien se levantó a abrir, regresando con Libertad colgada de su brazo.

—Me imaginé que estarían todos acá y quise pasar a saludarlos —esgrimió la muchacha besándolos uno por uno.

Iba a despedirse, al día siguiente comenzaría su exilio detrás de su amado. El viaje a Brasil se le antojaba emocionante, pero la congoja por el abandono había enturbiado su mirada habitualmente chispeante.

Lihuén la abrazó y la notó muy delgada, signo de que no se alimentaba bien y que los nervios la rondaban, pero no dijo nada. Le pediría a su hijo que le recetara algunas vitaminas o algo para que estuviera más fuerte.

—Hija querida, qué lindo verte. —La besó en los cabellos y la apretó contra sí—. Te extraño —susurró.

Libertad no dijo nada y se sentó al lado de su tía segunda, había pasado poco tiempo con ella desde su llegada.

Aime sirvió los postres y las voces se entremezclaron.

—Al fin toda la familia unida —dijo Vicente—, solo falta Milagros.



CAPÍTULO 12

“Es infinitamente peor y mucho más cruel condenar a alguien a la tortura y al sufrimiento eterno, que privarle de su vida.”

FERNANDO TRUJILLO SANZ

Valcheta, Río Negro

Cuando Fresia abrió la puerta no imaginó lo que la aguardaría detrás de ella. Al principio los hombres fueron respetuosos sin ser amables. Comenzaron sus preguntas con firmeza y las terminaron con brutalidad.

El sargento Jiménez intentó detener a Fontana pero para el joven militar en busca de un ascenso, un pedido del capitán Napolitano era como una orden del mismísimo Dios. Arrancaría la información buscada como fuera necesario.

Fresia se resistió y no abrió la boca por más amenazas y golpes que recibió.

—Dejala —pidió Jiménez al ver que la mujer ya no reaccionaba y que la sangre había comenzado a brotar del costado de su cabeza.

Pero Fontana estaba engeguado. Solo cuando el cuerpo inerte cayó de la silla y terminó desparramado y tieso en el suelo, el soldado bajó brazos y bastón.

La descompostura de Jiménez no importó al asesino, quien se limpió el

dorso de la mano ensangrentado e ingresó al dormitorio. Vacío los cajones de la cómoda en busca de fotos o papeles que aseveraran que la hija de la muerta era la persona que estaban buscando. Si no hallaban algo ahí, tendrían que ir a la casa del marido, pero por lo que habían averiguado este había partido en busca de la esposa.

Mientras Jiménez se reponía del mal momento sentado en una silla con la cabeza entre las rodillas, el principal Fontana revolvía el pasado. Se hizo de unos pocos billetes que tenía la dueña de casa pero no halló otras cosas de valor, en coherencia con el estado general de la casucha y su ubicación.

—Vieja de mierda —barruntó—, dejarse matar por nada. —Y mirando a Jiménez dijo—: Vamos, niña —una sonrisa burlona le achinó los ojos.

El aludido se puso de pie y emprendieron el viaje de regreso. Al cabo de dos días, Fontana se presentó ante su superior.

—Espero que me traiga buenas noticias. —Fue el recibimiento del capitán Napolitano.

—No hallamos nada en la casa de la mujer, señor —comenzó Fontana mientras el sudor le corría por las sienes pese a que era pleno invierno. Conocía la importancia de ese caso para su superior. Él mismo se jugaba un ascenso—. La vieja se resistió hasta último momento sin decir palabra.

—Imagino que habrán culminado bien el asunto. —Los ojos del militar lucían amenazantes.

—Quédese tranquilo, capitán, la señora no hablará.

Napolitano dio unos pasos alrededor del escritorio. Sus botas resonaban en el silencio imperante. Solo se oía el tic tac del reloj de la pared.

—De modo que no sabremos si esa hija fugitiva que tiene por ahí es la persona que buscamos —bramó el capitán.

—Todavía hay una línea que debo investigar, señor —Fontana sentía que se hundía en arenas movedizas que lo devorarían de inmediato.

—¿Qué línea? —Un brillo asesino entusiasmó los ojos de su interlocutor.

—El marido, señor. Está aquí en Buenos Aires.

Una sonrisa complaciente se instaló en las facciones de Lito Napolitano.

—Ya sabe lo que tiene que hacer —dio por concluida la reunión—. Retírese.

—Sí, mi capitán.

La noche se despedía lentamente dejando en su lugar un cielo rosado. Unas nubes oscuras y de formas dantescas anunciaban un frío intenso. La tapa de la pava al hervirse el agua dio su último baile y el hombre maldijo por lo bajo. Otra vez se le había pasado, sus compañeros se burlarían, ni siquiera el mate de la despedida le saldría bien.

Wenceslao ingresó a la cocina y sonrió al ver la escena: el otro echaba agua fría en la pava.

—No quiero comentarios —se atajó.

Wenceslao elevó su mano derecha en señal de silencio e hizo un gesto. Se sentó y preparó el mate con su parsimonia habitual. Miró por la ventana y vio que el día avanzaba poco a poco. En pocos minutos abandonaría la casa y en unas cuantas horas vería otro cielo.

La ansiedad por reencontrarse con Libertad le había pintado una sonrisa en el rostro, no tenía miedo. Sabía que habían repasado todos los detalles minuciosamente, se habían mudado con sigilo y los documentos estaban listos. Irían arribando a Brasil por distintos caminos pero al final un grupo de ocho personas se reuniría en el exilio.

Era imperioso irse de la Argentina porque cada día que pasaba había más riesgos. Muchos de sus compañeros habían desaparecido sin dejar rastros y otros tantos habían resultado muertos mientras intentaban escapar. Por mucho ideal que lo impulsara, Wenceslao no quería perder su vida. Pensó en sus padres y en sus hermanos y el dolor le oprimió el pecho. Jamás entenderían

su accionar. Eran buena gente que iba a misa dos veces a la semana y cumplía misiones de caridad. Pero la caridad no estaba bien vista en esos tiempos y los Quesada se habían acoplado a los pasos vigentes. No los juzgaba, no era quien, pero él no marcharía al mismo ritmo. Aunque sí sabía que era tiempo de ponerse a salvo, al menos de momento, y militar desde afuera.

Además estaba Libertad. Libertad, en consonancia con su nombre. La amaba y no quería arrastrarla a la desdicha. Ya se lamentaba por arrancarla del seno de su familia, por haberla hecho vivir esos tiempos en la clandestinidad de su amor. Quería formar una familia con ella y no era justo lo que estaba ocurriendo. Confiaba en que podrían volver, nada era eterno.

A la hora señalada se abrazó con su anfitrión y tomó su bolso. Miró por la ventana y divisó el auto que se acercaba con lentitud hacia la casa. Con un gesto indicó a los otros dos que viajarían con él que era el vehículo que esperaban.

—Un último mate. —Su compañero extendió con una sonrisa brillando en su semblante.

Wenceslao lo tomó, agradeció y avanzó hacia la puerta. Al abrirla lo recibió el frío del amanecer pero no logró enturbiar su ánimo. Descendió los dos escalones que lo separaban de la vereda y caminó hacia el rodado. No conocía al conductor pero confiaba en él.

Atrás venían los otros dos, completos desconocidos que como él habían arribado al refugio la tarde anterior. Algo lo alertó, tal vez la mirada de satisfacción que sintió a través de la ventana de la casa que acababa de abandonar. Su dueño, aún con el mate en la mano, lo observaba con el triunfo instalado en sus ojos. Una mueca burlona fue el preludio de la balacera que vino desde la esquina.

La primera bala le dio en el hombro y lo echó para atrás. Sintió el proyectil quemándole la piel, arañándole la carne y astillando sus huesos. Su grito de

dolor se unió al de sus compañeros de viaje que también habían sido alcanzados por las balas y se retorcían en el suelo entre su propia sangre.

Wenceslao se acercó a uno de ellos para auxiliarlo y fue alcanzado por otro disparo, esta vez en una de sus piernas. Todo sucedía en cámara lenta y en segundos. Eran varios los que abrían fuego a mansalva.

El conductor en un acto de verdadero coraje y solidaridad salió para ayudar y solo alcanzó a tomar a Wenceslao que apenas podía moverse a causa de sus heridas. Lo arrastró como pudo el tramo que faltaba hasta la puerta del auto y uno de sus zapatos, sus queridos mocasines Guido, se perdió en el camino. Cuando iba a empujarlo hacia dentro otro disparo bañó todo con sangre. La cabeza de Wenceslao estaba abierta, la bufanda que le había tejido su madre y que siempre llevaba al cuello se teñía de rojo. Lo último que vio Wen fueron los bellos ojos gatunos de Libertad que le sonreían.

El chofer dudó entre dejarlo tirado en la acera o terminar de introducirlo al vehículo. Ganó la segunda opción.

Los disparos continuaban y el parabrisas estaba hecho añicos. Como si un escudo protector lo cubriera, el hombre estaba ileso y pudo retroceder alejándose del lugar. Al llegar a la esquina dobló en una curva cerrada y apretó el acelerador a fondo.

Dejaba tras de sí dos cuerpos inertes y un traidor. Llevaba un hombre que se debatía entre la vida y la muerte.

Esa mañana Libertad despertó en su cama. Había decidido dormir en su casa, su última noche con la familia. Le dolía el corazón, se sentía egoísta y traidora al correr detrás de su amor. Pero por mucho que lo pensara una y otra vez, volvía a elegir su vida junto a Wen.

Se vistió con tristeza y miró su ropa y sus adornos. Sus carpetas de cuando estudiaba aún estaban guardadas en lo alto del placard, así como sus libros y

exámenes. Sabía que jamás volvería a usarlos, pese a ello se resistía a tirarlos y que formaran parte de un asado, como sabía que habían hecho varios de sus compañeros.

Desistió de dejar una carta de despedida, Wen le había advertido de no hacerlo, era peligroso para su familia conocer su destino. Nada, tenía que irse sin nada si quería protegerlos.

La culpa la perseguiría por siempre, lo anticipaba. Sería otra desaparecida más. Tenía que ser fuerte y no desmoronarse cuando le diera a su madre un beso. No acostumbraba a hacerlo, hacía rato que había perdido esa costumbre de cuando era niña. Cuando estaba en la casa entraba y salía diciendo adiós, pero pocas veces los premiaba con un cariño.

Ese día lo haría, tal vez fuera el último abrazo. Las lágrimas pugnaron por salir y las tragó. Tenía que ser de hierro, que no sospecharan. Su padre intuía algo, podía leer la intriga en sus ojos verdes. A veces creía mantener con él un mudo diálogo.

Hizo la cama y tomó sus papeles de trabajo, aunque sabía que no iría a la oficina ese día ni ningún otro. Sintió culpa por su tía Naiquen, a quien había citado para evacuar sus dudas en cuanto a su marido y su pretención de que volviera. Pero seguramente algún otro abogado del estudio la atendería.

Cerró la puerta de la habitación y una etapa. Respiró hondo y se vistió con una sonrisa falsa antes de aparecer en la cocina.

Su padre leía el diario mientras su madre preparaba el mate y le contaba de las nuevas ideas de Lynette para el estudio. Era una vieja costumbre, ella hablaba mientras él intentaba leer.

—Buenos días —se anunció.

—Hola, hija —dijo Lihuén—, ¿vas a desayunar como corresponde o vas a tomar mate?

—Está bien, voy a desayunar. —Al menos le daría el gusto por última vez.

—¿Estás bien? —Su padre la miró por encima de sus anteojos y ella sintió

que la pregunta quería ser otra.

—Sí, papá, estoy bien.

Santiago hizo un gesto por demás elocuente, sabía que algo le ocultaba; la joven sintió pena.

Bebió su café con leche de prisa y llevó la taza a la pileta.

—Acordate que hoy va tu tía por ese temita —recordó Lihúén.

—Sí, mamá, tranquila —mintió—, sabés que nunca faltó a mis obligaciones.

Besó a ambos, recogió sus cosas y salió de la cocina. Necesitaba escaparse para no terminar llorando sobre la mesa. La angustiaba sobremanera pensar que tal vez pasaría mucho tiempo antes de volver a verlos. Los miró desde el pasillo antes de partir y reprimió el llanto.

El frío de la calle le desarmó las decisiones y estuvo a punto de entrar corriendo y desahogar su angustia en el pecho paterno. Cerró los ojos un instante y eligió. Habría tiempo de volver, era joven y visualizaba una eternidad por delante. “*Siempre hay tiempo*”, se dijo.

Ajustó la bufanda a su cuello y sonrió al evocar el gesto de Wenceslao, que nunca se separaba de esa prenda tejida por su madre. El recuerdo del amor le dio nuevos bríos y más luz a sus ojos que habían amanecido apagados.

Miró su reloj y vio que estaba retrasada, de no apurarse perdería el colectivo. Corrió hacia la parada y divisó que se acercaba. Montó en él y echó un vistazo a su cuadra, a las veredas por las que tanto había caminado y una lágrima rebelde resbaló por su fría mejilla. Se concentró en el recorrido, apreciando las calles de su querida Buenos Aires que tal vez no volviera a ver en mucho tiempo.

Al llegar a su destino descendió y caminó unos pasos hasta hallar un lugar adecuado para sentarse a esperar. El edificio donde trabajaba estaba de ella unos doscientos metros y miró en su dirección, despidiéndose. Ya nunca volvería a trabajar ahí. Sabía que el futuro era incierto, que su título no

tendría valor en otro país, que el idioma sería una barrera más para atravesar, pero se sentía con fuerzas. Algo encontraría para hacer y ganarse la vida. Con Wenceslao a su lado nada le parecía imposible.

Se sentó sobre un escalón alto al frente de un local que estaba cerrado y aguardó. No había mucho tránsito aún y los autos que desfilaban frente a ella continuaban su viaje. Dio un nuevo vistazo a su reloj, se habían demorado ya casi diez minutos. Era extraño, siempre habían sido puntuales. ¿Habría llegado tarde ella? No, no era posible, al bajar del colectivo corroboró que estaba bien, incluso le habían sobrado unos minutos.

Comenzó a inquietarse cuando la media hora dio en las agujas. Se puso de pie y caminó unos pasos, mirando en todas las direcciones. El pájaro dentro de su pecho estaba agitado y quería salir. El calor le subía por la columna y sintió las gotas de sudor corriéndole desde las axilas. ¿Qué habría pasado? Las garras del miedo la tomaron por la espalda y le comprimieron el ánimo.

Volvió a sentarse, tal vez había entendido mal. Pero los minutos siguieron su cruel curso hasta que pasó una hora. El dueño del negocio la corrió del escalón, era hora de abrir.

Libertad permaneció allí hasta que el sol del mediodía entibió las aceras y sacó a los niños para ir a la escuela. El perro que la había acompañado, presintiendo su desazón, se cansó y se fue tras ellos.

La joven decidió que ya era hora de irse y caminó hacia su trabajo. No podía enfrentar a nadie en ese estado y la oficina, cerrada a la hora del almuerzo, sería un buen refugio hasta que su mente se aclarara. Tenía que encontrar a Wenceslao y no sabía cómo.



CAPÍTULO 13

Cuando Adolfo salió de la casa de Naiquen, preso de frustración y enceguecido, no se percató del automóvil que lo siguió mientras él cruzaba la calle, sin rumbo fijo.

Paraba en un hotel del centro pero necesitaba aire para apaciguar tanto su mente como su corazón, agitado por la furia que había descargado sobre su mujer. “*Ingrata*”, pensó. “*Abandonarme a mí, robarme a mis hijos...*” De pronto el recuerdo de ese hombre joven que la había rescatado se interpuso entre su malestar y su hombría. ¿Quién sería? ¿Se habría fugado con un amante y él ni siquiera se había dado cuenta? No podía ser.

La había rastreado como un loco dado que su suegra no había querido soltar prenda. Pero él sabía que tenían parientes en Buenos Aires, Naiquen siempre hablaba de su prima, la querida prima de la infancia a quien no veía desde hacía más de veinte años pero a quien recordaba con cariño. Y su tía, la vieja Aime, quien la había acogido en su hogar, en Mendoza, cuando era apenas un bebé. Sí, bien que conocía él a toda la familia aunque más no fuera por referencia. Y los había encontrado, no había sido difícil. “*Nada es imposible cuando se quiere con el alma.*”

Los del grupo de tareas que lo vigilaban desde el rodado continuaron su persecución, aburridos al tener que seguir a un hombre que lucía desquiciado, de andar atolondrado y movimientos bruscos. Se podían leer en su cuerpo el malestar y el desasosiego, el gesto tenso de la boca, los ojos huidizos, todo él era un manojito de nervios.

Adolfo caminó por más de una hora hasta llegar al Obelisco, donde, desorientado en esa ciudad que le parecía gigante, se sentó en el banco de una plazoleta a llorar como si fuera un niño.

A su alrededor la gente pasaba, indiferente. Unos pocos se detenían a dar de comer a las palomas que abundaban por ahí, otros conversaban sobre el Mundial de Fútbol. Extrañaba a sus hijos, aunque no fuera el mejor padre, aunque jamás mirara sus cuadernos ni fuera muy compañero, los extrañaba. Después de todo eran su misma carne, su misma piel. A ella... a ella no. Solo quería tenerla de vuelta en la casa porque era lo que correspondía. Era su esposa, la que había elegido para formar una familia, aun cuando el amor continuara en otro corazón, en otra mujer que lo había rechazado, marcándolo para siempre con la huella de la infelicidad. Pero Naiquen lo había aceptado y debía estar a su lado. Con el tiempo se acostumbraría, como todas.

Luego de reflexionar un buen rato entendió que la violencia no era el mejor camino para llevarla de vuelta a su hogar. Debía engatusarla, mostrarse arrepentido y cariñoso para que ella accediera voluntariamente. Conociendo a su mujer sabía que aceptaría, no por ella pero sí por los hijos, a quienes quería por sobre todas las cosas. ¿Y si tenía un amante? Debía tragarse el orgullo, al menos hasta estar de nuevo en su hogar. Allí arreglaría las cosas como correspondía, y si era necesario ponerle una mano encima otra vez, no vacilaría.

Se puso de pie con nuevos bríos y enfiló hacia la parada de colectivos. Preguntaría cuál tomar para ir al hotel.

Minutos más tarde, entre mate y bizcochitos, el sargento primero y el principal dieron con el alojamiento de mala muerte que albergaba al objeto de su custodia. Ya lo tenían ubicado, ahora debían esperar la próxima orden.

Naiquen se cansó de aguardar en el estudio de Libertad y decidió irse. Había

trabajado durante toda la mañana llevando y trayendo paquetes y mensajes, caminando bajo el frío con que había amanecido.

Luego había ido a buscar a los chicos al colegio, atenta por si Adolfo andaba por ahí, vigilándolos, y les había dado de comer. Lynette había accedido a quedarse con ellos un rato mientras iba a ver a Libertad, pero al parecer su sobrina segunda no tenía intenciones de aparecer por la oficina.

La secretaria le pidió disculpas varias veces, incapaz de dar una respuesta sobre su paradero, y le ofreció otro abogado para evacuar su consulta, lo cual Naiquen rechazó.

Volvió a su casa de mal humor, no le gustaba la informalidad, y por más que ella no fuera una clienta, juzgó que Libertad debería haberle avisado.

En su hogar sus hijos estaban contentos. Lynette les había llevado lienzos y pinturas y se afanaban en un paisaje. Pablo solo hacía líneas toscas y garabatos, en cambio Mauro se inclinaba sobre la tela con verdadera dedicación y había logrado perfilar una montaña con sus cumbres nevadas.

Lo primero que hizo Naiquen al llegar fue quitarse los zapatos y calzarse las pantuflas. Era una costumbre que no lograba abandonar, y más en invierno cuando el frío le comía los huesos.

Lynette advirtió su gesto de fastidio y se acercó a ella.

—¿Malas noticias?

—Nada de noticias. —Naiquen fue a la cocina para poner la pava sobre el fuego—. Libertad no llegó a la oficina. La esperé casi una hora...

—¡Qué extraño! Y ¿qué dijo la secretaria?

—Nada, solo excusas y disculpas. —La dueña de casa preparó el mate.

—No sé qué le pasa a esta chica... —adujo Lynette—. Lihúen está muy preocupada por ella.

—Lo sé —Naiquen se arrepintió de inmediato por su mala reacción—, pero al menos me hubiera avisado. Gracias por entretener a mis hijos, Lynette, fuiste muy amable.

—Fue un placer, son adorables.

Al anochecer, mientras Naiquen preparaba la cena, sonó el timbre. La mujer se alertó y prohibió a los niños abrir la puerta. Cada vez que sonaba la chicharra, Pablo tenía la costumbre de atolondrarse en la entrada para ver quién era.

Naiquen miró por las hendijas de la ventana y vio a Nehuén. En un gesto mecánico se miró la ropa y se acomodó el pelo, aunque al instante advirtió que ningún esfuerzo valía la pena porque se sentía horrible.

Se reprochó ese gesto de coquetería con su sobrino segundo y de nuevo pensó que estaba muy mal para tener ese tipo de pensamientos.

Él entró con su desenvoltura de siempre, le dio un beso en la mejilla y ella pudo apreciar su perfume. Nehuén siempre vestía bien y lucía impecable. Se sintió Cenicienta.

Pablo salió corriendo a su encuentro y se lo llevó de inmediato para la cocina mientras que Mauro se mantuvo más cauto, aunque también quería mostrarle su pintura.

El joven apoyó un paquete sobre la mesa mientras decía:

—Traje empanadas, por las dudas.

Naiquen no pudo menos que sonreír: se había invitado a cenar.

—Me hubieras avisado que venías y ponía un plato más —dijo—, no hacía falta traer nada.

—No sería un caballero.

Luego de la cena los chicos se fueron a dormir sin que la madre tuviera que mandarlos. Estaban muy cansados y apenas comieron se lavaron los dientes y se acostaron.

Nehuén ayudó a levantar los platos y a limpiar la mesa. Era una extraña intimidad que Naiquen no sabía cómo tomar.

—¿Preparo café? —ofreció él interrumpiendo sus pensamientos.

—Prefiero un té.

—El té barre el hierro —dijo el joven médico—, no deberías tomarlo cerca de la ingesta de alimentos.

—¿Y el café es bueno? —ironizó Naiquen.

—Vos ganás.

Sentados en el sillón del comedor Naiquen le contó sobre su frustrada visita a la oficina de Libertad.

—No sé qué pasa con mi hermana, últimamente no cumple con sus obligaciones, no duerme en la casa, anda desaparecida. —De inmediato se arrepintió del término, no era el más adecuado en los momentos que vivían.

—¿Tu padre no sabe nada? Sé que se llevan muy bien.

—Lo poco que papá sabe, y en esto te pido discreción, es que su novio es montonero y lo buscan los “milicos”.

—¿Montonero? —Naiquen se asustó—. Pero ellos son...

—Son revolucionarios —terminó Nehuén, bastante más informado que su tía segunda— que pretenden derrocar a la dictadura militar e implantar el socialismo nacional.

—Por lo que sé su actuación no es pacífica —se refería a los secuestros y atentados con bombas.

—No... responden violencia con violencia.

—¡Oh! —Naiquen imaginó a Libertad vinculada a uno de esos sujetos—. ¡Pero esta chica! ¿Qué habrá pensando al involucrarse con alguien así? —De haber conocido a Wenceslao su opinión sería otra.

—El amor no tiene fronteras. —El tono en que Nehuén pronunció la frase generó escalofríos en la mujer.

Estaban muy cerca sentados sobre el sofá. Ya habían bebido el té y la hora avanzaba sobre el reloj; el hombre no tenía intenciones de irse. Se sentó de costado y la miró. Su mirada penetrante la avasalló, a ella, una mujer de cuarenta años, madre de dos hijos. No supo interpretar sus ojos, se puso nerviosa y desvió la vista.

—No sé si con lo que voy a decirte vas a echarme —empezó Nehuén—, pero no puedo callarlo más.

El cuerpo femenino sufrió un cimbronazo. Pese al frío invernal sintió el sudor bajar por sus axilas y que la sangre se le amontonaba toda en el rostro. Supo que estaba roja y no atinó a decir nada.

—Sé que vas a pensar que estoy loco, Naiquen, pero siento cosas —continuó él—, siento cosas por vos —hizo un intento de tomar sus manos, pero ella se puso de pie como un resorte.

El hombre la imitó y se enfrentaron con la mirada, con los corazones a flor de piel.

—¿Qué estás insinuando? —La voz le temblaba, volvió a sentirse una colegiala.

—No estoy insinuando nada —corrigió él—, lo estoy diciendo claramente. —Nehuén dio un paso y le levantó la barbilla que la vergüenza había inclinado hacia el suelo—. Mirame —pidió con voz queda.

—¡Por favor! —protestó ella deshaciéndose de su mano que le había quemado en la carne. Dio media vuelta y salió con las tazas que bailaban en la bandeja ante su temblor.

Nehuén no iba a cejar en su intento. Ingresó a la cocina y cerró la puerta. Ella clavó en él sus ojos negros, retándolo a abrir, pero él avanzó hacia ella. La mujer se sintió arrinconada contra la mesada; no sintió miedo sino un leve cosquilleo de excitación ante ese coqueteo totalmente inaceptable.

—Naiquen, desde que llegaste no puedo sacarte de mi cabeza —siguió el hombre.

Plantado frente a ella le ganaba en altura y en experiencia. Apoyó sus manos a los costados de la mujer, encerrándola entre sus brazos, sin tocarla.

—¡Salí! —pidió sin firmeza en la voz.

—Decime que no sentís nada por mí y me voy.

Ella abrió los ojos y la boca y él sintió ganas de comérsela; se contuvo.

—Andate —rogó.

—Contestame.

—Claro que siento cosas por vos —replicó Naiquen repentinamente fortalecida—, sos el hijo de mi prima.

—No te escapes, sabés a qué me refiero. —Levantó una mano y le apartó un mechón de cabello de la frente acomodándolo detrás de su oreja. Ese leve roce los estremeció por igual—. Mirá cómo te ponés cuando te toco. ¿O acaso vas a negarme que te derretías el otro día cuando te revisé?

—¡No seas insolente! —Intentó escapar pero se topó con el pecho de su sobrino segundo que parecía una muralla.

—Naiquen, yo te quiero —confesó el muchacho.

—¿Es que no te das cuenta de que somos familia? ¿Qué te llevo casi quince años? ¿Que tengo hijos? —Naiquen escupía las palabras que consideraba su salvación, la frontera exacta para su impertinencia.

—No me importa ni el parentesco, ni la edad, ni tus hijos. Al contrario, me gustan tus hijos y la idea de poder ser un padre para ellos.

—¡Ellos tienen un padre! ¡Estás loco!

—Un padre que viene y golpea a su madre —retrucó Nehuén—. ¿Eso sí te parece bien? Creo que tenés corridos los ejes, Naiquen.

Ella se sulfuró. ¿Qué derecho tenía para juzgarla y criticarla de esa manera?

—Andate —había enojo en sus palabras—. Y no vuelvas por acá —añadió—. Solo te veré en reuniones familiares, pero no quiero que vuelvas a mi casa.

—Estás echándome —había desazón en su tono y en su mirada; la mujer no se conmovió.

—Sí, estoy echándote.

—Dejame al menos despedirme. —Y sin darle tiempo arremetió contra su boca.

Fue un beso del que ninguno de los dos salió igual. Un beso profundo, con sabor a comienzos y a finales. Un beso que Naiquen compartió y al cual respondió desde el instinto, porque pudo, por primera vez, sentir la diferencia entre la costumbre y la pasión.

Nehuén enfrentó el aire frío de la noche sabiendo que esa mujer de la que se había enamorado jamás sería suya. Había demasiadas barreras que ella no quería atravesar. Pero no estaba en su natural darse por vencido.



CAPÍTULO 14

“Lo maravilloso de la guerra es que cada jefe de asesinos hace bendecir sus banderas e invocar solemnemente a Dios antes de lanzarse a exterminar a su prójimo.”

VOLTAIRE

Lito Napolitano estaba en su oficina de Campo de Mayo. Acababa de regresar de Las casitas, otro de los cuatro centros clandestinos de detención que funcionaban ahí. Ya no lo afectaban las imágenes de los colchones tirados sobre el piso de baldosas rojas donde los encapuchados aguardaban el final del calvario. Ya no sentía ahogo ante las ventanas tapadas con mantas verdes para no dejar entrar la luz del sol e impedir a los prisioneros saber si era día o noche. Para él toda esa gente era subversiva del orden y la tranquilidad pública. No tenían derecho alguno a permanecer en la sociedad. Solo los bebés allí nacidos serían salvados en el seno de familias católicas y bien enraizadas.

Pensó en Felicia, la luz de sus ojos, la alegría de sus días y una sonrisa se pinceló en su boca.

El golpe a la puerta lo sacó del bello recuerdo y dio la voz de ingreso. Era el principal Fontana, quien se cuadró ante él y realizó la venia.

—Espero que traiga buenas noticias.

—Así es, señor —comenzó el hombre.

—Lo escucho.

—Efectivamente señor, la mujer que está en Buenos Aires es la hija de

Abel Battistelli.

—Muy bien. —El capitán Napolitano no era hombre expresivo frente a sus inferiores y disimuló el placer que la noticia le causaba—. ¿Podemos estar seguros?

—Sí, mi capitán —replicó, ufano—. Detuvimos al marido y él nos dio toda la filiación de su esposa.

—¿Qué pasó con él? —Sus ojos inquisidores no admitían un error.

—Sufrió un infarto durante el interrogatorio, señor —explicó Fontana, inmutable—, murió.

—Bien. —Napolitano volvió a sus papeles, fingiendo desinterés—. Déjeme toda la información sobre la mujer.

El militar extendió la carpeta que llevaba bajo el brazo y la apoyó sobre el escritorio.

—Puede retirarse —ordenó Lito.

Cuando el principal Fontana cerró la puerta, el capitán tomó el legajo. Al abrirlo una leve excitación le recorrió todo el cuerpo y hasta sintió una inoportuna erección. Pensó en María, su esposa, a quien tenía abandonada en el lecho a causa de su obsesión por acabar con la descendencia de Abel Battistelli, el hombre que le había robado a su padre. “*Esta noche tendrás tu merecido, mi dulce María*”, pensó. Hacía rato que no hacían el amor. Ella era una santa, jamás se quejaba y aguantaba con estoicismo sus cambios de humor. Le compraría flores antes de ir, y unos chocolates también. Lo merecía.

Sus ojos recorrieron las pocas hojas que tenía frente a sí, buscando una foto, pero no había. ¿Cómo sería esa mujer? Por lo que ahí decía tenía cuarenta años y trabajaba como cadete. Tenía la dirección del colegio de sus hijos y los datos de toda su parentela. Pero solo ella era una Battistelli. Y los chicos... ¿Qué edad tenían? Leyó el informe y meneó la cabeza en señal de negación. Eran grandecitos ya para salvarse. Si hubieran sido más pequeños

podría haberlos ubicado... pero era tarde. Los jovencitos habían pasado la etapa de la inocencia y tendrían que pagar por el pecado de su abuelo, al igual que la mujer.

Cerró la carpeta y se recostó en su sillón. Miró por la ventana, el día se iba para dar paso al atardecer. El cielo cambiaba sus colores y se dijo que era hora de volver a casa. Tomó los papeles, los guardó en su maletín, volvería a leerlos en la cama, luego de haber disfrutado con María y haberle arrancado unos cuantos gemidos.

Luego de su inútil espera Libertad se refugió en su oficina. Allí estuvo unas horas, las necesarias para no cruzarse con la secretaria. Luego vagó por las calles, sin rumbo ni brújula más que su corazón afiebrado de miedos. ¿Qué habría pasado? ¿Por qué nadie había ido a buscarla como habían previsto? Repasó mil veces el plan y sabía que no se había equivocado en nada, ni en los sitios ni en el horario. Algo había ocurrido, lo presentía en la piel que le dolía, en el alma que sangraba y en la boca seca y muda.

No tenía a dónde ir, no conocía a nadie, los pocos amigos en común se habían evaporado con los primeros perseguidos. Los de la JUP tampoco se dejaban ver y menos los Montoneros que habían captado a Wen y que él creía que iban a ayudarlo.

Libertad conocía algunos de los hechos de violencia protagonizados por dicha organización, no era ni ciega ni sorda. Y si bien no compartía su accionar, como tampoco lo hacía Wenceslao, sentía que su novio había quedado atrapado. ¿Y si eran ellos quienes lo habían traicionado? Porque intuía que alguien había jugado sucio, que alguien lo había entregado. Pero... ¿Por qué a él? ¿Qué daño podía ocasionar un ser como Wen? Siempre pensando en el prójimo, siempre queriendo ayudar...

Cuando cayó la noche y el frío y el hambre la empujaron contra el límite

de su resistencia, decidió buscar consuelo en casa de su hermano pese a la prohibición del toque de queda. No quería ver a sus padres ni someterse al seguro interrogatorio. Tampoco quería los consabidos reproches por haber dejado plantada a su tía Naiquen. De todas maneras no habría concurrido a la cita, pero al menos no estaría presente para dar la cara. “*Cobarde*”, se dijo. “*Wen no estaría orgulloso de mí.*”

Pero su hermano no estaba en su departamento y debió aguardar en el zaguán hasta que este arribó, cerca de la una de la mañana, y la halló hecha un bollito en un rincón oscuro.

—Pero... ¿qué hacés acá? ¿Estás loca? —fueron sus palabras—. Sabés que no se puede salir... —Aunque él mismo venía de casa de Naiquen, contrariado por cómo habían salido las cosas luego de su declaración de amor.

Lo que menos tenía eran ganas de hablar con su hermana, a quien debería cantarle unas cuantas frescas.

—Es peligroso estar en la calle —la reprendió mientras abría y la invitaba a pasar.

Libertad no respondía, estaba en trance y el hermano se compadeció de ella.

—¿Qué te pasa? —Se acercó y le inspeccionó la cara. Divisó las marcas que el llanto había tallado en ella y la abrazó.

La joven se desarmó en sus brazos y pese a que no era su costumbre rompió en sollozos. Él la contuvo hasta que finalizó de convulsionarse y se desplomó sobre el sillón, con la cabeza entre las manos. Lucía vencida, ella que siempre era un cascabel, y el mayor se asustó.

Se arrodilló frente a ella y le levantó el rostro.

—Vamos, hermana, ¿qué te pasa? —Ella le rehuyó los ojos pero Nehuén insistió—. Sabés que podés confiar en mí, no voy a juzgarte.

Lentamente Libertad comenzó a hablar, al principio dudando hasta dónde

contar, pero luego su catarata de palabras y emociones perdió el cauce y terminó relatándole toda la historia.

Al finalizar eran casi las cuatro de la mañana, se habían bebido dos pavas de mate y la acidez se sentía en la boca del estómago.

Nehuén necesitaba tiempo para digerir todo lo que le había confesado, era demasiada información. No tenía miedo, él era un hombre valiente, tal vez porque no tenía real dimensión del poder de los militares que dirigían el país.

—Vení, tenés que descansar. —La tomó del brazo y la condujo hacia su cuarto—. Acostate y dormí. Mañana veremos todo con más claridad y decidiremos qué hacer.

—¿Tenés alguna idea? —En sus ojitos una luz de esperanza bailó encendiendo su mirada.

—Algo se nos va a ocurrir. —Necesitaba ganar tiempo—. Mañana veremos, ahora dormí.

—Prometiste guardar este secreto —recordó Libertad antes de taparse con las mantas.

—Y lo guardaré.

Al quedar solo, el hermano mayor se tiró a descansar en el sofá. Por fortuna al día siguiente no tenía que ir al hospital y podría dormir. Lo necesitaba. No se le ocurría de qué manera ayudarla a investigar. No comprendía bien cómo funcionaban esas organizaciones, le pareció todo muy misterioso y de película, como si Libertad estuviera inventando. ¿Estaría su hermana consumiendo algún tipo de droga que la hacía delirar? No... no tenía los síntomas habituales, él como médico se hubiera dado cuenta.

Decidió dormir y dejar de cuestionarse lo escuchado. Con la luz del día confiaba en que aparecería una respuesta. Pero pese al cansancio, Nehuén no pudo dormir de corrido. Se despertaba de a ratos, inquieto, su inconsciente lo aguijoneaba. Amaba a su hermana y lo entristecía saberla tan desafortunada. Un alerta se había disparado en su cabeza, como si algo tremendo fuera a

ocurrir, como si la muerte rondara cerca.

Se levantó temprano, bebió un café parado en la cocina, sin hacer ruido, dejó una nota para Libertad y salió.

Interceptó a su padre antes de que entrara al diario y juntos fueron hasta el bar de la esquina.

—Me preocupás, hijo —dijo Santiago ni bien el mozo levantó el pedido—. Traés una cara...

Nehuén no sabía cómo empezar. Reconocía que había hecho una promesa a su hermana pero no se le ocurría a quién más recurrir. Solo podía confiar en su círculo más íntimo y quién mejor que su padre. Sin prisas, acomodando toda la información que le había proporcionado Libertad, le fue relatando toda la historia.

Santiago interrumpía de vez en cuando y se sintió dolido cuando se anotició del plan de su hija de abandonar el país sin siquiera avisarles. Dio marcha atrás en sus recuerdos y rememoró el día previo, cuando Libertad se había despedido de una manera tan extraña e inusual.

Mientras hablaban, y sin dejar de escuchar, por la mente de Santiago desfilaron imágenes de otro bar, muchos años atrás, cuando se había reunido con Vicente. Nehuén era apenas un bebé, habían vuelto de Valcheta gracias a la ayuda de la tía Fresia, y estaban solos, rechazados por sus padres. Ni Aime ni Vicente habían apoyado su amor, pero ellos pudieron demostrarles que lo que sentían era mucho más poderoso que cualquier oposición.

Ahora, casi treinta años después, en otra esquina, en otro bar, él y su hijo se reunían para dilucidar cómo ayudar a Libertad. Se sintió orgulloso de la familia que había formado junto con Lihuén.

—Por favor, papá, no abras la boca —pidió Nehuén—, mamá no tiene que enterarse de todo esto, mi hermana confió en mí.

—Tranquilo, hijo, tranquilo. Me preocupa lo que me contás, algo sabía de ese novio, pero no creí que fuera tan grave la situación. —Se pasó una mano

por los cabellos en un gesto mecánico, pese a que ya no tenía el flequillo de la juventud cayéndole sobre la frente.

—Está muy triste, debe estar muy enamorada.

—Andá con ella, no la dejes sola —pidió el padre—, no vaya a ser cosa que cometa alguna imprudencia.

—Intentaré convencerla de que vaya a casa —Nehuén seguía llamando “casa” al hogar paterno— cuando tenga que irme al hospital.

—No va a querer, mejor llevála de los abuelos.

—Tenés razón. —Ambos se pusieron de pie, Santiago pagó la cuenta y salieron.

En la calle se despidieron con un abrazo.



CAPÍTULO 15

“No te des por vencido, ni aún vencido, no te sientas esclavo, ni aún esclavo; trémulo de pavor, piénsate bravo, y acomete, feroz, ya mal herido.”

ALMAFUERTE

Naiquen anduvo todo el día de mal humor. No podía sacar de su mente el beso apasionado que se habían dado con Nehuén, porque tenía que reconocer y aceptar que ella también lo había besado, aunque no la satisficiera el hecho. Había sido una locura, un acto producto del desamor y el deseo postergados, proveniente de los instintos. Estaba enojada con ella misma por haber sido tan débil, por no haberse hecho respetar. Sentía además vergüenza, ella era una mujer adulta, no una jovencita. De solo pensar que tenía que volver a verle la cara a su sobrino segundo sentía que la sangre se le amontonaba en el rostro, que hervía de calor. ¿Cómo lo miraría a los ojos? ¿Esos ojos tan bonitos que tenía? ¿Cómo enfrentaría a su prima?

“Oh, Dios, estoy realmente loca, estoy realmente desquiciada. ¿Cómo pude sucumbir así?”

Salió para el diario sin prestar atención al tránsito que desbordaba las calles a esa hora y de no ser por un señor que pasaba a su lado y la echó para atrás hubiera cruzado un semáforo con la luz en verde. Agradeció balbuceando y subió al colectivo. Tampoco se dio cuenta del hombre de mirada dura y corte de pelo al rape que la seguía.

Bajó en la parada de siempre y se internó en las oficinas mientras su

guardián quedaba en la vereda. Se cruzó con Santiago, intercambiaron saludos apurados, ella por culpa y él por preocupación, y se dirigió al despacho de su superior, que ya le tenía preparada una pila de papeles para repartir y encargos que le llevarían toda esa jornada laboral.

Cuando el horario marcó el fin del día tomó su bolso, se despidió de todos y salió. Ya se había acostumbrado a trabajar en ese ambiente masculino con olor a cigarrillo. Y el resto se había habituado a ella. No la molestaban pero tampoco le facilitaban nada. Su condición de mujer no la eximía de levantar hatillos de diarios viejos para archivar en estanterías.

El aire frío del invierno le dio en el rostro y le arrancó unas lágrimas a sus ojos cansados. La víspera casi no había dormido, rememorando y reflexionando lo ocurrido con Nehuén. Por su mente desfilaba su imagen y en su boca sentía el beso. De solo pensarlo se estremecía. Sentimientos contradictorios la dividían. Por un lado estaba la madre, la tía, la prima, y por el otro la mujer. Esa mujer aún joven a quien el marido le había negado el amor y el placer. Esa mujer que aún tenía ganas de sentir adrenalina y pasión. Se desconocía, no se creía capaz de encerrar esos sentimientos considerados bajos.

Estaba en la parada del colectivo cuando divisó a Santiago que venía corriendo en su dirección.

—Te llevo a tu casa —ofreció.

—Creí que salías más tarde —respondió Naiquen caminando a su lado—, siempre te quedás.

—Sí, pero hoy es diferente.

Subieron al auto y ella percibió el ánimo funesto de su primo político.

—¿Ocurre algo? —se animó a preguntar.

—Esta mañana a primera hora vino Nehuén a verme... —comenzó.

Al oír su nombre casi se le detuvo el corazón. ¿Qué habría ido a decir? No podía ser tan canalla, no era de hombres andar contando sus andanzas.

Naiquen sintió el sudor resbalando por su piel canela y sus manos empezaron a temblar. Santiago lo notó y dijo:

—No me anda la calefacción. —Ella no respondió—. Está muy preocupado por Libertad.

—¿Libertad? —le vacilaba la voz tanto como el cuerpo—. ¿Le pasó algo?

—Tiene algunos problemas, vino a buscar ayuda.

—Ah... tal vez por eso no concurrió a la consulta que habíamos concertado.

—¿Te dejó plantada?

—Sí. —Naiquen sintió culpa por descubrirla.

—Está en problemas, mi pobre hija —continuó Santiago—. ¿Volvió a molestarte tu marido?

A Naiquen le disgustaba que se refirieran a él como su esposo, pero lo era.

—No, no volvió. —El cuerpo dejó de temblarle al saber que la conversación de Nehuén no tenía que ver con ella—. Y espero que no regrese. Estoy preocupada por mi madre —confesó cambiando de tema—, ya envié dos cartas, pero no tuve respuesta.

—Debe estar al llegar, no te inquietes. A propósito, estuvimos pensando con Lihuén que sería conveniente que sacaras una línea de teléfono.

—Es buena idea.

—Veré qué podemos lograr desde el diario —continuó Santiago—, sabés lo burocrático que es.

—Gracias.

Ya estaban en la puerta de su casa.

—¿Querés pasar? —ofreció la mujer.

—Otro día, mejor voy para casa.

—Si puedo ayudar... con lo de Libertad, digo.

—Gracias, prima.

Naiquen ingresó al hogar y Santiago arrancó. Ninguno vio al hombre que

desde un automotor vigilaba la casa. Lito Napolitano sonrió con verdadero placer. Linda mujer, la hija del traidor. Se ocuparía personalmente de ella, nada de intermediarios. Era una cuestión personal. Pero no era el día indicado, no aún. Buscaría la manera más cruel para vengarse.

Libertad no aceptó ir a casa de sus abuelos pese a que Nehuén insistió.

—Entendeme —pidió con los ojos brillantes de lágrimas—, no tengo ganas de hablar con nadie, ni de someterme a un interrogatorio que sé que llegará.

—Nadie te va a interrogar, Libertad, son los abuelos.

—La abuela me lee la mente con solo mirarme. —Y así era, Aime tenía un sexto sentido cuando de dolores se trataba—. No quiero ir.

—Entonces quedate acá, no salgas.

—No puedo prometerte nada, hermano. —Su rostro lucía gris, producto de las ojeras con que se vestía su tristeza—. Necesito encontrar a Wen.

—Dejá que yo me ocupe.

—Si yo que soy la novia no puedo hallarlo, ¿cómo vas a hacer vos? No entendés nada —dio vueltas por el departamento—, nuestro sistema de comunicación era cifrado.

—¿Cifrado?

—No convencional. —De pronto una luz iluminó sus ojos como si algo la hubiera despertado—. ¡Pero qué tonta fui! —Corrió hacia la habitación en busca de su abrigo y Nehuén fue tras ella.

—¿A dónde vas? ¡Es casi de noche! —reprendió.

—Tengo que ir a un lugar. —La muchacha lucía desencajada mientras tomaba su bolso.

—No podés salir a esta hora, sabés lo peligroso que es —se impuso el hermano.

—¡Voy a ir a donde yo quiera! —gritó fuera de sí.

Se dirigió hacia la puerta y el hombre fue tras ella. La tomó del brazo y la hizo enfrenar sus ojos azules.

—Yo te llevo. —Había firmeza en su voz.

Ella dudó, no sabía si era conveniente que él conociera ese sitio que servía de lugar de intercambio de información, pero ante la tenacidad de su hermano, supo que era mejor aceptar. Después de todo era su misma sangre, no le fallaría.

Salieron en silencio y la calle los recibió desierta y fría. Subieron al auto que tardó en arrancar hasta que una última tos lo impulsó hacia la avenida. Libertad le dio la dirección y Nehuén condujo concentrado. Había sido un día tan ajetreado que no había tenido espacio para rememorar el beso robado a Naiquen. Se resistía a llamarla “tía”, jamás la sentiría de esa forma por mucho que su madre así la mencionara en su presencia. Para él era una mujer, una mujer que deseaba como hacía tiempo no deseaba a otra. Una mujer que había sucumbido a su boca, apasionada pero culposa.

¿Qué haría cuando volviera a verlo? ¿Se mostraría vergonzosa o lo enfrenaría con mirada de reproche? Tenía ganas de ir a su casa, prepararle la cena o cebarle mate, pero sabía que era conveniente dejar pasar unos días para que se calmara y empezara a extrañar su presencia. No le gustaba especular, pero sería mejor estrategia hacerse rogar un poco antes de aparecer de nuevo ante su puerta.

Además estaba el tema de Libertad, ante el curso de los acontecimientos era mejor estar preparados. Si Wenceslao, a quien no conocía, había planificado irse del país, tenían que suponer que la cosa era mucho más delicada de lo que creían.

Esperaba que el marido de Naiquen no la molestara de nuevo, no había nadie que se ocupara de ese tema.

—¿Hay alguien más que pueda resolver el problema de Naiquen? —
Disparó sin pensar, sobresaltando a su hermana que lo miró sin comprender

—. El tema de su esposo, ¿o ya te olvidaste de que ibas a atender su consulta?

—El tono de reproche la trajo de nuevo al presente.

—No sé... Ay, Nehuén, tengo la cabeza en otro lado ahora, no puedo pensar en trabajo.

—¡Pero se trata de Naiquen! —insistió el muchacho.

—Naiquen o quien sea me da igual. —Había demasiada desazón en su voz como para continuar reprendiéndola—. Ahora solo quiero saber dónde está Wen y si está bien.

Nehuén prefirió callar. No valía la pena discutir, ella estaba fuera de sí, enajenada. Siguió conduciendo por las calles desiertas hasta arribar a la intersección que su hermana le había dicho.

—Pero acá hay una plaza —dijo el hombre.

—Sí, pará el auto. —Libertad aferró la puerta y empezó a abrirla antes de que él apagara el motor.

—¡Espera! ¿Acaso pensás tirarte? —Nehuén estacionó y la miró fijo: — ¿Qué hacemos acá, Libertad? ¿No te das cuenta de que este lugar es peligroso? —La plaza lucía oscura y formas fantasmales se dibujaban entre los árboles y las estatuas que la adornaban.

De día las plazas estaban llenas de gente que se sentaba a dar de comer a las palomas, de dueños con sus perros y mamás con sus carritos de bebés. Pero de noche la algarabía se replegaba y daba paso al misterio.

—Solo esperame unos minutos —respondió la jovencita impulsada por la ilusión. Sin darle tiempo bajó del vehículo y corrió en dirección a uno de los bancos. No le importaba ni la noche, ni los posibles peligros que ella encerraba.

Nehuén corrió detrás, no podía dejarla sola. La vio detenerse en uno de los asientos de madera gastada que años atrás lucieran de color verde. Luego Libertad se arrodilló y buscó algo debajo. Mientras se aproximaba discerniendo si su hermana había enloquecido, la vio pasar su mano una y

otra vez buscando algo inexistente. Desanimada recorrió todos los bancos de la plaza con el mismo examen, pero no encontró nada. El desquicio la arrojó a los tachos de basura lo cual sublevó a Nehuén. No iba a permitir que hurgara entre los desperdicios. La arrastró de ahí tirando de su brazo mientras ella gritaba como una posesa. No halló más herramientas que el abrazo, ese abrazo que tantas veces le había prodigado de pequeña, cuando se raspaba una rodilla o se enojaba con su mejor amiga.

—Shhh, calmate, Libertad, por favor. —Ella se dejó acunar y cesaron el llanto y el enojo—. Vení, volvamos a casa. —La joven se dejó conducir de la mano.

Una vez dentro del auto, él le preguntó:

—¿Qué buscabas ahí?

—Un mensaje... era el sitio de intercambio cuando era imposible hablar o vernos.

—Escuchá, hermana, tal vez Wenceslao cambió de planes... —No lo dejó terminar y se sulfuró de nuevo.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, solo digo que tal vez tuvo que adelantar la partida.

—¡Él jamás haría algo así! ¡No se iría sin mí! ¡Wen me ama tanto como yo a él! ¿Es que acaso no podés entenderlo? —Nunca había visto a Libertad en ese estado.

—Disculpame entonces. —Más le valía seguirle el juego, la necesitaba tranquila para que permaneciera a su lado. Libertad, con su inocencia y su impulsividad, podía cometer una locura—. Vamos a casa.

La chica no respondió. Se recostó contra el asiento y cerró los ojos.



CAPÍTULO 16

“Una persona que quiere venganza guarda sus heridas abiertas.”

SIR FRANCIS BACON

Lito Napolitano estaba más feliz que nunca. Desde que había hallado a la hija de Abel Battistelli su ánimo era excelente. Tanto que ni siquiera se comportaba como el verdugo que era y sus inferiores creyeron que debían aflojar con la tortura y los martirios. Lito parecía haberse olvidado de todo y apenas aparecía por el centro de detención, solo se quedaba por horas en sus oficinas con vista al verde, llenaba formularios y firmaba papeles.

Era hombre de acción pero en esos días la reservaba para su lecho conyugal. Allí desplegaba todas sus dotes de macho tanto para su propio placer como para el de su mujer. Su desempeño en la cama había mejorado y María no sabía a quién agradecer por el cambio experimentado.

Felicia recibía regalos y premios todo el tiempo, mientras que su esposa lo reprendía.

—La estás malcriando demasiado, Lito, ¿qué será de esta niña el día de mañana cuando no pueda tener todo lo que quiere?

—A mi princesa no le va a faltar nada —retrucaba él mientras seguía colmándola de mimos y besos.

Detrás de toda esa alegría se gestaba su venganza. Ya sabía todas las rutinas de Naiquen Battistelli. Conocía sus horarios y lo que hacía cada día de

la semana. La mujer tenía organizadas hasta las compras. Lunes, miércoles y viernes, carnicería y verdulería. Pan todos los días. Alguna que otra ida a la farmacia y un día del fin de semana visita familiar, ya fuera su prima o su tía. Conocía con exactitud el camino que recorría para ir al colegio de los hijos, a quién llamaba cuando necesitaba que se los cuidaran, todo.

Lito Napolitano no le había perdido pisada durante esas semanas de escrutinio. La mujer ni siquiera se daba cuenta cuando la seguía por las calles del barrio, ni cuando se camuflaba entre los padres que aguardaban a la salida del colegio. O era tonta o inconsciente, con las cosas que pasaban...

Tal vez se había relajado ante la desaparición del marido que dormía su sueño eterno en una zanja comunitaria. De seguro ni estaba enterada de la trágica muerte de su madre, de otra manera hubiera viajado de inmediato.

Lito pensó en la india que estaría siendo consumida por los gusanos en su casucha del sur. Ella también formaba parte de la venganza, ella era la esposa del traidor. Todavía faltaba resolver el tema del dinero, que si bien no le importaba demasiado, le gustaría recuperar en memoria de su padre. Sabía que alguien se había alzado con él, pero la única persona que había quedado con vida había sido esa india con nombre de flor. Aunque a juzgar por cómo vivía y cómo había sido su historia, tenía serias dudas. O la viuda había sido muy hábil para ocultar el botín, gastándolo a cuentagotas, o no lo había tomado y se había perdido en la gran casa donde ocurrió la matanza. Era un verdadero misterio que jamás podría dilucidar.

Pero ya no importaba, ahora su mente estaba abocada a ocuparse de la hija y los nietos. No le gustaba que se ensañaran con los pequeños, de modo que su muerte sería rápida, pero ella iba a sufrir, tanto como había sufrido él al perder a su padre.

Su infancia había estado teñida de soledad y abandono, porque pese a vivir en el seno de una familia no era hijo sino sobrino, y las diferencias se hacían notar. No tenía sitio en la mesa junto con sus primos sino con la servidumbre,

en la cocina; tampoco tenía cuarto digno sino un colchón en mal estado tirado en un rincón. La ropa siempre era usada, los pantalones cortos y los zapatos casi sin suela. No olvidaría nunca el invierno metido en sus pies, la picazón y el ardor que le ocasionaban los sabañones para los cuales no había remedio alguno, salvo su propia orina, como le habían dicho.

Sus tíos cumplieron con el deber de educarlo y por propia iniciativa llegó a ser lo que era, un capitán del Ejército Argentino, lo cual lo enorgullecía sobremanera. Ese era su logro personal, había llegado solo, se había propuesto ser alguien en la vida y lo había hecho. Se sentía digno del cargo que ejercía con hidalguía, sin arrogancia ni pedantería. Era justo con sus inferiores, por eso los superiores lo premiaban con ascensos y alguna que otra licencia.

La dominación que ejercían los militares sobre el país le permitiría cumplir su plan de venganza. Naiquen Battistelli pagaría por la felonía de su padre. Primero bajaría a sus hijos de dos tiros a la salida del colegio, rápido y limpio. Para Lito Napolitano los niños eran sagrados, y aún rezaba para que Dios le enviara alguno propio mientras veía crecer feliz a su amada Felicia. Luego dejaría que Naiquen sufriera unos días la pérdida de su prole antes de secuestrarla y entregarla a merced de los grupos de tareas que aguardaban como lobos en celo carne nueva. Dejaría que la ultrajaran hasta que rogara por su muerte. Recién en ese momento, él se presentaría y le explicaría el motivo de su martirio y final.

Lito Napolitano no se ensuciaría las manos con esa sangre, él sería un espectador calificado, a lo sumo daría alguna indicación para aumentar la tortura. Lito Napolitano le era fiel a su mujer, era un buen católico, nunca le fallaría.

Pasaron varios días agónicos para Libertad y las noticias de Wen no llegaban;

era como si se lo hubiera tragado la tierra. Pese a ello en ningún momento se le ocurrió pensar en la posibilidad que había sugerido su hermano. Confiaba ciegamente en su amor, sabía que él era incapaz de abandonarla. Por ello moría con cada segundo que se estrellaba contra el piso de la incertidumbre. Tenía el horrendo presentimiento de que algo espantoso había ocurrido con su novio. Y el no saber era el peor castigo.

Si al menos tuviera alguna pista, alguien a quien contactar, pero ni siquiera podía recurrir a sus padres dado que el muchacho se había apartado de todos para no perjudicarlos. Habían quedado solos dentro de esa red de falsa contención que no había sabido protegerlos.

¿Qué hacer? No podía continuar su vida como si nada hubiera pasado, pretendiendo que Wenceslao no había existido. No había vuelto ni a su casa ni a su trabajo y se había refugiado en el departamento de su hermano que no estaba durante casi todo el día.

Cuando sentía que las paredes la ahogaban y le faltaba el aire salía a la calle y volvía a los viejos sitios que solían recorrer juntos, mucho tiempo atrás, cuando el peligro solo consistía en cruzar un semáforo en rojo o beber en exceso.

Una tarde llegó hasta la facultad y se sintió una extraña. Ya nada era como antes, el edificio estaba custodiado y no flotaba en el aire la algarabía de la juventud, como en los viejos tiempos cuando ella recién empezaba a cursar sus primeras materias. Todo lucía gris y tenebroso.

Su alma otrora bulliciosa estaba apagada y su antigua risa había muerto dejando lugar a una obscena cacofonía de sonidos. Sus ojos gatunos habían perdido la chispa que los caracterizaba, toda ella era sombría.

Su cuerpo había adelgazado en lágrimas y la ropa le colgaba. Pese a la insistencia de Nehuén para que comiera, Libertad se negaba, todo le caía mal y su estómago se iba cerrando. El hermano se afanaba en la preparación de exquisitos platos que terminaban en la basura.

Santiago y Lihuén iban a verla a diario y la madre se ocupaba de que se aseara, ella se había abandonado. Sin preguntas y con consejos, los padres trataban de sacarla adelante sin mayores resultados, ya nada importaba, todo le daba igual.

—Hija, por el amor de Dios, hablame —pidió la madre, obteniendo como respuesta una mirada muerta.

Fue su padre quien logró sacarla de su mutismo acudiendo al último recurso que se le ocurrió.

—Libertad —comenzó—, estuve pensando que tal vez esa amiga tuya, la hija del militar, pueda ayudarte.

Al oír la propuesta la muchacha elevó los ojos y los padres vieron un destello de luz.

—¿Te referís a Nilda Moreno?

—Sí, la chica morena, de ojos grandes —aclaró Santiago—, no me acordaba de su nombre.

Libertad lo miró sin entender y el padre continuó:

—Escuchá, hija, vos sabés todo lo que está pasando... —Le costaba poner en palabras lo que se hablaba solo en clave—. Tal vez Nilda pueda obtener información de lo que le ocurrió a tu novio.

—¿Vos creés? Pero... —Libertad se puso de pie con nuevos bríos y Lihuén aprovechó para extenderle una empanada para que comiera, que la joven tomó sin ser consciente de ello y llevó a la boca—. Hace mucho que no la veo, nos fuimos distanciando.

—¿Sabés dónde ubicarla? —intervino la madre.

—Sí... tiene una oficina en el centro —recordó la jovencita—. Iré a verla —el tono y toda su postura habían cambiado.

Libertad caminó hacia el cuarto, recogió su bolso y se dispuso a salir.

—Yo te llevo —dijo Santiago.

—Gracias, papá. —Se abrazó a él con la escasa fuerza que su cuerpo

reservaba y desde el hombro le sonrió a su madre—. Gracias —repitió.

Salieron los tres y subieron al auto. El trayecto fue en silencio pero se respiraba un aire de esperanza, esperanza que se desvaneció cuando luego de dar con la oficina de Nilda Moreno les informaron que ya no alquilaba más allí.

Por mucho que preguntaron no lograron mayor información y tuvieron que irse. Libertad tenía el ánimo por el suelo.

—Vamos hija, pensá —pidió su padre—, en algún lado debés tener su teléfono, sino lo buscaremos en la guía. No debe haber tantos Moreno en la ciudad.

—Vamos a casa, Libertad —sugirió la madre—, no podés seguir viviendo donde tu hermano. Dejá que nosotros te cuidemos y ayudemos a encontrar a tu novio.

La muchacha elevó sus ojos de una tristeza infinita y asintió.



CAPÍTULO 17

“La belleza reside en el corazón de quien la observa.”

ALBERT EINSTEIN

Campaña francesa

A Lucien Mathieu la vida no le había sonreído. Desde su nacimiento estaba marcado: había llegado al mundo sin una oreja, aunque no tenía problemas de audición. Comparado con su hermano Bernard, tres años menor que él, siempre fue el niño feo de la familia.

Su padre, un viñatero de la región, nunca aceptó a ese hijo que juzgaba deforme y lo relegó a las faldas de su esposa. En contraposición Eve, su madre, lo adoraba.

Lucien creció en las cocinas, con la dueña de casa y la servidumbre, dado que esos tiempos eran prósperos. El señor Mathieu trabajaba todo el día con la vid y la cosecha, y cuando llegaba por la noche no quería ver al niño, ansioso por un rato a solas con su esposa. Por ello, Eve lo acostaba temprano y le leía cuentos de príncipes y caballeros honorables y valientes.

Cuando nació Bernard el trabajo de la madre se vio multiplicado y el corazón dividido. Su segundo hijo era perfecto: tenía la piel blanca y el cabello claro, nariz respingona y ojos azules como el mar del Mediterráneo. En cambio Lucien tenía la tez mate, nariz demasiado grande y recta y ojos

negros como el desconsuelo. Su cabeza era asimétrica, la falta de una oreja lo volvía extraño, y no había ser humano que no se volteara a mirarlo dos veces. En contra de su estructura mental el padre ordenó que le dejaran crecer el negro cabello para cubrir tal deformidad.

El pequeño se acostumbró a llevar el pelo largo mientras que Bernard lo llevaba siempre al rape. El rubio y el moreno eran compinches pese a las grandes diferencias que el padre hacía respecto de ellos.

La madre siempre mediaba para que Lucien no advirtiera la preferencia, pero el niño era perspicaz y conocía muy bien los motivos. Pese a ello no era un muchacho acomplejado ni rencoroso, se afianzaba día a día en la seguridad que le daba su inteligencia suprema, porque la maestra que iba a la casa a enseñarles siempre lo ponderaba y resaltaba sus cualidades.

Mientras que Bernard era bonito y disperso, Lucien era feo y aplicado. El hermano mayor observaba la naturaleza y había aprendido que hasta la flor más bella perdía su hermosura y su perfume con el paso del tiempo, pero sabía que el árbol con tronco firme y fuerte permanecería, aun cuando no tuviera las más lindas hojas. Él no sería flor, él quería ser árbol.

Los hermanos crecieron amigos aunque el padre eligió al menor para continuar en su viñedo, dejando que Lucien buscara su camino. Por mucho que Eve insistió para que ambos muchachos llevaran adelante el emprendimiento familiar, el marido no se conmovió; nunca pudo ver el potencial que anidaba en el corazón y en la mente de su primogénito.

Al saberse relegado, Lucien dejó el campo pese a la tristeza de su madre y buscó trabajo en la ciudad.

En Dijon, después de hospedarse en pensiones y trabajar aquí y allá, al cabo de un año comenzó a trabajar junto a Marcel Rodiné, que se dedicaba a la fabricación de mostaza, la especialidad de la región.

Rodiné advirtió enseguida que tenía frente a sí a un muchacho inteligente y le enseñó todos los secretos para obtener el mejor aderezo. A Marcel no le

importó que a Lucien le faltara una oreja, el joven era capaz y perseverante y al cabo de unos meses se convirtió en su mano derecha.

Lucien sabía reconocer cuándo un grano era bueno y cuándo debía desecharse, conocía las proporciones exactas de vinagre, agua y sal y el tiempo necesario de amasado con agraz.

Mientras que Bernard seguía en el campo gastando el dinero que trabajosamente ganaba el padre, Lucien ahorraba viviendo en una pensión.

Esporádicamente volvía al campo a ver a su familia y los ojos claros de la madre se iluminaban y perlaban entre charlas y abrazos con su hijo mayor. Bernard, volátil como siempre, se unía a las conversaciones y festejaba la visita del hermano mientras que el padre se mantenía al margen, serio y callado.

El cuerpo de Lucien fue madurando y ganó musculatura y peso. Dejó de ser el jovencito esmirriado para transformarse en un hombre. Sus manos acostumbradas al trabajo eran fuertes y sus brazos torneados. Su nariz recta y sus ojos tan negros le conferían a su rostro cierto grado de fiereza que se suavizaba cuando sonreía y dejaba ver sus dientes blancos y sus labios finos. La costumbre hizo que sus cabellos lucieran siempre a la altura de los hombros, rara vez los peinaba hacia atrás. Conocía su deficiencia y había aprendido a lidiar con ella, no tenía complejos y tampoco eso le había impedido relacionarse con las mujeres. Sin embargo, se cubría, porque sabía que en un primer vistazo la gente se asombraba y no sabía qué hacer con él. Tenía la ventaja de ser un buen amante y todas olvidaban que tenía una oreja de menos cuando él las acariciaba. Pero aún no había conocido a la mujer que cambiaría su vida.

Marcel tenía una hija, Sophie, que cuando Lucien llegó a la ciudad rondaba los dieciocho años. Era una muchachita graciosa y conversadora que acudía a la fábrica y distraía al dueño. Al poco tiempo se fue a París a estudiar una carrera y Lucien dejó de verla.

Pero como la jovencita no tenía demasiados brillos intelectuales a los tres años regresó, sin título y con los bolsillos vacíos. El padre no tuvo más remedio que tomarla como secretaria en la empresa, aunque no fuera más que una excusa para pagarle una mensualidad que Sophie gastaba en zapatos, carteras y escapadas de fin de semana a la costa.

Lucien por su parte había ahorrado una cantidad importante de dinero y soñaba con poder comprar las hectáreas que tenía en mente desde que había dejado el campo. Eran unos lotes linderos con los de su padre, lo que le permitiría recuperar la cercanía con su madre y dedicarse al cultivo de la mostaza. Ya no quería trabajar los granos, su sueño era cultivar las plantas y venderlas a las fábricas como las de su jefe y amigo Marcel. Extrañaba la vida al aire libre y en especial a Eve.

Rodiné, conocedor de su proyecto, lo alentaba; se había convertido en el padre que Lucien hubiera querido tener. Marcel a su vez lo quería como si fuera un hijo, el hijo varón que la vida no le había dado. Tanto lo apreciaba que una idea fue creciendo en su mente: sería un buen marido para su discípula hija, aunque no se detuvo a pensar si Sophie sería una buena esposa para Lucien.

Con paciencia y sin que ninguno de ellos lo advirtiera, Marcel los fue acercando hasta que un día Lucien la invitó a salir. Al principio ella vaciló, la atraía ese muchacho fuerte y emprendedor del cual tan bien hablaba su padre, pero le daba impresión su lado derecho carente de oreja. Pero pudo más su curiosidad y aceptó.

La primera salida fue divertida, Lucien era un gran conversador y tenía buen sentido del humor. Sophie olvidó su oreja y sus miedos cuando él la besó al dejarla en la puerta de su casa. Las citas se repitieron y a los pocos meses anunciaron su noviazgo. Marcel estaba feliz y Lucien enamorado de esa muchachita despreocupada y siempre lista para la aventura que fue menguando su seriedad; ella solía quejarse de su mentalidad de viejo.

—Siempre estás pensando en el futuro, Luc, vive hoy —mientras lo decía lo besaba en el cuello y lo arrastraba hasta la cama.

La relación iba de maravillas, Sophie estaba más sosegada y habían comenzado a pensar en la boda. Lucien le había comentado sobre su proyecto de volver al campo y aunque ella no estaba del todo segura había accedido a acompañarlo como su esposa. El padre estaba feliz aun cuando su única familia se alejara algunos kilómetros. Su mujer había fallecido había ya unos cuantos años y tendría que acostumbrarse de nuevo a la soledad. Pero si Sophie estaba con Lucien sabía que nada malo le ocurriría; él podría descansar en paz.

Una nube negra se posó sobre la cabeza de Lucien cuando recibió la noticia: su madre había enfermado. Una feroz neumonía la estaba consumiendo y el muchacho decidió viajar. Sophie quiso acompañarlo y él agradeció el gesto de compañerismo. Su amor por la muchacha se solidificó y juntos partieron hacia la campiña.

Al ver a su madre Lucien se desmoronó: Eve se estaba muriendo. Su cuerpo pesaba menos de cuarenta kilos y tenía la piel pegada a los huesos. El médico ya había probado distintos remedios pero la neumonía no cedía, estaba cada día peor. Su padre se había escondido en el alcohol, un recurso que utilizaba de joven y que había vuelto con más fuerzas ante la enfermedad de su mujer.

Bernard había perdido su alegría y se ocupaba del viñedo como podía dado que sin la supervisión del padre las cosas se le iban de las manos. Al ver a su hermano se abrazó a él como si fuera su tabla de salvación y lloró sobre su hombro. Luego descubrió que no estaba solo y limpió sus lágrimas de un manotazo, no era signo de hombría derramar su tristeza.

Sophie pasó esas horas muertas deambulando por la casa, perdida en el laberinto de plantas de vid y aburrída por demás. Su prometido solo tenía ojos y voz para su madre, y se pasaba el día sentado a la orilla de su cama

sosteniéndole la mano y premiándola con palabras dulces que Eve se llevaría en su viaje final.

Una tarde se cruzó con Bernard en los alrededores, él venía de la plantación, lucía cansado. Ella estaba hastiada del silencio y de la enfermedad que reinaba en la casa. Su hartazgo había ido creciendo y quería volver a la ciudad. Extrañaba a sus amigas, la vida nocturna, la música y los excesos. Por las noches Lucien ni siquiera se hacía un rato para escabullirse en su cuarto y hacerle el amor, y esa indiferencia ante su cuerpo joven y ardiente la malhumoraba.

Y allí estaba su cuñado, sonriendo con esa boca carnosa y plena, con esos ojos azules que parecían derretirla con la intensidad de su mirada.

—Demos un paseo —propuso tomándose de su brazo y llevándolo hacia el fondo de los viñedos donde las plantas se cerraban a su paso, alejándose de la casa.

Al principio el hombre iba nervioso, intuía que algo no andaba bien. Sophie le gustaba, era una mujercita preciosa, pero era de su hermano. Pero ella lo aturdió con su charla inocente mientras se internaban más y más en el verde.

La cita se repitió todas las tardes mientras duró el reposo de la madre. Sophie aguardaba a Bernard en el mismo sitio y juntos recorrían los viñedos, ya no del brazo sino de la mano. Ambos sabían lo que ocurría pero ninguno lo quería poner en palabras hasta que un anochecer no aguantaron más y sucumbieron uno en brazos del otro.

Como fieras en celo hicieron el amor entre las plantas y se confesaron los sentimientos que habían ido creciendo en ellos entre la culpa y el remordimiento.

—Tenemos que decírselo —dijo el hermano—, Lucien tiene que saberlo.

—Esperemos a que tu madre mejore —sugirió ella.

Y así los amantes se escapaban al campo y hacían el amor a cielo abierto.

Pero la lujuria quiso arrastrarlos a la cama, al disfrute de una noche completa, y fue esa noche cuando a Lucien se le ocurrió visitar a su novia en la habitación.

Una década había pasado desde esa fatídica velada. A los cuarenta y dos años Lucien era un hombre plantado ante la vida, serio y de carácter sombrío. La traición de Sophie y Bernard lo había hecho caer en el refugio del alcohol, al que recurría en una taberna de la zona. De día cumplía con todas sus obligaciones a la perfección, pero al caer el sol se sumergía en el olvido.



CAPÍTULO 18

“Por lo menos no habrá sido fácil
cerrar tus grandes ojos claros
tus ojos donde la mejor violencia
se permitía razonables treguas
para volverse increíble bondad...”

MARIO BENEDETTI, “Muerte de Soledad Barrett”

Cuando Libertad se fue con sus padres, Nehuén volvió a pensar en su problema con Naiquen. Mientras se hizo cargo de su hermana había relegado el tema a un rinconcito de su mente, aunque no había caído en el olvido. Ahora, de nuevo solo, podía pensar con más claridad.

Se había enamorado de esa mujer que lo esquivaba, no había vuelto a verla desde ese apasionado beso. Ya habían transcurrido varios días y él había respetado su orden de no volver. Tampoco había habido reunión familiar por el Mundial de Fútbol, los ánimos habían impedido juntarse y cada cual había visto los partidos en su casa. El 14 de junio se había jugado en Rosario y había sido triste gritar solo los dos goles que Mario Kempes le hizo al equipo de Polonia. Luego, el partido que se jugó el 18 contra Brasil, lo vio en un bar frente al hospital, pero en él no hubo goles y finalizó cero a cero.

Ya era hora de visitar a Naiquen, de insistir, él no era hombre de darse por vencido. Se dio una ducha y se arregló con mayor esmero que el habitual, quería impresionarla. La buscaría en el trabajo y la llevaría al colegio a buscar a los chicos, hacía mucho frío para que anduvieran en la calle.

Deseaba que ella apreciara esos gestos de cuidado, quería demostrarle que él sería un buen padre.

Aguardó en la esquina donde ella tomaba el colectivo y cuando la vio avanzar una sonrisa se le escapó de la cara y voló hacia ella, quien de inmediato lo divisó y esbozó un gesto de malestar. Nehuén no se amilanó y bajó del auto.

—Vine a buscarte —dijo sin dejar de sonreírle—, hace mucho frío.

Ella no respondió y quedó tiesa en la parada mirando con ansiedad si venía el transporte.

—Vamos, Naiquen, no seas terca, dejame que te lleve a buscar a los chicos.

—Te dije que no quería volver a verte. —Había frustración en sus palabras—. Andate, yo sé ocuparme de mi familia.

—Lo sé, solo quiero ayudarte.

Un trueno quebró la paz del mediodía y la mujer se sobresaltó. De inmediato enormes gotas de lluvia comenzaron a caer con fuerza.

—Vamos. —Nehuén la tomó del brazo y la introdujo en el rodado.

Ella se sacudió el pelo con fastidio y se acomodó la ropa mientras él conducía con una sonrisa triunfal en sus labios. Naiquen lo odió por su autosuficiencia y arrogancia. Jamás caería rendida a sus encantos por mucho deseo que sintiera, producto del desamor de su marido. Si lo pensaba bien, era la primera vez que un hombre la deseaba, era eso lo que la volvía vulnerable, y por esa misma vulnerabilidad se enojaba.

A las pocas cuerdas la lluvia cesó tan precipitadamente como se había descargado, como si hubiera existido un pacto secreto con Nehuén para poder llevársela de la parada.

Llegaron al colegio un buen rato antes del horario de salida, que él quiso aprovechar para hablar. Pero Naiquen le negó la palabra y descendió para apostarse cerca del portón de entrada de la escuela.

El muchacho no se dio por vencido y se situó a su lado. El silencio era por demás incómodo pero a él parecía no molestarle. Por el contrario, ella quería desaparecer.

—Naiquen, ¿podrías al menos darme una razón por la cual no podemos estar juntos?

—¡No seas impertinente! —bramó—. ¡Mirá dónde estamos!

—Te invito a cenar, entonces —adujo—, o a lo que quieras con tal de que podamos hablar tranquilos.

—No hay nada de qué hablar. —Sus ojos azabache querían atravesarlo.

—Estoy enamorado de vos —Naiquen se perdió en su mirada azul y advirtió la sinceridad de sus palabras. Bajó los ojos, avergonzada.

—Pero yo no.

Otros padres habían ido llegando y conversaban mientras aguardaban a sus hijos. Las puertas del colegio se abrieron y un tropel de niños se agolpó en la entrada mientras la directora dirigía el tránsito hacia la salida.

Naiquen avanzó unos pasos hacia el lugar de siempre y divisó que Pablo se aproximaba conversando con un chico de su edad. Una sonrisa encorvó los labios de la madre, su hijo no tenía problemas de integración, como sí Mauro, que siempre estaba serio y distante. Este venía unos pasos más atrás, solo y reconcentrado, como si una adultez anticipada lo dominara.

Todo sucedió en segundos. Disparos ensordecedores, gritos desgarradores, corridas y cuerpos cayendo. Nehuén la tumbó al suelo de un empujón mientras la madre se arrastraba hacia donde estaban sus hijos. La visión era borrosa a causa de las lágrimas que se fueron desangrando de sus ojos. Gemidos por doquier, palabras sin sentido, llantos y lamentos.

Una nueva lluvia torrencial se descargó llevándose la sangre de los inocentes.

Al día siguiente de volver a su casa, Libertad dio con Nilda Moreno. Al principio la muchacha se mostró reticente pero ante la insistencia de su amiga, que lucía desesperada, decidió desobedecer a su padre y ayudarla.

Por teléfono Libertad le había contado sobre su novio y su desaparición, y le había pedido encarecidamente que averiguara algo sobre él.

—Vení por mi barrio —pidió Nilda—, te esperaré en mi auto en la esquina de casa y hablaremos.

Nilda Moreno vivía en San Miguel, en la calle Irigoien, cerca de la ruta 8; hacia allá se dirigió Libertad. Llegó al atardecer, la noche se aproximaba, pero en su afán de contar con información que la reuniera con Wenceslao olvidó el miedo y los recaudos que su novio le había inculcado.

La casa de Nilda era una quinta, tenía un parque inmenso y árboles por doquier. Camino al chalet que estaba al fondo una gran pileta reinaba sobre el verde.

A la hora señalada Nilda apareció conduciendo un flamante Peugeot 404 color verde musgo que le había comprado su padre.

—Subí —pidió la jovencita, sin detener el motor.

La morena lucía nerviosa, las manos tensas sobre el volante y el rictus en la boca la delataban. Sus ojos oscuros se movían inquietos mientras avanzaba por las calles que se iban vaciando de gente.

—Papá se va a enojar si se entera que estoy con vos, Libertad.

—Lo sé, y agradezco que hayas accedido. ¿Pudiste averiguar algo?

—Sí, y no son buenas noticias.

Al oír sus palabras el corazón de Libertad pareció detenerse. El miedo se apoderó de su razón y sus ojos empezaron a llover.

—Calmate —pidió Nilda—, por favor, no llores.

—¡Decime, decime qué sabés! —rogó Libertad entre hipos y ahogos. Le dolía el pecho, le costaba respirar.

—Tanto vos como él están en una lista negra —confesó la morena.

—¿Lista negra? —Si bien sabía que Wenceslao formaba parte de una lista, no sabía que ella también.

—Sí, te están buscando, y si no dieron con vos es porque tuviste suerte. Wen ya tenía pedido de captura. —Había dolor y vergüenza en la voz de su amiga.

—¿Y él? ¿Pudiste saber algo de Wen? —Que hablase de su novio en pasado la llenó de terror.

Nilda tragó saliva antes de hablar, era duro lo que tenía que decirle. Buscó la forma de dar un rodeo antes de lastimarla con la noticia final.

—Hubo un tiroteo ese día, cuando debían buscarte.

Libertad permaneció expectante, temerosa de preguntar. El auto avanzaba con lentitud hacia el centro de San Miguel.

—Por lo que pude leer en el informe había un traidor, un infiltrado en el grupo, que los delató.

—¡Oh! —Libertad aún no comprendía cómo su amiga había podido hacerse de esa información, pero ya no importaba.

—Wenceslao murió, Libertad, murió mientras intentaba escapar.

Un grito desgarrador hizo temblar los vidrios empañados del auto. Libertad se inclinó hacia adelante, su cuerpo se convulsionaba y sus lágrimas no dejaban de caer.

Nilda conducía dando vueltas alrededor de la plaza, incapaz de detenerse y abrazarla. Sabía que estaba traicionando a su padre al haberle robado una de las carpetas que dormían sobre su escritorio. La culpa le impedía consolar a su amiga que desfallecía a su lado.

Con la vista nublada por los remordimientos, Nilda condujo sin darse cuenta de que se alejaba del centro y se aproximaba a un descampado. No midió las consecuencias de su imprudencia y avanzó.

Sobre la izquierda, a un costado, había un auto detenido con el capot abierto. A su lado, pero casi en medio de la calle, dos muchachos con los

brazos en alto le hicieron señas para que se detuviera. Fue un instante de indecisión, pero enseguida Nilda divisó que a la derecha y sobre la vereda había tres hombres más con un busca huellas en alto, cuya luz le provocó encandilamiento.

De inmediato advirtió el peligro y gritó a Libertad, que continuaba llorando a mares, que se tirara al piso del rodado. Apretó el acelerador al ver que los hombres de la izquierda se arrojaban contra su Peugeot y los del busca huellas sacaban sus armas largas.

Los tiros impactaron por todos lados agujereando el parabrisas trasero y gran parte de la carrocería, pero no lograron lastimarlas.

Libertad seguía gimiendo hecha un ovillo sobre el asiento, sin entender nada de lo ocurrido, mientras que Nilda se dirigía hacia la comisaría, aun sabiendo que era una locura presentarse con su amiga que figuraba en una lista negra.

Solo cuando logró estacionar en un sitio que juzgó seguro Nilda se desmoronó y rompió en llanto. Libertad se incorporó y se abrazó a ella.

—¿Por qué pasa todo esto? —gimió Libertad—. ¿Por qué?

—Ni yo lo entiendo, amiga, ni yo... —Se compuso y limpió su rostro—. Esperame acá.

—¿A dónde vas? —Se inquietó la otra.

—A pedir ayuda, para que llamen a mi papá. —Sin darle tiempo descendió del auto e ingresó en la seccional.

Libertad quedó temblando. No podía controlar los estertores de su cuerpo y su cerebro aún no lograba discernir qué había ocurrido. La noticia de la muerte de Wenceslao todavía seguía martillando en sus sienes y en su pecho, clavándose más adentro de su corazón, desangrándolo.

Al cabo de unos minutos su amiga regresó y subió.

—Será mejor que te vayas —musitó—, papá viene en camino.

Luego de exhibir su cédula militar del Ejército Argentino la habían tratado

casi con honores. Nilda no atinaba a mirarla a los ojos, sabía que le había fallado a su padre, la vergüenza y la culpa desdoblaban su lealtad.

—Lo siento, Libertad, no puedo seguir ayudándote. —Su voz temblaba y la amiga se compadeció.

Un abrazo las unió, separándolas para siempre.



CAPÍTULO 19

“Ella está acostada hecha un ovillo, posición fetal. Es una mujer pero a veces se siente como niña. Y tiene ganas de llorar y no puede. Llorar por algo. Es algo que no conoce. Llorar como un río, agua que escape. Llorar como un volcán, furiosa. Pero no puede.”

FEDRA SPINELLI, *Delta*

Al despertar Naiquen no supo dónde estaba. Le dolía todo el cuerpo y no recordaba con exactitud qué había ocurrido. Miró a su alrededor y se descubrió en una camilla. Las imágenes la aboraron de repente y tuvo que sentarse para no ahogarse con su propio vómito.

Apenas logró inclinarse y ya estaba largando aguas en el suelo. Los ojos vidriosos no acertaban a enfocar bien, todo era borroso y el mundo giraba a su alrededor. Voces, ruidos, palabras... Volvió a caer en la inconsciencia.

Horas más tarde regresó a la realidad, esa realidad a la que no deseaba enfrentarse. Lo último que recordaba era la salida del colegio, los niños avanzando y luego cayendo bajo una lluvia de balas. Pablo primero, Mauro después. Sangre y más sangre, aullidos y más aullidos.

Respiró profundo y se incorporó con lentitud, no quería volver a vomitar. Se miró la ropa y advirtió que se la habían quitado para ponerle un camisolín de enfermería. Ni bien puso los pies en el suelo su prima Lihuén entró en su campo visual.

—¿Cómo te sentís? —preguntó tomándola del brazo al ver que tambaleaba.

—Los chicos, ¿qué pasó con mis hijos? —No tenía resquicio para otra pregunta.

El gesto de su prima se contrajo.

—¡Decime qué pasó! —Naiquen empezó a caminar por el pasillo buscando desesperada a alguien que le informara algo.

Santiago le salió al paso y recién en ese instante se dio cuenta de que toda la familia estaba ahí, cuidándola. Una luz de esperanza se reflejó en el azabache de su mirada, estaban en el hospital, de manera que había vida.

—Tranquila, Naiquen —dijo el hombre—. Pablo está durmiendo, solo recibió un rasguño en el hombro, está bien.

Los ojos de la madre se llenaron de agua y no pudo evitar el sollozo. Lihúen la abrazó hasta que cesó de convulsionarse.

—Nehuén lo revisó, está bien —continuó su primo.

Nadie hablaba de Mauro y la madre temía preguntar. Tomó aire antes de formular la temida pregunta.

—¿Y Mauro?

Los esposos se miraron, dudaron. Fue Aime, curtida por las tragedias que habían asolado su vida, quien habló.

—Lo están operando, hija. —La tomó de la mano y la guió hasta un banco sin dejar de sostenerla por los hombros.

—¿Operando? —La angustia y el miedo restaban firmeza a sus palabras.

—Sí, sufrió una herida de importancia, pero se va a poner bien.

—¿No me mentís?

—¿Cómo voy a mentirte, hija? —respondió la tía—. Las malas noticias siempre llegan, no vale la pena demorarlas y atrasar el sufrimiento.

—Entonces...

—Se pondrá bien. —Lihúen ya estaba sentada a su lado y le acariciaba los cabellos.

Pasaron varias horas esperando que Mauro saliera de la operación.

Nehuén, como médico de la institución, había ingresado al quirófano a pesar de no ser cirujano.

Lihuén había llevado ropa para que su prima se vistiera, aunque a esta no le importaba su imagen en esos momentos cruciales en que el tiempo parecía haberse detenido para siempre.

—¿Por qué no puedo ver a Pablo? —preguntó por enésima vez.

—Porque está en observación, ya podrás verlo más tarde —la tranquilizó Aime.

Solo cuando el pequeño despertó casi al anochecer Naiquen pudo ingresar al cuarto donde estaba. Se le rompió el alma en mil pedazos. Pablo lucía desmadejado sobre la cama gris del hospital y su rostro opaco encerraba toda la tristeza del mundo.

—¡Mi chiquito! —Se sentó al borde y lo abrazó, sin tocar su hombro vendado donde la balacera lo había marcado.

El niño otrora locuaz y feliz empezó a llorar y ella no tuvo fuerzas para contenerlo. Sus lágrimas se unieron a las de su hijo hasta quedar vacía.

Cuando lograron calmarse la madre acarició su rostro y le prometió que todo estaría bien.

—Volvamos a casa, mamá —pidió Pablo.

—Sí, mi amor, ni bien lo permita el médico iremos a casa.

—A nuestra antigua casa —explicó. A Naiquen se le estrujó el espíritu.

—Ahora tenés que descansar y reponerte. —No le mentiría, no le diría algo que no pensaba cumplir.

Como sentía dolores en la herida le administraron un calmante y Pablo cayó en un sueño profundo.

—Despertará recién por la mañana y si todo sigue bien podrá irse —anunció la doctora que lo había atendido.

—Gracias —balbuceó Naiquen, aturdida y preocupada. Hacía más de cinco horas que estaban operando a Mauro y no había noticia alguna.

Las puertas del quirófano recién se abrieron a la una de la madrugada dando paso a dos enfermeras y a un médico con visibles signos de agotamiento, pero todos siguieron de largo.

A los pocos minutos salió Nehuén y Naiquen se abalanzó sobre él.

—¡Decime que está bien! ¡Decime que mi hijo está bien! —Lo tomó por las solapas del guardapolvo y lo sacudió, estaba como loca.

—Está bien, calmate —tranquilizó, pero al ver que ella no abandonaba su actitud nerviosa debió sostenerla de las muñecas—. Calmate —repitió—, está bien, está fuera de peligro.

Naiquen se dobló en dos y cayó al suelo llorando. Sus piernas no podían sostenerla. Santiago acudió en su auxilio, la llevó hasta el banco y la hizo sentar.

La madre estaba fuera de sí, no podía controlar sus emociones, ella que estaba entrenada para la simulación de repente se mostraba vulnerable y débil.

—Mi hijo dice que Mauro está bien, tranquila. —Lihuén le acarició los cabellos alborotados.

Unos minutos más tarde Naiquen logró serenarse. Se puso de pie y avanzó hacia donde Nehuén conversaba con el resto de la familia. Sin importarle interrumpir, disparó la desafortunada pregunta:

—¿De qué operaron a mi hijo? —En todo ese tiempo no se le había ocurrido saber, pero una nube oscura se había instalado entre sus ojos.

Nehuén sabía que ese momento llegaría y que la respuesta la desgarraría en miles de fragmentos. Y le tocaba a él darle la peor noticia.

—Hubo que amputarle un brazo. —Era mejor ser rápido, como bien decía su abuela, las malas noticias siempre llegaban y mejor temprano que tarde.

El suelo se elevó de repente para recibir a Naiquen.

Cuando Libertad llegó a su casa se extrañó de que estuviera vacía. Era tarde, casi medianoche, y se preocupó. ¿Y si los habían cazado a todos? Se había cuidado bien de no ser seguida, aunque era seguro que tenían todos sus datos y conocían su dirección. ¿Cómo nunca habían dado con ella? Lo adjudicó a que en los últimos tiempos no dormía allí. Seguramente se habían cansado de vigilar ese domicilio y estarían rastreándola.

El hecho de que no hubiera nadie la inquietó, ni siquiera una nota, ni el desorden habitual de cuando había una requisita. Nada.

Telefonó a su hermano pero no respondió, tampoco en la casa de sus abuelos. ¿Y si algo les había ocurrido a ellos? Tal vez su abuelo Vicente había sufrido una recaída, los años se le habían vuelto de revés y su salud era delicada.

Tomó su bolso y salió a la noche, sin temer a los fantasmas y asesinos que albergaba. La muerte de Wen la había vuelto insensible. Se había roto de llorar y ya nada le importaba. Solo quería un abrazo de su madre, el cobijo primero y el único cierto.

Caminó por las calles desiertas sin ver ni escuchar. Guiada por el impulso de la muerte avanzó sin temor y sin conciencia, hasta que su rostro estuvo frente al hospital que jamás dormía.

Ingresó y buscó por los pasillos algún rostro familiar hasta que dio con ellos en una pequeña sala de espera.

Su padre fue el primero en verla y acudir a su encuentro. Sus brazos la sostuvieron y la jovencita aflojó el llanto que venía atenazando su garganta. Cuando cesó de convulsionarse, Santiago le despejó el pelo de la cara y la indagó con la mirada.

—Murió, papá —barbotó—, Wenceslao murió.

Al hombre se le contrajo el alma al sentir a su hija tan triste. Nada podía hacer, solo darle la certeza de su amor.

Lihuen ya estaba a su lado e interrogaba a su marido con los ojos más

grises que nunca. Con un gesto este le indicó de qué se trataba, entre ellos no hacían falta las palabras.

Juntos la condujeron hasta el asiento y la abrazaron. Libertad se fue relajando hasta quedar recostada sobre las piernas de sus padres. Al cabo de un rato se durmió.

Despertó cuando ya era de día. Su amanecer estuvo teñido con los rostros demacrados de sus padres y abuelos. Tomó conciencia de que no sabía aún por qué estaban todos en el hospital, solo faltaban Naiquen y su hermano, que debería estar trabajando.

—¿Qué pasó? —Se incorporó, le dolían los músculos.

—Hubo un atentado —explicó Santiago.

—¿Atentado?

Con paciencia Aime le relató lo acontecido y Libertad, sensible por la muerte de su gran y único amor, derramó su tristeza en gotas saladas.

Cuando se calmó llevó a su padre a un costado.

—Papá, Nilda me dijo que estoy en una lista negra —había temor en sus ojos.

De repente había tomado dimensión del poder e impunidad que ejercían los que dominaban el país. No quería morir, aun sin Wenceslao, quería vivir, aunque no fuera una vida plena, la sangre derramada de tanto inocente la impulsaba para seguir respirando.

Santiago suspiró. Era la tan temida noticia.

—Nos dispararon, papá —continuó Libertad, ajena a los pensamientos de su padre—, atacaron el auto de mi amiga...

—Tenemos que tomar algunas decisiones, hija —acarició sus mejillas coronadas por ojos hinchados.

—¿Qué decisiones? —se inquietó la muchacha.

Pero Santiago no respondió. Sabía que al estar Libertad en una lista, toda la familia era blanco fácil. La casa no era segura, pero ¿a dónde ir? Libertad

tenía que huir, había que poner océanos de por medio, aunque eso implicara no volver a verla en mucho tiempo. “*Más vale no verla un tiempo a no verla nunca más*”, se dijo.

Miró a su alrededor y divisó el rostro ceniciento de su padre. Estaba viejo, Vicente era un anciano y le dolió reconocerlo. Aime aún conservaba cierta apostura y firmeza tanto en el andar como en el decir. Su padre en cambio a menudo se olvidaba de las cosas. Sintió pena. Eran tiempos difíciles en que nadie era feliz. Él simulaba a diario su disgusto, no lo conformaba su trabajo encasillado y controlado, ni la excesiva rigidez para todo. Pero la noticia de su hija lo había golpeado fuerte.

Lo ocurrido en el colegio de los chicos de Naiquen también lo había aturdido, era una atrocidad sin nombre meterse con los más pequeños. Por fortuna solo unos pocos niños habían sido heridos y nadie muerto. Al parecer el francotirador no era un experto o no había querido matar a nadie. Nunca se enteraría de que a último momento Lito Napolitano había perdonado la vida de los niños. La imagen de Felicia se había interpuesto en la mira en el instante de disparar. Cumpliría su venganza llevándose la sangre de Naiquen Battistelli.



CAPÍTULO 20

“Si juzgas a la gente, no tienes tiempo de amarlas.”

MADRE TERESA DE CALCUTA

Campaña francesa

Del plan inicial de Lucien solo había resultado la compra de las hectáreas cercanas a las tierras de su padre. Luego de la traición de Sophie y de su hermano no fue capaz de volver a trabajar con su querido amigo Marcel, que se vio dividido entre lealtades frente a ese muchacho a quien quería como un hijo y su propia hija. Pero la sangre pudo más. Sophie se había enamorado de Bernard y Rodiné tuvo que aceptar ese matrimonio, aun cuando el dolor por el sufrimiento de Lucien no le permitiera ser completamente feliz.

Lucien entendió y en el último encuentro cuando fue a buscar sus pocas pertenencias a la empresa sellaron el pasado con un abrazo. Sophie se mudó al campo en compañía de Bernard, mientras Eve moría llevándose consigo la imagen de sus hijos juntos al costado de la cama, porque los hermanos fingieron que todo estaba bien para dejarla ir en paz.

Luego Lucien imitó a su padre y se dedicó a emborracharse por las noches mientras trabajaba durante el día. Nadie podía comprender cómo hacía para mantenerse en pie después de tantas copas y cumplir con sus múltiples tareas, dado que por épocas tenía hasta dos trabajos. Pero nadie conocía tampoco su

fuerza de voluntad para salir adelante y poder comprar esos terrenos.

Cuando lo logró, lejos de sentirse satisfecho, continuó cosechando plantas de mostaza en campos ajenos, acarreando bultos y haciendo mandados. Aún le faltaba dinero para su emprendimiento. Ya no quería saber nada de aderezos ni ventas, una nueva idea había ido tomando forma en su cabeza y no cejó hasta interiorizarse bien en su proyecto.

Todo había surgido una noche en el bar que solía frecuentar. Uno de los parroquianos que también buscaba refugio en el alcohol contó que su hija había sufrido un accidente que la había dejado con medio cuerpo paralizado. Ello había ocasionado el desequilibrio matrimonial porque él nunca había podido aceptar que aquello tan horrible le ocurriera a su pequeña. Pero su esposa nunca había bajado los brazos y había recorrido media Europa para hallar una solución. Así había llegado al tratamiento con los caballos, y si bien su niña no tenía una vida normal, podía caminar sin ayuda del bastón. Todo ello gracias a los equinos. Pese a su felicidad su mujer no le había perdonado el abandono cuando más lo necesitaba y se habían separado.

Luego de esa charla que Lucien escuchó acodado a la barra se quedó pensando. Sería mucho más gratificante trabajar con animales que con personas y más aún si era para ayudar a niños discapacitados, porque él se sentía parte de ellos con su cabeza deforme sin una oreja.

De ahí en más se preocupó por recabar información y se enteró de la existencia de la Asociación Nacional de Reeducción por la Equitación, fundada por el masajista fisioterapeuta Hubert Lallery, quien realizó un estudio de la utilización del caballo para reeducar a una jovencita que sufría la enfermedad de Little, que le había ocasionado una paraplejia espasmódica.

Comenzó a creer que podría hacer algo por tantas personas discriminadas y con mala calidad de vida y se enfrascó en ese proyecto, aun cuando no podía abandonar el alcohol que lo rescataba de la tristeza y la frustración por haber perdido casi al mismo tiempo a su madre, a su hermano y a su prometida.

La muerte de su padre unos años después no hizo más que intensificar su sensación de soledad, pero no le dolió tanto como la de Eve; él siempre lo había rechazado por su deficiencia.

Dentro de los lotes que había comprado se elevaba una vieja construcción que solo servía como depósito y que Lucien destinó para vivir. Durmiendo en ese galpón precario y sin mayores comodidades que un catre y una cocina a leña se embarcó en la construcción de la casa.

Trabajó codo a codo con los albañiles que lo miraban con incredulidad, nunca habían compartido la jornada con un patrón.

Después de seis largos meses interrumpidos cuando el dinero escaseaba Lucien vio levantada su vivienda. Pasó un año hasta que quedó totalmente habitable y recién en ese momento, cuando creyó que ediliciamente tenía lo necesario, viajó para interiorizarse sobre el tratamiento con equinos.

En 1970 se había creado la Asociación Nacional Handi-Cheval, que tenía como objetivo el desarrollo de las actividades ecuestres para personas discapacitadas o con dificultades de adaptación, y en 1971 la especialidad vio la luz en la facultad Paris VI gracias a los trabajos de uno de sus creadores, el psicomotrista Renée de Lubersac.

Lucien se dirigió a París y De Lubersac lo recibió gustoso de saber que alguien más seguiría sus pasos. Le transmitió su conocimiento y su experiencia, y antes de despedirse Renée le entregó una copia de sus memorias tituladas *Reeducación psicomotriz y equitación clásica*.

—Necesitará gente especializada —sugirió Renée—, fisioterapeutas, psiquiatras, psicólogos.

—Gracias, me las apañaré. —Se despidieron con un fuerte apretón de manos y Lucien volvió a sus campos pleno de entusiasmo.

Pero los comienzos no fueron fáciles. La práctica era resistida por el común de la gente y por mucho que Lucien recorriera pueblos y ciudades ofreciendo sus servicios nadie se acercaba a recibirlos.

Otro largo año tuvo que pasar para que su centro de rehabilitación comenzara a funcionar medianamente. Los cuatro caballos que había adquirido sobaban para los dos pacientes que concurrían tres veces a la semana.

Los avances eran muy lentos, en ciertos casos hasta imperceptibles cuando los niños presentaban cuadros complejos y graves. Pese a ello Lucien no bajaba los brazos y se ocupaba personalmente de ayudarlos. Había leído todo el material que Renée le había facilitado y había realizado varios viajes más para seguir capacitándose.

Fiel a su natural de luchador, Mathieu se había sumergido en el mundo de la hipoterapia absorbiendo la mayor cantidad de información posible para que el tratamiento funcionara y diera sus frutos.

Lo primero que tuvo que aceptar fue que no cualquier caballo servía para la equinoterapia, y ese fue su mayor desafío. No bastaba un animal manso sino que debía aprender a tratar y reconocer al enfermo. Para ello era necesario que antes se forjara un vínculo con el especialista, y una vez logrado reconocer al jinete. Posteriormente el equino debía integrarse a la manada.

No le fue fácil a Lucien aprender a entender el comportamiento animal ni transmitir lo que deseaba lograr. Después venía todo el trabajo con el paciente, generar confianza, autoestima y alejar los miedos.

De eso hacía ya tres años y el lugar prosperaba. Una docena entre niños y jóvenes asistía a realizar su tratamiento. Lucien había comprado varios caballos más y algunos le habían sido donados. Contaba también con la ayuda de una fisioterapeuta y de un psicólogo que iba una vez a la semana para dar apoyo a los padres o a los niños que así lo requerían.

De a poco su emprendimiento había ido creciendo y podía decirse que estaba dichoso con el logro. Solo le restaba ser feliz, pero no podía sacarse la mácula de la traición y el abandono que lo habían marcado desde la cuna.

Por mucho que lo había reflexionado no podía separar el rechazo de Sophie de su deformidad física. A esta le atribuía que su novia lo hubiera cambiado por su hermano, él sí era un hombre físicamente perfecto.

La infidelidad de Sophie había degradado ante sus ojos a todas las mujeres. Nunca más había entablado una relación y solo buscaba desahogarse en sus cuerpos vacíos. La ternura no contaba en el patrimonio humano de Lucien, solo mostraba sentimientos con los caballos o con los pobres infelices que acudían a su centro a rehabilitarse, que le generaban una mezcla de lástima y cariño.

Con los discapacitados o los autistas se permitía palabras dulces y gestos de afecto, si los demás no lo veían. Cuando tenía a alguien cerca volvía a ser el hombre distante y de pocas palabras.



CAPÍTULO 21

“País ronco y vacío
tumba muchacha
sangre sobre sangre
país lejos y cerca
ocasión del verdugo
los mejores al cepo.”

MARIO BENEDETTI,
“Hombre que mira su país desde el exilio”

Con la manga vacía colgando como un burlón disfraz, Mauro, más sombrío y callado que nunca, regresaba al hogar. La madre lloraba a escondidas y fingía una fortaleza que no sentía; ni siquiera ella conseguía aceptar su imagen incompleta, de niño manco, terriblemente discapacitado de por vida.

Nadie percibía que el pequeño no hablaba, entre tantas preocupaciones era lo menos que podía ocurrir.

Pablo había perdido la alegría y desviaba la vista, no soportaba ver a su hermano así, sin brazo.

Aime se había instalado en la casa de Naiquen para ayudar a la sobrina que lucía perdida. Desde el atentado no había vuelto a ser la misma, parecía haber perdido la fortaleza y el espíritu para seguir adelante. Tanto ella como Lihúen y Lynette se afanaban para animarla un poco pero la mujer era impenetrable.

El dinero se iba acabando, no había vuelto al trabajo y tampoco tenía intenciones de regresar. Nadie sabía qué pasaba por su cabeza.

Pablo insistió con volver a la casa de su padre pero la madre lo fulminó con la mirada.

—¡Nunca vamos a volver! —Lo dijo con tal brusquedad que el chiquillo corrió a refugiarse en los brazos de Aime, lo más parecido a una abuela.

—Hija, tenés que calmarte —aconsejó la tía cuando los niños se fueron a dormir—, ellos buscan su lugar, tal vez extrañen a su papá.

—Su papá es un malnacido —respondió Naiquen con rencor.

—Entiendo cómo te sentís...

—¡No! No entendés —interrumpió la sobrina—. No entendés que mi hijo perdió un brazo, que está imposibilitado de por vida.

—No seas tan negativa, hija. —Aime se sentó a su lado, la muchacha había dejado caer la cabeza entre sus manos y lloraba—. Vas a ver que Mauro dentro de poco va a aprender a utilizar bien su otro brazo... Todo en la vida pasa, hija. Tal vez deberías repensar en volver al sur, tu madre debe extrañarlos. —Omitió decir que ella también había enviado una carta hacía varios días y que esperaba la respuesta con ansias.

—No voy a volver.

—A veces es necesario partir —aconsejó Aime pensando en su nieta Libertad, que estaba oculta en un hotel de mala muerte hasta tanto su padre le consiguiera el pasaporte para irse del país, tarea que le sería difícil ya que la joven figuraba en una lista negra.

—¡Ay, tía! —La morena elevó los ojos—. ¡No sé qué hacer! Estoy rota por dentro.

—No digas que no podés, porque eso te condiciona. —La tía le acarició las manos—. Yo sé mejor que nadie lo que es el dolor, hija... —Pensó en su primer marido, Stein, el padre de Lihuén—. Me sobrepuse a él, luché y salí adelante. Y la vida me premió trayéndome a Vicente.

—Lo sé, tía... yo no espero que me traiga a nadie. —Por un momento los ojos azules de Nehuén la distrajeron—. Solo quiero que mis hijos estén bien.

Esa noche, al quedar sola luego de acostar a sus hijos, Naiquen pensó en todo lo ocurrido. Era como una mala película de terror. El derrotero de sus pensamientos la llevó hasta su sobrino segundo. Nehuén se había portado muy bien con ellos, se había ocupado de que a Mauro no le faltase nada durante la internación y le había llevado los mejores médicos. La herida de Pablo era menor, casi superficial, pero el joven médico había acudido diariamente a revisarlo.

Durante todas esas jornadas no había insinuado nada, ni siquiera había deslizado una mirada fuera de lugar que molestase a Naiquen. Era como si jamás se le hubiera declarado. La mujer se tranquilizó con su actitud, seguramente el muchacho había entendido que no había futuro entre ellos, por mucha pasión que hubieran intercambiado en ese único beso que al recordar aún erizaba su piel.

Miró hacia atrás y lo único que había hecho bien eran sus hijos. Su matrimonio errado había sido un desastre, no había estudiado, ni siquiera había continuado su diario, lo único que al parecer escribiría en la vida. Mudarse a Buenos Aires también había sido un yerro casi fatal, de milagro sus pequeños estaban con vida. Adolfo la había encontrado y cada vez que salía a la calle temía hallarlo en una esquina amenazándola para que regresara. Nada había salido bien. Finalmente, luego de mucho divagar, logró conciliar el sueño.

La despertó el timbre, era temprano, y más para ser sábado, pero alguien tocaba con insistencia. Se vistió de prisa y avanzó aún adormilada. En la puerta estaba Nehuén con signos de no haber pegado un ojo en toda la noche. El fastidio se le dibujó en el rostro pero él hizo caso omiso y pasó sin ser invitado.

Fue directo a la cocina y puso la pava sobre la hornalla ante la mirada molesta y sorprendida de la dueña de casa.

—Vengo directo del hospital —anunció—, estuve de guardia.

—Pasá, sentite como en tu casa —ironizó Naiquen, pero él no se dio por aludido.

—Tengo algo importante que decirte —empezó mientras preparaba el mate.

Naiquen suspiró, temía que su sobrino volviera a la carga con sus avances.

—Nehuén, no quiero escuchar lo mismo... solo puedo pensar en Mauro.

El hombre giró y la acarició con sus ojos cansados.

—Ya entendí que no querés nada conmigo, Naiquen. —No había resignación sino tristeza—. Vine a hablar de otra cosa.

Llevó las cosas del mate a la mesa y se desplomó sobre la silla. Naiquen se compadeció de él y fue en busca de pan para tostar y ofrecerle un digno desayuno.

—Ayer atendí a una beba de poco más de un año —comenzó—, tenía mucha fiebre y al principio no sabíamos qué mal la aquejaba.

La mujer se preguntó qué tendría que ver la pequeña enferma con ella, pero lo dejó hablar.

—Finalmente descubrimos qué era una infección estomacal, algo que comió, pero no viene al caso. El tema es —sorbió el mate y lo saboreó— que su padre, militar, estaba muy angustiado.

—No es para menos —dijo Naiquen, por decir algo, aún sin comprender.

—Estuve junto a la beba toda la noche, me ocupé personalmente de su salud y logré bajarle la fiebre. Hoy de madrugada tomó su leche y no la vomitó.

Naiquen escuchaba atenta, esperando la información que según su sobrino era de su interés.

—Cuando la pequeña estuvo bien y pudo pasar a una habitación común, el padre, un hombre rígido y de alto rango en el ejército, se mostró muy agradecido hacia mi persona, tanto que me dio sus datos, por si alguna vez necesitaba algún favor. —Nehuén elevó los ojos de un azul infinito—. Al

sacar la tarjeta de su carterita una foto cayó al suelo; al levantarla vi que era tuya.

—¿Una foto mía? —Se inquietó Naiquen.

—Sí, una foto tuya, en la calle, con los chicos de tu mano, antes del atentado al colegio.

La mirada de la mujer se ensombreció.

—¿Qué querés insinuar?

—Que estás en una lista. —La espantosa noticia la abofeteó—. El hombre me mintió, dijo que eras su sobrina, pero ahí entendí la verdad, Naiquen. —Extendió su mano sobre la mesa y tomó la de ella, que estaba helada.— Lo que pasó no fue casual, temo que ese hombre venga por vos y los chicos.

—¡Oh! ¿Por qué? ¿Por qué nos pasa esto? —gimió la mujer.

El muchacho se puso de pie y la abrazó.

—No lo sé, mi amor —las palabras se le escaparon de la boca—, pero deben irse. —El dolor con que lo dijo le indicó a Naiquen que estaba en lo cierto—. Voy a hablar con papá, él se está ocupando de sacar a Libertad del país —su voz se quebró al hablar—, deberían irse juntas.

Naiquen suspiró y se aflojó sobre el pecho masculino. Nehuén arrinconó el deseo que fue superado por la inmensa tristeza. Sabía que la perdería para siempre.

Los días que siguieron fueron de mucho trajín y nerviosismo. Libertad estaba oculta y llorosa en un hotel del barrio de Once. Solo su padre la visitaba luego de dar varios rodeos perdiendo a quienes lo seguían. La muchacha se deshacía en lágrimas, no lograba reponerse de la muerte de su novio. Wenceslao le faltaba en el cuerpo y en el espíritu, anhelaba sus ojos mansos, su sonrisa y optimismo para todo, su afán de igualdad y su sencillez. Extrañaba sus manos y sus besos, su risa contagiosa y su inteligencia que tanto admiraba. Todo él le faltaba y nada la sacaba de su abulia.

Encerrada en ese cuarto gris e impersonal pasaba las horas muertas hasta

su viaje, viaje que no la entusiasmaba. Saber que no se iría sola sino con su tía segunda y los niños animó un poco su espíritu, aunque su mirada seguía opaca y su boca recta, sin sonrisas.

Lihuén simulaba una fortaleza que no sentía pero si era mejor que su hija se fuera para salvar su vida, que así se hiciera. Se cobijaba en su marido todas las noches, cuando este llegaba exhausto luego de todo un día de peripecias y trámites para ayudar a las mujeres. Ya habían resuelto que irían a Francia, donde vivía Milagros, al menos tendrían alguien que las ayudara a instalarse.

—¿Qué van a hacer allá? —se preocupaba Lihuén.

—Lo importante ahora es en qué condición van a entrar —le explicaba Santiago—, la opción de refugiadas no me parece la mejor.

—No entiendo... —Su esposa no estaba al tanto del régimen para los que obtenían el estatuto de refugiado—. ¿No pueden ir como turistas?

—Las alternativas son las siguientes —comenzó el marido—: pueden ir como turistas, pero tienen que salir del país cada tres meses. La otra posibilidad es ir como estudiante, pero esto solo sería posible para Libertad, Naiquen ya no está en edad de estudiar, ella debería conseguir un trabajo estable y no habla el idioma.

—Lynette puede ayudarlas...

—Sí, pero llevaría tiempo. ¿Quién emplearía a una mujer de cuarenta años madre de dos niños? Seamos sensatos, mi amor —dijo Santiago con pesar.

—¿Qué es eso de los refugiados? —insistió Lihuén.

—Es un régimen reconocido universalmente a partir de la Convención de Ginebra de 1951, es una categoría jurídica para proteger a los perseguidos por cuestiones étnicas, religiosas, nacionales o políticas cuando el Estado de origen no los protege.

—¿Y por qué no pueden ir bajo ese régimen? Libertad está en una lista negra, y también Naiquen —se animó la madre.

—Porque no podrían volver al país —Santiago mostró su tristeza y

resignación—. Sé que sería la mejor opción, porque estarían cuidadas y resueltos por un tiempo sus problemas de manutención, pero ni siquiera podrían pasar por la Embajada Argentina.

Los ojos de Lihuén se llenaron de lágrimas. No quería que su hija se fuera para siempre a Europa, no podía perderla.

La mujer liberó sus lágrimas y el esposo la abrazó. No creyó necesario explicarle que el derecho de opción que preveía la Constitución argentina involucraba una situación similar: su hija, en caso de conseguirlo, podría transitar por todos los países, excepto volver a la Argentina.

—Por eso tenemos que buscar otra solución. Ahora lo importante es conseguir los papeles, ya falta menos para eso. —Gracias a sus contactos en el diario y a una importante suma de dinero, había logrado tramitar los pasaportes para que ambas mujeres y los chicos emigraran de manera legal.

Durante esos días previos a la partida, Lynette se empeñó en enseñarles lo rudimentario del idioma. Se había tomado el trabajo de escribir algunas frases, su fonética y su traducción, para que pudieran comunicarse. Pero Naiquen ni siquiera las había leído y los niños se mostraban apáticos al respecto.

Entre toda la familia habían reunido la mayor cantidad de dinero posible para que las viajeras no pasaran tantas penurias.

Aime presentía que aún faltaban tragedias en esa familia que se iba desmembrando poco a poco. Primero había sido Milagros, que se había ido a París detrás de un amor, y ahora se irían su nieta y su sobrina. Lejos había quedado su hermana Fresia, y la preocupaba no recibir cartas ni noticias. Se aferraba a su marido cuya salud declinaba día a día y se preparaba para el final.

Nehuén se aturdía trabajando, mentalizándose que tanto su adorada hermana como la mujer de la que se había enamorado, tomarían distancia por quién sabía cuánto tiempo. No perdía la esperanza de viajar y tener otra

oportunidad, pero de momento no podía hacerlo. Además, ella no se lo permitiría. Entendía que Naiquen debía reponerse y curar sus heridas para renacer como mujer.



CAPÍTULO 22

“Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo
para mostrar al mundo cómo era su casa.”

BERTOLT BRECHT

París, agosto 1978

Atrás había quedado el Mundial de Fútbol ganado por Argentina el 25 de junio en un partido contra Holanda definido por alargue. Ese día glorioso se levantó el toque de queda y todos salieron a la calle para reunirse ante el Obelisco. El pueblo argentino saltaba y gritaba “*el que no salta es holandés*”, bajo una lluvia de papelitos celestes y blancos.

El Mundial se había desarrollado pese al boicot francés y la tensión que había generado entre los argentinos exiliados. Pero mientras muchos gritaban goles, en los túneles se lloraba la vida y se sangraba en torturas.

La despedida de las mujeres había sido dolorosa, todos habían quedado con un sabor amargo en la boca y una llaga en el corazón. Vicente y Aime, firmes como postes, habían contenido las lágrimas para no entristecer aún más a los chicos que no entendían los por qué de tantos viajes. Lihuén y Santiago se habían aferrado a su hija sabiendo que era lo mejor para ella aunque sus sentimientos no comprendieran de razones. Nehuén se había mostrado entero aunque su alma enamorada llorara en silencio. Lynette había

agregado notas de color al despedir a las viajeras en francés, pero estas habían respondido con tímidas muecas de incompreensión.

Luego de largos trayectos en autos y camionetas, por tramos juntas, por tramos separadas, después de pasar por Brasil y Mexico, dos mujeres y dos niños aterrizaron en el aeropuerto Roissy-Charles de Gaulle, ubicado a 25 kilómetros al noreste de París.

A pesar de la aventura de subirse por primera vez a un avión los chicos no mostraron entusiasmo. Sus bocas estaban secas de sonrisas y palabras, sus ojos hablaban la tristeza inmensa que sentían.

Mauro no había emitido palabra desde el atentado y Naiquen empezaba a preocuparse, temía que como secuela también hubiera alguna lesión neurológica. El jovencito solo asentía con la cabeza cuando era esencial, apenas ingería bocado y el resto del tiempo estaba ausente. Pablo por momentos se mimetizaba con su hermano y eran dos espectros mudos y tiosos. La madre no sabía cómo solucionar todos los problemas que se le presentaban a diario. De momento tenían que hallar a Milagros. Como no sabían la fecha exacta en que arribarían a la ciudad, que dependía siempre de los contactos que había generado Santiago para sacarlas del país, no habían podido avisarle.

Con Libertad no podía contar demasiado, la muchacha estaba tan retraída como los niños, hablaba poco y hacía menos. Parecía vencida, abandonada a la vida, como si no le importara siquiera respirar.

Entre el gentío eran como una boya en el mar. Todos andaban apurados y pasaban a su lado sin mirar, sin detenerse a explorar esos rostros donde el susto y la incertidumbre habían dejado huellas indelebles. Apretados los cuatro en torno al escaso equipaje miraban a esa multitud bulliciosa que dejaba a su paso distintos acentos y perfumes.

Naiquen tomó la iniciativa y emprendió la marcha hacia una de las salidas. Llevaba en una mano el papel que le había escrito Lynette con las palabras y

frases fundamentales. Los chicos y Libertad la siguieron como autómatas, en filita y a pasos largos para no perderla entre tantas cabezas que se movían al compás del andar.

Hacía calor en comparación con Buenos Aires, pero no había dónde dejar la ropa, ya los brazos no daban abasto entre las valijas y los bolsos de mano.

Cuando lograron salir del aeropuerto, Naiquen divisó un taxi y hacia allí se dirigió la comitiva. En un francés espantoso la mujer dijo “bonjour” e indicó Montmartre, barrio donde vivía Milagros.

El viaje se les hizo largo pero los ojos se les deslumbraron mientras dejaban atrás las afueras para adentrarse en la Ciudad de la Luz.

Mudos y absortos, cada cual asimilaba a su manera ese nuevo hogar al que estaban destinados sin quererlo. Renegados los niños por haber sido arrancados de su lugar de nacimiento, de sus raíces y de sus vínculos, se mentían a sí mismos juzgando feo el entorno.

Libertad veía sin ver, pasaría mucho tiempo hasta que pudiera apreciar la belleza monumental de París y más aún, la calidez de Montmartre.

Cuando llegaron al barrio, ubicado en una colina sobre la derecha del río Sena, no pudieron evitar maravillarse por la imponente basílica del Sagrado Corazón reinando en la cumbre. Los cuatro pares de ojos se elevaron hacia el cielo y Naiquen dejó escapar un suspiro.

El taxista los dejó en un boulevard de los tantos que abundan en la ciudad y la sensación de orfandad y abandono fue mayúscula.

—Busquemos un teléfono —dijo Naiquen mirando en todas direcciones.

Como no los había a la vista caminaron unos pasos, al principio dubitativos, luego con mayor resolución hasta dar con una cabina. Al ver que funcionaba con monedas el ánimo de la mujer cayó al suelo. No tenía. Ingresó a una panadería y rogó que alguien la entendiera. Con gestos y señas logró hacerse comprender y la empleada le dio cambio.

Sudada y cansada Naiquen marcó el número de su pariente, ansiando que

estuviera en casa. Al cuarto ring una voz cantarina dijo:

—*Allô?*

—¿Milagros?

Una hora después estaban sentados alrededor de la mesa de esa prima a quien Naiquen solo conocía por referencias. Su pareja, Gustave, estaba en su atelier a unas pocas cuadras de allí, subiendo la colina y en pleno centro de artistas, lo cual les permitió ponerse al día con las noticias.

Milagros trataba de absorber la gran cantidad de información que la morena le daba mientras que observaba con tristeza al niño manco y a su sobrina, que parecía ida.

Naiquen se sentía incómoda por haberla invadido así y se lo hizo saber explicándole que necesitaba un trabajo de lo que fuera.

—Querida, tranquila —Milagros hablaba castellano con acento francés—, pueden quedarse aquí el tiempo que sea necesario —abarcó con sus brazos la amplitud del lugar.

Era un departamento grande, con amplios ventanales de balcones floridos y paredes cubiertas por cuadros de diferentes estilos.

—Hay cuatro dormitorios, uno de ellos lo usamos con Gustave para trabajar, pero pueden acomodarse en los otros dos que quedan libres.

—No queremos molestar, de verdad —insistió Naiquen—, solo serán unos días...

—Prima —el tono de voz varió—, no quiero ser dura pero aquí si no hablan el idioma será poco lo que puedan hacer. Sugiero que de inmediato tomen clases...

—No podemos pagar clases —interrumpió.

—Ya veremos cómo lo solucionamos, ahora no pienses en eso, hay otras cuestiones de qué ocuparse —y en un gesto imperceptible señaló a Libertad y a Mauro, que continuaban distantes y ajenos.

Esa noche se desmoronaron en las camas luego de una amena cena junto

con Milagros y su pareja. El hombre no hablaba español pero se hacía entender. Su alma de artista bohemio los envolvió y en ningún momento lo notaron molesto por esas visitas inesperadas, al contrario, parecía feliz de tener gente en la casa.

“*Mañana será un nuevo día*”, pensó Naiquen antes de que los ojos se le cerraran de agotamiento.

Hacía ya una semana que estaban en París y continuaban viviendo en casa de Milagros. Naiquen se afanaba en ayudarla con la ropa y la cocina mientras aprendía lo rudimentario del idioma para poder desplazarse y trabajar, aunque sentía una gran negación con el francés. Pablo ya podía comunicarse con los dueños de casa, el niño tenía una gran capacidad para retener frases y palabras. Su dicción era perfecta y Gustave le dedicaba una hora todas las noches para practicar. Mauro, por su parte, seguía sin emitir sonidos y su madre presentía que estaba frente a un grave problema, pero de momento no tenía recurso alguno para que lo viera un médico. Físicamente estaba bien, el muñón había cerrado limpiamente y ya no le dolía. El asunto era mucho más profundo.

Sin documentación en regla ni seguro de salud eran parias en un país extraño. No tenían acceso a la medicina ni a la educación. ¿Qué colegio recibiría a sus hijos? Los nervios de Naiquen estaban a flor de piel, sabía que el plazo de tres meses de sus papeles de turista vencería pronto y el poco dinero que habían llevado se iba como el aire que respiraban.

Libertad cargaba su tristeza infinita en los ojos, pero al menos había conseguido generar unos francos. Su belleza singular, sus ojos gatunos y su largo pelo habían captado la atención de un pintor amigo de Gustave que le había ofrecido que fuera su modelo para una serie de retratos. Al principio la joven se negó, entre temerosa y desconfiada, pero ante el aliento de su tía

Milagros, accedió.

Pasaba varias horas sentada en un taburete, tiesa y seria, para que el artista la retratara. Durante esas sesiones su mente volaba hacia el pasado, hacia las tardes junto a Wen, hacia sus palabras y sus besos. Añoraba sus caricias, anhelaba sus ojos mansos y la dulzura con que la cobijaba entre sus brazos. Por momentos una lágrima se escapaba y moría por su mejilla.

El pintor, embelesado con ella, captó ese instante en su memoria para plasmarlo en la tela, lo que dio como resultado un cuadro extraordinario.

No se habían alejado del barrio de Montmartre pese a que Milagros había insistido para visitar la ciudad.

—Deben ver la torre Eiffel —decía con entusiasmo, pero Naiquen se negaba, no estaban allí para pasear—, el arco del Triunfo, ¡Notre Dame!

—Ya habrá tiempo para eso.

—Al menos deberían conocer la cima, ni siquiera fuimos a la basílica.

Tanto insistió Milagros que arrastró hasta allí a Naiquen y sus hijos. Libertad ya la había visitado luego de una de sus tardes con el artista, pero lejos de maravillarse se había sentado en uno de los bancos a rezar mientras su pena causaba ríos de lágrimas.

Avanzaron por las callecitas adoquinadas dejando atrás el barrio de departamentos antiguos y cafés de esquina. El sitio era encantador, parecía el escenario de un cuento, con sus persianas de colores y los balcones floridos. Las escalinatas estaban custodiadas por lámparas a gas, características en Montmartre.

—La ciudad está dividida en *arrondissements*, que sería algo así como nuestros barrios, y este es el número dieciocho —explicó Milagros.

—Es bellissimo —reconoció Naiquen a la par que recorría embelesada todo lo que sus ojos oscuros podían apreciar.

Copiosas enredaderas trepaban por los muros y canteros con flores alegraban hasta el ánimo de un moribundo.

—¡Regarde, mamá! —dijo Pablo—, *une boulangerie*.

Naiquen sonrió, su hijo entendía los carteles y lo premió con una caricia. Mauro, por su parte, avanzaba serio y distante, aunque por el rabillo del ojo la madre pudo ver que el niño estudiaba todo lo que ocurría a su alrededor.

“Dios, si es que existís, ¿por qué no me dejaste lisiada a mí? ¿Por qué no me mataste a mí? ¿Qué te hizo mi niño para que le hicieras esto?” No podía dejar de cuestionarse todo el tiempo lo que había ocurrido.

Milagros seguía hablando y mostrándoles el entorno.

—Más abajo está el famoso Moulin Rouge —dijo—, otro día iremos para que lo veas. Ahora comienzan los escalones —anunció frente a la gran escalinata que llevaba a la cima, donde la imponente basílica del Sagrado Corazón brillaba al rayo del sol.

Todos miraron hacia arriba y sintieron que la meta estaba lejos pero el espíritu los acompañó en la subida. La ascensión fue rápida pese a lo que habían supuesto y en unos minutos estaban en la cumbre.

Rodeando la enorme iglesia y entre callecitas estrechas y coloridas, los artistas ofrecían sus obras mientras pintaban y retrataban. Era una fiesta de colores, texturas y olores, porque las pinturas se elevaban en el aire amalgamándose. Cuadros, postales, recuerdos y bullicio.

Naiquen se extasió ante tanta belleza y calidez, era un sitio acogedor, muy distinto a las calles de Buenos Aires, donde sentía que todo era gris y peligroso. Pensó en su madre, tan lejos, y añoró poder reunirse con ella algún día. Miró a sus hijos y deseó que pudieran ser felices, que logran perdonarla por haberse equivocado tanto en sus decisiones, por haberlos arrastrado fuera de su hogar. Muchas veces se cuestionaba si debería haberse quedado junto a Adolfo, y soportar su desamor y sus agresiones. Ni bien se decía esto se retractaba, nadie debía aguantar la indiferencia del otro, mucho menos las humillaciones a que la sometía, pero tal vez debería haber sido más cauta.

Todo aquello no habría ocurrido. Tampoco entendía por qué estaba en una

lista negra, ella no tenía vinculación política ni se había manifestado en ningún sitio. Seguramente era un error, o tal vez era por el parentesco con Libertad, lo cual era improbable también ya que poco y nada se había visto con su sobrina segunda.

“¿Mamá? ¿Por qué no contestaste mi carta?” Seguía preocupada por Fresia, se había ido de la Argentina sin noticias. ¿Volvería a verla?

Alejó esos funestos recuerdos y volvió a disfrutar de la vista que le ofrecía la ciudad desde el frente de la basílica. Hacia abajo se veía París en su inmensidad, brumas y nubes. Entre las dos escalinatas se apreciaba el verde intenso del césped y los descansos con bancos para los que se atrevían a subir a pie. Más allá la ciudad, con sus edificios y su encanto.

—Ingresemos —animó Milagros caminando hacia la iglesia.

En el interior el rayo del sol se perdía y quedaba todo iluminado por la luz artificial. Era imponente. Los vitrales de las altas cúpulas, con sus colores y grabados, las ojivas, las imágenes de los santos, el gran Cristo presidiendo el cielo, los bancos de madera lustrada, el olor, todo era impresionante.

El edificio tenía forma de cruz griega, adornado con cuatro cúpulas: el domo central llegaba a los ochenta metros de altura y la vista se perdía en su bella contemplación. En el ábside una inmensa torre cuadrada hacía las veces de campanario y albergaba la Savoyarde, una campana de tres metros de diámetro y 18.550 kilogramos de peso, ofrecida por la Diócesis de Chambéry. Luego estaba la cripta, con igual disposición que la iglesia, pero que ese día no se podía visitar.

Naiquen nunca había visto tanta belleza junta y su corazón herido se conmovió. Se dirigió hacia uno de los altares, se arrodilló frente a la figura de la virgen sosteniendo a su hijo y rogó por la sanación de Mauro.

“Virgencita mía, vos que sos madre podés entenderme. Por favor, te ruego, te suplico, que vuelvas a mi hijo a la normalidad. Devolvele la voz y la alegría, hacé de él un niño contento, como antes, que pueda jugar y hasta

pelear con su hermano. Por favor, te lo ruego, como madre debés entender este dolor que me parte el pecho en dos. No soporto verlo así, tullido y mudo, indiferente a todo. Ni siquiera sé si le duele el brazo ausente, si le pica, si nada. ¡Por favor!”

Una lágrima atrevida se deslizó por su mejilla y un ligero estremecimiento le hizo sentir que la Virgen la había escuchado.



CAPÍTULO 23

“El tango es un pensamiento triste que se baila.”

ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO

Corría el mes de septiembre, el frío se acercaba a las calles de París. Libertad, convertida en modelo de varios artistas de Montmartre, se conducía por la ciudad como una parisina más. Había aprendido algunas frases, podía leer los carteles y ya sabía las conexiones exactas para ir a cualquier lado.

Ganar su dinero le otorgaba cierta independencia, aunque la mayor parte la dejaba en la casa, no quería abusar de sus anfitriones por mucho que ellos no quisieran recibirlo.

La tristeza se le había hecho carne y estaba alojada en su corazón. Pese a que lo sabía muerto, sus ojos continuaban buscando en las calles la figura de Wenceslao. Reconocía que era una locura, estaba en Francia y su novio bajo tierra, pero no podía evitarlo. Por momentos desviaba su camino persiguiendo a alguien que se le asemejaba, lo tomaba del brazo y luego pedía disculpas, con las mejillas rojas y el llanto en las pupilas.

Su belleza exótica, sus ojos almendrados y su mirada tan triste y a la vez tan intensa le habían acercado varios candidatos. Pero Libertad no se daba por aludida, no le interesaban los hombres. No le interesaba nada, solo no ser un incordio para su tía y el marido.

Su primer empleador, el amigo de Gustave, ya había desistido en sus intentos y pensaba que la jovencita era lesbiana. Marc era un hombre apuesto,

soltero y talentoso, pero ella no lo veía. Los otros artistas de La Place du Tertre o plaza de los pintores andaban enloquecidos por ella, pero más allá de posar y guardar la paga, no recibían siquiera una sonrisa. Su imagen bella estaba rodeada de un halo de nostalgia, tanto que la habían apodado *la jeune fille desolée*.

Con motivo de la inauguración de una galería de arte cuyo máximo expositor era Marc con varios retratos de Libertad, toda la familia se organizó para asistir al brindis.

Milagros se encargó de vestir a sus parientes, dado que las mujeres no tenían ropa adecuada. A Libertad le dio un vestido negro, de falda angosta y a la rodilla, con escote pronunciado que resaltaba aún más el cuerpo espigado de la muchacha. A Naiquen le prestó una pollera azul, larga y tubular, que destacaba sus caderas generosas y una blusa beige, pese a que ella no tenía deseos de ir a causa de la gran preocupación que sentía por Mauro que llevaba ya más de dos meses sin hablar. Le había preguntado a Pablo si en la intimidad del cuarto su hermano le decía algo, pero el pequeño negaba. No sabía qué hacer, ni cómo animarlo y muchos menos a quién recurrir.

Fue en esa exposición donde conocieron a Jean-Louis, artista bohemio amigo de Marc. Ni bien ingresó, el hombre quedó prendado del cuadro que reinaba en una de las salas. El rostro de Libertad en primer plano atraía la vista de todos. Mezcla extraña de seguridad y tristeza, belleza y nostalgia. Su cabello largo brillaba en cada pincelada de azabache y sus ojos verdosos contenían un brillo especial, atenazado por el dolor.

A sus treinta y cinco años, Jean-Louis era un hombre por demás experimentado pero esa mujer lo encandiló con solo verla. Quería conocer a la modelo, sabía que era una argentina que se había exiliado por razones políticas y no le importó si era una guerrillera, como decía algún que otro rumor, o un ángel.

Buscó al objeto de su deseo y lo halló conversando con otra mujer. A su

lado un niño manco observaba todo con seriedad. ¿Sería su hijo? Se acercó y sin importarle interrumpir la charla dijo:

—*Mon coeur est à toi.*

Libertad lo miró sin comprender y él rio, advirtiendo que la muchacha tal vez no hablaba el idioma.

—*Pardon, mademoiselle, pardon* —repitió extendiendo su mano, que la joven dudó en aceptar—. *Je suis Jean-Louis Boustier.*

—Libertad —respondió tendiendo la suya que él apresó de inmediato.

La joven pudo sentir la fortaleza de ese hombre que la reclamaba para sí, que reía con los ojos y con la boca, en contraposición a ella, que era toda apatía.

A partir de ese día Jean-Louis se convirtió en una figura asidua en el atelier de Marc y Libertad se acostumbró a verlo. Mientras el artista pintaba, el visitante hacía café o los entretenía con su conversación alegre e inacabable. Jean-Louis era músico y había viajado por todo el mundo llevando su arte. Tocaba el piano como los dioses y se había hecho de un nombre y una trayectoria. Pero hacía un tiempo que se había hartado de tocar, lo venía haciendo desde los diez años, y había buscado otra salida.

Seducido por el auge del tango de los años veinte, Jean-Louis se había afanado en aprender a bailarlo, y tenía pendiente tocar el bandoneón. Mientras que en la Argentina el tango se había despreciado considerándolo música de negros y del bajo, en Europa y en especial en Francia, se vivía *la belle époque*. La gente de clase alta llevaba una agitada vida social y nocturna, y aceptaba el tango sin problemas en los mejores salones familiares y lugares sociales respetables.

En París proliferaron las academias que enseñaban a bailar tango de la mano de maestros argentinos y el gusto parisino llamó tanto la atención de la clase alta argentina que paseaba por la ciudad, que en su regreso a la Argentina vieron con otros ojos esa danza.

Jean-Louis se evadía del mundo al escuchar los tangos de esa década y se extasiaba cuando imaginaba a una mujer entre sus brazos. Allí nació su interés por aprender a bailar.

Proliferaron las orquestas sin dejar de lucirse los músicos solistas, entre los que se destacaron Julio De Caro, Aníbal Troilo, Osvaldo Pugliese, Ricardo Tanturi, Miguel Caló, entre otros.

Que la muchacha fuera argentina era una excelente excusa para acercarse a ella, creyendo que amaría esa música de origen candombero tanto como la amaba él. Pero a Libertad no le importaba el tango, en verdad no le interesaba nada. Y si de música se trataba la jovencita añoraba las canciones de Sui Generis, banda integrada por Charly García y Nito Mestre, disuelta en 1975 por la complicada situación sociopolítica de la Argentina y los problemas de censura. Para Libertad el tango era música de viejos.

Pero tanto insistió Jean-Louis que finalmente la joven accedió, más para no escucharlo que por verdadero interés. El músico le propuso tomar clases juntos, él se haría cargo del costo, porque pensaba iniciar una gira por Europa para llevar la danza a todos los rincones del continente. Él ya tenía encima unas cuantas clases e intuía que Libertad se amoldaría rápido al ritmo. Su cuerpo delgado y elástico era propicio para el baile, lo intuía, sabía que la muchacha sería una excelente bailarina.

Y allí fueron, en busca de un profesor argentino, para que ella se sintiera más a gusto. En brazos del maestro, Libertad era grácil y liviana, en cambio con Jean-Louis se volvía de piedra.

—No eres tú —la consolaba el profesor—, es él que aún no puede marcarte bien.

De tres clases semanales pasaron a ser clases diarias, todas las noches, cuando Marc la liberaba del atelier. Libertad llegaba a la cama rendida, pero al menos no tenía tiempo de pensar en Wenceslao, aunque su corazón lo sentía a diario y seguía llorándolo. La música y las letras del tango, en su

mayoría tristes y trágicas, la identificaban y sin quererlo disfrutaba de oírlas; había empezado a gustar de bailar.

En la casa Naiquen se afanaba por salir adelante con trabajos precarios, porque al no hablar bien el idioma ni tener papeles en regla era poco lo que podía conseguir. De manera que estuvo durante unas semanas vendiendo globos para los niños pero no sacaba mucho dinero con ello. Después intentó pegando afiches publicitarios en las vidrieras de las tiendas y terminó haciendo empanadas y pastafrolas para vender en los mercados de “pulgas”; aunque la cocina no era su fuerte le servía para ganar unos francos.

En esa cruzada por salir adelante se encontró con otros argentinos exiliados para quienes cualquier trabajo era bueno. Algunos vendían cualquier cosa ilegalmente, otros pasaban la gorra en el metro mientras alguno cantaba o hacía títeres y hasta hubo un compatriota que le contó que una vez tuvo que contar la cantidad de bicicletas que pasaban por hora por un lugar donde se proyectaba una vía para ciclistas.

Los franceses tenían buena disposición para ayudar a los pueblos que sufrían cataclismos naturales y más aún a los atacados en sus derechos humanos. Numerosas sociedades y organizaciones se ocupaban de los exiliados, entre ellas, la Oficina Francesa de Protección de Refugiados y Apátridas (OPFRA), que era estatal, y otras no gubernamentales. Se destacaban las secciones francesas de las internacionales Amnesty, Liga de Derechos Humanos y Cruz Roja, las autóctonas Médicos del Mundo, Asociación de Cristianos por la Abolición de la Tortura (ACAT), y sobre todo el Comité Inter-Movimientos de Evacuados (CIMADE), creada por protestantes que supieron aunar esfuerzos propios y ajenos en la lucha por el restablecimiento de los derechos humanos.

Además de participar en las tareas de denuncia de las Juntas argentinas, todas estas asociaciones ayudaban a los exiliados en sus dificultades cotidianas.

Como todos los emigrantes, Naiquen había perdido totalmente su sistema de referencias: no tenía casa, ni barrio, ni ciudad, ni país. No tenía trabajo, ni su familia, ni siquiera su lengua. Se sentía siempre una extraña. La pérdida del habla de Mauro la tenía sin consuelo. Si bien el niño realizaba casi todas sus tareas sin ayuda, dado que había aprendido a utilizar su único brazo para vestirse y hacer sus necesidades, la cuestión emocional era la que más intranquilizaba a la madre.

Tampoco le era fácil afrontar la convivencia con la sociedad parisina porque como contrapartida de la generosidad de los que integraban las asociaciones solidarias mencionadas había también mucha intolerancia hacia las diferencias del extranjero, en particular cuando no hablaba francés, o lo hablaba mal.

Sentía que cuando iban por la calle llevando las empanadas y pastafrolas para vender todos posaban sus ojos en el niño manco, ya fuera para discriminarlo o compadecerlo. Ninguna de las dos actitudes la satisfacía.

Por las noches cuando se acostaba, agotada de caminar y ofrecer sus productos, tensa por haber estado pendiente de los chicos que iban detrás como pollitos, cerraba los ojos y no podía dormir, desvelada buscando la solución.

Entonces tomaba su viejo diario y escribía: *“Si miro hacia atrás no logro ver dónde se torció el camino. Hice todo lo que estuvo a mi alcance, fui una buena esposa y madre y todo salió al revés. Ahora traje a mis hijos al otro lado del mundo donde son parias, los arranqué de la casa de su padre para llevarlos a Buenos Aires donde todo fue sufrimiento. Mi amado Mauro y su pérdida, marcado de por vida por su discapacidad. Me duele el corazón cuando veo su manga vacía, cuando lo observo sin que él lo advierta en sus frustrados intentos por vestirse sin ayuda o realizar cualquier tarea menor. Es mi culpa, enteramente mía. Debí haber aguantado a Adolfo, debí haber soportado sus malos tratos por el bienestar de ellos. Soy egoísta, no me*

queda otra que reconocerlo. ¿Qué voy a hacer ahora para salir adelante? Esta ciudad hermosa no nos brinda nada, siempre seremos distintos. Mis niños, pobrecitos, terminarán analfabetos. ¡Dios, dame fuerzas!”.

Lo que más preocupaba a Naiquen eran sus hijos. Los jovencitos no iban a la escuela, no tenían contacto con otros chicos, no jugaban, no hacían nada de lo que una criatura de su edad debía hacer. No había futuro, solo conseguiría trabajos precarios y pronto se vencerían los tres meses de su visa de turista. ¿Cómo haría para cruzar la frontera? Milagros le había dicho que ellos se ocuparían pero Naiquen no se sentía a gusto siendo una carga para su prima y su esposo.

Tenía también que resolver el problema de Mauro, ya había pasado bastante tiempo y el trauma no se solucionaría solo. Por momentos pensaba en volver a la Argentina, pero sabía por los exiliados que seguían arribando que la cuestión no mejoraba y que cuando los militares querían dar con alguien, lo hacían.

No tenían noticias de la familia, tal vez las cartas no llegaran porque las interceptaban y Naiquen a veces tenía miedo de que el brazo militar alcanzara Francia. No se equivocaba, no faltaban los espías ni los delatores aun en Europa.

Quería llamar por teléfono pero el miedo se imponía. ¿Y si estaban pinchados como se decía? ¿Y si a causa de figurar en las listas negras las comunicaciones no eran seguras? Ese terror le impedía telefonar y enterarse de cómo estaban todos.

Quería saber de su madre, sola y abandonada a su suerte en el ranchito del sur. Aunque conocía su secreto y el motivo que la había llevado a recluirse allí, le hubiera gustado que su madre hubiera viajado a Buenos Aires junto con su hermana Aime para tener una familia completa.

Pero Fresia había elegido la seguridad del campo, creyendo que su misterio estaba a salvo.



CAPÍTULO 24

“La muerte es una vida vivida. La vida es una muerte que viene.”

JORGE LUIS BORGES

Buenos Aires, septiembre 1978

Aún no podían comprender qué había ocurrido. Pese a que tenía el alma curtida de dolores, Aime se desmoronó ante la noticia de la muerte de Fresia.

Las cartas que habían enviado habían sido devueltas sin ser recibidas. Aime había pedido a Santiago que la llevara hasta Valcheta y este había solicitado unos días en el diario. Vicente estaba muy anciano para trasladarse y se quedaría con Lihuén.

Cuando tenían todo listo para partir, Aime recibió una comunicación de la intendencia de Valcheta. En ella le notificaban sobre la muerte de su hermana y le pedían que fuera.

El viaje había sido espantoso, largo y caluroso, parecía que las rutas se estiraban como chicle y que no llegarían nunca. Aime se lamentaba, no haber insistido para que su hermana se mudara a Buenos Aires, pero también sabía que Fresia vivía con miedo a causa del botín que había robado su difunto marido Abel Battistelli, y que ella había tomado luego de su asesinato. Ese dinero le había servido para ayudar a Lihuén y Santiago a instalarse en Buenos Aires y el resto lo había gastado en cuentagotas para criar a su única

hija Naiquen. Si quedaba algo, solo Fresia lo sabía. Pese a no estar de acuerdo, Aime había respetado a su hermana, aunque no creyera que alguien alguna vez fuera a buscar ese tesoro. Se equivocaba de cabo a rabo.

La estadía en Valcheta había sido corta. La casa de Fresia había sido limpiada y no le tocó ver los restos de sangre ni las roturas ocasionadas por los asesinos de su hermana.

El intendente en persona le entregó el acta de defunción donde decía que la causa de la muerte había sido un traumatismo. Hermetismo total en torno al caso que nadie denunció como homicidio. Pero Aime no creyó tal situación e indagó entre los pocos vecinos de la zona, dado que su hermana se había convertido en una ermitaña con la partida de Naiquen. Nadie quiso soltar prenda pero uno se animó a confesar que había visto a unos hombres con aspecto de militar, por el corte de pelo, que habían ingresado a la casa.

Aime regresó a Buenos Aires con la certeza de que Fresia había sido asesinada, aunque no entendía bien el porqué. Los militares no tenían relación con aquella familia que había estafado Abel Battistelli. ¿O sí? ¿Cómo saberlo? Ya no tenía importancia, su hermana estaba muerta.

De haber hablado el tema con su nieto Nehuén, tal vez uniendo cabos, habrían develado el misterio, pero este no había rebelado la identidad del hombre que buscaba a Naiquen y el hecho fue sepultado con el dolor y la impotencia de la pérdida.

—Hay que avisar a Naiquen —dijo Aime una vez en Buenos Aires.

—No creo que sea conveniente enviar cartas por ahora, mamá —opinó Lihuén, aún conmovida por la muerte de esa extraña tía que la había ayudado años atrás dándole una buena parte de su dinero.

—De alguna manera tiene que saber... es su hija.

—Coincido con mi madre —terció Nehuén—, es mejor esperar un poco, sé que hay mucha interceptación de correspondencia... ella está en una lista y Libertad también está en la mira. Mejor no dar rastros de dónde están.

—Pero podemos enviar la carta a nombre de Gustave...

—Salen de acá, abuela —interrumpió el hombre—, mejor esperemos. De todas maneras, las malas noticias siempre llegan.

A pesar de ello, nadie supo qué ocurrió con Adolfo, el marido de Naiquen, hasta tiempo después. Su cuerpo había sido arrojado en una fosa junto con otros muertos por la dictadura. Adolfo terminó siendo otro desaparecido más y su madre murió de pena antes de que se supiera sobre su muerte.

Debía volver a la vida. Los doctores no le encontraban nada a nivel neurológico pero el muchacho no despertaba de su sueño.

Tuvieron que pasar dos angustiosos meses con Wenceslao perdido en la inconsciencia hasta que abrió los ojos y su primera palabra fue Libertad. Un mes más de postración y dolores tras el cual Wenceslao pudo ponerse en pie. Se sentía débil, sus músculos habían perdido tonicidad, pero su espíritu se conservaba intacto.

Debía reponerse, tenía que encontrar a Libertad. No sabía qué había ocurrido con ella, si estaba viva o si también la habían atrapado. Su último recuerdo de aquella mañana fría era el tiroteo, sus intentos por ayudar a sus compañeros y la balacera que lo abatió y dejó inconsciente durante esos meses.

Le faltaría vida para agradecer al conductor del auto que lo había salvado, sin conocerlo se había arriesgado por él y lo había sacado de la refriega para llevarlo a un lugar seguro. Allí lo habían cuidado las primeras horas hasta que contactaron a su familia.

Su padre había ideado un plan de ocultamiento, aun cuando no aprobaba las actividades de su hijo, y lo había sacado de escena escondiéndolo en una quinta en los alrededores de la ciudad de Olavarría. Había llevado a los mejores médicos para que lo revisaran y se había encargado de que no le

faltara nada. Su madre se había mudado con él y Honorio viajaba cuando su trabajo y la seguridad se lo permitían.

Con la ayuda de kinesiólogos y otros especialistas, su cuerpo se fue fortaleciendo, sus ganas de salir en busca de su novia lo impulsaban cada jornada con más ímpetu. Su madre quería ponerlo a salvo, mandarlo fuera del país, no deseaba que continuara en la Argentina, pero su hijo no cejaría. Lo conocía, podía leer la decisión en sus ojos de cielo, esos ojos que habían perdido la inocencia de un escopetazo y que solo tenían una imagen en la retina: la mujer que amaba.

Cuando Wenceslao se sintió fuerte de nuevo, se abrazó a sus padres sabiendo que tal vez no volviera a verlos nunca. Luego se despidió de cada uno de sus hermanos que se habían convocado en la quinta.

Su padre también venía sufriendo en su trabajo los avatares de la dictadura, pero por su condición de juez provincial en lo Civil y Comercial no se sentía tan controlado como sus pares nacionales.

Honorio dejó de lado su honestidad, acalló sus escrúpulos y se contactó con extupamaros que se habían refugiado en la Argentina luego del golpe militar en Uruguay, el 27 de junio de 1973. Por su intermedio le consiguió una identidad falsa que le permitiría salir del país.

Antes de emprender la partida Wenceslao se cortó el pelo bien cortito y lo tiñó de negro, junto con el bigote que se había dejado crecer.

Con apenas un bolso de mano y su identificación, tomó el dinero que su familia le dio y a bordo de un viejo auto se lanzó a la ruta, camino a Buenos Aires. Tenía decidido visitar a la familia de Libertad, tenía que saber qué había ocurrido con ella, encontrarla y sacarla también de ese país de locos.

Había escondido toda su tristeza en un bolsillito del equipaje, para llorarla luego, cuando pudiera relajarse. De momento necesitaba fuerza.

Los kilómetros parecían no terminar nunca, el viaje se le hizo eterno pese a que lo acompañaba la música de Sui Generis, esa que escuchaban con

Libertad en sus encuentros clandestinos. Entre su escaso patrimonio contaba con el segundo álbum del grupo llamado *Confesiones de invierno* y aunque la casetera no funcionaba muy bien pudo disfrutar de sus canciones de estilo roquero, como “Mr. Jones” y “Bienvenidos al tren”. Otros temas lo llenaban de nostalgia y cada vez que oía “Rasguña las piedras”, una lágrima azul se deslizaba por su mejilla.

Arribó a Buenos Aires casi al anochecer. La oscuridad no le impidió dirigirse a la casa de Libertad. Tocó el timbre con el corazón en la mano y la ansiedad bailándole en los ojos. Desde adentro alguien descorrió la cortina para ver de quién se trataba. Era consciente de ser un desconocido para la familia, no eran horas de llegar; temió que lo dejaran afuera. Insistió con el timbre y una voz de hombre le preguntó qué quería a través de la madera.

—Soy Wenceslao, el novio de Libertad. —Se arriesgó. No sabía si ella había dado su nombre, no sabía nada.

La puerta se abrió y un hombre de cansados ojos verdes lo interrogó con la mirada.

—Gracias por abrirme, señor —dijo con temblor en la voz—, soy Wenceslao Quesada. —Extendió su mano y Santiago la tomó.

El dueño de casa lo estudió y no halló signos de peligro en ese joven. Su mirada otorgaba certezas aunque su disfraz de morocho era palmario. Si era en realidad el novio de su hija, figuraba en una lista negra, por tanto era justificable su apariencia.

Se hizo a un lado y lo dejó entrar. Wenceslao suspiró aliviado. Ambos hombres quedaron de pie en el recibidor, estudiándose, hasta que Santiago habló.

—Soy el padre de Libertad —informó—. ¿Cómo saber que es usted quien dice ser?

—Por favor, dígame que Libertad está bien —suplicó—, sáqueme esta espina del pecho. Prometo contarle todo.

Sus palabras conmovieron al padre. Recordó su propio pasado, cuando buscaba a Lihuén con desesperación. La historia se repetía por distintos motivos. Decidió darle la oportunidad.

—Ella está bien, aunque muy triste porque lo cree a usted muerto.

—¡Gracias a Dios! —El alivio se trasladó a sus ojos en forma de lágrimas que limpió con el dorso de la mano—. Gracias, señor, gracias.

Santiago lo invitó a sentarse, el muchacho se veía agotado. Pese a que había sido dado de alta por el médico, el cuerpo aún no se habituaba. Y el viaje había hecho el resto.

Conversaron mucho y Wenceslao les relató gran parte de lo que le había ocurrido. Al enterarse que Libertad estaba en Francia sentimientos encontrados se alojaron en él. Por un lado, estaba feliz de que ella estuviera con vida y a salvo, por el otro, la espera para verla se alargaba.

Esa noche cenó con la familia como uno más. Lihuén se mostró complaciente con él.

—Puede pasar la noche acá —ofreció—, deduzco que no tiene a dónde ir.

—Gracias, señora.



CAPÍTULO 25

“Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás. Si logras juzgarte bien a ti mismo eres un verdadero sabio.”

ANTOINE SAINT-EXUPÉRY, *El principito*

Cuando Felicia se repuso del todo, Lito Napolitano volvió a su trabajo. De a ratos se enfurecía consigo mismo, había sido débil a último momento. Había perdonado la vida de esos niños y había disparado solo para ocasionar lesiones. Ser padre lo había ablandado y eso no le gustaba, a él nunca le había temblado la mano cuando de castigar a alguien se trataba. Nadie debía enterarse de su debilidad, si sus inferiores lo sabían se burlarían de él y le faltarían el respeto.

Había sido inteligente ir a ese colegio solo. Pese a todo tuvo su instante de gloria, pudo ver el rostro de pánico de la mujer en el momento mismo de la balacera. El reguero de sangre había sido suficiente para golpearla.

Pero ahora la situación se había complicado. Esos días alejado de todo junto a su esposa y su hija enferma habían desbaratado sus planes. Naiquen Battistelli había desaparecido. La casa que habitaba estaba vacía y le habían puesto un cartel de alquiler. Sus hijos ya no formaban parte del colegio y nadie en el barrio sabía nada.

Había mandado a sus hombres a averiguar en el diario en que trabajaba, y allí le habían dicho que la señora había renunciado y partido de viaje. Tuvo la esperanza de que hubiera vuelto al sur, enterada de la muerte de su madre, esa

india roñosa, pero sus perros de presa habían regresado de allí sin novedades.

La mujer y los chicos habían desaparecido. La vigilancia que le había puesto a la familia había resultado infructuosa y debido a otras necesidades tuvo que destinar a los uniformados otras tareas.

El humor se le caldeó al capitán Lito Napolitano y para menguar su frustración volvió a las salas de tortura, donde se sentía poderoso. Hacía rato que no participaba en los interrogatorios y esos días lo necesitaba. Arrancar datos a esos infelices le quitaba el enojo que sentía contra Abel Battistelli y toda su familia.

Por las noches llevaba su potencia al lecho conyugal. María se sentía extraña, desconocía a ese hombre que ocupaba su lugar en la cama y le hacía el amor con fiereza. Más de una vez la esposa sintió dolor pero calló para no importunarlo, advertía que algo aquejaba a su marido.

Con el transcurrir de los días, Lito se volvió más violento y egoísta, ya no le importaba acariciarla ni abrazarla y la penetraba con brutalidad. La relación entre ambos se resintió tanto que un día María se le impuso y le dijo que no.

Recién en ese instante Napolitano advirtió en la locura que estaba cayendo. Le pidió disculpas y le prometió que nunca más llevaría el trabajo a la casa.

María quedó pensativa y preocupada, como la gran mayoría de las personas prefería no saber lo que estaba sucediendo en el país.

Nehuén escribió una carta para Naiquen y se la entregó a Wenceslao, que en pocas horas partiría rumbo a París en busca de Libertad. Ambos eran hombres enamorados y el mensajero no hizo preguntas. Prometió entregar la misiva en manos de su destinataria.

En ella el joven le reiteraba su amor y le contaba cómo estaban las cosas en la Argentina. También se condolía por la muerte de Fresia, que Wenceslao se

encargaría de anotar.

“Sé que nunca voy a encontrar una mujer como vos, y aunque océanos y años nos distancien siempre vivirás en mi corazón. Te voy a estar esperando para cuando decidas volver.” Así se despedía Nehuén en su larga misiva en la que también había copiado algunas poesías que le había escrito en las noches de hospital.

Íntimamente Nehuén sabía que ella no le estaba destinada, que aunque vivieran en la misma casa Naiquen jamás se fijaría en él como hombre. Era demasiado rígida en sus conceptos como para dejarse tentar, aun cuando entre ambos se encendía el fuego si estaban juntos.

Nadie jamás sabría lo que su tía segunda había despertado en él. Durante esos meses de ausencia intentó olvidarla en otras bocas y en otros cuerpos, aunque nunca hubiera disfrutado del de la amada, pero todos sus ensayos fueron en vano. Era su rostro el que aparecía cuando cerraba los ojos, era su olor el que se había quedado grabado en sus sentidos, era su piel la que quería acariciar. La extrañaba aunque jamás hubiera sido suya y le dolía saber que sería de otro. Porque así como Naiquen había vibrado con él en ese efímero beso, vibraría en otros brazos. Porque era una mujer que anhelaba ser amada, una mujer a quien el desamor había desencantado pero que estaba lista para volver a vivir. No era él el elegido, intuía que Naiquen caería bajo el embrujo de otros ojos y se dejaría arrastrar por la pasión que anidaba en su interior.

Nehuén no era de los que se daban por vencidos, pero también reconocía que era una locura ir en su búsqueda cuando ella le había dejado bien en claro que no habría nada entre ellos más que el parentesco.

Recostado sobre la camilla de la sala de guardia Nehuén cerró los ojos y la imaginó. La vio en la campiña junto con sus hijos, lejos de la gran ciudad luz, sonriendo, con flores en sus manos y caballos de fondo. Era una imagen extraña, Naiquen vivía en París, en pleno barrio de Montmartre, con su otra tía, Milagros.

Una enfermera interrumpió sus pensamientos.

—Doctor, lo busca un hombre.

—¿Una urgencia? —se incorporó y se acomodó el pelo.

—No parece —informó la muchacha—, se lo ve bien.

Nehuén le dijo que lo hiciera pasar y lo recibió sentado detrás del pequeño escritorio. Se sorprendió al ver ingresar al militar que había tenido a su chiquita enferma tiempo atrás.

El capitán Napolitano entró con la resolución que lo caracterizaba y la estancia pareció achicarse.

—Doctor, buenas noches —dijo extendiendo su mano y mostrando su sonrisa.

—Buenas noches, señor. —Con un gesto le indicó que se sentara—. ¿Su hija está bien? Espero que su visita no tenga que ver con ella.

—Ella está bien, gracias por preguntar.

—¿Acaso usted...?

—No, no —sonrió el hombre—, yo estoy bien. En realidad vine a agradecerle de otra manera su ayuda en la curación de Felicia.

—No hace falta, es mi deber.

—Como debe ser —dijo orgulloso—. Sin embargo, yo soy un hombre agradecido. —Metió la mano dentro de su chaqueta y extrajo un paquete que le entregó.

El joven médico estaba sorprendido y contrariado. No podía olvidar que ese sujeto tenía una foto de Naiquen a quien había presentado como su sobrina, una falsa sobrina.

Con cuidado abrió el envoltorio y se sorprendió al hallar una pluma marca Parker, modelo Custom, con capuchón e insignia bañados en oro.

—Gracias, señor Napolitano, le reitero que no hacía falta.

—Un doctor como usted no puede andar con una simple lapicera. —Haciendo alusión a la que descansaba sobre el escritorio.

El militar se puso de pie, despidiéndose.

—Sé que es tarde, pero nuestro trabajo es así —extendió la mano—, usted me entiende.

Nehuén asintió.

—Espero que su familia esté bien —dijo por decir algo.

—Mi esposa y mi hija son mi única familia, y ellas están bien.

Nehuén encontró el resquicio para formular la ansiada pregunta.

—Creí que tenía también una sobrina... —Hizo un gesto de incertidumbre—. ¿No tenía una foto de ella la vez anterior?

Lito descubrió su error pero lo enderezó enseguida.

—Ah, sí, mi querida sobrina... —Sonrió y la falsedad se le trasladó a los ojos—. Es la oveja negra de la familia, hace rato que la estamos buscando.

—Todos tenemos a alguien de quien avergonzarnos —respondió el médico.

—Sabe que cuenta conmigo para lo que necesite —reiteró el capitán.

—Gracias.

Al cerrarse la puerta, Nehuén arrojó la lapicera al cesto. No quería nada de ese sujeto, sabía que buscaba a Naiquen y tal vez también a Libertad. Le dio asco haber tratado con él y por un segundo lamentó haber salvado a su hija. De inmediato se arrepintió: había hecho el juramento hipocrático.



CAPÍTULO 26

“Aquel que no viaja no conoce el valor de los hombres.”

PROVERBIO MORO

París, noviembre 1978

Libertad preparó sus maletas sin entusiasmo pese a la ansiedad de Jean-Louis, y el apoyo por parte de Milagros y Naiquen.

La joven no tenía ganas de emprender esa gira por el interior del país para mostrar el espectáculo de tango que habían armado. No se sentía segura por más que el profesor le había dicho que había nacido para bailar esa danza, que la llevaba en la sangre y que su cuerpo dejaba de pertenecerle en cada compás.

Para Libertad sería un fracaso palmario, porque ni ella bailaba bien ni Jean-Louis se destacaba. Su compañero podía ser un excelente músico pero como bailarín dejaba mucho que desear. A ella le costaba demasiado esfuerzo descifrar su marcación y por momentos sentía que él la tironeaba en exceso para que ella entendiera si debía hacer un gancho o un voleo. Pero Jean-Louis estaba tan feliz y tenía tanta expectativa que carecía de autocrítica.

La compañía con la cual trabajaban se había encargado de todo, de los sitios donde se alojarían, los lugares donde actuarían y el pago consistente en una cuantiosa suma. Solo eso la impulsaba, poder alquilar algo espacioso a su

regreso y dejar en paz a Milagros y a su marido.

Por fortuna, Jean-Louis había desistido de sus intentos amorosos al advertir que ella carecía de interés alguno en el género masculino. Ansiaba que durante la gira no volviera a la carga porque sería el fin del viaje para ella.

—Cambiá esa cara, Libertad —dijo Milagros al ver la desazón en su rostro pálido.

—Sabés bien que no tengo ganas de ir —se desplomó sobre el lecho.

—Lo sé. Pero tenés que reponerte y dejar ir esa tristeza. —La joven tía se acercó y le acarició los cabellos—. Sos una muchacha hermosa, Libertad, tenés que salir adelante.

—¿Cómo se hace tía? ¿Cómo se hace para seguir cuando una parte tuya está muerta? —Los ojos verdosos se le habían aguado—. Mi novio, el hombre de mi vida, está bajo tierra, acribillado a balazos. —Las lágrimas empezaron a rodar buscando desalojar la pena—. ¿Cómo se hace cuando sé que nunca más voy a ver sus ojos de cielo, que nunca más sentiré su voz ni su risa?

Milagros la abrazó y no halló palabras de consuelo. Su sobrina tenía razón. ¿Qué haría ella si un día le faltara Gustave?

—Tenés razón, no lo sé... —continuó abrazándola mientras la jovencita se sacudía en sollozos—, pero la vida sigue Libertad, aunque vos no quieras, estás viva y la mejor manera de transitarla es intentar hallar la paz.

Libertad levantó la mirada, brillante a causa de tanto llanto.

—Estoy en paz, tía, él murió por sus ideales, aunque yo sé que su muerte es injusta. Algún día esta tristeza se hará callo en mí...

—Vamos —Milagros se puso de pie y tomó una de sus valijas—, que ya están por venir a buscarte.

En el living estaban Naiquen y sus hijos, en fila para la despedida. Los chicos lucían tristes, Mauro envuelto en ese manto de misterio y enojo en el que nadie podía penetrar y Pablo que parecía haber envejecido de golpe.

Las exiliadas se abrazaron y Naiquen le infundió esperanzas.

—Alimentate, Libertad, estás muy delgada. —De repente la sentía como a la hija que no había tenido—. Cuidate.

—Gracias, vos también. —Sus miradas compartían el mismo desamparo y la misma sensación de soledad y añoranzas.

El desarraigo latía en sus corazones de diferentes maneras pero en el fondo era el mismo dolor.

—Disfrutalo —aconsejó Naiquen—, sos afortunada. —Trató de transmitirle alegría—. Conocerás las mejores ciudades de Francia, y quién te dice... tal vez salgan del país también.

Libertad esbozó una débil sonrisa.

—No lo creo... sabés lo que pienso al respecto...

—Lo hacés bien, acordate de que te vi y me emocionó mucho. —Una noche habían ido todos al bar donde exhibían su danza en París.

—Gracias, tía. —Volvieron a abrazarse y al oído le dijo—: Dios quiera que cuando regrese tu hijo me reciba con una palabra.

El ahogo en la garganta de Naiquen fue evidente para la jovencita.

—Dios y la Virgen te escuchen.

Luego Libertad besó a los chicos que permanecían tiesos cual estatuas y se abrazó a su tía Milagros.

En la puerta la aguardaba Jean-Louis y la comitiva, viajarían en una camioneta con los músicos de la pequeña banda y equipos. Parecían un grupo de gitanos y Milagros no pudo evitar sonreír. Si no lograban hacer dinero y fama al menos esperaba que su sobrina se divirtiera un poco en esa aventura.

Esa noche durante la cena Naiquen expuso su preocupación. El mes próximo vencían nuevamente sus visas de turista y ella no tendría dinero para afrontar otro viaje a la frontera. En septiembre el costo lo había pagado Gustave. En un viaje de locos habían llegado hasta Bélgica donde habían permanecido durante dos noches alojados en un modesto hotel. Pero Naiquen

no quería que este volviera a sufragar sus gastos, ella también tenía su dignidad.

—Es imposible que aquí encuentre un trabajo —dijo cuando los niños ya se habían acostado—, no tengo papeles ni hablo bien el idioma, ¿quién querría emplearme? Y lo que gano vendiendo las tortas no alcanza para mantener a mis hijos... —Posó sus ojos en sus anfitriones, primero en Milagros, luego en Gustave—. No pienso seguir viviendo a expensas de ustedes.

—Naiquen sabés que... —empezó su prima, pero ella no la dejó continuar.

—Me vuelvo a la Argentina.

—¿Qué locura es esa? —Milagros la miraba incrédula—. Sabés que no podés volver, te detendrían ni bien aterrizaras.

Los ojos de Naiquen se apagaron de nuevo. Por unos instantes había brillado en ellos la luz de la esperanza.

—No pueden volver, prima, es peligroso —insistió Milagros—. Fijate que ni siquiera llegan cartas... nuestra familia está protegiéndolas.

La morena agachó la cabeza, derrotada.

La dueña de casa explicó a su pareja lo que ocurría dado que Gustave miraba a una y a otra sin comprender pero intuía que había inconvenientes. El hombre la escuchó y al finalizar dijo:

—Hay una solución. —Como hablaba en francés Naiquen no entendía pero por el tono de voz dedujo que algo había cambiado y prestó atención a los gestos y a las miradas. Milagros parecía entusiasmada y no quiso interrumpirla.

Cuando terminaron de hablar Milagros se volvió hacia ella.

—Escuchá, Gustave tiene un pariente lejano, vive en el campo —comenzó—, hace años que no lo ve pero se enteró, por un conocido que estuvo en París días atrás, de que tiene un emprendimiento... Tal vez necesite personal.

—No entiendo... —respondió Naiquen.

—Gustave cree que podrías ir allá y ofrecerte; él le enviará una carta a su pariente para que te dé trabajo.

—Pero... ¿qué tipo de trabajo podría hacer si no hablo bien el francés? Sabés que es mi gran limitación... Además... no sabemos si el sujeto necesita personal. ¡Y están los chicos! —Había desazón en el tono de Naiquen.

—Gustave dice que eso no será problema, su familiar trabaja con los caballos. —La prima la miró sin comprender y esbozó un gesto de desconsuelo—. Ayuda a niños con problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Discapacitados... —Milagros hizo una pausa temiendo que su prima tomara a mal la idea de su marido—. Gustave piensa que también le haría bien a Mauro. —En contra de lo que sospechara, a Naiquen se le iluminaron los ojos.

—¿Vos creés?

—No lo sé, pero en el campo siempre se necesita personal, ya sea para las tareas de la casa o el resto de los quehaceres.

—Sería una especie de doméstica —dedujo Naiquen.

—Algo así, ¿te molesta?

—¿Cómo habría de molestarme? No vine acá con aires de princesa... estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para salir adelante. —Pero el entusiasmo se le fue a los pies de inmediato—. ¿Y si no me acepta? —Hizo un gesto hacia la puerta de la habitación donde dormían los chicos.

—Te aceptará, Gustave le mandará una carta y vas a ver que todo se soluciona.

Una semana después Naiquen y sus hijos tomaban un tren con destino a la capital de la Borgoña, Dijon.

El viaje fue silencioso, los pequeños estaban cansados de ir de un sitio a otro y se sentían molestos de no tener una residencia fija. Habían perdido su

casa y a su padre, habían sido arrancados de todo su círculo de pertenencia. No tenían a su abuela, ni a sus amigos de escuela, ni sus juguetes, ni siquiera su idioma. Y ahora su madre los arrastraba de nuevo a otro lugar desconocido.

Naiquen percibía su frustración y hasta cierto enojo, y se castigaba culpándose por no haber soportado a su marido. Tal vez si hubiera aguantado, si no hubiera sido tan egoísta de pensar solo en ella, las cosas serían diferentes. Pero al recordar la vida junto a Adolfo, sus agresiones y su desamor, dudaba.

Al llegar a la ciudad de destino la estación le pareció enorme, con demasiados andenes, letras y números indicadores. Apretó el papel donde Gustave había escrito la dirección y que debía entregar al taxista. Su prima no quería que se arriesgara a tomar un ómnibus y terminaran en cualquier sitio. La dificultad del idioma era una barrera que a Naiquen se le hacía inmensa. Tenía que aprender a comunicarse mejor, ansiaba poder hacerlo en su nuevo lugar.

Gustave le había dicho a través de Milagros que su pariente era un primo segundo a quien no veía desde que eran muy pequeños, pero a quien recordaba con afecto. Se llamaba Lucien Mathieu y por lo que sabía se dedicaba a la rehabilitación de niños discapacitados a través del trabajo con caballos. Ese dato encendió una luz de esperanza en Naiquen, una persona preocupada por la sanación de enfermos debía, necesariamente, ser buena.

Condujo a sus hijos hacia el exterior guiándose por los carteles que decían *Sortie* y encontró la parada de taxis. El chofer los ayudó con el equipaje y ella le extendió la nota.

—*C' est la campagne* —dijo el hombre, y al ver su gesto de desconcierto añadió—: *Pas la ville*.

Ella asintió sin entender, encomendándose a la Virgen para poder llegar a destino sanos y salvos.

—*Cheval* —dijo Pablo, que sabía que en el sitio a donde iban había caballos.

—*Oui, oui* —sonrió el hombre.

Lo poco que vieron de la ciudad de Dijon les agradó. Parecía formar parte de un cuento, con sus callecitas empedradas y estrechas, con sus construcciones al estilo medieval y sus iglesias por demás llamativas, algunas de corte romántico como la de Saint-Philibert, o gótico borgoñón, como la de Notre Dame, o renacentista, como la de Saint-Michel. Al haber sido capital del antiguo Ducado de Borgoña conservaba importantes obras de arte y centros culturales.

A Naiquen le hubiera gustado recorrerla y perderse en sus callejuelas coloridas que anticipaba cálidas pero el taxista conducía rápido y enseguida se alejaron de la ciudad adentrándose en la campiña ondulada.

Los chicos permanecían mudos aunque sus ojos recorrían con ansias el horizonte buscando el destino final. La madre creía que el aire de campo, lejos de la gran ciudad y de la gente, les haría bien, al menos tenía esperanzas de que el señor Mathieu ayudara a su hijo a recuperar el habla.

El paisaje era bellísimo, muy verde, donde los viñedos tenían su reino dando los mejores vinos de la región. Dejaron atrás algunos castillos y viejas abadías amuralladas, y de no haber estado tan tristes y expectantes le hubieran pedido al chofer que se detuviera para poder visitarlos.

Cruzaron también varios riachuelos y canales, y Naiquen pensó que era gracias a esos cursos de agua que la zona era tan propicia para la agricultura.

Algunos ciclistas los saludaron al pasar y también los agricultores. La gente parecía amable y la madre deseó que al fin hallaran un sitio donde ser felices, aun cuando no perdía la esperanza de regresar a su país ni bien acabara aquella locura.

El día había ido muriendo en los campos, el sol se acostaba sobre el horizonte verde y sus rayos se despedían en un bostezo dorado. Naiquen

preguntó al taxista cuánto faltaba, pero este no comprendió su espantoso francés. Tampoco Pablo logró hacerse entender y tuvieron que seguir esperando en ese viaje que parecía no tener fin.

Cuando la luz apenas se reflejaba en el cielo oscuro, el chofer disminuyó la velocidad y detuvo el auto ante una tranquera sobre la cual pendía un cartel que no pudieron leer. Descendió para abrirla y entró al sendero bordeado por un curso de agua.

—*Cést là* —dijo indicando hacia las luces que titilaban al frente a unos doscientos metros.

A ambos lados del camino se perfilaban las siluetas de los caballos pastando, había una gran cantidad y los niños se prendaron de ellos.

A medida que se aproximaban, las luminarias se volvieron más nítidas y la casona se presentó en todo su esplendor. Era una construcción alargada, de estilo indefinido, donde alternaba la piedra con la madera. Pese a ello había cierta calidez en ella que brotaba de todos sus ventanales iluminados por bombillas.

A un costado se veía un enorme galpón techado con chapas y hacia el fondo otra edificación más pequeña.

El taxista se detuvo al frente de la entrada principal donde algunos perros dormitaban. Acostumbrados a las visitas, los animales permanecieron tiosos. El chofer hizo sonar la bocina y descendió para sacar el equipaje del baúl.

Los pasajeros se apearon y tomaron sus pertenencias en silencio. Enseguida la puerta de acceso se abrió y una mujer rubicunda salió secándose las manos en un trapo. El chofer le dijo algo mientras los señalaba y la dama asintió. Volviéndose hacia Naiquen le cobró el viaje haciéndose entender con los dedos y esta le dio los billetes necesarios.

Cuando el auto partió, Naiquen buscó en su bolsillo la carta que Gustave había escrito para ese pariente lejano y con ella en la mano dijo:

—¿Lucien Mathieu?

—*Entrez.* —La mujer se hizo a un lado y los invitó a pasar. Una mirada de condescendencia bailó en sus ojos al descubrir al niño sin brazo—. *Je m'appelle Lulú.*

Pasaron y Naiquen dijo su nombre y el de sus hijos.

—*Monsieur Mathieu n'est pas ici.*

—Yo... —a Naiquen se le enredaron las pocas palabras que sabía decir en francés. Extendió la mano y le entregó la misiva.

Lulú la leyó y meneó la cabeza en señal de asentimiento. Luego los recorrió con una mirada bondadosa y les sonrió.

—*Bienvenus.* —Al advertir que sus visitantes apenas comprendían sus palabras los guió por un pasillo hacia una amplia cocina.

Como buena anfitriona les ofreció comida y ellos aceptaron, tenían hambre y cansancio por haber pasado todo el día en viaje. Todas las luces estaban encendidas aunque no parecía haber nadie en la gran casa. Naiquen supuso que la familia habría salido, esperaba que el señor Mathieu les diera empleo y vivienda.

—Pablo, hijo —pidió—, vos que entendés un poco más, preguntale por el dueño de casa.

El pequeño así lo hizo y explicó a su madre que este volvería tarde.

Luego de la frugal cena, Lulú guió a los chicos hacia un cuarto entre los tantos que había en la casa. Les abrió la puerta y enseñó el lugar. La habitación era espaciosa y contaba con dos camas y un enorme ropero en madera labrada.

Después señaló una puerta hacia el final del pasillo y Naiquen interpretó que sería la suya. Lulú le indicó dónde estaba el cuarto de baño pero no la acompañó.

Su habitación era austera y fría. La cama reinaba en el ambiente de paredes blancas. Una ventana, un armario, un pequeño escritorio y una silla. Ese era todo el mobiliario. La estancia lucía pulcra y ordenada.

Cansada y sin ánimos para nada, Naiquen dejó la valija a un costado y se quitó los zapatos. Con pereza se sacó la ropa y se quedó únicamente con la camiseta que llevaba debajo. Abrió el lecho y se acostó. De inmediato se quedó dormida.



CAPÍTULO 27

La camioneta que llevaba a Libertad y a los músicos avanzaba dejando atrás rutas y ciudades. Las primeras demostraciones no habían salido bien, los nervios dominaban el escenario y los bailarines terminaron enojados. Libertad reprochaba a Jean-Louis y este a ella. Las desinteligencias en el baile duraron una semana, hasta que ambos se relajaron y se concentraron en la danza. Jean-Louis tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para dejar a un lado la tensión sexual que sentía cada vez que tenía a Libertad entre sus brazos, ya fuera en las representaciones o en los ensayos. Cuando logró dominarla y poner distancia las cosas empezaron a mejorar.

La joven también pudo aflojarse al no percibir su deseo y empezó a disfrutar del ritmo y de las canciones que la volvían a su Buenos Aires natal. La nostalgia que acompañaba cada letra se le fue grabando en la mirada y su aura de tristeza la volvía aún más bella tanto para su compañero como para el público al que iba encantando.

La gira se prolongaría más de lo previsto dado que en algunas ciudades los contrataban para más presentaciones, lo cual abultaba los bolsillos, pero vaciaba el alma de la muchacha, cuyo único deseo era volver a la Argentina.

Sentía en el pecho una extraña opresión, como si alguien la llamara y buscara desde el otro lado del océano. Por momentos pensaba que se estaba volviendo loca y hacía a un lado esa sensación que al poco tiempo la invadía de nuevo.

Ni Lyon, ni Marsella, ni siquiera Avignon con su castillo medieval y su

famoso puente lograban alegrarla.

Esa noche estaban en un bar de Avignon, cenando tardíamente luego de una exhibición. Los músicos, acodados a la barra, conversaban entre sí. Libertad y Jean-Louis habían quedado apartados en un rincón, bajo las tenues luces del lugar.

—*Je suis heureux* —dijo su compañero de baile con una enorme sonrisa en los labios— *mais tu...*

—Yo no soy feliz, Jean-Louis —interrumpió la joven—, y nunca lo seré.

—No digas eso... —Extendió su mano por sobre la mesa y tomó la de ella. Libertad no la retiró, como tantas otras veces, sino que dejó que él le infundiera calor en esa noche fría—. Eres una muchacha bella, y bien sabes que estoy loco por ti.

—Por favor... no vuelvas con eso, ya te dije que...

—Ya lo sé. —A pesar de todo no la soltó—. Me dijiste que tu corazón está muerto, pero déjame que intente revivirlo. —Había tal entusiasmo en sus ojos que la joven sintió pena por él—. Podemos ser felices juntos, formamos una excelente pareja —lo dijo ironizando y ensayando una pose de tango que logró una sonrisa en Libertad—, y te hago reír, aunque tú no lo desees, te hago reír.

—En eso tenés razón, admiro tu sentido del humor —tuvo que reconocer.

—Por algo se empieza, *chérie*. —Tocó su palma y ella sintió sus caricias por primera vez en mucho tiempo. Una señal de alarma resonó en su cabeza, no deseaba olvidar a Wenceslao, no deseaba revivir sus sentimientos y menos aún hacia otra persona—. Escucha, te propongo un trato —continuó Jean-Louis.

—¿Qué tenés en mente? —quiso saber Libertad ante la mirada burlona de su compañero de baile.

—Desde esta misma noche hasta el final de nuestra gira me dejarás conquistarte, te entregarás a mis galanterías...

—Yo no voy a...

—No llegaremos a la cama, si es lo que te preocupa. —Ella se ruborizó al oír tales palabras y de modo tan directo—. Salvo que tú así lo desees, claro está —sonrió irónico—, yo no me opondré.

—Tus intentos son en vano...

—Verás que no. Después de todo, ¿qué te harán unos pocos besos? —Se acercó a ella y sintió su perfume. Acercó su nariz al cuello femenino y husmeó en él. Libertad se estremeció y sacudió como si una corriente eléctrica la hubiera rozado—. Verás qué bien lo pasamos, *chérie*.

Le volvió el rostro con su mano y sin darle tiempo la besó, al principio con suavidad, tanteando su reacción. Al ver que ella permanecía en su sitio sin intentar alejarse, tomó su nuca y la apretó hacia su boca, introduciendo la lengua, bailando con ella. Libertad sintió el calor en todo el cuerpo, mientras él la arrinconaba contra la pared y buscaba su cintura con su otra mano.

—¡*Oh, chérie!* —susurró dominando el deseo de tocar sus piernas desnudas debajo del corto vestido con el que habían deslumbrado en su última función.

Al notar su propia excitación Libertad se tensó y puso fin al beso. Turbada se acomodó el cabello y las ideas, y bebió de un solo trago lo que quedaba en su copa.

—Vamos, es tarde —murmuró.

Jean-Louis se puso de pie, le alcanzó el abrigo y avisó al resto de la comitiva que partían para el hotel. Caminaron del brazo por las callecitas empedradas plenas de misterio e historias.

—Una pena que mañana nos vamos temprano —dijo él mientras la conducía del brazo—, de lo contrario podríamos visitar el Palacio de los Papas.

—Sí, realmente me hubiera gustado verlo por dentro.

—Por ti soy capaz de atrasar la gira —ofreció Jean-Louis—, podemos

demorar un día más en partir...

—No, quiero volver. —Iba a decir “a casa”, pero se detuvo a tiempo. ¿Cuál era su casa? No tenía ninguna, carecía de sensación de pertenencia. Su casa estaba junto a Wenceslao, y al no estar él... no tenía nada.

Hicieron el resto del camino en silencio y arribaron al hotel. Jean-Louis la acompañó hasta la puerta de su habitación y allí la tomó por la cintura. Incluyó la cabeza y la besó con ardor. Sus manos subieron a su espalda, esa espalda que tantas veces había tomado mientras bailaban y que lo hacía sentir en el aire.

—*Tu es merveilleuse* —deslizó sobre su oreja al tiempo que se la chupaba con delicadeza. Ella gimió y en un instinto echó la cabeza hacia atrás. Jean-Louis aprovechó y besó su garganta a la vez que su mano subía a su pecho para pellizcar los pezones enhiestos.

—¡No! —Libertad recuperó la compostura cuando la lengua masculina barrió el vestido y buscó su piel—. ¡No! —reiteró cerrándose el tapado y fulminándolo con sus ojos verdes—. No vuelvas a hacerlo —amenazó.

—No puedo prometerle nada, *chérie* —respondió con la risa en los ojos—, te electrizas cada vez que te toco. —Le dio un beso en la punta de la nariz y partió rumbo a su cuarto.

Al quedar sola Libertad se desplomó sobre la cama. Sin quererlo se encontró deseando las caricias de Jean-Louis, hacía tanto que no estaba con Wen que su cuerpo experimentaba la carencia. Empezó a tocarse los pechos tal como lo había hecho su compañero de baile, introdujo una mano y se acarició los pezones, primero uno, luego el otro. Con la otra mano bajó hasta su entrepierna y notó que estaba húmeda. Maldijo entre dientes lo que le estaba ocurriendo pero no pudo evitar masturbarse hasta alcanzar el orgasmo. Era un recurso al que recurría siempre que extrañaba a Wenceslao, aunque ahora por su mente vagaban imágenes confusas que la volvían de mal humor.

Extenuada se quitó la ropa y se durmió.

A más de 600 kilómetros Wenceslao llegaba a París en una noche oscura y fría. Cargaba solo un bolso pequeño con lo necesario y una valija enorme llena de ilusiones.

Gracias al plan delineado por su padre junto con los extupamaros que le habían facilitado los documentos falsos, había dejado Buenos Aires a bordo de un barco camino a Colonia, no sin antes “negociar” con el capitán para que le permitiera abordar. Después había viajado a Montevideo donde había esperado una semana un avión que no hiciera escala en Ezeiza ni perteneciera a Aerolíneas Argentinas.

Cuando logró conseguir un vuelo por Iberia no le importó que el trayecto incluyera varias escalas, su destino final lo aguardaba más allá de las estrellas.

Conocía París, había viajado cuando adolescente junto con sus padres y hermanos, y su única ansiedad en ese momento era encontrar a Libertad cuanto antes. Había guardado celosamente todos sus besos y abrazos para mimarla y compensarla por tanta tristeza.

Tomó un taxi y con un perfecto manejo del idioma se hizo conducir hasta Montmartre. No le importaba la hora, despertaría a todo el barrio si fuera necesario, no demoraría su encuentro con su amada hasta el día siguiente.

Se sentía eufórico, pleno pese al largo viaje. La única secuela era un tenue dolor de cabeza que lo acompañaría de por vida, pero estaba vivo y a minutos de reencontrarse con Libertad.

Planeaba afincarse con ella en España, revalidar sus títulos y empezar una nueva etapa, lejos de su querida Argentina que continuaba desangrándose clandestinamente mientras sus habitantes aún festejaban el campeonato de fútbol. Ya no le importaba militar, se sentía defraudado, alguien lo había traicionado y no sabía quién. ¡A la mierda montoneros, JP y demás

agrupaciones!

Sabía que a los montoneros no les gustaba el exilio, salvo que fuera para reorganizarse y militar desde afuera. Los que habían tenido que partir, huyendo de las garras de la dictadura, vivían de la organización y continuaban trabajando para ella. Los que se abrían solos debían buscar ayuda en la Cruz Roja y demás organizaciones que se ocupaban de asistir a los perseguidos.

Él se las arreglaría solo, iniciaría una nueva vida lejos de todo, solo con Libertad. La cruda realidad lo había hecho tomar conciencia de lo vivido y aunque le dolía abandonar su lucha por sus ideales no tenía más opción, en vista de lo acontecido, que resguardar sus vidas.

Con pena rememoró la última charla con su padre, quien lo había ayudado a tomar esa decisión. Honorio solo quería a su hijo con vida.

Cuando el taxi lo dejó en la vereda miró su reloj y vio que era la una de la mañana. Pese a ello avanzó buscando el portal con la numeración indicada y tocó el timbre. Al cabo de un rato una voz adormilada preguntó quién era y él dijo que buscaba a Libertad. La voz del otro lado vaciló e interrogó por segunda vez.

—Soy su novio, Wenceslao Quesada, vengo de Argentina —oyó una exclamación a través del portero eléctrico y una mujer le respondió en castellano que ya bajaba.

Milagros apareció en la puerta cubierta por una bata de felpa y pantuflas. Despeinada y con el sueño en el rostro escrutó al insólito visitante buscando la mentira que no pudo hallar en esos ojos de cielo. Le franqueó la entrada y el muchacho avanzó con su equipaje de ilusión.

—Soy Milagros, la tía —explicó mientras se dirigía al departamento con Wenceslao detrás.

En el living los aguardaba Gustave, despabilado y alerta. ¿Quién era ese hombre que se presentaba a esas horas? ¿Y por qué su mujer lo había dejado

entrar?

Milagros le explicó ante la mirada ansiosa de Wenceslao que solo deseaba ver a Libertad.

—¿Está acá? —interrumpió. Sentía que el pecho se le escaparía si no la abrazaba pronto.

Poniendo fin a la angustia del joven, Milagros le contó. Fueron testigos de su desmoronamiento, había recorrido miles de kilómetros para hallar a su amada. Wenceslao se sentó sobre el sofá y se tomó la cabeza entre las manos, abatido.

—Lo siento —murmuró Milagros—, pero será solo un mes más y estará de vuelta.

—¿Un mes? Es una eternidad para mí. —Los ojos claros no dejaban resquicio para la duda: ese hombre amaba a Libertad como nunca un hombre había amado.

Resuelto se puso de pie y dijo:

—Tengo que hallarla, mañana mismo partiré en viaje. Necesito conocer los destinos de esa gira —pidió.

—No lo sé con exactitud —Milagros dudó—, tenían una ruta marcada pero se fueron desviando. Es más, ya deberían haber regresado pero les está yendo bien y alargaron la gira.

Wenceslao estaba cansado. El largo viaje y su débil estado físico se hacían sentir. La joven mujer lo advirtió.

—Escuchame, estás agotado. —Se acercó a él con gesto maternal—. ¿Por qué no descansás y mañana nos ponemos en campaña para que vayas a buscarla?

El joven miró a Gustave, que se había sentado en el sillón y escuchaba sin comprender más que los gestos.

—No hay problema con mi marido —sonrió Milagros—, está acostumbrado a este ritmo loco que tenemos los argentinos. —Sus palabras

lograron una sonrisa en el recién llegado—. Vení a la cocina, te voy a dar algo de comer, después vamos a descansar. Mañana será otro día.

Mientras engullía, Wenceslao le dio la noticia de la extraña muerte de Fresia. Milagros no la conocía pero aun así sintió pena por su prima Naiquen y también por su abuela Aime.

—Traigo una carta para la señora Naiquen —anunció una vez finalizada su comida.

—Ella no está acá tampoco —explicó Milagros—, está trabajando en la campiña, pero si querés podés dejármela y yo se la envío.

El muchacho buscó entre sus pertenencias y le extendió la misiva que la tía prometió despachar con prontitud.

Esa noche Wenceslao durmió en la cama de Libertad y aunque ella no estaba ahí percibía su esencia, su olor y su magia. Ni bien se refugió entre sus sábanas sintió que su amada había soñado con él, que sobre esa misma almohada habían anidado sus lágrimas. Que toda su piel lo había llamado a gritos, que sus manos habían acariciado el aire evocándolo y que su boca había regado besos y palabras de amor en su nombre. Pese a que no la había encontrado la pudo sentir cerca, tan cerca que se durmió con una sonrisa en los labios.

Tuvo que pasar un día más antes de que Wenceslao pudiera partir en viaje tras su novia. Hubo que ultimar detalles, contactar algunos amigos de los integrantes de la banda para seguir su rastro dado que hacía varios días que no telefoneaban. El último dato que tenían era que estaban en Avignon.

Wenceslao tomó nota de los dos o tres sitios a los que podrían viajar y hacia allí partió, con el alma plena de ilusiones y el corazón en la mano.



CAPÍTULO 28

“El tiempo es el mejor autor: siempre encuentra un final perfecto.”

CHARLES CHAPLIN

Campaña francesa

Como tantas otras madrugadas Lucien Mathieu llegó a la casa que halló en silencio y sombría y se dirigió a su cuarto. Pese a la borrachera pudo hacerlo sin encender las luces, conocía el camino de memoria. Se quitó la ropa que dejó desparramada en el suelo y se metió en la cama.

De repente sintió que no estaba solo y creyó estar soñando. Sentía la presencia de un cuerpo tibio al otro lado del lecho y a tientas deslizó su mano. El alcohol no le impidió percibir la suavidad de una piel femenina y el contorno de una cadera. Su humanidad reaccionó enseguida y giró hacia ella. Volvió a tocarla acariciando el costado, percibiendo unos senos llenos y tibios. Se aproximó y apoyó su pene erecto en las nalgas femeninas. Si era un sueño era demasiado real. La mujer gimió y él se incorporó a medias para besarle el cuello mientras su mano apretaba el pezón erecto. Del cuello a la boca hubo apenas un suspiro y se encontró encima de ese cuerpo turgente y cálido hasta que un grito de terror barrió con su pasión y los restos de alcohol.

Estiró la mano para encender la luz mientras sentía que la persona que estaba en su lecho se removía y se bajaba de la cama vociferando en un

idioma que no conocía. Lucien pasó las manos por sus ojos y despejó los cabellos de su frente, nunca una borrachera le había causado alucinaciones.

Frente a sí tenía a una mujer que oscilaba entre el temor y la furia que lo traspasaba con sus ojos negros y se cubría las piernas desnudas con un trozo de sábana. Ostentaba las mejillas rojas y el largo pelo negro alborotado. No era bella pero en conjunto y en ese estado lucía atractiva. Dentro de lo extraño de la situación, Lucien no pudo dominar la erección que se manifestó en su ropa interior y que la mujer captó porque su tono de voz varió y el hombre intuyó que lo estaba insultando.

Con tanto griterío Lulú se asustó e ingresó al cuarto luego de llamar varias veces sin resultado. La escena la obligó a llevarse las manos a la boca y a lanzar una exclamación.

El dueño de casa giró hacia ella hecho una fiera y la interrogó. Ya tenía en claro que no se trataba ni de un sueño ni de una alucinación y que la mujer era bien real.

—*Qu'est-ce qu'elle fait dans ma chambre?* —bramó con voz aguardentosa.

—*Je suis désolée, monsieur...* —pero Lucien la interrumpió clavando sus ojos furiosos en la aturdida Naiquen.

—*Qui êtes-vous?* —gritó, pero ella no comprendía.

Lulú lo tomó del brazo para calmarlo, notaba que su patrón estaba alcoholizado y que la recién llegada tenía miedo.

—Cálmese, señor, la dama no habla francés.

—¡Ya me doy cuenta de eso! —Posó en la doméstica sus ojos enrojecidos—. ¡Explíqueme usted quién es esta mujer y por qué estaba en mi cama!

Lulú estaba en ropa de dormir, no tenía consigo la carta de Gustave, pero resumió sus términos en pocas palabras. A medida que hablaba el rostro de Lucien se iba serenando mientras que Naiquen permanecía refugiada detrás de la sábana y escudriñaba sus gestos sin entender palabra.

Situación aclarada, el hombre la miró. Ya no había restos de violencia en sus ojos, solo lo acompañaba un cansancio atroz. Lulú le había explicado que seguramente la mujer se había equivocado de cuarto y que por eso estaba durmiendo allí.

—*Restez-là* —dijo señalando la cama.

Sin más palabras tomó su ropa del suelo y salió sin mirarla. Naiquen se desplomó sobre la cama y Lulú fue en su auxilio. Con dulces palabras que no supo entender, pero que interpretó, se dejó arropar por la empleada e intentó dormir.

Su comienzo en el nuevo hogar no había sido bienaventurado.

Cuando Wenceslao llegó a Avignon ni siquiera pudo apreciar la belleza que lo rodeaba. Bajó del transporte y fue hacia el bar que le habían referenciado. No tuvo que andar mucho, el centro de la vida nocturna estaba conformado por apenas un par de calles. En la vidriera del lugar vio el afiche y sus ojos quedaron prendados de la foto donde Libertad posaba en brazos de otro hombre. Una puntada de dolor atravesó el rincón donde se refugian los celos y la desechó de inmediato: ella estaba trabajando en ese país que le era extraño. Era una pose para vender, una publicidad de su arte, pero por mucho que se mentalizara y comprendiera desde la razón, desde la emoción le era imposible no sentir enojo.

Estaba preciosa, con su cabello negro enroscado y volcado hacia un costado, dejando ver su cuello largo y grácil, el mismo sobre el cual tantas veces había depositado sus besos. El vestido negro entallado y corto dejaba ver sus piernas de gacela y tuvo que poner a raya el golpe de recelo. El hombre que la sostenía por la cintura era elegante y lo odió aun sin conocerlo.

Despegó sus ojos del cristal e ingresó al lugar, que a esa hora de la tarde estaba vacío. Detrás del mostrador un mozo limpiaba las copas y los vasos

mientras que de fondo sonaban los acordes de una música melódica.

Se aproximó y le preguntó por los bailarines, recibiendo la tan temida noticia: ya habían actuado allí durante tres noches consecutivas y habían abandonado la ciudad.

Wenceslao apretó los puños y elevó los ojos al techo. Pidió un trago que lo ayudara a digerir la información. Estaba cansado y le dolía la cabeza, su cuerpo aún no se reponía, tal vez nunca volviera a sentirse pleno físicamente. Había cruzado medio mundo para hallar a su amada y cada vez que la tenía cerca se le escabullía como agua entre los dedos.

Se consoló pensando que Libertad no sabía que él estaba vivo y menos aún que estaba tras sus pasos. Dicho pensamiento lo llevó hacia el camino de las dudas: si ella lo creía muerto quizás... La horrenda verdad se desplegó frente a su nariz como un volcán a punto de estallar. Tal vez Libertad estaba en pareja con su compañero de baile, o con algún músico, o con cualquiera. Nadie espera a los muertos.

Se bebió la copa de un solo trago y pidió otra. El cantinero, al notar que estaba bebiendo demasiado y que su cuerpo parecía debilitado, le dio algo de comer.

—La casa invita.

Wenceslao agradeció y luego del bocado se sintió más fuerte. Preguntó dónde podía alojarse para pasar esa noche y si conocía el destino de los bailarines.

—*Lyon* —informó el hombre para pesar de Wen—. *C'est pas loin.*

—*Merci.*

Al notar su desazón el cantinero le informó que al día siguiente uno de sus compañeros viajaba a Lyon para ver a su familia.

—Tal vez pueda llevarlo.

—Gracias, amigo, gracias —Wenceslao estrechó su mano con fervor.

Antes de salir del bar pidió permiso para llevarse el afiche que estaba

pegado en la vidriera. En el cuarto del hotel recortó la imagen de Libertad, arrancándola de los brazos de Jean-Louis. Durmió con la foto apretada en su pecho y soñó que hacían el amor.

Se levantó temprano y fue hacia el bar donde habían prometido llevarlo hasta Lyon pero el viajero ya había partido y no había rastros del mozo de la noche anterior.

Wenceslao maldijo su mala estrella y volvió sobre sus pasos. En la Gare d'Avignon-Centre le informaron que el próximo tren a Lyon salía dentro de tres horas. Compró el billete y se sentó a esperar.

Su amor por Libertad era genuino e inmenso, pero la duda se iba abriendo camino entre los contratiempos que lo alejaban de ella. ¿Y si eran señales? ¿Señales de que ella había elegido otro destino? Temía haber sido relegado al olvido. Tomó la foto donde ella lucía su máximo esplendor y buceó en sus ojos, fijos en la fotografía. Carecían de vida, como si su presente estuviera congelado, tenía una mirada bella pero inexpresiva. Descubrirla así le dio esperanzas: tal vez ella también estuviera muerta en vida.

Apretó la imagen contra su pecho sin importarle que la gente al pasar lo mirara como si estuviera loco. Luego la besó y volvió a guardarla en el bolsillo de su chaqueta. Aún faltaban dos horas para que el tren a Lyon partiera.

Viajó en el tiempo y recordó cuando eran felices, cuando pasaban horas en la cama amándose como adolescentes, inconscientes del real peligro que significaba militar. Wenceslao jamás había creído que aquella desgracia se abatiera sobre el país, si alguien lo hubiera prevenido tal vez sus decisiones hubieran sido otras. Pero nadie tenía el diario del día siguiente.

Se preguntó si sus convicciones eran tan firmes como para echarse atrás de haber adivinado el futuro, y se respondió que no, que por sobre todas las cosas privilegiaba la vida. Extrañaba el refugio familiar, su casa paterna, sus hermanos, el almuerzo de los domingos y el cariño de su madre. Hacía

tiempo que lo cotidiano había pasado a ser un recuerdo, su presente estaba formado por fotos viejas y añoranzas. Nada tenía. Corría detrás de los pasos de Libertad con la ilusión de alcanzarla sin saber si aún lo recibiría en su corazón. Él estaba muerto para ella y esa daga clavada en su alma, esa incertidumbre lacerante, lo hería mortalmente una vez más.

Un grito lastimero lo arrancó de sus pensamientos. Provenía de la izquierda y hacia allí dirigió sus ojos tristes. Un niño lloraba a lágrima viva mientras se tomaba con fuerza una de sus piernas. Estaba sentado en el piso y no había ningún adulto a su alrededor. Wenceslao se puso de pie y acudió en su auxilio.

—*Qu'est-ce que tu as?* —preguntó.

El pequeño quitó la mano que cubría la herida y Wenceslao divisó una mordedura profunda de la cual salía una gran cantidad de sangre.

—*Où est-que qu'elle es ta maman?*

Pero el niño no respondió y continuó gimiendo por su lastimadura. La gente a su alrededor seguía apurada mirando el reloj y los andenes. Nadie se conmovía por ese jovencito que había sido víctima de un perro furioso.

Wenceslao lo ayudó a ponerse de pie pero el dolor y la impresión hicieron que el pequeño se desvaneciera en sus brazos. Aún faltaba una hora para la salida de su tren, trató de apurarse para llevar al herido a que lo atendieran.

Un guardia de la estación lo interceptó y le brindó ayuda. Había un médico cerca, sería más rápido que ir al hospital. Creyendo que Wenceslao era el padre de la criatura lo condujo hacia el consultorio del doctor; estaba atendiendo, debían esperar.

Wenceslao veía que los minutos pasaban y que perdería su viaje. Intentó convencer al guardia para que se quedara con el niño pero este le dijo que debía volver a su puesto. El alma noble y solidaria que dirigía su vida impidió que partiera tras su sueño y se quedó allí, sentado en la sala de espera con un desconocido inerte entre sus brazos.

La secretaria del doctor le trajo alcohol y el niño abrió los ojos. Lucía dolorido y asustado, la palidez ocupaba todo su rostro.

—*Comment tu t'appelles?* —inquirió la mujer.

—Pierre —musitó con voz de pájaro herido.

—Bien, Pierre —repitió la dama con dulzura—, ¿quieres un dulce? —El niño aceptó—. ¿Dónde está tu mamá?

—Estaba con mis hermanitos... fue a comprar unos billetes.

La secretaria posó sus ojos en Wenceslao y dijo:

—Debe haber una mamá en los andenes buscando a su hijo.

—Seguramente. —El hombre miró su reloj por enésima vez: su tren partiría en diez minutos. Bajó los ojos en señal de desconsuelo y reprimió una queja.

—¿Por qué no va a buscarla mientras yo me encargo de Pierre?

Wenceslao se incorporó y una luz de esperanza brilló en sus ojos de cielo. Si se daba prisa podría tomar el tren y tendría la posibilidad de hallar a Libertad. Asintió en silencio, acarició la cabeza del pequeño y partió.

Corrió las calles que lo separaban de la estación con la ilusión de llegar a tiempo. Ingresó a la terminal sudado y con el último aliento, su cuerpo débil no le permitía excesos de energía. Divisó al guardia que lo había conducido hasta lo del médico, venía en compañía de una mujer que cargaba un bebé en brazos y dos pequeñitos más que se tomaban de su falda. La madre tenía el rostro desencajado y con visibles signos de llanto reciente.

El guardia le hizo un gesto para frenarlo en su fugaz carrera. Wenceslao dudó, si se detenía perdería el tren. La visión de esa mujer y esos pequeños fue más fuerte, una madre siempre sufría más que un enamorado.

—¿Cómo está mi hijo? ¡Dígame que está bien! —rogó la mamá cuando lo tuvo en frente.

—Está bien, señora —tomó de la mano a uno de los hijos más chicos y la guió hacia la casa del doctor.

Mientras Wenceslao, pura bondad, se ocupaba de que el chiquillo herido y su familia regresaran a su hogar, Libertad se preparaba para su actuación en un bar de Lyon.

La joven se peinaba el cabello en alto despejando su cuello y pensaba en Wenceslao. Una lágrima rebelde se desprendió de sus ojos arrastrando con ella un poco de alargador de pestañas. Se miró en el espejo y se reconoció triste. Bella pero triste, extraña mezcla. Retocó el maquillaje, se dijo que tenía que dejar el pasado atrás. No podía seguir llorando un imposible por mucho que su corazón se resistiera a enterrar a Wenceslao. Él estaba muerto y los muertos no regresaban.

Frente a sí se desplegaba una nueva posibilidad de ser feliz en brazos de Jean-Louis. Aunque jamás sintiera por él el amor que sentía por su novio, con el tiempo llegaría a quererlo. Su compañero de baile era un hombre inteligente, divertido, lleno de paciencia y ganas para con ella. Tenía que agradecer que la vida le siguiera dando posibilidades. No era feliz, no amaba ni el baile ni el tango, pero con el tiempo... Sin darse cuenta dejaba todo su futuro en manos del tiempo, como si él pudiera devolverle una mínima parte de lo que había perdido.



CAPÍTULO 29

“Nada está perdido si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido y hay que empezar de nuevo.”

JULIO CORTÁZAR

El primer día en la finca de Lucien Mathieu no fue como Naiquen esperaba. El dueño de casa ni siquiera se había presentado al almuerzo para hablar y definir su situación. Se había limitado a ordenarle a Lulú que se ocupara de ella y le diera algo para hacer. El pedido de su pariente no caería en saco roto. De momento tenía varios problemas que resolver como para estar ocupándose de una dama en apuros que para peor cargaba con dos niños.

Lulú trabajaba para él desde el comienzo del centro y conocía el verdadero ser que se ocultaba debajo de su frialdad, pero como con ella era igual que con el resto, la mujer se guardaba bien de demostrar su cariño, aunque entre ambos se desplazaba una corriente subterránea de entendimiento mutuo y silencioso.

Por ello a Lulú la apenaba su próximo retiro. Ya estaba en edad de dejar de trabajar, sus hijos la reclamaban para que cuidara de sus nietos y el frío de los inviernos se hacía sentir cada vez más en sus huesos añosos. La llegada de Naiquen era una señal: allí estaba su reemplazo, solo debía aleccionarla en la tarea y enseñarle a hablar.

Por fortuna uno de los niños hacía las veces de traductor y de a poco iban comunicándose. El otro seguía sumergido en su mundo solitario donde ni

siquiera su madre tenía acceso.

Recién a la segunda noche Lucien ingresó en la cocina donde las mujeres y los niños estaban cenando y advirtió la presencia del pequeño manco. La fuerza de su mirada hizo que los jovencitos bajaran la vista hacia el plato, no así la mujer, que lo enfrentó impávida.

—¿Le falta algo, señor? —preguntó Lulú, segura de que ya había cenado y que no se había olvidado de nada.

—No —respondió con su seriedad habitual—, solo avisarle a la señora — al decirlo posó su mirada en Naiquen— que mañana deberá trabajar con los caballos. —Como ella no entendía Lulú le tradujo—. Y que sería conveniente que comprendiera el idioma.

Sin dar tiempo a una respuesta giró sobre sus pies y al rato sintieron el portazo. Otra noche de bebida lo esperaba en el bar de la zona.

Luego de que los niños se acostaron, Lulú intentó enseñarle a Naiquen algunas palabras y órdenes. Entre señas, gestos y acciones la recién llegada empezó a familiarizarse con la casa y sus secretos: dónde se guardaban las cosas, los sitios del señor a donde nadie tenía que ingresar, de dónde se cortaba la luz, el funcionamiento de la cocina y el hogar y las demás cuestiones domésticas.

—Mañana tendrá que asistir al señor con los caballos, es el día que más niños vienen.

Naiquen entendió a medias y se acostó con ansiedad. No le gustaba su patrón, le parecía huraño y poco empático. Ni siquiera había saludado a los niños ni tenido consideración por Mauro. Todavía le molestaba su actitud la noche en que la había hallado en su cama. Se recriminaba no haber podido distinguir que lo que estaba ocurriendo no era parte de su sueño sino una realidad avasallante. El beso y las caricias que se habían prodigado habían salido de su mente trasladándose a sus pieles y sus bocas. Un sudor helado le corrió por la columna al evocar ese despertar y sintió las mejillas ardientes.

El lugar era bello, las colinas verdes que había divisado desde la ventana, el olor de las plantas, la visión de los caballos, todo el entorno era mágico. Solo la preocupaba no comprender el idioma y el talante del dueño de casa. Pero peor era el dolor por el estado de Mauro, que continuaba sin emitir palabra y pasaba los días muerto en vida. Había indagado a Pablo con la esperanza de que con él se comunicara cuando estaban solos, pero su hijo menor seguía negando.

No sabía qué hacer ni a quién recurrir. No tenía dinero ni posibilidad alguna de llevarlo a un especialista, tal vez un psicólogo que lo ayudara a dejar el trauma atrás. No era fácil para ella aceptar su cuerpo mutilado, menos lo sería para el pequeño. Su vida estaba marcada para siempre.

Se durmió con la tristeza arañándole las entrañas y las lágrimas secándose en sus mejillas.

Al día siguiente, temprano, Lulú le indicó que el señor la aguardaba en el cobertizo. Los niños aún dormían y la madre se preparó para enfrentar a Lucien.

Hacía frío y debió levantar el cuello de su chaqueta cuando cruzó el trecho que separaba la casa del galpón. La neblina cubría los campos y no se distinguían los árboles lejanos ni los contornos del paisaje.

Sus pasos silenciosos la condujeron a donde el dueño de casa preparaba los animales para la jornada. En media hora arribarían los niños de esa mañana, en compañía de sus padres o cuidadores. Además de la fisioterapeuta y el psicólogo, Lucien contaba con la ayuda de dos hermanos que vivían en la zona. Ese día comenzaría a interiorizar a la argentina en las terapias.

Él no la escuchó acercarse y Naiquen pudo apreciar con cuánto amor cepillaba al caballo que tenía frente a sí. Era un animal vistoso, de color negro azabache y cabeza importante. No sabía mucho de caballos, había montado de pequeña en su tierra pero de eso hacía varios años, pero le gustó ese ejemplar. Se quedó mirando a su patrón: de espaldas a ella toda su

musculatura se tensaba debajo de la camisa que llevaba. Se preguntó si no tendría frío vestido solo con esa prenda. Su mano firme pasaba el cepillo por el lomo mientras que la otra le acariciaba la cabeza a la vez que le susurraba palabras que sonaban dulces y que ella no comprendía. No supo qué loco designio la llevó a evocar las caricias de la primera noche. Sintió que se ruborizaba y que el corazón se le desbocaba. En ese mismo instante él debió percibir su presencia porque giró y la traspasó con los ojos.

—*Viens* —le dijo, tuteándola, pero Naiquen no entendió y se quedó tiesa en la entrada.

Lucien disimuló un gesto de fastidio y le indicó con la mano que se acercara. Ella avanzó hasta quedar frente a él. Sin darle tiempo, el hombre tomó su mano y puso en ella el cepillo que estaba utilizando, señalando a otros caballos que estaban un poco más atrás, atados a un palenque.

—Cepíllalos —ordenó—. ¿Entiendes? —Ayudó sus palabras con el gesto de sus manos y ella asintió.

Al alejarse Naiquen soltó un suspiro. Enfiló hacia los caballos y se acercó con temor al primero. No sabía cómo podía reaccionar el equino ante un extraño. No se le cruzó por la cabeza que esos animales estaban acostumbrados a la gente, no entendía bien qué hacía el señor Mathieu con ellos ni cómo ayudaba a los enfermos. Lo poco que pudo comprender de la charla con Lulú era que personas con dificultades los montaban y eso los ayudaba a mejorar.

Lucien la observaba con intriga mientras colocaba la montura al caballo color azabache. La vio dudar ante Canela, la yegua que tenía enfrente, de modo que se acercó.

—No tengas miedo —dijo olvidando que ella no entendía casi ninguna de sus palabras.

Naiquen lo miró y descubrió sus ojos desprovistos de expresión alguna. Con el paso de los días advertiría que mientras trabajaba Lucien solo se

concentraba en la tarea a cumplir despojándose de todo tipo de emociones, salvo cuando estaba con los niños que asistían a la terapia; con ellos su mirada se dulcificaba y su tono de voz se suavizaba.

Como la mujer permanecía tiesa, él la tomó por la muñeca ocasionando un sobresalto en ella. Sin palabras cubrió su palma y la ayudó a cepillar a Canela. La proximidad de su cuerpo a su espalda la alteró y la obligó a decir:

—Entendí —liberándose de sus dedos.

—Bien —dijo él mientras se alejaba para continuar con su empresa.

Al cabo de un rato Naiquen había terminado de cepillar a todos los animales descubriendo que le había gustado hacerlo. El contacto con las pieles suaves, el calor que emanaba de sus cuerpos y la sensación de paz que sintió fueron suficientes para otorgarle unos minutos de plenitud y abstracción durante los cuales no pensó en nada. Todo fue sentir.

Lucien finalizó de ensillar los caballos y fue a recibir a los niños. Los hermanos que trabajaban allí como planta estable ya habían arribado, se habían presentado ante Naiquen como Jacques y Gérard.

A la argentina se le encogió el corazón cuando contempló a los pequeños que llegaron en compañía de sus padres. Ninguno era “normal” y jamás lo sería. Uno de ellos, de tamaño minúsculo para la edad que evidenciaba su rostro, venía en brazos de un hombre. Su cuerpo retorcido y tembloroso, su carita de gestos imprecisos, su boca babeante... todo él indicaba sufrimiento. Se repuso intentando disimular pero no lo suficiente como para que Lucien no lo notara, porque de inmediato reprobó su reacción con una mirada de reproche y amenaza.

El pequeño se llamaba Fran, tenía doce años y padecía de parálisis cerebral hipotónica, por la cual su tono muscular estaba disminuido, ni siquiera podía sentarse sin ayuda.

Los demás chicos presentaban casos menos severos de movilidad. Cristal, de ocho, sufría distrofia muscular y se movilizaba con ayuda de unas muletas.

También había dos mellizos de diez años que tenían síndrome de Down.

Jacques y Gérard se ocuparon de los mellizos y Lucien se acercó a Naiquen en compañía de Cristal.

—Cristal, ella es la señorita Naiquen —dijo posando sus ojos negros en la pequeña—, hoy te llevará de paseo.

Naiquen observaba la escena, solo había entendido su nombre y el de la jovencita. ¿Qué estaría diciendo el señor Mathieu?

—Naiquen —el hombre ahora le hablaba a ella—, tienes que montar y dar unas vueltas con Cristal. —A medida que hablaba gesticulaba para que entendiera.

—¿Yo? —titubeó.

—¿Sabes montar? —El hombre se sentía impotente al tener que lidiar con quien no comprendía nada de lo que decía. No quería enojarse, pero maldijo a su pariente por enviarle semejante encargo—. *Viens* —dijo a Cristal, quien obedeció de inmediato.

De un solo movimiento tomó a la pequeña y la montó sobre el caballo. Las muletas quedaron apoyadas en el cerco de madera. Luego se volvió hacia Naiquen y con un gesto le pidió que montara. Ella abrió los ojos con asombro y su boca atinó a quejarse, pero él no le dio tiempo. La sujetó por la cintura y la sentó detrás de la niña. Sus manos en su cuerpo le ocasionaron un ligero temblor que él también experimentó y disimuló.

—Den unas vueltas ahora. —Señaló el entorno dibujando un círculo con su brazo.

Mathieu murmuró una protesta por lo bajo, no era responsable al dejar a Cristal en manos de una inexperta, pero había faltado uno de los ayudantes que había contratado recientemente y no tenía con quien montarla. Naiquen era su única opción. Se consoló pensando que la pequeña ya llevaba bastante tiempo en terapia como para poder conducirse sin peligro.

Después recibió a Fran de los brazos de su padre y lo colocó sobre uno de

los caballos, sin soltarlo para que no cayera. De un salto Lucien estuvo detrás de él y riendas en mano se alejó por el sendero de entrada.

Temerosa y dubitativa Naiquen taconeó al animal y este comenzó a caminar al paso. El cuerpo de la pequeña pegado al suyo, caliente y vibrante, le dio ánimos. A medida que avanzaban alejándose de la casa comenzó a disfrutar del paseo. La niebla ya se había disipado y podían apreciar las verdes colinas, el cielo diáfano y los pájaros que lo surcaban.

Cristal hablaba en su lengua y ella solo comprendía algunas palabras. La niña se dio cuenta y empezó a enseñarle: *ciel, soleil, champs, oiseaux...*



CAPÍTULO 30

El bar estaba lleno. Libertad jamás había imaginado que a los franceses les gustara tanto el tango. Ella que era argentina sentía la misma indiferencia que podría experimentar por los rituales griegos. Al principio las letras nostálgicas la habían seducido para desencantarla enseguida.

Pero no estaba allí para juzgar los gustos de los demás sino para realizar el show con el cual se había comprometido.

Jean-Louis y el resto de la comitiva merecían su mejor puesta en escena y no iba a defraudarlos. Luego de un tiempo de viajar y compartir sus horas con ellos debía reconocer que eran buena gente, dedicada a su trabajo con tesón y entusiasmo, creyendo y amando lo que hacían. Ella tenía que estar a su altura y por eso esa noche salió al escenario con nuevos bríos. Su rostro ya no lucía melancólico ni su mirada ausente, sino que un brillo especial anidaba en el fondo de sus ojos gatunos.

Jean-Louis la premió con una enorme sonrisa que le salía del corazón mismo de su deseo y la besó en la mejilla, muy cerca de la boca.

—Estás resplandeciente, *ma chérie*.

Libertad sonrió a su vez y posó su mano sobre el brazo de su compañero que la hubiera besado allí mismo si no fuera por el maquillaje perfecto que adornaba aún más su bello rostro.

—Vamos pues —dijo él—, a brillar. —Era su frase antes de salir a escena cada noche.

Cuando estuvieron en el sitio destinado al espectáculo la música empezó a

sonar. Cada día los músicos se perfeccionaban más y las melodías adquirían un mejor sonido y sentimiento. Jean-Louis la sujetó por la cintura apretándola contra su pecho e inició la danza. Salió con una apertura, dejando atrás el paso clásico y a los pocos compases hizo una salida a la americana, algo novedoso y de avanzada en el tango tradicional. Libertad lo seguía con destreza y elegancia, aunque no llevara el 2 por 4 en la sangre, sus pasos eran certeros. Jean-Louis se había convertido en un buen bailarín, tantas horas de ensayo no habían sido en vano.

Deleitaron al público con dos tangos y una milonga, y al finalizar y como cierre, en el último acorde, Jean-Louis la inclinó hacia atrás y le dio un sorpresivo beso en los labios. La gente se puso de pie para aplaudir y vitorear a los artistas.

Libertad, roja y molesta por la invasión, tuvo que disimular su enfado con una sonrisa. Ya hablaría con él en privado.

De camino al cuartito que servía de camarín el hombre advirtió su desacierto.

—Lo siento, *chérie* —la retuvo por el brazo—, de verdad lo siento.

Ella leyó la sinceridad en su mirada y decidió no ser tan dura con él.

—No me gustan las exhibiciones, Jean-Louis, prefiero mantener lo nuestro en privado —dijo sin pensar en la relevancia de sus palabras.

El rostro masculino se vistió de alegría.

—¿Entonces quiere decir que hay algo “nuestro”? —Se acercó y sin darle tiempo la atrapó por la cintura—. Me haces muy feliz, *ma chérie*, muy feliz.

—Asaltó su boca y la acarició con su lengua mientras que sus manos la atraían hacia sí. Sin quererlo le hizo sentir la dureza que evidenciaba su miembro—. Disculpa, Libertad, es que me traes loco.

Ella se ruborizó y él la adoró aún más por su inocencia. La tomó de la mano y la acompañó al camarín para que se cambiara.

—Te espero afuera —dijo al cerrar la puerta—, hoy cenaremos solos.

Libertad se desplomó en la silla que había frente al espejo que colgaba de un clavo y se miró. Veía frente a sí a una mujer desolada y dudosa. Sabía desde la razón que debía dejar ir al fantasma de su amor porque él estaba muerto y los muertos no regresaban. Pero algo en su interior le decía que no lo soltara, como si un milagro pudiera traerlo de vuelta.

Unos golpecitos en la puerta le hicieron recordar que tenía que salir. Se cambió de prisa y abandonó el lugar cargando sus pertenencias.

Afuera, un Jean-Louis feliz y prometedor la aguardaba con un ramo de rosas blancas.

—Por tu pureza, *ma chérie*.— Ante tal recibimiento, Libertad no pudo menos que sonreír.

La cena fue en un restaurante cálido y poco concurrido cuya decoración empujaba al romance. Bebieron un exquisito vino de la Borgoña acompañado por carnes en salsa de mostaza y verduras gratinadas. De postre compartieron un pastel de mousse de limón y brindaron con champán.

Jean-Louis la miraba embelesado, se perdía en sus ojos verdosos y en su cuello de cisne. Ella advertía su fascinación y se le mezclaban los sentimientos. Le gustaba saberse bella y deseada pero, por otro lado, el miedo a ceder la empujaba hacia los límites de sus decisiones.

—Libertad —dijo él—, necesito que confíes en mí y me permitas ser algo más en tu vida.

—Jean-Louis, yo... —Tenía que decirle la verdad, no tenía derecho a ocultarle el porqué de sus dudas—. Yo amé a alguien —al decirlo le dolió en el alma hablar en pasado, como si ya no sintiera el amor quemándole las entrañas; decidió corregirse—, amo a alguien.

Los ojos de su compañero pasaron del asombro a la intriga pero calló la pregunta que quería descolgarse de su boca. Algo sabía de su pasado, creía que el novio de Libertad había muerto.

—Es difícil de explicar, Jean-Louis —continuó la joven—, porque él está

muerto—. Al pronunciar las palabras, la garganta se le cerró y sus ojos se aguaron. El hombre estiró su mano y tomó los dedos fríos de la muchacha, dándole ánimos para seguir. Ella esperó unos momentos hasta que se sintió en condiciones de volver a hablar—. Era mi novio y nos amábamos —fijó en él sus bellos ojos gatunos—, pero la vida me lo quitó justo antes de que pudiéramos huir del país. —Jean-Louis estaba al tanto de lo que ocurría en la Argentina pero no creía que la situación estuviera tan difícil e incontrolable—. Lo siento, Jean-Louis, pero creo que nunca amaré a nadie como amo a Wenceslao, aunque solo sea ahora un bello y triste recuerdo.

Pese a la implicancia de su revelación, Jean-Louis se conmovió y entristeció por ella. Le gustaba mucho esa mujer que con solo una sonrisa ponía su mundo de cabeza. No le agradaba ser el segundo de nadie, pero también tenía que comprender que recientemente ella había perdido a su novio; tal vez con el tiempo ese amor de juventud perdiera peso y pudiera amarlo a él con un sentimiento maduro y duradero. Decidió apostar.

Apretó la mano que aún retenían sus dedos y dijo:

—Estoy dispuesto a esperar que cierren tus heridas, Libertad, eres muy importante para mí. Permíteme ser tu hombro para llorar, tu bastón para caminar y tu refugio para descansar.

Había tanta sinceridad en sus palabras y en el modo de decirlas que la joven no pudo controlar su llanto. Jean-Louis se puso de pie, rodeó la mesa y se arrodilló a su lado. Elevó el rostro y murmuró:

—Déjame cuidarte, *ma chérie*.

Ella lo abrazó y terminó de derramar toda su tristeza.

Tiempo después abandonaron el restaurante y caminaron hasta el hotel donde estaban alojados. En tácito acuerdo se dirigieron a la habitación de él. Al cerrar la puerta, Jean-Louis la besó con delicadeza en el cuello que lo había tentado toda la noche. Con lentitud le quitó el saco liviano que llevaba sobre los hombros y comenzó a desabrochar los botones de su camisa. Ella

cerró los ojos y se dejó llevar por los roces de sus pieles.

Jean-Louis admiró en silencio su belleza, tenía miedo de quebrar el hechizo si decía algo. Terminó de desnudarla entre besos y caricias y ella se entregó a su cuerpo.

La cama los recibió tan expectante como ellos mismos. Libertad no quería abrir los ojos, tal vez para menguar la sensación de traicionar la memoria de Wenceslao.

Jean-Louis estaba eufórico pero mantenía a raya su deseo para no asustarla. Le prodigó cariño mientras intentaba seducir su cuerpo adormilado, porque se daba cuenta de que ella estaba tiesa y negada a sentir. Se esforzó lo máximo que le fue posible y cuando ya no aguantó más la excitación la penetró aun sabiendo que ella no alcanzaría el clímax. Libertad lo dejó hacer, con escasa participación excepto por algunos gemidos genuinos.

Cuando el hombre se desplomó sobre su cuerpo, liviano y feliz, ella le acarició la cabeza y dejó que las lágrimas silenciosas corrieran por su mejilla para morir en la almohada.

Jean-Louis se durmió casi de inmediato y la joven tuvo que hacer un gran esfuerzo para moverlo de encima. Una vez en su sitio, se arrebujó entre las sábanas y cayó en el sueño con la culpa grabada en el corazón.

Sin embargo la mañana borró con su sol las angustias de la noche anterior. Al despertar Libertad sintió el abrazo de Jean-Louis, la tibieza de su cuerpo y el latir de su corazón pegado a su espalda. Una extraña sensación de paz la acometió. Cerró los ojos y se prometió darse la oportunidad de ser feliz junto a ese hombre que tenía la paciencia y las ganas necesarias para entenderla.

Cuando él despertó la premió con besos entusiasmados y caricias dulces. Ella se dejó arrastrar por su alegría, parecía un chico con un juguete nuevo, y terminaron haciendo el amor. Esta vez Libertad participó y si bien no pudo alcanzar el orgasmo disfrutó del encuentro. Era el inicio.

El reloj les indicó que debían despegarse de las sábanas, en pocas horas

abordarían un tren con destino a Niza. Habían decidido abandonar el vehículo en el que se trasladaban porque era un viaje largo y el rodado no estaba en las mejores condiciones. De momento lo dejarían en un taller para que al regresar estuviera en óptimas condiciones.

En esos mismos momentos, Wenceslao abordaba un tren con destino a Lyon luego de pasar todo un día en la casa del niño mordido. Su madre, agradecida, no le había permitido partir y lo había premiado con comida y albergue. Fiel a su natural Wen se había postergado por otros, extraños a los que seguramente no volvería a cruzar en el camino de la vida.

Una vez en el tren rogó que fuera su último viaje. Pidió al cielo que pudiera encontrar a su amada y que ella lo recibiera feliz. No sabía por qué pero un extraño presentimiento se le había adherido a la piel como un designio fatal. Por primera vez tenía miedo.

Para él, que sufría por amor, el trayecto era una eternidad; eternidad suspendida en el paisaje que transcurría veloz e indiferente ante sus ojos de cielo. La ansiedad le jugaba malas pasadas, temía lo peor.

Después de tres horas la ciudad de Lyon se desplegó ante su mirada. Había bastante movimiento de gente en la estación, era pleno mediodía.

No se asombró de ver madres persiguiendo a sus niños y hombres apurados en abordar el próximo tren.

Wenceslao descendió casi al final dejando que los demás pasajeros tomaran su equipaje y bajaran. Al hallarse sobre el suelo firme respiró el aire y se dio ánimos. Allí estaba Libertad, tenía que estar allí. No quería seguir recorriendo Europa, persiguiendo un sueño que por momentos temía que se le escabullera entre los dedos.

Caminó hacia la salida guiándose por los carteles. Necesitaba llegar al centro de inmediato y comenzar a preguntar sobre los bailarines de tango. Era una tarea tan titánica como hallar una huella en la orilla del mar.

Con su escaso equipaje y su soledad en la espalda se alejó en dirección a la

entrada principal. A su derecha un tren estaba a punto de partir, el rugido de sus motores anunciaba el viaje. Miró como al descuido, iba lleno. Algo a través de los vidrios captó su atención, un movimiento quizás, un reflejo de otros tiempos. Una mujer, de espaldas a él, acomodaba su equipaje por encima de su asiento. Wenceslao comenzó a sudar. Podría reconocer ese cuerpo y esas maneras en cualquier lado. Su cabello, más largo de lo que él recordaba, era una perfecta cascada que llegaba casi hasta la cintura que él tantas veces había recorrido con su boca. El muchacho quedó sin aire y un leve mareo lo acometió. Reunió fuerzas para gritar su nombre, el tren estaba a punto de partir.

—¡Libertad! —El grito salió ahogado y débil, sin llegar a su destinataria.

En ese mismo momento la mujer giró, todo sucedía en cámara lenta. Un hombre delgado y alto la ayudó a terminar de acomodar el equipaje. Cuando lo hizo la tomó por los hombros y la apretó contra sí. La besó en la boca con ardor mientras los ojos de Wenceslao lloraban furias y dolores y permanecía tieso grabando esa escena en sus retinas para siempre.

Libertad respondió al beso y luego apoyó la cabeza en el hombro masculino en el instante exacto que el tren iniciaba su marcha lenta. Al girar el rostro hacia la ventanilla una figura de pie en el andén captó su atención. Lo reconoció de inmediato, pero el impacto le impidió reaccionar a tiempo.

Hubo un segundo en que sus ojos se encontraron: los de ella sorprendidos, los de él, destilando odio.



CAPÍTULO 31

“Cuando vayan mal las cosas como a veces suelen ir, cuando ofrezca tu camino solo cuestras que subir, cuando tengas mucho haber pero mucho que pagar, y precisas sonreír aun teniendo que llorar, cuando ya el dolor te agobie y no puedas ya sufrir, descansar acaso debes pero nunca desistir.”

RUDYARD KIPLING

Luego de todo un día paseando niños con problemas y ayudando en la cuadra, Naiquen llegó a la cama agotada. Durante la cena apenas prestó atención a lo que Pablo le contaba y casi ni reparó en Mauro, más sombrío que nunca.

El llanto la acometió y no la dejó dormir. Se reprochaba todo lo hecho en su vida, sentía que era mala madre. Su hijo mayor sufría de manera espantosa sus limitaciones y ella ni siquiera le hablaba. Aunque cada palabra que decía parecía caer en el vacío de su manga, donde iba acumulando mudas frustraciones.

Mauro no se comunicaba con el resto del mundo, había aprendido a vestirse y realizar las mínimas necesidades con un solo brazo aunque a veces aceptaba la ayuda de su hermano.

El sentimiento de culpa por no haber aguantado a su esposo tal era su deber, se volvía recurrente en Naiquen. En vez de ello estaba al otro lado del mundo, huyendo de un país que rechazaba con sangre a los propios y de la familia que la había recibido con bondad y amor.

Tenía que ayudar a Mauro y no sabía cómo. No comprendía si su lesión en el brazo también le había ocasionado alguna incapacidad psicológica o del habla. Su hijo era como una pared imposible de trepar. Y para peor ella los había conducido a un país extraño donde apenas comprendían el idioma.

Por lo poco que había entendido en ese primer día de trabajo con los caballos, el señor Mathieu ayudaba a esos niños con dificultades por medio de los animales. Se sentía bruta e inculta porque jamás había escuchado algo así y su entendimiento no alcanzaba esos límites.

Lulú tampoco había podido explicarle bien y la mujer se sentía una tonta. Tal vez era algún método moderno utilizado en Europa, quizás había esperanzas para Mauro. Pero... ¿cómo preguntar? ¿Cómo pedir sin siquiera saber de qué se trataba?

Se durmió con la nariz taponada y los ojos hinchados de tanto llorar. A la mañana siguiente Lulú la interceptó en la cocina mientras preparaba el desayuno.

—Pero... ¿qué pasa Naiquen? ¿Por qué esa angustia? —De a poco se iban comprendiendo con ayuda de los gestos y los ojos.

—Nada...

—¿Cómo nada? Mira qué cara traes. ¿El señor Mathieu...? —se interrumpió al pensar que él podría haberse metido a su cuarto. Lo había escuchado llegar de madrugada y era seguro que venía con alcohol.

—No, no —Naiquen negó con las manos—. Es mi hijo.

—*Ton fils?* —Con gestos le indicó si se refería al que le faltaba un brazo y a la madre se le encogió el alma. Todos reconocían a Mauro por ser el niño manco.

Asintió en silencio mientras las lágrimas rodaban nuevamente por sus mejillas. La otra se aproximó y sintió que esa mujer cargaba sobre su espalda demasiado peso. La abrazó por los hombros y la cobijó como si fuera su hija.

Así las halló Lucien al ingresar a la cocina. Naiquen se sobresaltó y quiso

ocultar su tristeza, pero Lulú no le permitió deshacerse del abrazo y enfrentó al patrón con una mirada de advertencia.

El señor Mathieu lucía sobrio aunque su rostro aún tenía signos de una noche de excesos. Sus ojos estaban rojos y su piel más arrugada de lo habitual.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó sin el menor signo de compasión.

Lulú le explicó ante el gesto de incompreensión de Naiquen, que no sabía qué estaba diciendo esa mujer. A medida que el hombre escuchaba sus rasgos se suavizaron, se llevó una mano a la barbilla y pareció meditar. La doméstica debió sugerir algo porque él vaciló y al cabo de un momento respondió. Lo que dijo alegró a Lulú porque lo tomó de las manos y le agradeció.

Lucien salió de la cocina sin siquiera posar sus ojos en Naiquen y esta sintió una mezcla de sentimientos hacia su empleador. Por momentos creía descubrir en él signos de bondad y en otros lo detestaba por soberbio y egoísta.

—Alégrate —consoló Lulú—, el señor Mathieu accedió a que tu hijo tome las sesiones de hipoterapia. —Al ver el desconcierto en los ojos negros añadió—: Es lo que hacen aquí con los caballos... ayudan a los enfermos. — A todo le agregaba gestos y formas con manos, brazos y rostro, y Naiquen no pudo menos que reír ante el esfuerzo que hacía la doméstica para hacerse entender.

La hipoterapia englobaba todo el trabajo que se realizaba con el caballo, desde el cepillado, baño, comida, monta y paseo, siempre teniendo en cuenta los aspectos médicos, psicológicos, sociales y dando especial importancia a las condiciones físicas del paciente.

—El señor Mathieu tiene todo un equipo para ayudar a los niños.

Naiquen creyó comprender parte de lo que le relataba.

—Pero... ¿lo que hacen aquí es medicina?

Si Lulú comprendió no lo supo, porque la mujer siguió hablando mientras limpiaba verduras para la jornada.

—Por lo que me explicó Janelle, la fisioterapeuta, se aprovechan los movimientos del caballo para estimular los músculos y las articulaciones. Además, el calor y el pelo generan una reacción sensitiva en el jinete. — Naiquen la miraba y captaba algunos significados—. Janelle dice que los caballos transmiten impulsos rítmicos y que estos generan respuestas en los niños.

—¿Va a hacer eso con Mauro? —Mezcla de esperanza y temor adornaba su voz.

—Dijo que sí, se va a ocupar él mismo, al mediodía, entre los turnos.

—¡Oh!

—Tú tranquila, le va a hacer bien a tu niño, ya verás.

Luego de desayunar, Naiquen no supo cuál era su trabajo, si debía ayudar a Lulú o si tenía que ir fuera con los caballos.

La entrada ruidosa del dueño de casa buscándola le disipó las dudas. Cepillo en mano esta vez nadie la ayudó con la tarea que de a poco se convertía de su agrado. El calor de los animales, su serenidad y potencia la hacían olvidar por momentos de todas sus preocupaciones.

Al rato llegaron los autos que traían a los pacientes del turno mañana. Los hermanos Jacques y Gérard ya estaban trabajando desde temprano y a ellos se había sumado una hermosa mujer rubia con cara de ángel. No supo por qué pero le molestó su presencia, como si ella quisiera ser la única en medio de los hombres. De inmediato se arrepintió de sus pensamientos, ella no era vanidosa, tampoco tenía con qué.

La joven la divisó y fue a su encuentro.

—Soy Janelle, la fisioterapeuta —dijo en un español gangoso, arrastrando las letras.

Naiquen se sorprendió con agrado, al fin alguien que hablaba su idioma y

que podría servir de interlocutor.

—Soy Naiquen. —Se estrecharon las manos.

—Me dijo Luc que tienes un niño con problemas. —No estaba preparada para tanta frontalidad.

—Así es...

—¿Qué clase de problemas? Tal vez pueda ayudarlo —ofreció la muchacha con gesto sincero.

—Él... perdió un brazo —iba a decir “en un tiroteo” pero prefirió omitir el detalle—, hace poco y desde ese hecho no habla.

—Ah... ¿y cómo se desenvuelve en sus tareas cotidianas?

—Bastante bien, es orgulloso y no quiere ayuda de nadie. —Al recordar que a veces su hijo aparecía con la ropa torcida o mal abrochada su voz tembló.

—Es normal —sonrió Janelle—, no desea sentirse diferente al resto. Pero el hecho de que no hable supongo se debe a un problema emocional, más propio del licenciado.

—¿Licenciado?

—El psicólogo, viene los viernes.

—¿Podrías explicarme cómo es que un caballo sirve para sanar a los chicos con dificultades?

—No sé si sanar sea la palabra —respondió la francesa—, pero sí ayuda mucho a mejorar la calidad de vida, aumenta la autoestima.

Al ver la expresión de asombro, Janelle continuó:

—El solo hecho de estar sentado sobre el caballo mientras este anda genera movimientos basculares en la pelvis y el jinete debe realizar un ajuste tónico para regular su equilibrio. Estos hermosos animales —continuó señalando hacia los corrales— tienen un andar totalmente distinto al de cualquier otro: de arriba abajo, de izquierda a derecha y de adelante a atrás. Eso provoca que la cintura pélvica y la escapular se disocien. Mejora también la capacidad

respiratoria y regula el ritmo cardíaco.

—¡Es increíble! —acotó Naiquen.

—Pero real —aseguró Janelle—. Hace un tiempo vino una nena que no podía estirar ni los brazos ni las piernas a causa de la rigidez muscular —la argentina sentía que el pecho se le comprimía al imaginar a esa pobre criatura—. No podía usar las manos, se movía poco y en bloque, siempre estaba flexionada.

—¡Oh, qué triste debe haber sido para su madre! ¿Por qué estaba así esa niña?

—Parálisis cerebral y una cirugía negativa. Al principio Renée tenía mucho miedo, ni siquiera quería estar cerca de los caballos, pero Luc logró vencer su resistencia y poco a poco la fue animando. Pasó horas con Renée en brazos dando vueltas en círculo alrededor del ejemplar elegido, ella se debatía y gritaba presa del pánico —una sonrisa de admiración se dibujó en la boca de la fisioterapeuta—, pero él no cesó en sus intentos. Al cabo de unos meses Renée montaba, siempre con Luc, todavía no estaba preparada para hacerlo sola, pero lentamente sus manos empezaron a abrirse y sus piernas a estirarse —los ojos de Naiquen estaban brillantes, debió apretar las mandíbulas para no llorar—. Trabajó mucho con ella, y finalmente nuestra querida muchachita pudo abandonar su silla de ruedas y dar sus primeros pasos con muletas. Ese caso fue para todos nosotros una inyección de esperanza, Naiquen, ¡hubieras visto cómo llegó Renée y cómo avanzó durante el tratamiento!

La morena no podía articular palabra.

—Nos visita de vez en cuando, adora a Luc, tal vez algún día la conozcas.

Lucien las interrumpió con su presencia sombría en esa mañana soleada, pero Janelle supo penetrar en su armadura con una sonrisa que Naiquen odió. ¿Por qué sentía celos de esa mujer que estaba interesada en su niño? “*Debo estar enloqueciendo, Dios ayúdame a encontrar mi eje.*”

Janelle y Mathieu intercambiaron unas palabras, después el hombre se fue para montar con un niño que no podía mantenerse en pie.

—¿Dónde está...?

—Mauro, se llama Mauro.

—¿Por qué no lo buscas y le pedimos que nos ayude con los caballos? Podría comenzar por cepillarlos.

—Eso ya lo hice yo —dijo Naiquen.

—Él no lo sabe. —Su sonrisa angelical le dio a entender lo que quería lograr—. Ve, búscalo.

Al rato sus hijos estaban a su lado. Pablo lucía entusiasmado por los caballos, desde la llegada a esa casa los habían relegado a la cocina y los dormitorios, y la madre les había impuesto estudiar el idioma por sobre todas las cosas.

Al verlos Janelle se acercó y los saludó como si los conociera de siempre. Hizo caso omiso a la manga vacía de Mauro y la madre notó que esa mujercita conocía muy bien su trabajo y cómo tratar a las personas con discapacidades.

Les habló en español, generando empatía en ellos. Les explicó que ese día concurrirían muchos niños enfermos y que para ello era necesario que los caballos estuvieran en condiciones.

—Por eso hay que cepillarlos con esmero, porque a ellos también les hace bien —añadió mientras los llevaba consigo hasta donde habían quedado dos animales amarrados a la espera de sus jinetes especiales.

Naiquen volvió a sus faenas hasta que llegó Cristal para su paseo. Esta vez fue Gérard quien las ayudó a montar y se alejaron al paso.

La mañana transcurrió a su ritmo habitual y el mediodía los reunió en el descanso para almorzar. Pablo lucía contento y relató que había aprendido a “armar” un caballo. Naiquen le explicó que en todo caso se decía ensillar. Mauro seguía ensimismado y ajeno. Ningún signo en él evidenciaba cambio

alguno. Janelle notó la desazón de la madre y apartándola le dijo que era muy pronto.

—Tal vez pasen meses hasta que el niño se recupere. No te angusties, espera a que lo vea el psicólogo.

Lucien almorzó solo en el comedor y el resto lo hizo en la cocina. Faltaba aún para el segundo turno, de costumbre Mathieu se encerraba en su escritorio a revisar documentos o se alejaba a caballo por los campos. Pero ese día irrumpió en los dominios femeninos cuando las mujeres limpiaban los platos.

—*Où est-ce qu'ils sont, les enfants?*

Lulú advirtió la preocupación en los ojos de la madre y la tranquilizó con una mirada.

—En el cuarto —anunció—, iré a buscarlos.

Al quedar solos Naiquen sintió que la cocina empequeñecía ante su presencia. Lucien era un hombre extraño, no podía descifrar si habitaba en él la maldad o escondía una bondad enorme detrás de su seriedad. Sintió que debía agradecerle haberla recibido y ocuparse de su hijo, pero no hallaba la manera de expresarse y que él entendiera.

—*Monsieur Mathieu...* —Su pronunciación espantosa arrancó una sonrisa involuntaria en el hombre, fue solo un instante y su boca se convirtió de nuevo en una línea recta—. *Je vous remercie...* —hizo un gesto de impotencia y no pudo continuar.

Él elevó una mano dándole a entender que no era necesario. Se miraron por primera vez al fondo de los ojos y ambos leyeron la injusticia que los había marcado. Sin quererlo ninguno, un lazo de entendimiento los anudó, aun cuando no hablaban el mismo idioma y apenas podían comprenderse. Había algo que los conectaba más allá de las palabras.

Lucien vio a una mujer sufrida tomando de nuevo las riendas de su vida, con un pasado amarrado por las culpas y un porvenir incierto.

Naiquen vio a un hombre atormentado por la traición y el abandono, marcado por algo que aún no podía descifrar y la desconfianza como faro.

El ingreso de los niños seguidos por Lulú interrumpió el mudo estudio del que ambos eran objeto.

Lucien habló y los pequeños lo siguieron. Naiquen hizo un intento para ir con ellos, pero Lulú la detuvo:

—Déjalos... es mejor que el señor se ocupe. Piensa que tal vez a tus hijos les falte la figura paterna.

Naiquen entendió a medias, se quedó en la cocina y terminaron de limpiar. Después se asomó a la galería y divisó a lo lejos las tres figuras que estaban con un caballo en uno de los corrales. Un nudo en la garganta le dificultó la respiración y dio rienda suelta al llanto que tenía acumulado.

Se sentó en el banco y pensó en su familia, en su madre, tan lejos y tan ajena a lo que estaba ocurriendo. ¿Sabría lo que le había pasado a su nieto? ¿Tendría conocimiento de dónde estaban? La imaginó sola en su casita del sur y el corazón gimió. Recordó a su prima Lihuén y la mente la llevó de inmediato a su hijo, Nehuén. Evocó a su sobrino segundo con cariño y pensó que había sido todo una locura. La Argentina toda estaba desquiciada, aún no admitía que habían tenido que salir huyendo cual delincuentes, que el novio de Libertad había sido asesinado y ellas formaban parte de una lista negra.

Pensando en todo ello no se dio cuenta de que Lucien la miraba recostado sobre una de las columnas. Se puso de pie de inmediato, como si estuviera en falta, pero él la detuvo con un gesto de la mano.

—A tus hijos les gustan los caballos —dijo—, tienen permiso para usarlos cuando quieran.

Ella asintió como si entendiera y se dijo que necesariamente tenía que aprender el francés. Ese mismo día comenzaría, se sentía una tonta cada vez que él le hablaba.

El hombre la dejó sola y recibió a los chicos. Pablo le contó todo lo que le

había enseñado el dueño de casa, desde colocar el cabezal hasta sujetar la montura.

—Me cuesta un poco por mi altura, mamá, pero puedo usar un banquito, del que usan los otros chicos para subirse.

—Muy bien, qué alegría me das. ¿Y vos, Mauro? —ella continuaba hablándole aunque él no respondiera.

Su hijo mayor se había sentado a su lado y mantenía la vista en el horizonte.

—Mauro también aprendió, mamá, aunque no quiso practicar —dijo Pablo, que en los últimos días se había convertido en su intérprete.

La llegada de los pacientes del turno tarde interrumpió la charla.

—Vamos a recibirlos —dijo la madre—. Tal vez puedan ayudar. —Quería que Mauro viera que había personas con mayores dificultades que las suyas, niños que jamás abandonarían la silla de ruedas o el auxilio de sus padres, personitas marcadas con discapacidades irreversibles que los condenaban para siempre.

El día se les pasó en un suspiro de ayuda a los más necesitados. Luego de la cena los chicos se acostaron, y cuando terminaron de limpiar los trastos y Lulú se retiró a descansar, Naiquen llevó a la cocina los cuadernos y libros que le había dado Milagros para aprender el idioma.

Se preparó un café, extrañaba el mate de su tierra natal, pero allí no había yerba ni bombillas. Lamentó no poder conseguir nada que la acercara a sus costumbres, tendría que adaptarse.

El señor Mathieu había salido luego de cenar, como hacía todas las noches. Nadie sabía a dónde iba ni cómo aguantaba el ritmo del día siguiente, porque volvía cerca de las tres de la mañana, la mayoría de las veces con alcohol en la sangre. Pero a las siete ya estaba en pie, firme y fuerte como un toro.

Naiquen empezó a leer y a escribir palabras y sus significados, fonética y frases usuales. En voz baja las repetía con la intención de grabar su sonido,

de acostumbrarse a la dicción pastosa y cerrada del francés. Le gustaba oírlo en boca de otros pero en sus labios sonaba atroz. Pero no cejaría. Era imperioso que aprendiera. Tal vez su reticencia tenía que ver con no arraigarse, con la esperanza de poder volver pronto a su país, de departir con los suyos en su lengua.

El día anterior había escrito en su diario: *“Me resisto a este nuevo idioma, a dejar mi lengua materna que es la única auténtica y capaz de expresar lo que siento. Todo me lo despojaron violentamente, lo peor, el brazo de mi hijo. No quiero que también me quiten mi voz. Aunque reconozco que no puedo seguir señalando con el dedo repitiendo “ça”. Me molesta la cara del señor Mathieu cuando escucha mi horrible pronunciación en las pocas palabras que sé, me produce antipatía, yo no elegí estar acá”*.

Por momentos el estudio se le hacía insoportable, se le mezclaban las palabras y sus representaciones, necesitaba que alguien la ayudara pero no había nadie que hablara español, excepto Janelle, y no tenía la suficiente confianza con ella para pedírselo.

Se sirvió el tercer café de la noche y continuó escribiendo hasta que el sueño la venció y quedó con la cabeza apoyada sobre las letras. No escuchó cuando Lucien ingresó. El hombre venía de su ronda en el bar y al ver luz en la cocina fue a ver qué pasaba. No estaba ebrio esta vez aunque sí algo encopado.

La imagen de la mujer durmiendo sobre la mesa, con sus cabellos negros alborotados hacia un lado, dejando libre la piel de su cuello, la mano inerte de la cual había resbalado el lápiz y sus labios entreabiertos, le recordaron el día en que la halló en su cama.

Una puntada se evidenció en su ingle y sacudió los restos de alcohol. No quería nada con esa mujer ni con ninguna. Cuando necesitaba sexo sabía dónde buscarlo. No confiaba en las mujeres, después de la traición de Sophie y de su hermano sentía que ellas solo buscaban un bolsillo abultado y una

cara atractiva. No era su caso, no tenía ni lo uno ni lo otro, aunque dinero no le faltase a causa de su exclusivo sacrificio.

Se acercó a ver qué leía Naiquen y descubrió clases de francés, frases simples y cotidianas, palabras de uso diario y demás. De alguna manera se enorgulleció de ella. No sabía nada de su historia pero podía presumir su pasado de infortunios.

Con sigilo se agachó y la tomó en brazos apoyándola contra su pecho. Ella murmuró algo en su inconsciencia y se dejó abrazar. Había sido una extensa jornada de trabajo desde temprano, el esfuerzo físico al aire libre y luego las horas de lectura la habían dejado rendida.

Con su carga inerte Lucien se dirigió hacia el cuarto de la mujer cuya puerta estaba abierta. Ingresó y vio que la cama estaba cubierta de cosas: un libro y varias pilas de ropa perfectamente doblaba. Algunas eran de ella y otras de los niños. No había espacio donde acostarla y tampoco tenía la posibilidad, con ella en brazos, de quitar las prendas.

Maldijo en silencio su mala fortuna y caminó hacia su propia habitación. Los otros cuartos no estaban en condiciones y estaba cansado, para él también había sido un día largo. El alcohol bebido lo empujaba al descanso.

Sin importarle las protestas que recibiría al día siguiente depositó a Naiquen sobre su lecho, le quitó los zapatos con sigilo y la cubrió con una manta. Ella suspiró y se acomodó para continuar su sueño. Después se quitó la ropa y se acostó procurando no despertarla.

Se durmió de inmediato, olvidando a la mujer que respiraba cerca de él. Pero la noche y sus deseos fueron más fuertes que la voluntad. Ninguno supo quién se acercó a quién, lo cierto fue que entre fantasías y realidades, ella soñando con ese amor anhelado que nunca tuvo, y él evidenciando sus necesidades carnales, terminaron besándose.

Naiquen abrió los ojos y advirtió que nada era sueño sino que había un hombre de carne y hueso buceando con su lengua en su boca. Se sorprendió

de estar abrazándolo ella también y de haber enlazado sus piernas a las masculinas. Sintió el calor que los quemaba y la pasión que urgía sus cuerpos a entregarse. Quiso poner fin a esa locura pero su deseo se impuso. No podía entender por qué sus brazos se cerraban en torno al cuello de Lucien ni por qué su boca buscaba sus labios con la misma ansiedad que la masculina.

En un respiro alcanzó a decir:

—¡No! ¡Basta! —Pero faltaba firmeza a su pedido, todo el cuerpo le pedía otra cosa.

Lucien bajó con su boca hasta su cuello y chupó su piel en el nacimiento de sus senos mientras sus dedos acariciaban sus pezones.

—¡No, no! —repitió intentando quitárselo de encima.

Él advirtió su negativa y se detuvo. En la penumbra del cuarto sus ojos se hallaron. Había miedo en los de ella, pasión en los de él.

—¿Qué hago acá? ¿Por qué? ¿Por qué? —preguntó Naiquen.

Él le explicó de manera simple lo ocurrido, logrando que ella entendiera.

—Lo siento —dijo el hombre.

Ella llevó las manos al rostro, sentía vergüenza. No podía explicarle nada, no podía manifestarse, pero le hubiera gustado hacerle entender que no era una cualquiera aunque su conducta no fuera la adecuada para una mujer. Se reprochó a sí misma el porqué de sus reacciones, nunca había experimentado en la piel ese deseo que él le generaba. Nunca le había ocurrido algo similar, ni siquiera con su marido. Con él solo había cumplido sus deberes de esposa pero jamás había tiritado de excitación.

Él la observaba y no lograba descifrar qué le ocurría a esa desconocida que había llegado a su vida. Quería desentrañar si era una buena actriz que pretendía embaucarlo para no tener necesidad de salir cada tres meses del país y acceder al servicio de salud, o si verdaderamente era una dama que sufría el exilio y el desamparo.

La vio dejar la cama y acomodarse la decencia antes de salir del cuarto sin

mirarlo.



CAPÍTULO 32

“Están en algún sitio / concertados Desconcertados / sordos Buscándose / buscándonos...”

MARIO BENEDETTI, “Desaparecidos”

Al quedar solo en el andén mientras el tren se alejaba Wenceslao sintió que su corazón se partía en tantos pedazos como estrellas tenía el cielo. La angustia se mezcló con la bronca de saberse traicionado y no hubo espacio para la reflexión. No meditó por un instante que Libertad lo creía muerto y de haberlo hecho tampoco la hubiera justificado: su cadáver aún estaba tibio.

Quedó allí, de pie, mirando la nada y dejando que sus lágrimas barrieran con todos los restos de ese falso amor que lo había desgraciado. No quería conservar en su interior nada que tuviera que ver con Libertad, ni siquiera los recuerdos de los días más felices. Ella lo había matado por segunda vez.

Cuando pudo reaccionar se dirigió tambaleante hacia uno de los bancos y se sentó. Apoyó la cabeza y cerró los ojos. No tenía nada. Su vida era una serie de fotos viejas en los resquicios de su memoria, su pasado un rompecabezas que debía desarmar para jamás volver a unir las fichas resquebrajadas por la infidelidad.

No tenía familia, ni amigos, ni trabajo, solo algo de dinero. Quiso estar muerto, quiso que los militares hubieran podido cumplir con su cometido de borrarlo de la faz de la tierra. Nada en su existir tenía sentido ya. Lejos de todo y de todos, en un país que le era ajeno, Wenceslao bajó los brazos.

En el tren que implacable seguía su rumbo, Libertad se desprendió del

abrazo de Jean-Louis y se acercó a las ventanillas. El hombre la miró sin comprender el porqué de su arrebato y la siguió cuando sus pasos apurados la llevaron casi corriendo hacia los últimos vagones pretendiendo acercarse a la ciudad que dejaban atrás.

—¡Detengan el tren! —gritaba la muchacha presa de un llanto nervioso e histérico—. ¡Deténganlo ya! —Pero sus gritos eran acallados por los motores y el chirriar de los fierros.

A Libertad no le importaron los ojos curiosos que la seguían en su carrera, ni las voces susurradas tildándola de loca. Tampoco le dio importancia a Jean-Louis que se esforzaba por entender qué ocurría.

Cuando llegó al final y ya no pudo avanzar, la derrota la empujó hacia el suelo y terminó llorando apoyada sobre el lateral. Su cabeza hundida entre sus rodillas y sus manos apretando sus sienes no lograban apagar el gemido desconsolado que brotaba de todo su ser.

Jean-Louis supo que debía dejarla desahogarse antes de intervenir. Algo grave que había escapado a su mirada debía haber pasado para que estuviera en ese estado de desquicio. Se sentó a su lado y esperó.

Cuando Libertad levantó los ojos el llanto había desaparecido y un brillo especial alumbraba su mirada. Primero había llorado de desesperación por no poder descender de ese tren que continuaba alejándola del ser amado. Luego lo había hecho de alegría, de euforia, de nervios y miedo, porque aun cuando de momento no pudiera estar junto a Wenceslao, su corazón no se había equivocado: él estaba vivo.

Si bien cambiado, mucho más delgado y con el pelo distinto, era él. Sus ojos se habían encontrado, jamás confundiría su mirar. Era él y la estaba buscando. No podía hacer otra cosa al otro lado de su mundo. Se enorgulleció de su amor y al instante decayó: él había presenciado el beso y la última visión que tuvo fue su mirada de odio.

—*Ma chérie...* —Jean-Louis interrumpió sus pensamientos—, ¿puedes

explicarme qué pasa?

Ella lo miró sin verlo y él supo de inmediato que la había perdido, que en verdad jamás la había tenido.

—¿Qué pasa? —repitió con voz tenue.

Ella sonrió desde su estado indescifrable. Parecía una niña, la cara lavada, sin restos de maquillaje, los ojos brillantes, la boca roja y un halo de renovada inocencia vistiéndola.

—Wenceslao está vivo. —Jean-Louis vio desvanecerse con sus palabras la última esperanza de tenerla para sí.

—Pero... ¿qué dices? Tú dijiste que... —Egoístamente el hombre buscaba un resquicio de duda.

—Estaba en la estación, Jean-Louis, en Lyon.

—¿Estás segura? Mira, Libertad, tal vez tu ansiedad...

—¡No! —Lo miró de frente y lo traspasó con sus ojazos verdes más elocuentes que nunca—. ¿Acaso creés que estoy loca? ¿O que no reconocería al amor de mi vida?

Jean-Louis tragó su orgullo.

—No dije eso, Libertad, no te pongas así... —pidió intentando serenarla, la chica estaba muy excitada.

—No me creés...

—Sí te creo.

—Entonces ayudame a bajar de este tren y volver a Lyon. —Ya no había reproche en su mirada sino súplica.

—¡No puedo hacer eso Libertad! —respondió entre risas nerviosas que murieron ante su mudo reproche. Le tomó las manos e intentó sosegarla—. Escucha, *ma chérie*, no puedo detener el tren, y tú lo sabes. Pero te prometo que ni bien llegemos a destino emprenderemos la vuelta.

—¿Harías eso por mí? —inquirió emocionada.

—Claro que sí, tú vales mucho más que cualquier obligación. —Era su

última carta, demostrarle que realmente estaba interesado en ella. Jugaría limpio pero intentaría por todos los medios que esa mujer no se le escapara.

Libertad cayó en la realidad de los compromisos asumidos. Tenían contratado el espectáculo en la costa Azul. Pero ella no tenía la más mínima duda: fallaría a todo lo previamente acordado, su única fidelidad y razón de ser en ese momento y para siempre era reunirse con Wenceslao.

Jean-Louis se puso de pie y extendió la mano para ayudarla a incorporarse. Ella la tomó y juntos volvieron a sus asientos bajo las miradas de compasión de los demás pasajeros.

Cuando Wenceslao logró salir del trance era de noche. El hambre le recordó que su cuerpo estaba vivo aunque se corazón su resistiera a latir. Tenía que comer.

Buscó un sitio y llegó hasta un bar de esos que rodean las estaciones en todo el mundo. Pidió el menú y eligió lo primero de la lista. No le importaba sentir, estaba anestesiado para los sabores que la vida ponía a su disposición.

Comió ajeno al entorno y cuando sació su vacío volvió a los andenes. Sus ojos ensombrecidos por la traición buscaron los horarios del próximo tren a París. Volvería a la ciudad luz y empezaría su vida de nuevo, como tantos otros exiliados. No estaba en sus planes contactarse con militantes de la resistencia, no deseaba nada que lo vinculara con el pasado. Olvidaría a la mujer que alguna vez había amado y recomenzaría una nueva etapa. Hasta que pudiera volver a su lugar, a esa Argentina que le dolía en las venas, a esa Argentina que gritaba en los calabozos y aullaba en los túneles, que se desangraba en el anonimato y moría en fosas comunes y vuelos nocturnos.

En su bolso guardaba su pasado, apenas algunos recuerdos y dos casetes con la música prohibida. Ninguna foto, por las dudas, nada que lo relacionara con los que habían quedado atrás. Solo el folleto doblado en su bolsillo donde

podía verse a Libertad. La otra mitad, la que él había cortado, pertenecía a ese hombre que ahora reconocía como su pareja. Miró su bello rostro por última vez antes de romperlo en mil pedazos.

Aún faltaban dos horas para el próximo tren a París, horas que dedicó a sacarse de la piel los vestigios de Libertad.

Cuando finalmente pudo abordar se acomodó y durmió todo el viaje. Necesitaba reponer fuerzas para emprender la búsqueda de un sitio donde vivir. Nuevos bríos que reconocía falsos lo impulsaban a avanzar.

Al llegar a la ciudad luz el amanecer lo recibió nublado. Las pocas luminarias se iban apagando y la vida citadina resurgía.

Con el bolso en la espalda curvada por la decepción caminó sin rumbo llenándose del aire parisino. Sus pies lo llevarían al destino que sabía lo estaba esperando en algún lado en esa ciudad maravillosa que lo recibía con los brazos abiertos para un nuevo escenario donde representar su obra de vida.

Se alojó en un hotel de poca monta ubicado cerca del barrio latino y durmió el resto del día. Estaba exhausto física y emocionalmente. Se debía un buen descanso antes de comenzar de cero. Tenía la ventaja de conocer el idioma y contar con un título universitario. No había solicitado el asilo político porque en el fondo tenía la esperanza de volver a la Argentina con Libertad. En ese momento se arrepintió: no quería pisar jamás las calles que había transitado junto a ella.

Al día siguiente, con energía renovada, salió a buscar su destino. No hizo falta recorrer demasiado para encontrarse con otros exiliados argentinos.

Muchos de ellos se reunían los viernes en la parrilla que tenían los uruguayos en la rue de Nanteuil, en el *XV arrondissement* en la planta baja de los locales donde funcionaban desde hacía diez años unas treinta organizaciones de ayuda al Tercer Mundo y a los pueblos oprimidos, donde luego del asado había guitarreada. Otros se reunían martes por medio en un

restaurante de la Place Clichy o una vez al mes en una cantina italiana de la Bastille. Había muchos grupos de compatriotas.

Todos compartían las carencias afectivas y el desarraigo, la mayoría había huido sola, lo cual invitaba a largas charlas cargadas de emociones e historias espeluznantes.

Los primeros vínculos entre los exiliados se constituían sobre la base de las afinidades políticas del país de origen, aunque no faltaban las discordias por el mismo tema debido a la terquedad de los argentinos en cuanto a política y fútbol.

La generosidad y solidaridad eran platos corrientes en las mesas y los recién llegados no se sentían tan abandonados.

Wenceslao cenó la primera noche con un marplatense que había escapado de las garras de la dictadura después de presenciar el asesinato de sus padres y hermanos. Se había salvado de milagro esa fatal madrugada y había partido de inmediato hacia Brasil.

—Me estaba afianzando en San Pablo —explicó Manuel—, cuando tuve que escapar de nuevo debido a la “Operación Cóndor”.

La “Operación Cóndor” fue un plan de inteligencia diseñado y coordinado por los servicios de seguridad de las dictaduras de Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay, en colaboración con la CIA de Estados Unidos, para aniquilar a la izquierda opositora durante la década de 1970. Su accionar era secreto e incluía vigilancia, detención, tortura, traslado entre países y hasta desaparición o muerte.

—¿Y estamos seguros acá? —quiso saber Wenceslao.

—No tanto, siempre es bueno estar alerta —dijo Manuel mientras comía su bife—, hay agentes de la SIDE en la embajada, porque creen que aquí, en París, anida el centro nervioso de la guerrilla que afecta al país. —Acompañó sus palabras con un gesto de ironía—. Acá solo quedamos sobrevivientes.

—¿Cuánto hace que estás en Francia? —quiso saber Wen a la vez que

disfrutaba de un succulento plato de pastas.

—Apenas seis meses, pero al menos conseguí trabajo traduciendo textos. —Bebió de su copa antes de decir—: Ante la gran cantidad de denuncias sobre los desaparecidos que llegaban a la Argentina desde el exterior, la Junta —refiriéndose a la Junta Militar encabezada por Jorge Rafael Videla—, para disminuir la presión internacional y contrarrestar las acusaciones, decidió crear una nueva oficina de espionaje con sede en París —ante la revelación, Wenceslao abrió los ojos con intriga— que funciona bajo la órbita de la Embajada Argentina.

—¡No lo puedo creer! —dijo el recién llegado.

—Creelo. Ellos —haciendo alusión a los militares— hablan de una campaña “antiargentina” en relación a los reclamos de justicia, y por eso crearon este Centro Piloto. Massera advirtió la importancia estratégica de esta agencia de inteligencia y mandó a sus mejores hombres de los Grupos de Tareas de la ESMA, entre ellos Alfredo Astiz, que se infiltró en uno de los grupos de exiliados bajo el nombre de Alberto Escudero.

El capitán de fragata Alfredo Astiz, conocido como el Ángel de la Muerte, había formado parte de la división encargada de hacer desaparecer al grupo de derechos humanos que se reunía en la iglesia Santa Cruz, en gran medida por su alta exposición como infiltrado. En dicho operativo se secuestró y detuvo en forma clandestina al grupo del cual formaban parte las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet; todos fueron torturados y arrojados al mar en un vuelo de la muerte.

—Su misión era infiltrarse en el Comité Argentino de Informaciones y Solidaridad, para ganarse la confianza de los que nos reuníamos allá. Hace poco una chica que estuvo detenida en la ESMA lo reconoció en una marcha —continuó Manuel— y lo denunció. Pero el hijo de puta pudo escapar.

Wenceslao asistía incrédulo a todo cuanto oía. Parecía que la pesadilla no acabaría jamás ni aun cruzando los mares y continentes. El brazo de la

dictadura trascendía todas las fronteras.

—Los del Centro Piloto trabajan, si puede decirse que eso sea trabajar, infiltrando gente en los organismos de derechos humanos y realizando espionaje sobre los exiliados argentinos. —Por un instante Wenceslao se preguntó si Manuel sería uno de ellos, de repente la desconfianza le rozó la piel—. ¿Qué te pasa? —preguntó su compañero—. Te pusiste pálido de pronto.

—No es nada, me debe haber bajado la presión.

—Tranquilo, hermano —dijo Manuel—, no soy uno de ellos. Puedo ayudarte a conseguir trabajo si querés —ofreció.

—Por supuesto, lo necesito.

Así, dos días después, Wenceslao estaba traduciendo textos para la misma empresa donde trabajaba Manuel. De momento no tenía intenciones de averiguar para revalidar su título, su mente solo estaba apta para satisfacer sus necesidades básicas: comer y dormir.



CAPÍTULO 33

“Envejecer es como escalar una gran montaña: mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada es más libre, la vista más amplia y serena.”

INGMAR BERGMAN

Argentina, diciembre 1978

Aime planificaba la cena de la próxima Navidad, Navidad que estaba desprovista de la magia y el entusiasmo de años anteriores. La familia estaba desmembrada, reducida a tres gatos locos que sobrevivían como podían al exilio del resto.

Vicente, cada vez más achacoso y lejano, no sabía bien en qué día vivía y Aime se preparaba para su viaje final. Sabía que tendría que enterrar a su segundo marido, al parecer ese era su destino: sobrevivir a todos los que amaba. Su vida estaba marcada por las pérdidas de aquellos a quienes había querido: Stein, su madre, Fermina, su hermana Fresia... Al menos sus hijas estaban vivas.

Pensó en Milagros, tan lejos, y deseó traerla con el pensamiento para que su padre se despidiera de ella. Recordó a su sobrina Naiquen y rogó que se sintiera fuerte para sostener a su hijo discapacitado de por vida.

Repasó su pasado y llegó a la conclusión de que era como una novela, un drama sin final feliz. No se quejaba, pese a todo su balance era positivo, sin

embargo sentía que en la curva final el camino se había vuelto escarpado e incierto. No podía ver qué la esperaba al límite del sendero pero presentía que aún habría infortunios.

Se sabía fuerte, había superado todas las pruebas, ahora solo le quedaba esperar.

Lihuén llegó con el encargo de las compras y se sentaron juntas a tomar mate a la luz de la ventana por donde el sol del mediodía dejaba filtrar su calor.

—¡Qué lindos están los cactus, mamá! —En los últimos tiempos Aime se había obsesionado por las plantas y dedicaba gran cantidad de horas a los canteros y macetas.

—A veces los hombres se dejan llevar por la belleza externa o lo mundano —comenzó Aime— y optan por lo más bello, lo que más brilla o lo que más vale.

Lihuén la miró y temió que su madre estuviera desvariando como solía suceder con Vicente. El gesto de incertidumbre generó una sonrisa de la mayor.

—No te asustes hija, estoy bien —le acarició la mano—. Solo quiero explicarte que a veces elegimos mal. Las flores, por ejemplo, nos deslumbran con sus colores y su perfume, pero a los pocos días se marchitan y mueren. En cambio el cactus, sin importar el tiempo o el clima, seguirá igual, verde y con sus espinas, pero un día dará la flor más hermosa que jamás hayas visto.

—Ay, mamá, ¡te estás poniendo vieja! —bromeó Lihuén, tratando de menguar un poco la melancolía que veía en los ojos de su madre.

Esa noche Lihuén dijo a su marido:

—Mamá está preocupada por tu papá, está cada día más ausente.

—Lo sé —respondió Santiago mientras yacían en la cama momentos antes de dormir—. Le voy a pedir a Nehuén que lo vea.

—Sí, tal vez le hagan falta algunas vitaminas. ¿Cómo te fue hoy en el

trabajo?

—Hay mucha preocupación, temen una guerra.

—¿Una guerra? ¿Por las islas? —Lihuén se incorporó a medias, buscando en su rostro alguna señal de broma.

La Argentina había atacado el laudo arbitral de 1977, que había otorgado aguas navegables en el canal de Beagle a Chile y la Argentina y la mayor parte de las islas y derechos oceánicos a Chile, declarándolo nulo.

—Se filtró información de que las Fuerzas Armadas tienen un plan secreto para cortar Chile en varias partes por medio de una invasión —contó a su mujer.

—Pero... eso es una locura —concordó Lihuén—. ¿Vos creés que lo hagan realmente?

—No lo sé, mi amor, estamos gobernados por un grupo de dementes.

Las Fuerzas Armadas estaban realizando maniobras militares y simulacros de batallas a lo largo de la frontera. Y Gendarmería Nacional había cerrado varias veces el paso a Chile, impidiendo el libre tráfico de productos con Brasil.

El país entero olía a guerra.

Al día siguiente Santiago fue al hospital donde trabajaba su hijo para pedirle que revisara de nuevo a Vicente.

—Hoy mismo iré, papá —prometió el joven, que lucía cansado luego de toda una noche de guardia—. Pero no creo que haya mucho que pueda hacer, lo vi la semana pasada. Solo tiene vejez y todo lo que ello implica.

—Lo sé... —sus ojos verdes estaban opacos—, sé que en algún momento se irá, pero me cuesta asumirlo.

Nehuén lo abrazó y prometió llevarle algunas vitaminas para que tuviera más energía.

—¿Vas a cenar con nosotros en Nochebuena?

—Lo dudo... una compañera me pidió un cambio de guardia.

—Pero... —protestó el padre.

—Sé lo que vas a decirme, pero ella tiene marido e hijos, ¿cómo podría negarme a que festeje con su familia?

Santiago sonrió, la bondad de su hijo no tenía límites. Pensó en que ya era tiempo que trajera una novia pero en eso Nehuén era muy reservado. Jamás se le habría ocurrido pensar que estuviera enamorado de su tía segunda.

La cena de Nochebuena fue silenciosa. A la mesa solo estaban Aime, Vicente, Lihuén y Santiago. Lynette había decidido reunirse con amigos y Nehuén, tal como lo había anticipado, tenía guardia en el hospital. Iría al mediodía para almorzar con sus abuelos y celebrar la Navidad.

Comieron como un día más pero con un menú más esmerado aunque no desprovisto de los cuidados necesarios para la dieta de Vicente. A las doce brindaron por los ausentes e intercambiaron abrazos y regalos.

Esa fue la última Navidad de Vicente, quien abandonó la tierra durante un sueño tranquilo al lado de su mujer.

Al amanecer Aime lo despidió a solas, hablándole como lo hacía todas las mañanas. Acarició sus manos con las que tantas veces él la había premiado, besó su boca, esa boca que la había amado sin reservas, y lloró sobre su pecho todas las lágrimas que aún guardaba en su interior.

Dio gracias al cielo haber tenido durante tantos años a ese compañero de hierro, noble y bueno, que la había rescatado de la tristeza y la falta de ilusiones en los años jóvenes de su reciente viudez. Con él había tenido una vida feliz y una hija. Pese a su reticencia y sus errores, sus hijos se habían enamorado y les habían dado nietos. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Aime sentía que ya podía irse ella también, que había cumplido su misión en la tierra.

Al día siguiente Nehuén encontró a su abuelo perfectamente vestido de domingo, como si se preparara para una fiesta. Aime lo había arreglado con estoicismo, sola y sin avisar a nadie. Quería que lo vieran bien, atildado y

apuesto, como había sido en sus años mozos.

El nieto dio aviso al resto y entre todos organizaron el velatorio.

No había un día en que Lito Napolitano no pensara en Naiquen Battistelli. Todo el tema del conflicto en el sur lo había distraído de su búsqueda, sumado a que su esposa había enfermado y él tuvo que permanecer más tiempo en la casa, compartiendo su cuidado y el de la niña con una señora que había contratado.

Felicia cada día estaba más linda y el padre le consentía todos los gustos y caprichos que a su edad podía tener, aunque le preocupaba que aún no caminara.

La vida familiar le era agradable pero no podía alcanzar la paz interior, sabía que tenía pendiente su venganza, debía borrar a la familia de Abel Battistelli, el hombre que había arruinado su infancia y asesinado a su padre.

Cuando una idea cobró forma en su mente, otro episodio demoró su partida hacia nuevos rumbos: debía ocuparse de una exdiplomática que había sido alejada de la Embajada en París porque venía causando problemas y ya no servía a los intereses del gobierno.

Pasados unos días y cumplido el encargo, Lito Napolitano pudo retomar sus actividades y dedicó los últimos días del año para buscar a su presa: Naiquen. Si la maldecida estaba en la ciudad seguramente se reuniría con su familia, nadie tenía tanta fortaleza como para pasar la Navidad en soledad.

Después de los festejos Naiquen no dio señales de vida, ni siquiera estuvo presente en el velatorio de su tío. Napolitano empezó a extender su red de búsqueda, puso todo su empeño y contactos a disposición de su objetivo. Mintió diciendo que la mujer era cabecilla de una banda, que su liderazgo abarcaba distintas provincias y sectores, pero no halló nada.

Entonces llegó a la conclusión de que Naiquen Battistelli había huido del

país. Seguramente lo había hecho junto a su pariente, que figuraba en una lista y también faltaba del hogar. Esa idea fue tomando forma creciendo como un cáncer y su obsesión por vengar su infancia lo llevó a ofrecerse para ir al exterior en busca de subversivos.

La “Operación Cóndor” había corrido de Brasil a los exiliados que habían buscado refugio en el mismo continente, por eso se propuso para ir a Francia. De paso llevaría a su esposa a París, María merecía un cambio de aire, conocer la famosa torre y transitar los puentes tan bonitos que se veían en las fotos. Sí, su intuición le gritaba en odios que su presa estaba en Francia. Y la baja de Astiz tiempo atrás era una buena excusa.

Poco tiempo duraron los preparativos, en menos de veinte días tenían la documentación en regla y alojamiento en uno de los mejores barrios de la ciudad luz. María no entendía bien qué ocurría y por qué ese repentino destino de su esposo, pero como era habitual, no preguntó y se ocupó de preparar las valijas.

—No lleves demasiadas cosas —ordenó Napolitano con una sonrisa— te voy a comprar ropa en las mejores tiendas de París.

Ella agradeció, como siempre, y lo obedeció sin cuestionar.



CAPÍTULO 34

Campaña francesa

Había pasado una semana desde que Naiquen despertó esa noche en la cama de Lucien y la vida en el campo parecía encaminarse. Su comprensión del idioma iba en aumento aunque aún le costaba pronunciar bien. De todas formas todos entendían lo que quería decir y Naiquen aprovechaba para practicar con Cristal, con quien iba estrechando vínculos en cada jornada de terapia. También con Janelle, quien se había convertido en algo similar a la amiga que nunca había tenido.

Pese a que el señor Mathieu se ocupaba casi todos los mediodías de tener un rato con Mauro para la hipoterapia todavía no había logrado que el niño subiera a un caballo y menos que se dignara a decir palabra, aunque el hombre intuía que era por decisión propia del pequeño.

Pablo lucía contento y había generado trato con los demás chicos que concurrían al lugar, mostrándose solidario y con actitud comprometida. Aprovechaba cada momento luego de sus clases de francés, que Naiquen vigilaba con ojo de águila, para acercarse a los corrales y picaderos. Cuando finalizaba los ejercicios que Janelle les preparaba con paciencia y esmero, corría a los establos y cepillo en mano acariciaba a los caballos entre vuelta y vuelta.

Mauro en cambio solo salía cuando el dueño de casa le hacía una seña y lo

obligaba a abandonar el refugio de la cocina.

El licenciado en psicología había intentado entrevistarlo pero el niño permanecía hermético ante su presencia. El profesional dijo que sería muy difícil abordarlo si persistía en dicha actitud. Aconsejó esperar un tiempo más teniendo en cuenta lo reciente del accidente, que Naiquen tuvo que relatar de cabo a rabo, y apuntar a la terapia con los caballos de la manera en que el pequeño accediera.

—Que se ocupe de cepillarlos es un avance —dijo—, demuestra un mínimo de interés.

La madre no quedó conforme con la respuesta pero reconoció que si ella misma se sentía impotente poco podía obtener el psicólogo.

También la preocupaba que los chicos no preguntaran por su padre, no parecían extrañarlo y eso tampoco era normal. Nada era normal en sus vidas y de nuevo la culpa la doblaba en dos.

Faltaban tres días para la Navidad y la única que parecía haberlo advertido era Lulú, quien empezó a bombardear al señor Mathieu para que le trajera los víveres que necesitaba para la cena y el almuerzo.

—Siempre damos un regalo a los niños —explicó a Naiquen—, pero este año el señor parece haberlo olvidado.

Esa misma tarde Lucien dispuso que luego de las terapias fueran a la ciudad a hacer las compras, pero Lulú alegó que tenía aún muchas cosas que preparar y propuso que fuera con Naiquen. En parte lo hizo para que la mujer se despejara un poco recorriendo la ciudad medieval y los niños visitaran el mercadito navideño que se armaba en la plaza de la Liberación, frente al Palacio de los Duques.

Apartándolo antes de que se fueran, Lulú le pidió al señor Mathieu que llevara a los pequeños a conocer el lugar, apelando a su bonhomía y aprovechando lo especial de la fecha.

Naiquen accedió, incómoda de compartir con él esa tarde. Luego de los

besos intercambiados aquella noche trataba de evitarlo; aunque trabajasen con los discapacitados y los caballos todos los días nunca estaban a solas.

El viaje con sus hijos le generaba malestar, no eran una familia más en su paseo navideño. Pese a ello no pudo negarse y tomó el papel que le entregó Lulú con la lista de cosas que tenían que comprar. Pablo estaba contento de ir a la ciudad, en contrapartida, Mauro se dejó ver sombrío como de costumbre. Lucien no demostraba emociones ni evidenciaba estado anímico alguno lo cual molestó a Naiquen. “*¿Qué le pasa a este hombre?*”, reflexionó mientras verificaba que sus hijos estuvieran bien abrigados, hacía mucho frío y amenazaba nevar. Recordó las navidades en su país, en pleno verano, las tardes calientes de sol y una sonrisa se le escapó por las comisuras, sonrisa que Lucien atrapó al vuelo.

El trayecto fue silencioso, el hombre iba concentrado en los caminos que por tramos estaban sinuosos debido a las lluvias del día anterior. El aire entre ellos era denso, podía cortarse como un cabello. Los chicos no hablaban y solo se escuchaba el motor del auto y sus respiraciones.

El paisaje estaba repleto de viñas donde se producían excelentes vinos tintos caracterizados por su riqueza y robustez. La Côte d’Or se divide en dos partes: la Côte de Nuits, que empieza justo al sur de la ciudad de Dijon y llega hasta Corgoloin, y La Côte de Beaune, que empieza en Ladoix. La región está compuesta por pequeños pueblos rodeados de una combinación de viñedos planos e inclinados.

Los mejores vinos provenían de las zonas media y alta de las laderas, donde el sol reinaba con mayor fuerza y había mejor drenaje.

Sentada al lado del conductor, Naiquen no osó mirarlo pero pudo sentir la fuerza que emanaba de ese hombre que aún no lograba desentrañar. Lo sabía poderoso y seguro de sí, aunque débil en algún punto, herido. Su comportamiento la descentraba: con los niños de la terapia era contenedor y tierno, en cambio con ella era distante y serio. Si bien era solo una empleada,

advertía la diferencia en el trato con Janelle, a quien más de una vez le había sonreído y hecho bromas. No lo entendía y le molestaba sentirse siempre en vilo ante su presencia.

Él, por su parte, parecía concentrado en los senderos pero no era inmune a la mujer que iba a su lado ni al perfume de su piel que ella acariciaba con una colonia de jazmines que le había regalado Milagros antes de partir.

Cuando llegaron a la ciudad Naiquen no pudo dejar de apreciar las bellas construcciones de estilo medieval. Lucien ingresó por el barrio antiguo que conservaba el esplendor del pasado; la rue de Forges y la rue Verrerie ostentaban un bonito conjunto de casas de entramado de madera con vigas talladas. Tanto la madre como los hijos quedaron boquiabiertos al dimensionar los tejados borgoñones y las enormes bóvedas con forma de casco invertido.

Todo era nuevo para ellos, deslumbrante, y por sus cabezas desfilaban distintas imágenes: Pablo inventaba dragones y espadachines, Mauro monjes sombríos y Naiquen princesas en los balcones.

Ajeno a sus ensoñaciones Lucien detuvo el auto en una zona comercial y los hizo descender. Pidió a Naiquen que lo asistiera con las compras dividiéndose los encargos que le había hecho Lulú y fijaron un punto de reunión.

El que la dejara sola con sus hijos obligó a Naiquen a utilizar su mal lenguaje pero al cabo de una hora había adquirido todo. Los niños lucían cansados, en especial Mauro, y la madre temió que estuviera anémico considerando lo poco que comía.

—¿Tienen hambre? —preguntó.

—Sí —dijo Pablo, convertido en vocero de su hermano.

—Vengan entonces —hizo un gesto guiándolos de nuevo hacia los comercios cuando divisó la figura de Lucien acercándose a ellos.

El hombre venía cargado con sus compras, varios paquetes colgaban de sus

brazos. Los condujo hasta el auto que estaba cerca y dejaron todo en el baúl.

—Sígueme —dijo en tono de invitación.

Los pequeños obedecieron y Naiquen se le puso a la par, intrigada. Caminaron unas cuadras por las callejuelas vistosas, con sus ventanas engalanadas para la Navidad y sus balcones floridos. El frío se hacía sentir pero nada opacaba el ánimo festivo de la ciudad y su gente. Muchos transeúntes llevaban árboles y algunos niños jugaban con la escasa nieve que había caído.

De pronto la callecita desembocó en lo que parecía una antigua fortaleza remozada: el palacio de los Duques de Borgoña se erigía ante tres pares de ojos atónitos.

—¡Guau! —atinó a decir Pablo.

Como si fuera un guía de turismo Lucien explicó a los niños que el palacio había sido reconstruido en el año 1366 por el primer Valois, Felipe II de Borgoña, y ampliado sucesivamente por duques posteriores.

—La residencia ducal tiene además de los departamentos, salas de recepción, cocinas ducales y varias dependencias —continuó con su voz enigmática.

Mientras recorrían la plaza de la Liberación niños y madre devoraban todo con ojos absortos hasta que llegaron a una especie de mercado navideño, pleno de colores y olores. El ánimo festivo desentonaba con la seriedad de Lucien y el ostracismo de Mauro, pero fue Pablo quien distendió el ambiente simulando desmayarse de hambre frente a los puestos de comida, arrancando una leve sonrisa al señor Mathieu.

—Compren lo que quieran —ofreció mientras extendía unos billetes a Mauro con la intención de que fuera él el encargado de las compras.

—Pero... —Naiquen quiso protestar a la par que sacaba dinero de su bolsillo, pero él la acalló con un gesto.

Pablo se encaminó hacia uno de los puestos de chocolate caliente y Mauro

fue detrás.

—*Veux-tu un chocolat?* —Al interrogarla la traspasó con sus ojos más negros que la noche que se acercaba y ella volvió a sentir en su boca los besos compartidos.

Ante su duda el hombre no le dio tiempo a responder y fue tras los pequeños para comprar dos bebidas y unos crepes.

El aroma del chocolate aumentó los sentidos de Naiquen y su calor, sumado al que ya sentía, se expandió por todo su cuerpo.

Mientras disfrutaban de su tardía merienda los chicos compraban *pain de épices* con formas de animalitos que algunos solían colgar del árbol de Navidad para comer luego. Lucien terminó y la miró. Tenía la mirada mansa, como si la bebida le hubiera aflojado los sentimientos y Naiquen se permitió bucear unos instantes en ella. Fue apenas un segundo pero creyó leer la duda en sus ojos oscuros. El hombre interrumpió el escrutinio estirando su mano hacia su boca. Naiquen dio un respingo cuando él le limpió el borde de sus labios con sus dedos.

—Tenías chocolate —explicó.

Ella se ruborizó, más avergonzada por la reacción que su cuerpo experimentó que por el hecho en sí de haberse ensuciado las comisuras.

Algo que desvió la atención de Lucien rompió el idilio. Naiquen asistió al cambio de su actitud, todo su cuerpo en tensión, la furia anidando en su rostro, la mandíbula tensa y los puños a los costados del cuerpo.

—Vamos —dijo de pronto, arrancando a Pablo de su diversión de contar las lucecitas de colores que se iban encendiendo paulatinamente en las ventanas.

Los chicos obedecieron al instante al notar su cambio de humor y Naiquen intentó encontrar el motivo de su repentina actitud. Siguió la línea de su mirada segundos antes y solo divisó a una familia: una mujer con un hombre y un niño de la edad de sus hijos. Buscó a su alrededor y no había nada más.

La mujer reía del brazo de su marido y el jovencito iba adelante cargando paquetes. Parecía una familia feliz. Sintió pena por su empleador, seguramente alguna razón muy profunda le había afectado el sentir y lo había convertido en un desgraciado.

Subieron al auto cuando la noche se cernía sobre ellos y volvieron a la campiña. El silencio ominoso sumió a los chicos en un sueño liviano y ella no supo qué hacer para distender el ambiente. Se dejó adormecer también con el andar hasta llegar a destino.

Lulú los ayudó con los comestibles y advirtió en seguida el humor de su patrón.

—Vamos a preparar la cena. —Tomó a Naiquen del brazo y juntas se internaron en los dominios femeninos—. No te preocupes —aconsejó al notar su desazón—, suele pasarle cuando va a la ciudad.

—Pero... estaba bien y de pronto ¡zas! —respondió la más joven—, algo lo perturbó.

Lulú no le dio importancia, aunque ella intuía por dónde venía la cuestión. Cuando tuvieron todo preparado llamaron a los chicos para comer y Lulú fue a avisarle al señor de la casa.

—No cenaré aquí —anunció mientras se levantaba el cuello del abrigo dispuesto a salir.

—Pero... —quiso protestar y el hombre ya estaba camino a la salida—. ¡Señor! —intentó al tiempo que él cerraba de un portazo—. Hoy volveré borracho —murmuró en su paso hacia la cocina.

Lucien Mathieu condujo enceguecido de ira. Lo que había visto le había despellejado el orgullo, no ya su corazón que estaba insensible, pero sí su hombría. Los años se le vinieron encima junto con los recuerdos funestos de un pasado reciente que quería enterrar para siempre y no podía. Cuando quería encaminarse hacia la paz, cuando vislumbraba nuevos horizontes en su vida, otra vez el ayer lo azotaba en pleno rostro recordándole su fracaso.

A la mayor velocidad que la nieve del camino le permitía llegó hasta esa casa perdida entre colinas donde se compraban el placer y el alcohol. Se refugió en los brazos de la primera mujer que le ofrecieron pero tan grande era su frustración que no pudo lograr su cometido. Lejos de sentir vergüenza por su sorpresiva impotencia buceó en ese cuerpo público y anónimo con su lengua y con sus dedos para terminar masturbándose en el *toilette*.

Más tarde fue hasta el salón donde otros hombres solitarios en busca de falso amor desgajaban sus penas sobre una copa de vino. Lucien fue uno más y cuando los párpados se le convirtieron en piedras imposibles de mover y la boca se le adormeció, emprendió el regreso.

Subió al automóvil y condujo de manera automática hasta su casa. Ni siquiera pudo sentir el frío de esa cruda noche invernal ni apreciar el lucero que brillaba a lo lejos. Cuando divisó los conocidos contornos de su morada ingresó por el largo sendero y llegó hasta el frente con las últimas fuerzas; tenía demasiado alcohol en el cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás y se durmió.

Al escuchar el motor del auto Naiquen se despertó y aguardó oír sus pasos por el pasillo. Aunque el señor Mathieu era un hombre grande y sabía cuidarse se preocupó por él. Intuía que la furia que había visto en sus ojos y en todo su cuerpo esa tarde tenía sabor a dolores pasados, a heridas abiertas no cicatrizadas. Lucien Mathieu sufría y se refugiaba en la bebida. Sintió pena por él. No era un mal hombre, un mínimo de corazón debía tener para intentar semejante trabajo con los niños discapacitados; además le había dado alojamiento y ayuda a ella y a sus hijos. Por eso, cuando transcurrieron varios minutos y él no entró, se puso un abrigo encima de su ropa de dormir y salió del cuarto.

Avanzó a tientas, no quiso encender las luces para no alertar a Lulú que tenía sueño de perro, y miró por los ventanales. La oscuridad lo envolvía todo, una leve bruma flotaba sobre el pasto. El rodado tenía las luces prendidas y dedujo que Lucien estaba dentro. Dudó, tal vez estaba con

alguien, o se sentía descompuesto. ¿Qué hacer? Fue hasta la cocina y entibió una taza de leche, durante la noche la mansión se enfriaba demasiado a pesar de que la caldera estaba encendida. La bebió de pie, vacilando entre volver a la calidez de la cama o salir. Presentía que el señor Mathieu no estaba bien.

Aguardó varios minutos y tomó la decisión. Sumó a su abrigo otro más y salió por la puerta principal. Apretándose las solapas al cuello se asomó a la ventanilla pero los vidrios estaban empañados y no logró distinguir nada. Resuelta, tomó la manija y abrió. Lo primero que sintió fue un fuerte olor a alcohol. Lucien Mathieu dormía sobre el asiento, la cabeza ladeada, colgando como si estuviera muerto, pero su respiración era agitada y entrecortada.

—¡Mi Dios! —dijo Naiquen—. ¿Quién me manda a meterme en esto?

No podía dejarlo allí, hacía mucho frío, aunque seguramente estaba tan borracho que no se enteraba.

—¡Señor Mathieu! —murmuró cerca de su oído a la vez que le movía el brazo.

Él no reaccionaba.

—¡Señor! —repitió con decisión—. Vamos a la casa, hace mucho frío aquí —pidió sin ser escuchada.

Resuelta a sacarlo del auto lo tomó con más fuerza y empezó a tirar de él intentando moverlo.

—Por favor, señor, despierte.

Él movió la cabeza y gruñó algo incomprensible. Naiquen continuó con sus intentos para hacerlo bajar hasta que logró que abriera los ojos. En medio de la oscuridad reinante no pudo desentrañar su mirada, pero sí notó que estaba vidriosa.

Lucien se incorporó y se golpeó la cabeza al salir del vehículo pero el alcohol que llevaba encima le impidió sentir el dolor. Naiquen lo tomó del brazo y avanzó con él, acompañando sus pasos cortos e inseguros. A mitad de camino hacia la casa él se desprendió doblándose en dos y vomitó.

Después se enderezó y un mareo lo empujó hacia el suelo. Naiquen llegó a tiempo para sostenerlo y amortiguar un poco el golpe, aunque ya estaba con los pantalones mojados y la ropa sucia de restos de nieve y tierra.

Pese a tener los ojos abiertos, él no comprendía lo que estaba ocurriendo, lo más probable era que al día siguiente ni siquiera se acordara. Naiquen hizo esfuerzos para levantarlo del piso pero su cuerpo era demasiado grande para lograrlo.

—Ayúdeme —pidió—, no puedo sola.

Él la miró y sonrió. Estiró su brazo y ella lo tomó, confiada, pero de pronto se encontró horizontal, encima de él. Lucien reía a carcajadas mientras la apretaba contra su humanidad que crecía a la altura de su vientre.

—¡Déjeme! ¡Está loco! —Se debatió para desprenderse pero los brazos masculinos la habían fundido en su cuerpo—. ¡Por favor!

Lucien buscó su boca que Naiquen evitó asqueada: tenía olor a vómito y alcohol. El hombre insistió y la mujer pudo desprender una de sus manos para golpearlo. El impacto de la bofetada pareció traerlo de vuelta, pero esa ilusión se desvaneció cuando lo escuchó decir:

—Siempre fuiste una pérfida, Sophie. —Había tanto rencor en su mirada que Naiquen se asustó.

—¡Por favor! —repitió, apelando a la poca conciencia que el hombre conservaba— ¡Déjeme!

Lucien aflojó el abrazo y le permitió ponerse de pie. Desde la altura Naiquen lo miró y sintió pena por él. ¿Quién era Shopie? ¿Por qué era una pérfida? La intriga se instaló en su mente y decidió que averiguaría qué había en el pasado de su jefe para haberlo dejado en tal estado. Eso le permitiría también alejarse de sus propios recuerdos y dolores por el desarraigo y lo incierto del porvenir de sus hijos.

Mathieu hizo esfuerzos por incorporarse pero no pudo. La cabeza le dolía y le giraba, sentía las piernas de algodón.

—Ayúdame —pidió estirando el brazo, que Naiquen volvió a tomar, esta vez preparada para resistir si él intentaba algo.

Con sumo esfuerzo al fin pudo pararse y ella le ofreció su hombro. A paso lento caminaron hasta la entrada y Naiquen lo condujo hasta su cuarto. Allí pretendió dejarlo solo para que se arreglara, pero de pronto él parecía un niño desvalido. Por la ventana empezaban a entrar las primeras luces del amanecer y pudo divisar su rostro pálido y ojeroso.

Lucien intentó desprenderse los botones de su abrigo pero no pudo, le temblaban los dedos y no acertaba.

—Por favor, ayúdame con la ropa. —Su voz aguardentosa y desprovista de su poderío habitual la convenció.

Alerta ante la duda de un nuevo ataque pasional, Naiquen le quitó el abrigo y lo ayudó a sacarse el suéter de lana. Como él no hiciera nada para seguir, continuó abriendo los botones de su camisa evitando tocar su piel que la atraía como un imán. “*¿Por qué este hombre me genera tanta excitación? Si no es más que un borracho*”, se dijo.

Cuando los ojales se acabaron la tela dejó al descubierto un pecho amplio de hombros altivos. El hombre tomó su mano y la apoyó contra su corazón. La corriente los recorrió por igual y Naiquen supo que tenía que huir de allí cuanto antes.

—Tú no eres Sophie —murmuró.

Al fin sus ojos estaban lúcidos, aunque cansados.

—Lo siento —añadió liberando sus dedos—. Por favor, alcánzame mi camiseta —señaló debajo de la almohada.

Naiquen se la dio y el hombre se la puso.

—Ayúdame con los zapatos, estoy mareado.

Se sentó sobre la cama y ella se arrodilló a sus pies. Desprendió uno a uno los cordones y lo descalzó.

Lucien se acostó, aflojó su cuerpo con fuerza, denotando su estado.

—Tiene el pantalón mojado... —dijo Naiquen.

—Me lo quitaré cuando salgas. —Cerró los ojos y antes de que ella se fuera añadió—: Gracias, Naiquen.



CAPÍTULO 35

Pese a su serenidad aparente Jean-Louis bufaba por dentro. Su decisión de acompañar a Libertad había enfadado a sus compañeros y el grupo se había separado. Sabía que debía su lealtad a sus músicos y amigos, pero lo que sentía por la argentina era más poderoso y los abandonó.

—Ustedes pueden realizar su show musical igual, sin bailarines. —Fue su débil excusa que ni a él convencía.

Lejos de sentirse culpable, a Libertad nada le importaba. Solo quería irse de allí sin perder más tiempo, subirse al primer tren que la llevara de nuevo a Lyon y encontrar a Wenceslao. No sería fácil, no sabría dónde buscar, ni siquiera tenía la certeza de que él estuviera aún allí. ¿Y si se había ido a otra ciudad? ¿Y si había tomado un tren a la costa en su búsqueda? De pronto esa idea tomó forma en su cabeza y dudó. Tal vez debiera quedarse en la estación a esperar los próximos vagones que llegaran.

Mientras Jean-Louis discutía con sus compañeros caminó hacia las ventanillas de horarios y con ojos desesperados miró las cartillas. Ese día solo había un transporte que venía de Lyon a la noche, faltaban algunas horas, pero en ese mismo instante tomó su decisión de aguardarlo.

—Vamos —dijo Jean-Louis, sobresaltándola, su cabeza estaba en otra parte, en los ojos claros y furiosos de Wenceslao.

Lo miró sin ver, sin entender qué pretendía y él repitió:

—Vamos, Libertad, el próximo tren está por salir.

—No. —Lo enfrentó. El hombre descubrió su mirada desquiciada.

—¿Qué dices? Ya saqué los pasajes. —Su paciencia oscilaba.

—Que no iré, me voy a quedar acá a esperar. En unas horas llegará un nuevo tren de Lyon, tal vez él venga a buscarme.

Jean-Louis se tomó la cabeza entre las manos y se masajó las sienes.

—Escucha, Libertad, es una locura. —Aunque si lo pensaba bien no era tan descabellado. El novio bien podía ir tras ella.

—¡No lo es! ¡Andate si querés! —le gritó, fuera de sí, los ojos y toda su postura en llamas—. ¡Andate!

—¡Cálmate! —pidió él tratando de serenarse. Se aproximó y le acarició los hombros—. Tranquilízate, *ma chérie*, todo se solucionará.

—Jean-Louis, quiero ser clara con vos, amo a Wenceslao. Lo amaré siempre, aun tras su muerte mi corazón no conocerá otro dueño. No quiero involucrarte en esto, dejame sola que yo sabré qué hacer.

—No, *ma chérie*, prometí acompañarte y ayudarte, y así lo haré. —Había una ilusión oculta en su mirada.

—¿Por qué hacés esto? —inquirió la chica, un poco más tranquila.

—Porque te quiero.

Ella cerró los ojos, le latían las sienes y sentía el estómago revuelto. Quería estar sola, que el mundo entero se esfumara y que ante su rostro apareciera la figura del hombre que amaba y que había creído muerto.

Cuando volvió a enfocar la visión todo estaba como antes: la gente corría para no perder su tren, madres tironeaban del brazo de algún pequeño, vendedores ambulantes de última hora y el sonido sordo y constante de los motores.

—Andá, Jean-Louis, por favor, andate —pidió.

—No te dejaré sola en este estado. —Había resolución en el hombre.

—Estoy bien —afirmó aunque su semblante no era el de una persona entera. Más bien parecía un fantasma agónico: pálida, con los ojos hinchados y la mirada huidiza.

—No te ves bien, Libertad. —La tomó del brazo para alejarla del andén pero ella se resistió y se desprendió de él con violencia.

—¡Andate! —le gritó captando la atención del entorno—. ¡No sos mi dueño! ¡Andate!

Estaba sobresaltada y Jean-Louis supo que no lograría nada mientras no se serenase. Prefirió dejarla sola un rato mientras él iba en busca de algo para que comiera, y si lograba comprar algún tranquilizante mejor.

Al sentirse libre del dominio masculino, Libertad caminó hacia uno de los bancos y se sentó a esperar el próximo tren proveniente de Lyon. Había viajado tanto desde su llegada a Europa que ya no sabía dónde estaba. La constante sensación de orfandad que había escondido detrás del trajín de los shows la asediaba desde hacía un tiempo y crecía como un tumor maligno, ocupando todo su sentir. No tenía un hogar, no tenía familia, estaba sola, irremediablemente sola pese a que en un punto no lejano estuviera su tía Milagros.

Y de repente, por sobre todo ello, una luz de esperanza se esparcía en su alma y ganaba espacio. Wenceslao estaba vivo, Dios había escuchado sus ruegos y lo había puesto frente a ella. Ni por un segundo dudó de que fuera él, podía reconocer su figura en cualquier multitud y aunque su cabello estaba distinto, sus ojos y su mirada eran inconfundibles. No entendía el porqué de la mentira de su amiga pero ya no importaba. Lo único que agitaba su corazón era reencontrarse con él. Seguramente la estaba buscando, no tenía dudas de ello. ¿Qué haría si no Wen justamente en Lyon? Debía haberla rastreado, alguien de su familia habría roto el círculo de silencio. Agradeció infinitamente y sus recuerdos la llevaron a aquella Argentina lejana y sangrante, con sus cárceles clandestinas y sus torturas subterráneas, con sus velos de la muerte y su pasión por el fútbol y la novela que todo lo encubrían.

Pensó en sus abuelos y una puntada de dolor recorrió su pecho. Tenía

miedo de no volver a verlos, en especial a Vicente cuya salud era endeble. Su abuela Aime era una mujer fuerte pero incluso así los años no habían pasado en vano. Evocó a sus padres y su amor incondicional, ese amor prohibido en sus comienzos que ellos protegieron a capa y espada, ese amor donde no hubo jamás espacio para el conflicto, donde nunca una grieta hizo oscilar las paredes de su hogar. Y su hermano, siempre tan serio y tan responsable, protector y solitario. Deseó que una buena mujer llegara a su vida y le sacudiera un poco la rutina.

Todos estaban lejos, sus afectos habían quedado al otro lado del mar. No añoraba su trabajo ni sus antiguas costumbres, solo necesitaba sentir otra vez el calor de los suyos. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró por un instante los ojos. Le dolían de tanto escrutar rostros y cuerpos aun cuando sabía que hasta pasadas unas horas no arribaría otro tren desde Lyon. Pese a ello no había podido relajarse.

Desde lejos Jean-Louis la observaba, no quería acercarse por temor a que aún estuviera exaltada. Aguardaría un rato más y se presentaría con algo para comer.

Así pasaron varios minutos y trenes. La gente pasaba, indiferente y apurada como siempre ocurre en las estaciones. Las luces empezaron a encenderse y Libertad miró su reloj. Faltaba poco para el próximo arribo. Ansiosa se restregó las manos, el frío había aumentado y se hacía sentir. Se dio cuenta de que estaba desabrigada y buscó en la maleta que dormía a su lado sobre el banco. Calzó unos guantes y un gorro que escondió en parte su bello pelo.

Sintió que alguien se aproximaba y descubrió a Jean-Louis portando una bebida caliente y una porción de torta.

—No conseguí otra cosa —dijo señalando un cafetín un poco más allá de la boletería.

Libertad se sintió en falta con él y agradeció. Tomó la comida y bebió el

café que le supo a rancio, pero no dijo nada.

—Hace frío, *ma chérie* —comenzó el hombre—. ¿Por qué no vamos a descansar?

Ella lo fulminó con su mirada de gato rabioso y masticó la frase:

—Te dije que me voy a quedar acá. —Suspiró, conteniendo su verdadero impulso.

De repente sentía que Jean-Louis la molestaba, quería que se fuera para no volver a verlo nunca más. Su presencia le recordaba su desliz, su traición a Wenceslao. Había estado en la cama con él, había compartido su intimidad y eso la asqueaba. No debía haber sucumbido, pero lo hecho ya no podía borrarse. Había engañado al hombre que amaba, el creerlo muerto no la eximía de su culpa.

—Te pedí que te fueras. —Fijó en él su mirada y el hombre advirtió la seriedad de su pedido. No era una solicitud producto de sus emociones encontradas, era un verdadero pedido para que se fuera de su vida.

—Libertad... —no quería perderla, la notaba lejana y con un dejo de odio—. Déjame ayudarte —insistió sabiendo que tenía la batalla perdida.

—Andate —reiteró con firmeza—, esa es la única manera de ayudarme.

Se midieron con la mirada y él admitió la derrota. Se puso de pie y buscó en sus bolsillos. Le extendió unos billetes, casi todos los que llevaba encima, pero ella negó.

—Tómalos, Libertad, estás falta de dinero. ¿Cómo harás para volver?

—¿Volver? ¿A dónde?

—A donde sea. —Su desquicio lo llevaba al límite de su paciencia—. No puedes andar por la vida sin respaldo, Libertad, no seas niña y acepta mi ayuda.

Ella meditó un instante y lo tomó.

—Gracias, te lo devolveré a su tiempo.

—Olvídalo —murmuró Jean-Louis—, no me importa el dinero.

Libertad se puso de pie, al menos le debía un abrazo. Se dejó apretar entre sus brazos y ya no le parecieron agradables ni su calor ni su perfume. Soportó la despedida y sus besos robados en un último intento de retenerla, fría y distante.

—Adiós, *ma chérie*.

No respondió y lo vio alejarse. Ella se sentó nuevamente en el banco y cual Penélope destejió las horas de su vida en el andén.

La Nochebuena de Wenceslao fue en una de las cantinas donde se reunían los argentinos a la que lo llevó Manuel. En el festejo se vivía una falsa alegría que se evidenciaba en la cuantiosa comida, lo exagerado de la bebida y el cigarrillo. Todos intentaban disfrazar la enorme tristeza que anidaba en sus pechos, la añoranza por la familia, los amigos y las costumbres, pero nadie daría el brazo a torcer reconociéndolo.

Wenceslao no fue ajeno y se sumó a la algarabía del alcohol y la música a pesar de no estar en su natural expresar demasiado ante extraños. Pero el despecho, fresco todavía en su memoria, lo empujaba a actitudes que no le eran propias.

Pasadas las doce y los brindis, los que habían conseguido pareja se fueron abrazados y los que quedaron impares trataron de emparejarse con lo que la noche había dejado: hombres y mujeres solos en busca del refugio de un cuerpo anónimo y acogedor.

Wenceslao había bebido en exceso y como no estaba habituado, terminó vomitando en un rincón, abandonado a su suerte y a sus dolores. La Navidad lo encontró recostado sobre la mesa de la cantina, sucia y vacía. El dueño, sabiéndolo inofensivo, había cerrado dejándole una nota que le indicaba qué hacer cuando despertara.

El dolor de cabeza era superior al del espíritu y la amargura del estómago

se reflejaba en su boca. Se puso de pie, miró a su alrededor y la inmensa orfandad lo devoró. Fue hasta un lavatorio, se lavó y se miró al espejo. No se reconocía detrás de esas ojeras por donde se le salía la negrura del alma, ni debajo de ese cabello renegrido donde las raíces, sus raíces, comenzaban a clarear.

Pensó en volver, allí no estaba lo que había ido a buscar, allí todo era soledad y vacío. La mujer que amaba lo había traicionado y ya nada lo retenía en ese país de monumentos e historias. Añoraba su ciudad y sus proyectos, su trabajo con los pobres, la ayuda en la iglesia, sus amigos, sus hermanos, su antigua vida normal. Pero allí era un muerto, oficialmente muerto. Si regresaba nada volvería a ser como antes, debería camuflarse con otro nombre y otro pasado, no podría recuperar nada de lo que había dejado. Estaba solo, irremediadamente solo, más allá de los compañeros exiliados y los nuevos conocidos de su destino.

Tenía que empezar de nuevo, renacer de sus escombros, armarse un porvenir, fijarse un proyecto, pero el ánimo le era esquivo. No tenía ganas de estudiar, de revalidar su título ni de realizar mayores esfuerzos. Solo necesitaba descansar, hallar su eje para volver a vivir.

Leyó la nota y siguió las instrucciones. El sol del mediodía lo recibió en una calle desierta. Era día de festejo, la familia reunida, brindando por el nacimiento de Jesús, ese Jesús al cual él le rezaba desde que tenía uso de razón, ese Jesús al que imploró arrodillado frente a la cruz para que le devolviera a su amada antes de dejar Buenos Aires, ese Jesús que ahora se le presentaba egoísta e indiferente a sus ruegos.

Sus pasos vacilantes lo guiaron hasta el hotel donde pasaba las horas. La esposa del conserje lo recibió en la puerta y lo invitó a compartir la mesa; accedió dudoso. Era una fecha especial para invadir una comida pero ante la insistencia de la mujer no tuvo excusas.

El ambiente familiar le recordó navidades de la infancia, la ansiedad por

los regalos, la algarabía de los fuegos de artificio en la noche. Todo era distante y distinto. Papá Noel no existía y no había paquetes para abrir.

Se excusó luego de los postres y se retiró a su cuarto donde, luego de darse un baño para sacudirse las amarguras, se desplomó sobre la cama. Durmió casi un día entero, faltó al trabajo pero no le importó. Ya pondría alguna excusa si le decían algo. Y si lo echaban tampoco importaba. Pero nada de eso ocurrió. Cuando se presentó a cumplir con sus tareas de traductor lo recibieron con preocupación al ver su estado calamitoso.

—Tenés que aumentar de peso —dijo su jefe en un español atravesado—, o te volteará el primer viento.

—Así lo haré —prometió mientras se sentaba tras su escritorio.

Ese día Wenceslao decidió borrar para siempre su pasado. Nada de lo que traía en su memoria lo atormentaría de ahora en más. Se propuso mirar hacia delante e intentar una nueva vida aun cuando tuviera que despellejarse para arrancar a Libertad de su piel.



CAPÍTULO 36

“Debes estar preparado para arder en tu propio fuego; ¿cómo podrías renacer sin haberte convertido en cenizas?”

FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*

Lulú había engalanado la mesa para la cena de Nochebuena pese a que los ánimos no eran los mejores. Desde el viaje a la ciudad Lucien Mathieu estaba más ensimismado de lo habitual y ni siquiera los niños de la terapia lograban sacarle una sonrisa.

—¿Crees conveniente realizar el festejo, Lulú? —inquirió Naiquen.

—Siempre es igual cuando llegan estas fechas —respondió la mujer—, luego se le pasa.

—¿No tiene otra familia el señor Mathieu? —quiso saber la argentina—. Nunca nadie lo visita.

Lulú meneó la cabeza y frunció la boca. Algo sabía la doméstica, algo que dudaba si debía contar, y Naiquen advirtió que solo le haría falta insistir apenas para lograr el relato.

—¿Acaso está enojado con sus familiares?

—Algo así. —Era dura Lulú.

—Cuéntame —pidió en una mezcla de francés y español—, tal vez podamos ayudarlo.

Lulú no creyó en esa intención pero dejó a un lado lo que estaba preparando y se sentó, invitando a su compañera.

—El señor tiene un hermano, vive aquí cerca, en el campo lindero — Naiquen abrió la boca para decir algo pero la otra continuó—. Están peleados desde hace unos años. —Hizo una pausa que quiso parecer un final, pero que evidentemente no lo era.

—¿Y? —ayudó Naiquen.

—Fue por una mujer —bajó la voz al confesar la verdad—, una mujer muy hermosa y muy frívola.

Naiquen sintió un malestar indefinido al escuchar que había una dama bella en el pasado de Lucien y no supo a qué atribuir la molestia.

—Continúa —pidió.

—No sé mucho más, yo no trabajaba para el señor en esa época —pese a su reticencia Naiquen intuyó que sí sabía.

—¿Tan importante fue esa mujer?

—Por lo que sé, iban a casarse, pero ella eligió a su hermano.

—¿Se casó con el hermano? —Naiquen sintió una repentina pena por el hombre engañado.

—No sé si se casó... pero sí sé que siguen juntos. —Lulú le pidió discreción antes de seguir hablando y Naiquen asintió en silencio—. El hermano, Bernard, es un hombre muy atractivo, ni comparación con el señor... —De inmediato se arrepintió de sus palabras—. ¡Oh, qué mala soy! El señor Lucien es feo pero es buena persona a pesar de todo.

Naiquen no opinaba igual en cuanto a su belleza, por el contrario, ejercía sobre ella una extraña atracción.

—Además está el tema de su defecto...

—¿Qué defecto?

—No me sorprende que no lo hayas visto —adujo Lulú—, siempre lo está ocultando con su cabello.

Naiquen estaba intrigada y su rostro y su expresión pedían respuestas.

—Al señor le falta una oreja —disparó en voz baja.

—Pero... eso no es tan importante —juzgó Naiquen—, al menos puede oír bien...

—Tú dices eso porque lo comparas con tu hijo. —Enseguida cayó en su error y llevó las manos a la boca—. ¡Oh, qué dura fui contigo! ¡Lo siento!

Naiquen bajó la vista para ocultar las lágrimas y negó con la cabeza.

—Perdóname —pidió la mayor acercándose a ella y tocándole el hombro—. Soy una bruta.

—Tienes razón, Lulú, lo comparé con mi hijo. Una oreja frente a un brazo... es poca cosa, ¿no? —El momento de pena abría paso a la resignación—. Nunca advertí nada extraño en el señor.

—Él está acostumbrado a esconder, Naiquen, nació con esa deformidad y la sufre desde niño. Solo una vez, una noche en que volvió muy borracho me confesó que siempre fue objeto de burlas y rechazo por ello —a Naiquen se le encogió el pecho, por él y por su propio hijo que aún tenía mucho camino por recorrer—. Los chicos son muy crueles, hasta su padre fue injusto con él, marcando siempre las diferencias con Bernard, que era perfecto.

—Me indigna lo que me cuentas, Lulú.

—Sí, debe haber tenido una infancia triste. Y luego, cuando halló una mujer... eligió mal.

—¿Nunca se casó?

—No, el desengaño con esa traidora lo marcó aún más que su defecto de nacimiento.

—Lo peor debe haber sido la traición de su hermano... —opinó Naiquen mientras pensaba en sus hijos. ¿Serían capaces de traicionarse?

—Así es... creo que odia más a su hermano que a ella.

Después siguieron cada una concentrada en sus tareas hasta que la argentina preguntó:

—¿Vendrá alguien más a cenar? ¿O solo los de la casa? —Naiquen quería saber si compartirían la mesa con él, dado que Lulú había puesto diez

cubiertos.

—Nosotros y algunos de los trabajadores de la terapia con sus familiares.

Naiquen se preguntó si Janelle estaría invitada. Pese a su amistad con la joven, tenía sentimientos encontrados, por momentos sentía celos de su belleza y del trato cordial que le profesaba Lucien Mathieu. Pero desechó enseguida esos pensamientos al advertir que sería la primera Nochebuena tan lejos de su hogar, de sus vínculos. No sabía nada de su madre ni de sus parientes de la Argentina. Una cuchillada de nostalgia le cruzó el rostro y debió ocultar las lágrimas por segunda vez.

—¿Qué ocurre aquí? —La voz del dueño de casa las hizo saltar. Entre tanta charla no lo habían oído llegar, y allí estaba, en la puerta de la cocina, avanzando hacia la pileta en busca de agua.

—Nada —dijo Lulú volviendo a concentrarse en sus quehaceres—, estas fechas son especiales para todos.

La argentina también se alistó buscando qué hacer. Ese hombre la ponía nerviosa con su sola presencia.

—Supongo que tus hijos ya no creen en Papá Noel. —La sorprendió el comentario.

—No, no creen. —No comprendía el porqué de esa conversación.

—Mejor así —Naiquen pensó que era un desalmado pero enseguida cayó en su error—, porque acabo de adelantarles su regalo.

Ambas mujeres quedaron boquiabiertas, jamás hubieran esperado semejante declaración por parte del dueño de casa, y menos luego de la escena de la noche anterior.

—Le agradezco pero... —Naiquen no sabía qué decir.

—Ven afuera y verás. —Enfiló hacia la salida y ella lo siguió mientras le hacía silenciosas señas de intriga a Lulú.

Antes de salir Naiquen tomó su abrigo, hacía mucho frío y amenazaba nevar. Una ventisca helada la golpeó en el rostro antes de divisar las siluetas

de sus hijos junto a un caballo.

Mathieu avanzaba a pasos largos hacia el corral y ella tuvo que trotar para alcanzarlo. A medida que se aproximaba hizo un repaso visual para corroborar que estuvieran bien abrigados. Pablo estaba feliz, su rostro irradiaba alegría. Acariciaba al animal y le hablaba a su hermano, que permanecía tieso y serio como siempre, contemplando la escena con ojos inexpresivos. Sintió dolor al verlo así. ¿Hasta cuándo Mauro estaría perdido?

Pablo se acercó corriendo y se abrazó a su cintura.

—¡Mamá! ¡El señor Mathieu nos regaló un caballo! ¿Viste que lindo es? Es mansito. —La tomó de la mano sin darle tiempo a responder y la llevó frente al equino.

Mathieu avanzó hacia el grupo.

—Es muy bonito —dijo Naiquen acariciando la cabeza de Pablo—, pero no podemos aceptar este regalo, señor.

—¡Mamá, es Navidad! —interrumpió el pequeño.

—Tu hijo tiene razón —terció él—. Es Navidad —la miró fijo con sus ojos insondables y ella sintió que se hundía en arenas movedizas—. Es un regalo.

—Gracias de nuevo —dijo Pablo un poco más sosegado—, en nombre de ambos —y señaló a su hermano que había comenzado a acariciar el caballo.

La madre miró a su primogénito y las lágrimas pugnaron por salir, pero las contuvo.

—¿Por qué no buscas un cepillo y entre los dos lo peinan? —sugirió el hombre.

Pablo corrió hacia el galpón sin sentir el frío que penetraba en los huesos y Mauro fue detrás a paso lento.

Naiquen se enfundó más en su abrigo y metió las manos en los bolsillos.

—Es usted muy generoso —se desconocía por decirle eso a alguien que la desconcertaba todo el tiempo—, pero no corresponde que haga este tipo de regalos.

—Hay peores cosas que no corresponden, Naiquen. —Empezó a caminar alejándose del corral, ella lo siguió, intrigada ante su tono reflexivo—. A ese caballo iban a enviarlo a un matadero —explicó— ya es muy viejo y no sirve para el trabajo en el campo. Cuando me enteré pensé en tus hijos, es importante para ellos, en especial para Mauro, tener algo que les pertenezca. —Sus palabras la colmaron de emoción y las lágrimas cayeron por sus mejillas, congelándose en su piel. Él advirtió su emoción pero hizo caso omiso y siguió hablando—. Estuve conversando con el psicólogo, él cree que lo de tu hijo es puramente emocional, solo necesita confianza y tiempo. —Hizo una pausa y se detuvo mientras contemplaba el horizonte—. El tiempo termina por curar todo.

Como ella no respondía se volvió para mirarla y la encontró hecha un mar de lágrimas. Apretó la mandíbula, no quería ser su paño de tristezas, no quería volver a tener un acercamiento íntimo con ella. Esa mujer tenía la virtud de demoler su fortaleza y amenazaba con aniquilar sus barreras.

—Deberías estar contenta en vez de llorar —dijo de mal modo, buscando alejar la tentación de abrazarla.

Al oírlo el orgullo de Naiquen se hizo presente y de un manotazo se limpió las lágrimas y se recompuso. Levantó la cabeza y miró también la línea donde los campos se perdían en el cielo grisáceo.

Lucien la observó de reojo y se sintió satisfecho. Ella también era fuerte, eso le gustó. Pese a saber poco de su pasado podía reconocer en la mujer el rastro de la infelicidad. Sin embargo seguía peleando por sus hijos y su lugar en el mundo.

—Volvamos a la casa —sugirió sosegando el tono de voz—, hace mucho frío.

Uno al lado del otro caminaron sumidos en sus pensamientos. Los niños seguían con el caballo, Pablo lo cepillaba y Mauro lo acariciaba con su único brazo. Al ver la línea de la mirada de la madre Lucien dijo:

—Se acostumbrará y será un hombre fuerte. No debes sobreprotegerlo.

—No lo hago —parecía una conversación de padres frente al hijo descarriado.

—Vives pendiente de él —adujo deteniéndose y mirándola a los ojos—, déjalo un poco libre, que no se sienta un pichoncito herido que jamás podrá volar. No estarás toda la vida para cuidarlo.

A medida que lo escuchaba el pulso de Naiquen se aceleraba. ¿Quién era él para darle consejos? ¡Y quién era para criticarla!

—No juzgo lo que haces, Naiquen. —De pronto él parecía más humano, preocupado por el niño—. Solo te hablo con conocimiento del tema.

¿Se referiría a su propia deficiencia? No se animó a preguntar, no deseaba enfurecerlo. Estaba visto que Lucien Mathieu podía cambiar de humor con la misma velocidad que un rayo.

Él no le dio tiempo para nada y ya estaba caminando hacia su vehículo. Sin siquiera despedirse subió en él y se alejó hacia el camino de salida.

Naiquen fue hacia donde estaban sus hijos y compartió con ellos un rato junto al caballo que Pablo había bautizado Tornado, como el caballo del Zorro de la serie televisiva que veían en su casa. La madre reprimió la risa porque el animal no tenía ni el porte ni la energía suficientes. Más bien parecía un perro grande, viejo y cansado.

Una vez en el interior Naiquen volvió a la cocina a beber algo que le calentara los huesos. Después ayudó a Lulú con los últimos preparativos para la comida y se retiró a descansar un rato.

Al caer la tarde y las luces sintió el auto de Mathieu que se acercaba. Miró el reloj y se aprontó para la cena. Deseaba verse agradable por fuera para ocultar la tristeza que tenía dentro. En la Argentina apenas era la hora de la siesta, por la diferencia horaria. Ni siquiera se encontraría con los suyos en el brindis. “*Basta de llorar, Naiquen, basta*”, se ordenó.

Vistió unos pantalones de patas de elefante que le había regalado Lihuén

antes de viajar.

—Para que tengas algo a la moda —le había dicho.

Los acompañó con una camisa de seda color manteca y se delineó un poco los ojos. Se miró al espejo y no se reconoció. Con los dedos removi6 el delineador pero no pudo quitarlo del todo sin hacerse daño. Carecía de cremas o maquillajes y la falta de elementos le recordó su orfandad. Después buscó a sus hijos.

—¿Todavía no se bañaron? —inquirió ni bien abrió la puerta del cuarto y sintió el olor a caballo que reinaba en la habitación.

—¡Pero nos bañamos antes de ayer! —protestó Pablo.

—¡Vergüenza debería darte! —regañó la madre—. Hay que bañarse todos los días, y más ahora que están entre animales. Que lo hagamos día por medio se debe a que no es nuestra casa —mientras explicaba daba vueltas por la estancia recogiendo objetos y buscando ropa limpia—. Vamos, al agua, que falta poco para la cena de Nochebuena.

—Vos primero —dijo Pablo a su hermano, pero este no dio señales de querer moverse y permaneció tirado en la cama mirando el techo.

—Andá vos —ordenó la madre uniendo a sus palabras un gesto que indicaba que saliera rápido del cuarto.

Al quedar solos se sentó en el borde del lecho donde su hijo mayor parecía indiferente a todo.

—Es bonito el caballo que les regaló el señor Mathieu —dijo intentando una conversación que adivinaba estéril—. Mirame cuando te hablo. —El tono sorprendió al chico quien fijó en ella sus ojos serios durante unos segundos—. Escuchame, hijo, sé que es duro sentirte limitado —nunca le había hablado abiertamente del tema, siempre había sido desde la compasión—, pero más te limitás escondiéndote dentro de vos. —El niño evitaba verla a los ojos—. Mirame, Mauro, te estoy hablando. —Había tal firmeza en su voz que el jovencito la miró, intrigado. Era la primera vez que su madre se mostraba

inconmovible aunque por dentro sintiera que moría de dolor—. La vida nos pone desafíos a cada instante, y a vos te tocó uno muy difícil de comprender a tu edad, pero de esta prueba vas a salir mucho más fuerte que cualquier otro chico de tu misma generación. —Los ojos de Mauro quisieron evitarla pero ella se lo impidió. Tomó su única mano y la acarició—. Yo no estaré toda la vida para protegerte, hijo, tampoco tu hermano. Aunque suene duro solo te tendrás a vos mismo, y para ello debés volver a ser. No te pido que seas el de antes, jamás lo serás —Naiquen hizo su mayor esfuerzo para no llorar y sostener la firmeza de su voz—, pero serás mejor aún, hijo de mi corazón, porque serás como el ave fénix, que resurge de sus cenizas. —El niño tragó saliva y ella supo que había llegado a su alma, que su pequeño no estaba perdido dentro de su mente—. Vení, dame un abrazo —Mauro se incorporó con torpeza y se dejó abrazar—. Dame un abrazo, hijo —suplicó. Y él, lentamente y dudando, elevó su único brazo y lo enroscó en su cuello.

La madre apretó las mandíbulas para no llorar y sonrió.

La cena de Nochebuena fue amena. La exquisita comida tamizada por las risas y la alegría de los asistentes distendió al señor Mathieu. Naiquen lo observaba sin reconocerlo. Hablaba con todos y sonreía como nunca lo había visto, aunque al rato advirtió que su falsa felicidad se debía al alcohol con que acompañaba sus palabras y gestos.

Los trabajadores de la terapia se fueron luego del brindis, eran muchachos jóvenes que querían ir a la ciudad para seguir festejando. La casa volvió a su tranquilidad y silencio habituales.

Los chicos se acostaron temprano, toda la jornada al aire libre los había agotado, y Lulú decidió dejar la limpieza para el día siguiente.

Al quedar sola Naiquen resolvió ocuparse de todo para que la Navidad comenzara diferente para su compañera. En un santiamén lavó y guardó platos y cubiertos. Se sentó con una copa de sidra en la mano. No tenía la costumbre de beber alcohol pero la ocasión y las ganas de olvidar la tristeza

por los suyos que estaban tan lejos la empujaron. Pensó en Lucien y en parte lo comprendió.

Como si lo hubiera llamado, este entró en los dominios de la cocina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó desde el umbral.

Lucía cansado. Llevaba la camisa desprendida en los primeros botones y ella pudo ver el color moreno de su piel. Un cosquilleo la convulsionó, se dijo que era hora de acostarse, la bebida se le había subido un poco a la cabeza.

—Quería ayudar... —señaló con un gesto la mesada despejada.

Mathieu se acercó, tomó una copa y se sentó frente a ella. Estiró las piernas y luego de servirse sidra dijo:

—Brindemos —alzó el brazo y se bebió el contenido de un solo trago—. Por un buen año por venir.

Ella se sorprendió, no lo creía tan convencional.

—Por un buen año —repitió.

Quedaron en silencio unos minutos que para Naiquen fueron incómodos, no sabía qué hacer. Quería huir y refugiarse en su cuarto pero temía por su reacción. Supuso que él se iría a acostar, o que tal vez saldría, pero nada de eso ocurría. Lucien Mathieu permanecía recostado sobre la silla, las piernas extendidas, relajado y sin mirar nada. No estaba ebrio pese a todo lo que había tomado. Parecía descansar y ella se sintió extraña.

Cuando la mujer no aguantó más la situación se puso de pie y llevó las copas a la piletta.

—No te vayas —pidió él con voz ronca.

—Es tarde, mejor vamos a dormir. —Ni bien terminó la frase cayó en la cuenta del error al decir “vamos”.

—No tengas miedo, no voy a comerte. —Se puso de pie y caminó hacia ella—. Tienes razón, es tarde.

La miró desde su altura, estaban próximos, Naiquen sintió su perfume que

aún persistía en su piel.

—Feliz Navidad, Naiquen —murmuró sorprendiéndola a la vez que acariciaba su cabeza como lo haría un padre.

Ese gesto la desarmó y en un instante de debilidad se abrazó a su cintura apretándose contra su pecho. Él no respondió al abrazo, reprimió el impulso, esa mujer le era prohibida. No deseaba hierirla, la reconocía buena.

Naiquen lloró sobre su torso firme y tieso como un poste. Toda su impostura y fortalezas habían sido arrastradas por las gotas de sidra.

—Lo siento, señor —dijo entre hipos—, me da mucha vergüenza lo que acabo de hacer. —Se separó de él, se limpió la cara y giró alejándose para que no la viera.

Lo sintió aproximarse, su calor le quemó los huesos. Lucien la abrazó por la espalda y entrecruzó sus brazos sobre su pecho. Ella aflojó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Todos necesitamos de un abrazo alguna vez. —Sucumbió el hombre.

No se reconocían en los que habían sido hasta ese día. Ella estaba con las defensas por el suelo, desnuda en su más vulnerable desamparo. Él mostraba su lado humano que tenía atenazado desde hacía años. Eran ellos y eran otros. Eran desconocidos que compartían sus soledades y carencias. No hubo sensualidad en dicho encuentro, él ni siquiera pudo evidenciar una erección al sentir sus nalgas en sus piernas. Solo eran dos almas buscando consuelo.



CAPÍTULO 37

Lito Napolitano y su familia recibirían el año nuevo en París. La mujer estaba feliz de poder caminar por las calles engalanadas de la ciudad luz.

Al segundo día de su estadía su esposo la llevó a recorrer las galerías Lafayette y le dio total libertad para que comprase lo que quisiera. Pero María era una mujer simple, de gustos baratos; solo eligió una pollera y una blusa.

—Comprate un vestido, mujer —dijo él entre risas mientras escogía juguetes para la niña—, que seguramente tendremos noches de gala.

Exultantes y cargados de paquetes regresaron al departamento que les habían asignado. Al día siguiente Lito partiría a cumplir sus funciones en el Centro Piloto donde tenía esperanzas de averiguar sobre el paradero de quien desvelaba sus noches y aumentaba su sed de venganza.

Disfrutaron de la cena con vista al río, maravillándose con las lucecitas de los botes que surcaban el Sena, Lito se ocupó de acostar a Felicia que luego de todo un día de paseo estaba agotada.

Después se dedicó a su mujer. Cayó en la cuenta de que hacía muchas lunas que no le hacía el amor y se sumergió en su cuerpo tibio y blanco, siempre dispuesto para él. La acarició con ternura primero y con pasión después, incorporando prácticas que con ella jamás había experimentado, que arrancaron a María gemidos y sonrojos. La mujer no estaba acostumbrada a ese nuevo hombre que yacía a su lado y la agujoneaba con besos en lugares impensados y caricias por demás osadas.

Napolitano la sedujo varias veces en esa primera noche en París y luego se

durmió como un bebé entre sus brazos.

El amanecer lo sacó de la cama al primer bostezo del sol y partió con prisa hacia la embajada. Estaba ansioso por obtener datos de su presa y de otros tantos que andaban ocultándose en Francia.

El embajador no estaba y luego de un breve intercambio de palabras con un subordinado, se dirigió hasta la sede de la Casa de la Cultura, en el 83 de la avenida Henri-Martin, donde funcionaba la Oficina de Prensa y Difusión Cultural, en la práctica el Centro Piloto.

Allí aún se susurraba el nombre de la diplomática asesinada y se elucubraba sobre su destino, pero Lito hizo caso omiso y se dedicó a lo que iba a hacer.

Lo recibió Ramiro Sáenz, suboficial principal que estaba de civil, con quien había compartido algunas reuniones en Buenos Aires. Luego de los saludos y las presentaciones ambos se encerraron en un despacho para que Lito se pusiera en órbita sobre cómo funcionaban las cosas allí:

—No muy diferente que allá —explicó Sáenz—. Tocamos timbre y entramos —sonrió mientras encendía un cigarrillo—, o directamente los levantamos con el auto.

Napolitano meneó la cabeza con un gesto de incredulidad.

—No creí que acá fuera tan fácil.

—Hay que saber dónde, cuándo y cómo moverse. —Dejó salir el humo en pequeños aros—. Desde que se bajó de la Junta, Massera quiere limpiar su imagen, no podemos hacer mucho ruido.

—¿Es cierto que lo recibió el presidente Giscard d'Estaing? —preguntó Lito.

—Sí, pero parece que el mandatario francés interrumpió su discurso en cuanto a sus planes políticos para preguntarle sobre el paradero de los ciudadanos franceses desaparecidos en la Argentina. Al franchute no le interesaba nada más que eso.

—Imagino la situación. —En el fondo a Napolitano le disgustaba la actitud de Massera quien se había separado de la manada para obtener su propósito.

—Pero el almirante no perdió el tiempo, se entrevistó con abogados de derechos humanos, funcionarios y representantes de familiares de desaparecidos franceses —Sáenz sonrió con ironía—, buscando salir bien parado ensuciando al Ejército. Su caballito de batalla fue la frase: “La Armada y la Fuerza Aérea no tuvieron participación alguna en las torturas y desapariciones efectuadas por el régimen militar argentino” —culminó imitando el tono de Massera.

Ante su revelación Lito contuvo el asco que le inspiraba el marino, a quien sentía como un traidor, en cambio esbozó un comentario sobre los falsos objetivos del centro:

—Allá —refiriéndose a la Argentina— la cosa está más o menos calma, todavía les dura la alegría del Mundial.

—Acá se manipula con la desinformación —agregó su interlocutor—. Tenemos todo un plan para publicar notas en diarios y revistas europeos que hablan sobre el brutal accionar de la guerrilla argentina.

—Para equilibrar un poco la imagen —acotó el capitán.

—Y una fuerte campaña que muestra a los militares argentinos como garantistas y apegados a la Constitución. Paralelamente nos infiltramos en los grupos de exiliados para vigilarlos y eliminarlos del mapa.

Napolitano asintió, de acuerdo con la estrategia planteada. Después Sáenz le entregó unos listados de sospechados en los cuales se puso a buscar el nombre ansiado sin hallarlo.

Pero el capitán no había viajado tan lejos para bajar los brazos enseguida. Dedicaría su mayor esfuerzo para dar con su presa, cruzaría información y utilizaría la foto que tenía de Naiquen Battistelli hasta hallarla y acabar con ella.

En los días que siguieron, luego de las celebraciones por el año nuevo, Lito

se movió dentro del Centro Piloto como pez en el agua. Enseguida comenzó a servirse de los leales a Massera, porque le eran funcionales en su búsqueda.

—Tenemos espías en todos lados —le había dicho Sáenz—, hasta en el Comité Argentino de Información y Solidaridad.

El CAIS no era la única agrupación que se ocupaba de los derechos humanos, también estaba la Comisión de Solidaridad de Familiares de Presos y Desaparecidos en la Argentina y la Comisión Argentina de Derechos Humanos. A cualquiera de ellas podía concurrir la comunidad exiliada sin importar sus orígenes políticos, siempre era bienvenida.

—Los Montoneros y los del ERP perdieron influencia en los que están acá, andan desorganizados —fue la conclusión que le esbozó Sáenz.

Con el correr de los días Napolitano se familiarizó con la ciudad de París y cayó también en su embrujo. Dedicaba los atardeceres para pasear con María que poco a poco iba balbuceando algunas frases en francés.

Caminar de la mano por los puentes que cruzan el Sena y deleitarse con la caída del sol era su paseo preferido. María tenía fascinación por el puente Alejandro III y Lito la llevaba casi a diario a recorrerlo.

El exultante puente, propio del estilo Beaux Arts de la Tercera República Francesa, cruza el río Sena uniendo la explanada de Los Inválidos con el complejo formado por el Gran Palacio y el Pequeño Palacio. Después del Puente Nuevo, que tiene 232 metros, es el más largo de la ciudad.

—Tenés buen gusto, mi vida —solía decirle su esposo—. El puente que tanto te gusta fue declarado monumento histórico en 1975. —A lo largo de su vida Lito había intentado superarse y se había instruido a fuerza de voluntad. Quería ser, además de un buen militar, un hombre culto y refinado, y estar en París lo ponía a prueba constantemente—. La primera piedra de la construcción fue puesta en 1896 por el zar Nicolás II de Rusia —le explicó.

Las mañanas eran para amanecer temprano y trabajar. Se había compenetrado muy bien con sus funciones en el Centro Piloto aunque aún no

tuviera pistas sobre su víctima. Había empezado a rastrear a la otra mujer, a la pariente, seguramente estaban juntas. Hasta que una tarde le otorgaron información que le interesó: un folleto donde se promocionaba un espectáculo de tango. La foto en blanco y negro mostraba una pareja entrelazada y las letras ponían énfasis en la bailarina: “Exitosa bailarina argentina”. Y en tipos más pequeños los nombres de los bailarines: Jean-Louis y Libertad.

La excitación se apoderó de él, tenía que ser ella, la maldita sobrina de Naiquen Battistelli. Su olfato no lo había engañado, si allí estaba una, tendría que estar la otra. Enseguida cayó en la cuenta de que el folleto era viejo y el show que promocionaba se había realizado el año anterior.

Y fue en ese momento en que, como un fulgor, otro descubrimiento se filtró en su mente. El apellido de la jovencita le resultaba familiar, pero durante todo ese tiempo no había advertido el porqué.

—¡Qué estúpido fui! —bramó.

El médico que había atendido a Felicia en Buenos Aires también se apellidaba Perrota. No era un apellido tan común.

—¡Por eso el maldito se interesó tanto en mi supuesta sobrina! —Lito Napolitano estaba enojado, pero muy lejos como para poder descargar su furia en los verdaderos culpables—. Ya verá ese medicucho cuando regrese a Argentina...

De todas maneras y sin perder tiempo se dirigió al bar en cuestión para averiguar. Allí no le dieron mayores datos sobre la pareja, según el mozo que estaba de turno los bailarines se habían ido de gira hacía tiempo y no habían regresado aún.

—Sus planes eran recorrer Francia y extender su baile a otros países —develó.

Lito maldijo su mala fortuna.

—¿Dejaron algún dato o alguien con quien contactarse? —insistió—.

¿Algún familiar a quien recurrir?

—*Rien, monsieur* —fue la seca respuesta del muchacho que quería seguir trabajando.

Napolitano salió de allí con el ánimo en baja. Pero al menos tenía la certeza de que las mujeres se habían exiliado en Francia.



CAPÍTULO 38

Cuatro días estuvo Libertad sentada en la estación de trenes de Niza esperando a Wenceslao. Cuatro días en los cuales apenas comió lo que la gente, apiadándose al verla desamparada y sucia, le dejaba al lado.

Libertad no hablaba con nadie, ni siquiera fijaba la vista en otra cosa que no fueran los viajeros que bajaban de los vagones. Los empleados de trenes y demás habitués se acostumbraron a verla allí y pensaron que estaba loca.

La jovencita solo reaccionaba cuando algún nuevo convoy se acercaba. Durante esos momentos se ponía de pie y sus ojos alertas recorrían los andenes a la par que sus piernas la apuraban para no perderse de nada.

Cuando caía en la cuenta de que ya todos habían descendido y su amado no estaba, volvía a su asiento a esperar.

Usaba los servicios de la estación y había perdido peso y esperanzas. No le molestaba estar sucia y maloliente, de a poco había ido cayendo en la depresión de los que sufren por amor.

Al quinto día un policía fue a buscarla. Una mujer se había quejado de la mala imagen que daba “esa pobre loca que vive en el banco”, frente a sus hijos pequeños que iban a la estación a vender recuerdos y postales para viajeros.

—Además, tiene feo olor —había dicho la madre.

El oficial le explicó que tenía que irse por sus medios.

—Si no obedece tendré que llevarla detenida, *mademoiselle*. —El hombre sentía pena por esa joven que adivinaba bonita debajo de sus ropas

mugrientas y su abandono.

Libertad entendió que no podía permanecer allí y tuvo que aceptar que Wenceslao no arribaría. De haber querido verla se hubiera subido al primer tren que pasó luego de que sus ojos se cruzaron. Pero habían transcurrido cinco días y él no había llegado. De manera que sería ella quien tendría que volver sobre sus pasos.

Se puso de pie y con sus escasas fuerzas se encaminó hacia la boletería. El policía la escoltaba a prudente distancia. La vio sacar los billetes enrollados del fondo de un bolsillo y ofrecérselos al empleado.

Haría el camino inverso, tenía que hallarlo. Wenceslao era la razón de su vida, ya nada le importaba fuera de él. Tenía que recomponerse y dejar la tristeza atrás. Él estaba vivo y eso debería animarla.

El tren a su destino saldría en dos horas, le daba tiempo para adecentarse un poco. No podía llegar a Lyon en ese estado de dejadez, no podía mostrarse así frente al hombre que amaba.

Siempre con su escolta detrás, Libertad se dirigió hacia los sanitarios cargando su equipaje. Allí se miró en el espejo y no se reconoció debajo de la mugre que albergaba su cabello, sus ojeras y su piel seca. Se dio pena y comenzó a llorar desahogando su angustia y sus miedos. Temía que Wenceslao ya no la quisiera, que la odiara por haber confundido la situación. ¿Confundido? No había confusión posible, él la había visto besarse con Jean-Louis. ¿Y si había vuelto a la Argentina? Rogó para que no fuera así, de esa manera su vida correría peligro de nuevo, cualquiera podría reconocerlo en la calle y terminar su cometido.

Una mujer entró al baño e interrumpió su llanto preguntándole si necesitaba algo. Libertad le agradeció.

—Sólo necesito un trozo de jabón —pidió cuando se recompuso.

La viajera salió y regresó al momento.

—No conseguí, pero pedí en la cafetería un poco de detergente —extendió

un pocillo con el líquido que la joven agradeció con algo parecido a una sonrisa.

Sin importarle la presencia de la señora, Libertad se despojó de sus ropas y se higienizó el cuerpo y el rostro con esmero. Después tiró sus prendas sucias en un cesto para la basura y se vistió con las que tenía limpias en la valija.

Sus cabellos también los lavó con detergente y agua fría, de repente no los soportaba engrasados y pegados a la frente.

—Si necesitas algo más, solo tienes que decirme —ofreció la mujer que continuaba allí, mirándola intrigada.

—Solo necesito hallar a mi amor.

Cuando salió de los sanitarios estaba irreconocible, tanto que el policía quedó de pie junto a la puerta, aguardando.

Con decisión se encaminó hacia el andén, faltaba menos de una hora para que llegase el tren que la transportaría a Lyon. Un crujido en el estómago le indicó que tenía hambre y decidió comprar algo para comer.

Satisfecha, Libertad sonrió al ver que los vagones se aproximaban ensordeciéndolo todo. Tratando de apartar los temores y la ansiedad abordó junto con el resto del pasaje. Una vez ubicada apoyó la cabeza sobre el asiento y cerró los ojos.

Rememoró todo lo que había ocurrido desde que con Wen habían planeado huir del país. Nada había salido como habían esperado. Pero la suerte, a pesar de todo, estaba de su lado: estaban con vida.

Pensó en su familia y advirtió que estaban a fin de año. ¿O ya habría pasado? El ánimo festivo no se evidenciaba en la estación y ella había perdido la cuenta de los días. Añoró a su padre, siempre comprensivo con ella y sus ausencias, a su madre y a su hermano. Pensó en sus abuelos y supo que no volvería a ver a Vicente. Tenía un presentimiento muy fuerte respecto de él. Sufrió por su abuela Aime, a quien imaginaba enterrando a su segundo marido, y los sentimientos le revolvieron la razón y le aguaron los ojos. Aime

era una mujer fuerte y Libertad hubiera querido heredar esa fortaleza, pero a menudo se sentía frágil y dependiente. Ahora tenía la oportunidad de demostrarse a sí misma quién era.

Estaba sola, inmensamente sola al otro lado de su mundo. En un país extraño, sin sostén ni refugio, sola con su alma y sus decisiones. ¿Sería capaz de salir adelante? ¿Sería capaz de sobrevivir si no hallaba a Wenceslao? No deseaba tener que pasar la prueba. Él siempre tenía soluciones para todo. Aun para esa muerte que había querido llevárselo y a la cual se había resistido.

Evocando sus ojos se durmió. Cuando despertó habían dejado atrás Niza, la joya de la costa Azul. Adormilada, luego de tantos días sin verdadero descanso, transitó el resto del viaje hasta llegar a Lyon. Con prisa tomó su escaso equipaje y descendió. Tenía que comenzar por buscar alojamiento, había resuelto no volver a dormir en un banco de andén. Si Wenceslao todavía estaba allí iba a hallarlo.

En los alrededores de la estación había hoteles económicos y se alojó en uno de ellos. Dejó sus cosas encima de la modesta cama sin reparar en la pared a medio pintar ni en las cortinas ajadas y salió a la calle. Hacía frío y el viento helado le dio en pleno rostro, hizo caso omiso y avanzó sin rumbo fijo. ¿Por dónde comenzar a buscar? De repente una idea le arrancó una sonrisa y sus ojos gatunos se iluminaron como si un sol los alumbrara por dentro.

Corrió hasta una cabina telefónica y marcó el número de la operadora. Cuando la atendieron pidió el número de su tía Milagros en París. Discó y aguardó con el corazón todavía agitado.

Al escuchar la voz familiar Libertad dio un gritito de júbilo.

—¡Soy yo! ¡Libertad!

—*Ma chérie!* —respondió Milagros en francés—. ¿Cómo estás? —No quiso nombrar a Wenceslao por temor a que aún no se hubieran encontrado.

—¡Tía! ¡Wen está con vida! —fue lo único que se le ocurrió decir antes de liberar el llanto.

—Lo sé, querida, lo sé. Estuvo acá y nosotros los guiamos hasta vos. Es un muchacho encantador, Libertad, y se nota que te ama.

Sus palabras la tranquilizaron por unos instantes.

—Tía... —hizo una pausa, las emociones le impedían articular bien las palabras—, estoy tan feliz de que él esté bien, pero por otro lado...

—¿Sucedió algo? —Milagros sintió la voz de alarma de la joven.

—¡Oh, sí! —No quería llorar de nuevo, en cualquier momento se le acababa el crédito para la comunicación—. Es que... nos cruzamos en la estación de trenes...

—¿Y?

—Jean-Louis me besó en el mismo momento en que lo vi. Fue apenas un instante, tía, pero sus ojos me odiaron...

—¿Y dónde están ahora?

—Yo estoy en Lyon...

—¿Lyon? ¿Está tu novio con vos?

—No. El tren partió y él... —como pudo le resumió lo ocurrido entre hipos y lágrimas—. No sé qué hacer, tía, tengo que encontrarlo.

—Volvé a París, Libertad, no podés estar sola en una ciudad extraña. Volvé, yo voy a ayudarte a encontrarlo, pero vení a casa. —No quiso contarle sobre la muerte de Fresia, no deseaba sumar más angustia a la jovencita.

—Pero... ¿Y si él está aquí? ¿Cómo voy a hacer para hallarlo? Es como buscar una lágrima en el mar... —Rompió en sollozos de nuevo. Su estado anímico era muy inestable producto de todo cuanto le había ocurrido.

—Tomaré el primer tren a Lyon —resolvió Milagros de inmediato. Pensó en su hermana Lihúen y supo que no podía abandonar así a su hija.

—¿De verdad harías eso por mí?

—Mañana mismo estaré ahí. —Libertad le dio la dirección del hotel y se despidieron.

Después vagó por las calles y sin darse cuenta llegó hasta la orilla del río

Ródano. De pie frente al curso de agua pudo apreciar la belleza del atardecer. Durante todo ese tiempo no se había detenido a observar el maravilloso entorno de los sitios por los que había viajado.

Se sentó sobre un pequeño paredón a mirar las mansas aguas. Aspiró el aire con fuerza y cerró los ojos. Dejó que el viento le diera en la cara y se llevara sus recientes lágrimas. Deseo con todo su pensamiento que Wenceslao estuviera a su lado, imaginó sus manos recorriendo su cintura y acariciando su rostro. Hasta pudo sentir el tibio beso de sus labios.

El graznido de una gaviota la trajo de vuelta a la realidad y al abrir los ojos solo vio cerca un perro que vagaba por la zona. Deshizo el camino de sus pasos y emprendió la vuelta al hotel.

Esa noche Libertad durmió como hacía rato no lo hacía. La tranquilizaba saber que su tía iría por ella. Todo lo acontecido la había dejado desmadejada e insegura. Quería volver a ser la de antes, pero sabía también que ya no había retorno.

Milagros arribó al atardecer del día siguiente. Al verse se abrazaron con emoción y se sentaron sobre la cama para ponerse al día con los relatos.

Como necesitaba descargar todos sus sentimientos, Libertad habló durante casi una hora mientras que Milagros asentía o intercalaba alguna que otra frase. Cuando la joven terminó su relato miró a su tía con ojos implorantes:

—¿Creés que esté enojado conmigo?

Milagros hizo un gesto de indefinición.

—No lo sé, no lo conozco lo suficiente como para saber de sus reacciones.

—Pero... ¿no pensás que debería haberme ido a buscar a Niza? Conocía el rumbo del tren...

—No pienses en eso ahora, Libertad —la tía se acercó y tomó sus manos frías—, tenés que estar feliz de que está vivo. Hasta hace unos pocos días lo creías muerto y ahora sabés que está aquí cerca, que vino tras tus pasos, a buscarte.

Los ojos gatunos se humedecieron.

—Él te ama, Libertad, lo vi en su mirada —tranquilizó Milagros—. Tal vez esté enojado, pero se le pasará, comprenderá la situación, ya verás.

—Dios quiera que sea así, tía.

—Vení, vamos a comer algo. —Milagros se puso de pie y miró a su alrededor con un gesto de desolación—. Acá no hay nada y yo vengo muerta de hambre —añadió a sus palabras una sonrisa.

Mientras caminaban por las calles en busca de un sitio para cenar, Milagros dijo:

—Lyon es la cuna de los chefs más famosos del mundo, seguro que no probaste ninguna de las delicias locales desde que llegaste —trataba de animar un poco a la jovencita.

—No... apenas comí.

—Tenés que engordar un poco, Libertad, sos piel y hueso.

—No te olvides, que en nuestra familia las mujeres son delgadas —aportó Libertad haciendo referencia a su abuela y a su madre.

—*Touché* —replicó la tía mientras ingresaba en un bodegón—. Aquí parece que hay buena cocina, te voy a hacer probar la sopa de cebolla.

Durante la comida, Milagros le contó las noticias que había traído Wenceslao de la Argentina, entre ellas la muerte de Fresia.

—¿Le avisaste a Naiquen? —quiso saber Libertad.

—Le envié una carta hace unos días, pero con las fiestas de fin de año no debe haberla recibido todavía.

—Pobrecita...

Milagros se quedó en Lyon una semana durante la cual gastaron todo el dinero que la tía había llevado, sin dar con el paradero de Wenceslao. Libertad había querido telefonar a la Argentina para preguntar pero Milagros se lo prohibió.

—Mañana mismo volvemos a París —resolvió la mayor—. Acá no hay

nada más que hacer.

Resignada, Libertad asintió y se entregó a su decisión.



CAPÍTULO 39

La Navidad había pasado y el año llegaba a su fin. Los fríos eran intensos en el campo y Naiquen tiritaba todo el tiempo pese a que siempre estaba en movimiento.

Sus hijos por el contrario no sentían ni el viento helado ni las bajas temperaturas y pasaban la mayor parte del tiempo afuera, junto a los caballos.

Desde la ventana de vidrios empañados Naiquen los espiaba. Pablo se movía entre los animales como pez en el agua y confraternizaba con los niños que iban a la hipoterapia. Mauro había comenzado a montar el caballo que Mathieu les había regalado; el pequeño se las había ingeniado para subir sin ayuda de nadie y la madre sufría cada vez que lo veía luchar contra su incapacidad.

La estrategia consistía en llevar a Tornado hasta un tronco cortado y colocarlo bien cerca de este. Luego saltaba sobre el madero y de ahí se deslizaba hacia el lomo del animal. Las primeras veces le había costado mantener el equilibrio para no caer hacia el otro lado, pero con esfuerzo y perseverancia lo había logrado.

Una vez sentado sobre la montura tomaba las riendas con su única mano y se alejaba hacia los árboles que bordeaban el camino de entrada. Después volvía y le entregaba el caballo a Pablo que contaba los minutos con minuciosidad.

De a poco el pequeño iba incorporando habilidades que lo volvían más independiente. Naiquen se mordía la lengua y se ataba los brazos para no

acudir en su auxilio cada vez que lo veía intentar un nuevo desafío, pero luego se acordaba de las palabras de Lucien y lo dejaba solo aun cuando lo veía desfallecer en cada intento.

Era muy duro para ella pero también sabía que era provechoso para él. Ella no estaría toda la vida para asistirlo y tampoco deseaba que fuera una carga para su hermano. Debía aprender a valerse por sí mismo y ese era el camino correcto.

—Naiquen —Lulú interrumpió sus pensamientos—. Llegó una carta para ti.

La mujer se volvió con un gesto de extrañeza.

—Es de París —informó la mayor—, debe ser de tu prima.

El rostro de Naiquen se iluminó y la tomó entre sus manos. Era un sobre grande, abultado.

—Debe ser para desearnos felices fiestas —dijo mientras la abría con entusiasmo.

Desgarró con cuidado los bordes del blanco papel y descubrió que adentro había una carta y un sobre más pequeño, cerrado, que llevaba su nombre al frente. Lo dio vuelta y vio en el remitente que era de Nehuén. Sin quererlo el corazón comenzó a latirle con fuerza y el calor le quitó un poco el frío que la habitaba.

—Iré a mi cuarto a leer tranquila —huyó de la presencia de la doméstica.

Sentada sobre su cama comenzó por la carta de Milagros que para su desazón no comenzaba con buen tono. Ni una palabra de felicitaciones por la Navidad ni por el Año Nuevo. Con apenas una breve introducción su prima le contaba que había aparecido Wenceslao, el novio de Libertad a quien creían muerto, circunstancia que la alegró. Pero enseguida le daba la fatal noticia sobre su madre.

No pudo seguir leyendo, las hojas se le cayeron de las manos y los ojos se le llenaron de ríos. Lloró desconsolada sin entender qué había ocurrido.

Cuando pudo detener el caudal de su llanto volvió a la irregular caligrafía de su prima, buscando una explicación, algún motivo, pero no halló nada. Solo la información desafortunada, ni un dato más había traído Wenceslao. Después Milagros le contaba sobre Libertad, que seguía de gira y a quien ansiaba ver junto a su amado pronto. La despedida habitual y cariños a los niños. Nada más.

Aferrada a la carta se recostó sobre el lecho y el llanto arrancó de nuevo, esta vez con más fuerza arrastrando el dolor que llevaba dentro. Las lágrimas la vencieron y se durmió aun cuando faltaba todavía bastante para la cena.

—¡Mamá! —La voz de Pablo irrumpiendo en su cuarto la hizo saltar de la cama—. ¿Qué te pasa? —preguntó el pequeño al advertir sus ojos hinchados y su nariz roja.

Naiquen se incorporó y trató de recomponer el gesto.

—¿Qué pasó, mamá? ¿Carta de Argentina? —preguntó al divisar el sobre que había caído al suelo.

—No, mi amor, es de la tía Milagros.

—¿Y por qué estuviste llorando? —En ese instante Mauro ingresó al cuarto y la indagó con sus ojos penetrantes.

—Es que... no son buenas noticias, chicos —comenzó haciendo esfuerzos para no llorar—, la abuela falleció.

—¿La abuela Fresia? —Los ojitos de Pablo se colmaron de pena.

—Sí, mi vida, la abuela Fresia. —Abrió los brazos para cobijarlos y ambos se apretaron contra su pecho que se fue mojando por sus lágrimas.

Entre la pena que sentía, un sendero de luces se fue encendiendo: Mauro estaba llorando, estaba manifestando un sentimiento; buena señal. Lentamente su hijo volvía a ser el de antes, solo faltaba que sonriera y hablara. Era un avance que dejara salir su pena.

Así los halló Lulú que iba a buscarlos para la cena. Tras una breve explicación y el pésame de rigor se encaminaron todos hacia la cocina.

—¿El señor no cena en casa hoy? —preguntó Naiquen al ver que las luces del comedor estaban apagadas y no estaba servida la mesa.

—No... —Lulú hizo un gesto de desaprobación.

La comida fue silenciosa, apenas interrumpida por el ruido de los cubiertos. Los chicos estaban ensimismados tratando de asimilar el dolor y la distancia que les impedía despedirse de su querida abuela, con quien habían pasado gran parte de la infancia.

Después se fueron a la cama y Naiquen se quedó en la cocina para ayudar a Lulú.

—Lamento mucho lo de tu mamá —dijo la mujer.

—Lo peor es sentir que no puedo hacer nada... no pude despedirme de ella y volver...

—¿A Argentina? —interrumpió Lulú—. Después de lo que me contaste sería una locura, niña. Además ya nada puedes hacer allí. No tiene sentido.

—Lo sé... pero siento impotencia y culpa también.

—Ay, hija... —consoló Lulú—, la culpa no sirve para nada, solo hace que tu mochila se cargue de piedras que te impiden avanzar.

Hablaban a medias lenguas entre el francés que Naiquen había aprendido y el español que intentaba Lulú, se entendían bastante.

El ruido del motor del auto les indicó que Lucien había llegado. Ambas se miraron con extrañeza, era temprano.

Sus pasos potentes se hicieron sentir y enseguida estuvo en la cocina. Siempre que llegaba pasaba para servirse agua o jugo, era su costumbre.

—¿Por qué traes esa cara? —fue lo primero que dijo al descubrir la evidencia del llanto en el rostro de Naiquen—. ¿Los chicos están bien?

La madre se enterneció ante su preocupación por sus hijos, en el fondo, ese hombre extraño y de carácter tan variable tenía un corazón.

—Sí, señor —respondió—, es que... mi madre... —De nuevo la tristeza se hizo presente y le atenazó las palabras.

—Hoy llegó una carta de su pariente —explicó Lulú—, en la que le dice que su madre falleció.

El gesto de Lucien se suavizó al decir:

—Lo lamento, Naiquen. Si hay algo que pueda hacer solo tienes que decirlo.

—Gracias, señor, gracias —murmuró.

Lulú anunció que se iba a dormir antes que el dueño de casa le pidiera algo y salió dando las buenas noches.

Lucien se sentó y estiró las piernas.

—¿Necesita algo? —preguntó Naiquen poniéndose de pie, presta para ir detrás de Lulú.

—Siéntate —ordenó—. Solo quiero hablar un rato.

La mujer obedeció, contrariada. No tenía ganas de conversar, quería esconderse en su habitación y llorar. Ni siquiera recordaba que había dejado sin abrir la carta de Nehuén.

—Cuando mi madre murió fue muy duro para mí. —Ella se sorprendió de que le contara tal intimidad—. Su muerte marcó una nueva etapa en mi vida. —El hombre cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, volviendo en el tiempo.

Naiquen observó su nuez de Adán, su cuello fuerte y su mandíbula angulosa. Al caer sus cabellos a su espalda pudo ver su deficiencia, la falta de su oreja que él exponía para ella. Se preguntó si su gesto sería adrede o si había bajado la guardia. Teniendo en cuenta lo que le había contado Lulú se dijo que él era plenamente consciente de que ella lo estaba viendo.

—Yo no tuve ningún accidente como tu hijo —dijo Lucien confirmando sus sospechas—, nací así, deforme.

—No diga eso...

—Eso es lo que soy, lo que siempre fui: deforme. Así me decía mi padre y por eso me detestaba. —Naiquen lo dejó hablar, temerosa de interrumpirlo y

romper esa complicidad que él le ofrecía—. En cambio mi madre siempre me protegió y trató de minimizar mi defecto, resaltando otras cualidades que solo ella veía. Fue la única persona en el mundo que verdaderamente me amó. — La argentina sintió pena por él, enseguida lo comparó con Mauro. Una puntada de dolor la cruzó en dos al pensar que tal vez ella fuera la única persona que amaría de verdad a su hijo. Como si leyera sus pensamientos él acotó—: Tu hijo tendrá más suerte, no te preocupes. Tiene toda una vida por delante para elegir bien a las personas que lo acompañarán en su camino.

—Dios lo escuche —murmuró.

—“*On ne voit bien qu’avec le cœur; l’essentiel est invisible pour les yeux.*”

—“Se ve solo con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos.” *El principito* —respondió Naiquen.

—Así es... lectura supuesta para niños, que los niños no comprenden. — Lucien se puso de pie—. Vamos a dormir, Naiquen, mañana es el último día de este año.

Ella lo imitó y salieron juntos de la cocina. A medida que avanzaban él iba apagando las luces. Cuando llegaron al pasillo él le cedió el paso y la siguió a escasa distancia. Se detuvieron frente a la puerta de Naiquen.

—Quisiera poder confiar en ti. —Sus palabras la sorprendieron.

—Puede hacerlo —respondió sin entender por dónde venía la cuestión.

Lucien sonrió con ironía.

—No entiendes a qué me refiero, ¿verdad?

Ella meneó la cabeza en señal de negativa.

—No importa, olvídalo. —Y continuando su camino hacia su cuarto se despidió con un “hasta mañana” que la dejó con el alma vacía y ganas de un abrazo.

Una vez en su habitación vio la carta de Nehuén que había quedado tirada sobre el cubrecama. La tomó y le dio unas vueltas antes de abrirla. La caligrafía de su sobrino segundo la sorprendió, no tenía la típica letra de

médico, torcida e ilegible, sino una más bien redondeada y prolija, como todo él. Una sonrisa se le escurrió entre los labios. Recordaba a Nehuén pulcro y atildado. Hasta debía tener ordenado su placar por colores y texturas.

Empezó a leer sus palabras de pesar por la muerte de su madre y luego las de amor y resignación entre las que se colaba una mínima cuota de esperanza. *“Sé que nunca voy a encontrar a mujer como vos, y aunque océanos y años nos distancien siempre vivirás en mi corazón. Te estaré esperando para cuando decidas volver.”*

No pudo evitar las lágrimas, no por la frustración de un amor que nunca sintió, sino por esa posibilidad errónea. Nehuén no era para ella, jamás lo sería, y sin embargo, el destino quería que ese fuera el hombre que la amara. Lloró por su madre muerta, por su marido abandonado, por su familia lejana y sus hijos arrancados de su vida cotidiana. Así se durmió; soñó con caballos y niños corriendo.

El último día de ese año 1978 llegó con lluvias y truenos. La actividad terapéutica se había suspendido con anticipación, ya que varias de las familias que concurrían y los trabajadores tenían previstos viajes.

La cena sería mucho más tranquila, solo los habitantes de la casa compartirían de nuevo la mesa con el dueño.

Naiquen amaneció con dolor de cabeza y tristeza en el alma. No podía hacer un buen balance del año que se iba. Todo había resultado mal: el final de su matrimonio, el tiroteo, los secuestros y asesinatos que habían sumido a su país en llamas y la oscura muerte de su madre, porque aunque nadie le había dicho nada tenía un extraño presentimiento sobre su final.

Los chicos también estaban cabizbajos, la noticia del fallecimiento de la abuela aún los sacudía. Para peor la lluvia les impedía salir a disfrutar con su nuevo caballo, acentuando la tristeza con el aburrimiento.

Lucien Mathieu se había encerrado en su escritorio para verificar cuentas, para él también había sido un año magro en ganancias.

—¿Notaste que ya no bebe tanto? —Lulú y su pregunta zarandearon la nostalgia de Naiquen.

—¿Te refieres a él? —respondió meneando la cabeza en dirección a su oficina.

—Sí, de un tiempo a esta parte anda más tranquilo —bajó la voz como si las paredes pudieran oírla—. Yo creo que ustedes le hacen bien —añadió con un gesto de picardía.

—¿Nosotros?

—Sí, mi niña, un poco de alegría en la casa, chicos normales. —Al advertir su desatino se santiguó—. ¡Válgame Dios! ¡Que soy bruta! Esos pobres infelices que vienen a la terapia no tienen la culpa de la marca del Señor.

—Ay, Lulú... qué cosas dices... —Pensó en su hijo, a quien nadie juzgaría normal, solo ellas.

—Pero es cierto, fíjate que no sale tanto, y si lo hace no regresa tan tarde —continuó refiriéndose a Lucien—, ¡y viene sobrio!

El ruido de un motor y una bocina las interrumpió.

—Ve a ver quién es —dijo la mayor—, así termino de preparar esto —señaló el pastel que estaba sazonando para la cena.

Naiquen se abrigó antes de asomarse al frente de la casa donde un hombre mayor de cabellos entrecanos aguardaba debajo del alero.

—Buenos días —saludó la mujer.

—Buenos días, señorita —el hombre adivinó de inmediato que era extranjera, aún no lograba una buena pronunciación—. Vengo a ver a Lucien —lo dijo con familiaridad, como si lo conociera de toda la vida, por ello Naiquen lo hizo entrar.

—¿Su nombre? Así lo anuncio.

—Marcel Rodiné.



CAPÍTULO 40

En París Wenceslao dejó de teñirse el cabello y su rubio volvió a brillar como antaño. Solo sus ojos de cielo continuaban apagados; tal vez nunca volvieran a encenderse.

Seguía trabajando como traductor y de a poco se había ido comprometiendo con la ayuda solidaria a compatriotas exiliados, aunque lejos de las banderías políticas. No podía con su genio, siempre sería un peón a la hora de colaborar con los más necesitados.

Su tarea de beneficencia consistía en enseñar francés para que los que seguían llegando pudieran insertarse en el país y acceder a trabajos menos precarios. Entre mates y canciones de Sui Generis se pasaba los atardeceres y las noches en compañía de argentinos que todavía sufrían el desarraigo y la tortura.

Casi todos querían quedarse en París pese a ser uno de los lugares más caros de Francia, no por las candilejas de la ciudad luz sino por la solidaridad y el apoyo que allí encontraban de la mano de coterráneos y de las agrupaciones que los reunían.

Con el paso de los días Wenceslao se fue vinculando cada vez con más gente y logró que la tristeza se hiciera a un lado. Estaba allí, agazapada en un rincón de su ser, mientras él avanzaba en sus propósitos para progresar, aun cuando eso era mal visto por los compañeros montoneros, quienes tildaban de cobardes a los que querían integrarse a Francia abandonando la revolución.

Se había cruzado con varios exiliados que vivían en una micro Argentina

dentro de París, con los ojos únicamente puestos en la contraofensiva, con toda la energía concentrada en eso, por tanto era imposible y hasta impensable que eligieran el estudio o el trabajo. Vivían con lo mínimo pero los alumbraba la esperanza del cambio.

Más de un militante había discutido con algún compatriota acusándolo de traidor, de burgués por querer progresar y estudiar. El mundo de los exiliados era un complejo social digno de análisis, pero Wen prefería abstraerse de esa vida pasada y volcaba su esfuerzo en trabajar y ayudar a quienes lo necesitaban. Su alma, pese a estar fragmentada, era noble y generosa.

Cuando le ofrecieron dar clases de español en una empresa que tenía proyectos de expansión no tuvo más opción que inscribirse en la universidad para revalidar su título, porque de esa manera podía estar en regla para un trabajo de medio tiempo y obtener cobertura social.

De a poco fue prosperando y pudo cambiarse a un hotel de mayor calidad, mejor ubicado en relación a sus actividades que le ocupaban todo el día.

Gracias al dinero que había reunido pudo comprarse la Grundig Satelite, una radio con 18 frecuencias y antena de alto alcance. Con ella podía escuchar noticias de la Argentina a ciertas horas. Era el sueño de muchos poder oír sobre la tierra natal.

También junto con otros argentinos había comenzado a colaborar con la revista *Sin Censura*, en plena gestación, de la cual participaban Julio Cortázar y Osvaldo Bayer, que enviaba notas desde su destierro en Alemania. La publicación quería aportar datos para esclarecer los crímenes de la dictadura.

Por la noche caía tan cansado que no había espacio para pensar en Libertad y su traición. Evitaba las mujeres, no tenía ganas de volver a relacionarse con ninguna y desahogaba sus necesidades masculinas recurriendo a la masturbación. Tenía el corazón tan herido que pensar en que alguna otra pudiera lastimarlo de nuevo lo alejaba de todas.

A veces concurría a eventos sociales que los mismos exiliados organizaban

para paliar el desarraigo. Las iglesias cristianas y diversas asociaciones solían aportar sus salas de conferencias y de fiestas para actos y reuniones. Los viernes continuaba yendo a la parrilla de los uruguayos de la calle Nanteuil, un clásico para todos los argentinos.

Allí conoció a un mendocino que había adoptado el régimen de refugiado.

—Ando con el pasaporte de Ginebra, como no pude ni acercarme a la Embajada Argentina lo tramité ante el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, con sede en Ginebra —le dijo—, que tiene más de doscientas cincuenta oficinas repartidas por todo el mundo.

Wenceslao desconocía todo eso y escuchaba atento.

—Pasé de la cárcel directamente al avión —relató un compañero.

El derecho de opción que preveía el artículo 23 de la Constitución argentina había sido suspendido por la Junta Militar en 1976, pero en septiembre de 1977 la opción había sido restituida con una modificación: su otorgamiento quedaba a criterio del Poder Ejecutivo, que podía negarla si consideraba que el detenido, desde el exterior, podía implicar un peligro para la seguridad de la nación.

—Mis compañeros militantes me acusaron de desertión y traición, pero era más importante mi vida —continuó—. Sé de gente que fue sentenciada a muerte por su propio partido. Ya todo estaba desmadrado, los líderes montoneros lograron irse en 1977 y no autorizaron oficialmente nuestra salida —había pesar y decepción en su voz—. Pero yo no siento culpa, aunque muchos de mis compañeros me juzgarían y condenarían por irme. Es todo muy contradictorio...

Wen sabía de qué hablaba, empezaba a entender el porqué de la traición. La huida del país solo era bien recibida para trabajar desde afuera para la organización. Su partida había sido vista como un acto de “traición a la causa”, y por ello el castigo.

—Entiendo... —murmuró—. Por lo que deduzco no estás en el *foyer*...

Quienes se refugiaban podían aceptar los seis meses de residencia en *foyers*, hogares colectivos que ofrecía el sistema francés. Allí recibían alojamiento, comida y una pensión mínima para gastos de movilidad.

—No, no —replicó el otro enseguida—, no quería estar más encerrado. El *foyer* tiene un sistema de comidas reglamentarias, ese tipo de cosas... ¡era como estar de nuevo en la cárcel! Necesitaba libertad, de modo que empecé a estudiar. Durante tres meses me pagan una ayuda para que pueda estudiar lengua.

—Me alegro por vos—respondió Wenceslao.

Un viernes concurrió a la parrillada y le anunciaron que habría un espectáculo luego de la cena.

—Tango —dijo un compatriota—, viene una bailarina argentina que se emparejó con un francés.

Al oír tales palabras a Wenceslao se le secó la boca y su corazón galopó como si lo persiguieran los demonios.

—Te pusiste pálido —dijo su interlocutor—. ¿Estás bien?

Se acercó a una silla y se sentó llevándose las manos a las sienes. Un repentino dolor de cabeza lo martilleaba fuerte. Hacía días que había logrado vencerlo y ahí estaba de nuevo esa aguja taladrándole el cerebro. Desde el disparo nada era igual.

Su compañero aguardó un momento hasta que Wenceslao se fue tranquilizando y sosegó su palpitar.

—Estoy bien, ya pasó.

—Te decía, hoy habrá tango, dicen que la rubia es muy bonita, además de excelente bailarina.

—¿Rubia? —repitió.

—Sí —caminó hasta el mostrador trayendo consigo un afiche—. ¿No es linda? —preguntó exhibiéndole una fotografía malograda a causa de tantas impresiones de baja calidad donde se veía una pareja de bailarines

entrelazada. La mujer era bonita, pero en nada se parecía a Libertad.

—Sí, es linda —reconoció con más calma. Después se puso de pie—. Voy a tomar aire un rato, regresaré para la cena.

Lejos de allí, en Montmartre, Libertad ayudaba a su tía Milagros a preparar la comida. La jovencita aún estaba recomponiendo el cuerpo luego de sus días de viaje y mala alimentación. La falta de descanso y la pena se evidenciaban en su delgadez y el color macilento de sus mejillas. Sus ojos también estaban mustios y su voz apagada.

—¿Respondió Naiquen? —quiso saber mientras cortaba las papas que alimentarían el guiso.

—No... pero con estos días de fiesta... —refiriéndose a los feriados de fin de año—. Me gustaría ir a verla, ¿no creés que nos haría bien unos días al aire libre?

Libertad negó con la cabeza antes de responder.

—Yo solo quiero encontrar a Wen —dijo al fin—, no creo que él se haya ido para el campo.

—Tenés razón... —concordó la tía—, además no puedo dejar a Gustave otra vez con todo lo del taller. —El trabajo se acumulaba en el atelier, ella se había convertido en su mano derecha.

—No sé por dónde comenzar, tía... ¿y si se fue de París? ¿Y si eligió España?

Milagros se conmovió, era cierto lo que decía su sobrina, Wenceslao podía estar en cualquier punto del planeta, sería difícil hallarlo.

—¿Y si llamamos a Argentina? ¿A su casa? —Libertad no sabía que las familias de quienes formaban parte de una lista negra tenían los teléfonos pinchados, no así las de quienes habían adoptado el régimen de refugiados.

—¡Sabés que es una locura! —reaccionó Milagros—. No podés alertar a nadie ni poner en riesgo a la familia. La tuya y la de él.

—¡Oh, tía! ¿Cómo voy a hacer para dar con él? —La joven dejó los

utensilios de cocina y se desplomó sobre una silla.

—Llorá si te hace falta —la otra mujer se acercó y le acarició el pelo—, hallaremos una solución, vas a ver. —Intentó darle ánimos—. Haremos lo siguiente, mañana mismo vamos a recorrer las distintas organizaciones para exiliados, los lugares que los argentinos frecuentan, preguntaremos aquí y allá. Quedate tranquila que si está en París lo vamos a encontrar.

—¿De verdad lo creés? —Sus ojitos claros brillaron con una luz de esperanza.

—No te mentiría —prometió.

A la mañana siguiente Milagros se levantó temprano y se fue para el taller. Quería dejar todo lo necesario para que su marido pudiera seguir trabajando sin complicaciones. Pensó que sería lindo tener un buen cuadro con el perfil de Libertad, era una muchacha muy bella y llamativa, pero entendió que la joven no estaba de ánimo para volver a posar ante nadie. Dejaría pasar el tiempo antes de pedírselo.

Después volvió a la casa y halló a su sobrina esperándola, con la ansiedad pintada en el semblante.

—Vamos —dijo tomándola del brazo—, si me demoraba un minuto más te escapabas sola —bromeó.

Mientras bajaban por las callecitas empinadas y engalanadas con las guirnaldas que habían quedado de los festejos de fin de año y las flores de estación, Milagros le iba contando cómo era la dinámica de los argentinos exiliados.

—¿Y cómo sabés tanto? —preguntó Libertad subiéndose el cuello de su gabán.

—Estuve averiguando, Gustave también se ocupó.

—Gracias —murmuró la muchacha, conmovida—. No sé qué haría sin ustedes.

—Para eso somos familia.

Como era jueves, el primer sitio al que concurren fue la Embajada Argentina, porque allí se manifestaban los argentinos junto con franceses de diversas ONG, como el grupo Nuevos Derechos Humanos y la Asociación de los Cristianos por la Abolición de la Tortura (ACAT).

Las Madres de Plaza de Mayo también llegaron a Francia y todos los jueves comenzaron a reunirse frente a la embajada, creándose la Solidaridad con las Madres (SOLMA), la filial de las Madres en París, de la que participaban varias francesas y argentinas con hijos o nietos desaparecidos.

Las marchas de los jueves habían surgido como una réplica de las que se realizaban en la Argentina frente a la Casa de Gobierno por las Madres de Plaza de Mayo, llamadas por la Junta “las locas de la Plaza de Mayo”.

Ni bien llegaron, Libertad perdió la compostura y comenzó a caminar entre la muchedumbre buscando con ojos desorbitados entre esa gran masa de gente que reclamaba la aparición de sus compatriotas y el cese de las torturas. Milagros la seguía como podía temiendo perderla entre el gentío.

El juego era siempre el mismo: la manifestación avanzaba por la Rue Cimarrona, calle de la embajada, entre policías y barreras, y al llegar a la puerta aguardaba que el portero abriera. Este, un hombrecito con bigotes muy negros, recibía el listado con los nombres de los desaparecidos diciendo “veré qué puedo hacer”. El ritual se repetía semana a semana. Familiares de franceses desaparecidos, argentinos exiliados, familiares de argentinos de quien nadie tenía certeza de su paradero entregando el listado y la falta de respuesta oficial.

A ambas las conmovieron las mujeres con los pañuelos blancos portando pancartas con las fotos de sus hijos, mujeres que tenían grabado en el rostro la marca del desconsuelo. También había asociaciones francesas e instituciones solidarias que abogaban por los secuestrados.

—Cuánto dolor se respira —dijo Libertad al borde del llanto—, no creí que hubiera tanta repercusión acá...

—Así es... es todo tan conmovedor —debió admitir Milagros, que vivía en la cima de Montmartre, ajena a todo entre sus cuadros y artesanías, como si quisiera escaparse del mundo y sus realidades.

Milagros afinó el oído y se enteró de que además de acusar a Videla muchos estaban en contra del propio presidente Giscard d'Estaing por su inacción frente a la desaparición de sus conciudadanos.

—¿Esa no es Catherine Deneuve? —preguntó Libertad sorprendida.

Milagros se estiró y divisó a la diva entre la multitud.

—Sí, es ella.

Luego se enterarían de que numerosas personalidades de Francia concurrían a las manifestaciones.

Después de recorrer rostros y no hallar a Wenceslao, con dolor de cabeza y de alma, Milagros arrastró a su sobrina hasta un bar para paliar el frío y el agotamiento.

Entre chocolate caliente y *croissants* las mujeres advirtieron que se les había pasado el almuerzo.

—Sabés... —comenzó Milagros—, tengo ganas de tener un bebé.

Los ojos de Libertad brillaron de modo especial, ella también había soñado con un bebé con los ojos de su amor.

—Es una linda noticia —dijo mirando a su tía con ternura.

—No lo hablé con Gustave aún...

—¿Pensás que no va a querer? —preguntó Libertad al ver la expresión de duda en los ojos de Milagros.

—No lo sé... nunca mencionamos el tema —hizo una pausa para beber—, desde que estamos juntos jamás hablamos de un bebé.

—Eso no significa que no lo quiera... ¿Por qué tenés miedo de decirle lo que te pasa?

—No lo sé... —Milagros sonrió y meneó la cabeza—, no lo sé. Soy una tonta.

—No, no lo sos —Libertad extendió la mano por encima de la mesa para tomar la suya—, sos la mejor tía del mundo.

—¡Soy la única que tenés!

Ambas rieron.

Cuando Lito llegó al hogar María era un manojito de nervios. Ni bien abrió la puerta vio a su mujer paseándose con la niña en brazos. Felicia no cesaba de gritar y se sacudía cual posesa.

—¡Pero! ¿Qué pasa aquí? —Se acercó raudo y tomó a la pequeña en sus brazos.

Lejos de calmarse la criatura continuó con su berrinche, algo extraño en ella siempre tan tranquila. El padre intentó sosegarla cantándole la canción con que solía dormirse pero Felicia no lo escuchaba. Chillaba y babeaba como loca.

—¿Qué le hiciste? —increpó con furia a su mujer, equivocando su reacción y advirtiéndolo enseguida—. Perdoname, es que esta niña así...

—No deja de gritar desde hace dos horas —sollozó María—, no sé qué hacer con ella. Debemos llevarla a un médico.

—Tenés razón, vamos de inmediato.

En el hospital tardaron bastante en atenderlos pese a que Napolitano insistió. Allí no tenía el peso que ostentaba en Buenos Aires y tuvo que permanecer sentado en el banco junto con otros pacientes.

Felicia se había dormido luego de tanto despliegue de energía, pero su sueño era intranquilo. Se evidenciaba su nerviosismo por el movimiento repentino de sus manitos o las convulsiones de su cuerpo. Ante cada salto de la pequeña María lloraba desconsolada.

—No te inquietes mujer, la nena está bien. —Lito no podía admitir que su hija no fuera perfecta como él la había soñado. Había elegido con cuidado a

su madre de entre todas las secuestradas embarazadas y presumía que el padre era de buena salud, aunque no tenía la certeza.

El médico demoró casi dos horas en atenderlos y cuando lo hizo la niña ya estaba otra vez a los gritos. No hizo falta explicarle los síntomas: todo el hospital estaba al tanto.

El doctor le ordenó unos estudios neurológicos que tardarían unos cuantos días entre los turnos de los análisis y los resultados. Mientras, para paliar la crisis, le recetó unos sedantes.

—No quiero drogar a mi hija —fueron las primeras palabras del militar.

—No es droga, señor, sino calmantes para que su sistema nervioso funcione mejor. —La rotundidad de estas palabras se estrelló contra la rigidez de Napolitano, quien tuvo que acceder—. No queremos que su hija sufra.

Salieron del hospital con el alma en los pies. María llevaba a Felicia en brazos porque ya le habían aplicado la inyección y dormía profundamente. Lito rumiaba su enojo entre dientes, enojo que no sabía contra quién dirigir. Cayó en la cuenta de que allí, en París, no tenía el desahogo que tenía en Buenos Aires. Allí no había centros clandestinos de detención a donde poder ir a torturar y saciar su sed de violencia.

Tuvo que conformarse con hacerle el amor a su mujer que parecía ida del mundo. A María no le importaba la intimidad con su marido esa noche triste, ella solo quería ver a su niñita en paz, dulce y tranquila como siempre.

Al día siguiente Felicia despertó con el mismo grado de descontrol y resignados tuvieron que ir a la farmacia para que la tranquilizaran con esa maldita droga que le habían recetado.

Napolitano se fue a media mañana, tarde para su gusto, y María quedó pensativa. Luego de varias horas de debatirse llegó a la conclusión de que era un castigo de Dios por haberle arrebatado la hija y la vida a esa pobre detenida. Porque aunque nunca habían hablado del tema directamente, ella sabía que Felicia era hija de una subversiva, como decía su marido. Por

mucho que quisiera olvidar su origen más de un amanecer la había encontrado con los ojos abiertos y la culpa lamiéndole los pies. Ella era tan culpable como Lito. Ella había aceptado recibir a la hija de una desaparecida, como se les empezaba a decir por ahí.

Creía que en Francia, lejos de todo, la vida les sonreiría, pero el mal los había perseguido.

Los días que siguieron no fueron mejores. La niña que había comenzado a dar sus primeros pasos empezó a evidenciar debilidad muscular y volvió al gateo. Su padre se empeñaba en ponerla de pie pero Felicia caía de rodillas al piso. Las discusiones se abrieron paso en el matrimonio como una grieta en un terremoto. La madre se interponía entre ese hombre rudo y autoritario que solo quería ver caminar a la beba y la inocente criatura perdía tonicidad a pasos agigantados.

Los resultados neurológicos arrojaron un déficit cromosómico que podía manifestarse de diversas maneras. Los padres no entendieron acabadamente qué ocurría, excepto que no había demasiadas miras de solución.

Abandonaron el nosocomio con el ánimo destrozado. Ella cargaba a la niña que dormía plácidamente gracias a los sedantes, y él se cuestionaba qué había hecho mal. Rememoraba una y otra vez y estaba seguro de que a la madre biológica no la habían torturado con picana ni golpes. Solo le habían sumergido la cabeza varias veces, pero nada que pudiera afectar al bebé. Él se había ocupado personalmente de su bienestar para asegurarse una descendencia sana. Evidentemente algo había fallado y Lito no se lo perdonaba. Todo tenía que ser perfecto, nada podía escapar de su control, y la enfermedad de la niña lo acorralaba en sus decisiones. No podía deshacerse de ella, se había encariñado, pero por otro lado, él no podía tener una niña deficiente.

—¡A la mierda con todo! —rugió mientras entraban al edificio.

María lo miró pero no dijo nada. Sabía que cuando su esposo se ponía así

mejor permanecer en silencio y no llamar su atención, porque él no encontraba otra forma que saciar su enojo con la violencia que sabía ejercía en Buenos Aires o con sexo, y ella no tenía ganas de acostarse con él.

Luego de días de peregrinar por consultas en el hospital, Felicia se había estabilizado en cuanto a sus arranques de llanto. Después de varias pruebas en las dosis de la medicación que le habían suministrado la pequeña estaba equilibrada. Solo que no lograba dar dos pasos sin caer al suelo.

El médico les recomendó un tratamiento especial.

—Hay un centro especializado que trabaja con personas con dificultades motrices —comenzó—, es algo nuevo pero muy efectivo.

—¿De qué se trata, doctor?

—Es una terapia con caballos.

Al oír esto Lito creyó haber escuchado mal y levantó la ceja.

—¿Caballos? —dijo con sorna.

—Caballos —reafirmó el facultativo—. Aunque suene extraño está dando muy buenos resultados, en especial con personas de movilidad reducida.

—No entiendo... —María se aferraba a cualquier posibilidad que sacara a su niña de ese estado; aun cuando el idioma todavía le era esquivo, algo había captado.

—Se tratan niños con parálisis cerebral, retraso psicomotor, síndrome de Down...

—¡Mi hija no es mogólica! —estalló Napolitano.

—Cálmese —ordenó el médico con seriedad—, nadie dice eso. Y si lo fuera, ¿no la querría usted?

Lito sintió que la sangre le bullía y fue su esposa quien aplicó paños fríos pese a que entendía muy poco de lo que hablaban.

—La hipoterapia es de gran utilidad en el mejoramiento de la calidad de vida de las personas, y en especial de los niños. Se han evitado operaciones porque los músculos que se ponen en funcionamiento al andar a caballo son

los mismos que se usan para caminar —el médico había intentado la explicación en un español no muy claro, porque advertía que la madre necesitaba estar al tanto.

—¿Es cierto? —María abría los ojos, impactada.

—Lo es —continuó—. Ayuda también a reforzar la autoestima de los pacientes, se sienten más seguros, además de los estímulos pedagógicos.

—Pero... ¿Qué tiene que ver todo eso con lo que le pasa a mi hija? —interrumpió Lito.

—Se aprovechan los movimientos del animal para estimular músculos y articulaciones. El calor y el pelo dan al jinete una reacción sensitivo-perceptiva. El caballo transmite impulsos rítmicos y a estos le precede una respuesta. Los niños se muestran activos durante toda la sesión.

—Deberíamos probar —dijo María—, no perdemos nada con hacerlo —posó sus ojos ansiosos en su marido.

—El único inconveniente —aclaró el médico— es que el centro de equinoterapia está en el campo, cerca de Dijon.

—¿Dijon? ¿Es lejos? —La madre veía la solución cada vez más difícil.

—Serán unos 300 kilómetros.

—¿Podemos ir? —Los ojos femeninos se llenaron de perlas.

—Dijon es una ciudad muy pintoresca —animó el médico—, pueden aprovechar y tomarse unos días.

—Veré qué puedo hacer —dijo Lito poniéndose de pie e indicando que la reunión finalizaba—. Gracias, doctor —extendió su mano.

—El responsable se llama Lucien Mathieu —agregó—, dígame que va de mi parte —le entregó un papel donde había anotado las indicaciones para llegar.

—Adiós —respondió el militar.

—Gracias, doctor —se despidió María.



CAPÍTULO 41

Al oír el nombre de Marcel Rodiné los ojos de Lucien taladraron a Naiquen cual si fuese mala palabra. Se puso de pie con ímpetu y pasó a su lado como alma que lleva el diablo.

Mientras avanzaba hacia la entrada se preguntaba qué motivo habría llevado a su antiguo empleador y amigo a visitarlo.

Al quedar frente a frente se estudiaron sin disimulo. Hacía muchos años que no se veían. A Lucien le causó impresión descubrir a un hombre ya mayor, con demasiadas arrugas en el rostro y nieve en los cabellos. Había perdido peso y estatura, o tal vez era su aspecto de desvalimiento lo que lo volvía más pequeño. Sus ojos ya no brillaban como antes, su luz se había apagado. Sintió pena. Por lo que no pudo ser y por lo que habían sido.

Marcel no tenía la culpa de lo ocurrido y Lucien depuso su actitud hostil suavizando su mirada. Rodiné también estaba conmovido, sentía tristeza por esa amistad trunca por culpa de otros. Pero Sophie era su hija y no tuvo opción al momento de elegir.

Sus miradas se leyeron en los ojos del otro y a la vez se abrazaron. Al separarse no supieron qué hacer ni qué decir hasta que pasado el momento inicial de la emoción, Marcel dijo:

—Tenemos que hablar, Lucien, es importante. —Su rostro envejeció aún más y el dueño de casa advirtió un inmenso dolor.

—Vamos a mi despacho —avanzó guiándolo hasta el escritorio.

Al entrar cerró la puerta y ambos se sentaron en los sillones que estaban

bajo la ventana.

—¿Deseas tomar algo? —ofreció.

—No es necesario... —Se restregó las manos, no sabía cómo comenzar.

—¿Qué pasa, Marcel? Me preocupas. —Un rayo se descargó sobre el cielo que pareció desgarrarse en un grito.

—Tengo que decirte algo... —fijó en él sus ojos cansados—, algo grave.

—No lo demores entonces. —Se puso de pie y se sirvió un trago antes de volver al asiento.

—Sophie...

—No quiero que hablemos de ella. —Su mirada encendida asustó a Marcel.

—Es necesario —insistió.

—Sabes que...

—Lo siento, Lucien, tengo que decirte algo y no me iré hasta que lo haga.

La gravedad de su tono y la angustia que lo rodeaba hicieron que Mathieu le diera una tregua.

—Tu hermano y Sophie sufrieron un accidente. —Era mejor decirlo de una vez, que doliera rápido—. Un grave accidente, Lucien. —La pena le ahogó las palabras y Mathieu anticipó lo peor—. Ambos murieron —ya estaba dicho.

Al escuchar la confirmación de sus sospechas, Lucien no experimentó nada. Ni tristeza ni alegría. Sus sentimientos eran encontrados, la había amado y a la vez odiado. Pero no podía sentir nada. Y menos respecto de Bernard, su hermano menor. Su única familia de sangre. Nada. Su corazón estaba helado, muerto, incapacitado para sentir respecto de ellos.

—¿Escuchaste? —murmuró el doliente Marcel.

—Escuché. —Fijó sus ojos oscuros en su interlocutor preguntándole qué pretendía que hiciera.

—Sírreme un trago, por favor. —Necesitaba coraje para continuar.

Lucien le sirvió una copa.

—Lamento no tener nada para decir, Marcel. Tu noticia no me afecta en nada, lo siento —sabía que era duro con su amigo, pero era la verdad de lo que sentía.

—Lucien... no sé cómo decirte —Rodiné vació su bebida de un solo trago, necesitaba darse ánimos—, el niño...

Mathieu sabía que los traidores tenían un hijo, los había visto paseando por la ciudad varias veces. La última había sido el día en que había llevado a Naiquen y a los chicos a Dijon para hacer las compras de Navidad. Por eso su humor esa jornada se había estropeado.

No le importaba el jovencito, por más que fuera su sobrino, jamás lo aceptaría. Que se hiciera cargo su abuelo o que lo diera a alguna familia. Imaginaba que el pedido venía por ahí. Marcel se sentía demasiado viejo para cuidarlo y pretendería que él se encargara de criarlo. No. No haría tal cosa. Era una decisión tomada incluso antes de que se lo pidiera.

—Mira, Marcel —quiso anticiparse—, no me interesa ese niño ni nada que tenga relación con esos dos —había despecho en su voz.

—Escúchame, Lucien, por favor —rogó—, solo escúchame antes de decidir nada.

—Sé lo que vas a decirme y mi respuesta es no. —Se puso de pie dando por finalizada la charla—. Vete, Marcel, por favor, encontrarás quien se haga cargo de él. —Ni siquiera le interesaba saber su nombre.

Pero Rodiné continuaba sentado, abatido. Sabía de antemano cuál sería la reacción de Lucien, lo conocía lo suficiente. Pero también sabía que no se iría de allí hasta tener solucionado el tema de su nieto.

—No me iré hasta que termine de hablar —estaba dispuesto a imponerse—. Siéntate, por favor, Lucien, por los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos son solo un recuerdo, Marcel —pese a sus palabras volvió al sillón—, un recuerdo que ellos mancillaron con su traición.

—Lo sé, tienes toda la razón, pero hay algo que no sabes y Alain no tiene la culpa.

—¿Alain?

—El niño.

—Ah. —Se mesó los cabellos y se sirvió otra copa—. Lo siento, Marcel, él no tiene la culpa, pero yo tampoco. Terminemos con este asunto, no me interesa tener trato con el hijo de esos dos, siempre lo vería como el fruto...

—Es tu hijo. —La rotundidad de su revelación dejó en el aire las palabras de Lucien, quien aturdido preguntó:

—¿Qué dices?

—Que Alain es tu hijo.

Mathieu se puso de pie de repente, enfurecido, descontrolado.

—¡Deja de mentir, Marcel! —bramó descargando su puño contra la pared—. ¡Deja de mentir! —repitió fuera de sí.

Rodiné lo dejó desahogarse entre improperios y puñetazos al aire hasta que la fiera que se había apoderado de él se calmó y se dejó caer en el sillón, con la cabeza entre las manos.

El silencio se adueñó del ambiente, el único sonido que se oía era el de la suave llovizna que había quedado después de la feroz tormenta.

Pasaron varios minutos hasta que Lucien elevó los ojos que se habían teñido de dudas. Marcel supo que era momento de continuar.

—Cuando ustedes se separaron...

—No nos separamos —corrigió Mathieu—, ella me cambió por mi hermano.

—Déjame continuar, Lucien, entiende mi dolor, ¡era mi hija! —De repente Mathieu recordó la fatal noticia y se condolió por su amigo—. Cuando sucedió aquello... al tiempo Sophie se enteró del embarazo...

—¡Ahórrame los detalles!

—Ni bien Alain nació supo que era tu hijo.

—Eso es imposible —cortó Lucien—. ¿Cómo podría saber que era mío? Ella se acostaba con los dos —había despecho y rencor en su voz—, aunque en los últimos tiempos solo lo hacía con Bernard. Yo estaba dedicado a mi madre.

—Ella dijo que...

—Ella era una mentirosa, Marcel. Lamento que haya sido tu hija, no entiendo tu sufrimiento porque no tengo hijos —acentuó las palabras—, pero así era Sophie.

—Ellos discutieron cuando nació el niño, Bernard la acusaba de haberlo engañado...

—¡Yo era el cornudo! —Volvió a ponerse de pie incapaz de permanecer tranquilo.

—Ella le juró que solo una vez... —las palabras se le quebraron en la garganta— ...que solo una vez estuvo contigo.

Lucien regresó al sillón y cerró los ojos. Tenía razón, solo una noche habían compartido un rato de pasión, una noche que él necesitaba cobijo ante la inminencia de la muerte y que ella le brindó ausente y sin ganas.

—Ya no importa el pasado, Marcel, no importa si estuvimos juntos o no. No tengo un hijo. Vete ya.

—Alain es tu hijo, Lucien, y no me iré hasta que aceptes al menos conocerlo.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

—Porque es igual a ti.

—¡Eso no prueba nada!

—Tiene tu misma... —Marcel no quería decir “deformidad”, sabía cuánto había sufrido Lucien por esa anomalía en su cabeza—. Quiero decir que el niño...

—¡Vamos, Marcel! Terminemos con esto —ordenó.

—Le falta una oreja.

—¿Cómo dices?

—Que al niño le falta una oreja... además es igualito a ti. Debieras verlo —los viejos ojos se llenaron de luces—, hasta se mueve como tú.

Lucien tragó saliva y echó la cabeza hacia atrás. Le dolía. Miles de pensamientos y dudas lo atosigaban. ¿Cómo podía saber si realmente el jovencito era su hijo? El hecho de que fuera parecido no probaba nada... después de todo era su sobrino. ¿Y si era su hijo? ¿Qué haría con él? No estaba en sus planes ser padre, y menos del hijo de una pérfida. Para peor el pequeño era deforme como él... una prueba más a superar, un nuevo escollo en su vida. No lo quería. No quería tener un hijo. No podría quererlo, siempre vería en él a Sophie y a Bernard.

Marcel adivinaba el huracán que se desataba dentro de su mente, pero confiaba en su don de gente y en su bonhomía. Sabía que aunque la decisión no le sería fácil Lucien terminaría aceptando a Alain.

Permanecieron en silencio hasta que la habitación se fue quedando en penumbras por más que era casi mediodía. Las nubes habían oscurecido el cielo a causa de la tormenta.

Unos golpecitos en la puerta sacaron a los hombres de su inmovilidad.

—Adelante.

Lulú ingresó anunciando que el almuerzo estaba listo.

—No voy a comer —dijo con rudeza.

La empleada salió sin hacer ruido y sin insistir, anticipaba que las cosas no estaban bien con esa visita desconocida.

—Tengo que irme —anunció Marcel—, dejé al niño con una vecina. —Se puso de pie—. Soy un hombre viejo, Lucien, no puedo hacerme cargo de él. Aquí tienes espacio y gente que te ayuda. Al menos intenta compartir con él unos días...

—Vete.

—Por favor, Lucien, ven a buscarlo luego de los festejos —qué ironía,

pensó Mathieu, no habría festejos esa noche—, el niño está muy triste con la muerte de sus padres. —De inmediato advirtió el error en sus palabras.

—Él no sabe que existo, ¿verdad?

—Sabe. Sabía que tenía un tío... pero al fallecer ellos... le dije la verdad.

Lucien no sabía si eso era mejor o peor. No imaginaba cuál habría sido la reacción del niño al enterarse de repente que quienes creía sus padres habían muerto y que en realidad su padre biológico era su tío. ¡Tremendo lío para una mente infantil!

Caminaron hacia la salida y en la puerta Marcel repitió:

—Por favor, ven a buscarlo.

Una vez solo, Lucien se retiró a su habitación. ¡Lindo fin de año! Pensó antes de tirarse sobre la cama. Cerró los ojos y voló hacia atrás, a aquellos días de felicidad y euforia junto a Sophie. Era bella y divertida, no le importaba su deformidad. Creía que se amaban. Le había entregado todo, había soñado con ella un porvenir; de repente ella misma había roto lo poco que quedaba de su familia de sangre. Enemistado con Bernard no tuvo más opción que cortar todos los lazos y rearmarse solo.

Nunca pudo entender y perdonar la traición. Habiendo tantas mujeres, su hermano se metía con la suya. Habiendo tantos hombres, su novia se metía con su hermano. No estaba preparado para tanto.

Ahora el pasado se le venía encima como un alud y le arrojaba a la cara los peores recuerdos, los más lindos pero falsos. Falso amor, falsa hermandad. Falsos brillos en las personas en quienes confiaba. Se preguntó por qué la vida se había ensañado así con él. Primero condenándolo a ser diferente con esa cabeza donde no había armonía, negándole así el orgullo y el cariño del padre. Y luego enfrentándolo a su sangre por el amor de una mujer.

De todo eso solo le había quedado la desconfianza y la soledad a la que se había condenado. Y ahora debía enfrentarse con su ayer. Sabía que no escaparía a su responsabilidad. Si era cierto que tenía un hijo, se haría cargo.

Se conocía lo suficiente como para saber de antemano la decisión que aún no había tomado. El impacto de la noticia lo había aturdido, pero tanto él como Marcel conocían la respuesta final.

Cuando todo parecía encaminarse, cuando su emprendimiento marchaba bien y una mujer distinta irrumpía en su vida, un nuevo desafío le movía el piso donde estaba parado amenazándolo con hacerlo caer.

Le dolía la cabeza. El alcohol que había bebido como un poseso durante la conversación con Marcel, alcohol del que se había ido alejando, le había hecho daño. La falta de alimento y los nervios eran una combinación fatal y tuvo que dejar la cama para ir al baño a vomitar.

Al salir se topó con Naiquen.

—Está muy pálido. ¿Se encuentra bien?

—No, no estoy bien, Naiquen. Por favor, llévame un té a mi habitación.

Al rato estaba la argentina cumpliendo con su encargo. Él se hallaba sentado sobre la cama, apoyado contra el respaldo, descalzo. No quería acostarse porque las sienes le latían más si estaba en horizontal.

—Permiso —murmuró la mujer mientras apoyaba la taza sobre la mesa de luz.

—¿Puedes quedarte un rato?

—¿Necesita algo más? —Era extraño el pedido y quiso poner distancia. Ese hombre la desconcertaba día a día. A veces era tierno, y otras una furia.

—Solo compañía. Y tal vez una charla. —Hizo un ademán con su mano y le pidió que se sentara.

Ella no quiso hacerlo sobre el lecho y acercó la silla. Se sentó y se miró las manos, sin saber qué esperaba de ella.

—Lamento lo de tu madre.

—Ella estaba bien de salud... no sé qué ocurrió.

—Ese hombre que vino me trajo malas noticias también.

Naiquen elevó los ojos y los fijó en los oscuros de él advirtiéndole sus dudas.

—Mi hermano... tenía un hermano menor —aclaró— acaba de morir en un accidente.

—Lo siento.

—No hace falta, yo no lo siento.

—¿Cómo puede decir eso? —se exaltó la mujer y enseguida se arrepintió de haber elevado el tono—. Disculpe.

—Está bien, es la reacción normal en una persona normal —sonrió con sorna—, pero yo no lo soy.

—Sí lo es, deje de tenerse lástima —se sorprendió a sí misma por tal atrevimiento. Él, lejos de molestarse, volvió a sonreír.

—Me gusta cuando te pones así.

—¿Así cómo?

—Auténtica. Por eso me gusta hablar contigo, aunque hablemos poco; en un punto somos parecidos.

Ella juntó las cejas en señal de desconcierto.

—Somos sobrevivientes.

Naiquen sonrió apenas. Estaba de acuerdo. En los últimos tiempos le habían pasado cosas horrendas y pese a todo seguía en pie, peleando cada día contra la adversidad, por sus hijos. Enfrentándose al diario vivir en un país extraño donde hasta el idioma le costaba.

—Mi hermano murió hace poco —ella decidió escuchar sin interrumpir—, no tenía buena relación con él... cosas que ocurrieron... —dudó en contarle la verdad, estuvo a punto de hacerlo pero se arrepintió en el tramo final—. Él... estaba en pareja y... ambos fallecieron. —Era necesario remover el pasado, ¿cómo explicaría que tenía un hijo si no lo hacía? Decidió dejar el orgullo de lado y quitarse el disfraz de hombre insensible.

Naiquen advirtió cuánto le costaba lo que tenía para decir y se arriesgó:

—Conozco parte de la historia. —De inmediato sus ojos oscuros se llenaron de fuego para extinguirse enseguida. Ella no tenía la culpa.

—Supongo que Lulú te habrá contado. —Como ella no respondió continuó —: Ellos tenían un hijo, Alain, a quien nunca vi más que de lejos y de casualidad en la ciudad.

—Pobrecito... —pensó en voz alta—, el niño acaba de perder a sus padres.

—Ese es el tema, Naiquen. Acabo de enterarme que yo soy el padre.

La mujer abrió los ojos con desmesura y no halló las palabras para hablar. De comunicarse en castellano habría sido más fácil, pero en francés...

—Sí, así como oyes. Tengo un hijo de unos diez u once años. Ni siquiera sé cuándo nació —había desazón en su voz.

—Yo... no sé qué decir.

—No tienes que decir nada... solo acompañarme en este paso.

Naiquen se preguntó por qué ella tenía que acompañarlo. No comprendía nada, quería salir de ese cuarto y llorar su tristeza a solas.

—Este será un fin de año peculiar —continuó él llevándose las manos a las sienes para mitigar el dolor de cabeza.

—¿Quiere que le traiga unos paños fríos?

—Mejor tus manos —las miró y las vio blancas—, sé que tienes las manos frías.

Ella se sonrojó.

—Por favor, acércate —pidió volviendo a señalar el borde de la cama.

Su voluntad estaba minada y obedeció. Tenía tanta angustia encima que tal vez el contacto con otro ser humano igual de herido la consolara. Se sentó apenas y apoyó sus palmas heladas en la frente del hombre. Este cerró los ojos y lanzó un suspiro de alivio.

La cercanía aumentó los latidos del corazón de Naiquen y temió que él los escuchara. Empezó a transpirar y quiso huir. Pero una fuerte atracción la unía a Lucien.

Cuando las manos se entibieron él las tomó con delicadeza y las posó sobre su pecho. Ella intentó protestar pero él la silenció.

—¿Escuchas mi corazón? —inquirió mirándola a los ojos asustados.

—No —murmuró.

—Porque está muerto —develó—, por eso no lo oyes latir. En cambio yo siento el tuyo, desbordante —ella se sonrojó aún más, si eso era posible—. Ayúdame a confiar de nuevo, Naiquen.

—Yo... no sé qué quiere.

—Solo eso, que me ayudes a confiar.

—Pero... —Las manos masculinas abandonaron las de ella para abrazarla. La atrajo hacia sí y la besó en los labios.

Al principio fue un beso lento, como si quisiera explorar su resistencia. Ella estaba tensa pero las caricias en la nuca que Lucien le prodigaba la fueron relajando hasta que consintió que su lengua ingresara y buceara en su boca.

El hombre apretó el abrazo y disfrutó al sentir sus pechos turgentes. De pronto el frío se había convertido en fuego y el dolor de cabeza en pasión. Sin soltarla la empujó sobre la cama hasta quedar ambos en horizontal. Ella se quejó pero faltaba firmeza, lo que le permitió continuar.

La boca descendió por el cuello buscando la apertura de la blusa. Lamió el nacimiento de sus senos y bajó hacia sus pezones. Cuando Naiquen sintió la lengua chupando sus cúspides, una corriente eléctrica la traspasó. Su cuerpo tenía vida propia y se elevaba hacia él buscando su entrepierna. La vergüenza fue arrojada de un manotazo al rincón del cuarto y la camisa se abrió de par en par.

Lucien le acarició el vientre chato donde algunas estrías del embarazo habían dejado su huella; ella se contorsionó de placer. Hacía mucho que no sentía nada, tanto que temía ser frígida. Pero él lograba arrancarle acordes olvidados, lograba hacerla sentir una mujer deseable. Los dedos masculinos la recorrieron hasta hallar el límite del pantalón. Sin hesitación lo desabrochó y continuó hasta despojarla de él.

Naiquen cerró los ojos y lo dejó hacer. Él tenía razón, sería un fin de año peculiar. Decidió no negarse al placer que podían disfrutar juntos. Después de todo ¿podía pasarle algo peor?

Al notar su consentimiento Lucien se quitó la ropa y la impulsó a acariciarlo. Las manos se liberaron y se disputaron los centímetros de piel. Descubrieron sus cicatrices y sus olores, se reconocieron en la orfandad que ambos sentían.

Lucien se demoró en penetrarla, quería llevarla a la cima del placer; ella lo dejó hacer. Le arrancó melodías de gemidos que jamás había imaginado, la hizo vibrar como nunca, la hizo desear y sonreír con bromas inesperadas.

Cuando ambos estaban al límite de sus resistencias de un empujón estuvo dentro de ella. Llegaron al clímax juntos para sorpresa de ambos.

Después Lucien la abrazó por la espalda y el frío del invierno se manifestó de nuevo. Abrió la cama y se cubrieron.

—Debería irme... —susurró ella agotada luego de tanto despliegue que se sumaba al llanto de la mañana.

—Deberías quedarte y dormir la siesta conmigo. —El hombre apretó su abrazo y no hicieron falta más palabras.

Al instante los dos se dejaban hamacar por un sueño tranquilo.



CAPÍTULO 42

Wenceslao solo paraba en el hotel para bañarse y dormir. Sus días eran un ajetreo constante, así los prefería. No tenía tiempo para la melancolía, no pensaba en Libertad y eso era un alivio. De a poco la iba desterrando de su mente y finalmente la arrancaría de su corazón.

Extrañaba su vida en la Argentina pero cuando se ponía a pensar veía con claridad que lo que en verdad añoraba eran sus ideales, porque en su país nada era como debía ser y los exiliados seguían llegando, escapándose. Si bien allí ayudaba a los que podía con el idioma o en la búsqueda de oportunidades, no era lo mismo, siempre sería un extranjero.

Había días en que pese a estar ocupado se sentía triste y desanimado. Intentaba sobreponerse y que no se notara, no le gustaba inspirar pena ni que los demás se condolieran por él. Seguía adelante con sus propósitos aun cuando la adversidad le jugara bromas.

En la universidad iba lento, muy lento, pero no tenía apuro en llegar a la reválida de su título. Sabía que jamás ejercería su profesión en Francia ni en ningún otro sitio. Se había desencantado del derecho y sus implicancias. Prefería dedicarse a las clases de español para las cuales había conseguido libros de gramática usados, porque una cosa era hablar y escribir bien, y otra transmitir ese conocimiento.

Durante las pausas para almorzar, aprovechando la cercanía de la plaza de la Concordia, caminaba hasta allí y disfrutaba del paisaje. Siempre había pensado que se trataba de una placita, como aquellas de cualquier barrio de

Buenos Aires, y grata había sido su sorpresa al hallarse frente a una de las más grandes de Francia. Comenzaba en los Campos Elíseos y se extendía hacia el Jardín de las Tullerías. Desde allí podía apreciar el arco del Triunfo y todo el magnífico entorno de avenidas y galerías.

El centro de la plaza estaba dominado por el imponente obelisco de granito rosa de Luxor, de más de tres mil años de antigüedad y 23 metros de altura, regalo de Egipto a Francia.

Wenceslao solía recorrerla en toda su extensión, admirando en cada una de las esquinas de la plaza de forma octogonal las estatuas representativas de ciudades francesas: Brest, Ruán, Lión, Marsella, Burdeos, Nantes, Lille y Estrasburgo.

Le gustaba detenerse durante algunos instantes para observar las fuentes con representaciones marinas en los extremos de la plaza. Su sensibilidad a la belleza lo volvía vulnerable en esos tiempos en que el pasado se le venía encima y lo arrollaba.

Después volvía a la rutina del trabajo y del estudio, y por la noche caía rendido y sin ganas de pensar. Los días se sucedían uno igual al otro y en esa costumbre de engranajes aceitados volvió a la calma.

Calma que fue interrumpida una mañana mientras cumplía un encargo de uno de sus jefes, quien ante la ausencia de un empleado lo mandó de mensajero con carácter de urgente. Debía entregar un paquete en Montmartre, un barrio que le traía dolorosos recuerdos, porque allí vivía la tía de Libertad.

La jornada era fría, enero había colmado el cielo de nubes tan oscuras como su pasado y el muchacho tuvo que hacer frente a su sentir.

Evocó el día en que arribó a la casa de Milagros con la ansiedad apretándole las tripas, la ilusión del encuentro y la desazón al no hallar a Libertad. Imaginó cómo hubiera sido todo si ella lo hubiera estado esperando, la alegría de ese abrazo que jamás se prodigarían, los besos apurados y desbocados... Todo eso moriría en su mente. Todo eso debía ser borrado de

un zarpazo.

Caminó con apuro y a medida que subía las lomas de las callecitas empinadas fue entrando en calor. Quería cumplir el encargo y volver cuanto antes a la seguridad del barrio VIII.

Llegó a su destino y entregó el envío. Salió aliviado y descendió por las callejuelas donde algunas flores se sobreponían al invierno. Evitó mirar hacia la cima donde vivía Milagros aunque su inconsciente corazón lo agujoneara para conseguir información.

Pero fue fuerte y logró vencerlo. Caminó hacia la avenida y cuando estaba por alcanzarla alguien lo llamó:

—¡Wenceslao! —Una voz de mujer lo paralizó por un instante.

No era Libertad, no era su voz, pero el tono era argentino y el presentimiento de una catástrofe emocional lo impulsó a continuar su marcha urgente.

El grito se repitió y sintió unos pasos apurados corriendo detrás. Supo que sería alcanzado y se detuvo. Giró con miedo, intuía de quién se trataba, y no se equivocó: era la tía de Libertad.

—¡Al fin! —dijo esta, agitada por la carrera—. ¡Al fin! —repitió mientras sosegaba su respiración.

Wen permaneció en silencio, mirándola. No entendía por qué pero sentía enojo hacia ella. Enojo infundado porque la mujer no tenía responsabilidad alguna lo que había pasado. ¿O habría sido ella quien había propiciado la relación con ese hombre? No podía saberlo, no podía aventurar nada. Tal vez Milagros ni siquiera estuviera al tanto.

—¡Te buscamos por todo París! —reveló—. Dios debe haber escuchado nuestros ruegos.

—Hola, Milagros —habló al fin Wenceslao.

—No estás contento de verme. —Así era ella, frontal—. ¡Vení a casa! —pidió. Hizo un intento de tomarlo del brazo pero al advertir su actitud

defensiva dejó caer su mano—. No estés así, por favor —pidió—. Vení a casa y hablá con ella.

Saber que ella estaba allí, a escasos metros de sus deseos encontrados, lo hizo dudar.

—No, no quiero hablar con ella.

—Por favor... esto fue muy duro para todos.

—¿Duro? —El enojo se hizo paso, el dolor del macho herido refulgió en sus ojos—. Ni siquiera dejó que se enfriara mi cadáver para revolcarse con otro.

—¡Te prohíbo que hables así de mi sobrina! —defendió Milagros cual leona a su cría—. Como vos bien decís, te creía muerto. Pero no soy yo quien debe darte explicaciones de nada. Solo puedo decirte que Libertad muere un poquito cada día al no saber de vos.

—Entonces decile que yo también estoy muerto para ella. —Había rencor en sus ojos de cielo tormentoso.

Con la furia carcomiéndole los pies se alejó de Milagros pese a que esta intentó retenerlo tomándolo del brazo. Pero la rechazó con brusquedad y siguió su camino.

La tía tomó aire antes de volver sobre sus pasos a dar la noticia a su sobrina.

Al llegar a la casa la halló entusiasmada ordenando su ropa en el estante de la habitación que le habían asignado. Al ver a Milagros le sonrió pero la sonrisa se desvaneció al descubrir en sus ojos la mala noticia.

—¿Qué pasa?

Milagros se sentó sobre la cama y el gesto asustó a la sobrina.

—¡Decime qué pasa! ¿Pasó algo con la familia? —Se acercó a ella, se arrodilló y le tomó las manos.

—¡No! —la tranquilizó enseguida—, nada de eso. —Hizo una pausa—. Vi a Wenceslao.

—¿Qué decís? ¿Dónde está? ¿Por qué no vino con vos? —Demasiadas preguntas para tan magra respuesta.

La tía le resumió todo en escasos minutos para paliar su ansiedad. La desazón bailó en los ojos gatunos y un atisbo de lágrimas se rindió en sus mejillas. Al cabo de un momento reaccionó con enojo:

—¿Por qué lo dejaste ir?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que lo retuviera a la fuerza? Está enojado, Libertad, está herido. —Se acercó a ella e intentó serenarla—. Dale tiempo, él sabe que estás acá, sabe dónde vivimos. Vas a ver que en unos días viene a buscarte.

—¿Y si no lo hace? —La desesperación la volvía indefensa otra vez—. ¿Dónde lo busco, tía? No sabemos nada de él.

—Sabemos mucho, querida. Sabemos que está vivo. Y que vive en París.

—Tal vez esté de paso...

—No —sonrió Milagros—, no está de paso, no tenía ese aspecto, Libertad, está aquí. Hay algo que no se nos ocurrió...

—¿Qué cosa?

—Imagino que debe tener un trabajo estable y para ello necesita documentación. ¡Me juego la cabeza que está inscripto en la universidad!

—No entiendo...

La dueña de casa le explicó.

—Mañana iremos a averiguar.

—¿Está abierta la universidad en enero?

—Sí, está abierta, siempre hay alumnos rindiendo materias, reválidas y demás. Vas a ver que allí damos con su dirección.

—¿Creés que nos darán algún dato? Eso es confidencial...

—Dejame a mí —dijo Milagros envalentonada.

El resto del día se hizo eterno. Milagros le dijo que esa tarde tenía que estar en el taller trabajando, no podía dejar solo a Gustave porque había que

entregar pedidos atrasados. La muchacha quedó sola en la casa, no tuvo ánimo para acompañarlos. Prefirió quedarse y ensayar qué le diría a Wen cuando lo viera. Pensó en escribirle una carta contándole todo lo que había ocurrido desde ese fatídico día en que sus vidas habían cambiado de rumbo, luego cayó en la cuenta de que si quería ser sincera tenía que contarle de Jean-Louis, y por carta no le saldría. Esas cosas debían decirse a la cara, no deseaba que hubiera secretos entre ellos.

De repente la duda se instaló en su sentir y experimentó el dolor de la traición en carne propia. ¿Y si él también había estado con otra mujer? Era espantosa la idea, tanto que le daba náuseas. Pero era una posibilidad y de ser así tenía que aceptarla. Ella se había acostado con otro, creyéndolo muerto. Pero en el caso de Wen era distinto, él sabía que ella estaba viva, que había logrado huir a París. No. No tenía perdón si la había engañado por despecho. Lo imaginaba en otro cuerpo y la rabia le subía por la garganta y comenzaba a ahogarla. Quería salir corriendo a buscarlo, pero no tenía idea de dónde podía estar. La paciencia no era uno de sus dones y mitigó su furia yendo a caminar por las calles del barrio.

Ni siquiera fue capaz de sentir el frío que atravesaba el abrigo de cuero ni la llovizna helada que mojaba su rostro y barría sus lágrimas de resentimiento. Un resentimiento que no sabía si tenía que hacer propio.

Cuando quiso darse cuenta se había alejado demasiado y la noche caía sobre las calles desiertas. Volvió sobre sus pasos, ni siquiera el hambre la había alertado.

Al llegar a la casa Milagros y Gustave la recibieron con reproches.

—¡Estábamos preocupados! ¡Mirá la hora que es y vos en la calle!

—Lo siento, empecé a caminar y ...

—Vamos a cenar —dijo la tía—, mañana será un nuevo día.

Libertad se levantó temprano y preparó el desayuno para su familia. Quería salir cuanto antes para la averiguación que tenían pendiente.

Cuando Gustave se fue, ambas mujeres se abrigaron y partieron. El viaje hasta la universidad fue amenizado por Milagros, Libertad estaba muy ansiosa como para seguir una conversación.

Tras los sucesos de mayo de 1968 se había llevado a cabo una profunda reforma en la enseñanza en Francia, las altas casas de estudio nacidas en 1970 mantuvieron su denominación de Universidad de París y el sobrenombre de Sorbona.

Las argentinas se dirigieron hacia la Universidad París 1 Panteón-Sorbona, especializada en economía, derecho, ciencias políticas, geografía e historia.

Milagros, ajena al ámbito estudiantil, se había tomado el trabajo de averiguar todo para no perder tiempo con una Libertad desbordada.

Al arribar, la majestuosidad del edificio las impactó en el rostro. Era imponente y fascinante. Tenía una delicadeza en sus líneas y formas que atraía a los ojos. Era como toda la ciudad de París, monumental.

Ni bien entraron sintieron el frío que circulaba por esos pasillos de paredes altas. El silencio era sepulcral, podía advertirse fácilmente que no era época de cursadas. También era demasiado temprano, ni siquiera parecía haber personal administrativo.

Las chicas caminaron por la nave central buscando algún ser humano que les indicara dónde podían informarlas, hasta que dieron con una ventana vidriada detrás de la cual una mujer entrada en años estudiaba unas carpetas. Milagros golpeó el cristal con delicadeza y captó su atención; se levantó y les abrió la puerta. La tía explicó el motivo de la visita pero la empleada no estaba autorizada para dar ese tipo de información, menos sobre un extranjero.

—¡Por favor! —imploró—. Mi sobrina viene de la Argentina y no sabemos si él está aquí, si logró huir de allí con vida. —Al oír sus palabras, Libertad empezó a lagrimear. No porque fuera cierto sino por los recuerdos de todo lo ocurrido que era necesario revivir—. ¡Por favor! —repitió ante la

rotundidad del gesto de su interlocutora—. Solo queremos encontrarlo, lo necesitamos.

Ante el llanto descontrolado de Libertad la mujer las hizo pasar y las invitó a sentarse. Les explicó que lo que le pedían estaba prohibido, pero que en vista de las circunstancias y del conocimiento que ella tenía sobre la “guerra” que se peleaba en la Argentina, iba a hacer una excepción.

—¡Gracias! —dijo Libertad entre hipo y llanto.

Fue hasta un mueble y buscó entre las carpetas hasta dar con el legajo pertinente.

—Aquí está —informó triunfal mostrándole una foto de Wenceslao, serio y delgado—. ¿Es él?

—¡Oh, sí! —sollozó la novia—. Es él.

—Veamos... —revolvió las hojas—. Vive en un hotel... —elevó sus ojos piadosos—, pobre muchacho, pero al menos está con vida, hija, tranquilízate —consoló, involucrada en esa historia.

Libertad se limpió la nariz y sonrió apenas.

—Muchas gracias, señora, le estaré eternamente agradecida.

Se despidieron y salieron de allí con aires nuevos. La muchacha llevaba apretado entre sus dedos el papelito con la dirección.



CAPÍTULO 43

“Cada encuentro de dos seres en el mundo es un desgarrarse.”

ITALO CALVINO

La noche de fin de año fue sombría y silenciosa. Los niños que empezaban a sentirse un poco mejor, al percibir el ánimo de Lucien acallaron su entusiasmo.

Pese a que este había invitado a todos los de la casa a compartir la mesa, permanecía callado y ausente, como si algo muy grave lo preocupara. El dolor de cabeza había remitido y dormir junto a Naiquen durante la siesta lo había relajado. Pero no se había detenido a evaluar qué estaba haciendo con ella, otra idea ocupaba toda su mente: el chico.

La argentina por su parte se sentía turbada, no podía dejar de pensar en lo que habían hecho en la cama. El juego amoroso en el que había caído aún le calentaba la piel y sonrojaba sus mejillas a cada instante que evocaba una imagen. Pero cuando elevaba los ojos y lo notaba tan ausente caía en el desánimo.

No sabía qué esperaba de él, pero era indudable que algo esperaba. Extrañas sensaciones la dominaban y una de ellas era la incertidumbre de no saber cómo seguiría el juego. Enseguida se arrepintió de pensar lo que había pasado como un juego, ella no quería ser el entretenimiento de nadie. ¿Pero qué quería entonces? No había respuesta.

Sin darse cuenta se había dejado arrastrar por la pasión que se había abierto

paso en la vulnerabilidad de las confesiones. La tarde de tormenta había sido propicia para las caricias y el deseo. Y como corolario una siesta de sueño tranquilo y cálido entre sus brazos. Porque Lucien la había abrazado por la espalda y se había apretado contra ella como si temiera que escapara. Habían dormido juntos durante casi dos horas hasta que los ruidos de la casa los trajeron de nuevo a la cordura.

Ella se había despertado e intentado huir sin que él se diera cuenta, pero el hombre al sentir sus movimientos la había apretado aún más contra sí.

—Quédate un rato más.

—Debo irme... deben estar buscándome —argumentó pensando que Lulú se daría cuenta de la situación y ella moriría de vergüenza.

—Quédate —para retenerla la había girado hacia él y besado en la boca antes de volver a hacerle el amor.

Recordar toda esa pasión mezclada con necesidad de cariño le hacía bullir la sangre al punto tal de temer que esta saliera a borbotones por las aberturas de sus ojos y boca.

Pero al mirarlo lo veía en otro mundo. Seguramente estaba cavilando sobre qué decidir, porque cuando había abandonado su cama, él le había pedido consejo, y ella, aún sintiendo que no tenía derecho a decirle qué hacer, había hablado:

—Creo que al menos debería conocer al niño —con temblor en la voz—, después de todo, él no tiene la culpa de sus mayores.

Los ojos habían mostrado su furia y se habían convertido en llamas negras durante unos segundos. Luego se habían apagado con el agua de la fina llovizna que mojaba los cristales.

Al irse tuvo la suerte de no cruzarse con Lulú en el corredor y que sus hijos estuvieran en su habitación. Pudo esconderse en la propia sin que nadie la reclamara hasta que reapareció, vestida para la cena de fin de año, en la cocina.

Lulú, que no era ni ciega ni tonta, fingió no haber advertido nada, pero en el fondo estaba contenta. Ojalá su patrón tuviera al fin una compañera. Ella pronto se iría, al menos estaba en sus planes, no quería que él siguiera solo. Merecía una buena mujer a su lado tanto como Naiquen un buen hombre. Había coincidencia total.

La mesa estaba engalanada pero no así los corazones. Los pequeños aún no lograban asimilar la noticia de la muerte de su abuela, tenían acumuladas en su mente la violencia de la Argentina, la desaparición de su padre y el exilio. ¿Cómo hacer para que en sus cabecitas infantiles se acomodara toda esa información? ¿Cómo evitar que esas almas laceradas por el infortunio dejaran de sufrir?

Naiquen pasaba su vista de uno a otro y el corazón se le encogía. Pablo, el más pequeño pero mejor dotado de herramientas emocionales, quería ser alegre; no lo lograba. Mauro, el mayor, lucía mustio y tan ausente como Mathieu.

Comieron la exquisita comida que habían preparado en medio del silencio que colgaba denso de las lámparas del comedor. Pablo fue el único que dijo “feliz año nuevo” cuando sonaron las doce campanadas del reloj de la sala; el resto respondió en un murmullo.

Brindaron como era costumbre pero Lucien no miró a nadie a los ojos como decía la tradición. Lulú trató de levantar los ánimos al menos entre los niños, y junto con Naiquen, que se esforzó por sus hijos, hicieron de esa noche poco festiva una velada amena.

Mathieu volvió a beber en exceso y Lulú temió una recaída en el alcohol, pero cuando quiso meter bocado para que él dejara de tomar se topó con esa mirada amenazante que ostentaba cuando estaba enojado. La empleada bajó los brazos y se fue para la cocina a limpiar los restos de esa comida.

Naiquen ingresó tras ella llevando los platos sucios y los cubiertos y entre ambas en unos minutos tenían todo limpio.

—Y se pasó otro año nomás —dijo la mayor a la vez que servía dos copas de sidra y se sentaba a la mesa invitando a Naiquen a acompañarla.

—¿No crees que ya bebimos suficiente? —objetó la argentina.

—Bah... si él —haciendo un gesto hacia el comedor donde había quedado Lucien— puede beber tanto, ¿por qué no habríamos de hacerlo nosotras hoy?

Ambas sonrieron e hicieron chocar las copas otra vez.

—Está así por esa visita que tuvo —arriesgó Lulú—, ¿tú sabes algo?

—No —mintió Naiquen.

—Mmmm, a mí no me engañas, niña, tú sabes, pero si no confías en mí...

—Sabía que por ese lado la haría sentir incómoda.

—¡No digas eso! —protestó con ojos chispeantes de sidra—, sabes que confío en vos. —Por momentos le decía de “ti”, y en otros se le escapaba el “vos”, tan argentino. Extendió la mano por encima de la mesa, sensibilizada por la fecha y la muerte de su madre—. No es eso... solo que no soy yo quien debe hablar por él.

—Tienes razón —concedió—, me estoy volviendo una vieja fisgona —ante el término ambas rieron.

De camino a sus habitaciones vieron que Mathieu ya no estaba en el comedor, seguramente se habría ido a dormir, lo cual las tranquilizó porque habían temido que saliera a los caminos en ese estado.

La mañana del primero de enero de 1979 fue soleada aunque fresca. No había una sola nube en el cielo, el año comenzaba despejado y Naiquen quiso tomarlo como un buen augurio.

Se había levantado temprano pese a que se habían acostado fuera del horario normal, el sueño le había sido esquivo entre el dolor del duelo y los recuerdos de la siesta anterior.

Antes de salir del cuarto escribió una carta para Milagros, le debía una respuesta. Le contó cómo era la vida en el campo, sobre la apatía de Mauro y la terapia con caballos. Omitió hablar de su relación con el patrón, aun

cuando no sabía si tenían una relación. Después le preguntó por Libertad y Wenceslao, quería saber si su sobrina segunda era feliz al fin. Le dijo que le gustaría verla pero que de momento no podría viajar, tal vez más adelante. Se despidió con nostalgia que no pudo disfrazar con frases alegres.

Todos en la casa dormían y luego de un ligero desayuno decidió dar un paseo por los alrededores. Nunca estaba sola para recorrer el sendero que iba hacia la entrada, ese sendero que la había llevado a ese sitio y a esa nueva vida a la que se estaba acostumbrando.

No habría actividad con los caballos, era día de descanso para todos, aun para los animales que pastaban libres.

Desde el inicio su intención había sido volver a la Argentina pero últimamente esa idea se iba alejando como el horizonte. Ya no tenía a su madre, el motivo principal por el cual regresar, y si bien estaban su tía, su prima y la familia, los recuerdos eran demasiado duros como para aventurar la vuelta.

Por lo poco que podía informarse, su país seguía en esa guerra absurda que poco comprendía. Las noticias en Francia hablaban de desaparecidos y tortura, términos que le erizaban la piel y la arrojaban lejos de su patria. Allí, en ese campo perdido en las entrañas de Europa, se sentía a salvo.

Sin darse cuenta se había alejado por el sendero y llegado casi a la entrada. Al girar vio el camino por momentos recto y por tramos sinuoso, bordeado de árboles delgados y desprovistos de hojas. Así había sido su vida: lineal por momentos y llena de curvas en los últimos tiempos.

A lo lejos la gran casona alargada se presentaba como un refugio, un sitio seguro y escondido. Sus propios pensamientos la hicieron admitir que temía algo. No podía explicar desde la razón qué la ponía en estado de alerta, pero allí, agazapado, estaba el miedo.

Un viento helado le revolvió la pollera y los cabellos y emprendió el regreso. Las formas que desde la distancia habían dibujado locas ideas se

fueron perfilando tal cual eran, y la casa volvió a ser la casa, el galpón un galpón y los caballos animales.

Al entrar sintió ruidos en la cocina y supo que Lulú ya estaba en pie. Al rato aparecieron sus hijos y se dedicó a atenderlos.

—¿Qué les parece si hoy me enseñan a trotar? —propuso con la intención de animarlos un poco.

—¡Buena idea! —respondió Pablo—. Hoy es un buen día para hacerlo, mamá.

—¿Podrán prepararlo sin ayuda? —Quería desafiarlos, en especial a Mauro, a quien sabía competitivo antes de su discapacidad.

Sus hijos se pusieron de pie y fueron en busca de sus abrigos antes de que ella se los ordenara.

Una vez afuera Pablo se encargó de traer todo el equipo de riendas y bozal que ella había visto ya infinidad de veces pero que no sabía cómo colocar en la boca del animal.

—Vamos a buscar a Tornado —enfilaron los tres hacia donde los caballos pastaban al sol.

Debían agarrarlo para ensillar pero el muy desgraciado, pese a su avanzada edad, no quería.

Sin palabras y con solo mirarse los chicos fueron cercándolo, habían aprendido que esa era la mejor manera y no la que habían utilizado al principio que era la de correrlo.

Después de un rato de hacerse rogar el viejo animal se detuvo, cansado, y se sometió a sus amos.

Naiquen observó cómo sus hijos en mudo diálogo se sincronizaban para cumplir con el ritual. Mientras que Pablo sostenía el cabestrillo, Mauro pasaba su único brazo por el cuello del animal. Mientras que Pablo introducía el bozal en la boca, Mauro tomaba las riendas. Después su hijo mayor tomó el cuerito de oveja que serviría de asiento y lo extendió no sin dificultad

sobre el lomo.

Pablo pasó la cincha y con ayuda de su hermano la ajustaron lo máximo que pudieron.

—Ya está listo —dijo el niño.

—¿Seguro no me caeré?

—Si te caés, te levantás, como siempre nos decís —retrucó Pablo, y Naiquen sonrió, orgullosa de ellos.

—Tenés razón. —Acarició ambas cabezas y pese a que había visto infinidad de veces cómo se hacía, preguntó cómo subirse.

Fue Mauro quien la guió hasta el tronco que ellos solían utilizar para montar. Una vez arriba sonrió a sus hijos que la miraban con admiración.

—Voy a dar un paseo —anunció sabiendo que el viejo animal no se alejaría demasiado, pero al menos había logrado una chispa de entusiasmo en la mirada de Mauro.

El caballo dio unos pasos cansados por el contorno de la casa mientras que los chicos la seguían a pie. Pablo hablaba, el viento suave traía su voz infantil, pero el mayor permanecía en ese silencio al que Naiquen no quería acostumbrarse.

Así los vio Lucien Mathieu al salir de la casa. Naiquen sintió que todo el calor de veranos pasados anidaba en su piel a pesar de la distancia y temió que él viera su sonrojo. A medida que el caballo trotaba al sitio de partida, el corazón atribulado de la mujer galopaba como nunca.

Los chicos le indicaron cómo bajar, se dejó mimar por sus hijos que enseguida se fueron para cepillar al animal.

—Buen día —saludó cuando lo tuvo en frente.

Él estaba apoyado sobre el auto mirando la distancia pero al sentirla cerca posó sobre ella sus ojos cansados. Se notaba el exceso de la noche anterior, tenía la piel macilenta y finas arrugas alrededor de su boca.

—*Bonjour* —respondió.

Naiquen siguió su camino dispuesta a ingresar a la casa, los chicos estaban entretenidos con el caballo y tenía frío.

—Seguiré tu consejo. —Sus palabras la detuvieron y se enfrentó a él con una muda interrogación en el rostro—. Iré a ver a ese niño.

—Me alegro, señor.

—Deja de decirme señor, Naiquen, ¿o es necesario que te recuerde que dormimos juntos? —La brusquedad con que lo dijo hirió la sensibilidad de la mujer, esos días parecía tener el alma en la piel—. Lo siento —de inmediato cayó en el error de su rudeza—, no es un buen día para mí.

—Tampoco para mí son buenos días —se atrevió a desafiar.

—Dije que lo siento —repitió fijando en ella esos ojos tan particulares que tenían la capacidad de acariciarla tanto como de abatirla—. Iré ahora mismo, no quiero dilatar el tema —explicó como si le debiera información.

Naiquen permaneció muda, no sabía qué esperaba de ella. Como él volvió a fijar la vista en los campos decidió que no tenía nada que hacer allí y se apuró a entrar en la casa.

Al rato escuchó el ruido del motor que se alejaba por el sendero y lamentó no haberle entregado la carta que había escrito para Milagros. Tendría que esperar un nuevo viaje a la ciudad o pedirle a Janelle.

A algunos kilómetros de allí y luego de arduas discusiones con su esposa, Lito había accedido a viajar a Dijon. Había concertado con sus superiores alejarse unos días de París sin dar demasiadas explicaciones. Hasta habían puesto un auto a su disposición para el viaje.

Instalados en un precioso hotel medieval organizaron la visita al campo para el día siguiente, dudaban que el primero de año hubiera gente trabajando en ese establecimiento al que los habían derivado.

María estaba entusiasmada aunque no tenía demasiada información sobre

ese tratamiento tan novedoso como extraño. Napolitano por su parte no creía en soluciones mágicas y menos relacionadas con animales, pero ante la insistencia de su mujer decidió darle el gusto. En lo más recóndito de su ser, aunque jamás lo reconociera, quería creer. Era necesario creer, tener una ilusión aunque fuera pequeña de que su hijita caminaría normalmente y dejaría de arrastrarse como un gusano.

Felicia estaba más calmada pero la fuerza le era esquiva, apenas daba dos pasitos caía de rodillas al piso y no volvía a insistir. Era inteligente pese a su corta edad, porque cuando veía a su padre acercarse abandonaba sus frustrados intentos por caminar; sabía que él la forzaba a hacerlo de malos modos y a la pequeñita no le gustaba.

Con su madre se mostraba más serena y estiraba sus bracitos para que María la sujetara en sus fallidos pasos, como si supiera que con eso haría feliz a su padre y no volvería a molestarla.

Como no tenían mucho para hacer luego de desempacar sus pocas pertenencias salieron a dar una vuelta por la ciudad que parecía de cuento.

Recorrieron las callecitas empedradas y disfrutaron del sol que iluminaba el día. Compraron algunos recuerdos y terminaron almorzando en un restaurante en la calle principal.

Desde allí observaron el ir y venir de los pocos transeúntes que se asomaban a esa hora de un mediodía festivo, la mayoría de la gente se reunía para pasar el primer día del año con sus parientes. Pero ellos estaban solos y María sintió de pronto la orfandad de la nada misma. Lejos del resto de la parentela, en un país desconocido y a cuyo idioma no lograba acceder, se sentía abandonada en una isla. Su marido lo había sido todo y allí descubría su error.

Ese primer día de 1979 era crucial para todos. A pocas calles de donde Lito Napolitano y su familia terminaban de comer, Lucien Mathieu tocaba a la puerta de su viejo amigo Marcel.

—¡Lucien! Viniste —dijo complacido haciéndose a un lado para dejarlo entrar—. Pasa, pasa, feliz año. —Las palabras se le amontonaban a causa de la emoción. Era un gran paso que estuviera allí.

—*Bonjour, Marcel.* —Su ánimo era taciturno pero su presencia era un avance.

—Imagino que quieres conocer al niño... —El otro asintió en silencio—. Gracias, Lucien, gracias —repitió—. No quiero que este jovencito crezca sin una familia...

—No te anticipes —cortó en seco—, solo vine a verlo.

—Está bien, está bien —Marcel caminó presuroso pero con pasos cortitos y endebles; Lucien juzgó que la vejez era la peor crueldad para el ser humano.

Le dolía ver a su amigo, otrora tan activo, limitado en sus movimientos. Hizo cálculos y descubrió que Rodiné no tenía tantos años encima, pero seguramente alguna enfermedad habitaría sus huesos a juzgar por cómo se movilizaba.

— Iré a buscarlo.

Lucien dio unas vueltas por la sala apreciando los muebles y los pisos que habían sido cambiados desde la última vez que había estado en la casa. Le dolían los recuerdos, la ilusión que había sentido durante su juventud cuando estaba enamorado de Sophie. Si bien era un hombre ecuánime, el próximo encuentro con el niño, ese niño al que atribuían como propio, lo volvía nervioso e irascible.

Recordó las palabras de Naiquen y reconoció que Alain no tenía la culpa por los errores de sus padres. El joven no había pedido nacer ni había elegido a la madre. Era su responsabilidad pura y exclusiva.

Los pasos que se acercaban y los murmullos sofocados lo posicionaron frente a la puerta por donde vio ingresar a un muchachito esmirriado y pálido, de cabellos más largos de lo habitual cuyos ojos eran iguales a los de Sophie,

aunque su mirada estaba despojada de la chispa que ostentaba la jovencita; en su lugar anidaba algo parecido a la furia.

—Alain —presentó Marcel—, él es Lucien Mathieu —omitió decir “tu padre”.

Pero el niño no se inmutó ni saludó.

—Alain, saluda, hijo —alentó el abuelo.

—*Bonjour* —había resentimiento en la voz infantil y Lucien supo que las cosas no serían nada fáciles entre ellos.

—*Bonjour, Alain* —la voz gruesa de Mathieu no inmutó al pequeño.

—Alain —comenzó Marcel en tono conciliador—, Lucien vino porque quería conocerte. —Empujó al joven hacia uno de los sillones—. Tal vez sería mejor que los deje solos un rato —propuso.

—No hace falta, Marcel —opinó Lucien que no sabría qué hacer a solas con Alain.

De repente, como si lo viniera ensayando, Alain profirió las palabras más crueles que Lucien jamás habría pensado escuchar de su boca:

—Dicen que usted es mi padre porque también es deforme. —Había veneno en su lengua y llamaradas en sus ojos—. Vamos, muéstreme, así salimos a dar el espectáculo de año nuevo.

—¡Alain! —reprochó Marcel, más triste que enojado. Le dolía ver a su único nieto tan mordaz y con tanto rencor encima.

—Déjalo, Marcel, tiene razón —concedió Lucien. De pronto le gustaba ese niño, tenía carácter—, soy deforme. —Y haciéndose a un lado los cabellos le mostró su cabeza donde solo lucía el orificio auditivo y la oreja brillaba por su ausencia.

Como en una competencia monstruosa Alain se acercó y corrió sus mechones ofreciéndole una imagen similar.

—*Mon Dieu!* —exclamó el abuelo.

El jovencito sonrió con malicia, triunfal por su desafío.

Lucien apenas miró el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos, de un vistazo apreció que la cabeza del niño era exactamente igual a la suya. ¿Sería prueba suficiente de su paternidad? Nunca lo sabría con certeza, pero de momento era un gran indicio. Su hermano Bernard era perfecto, ni siquiera tenía un lunar fuera de sitio. En cambio él...

Miró de soslayo al muchachito que se había sentado, con total desparpajo, y aguardaba. Su actitud era provocadora, como si con el cuerpo dijera “adelante, aquí estoy yo, a ver si te metes conmigo”.

Mathieu juzgó que no sería nada fácil relacionarse con él, pero más allá de eso, estaba dispuesto a intentarlo. La imagen de un Marcel venido a menos, en decadencia física y emocional, no era alentadora.

Si pensaba en Alain en los términos de que era ajeno a las culpas de los demás, no quería provocarle más descalabros a su vida de por sí problemática, que comenzaba con su defecto físico, continuaba con la muerte de su madre y acababa con el descubrimiento de un nuevo padre. Era demasiado.

—Te habrá contado tu abuelo que vivo en el campo —comenzó, y al no obtener respuesta prosiguió—: trabajo con caballos. ¿Sabes montar?

—No —fue su seca respuesta.

—Aprenderás entonces.

El jovencito lo miró fijo y quiso saber:

—¿Y cuándo será eso?

—Si quieres, puedes venir hoy mismo —tanteó—. Si tu abuelo está de acuerdo, claro.

—Sí —Marcel veía sus esperanzas renacer—. Sí, claro que estoy de acuerdo. Es un gran día para hacerlo —había entusiasmo en su voz.

—Vamos, entonces —Lucien se puso de pie—, ve a buscar tus cosas —ordenó.

—No llevaré nada —el pequeño de pronto creyó que dejaría esa casa para

no volver.

—Me refiero a un abrigo o algo que necesites.

El niño salió de la sala y al quedar solos ambos hombres se relajaron un poco.

—No será fácil, Lucien, tenle paciencia —pidió el viejo.

—Para mí tampoco será fácil, Marcel, nada fácil.



CAPÍTULO 44

“Los amantes no se encuentran finalmente en algún lugar; están dentro el uno del otro todo el tiempo.”

RUMI

Lo primero que hizo Libertad luego de obtener la dirección del hotel donde paraba Wenceslao fue dirigirse hacia allí. Milagros quiso acompañarla pero la jovencita prefirió ir sola.

—Tía, te agradezco enormemente todo cuanto hiciste por mí —le tomó las manos, emocionada—, pero esto es algo que quiero hacer sola.

La ansiedad por verlo, por poder explicarse y contarle todo, la volvía intrépida.

—De acuerdo —concedió—, pero tené cuidado y no vuelvas tarde a casa.

—Quedate tranquila —partió presurosa para tomar el metro que la llevaría hacia su destino.

El viaje fue tedioso, parecía que no avanzaban y por momentos los túneles por los que transitaban se le hacían cuevas que se cernían sobre ella, presa del temor de no hallarlo en la dirección indicada. Sentía que tenía el corazón en la boca y que un pájaro desesperado aleteaba en su pecho. Quería llegar, quería verlo y abrazarlo aun si él la rechazaba. No le importaba su orgullo, solo deseaba sentirlo nuevamente vibrar contra su piel.

Recordó los primeros tiempos de su relación, cuando se amaban a escondidas en todo tipo de lugares y camas, cuando eran uno y podían pasar

horas besándose y amándose. Pese a que se veían de contrabando y no tenían una relación normal como aquellas parejas que podían pasear de la mano por los parques, ellos se amaban. Una involuntaria sonrisa acudió a su boca y la señora que viajaba sentada frente a ella se la respondió.

Al descender del metro y subir a la calle caminó presurosa las cuerdas que la separaban del hotel. Llevaba el papelito arrugado entre sus manos en el cual las letras se habían borroneado con la humedad de su sudor.

Era un hospedaje pequeño y de baja categoría, podía advertirse con solo mirar la puerta mal pintada y las cortinas deshilachadas.

Estaba cerrado y tuvo que tocar timbre. Aguardó unos minutos antes de que el conserje se apersonara y le diera paso.

—*Les chambres sont toutes occupées.*

Libertad negó con la cabeza y explicó el motivo de su visita.

—Wenceslao Quesada —repitió mientras el hombre buscaba en su registro de pasajeros.

—Ya no está aquí —esgrimió cerrando el libro.

—¿Qué quiere decir? —Libertad sintió temor. ¿Y si lo habían encontrado? ¿Y si el largo brazo de la dictadura había dado con él?

—Que se fue, para ser exacto hace una semana.

Libertad bajó los ojos, no quería que la viera flaquear. Su búsqueda parecía no tener fin.

—¿Dejó alguna dirección o algún dato?

—No... —El hombre hizo memoria pero no recordaba nada relevante.

—Por favor... el nombre de algún amigo, algún lugar —insistió.

—Siempre estaba solo —hizo una pausa buscando en su mente algo que valiera la pena para esa jovencita tan empeñada en hallar al extranjero—, aunque tal vez pueda hallarlo en su trabajo. —Una luz de esperanza se encendió en los ojos gatunos.

—¿Sabe dónde trabaja?

—Claro que sí. —Al fin algo que animara a esa muchacha—. Tome —le extendió un papel donde había anotado el nombre de la compañía en la cual Wen se desempeñaba—. Allí lo encontrará.

—¡Gracias! ¡Gracias! —repitió dejando fluir sus lágrimas sin vergüenza antes de salir corriendo hacia un teléfono público para buscar en los directorios el domicilio de la empresa.

Parecía la historia sin final pero sentía que estaba cada vez más cerca de encontrar a su amor.

Mientras recorría las páginas de la guía, los dedos azulados de frío le entorpecían la tarea. La vista se le nublaba y parecía haber olvidado el abecedario porque no hallaba la letra que buscaba. Hasta que al fin llegó a la página indicada y allí estaba. Tomó nota de la calle y el barrio y trató de orientarse. Quedaba lejos, pero si se daba prisa tal vez llegara antes del cierre, porque entre tanto ir y venir ya eran pasadas las tres de la tarde.

Sin importarle el gasto detuvo un taxi y le indicó la dirección. El viaje también le pareció largo aunque solo durase diez minutos. No apreció las iglesias de estilo medieval que dejó atrás, ni los adornos festivos que aún engalanaban los balcones, ni los escaparates de las vidrieras cuando pasó por una zona comercial. Nada le importaba excepto llegar.

Cuando el auto la dejó en la vereda, sus ojos alzaron la vista hacia el viejo edificio donde funcionaba la empresa. Ingresó y buscó el cartel indicador del piso que la llevaría hacia el tan ansiado reencuentro.

El ascensor no llegaba y optó por las escaleras aun a riesgo de presentarse agitada y sudada. Ascendió los cuatro pisos a la carrera y cuando sus piernas cansadas la condujeron a la puerta de la compañía suspiró y se acomodó los cabellos y la respiración.

Tocó y aguardó. No tenía noción de qué era esa empresa, tampoco le importaba. Sintió pasos que se aproximaban y el ruido de la cerradura al abrirse dejó ver a una mujer de mediana edad que la miraba sin comprender.

—Está cerrado —informó.

—Lo siento... —Por el espacio que quedaba entre la puerta y la mujer espió para ver si había alguien más, con la loca ilusión de ver a Wenceslao allí—. Estoy buscando a alguien que trabaja aquí —explicó ante la mirada de incompreensión mezclada con malestar de la mujer.

—Ya se fueron todos.

Libertad suspiró.

—Por favor... es urgente —dijo—, necesito ver a Wenceslao Quesada, me dijeron que trabaja aquí.

La empleada la observó con detalle para decidir si esa mujer que lucía al borde de la desesperación estaba en sus cabales. A juzgar por sus ropas y sus modales parecía una persona de bien y decidió tenderle una mano. Se notaba que era extranjera, seguramente argentina como Quesada, tal vez era una pariente recién llegada.

—Adelante.

La joven sonrió con los ojos brillantes y avanzó.

Al cerrarse la puerta tras de sí vio que se trataba de oficinas. Había varios escritorios y máquinas de escribir entre las azules carpetas que descansaban allí.

La mujer avanzó hacia un mueble y hurgó entre sus estanterías hasta dar con un cartapacio de tapas negras. Lo apoyó sobre uno de los pupitres, se calzó los anteojos y lo abrió.

—Aquí tenemos los datos de los empleados —explicó mientras buscaba entre los folios—, acá está.

Sacó la hoja y la acercó a sus ojos cansados.

—Hotel Etoile —informó.

El corazón de Libertad retomó el galope nuevamente.

—Le anotaré la dirección.

—Gracias, señora, es muy importante para mí. —Cuando recibió de sus

manos el papel lo apretó contra su pecho—. Gracias —repitió antes de salir.

En la calle se sintió desorientada y tuvo que preguntar si el hotel quedaba lejos.

—*C'est pas loin* —le respondieron a la vez que le indicaban cómo llegar.

La separaban de la dirección apenas unos ochocientos metros que Libertad transitó al borde del desmayo. Ni siquiera se había dado cuenta de que hacía horas que no ingería nada y que el estómago clamaba por alimento.

Corrió los últimos tramos y llegó al lugar alborotada y casi sin poder hablar. Tuvo que sujetarse de una columna porque un repentino mareo la empujó contra el suelo. Cuando se recompuso miró hacia el hotel y se alegró al descubrir que este era de mejor categoría que el anterior donde Wenceslao se había alojado, lo cual indicaba su mejoramiento económico.

Avanzó hacia la recepción y preguntó por él.

El conserje buscó en su registro y le informó el número de habitación permitiéndole ingresar a verlo.

—¿Está aquí? —preguntó entusiasmada.

—Sí, suba.

¡Estaba allí! ¡Al fin lo encontraba! Sin importarle el aspecto se apuró hacia la escalera que la aguardaba como una gran boca abierta y subió los peldaños de dos en dos hasta arribar al segundo piso.

Frente a la puerta número cinco respiró hondo antes de llamar. Sintió voces que venían de adentro y ruidos. ¿Estaría con alguien? Aguardó unos instantes para sosegar y se acomodó el pelo, que sentía sucio luego de todo un día dando vueltas por la ciudad.

El ruido de la cerradura al destrabarse y la puerta abriéndose en cámara lenta. Detrás, Wenceslao a medio vestir, solo con un jean, el cabello húmedo y una mujer borrosa.

Eso fue lo último que vio antes de desmayarse frente a los pies descalzos del hombre amado.



CAPÍTULO 45

Buenos Aires, enero 1979

Ya había pasado un mes de la muerte de Vicente, y Aime llevaba su dolor escondido. No deseaba que se preocuparan en demasía por ella ni que siguieran insistiendo con que se mudase a vivir con Lihuen y Santiago. Ella quería estar en su casa, con sus cosas, sus plantas y sus recuerdos.

Aún no le había avisado a Milagros, la última carta que había enviado la familia por medio de Wenceslao era portadora de malas noticias. Primero la muerte de Fresia y ahora Vicente. Ya le avisaría, no había apuro, de todas maneras, poco podía hacer Milagros desde allá. No deseaba tampoco forzarla a viajar, ¿qué sentido tenía? Su padre ya no estaba entre los vivos. Y ella... Ella sobreviviría, como siempre lo había hecho.

Aime miró hacia atrás y vio el largo camino recorrido desde su pobreza en el conventillo de La Boca, su amor turbulento con Stein, su primer marido, el rechazo de su familia, el rencor de su suegro y la tardía ayuda de su suegra. La vida en la habitación de la pensión en Mendoza, el campo, las cocinas de hotel y sus vapores, la infancia de Lihué... Todo parecía tan lejano y sin embargo estaba tan vívido en sus recuerdos.

La muerte de Stein y su inmenso dolor que la llevó a raparse por completo y dejarle en el cajón la ofrenda de su cabello. El galanteo de Vicente hasta ganar su amor. Después... la locura de pasión de su hija con Santiago, los

amantes en su propia casa, el embarazo, el destierro, la huida. ¡Parecía una novela de televisión! Y ella había protagonizado casi todos los capítulos.

Había dejado pasar todos esos días antes de deshacerse de las cosas de su esposo, se dijo que ya era tiempo.

Caminó hacia el dormitorio y al abrir la puerta del ropero se miró en el espejo que había pegado sobre ella. Se vio vieja. Delgada como siempre, con muchas más arrugas de las que recordaba y el pelo cada vez más blanco. Sus ojos habían perdido el brillo y solo los alumbraba la esperanza de reencontrarse pronto con él.

De repente una loca idea le vino a la cabeza y estalló en una carcajada. Se imaginó llegando al cielo, porque estaba segura de que a pesar del error cometido con Lihuén durante su embarazo iría al cielo, y que salían a recibirla sus dos maridos. Stein a la izquierda, con sus ojos claros y su sonrisa fresca, Vicente a la derecha, con su cuerpo grande y su gesto bonachón. Sin dejar de sonreír ante aquella imagen que dibujaba en su mente se preguntó en qué abrazo aterrizaría primero. No podía elegir, los había amado a ambos, aunque la mayor parte de su vida la había compartido con Vicente atento la prematura muerte de Stein. Fantaseó con la situación, ella considerando y ellos expectantes, compitiendo mudamente por la hembra. Era un juego macabro pero tal vez el futuro le deparara eso. Seguramente ella los uniría y se fundirían los tres en un gran abrazo. Compartiría con ambos la vida después de la muerte, sintiéndose segura y querida.

Esa idea le dio tranquilidad, no estaría sola. Peor habría sido para Stein que había llegado primero. ¿Serían amigos sus maridos en el cielo? *“Por Dios, debo estar volviéndome loca.”*

Abandonó su imagen en el espejo y empezó a sacar del ropero las camisas de Vicente, una por una, para dejarlas sobre la cama, en sus perchas, listas para ser usadas por alguien más. Después buscó los pantalones, las camisetas, los zapatos. Toda su vida cabía en paquetes.

¡Qué poco quedaba luego de toda una existencia! Apenas cuatro bolsas que irían a parar a algún hogar más necesitado.

Evocó las tardes junto a su esposo, en el jardín, disfrutando del mate y de las plantas, ella contándole del último cactus que había echado raíces y él elogiando los jazmines. Eran dos viejos pero todavía se reían y soñaban con viajar algún día a conocer la ciudad donde vivía su hija menor.

Cuando finalizó de vaciar el mueble y desocupar cajones y estantes con cosas de Vicente, se sentó en la cocina. La luz iba dejando el paso a la noche y en la penumbra apenas se divisaba el contorno de las cosas. No encendió la bombilla, conocía al dedillo el exacto lugar de cada objeto.

Cerró los ojos y evocó su voz, esa voz que hacía tantos días le era negada, silenciada por la muerte que le había arrancado a su compañero. Una lágrima atrevida corrió por su mejilla delgada y ella la dejó ser. No había nadie que pudiera presenciar su debilidad, todos la tenían por una mujer fuerte.

Una tras otras las gotas saladas fueron cayendo, mojando sus manos y su pollera; Aime no hizo ningún esfuerzo por detenerlas. Era hora de llorar, de dejarse ir, de permitir fluir su dolor y su tristeza. Hacía años que no lloraba de esa manera, ni siquiera ante la desgracia de Mauro, tan pequeño e indefenso. Años de estoicismo, de empujar las penas hacia atrás, de apretar los puños y la garganta, de cerrar bien los ojos e impedir la catarata de emociones que tenía agazapadas. Ya era hora de dejar de resistirse. No había testigos, solo ella para reprocharse ser débil. ¿Era débil por llorar?

Al pensar esto sonrió, apenas, y escondió la cabeza entre los brazos.

Santiago y Lihúen desayunaban en su casa. Era domingo, se notaba el silencio en las calles. Mientras ella cebaba el mate, él ojeaba el diario hasta que dio con una noticia que lo llenó de indignación.

—¡Atacaron a Horacio Guaraní!

—¿Qué decís? —se interesó su mujer mientras le alcanzaba la infusión.

—Mirá... —le extendió el periódico—, tiraron una granada en su casa, lo hirieron en la pierna.

—¡Qué horror, Santiago! Ni los artistas se salvan —opinó Lihuén—, a veces pienso que deberíamos irnos.

—¿Irnos? —Los ojos verdes de su marido ya no lanzaban las chispitas de antaño.

—Con Libertad y Milagros... hasta mi prima está allá —refiriéndose a Naiquen.

—Pero... —Santiago se levantó, rodeó la mesa y se agachó a su lado—, ¿la extrañas?

—¡Cómo no extrañarla! Aunque no estaba nunca en casa —sonrió—, pero es mi hija y no sé nada de ella.

—Debe estar feliz, con su novio... —intentó Santiago.

—¿Y si no es así? ¿Y si no se encontraron? ¿Y si le ocurrió algo? ¡No sabemos nada de ellos! —Por primera vez la veía desbordada—. Lo siento —se apretó contra él y lagrimeó—. Me preocupa mamá, luego de... —no quiso mencionar la palabra muerte pero ella flotaba en el aire— lo de Vicente, ella está muy sola, encerrada en su casa, temo por ella. Y nuestros hijos... Nehuén trabajando todo el tiempo, aturdiéndose y escondiéndose en su soledad, Libertad al otro lado del mundo... ¿Cómo querés que esté bien? Estas fiestas —refiriéndose a Navidad y fin de año— fueron un suplicio para mí.

Santiago la abrazó y consoló mientras ella se desahogaba.

—Mi amor, te entiendo... para mí es igual. Los extraño a todos. —Se incorporó y se sentó a su lado, las rodillas le dolían si estaba mucho tiempo acuclillado—. ¿Nos estaremos poniendo viejos? —intentó sacarle una sonrisa que no llegó a ser—. No podemos ir a Francia ahora, mi vida, no tenemos dinero para ello.

—Lo sé, lo sé —se apretó las sienes—, es una locura. —Fijó en él sus ojos grises—. Perdoname, no quiero sumarte malestar... son estos días que...

—Shhhh —selló sus labios con un beso—, esto también pasará —la tranquilizó, aunque a él también le dolían las distancias y las ausencias. La muerte de su padre había sido un duro revés para todos.

Esa noche Nehuén los visitó y se quedó a cenar. Parecía haber envejecido diez años pese a que había subido de peso. Se lo notaba cansado, tenía la piel grisácea y los ojos vencidos.

—¡Hijo! ¿Te sentís bien? —preguntó la madre, preocupada.

—Sí, mamá, solo cansado, estoy tomando muchas guardias.

—Pero... ¿para qué tanto? ¿Necesitás dinero acaso?

—No es eso.

—¿Entonces qué es? —insistió Lihuén.

—Tal vez sea la necesidad de estar con gente —reconoció.

—¡Por Dios, Nehuén! —intervino el padre—. Esa no es respuesta —sin darse cuenta de la inmensa soledad que rodeaba a su hijo.

—Escuché rumores —cambiando abruptamente de tema logró captar la atención de sus padres—, acude todo tipo de gente al hospital y a veces alguno suelta la lengua.

—¿A qué te referís?

—Los Montoneros están planeando algo así como una contraofensiva.

—¿Contraofensiva? —inquirió Lihuén.

—Oí que están entrenando gente afuera, pretenden movilizarse multitudinariamente hasta la Plaza de Mayo, además de una serie de atentados con el propósito de generar conmoción y caos.

—Pero... ¿para qué harían todo eso? —Lihuén aún no comprendía.

—Quieren que los militares dejen el poder.

Santiago sonrió con pesar.

—¡Qué ilusos son después de todo!

Y tenía razón. La contraofensiva sería un fracaso absoluto, a pesar de que los Montoneros lograrían aumentar la conflictividad obrera que conllevaría a la primera huelga nacional contra la dictadura.

—Mantenete al margen, hijo —aconsejó Lihuén, temerosa de que Nehuén anduviera mezclado en “cosas raras”—. Más vale permanecer en el anonimato.

—Dejalo —terció Santiago, siempre intacto su espíritu de lucha—, es un hombre, sabe lo que hace.

—Tranquila, mamá, no te preocupes por mí —pidió el hijo—. Papá tiene razón, soy un hombre pese a que vos todavía creas que soy tu bebé. —Le sonrió con ternura mientras ella hacía un gesto de disconformidad.

La noche terminó con una cena familiar de charlas profundas y sentidas, donde los ausentes se hicieron sentir.



CAPÍTULO 46

“No es bueno que todos nuestros deseos se satisfagan; a través de la enfermedad conocemos el valor de la salud; a través del mal conocemos el valor del bien; a través del hambre, el valor del alimento; a través del esfuerzo, el valor del descanso.”

PROVERBIO GRIEGO

Wenceslao quedó de una pieza cuando abrió la puerta y Libertad cayó a sus pies. Su amiga corrió en auxilio de la mujer que yacía desmadejada en el suelo.

—*Qui est-ce?* —preguntó tratando de levantarla—. ¡Ayúdame! —pidió ante la inmovilidad del hombre que aún no salía de su asombro.

Saliendo de la sorpresa, Wenceslao la tomó entre sus brazos sintiendo que todo su cuerpo se estremecía. Pesaba como una pluma, estaba mucho más delgada, pero seguía siendo la mujer que su piel reconocía como propia.

La recostó sobre la cama y le tomó el pulso.

—¿Está bien? —preguntó su compañera.

A Wenceslao le costaba recomponerse. ¿Qué hacía Libertad allí? ¿Cómo lo había encontrado? No podía quitar su mirada de ella, de su palidez, de sus cabellos negros y largos que sobrepasaban sus glúteos. En el instante mismo del encuentro había visto brillar sus ojos gatunos, esos ojos que tanto lo habían hechizado.

—¡Wen! —reclamó su amiga—. No te quedes ahí parado, fíjate si está bien.

—Sí, sí, está bien, solo desmayada.

—¿Tienes alcohol? —Al ver la impasividad del hombre fue ella misma hasta el *toilette* a buscar en el botiquín.

Como no había nada adecuado tomó agua en un vaso y con ella refrescó la nuca y las muñecas de la joven, a la par que le hablaba para despertarla.

Libertad volvió en sí y se encontró con un par de ojos color miel que la miraban con preocupación. Con dificultad se sentó y recorrió el cuarto hasta dar con Wenceslao, que estaba de pie en el centro de la habitación, impávido.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la chica.

Libertad no entendía nada... Su novio... ¿o ya no lo era?, no se preocupaba por ella y sí lo hacía la extraña que estaba con él. ¿Sería su pareja? ¿O alguna amante ocasional? Medianamente recompuesta la estudió: era bella y demasiado joven, no pasaría los veinte años. La furia se mezcló con el dolor y sofrenó el instinto de gritar y reprochar. Ella era una dama aunque él juzgara lo contrario.

—Estoy mejor...

—Me llamo Mirna —explicó.

—Libertad.

Y como Wenceslao no hacía ni decía nada, limitándose a estudiar a Libertad, Mirna preguntó:

—¿Quién eres? ¿Estás perdida?

Libertad esbozó una sonrisa involuntaria.

—Soy su novia —declaró señalándolo con la cabeza.

—Ah —atinó a decir Mirna mientras se ponía de pie— mejor me voy, Wenceslao. —Caminó hacia la mesa que había debajo de la ventana y tomó una carpeta—. Dejemos la clase para otro día. Adiós, Libertad.

Y así sin más, salió del cuarto.

Al quedar solos Libertad observó al hombre que estaba frente a ella. ¡Cuánto lo había extrañado! ¡Cuánto había sufrido creyéndolo muerto! Y

estaba ahí, a un palmo de su cuerpo, frío y distante.

La posición horizontal la hacía sentirse en desventaja y haciendo un esfuerzo, porque se sentía débil, se sentó y bajó los pies de la cama. Si iban a discutir quería hacerlo de manera digna. Pero Wenceslao ni siquiera parecía interesado en pelear o pedir explicaciones, más bien se mostraba hastiado.

—Wen... —comenzó ella incorporándose y dando unos pasos hacia él.

Cuando estuvo a escasos centímetros quiso abrazarlo, pero él la rechazó sosteniéndola por los brazos, alejándola de sí.

—¡No tenés vergüenza! ¿Verdad?

—No tengo nada de qué avergonzarme. —Sus ojos comenzaban a brillar, pero no le importó mostrar su debilidad. Estaba allí para recuperar su amor, ese que adivinaba detrás de esa insólita indiferencia producto del despecho—. Te amo, Wen, nunca dejé de hacerlo.

El hombre dejó escapar una sonora carcajada mientras caminaba por el pequeño cuarto.

—¿Y por eso te lanzaste de lleno a los brazos de otro? —Se detuvo frente a ella y le gritó en la cara—. ¡Ni siquiera esperaste a que se enfriara mi supuesto cadáver!

Ella rompió en llanto. Él tenía razón. No había excusa para su comportamiento, no había palabras que la elevaran a sus ojos. Le había fallado. Por mucho que intentara escudarse en la soledad y el dolor, se ponía de su lado, se metía en su piel e imaginaba el sufrimiento espantoso que lo carcomía por dentro. De solo pensar que Wenceslao hubiera estado con otra mujer a ella le sangraba el alma. Y ella se había acostado con Jean-Louis.

Derrotada bajó la cabeza y sintió cómo las lágrimas la inundaban, llenando la habitación de olas saladas que azotaban los pocos muebles que había y barrían con la poca dignidad que le quedaba.

Él permaneció de espaldas, mirando por la ventana de vidrios sucios hacia la nada misma. No quería verla vencida. Le dolía su dolor y lo avergonzaba

su vergüenza. Quería perdonarla pero no podía. Su orgullo se lo impedía.

El llanto de Libertad fue menguando hasta que quedó seca. Se acercó a él y elevó su mano para tocar su espalda, pero al sentir el rechazo la dejó en el aire hasta que, vencida, cayó por su propio peso.

Dio media vuelta para irse cuando sintió que él giraba. Aguardó unos instantes y cerró los ojos cuando sus dedos rozaron su cuello despejando su nuca de cabellos.

La boca rabiosa de Wenceslao se prendió a su piel y cual vampiro la chupó con fiereza. Luego una mano ascendió a su pecho y con furia lo masajeó hasta hacerle daño, pero ella resistió. La dureza a la altura de sus muslos le indicó el triunfo: él la deseaba.

Giró y le buscó la boca que él le concedió con energía. Se chuparon, se mordieron, se torearón con las lenguas. Él imaginando que había sido de otro, ella suponiendo que había hecho el amor con la jovencita que acababa de partir. El deseo podía más que el orgullo que quedó sepultado por sus ropas al caer, desgajadas y hartas de tanto tironeo.

A los tropezones y a tuestas llegaron a la cama donde Wen la arrojó sin piedad. Libertad lo desconocía en ese papel pero lo dejó hacer, necesitaba sentirlo nuevamente luego de tanto tiempo, oler su sudor, recorrer su piel, saborear su humanidad y recibirlo en su seno. Lo amaba a pesar del enojo, a pesar del tiempo y aun de la muerte. Jamás había dejado de sentirlo y no quería dejarlo pasar.

Wen también se dejaba arrastrar por el deseo animal de reafirmar su posesión, era su mujer aunque por su cuerpo hubiera pasado otro, otro que no había logrado dejar su huella ni su marca. Era tanta la necesidad de sentirla que empujaba hacia atrás cualquier pensamiento que lo alejara de ella. Necesitaba su piel, su sabor, su boca jugosa que era su refugio y su cuerpo tibio que vibraba al unísono.

El lecho fue testigo de la pasión postergada y los recibió anfitrión y

gustoso. Sobre él se bebieron, se degustaron, se lloraron y se amaron. En tácito acuerdo demoraron los orgasmos que los invadían y agujoneaban por doquier, dominándolos con juegos y entretiempos, hasta que no aguantaron más y se dejaron ir.

Después se durmieron, la noche cayó con su rotundidad. Libertad olvidó el hambre y a su familia que aguardaba. Wenceslao olvidó su rencor. Al menos por esa velada.

El camino hacia la propiedad de Mathieu fue silencioso. El niño no habló y el hombre prefirió mantenerse callado. Si bien trataba con jovencitos todo el tiempo, este en particular lo colocaba en una situación de incomodidad. La sospecha de que podía ser su hijo le había quitado la seguridad de la que se creía dueño y de pronto se descubrió vulnerable.

Alain miraba el camino y parecía imperturbable por su presencia. El muchachito era dueño de un autocontrol sin par aunque por dentro se agitaban remolinos de sentimientos encontrados. Mezcla de miedos con furias, de soledades con anhelos.

No sabía con qué se encontraría en la casa de ese extraño. Había crecido creyendo que tenía un tío que por motivos desconocidos estaba distanciado de su familia; de repente ese hombre se convertía en su posible padre.

A pesar de su fingida indiferencia lo había estudiado de reojo y había descubierto que sus manos eran similares, sus dedos terminaban de la misma manera, no como los de Bernard, tan delgados y con esas uñas en punta. La forma de la mandíbula también era muy parecida, aun cuando él todavía era pequeño ya se evidenciaba la fortaleza de sus huesos. Se comparó con Mathieu y admiró su cuerpo musculoso reprimiendo el deseo de ser grande como él. Y después estaba la deformidad... en eso habían sido cortados por la misma tijera.

¿Habría una mujer en la vida de Lucien? ¿Tendría una tía o una madrastra? Se reprochó el pensar como si ya fuera un hecho su mudanza. No, no era eso lo que quería. En verdad no quería estar con nadie ni en ningún sitio. Necesitaba que lo dejaran en paz para poder descargar todo el odio que la muerte de sus padres le había causado.

De tanto maquinar no advirtió que habían llegado y que Lucien apagaba el motor.

Descendieron en el mismo mutismo del viaje y quedaron ambos al lado del vehículo, sin saber qué hacer o qué decir.

—Ven —tomó la iniciativa el hombre—, te mostraré el lugar.

Caminaron uno al lado del otro y Lucien le fue contando, como hacía con cada recién llegado a su terapia. Le mostró las caballerizas, los galpones de abasto, la pequeña oficina (si es que podía llamarse así) donde los empleados tomaban alguna bebida y anotaban los datos de la jornada, el jardín de flores y demás espacios al aire libre.

Algunos animales estaban sueltos en el campo, no era día de trabajo, pero en uno de los corrales estaba Tornado, el caballo de los hijos de Naiquen.

—Para empezar puedes hacerlo en ese —señaló con la cabeza.

—¿Ahora? —preguntó Alain.

—Si tienes ganas, sí. Pero antes debo preguntarle a sus dueños.

El jovencito lo miró con intriga.

—Espera aquí. —Caminó a largos pasos hacia la casa, quería que los hijos de Naiquen lo ayudaran a interactuar con ese niño difícil, respecto del cual se sentía desconcertado.

Alain se aproximó al cerco y se acodó sobre él posando sus ojos en el caballo que parecía dormir de pie. Respiró el aire puro del campo, inspiró el aroma de las plantas sin poder identificarlas y sintió el viento remover sus cabellos. Le gustaba estar solo, se había acostumbrado, porque a pesar de haber tenido una familia siempre lo dejaban relegado y compartían poco

tiempo con él. No tenía amigos, su deformidad lo había llevado a estar a la defensiva y los demás jovencitos habían terminado alejándose de él por considerarlo violento aunque el físico no lo acompañase.

Ensimismado en la observación del entorno se sobresaltó cuando sintió una presencia a su lado. Se volvió y descubrió a un niño de edad similar que se acodó a su lado sin emitir sonido. Lucien se acercó y los presentó.

Pablo se mostró animado ante ese pariente del dueño de casa que se mostraba serio y callado pero que era normal. De inmediato se arrepintió, sabía que no tenía que discriminar a los que iban a la terapia, su hermano también presentaba limitaciones físicas pero no por ello dejaba de ser normal.

—Pensé que te gustaría enseñarle a Alain cómo ensillar el caballo — sugirió Lucien subiendo el cuello de su gabán; el aire era demasiado frío pese a que ya había pasado el mediodía.

—Sí —Pablo se mostraba entusiasmado mientras intentaba un francés comprensible—, ven así entre los dos lo sujetamos —se agachó para pasar entre los maderos y entrar al corral.

Alain lo imitó y con aire de superioridad dijo:

—Puedo hacerlo solo. —Con pasos largos sobrepasó al niño y se acercó al animal.

Pablo se detuvo y posó sus ojos interrogantes sobre Lucien quien respondió con un gesto de pesar.

—Déjalo... no podrá hacerlo —anticipó.

Ambos se acodaron sobre la empalizada y observaron.

Alain se acercó al caballo sin reparar que no llevaba nada para sujetarlo. Al descubrir que era viejo creyó que sería tarea fácil pero ni bien estuvo a unos centímetros el animal se alejó a paso cansino. El jovencito no se amilanó y volvió a la carga, esta vez decidió atacarlo desde atrás, sin saber que era peligroso en caso de que hubiera sido un ejemplar joven.

Lucien no pudo menos que sonreír ante el nuevo fracaso, pero el muchacho

era tozudo y orgulloso, no cejaría hasta tener a su presa.

—¿Cree que lo logre? —inquirió Pablo luego de un rato.

—Lo dudo, pero es tan necio que no dará el brazo a torcer.

—Estaremos aquí todo el día... — sentenció el pequeño con sorna.

—Buscaremos una excusa, no queremos humillarlo de entrada, ¿no crees?

—Se miraron a los ojos y se sonrieron. Una nueva complicidad había nacido entre ellos.

Al cabo de un rato, mientras Alain seguía caminando y trotando alrededor del equino, Lucien envió a Pablo con un mensaje para su madre.

—Dile por favor que en breve nos llame para almorzar. —El jovencito comprendió cuál era la intención y admiró al dueño de casa. Otro en su lugar no hubiera tenido tanta condescendencia con Alain, quien de entrada se había mostrado soberbio.

Pasados unos minutos Naiquen apareció en compañía de su hijo menor para cumplir con lo ordenado.

—El almuerzo está listo, señor. —Decidió mantener la formalidad en presencia de los terceros.

—Enseguida vamos, gracias. —Lucien ingresó al corral y se acercó al joven que seguía en su danza detrás del caballo—. ¡Alain! —llamó. El aludido lo miró, lucía sudado y con los ojos en llamas—. Es hora de almorzar, ven. —No había espacio para la desobediencia en el tono de su voz; en el fondo el muchacho agradeció el llamado.

Con los mismos pasos largos con que había ingresado salió del corral. No emitió palabra y Lucien decidió respetar su silencio.

Entraron en la casa y fueron a asearse las manos. La comida estaba servida en el comedor, donde el dueño de casa había dispuesto que comieran todos por ser el primer almuerzo del año.

Lulú había engalanado la mesa nuevamente y cocinado distintos platos pese a que la noche anterior había quedado alimento suficiente.

Lucien los presentó uno por uno y al llegar a Mauro el niño advirtió su manga vacía:

—Veo que no somos los únicos deformes aquí —disparó con odio—. ¿También está el jorobado de Notre Dame?

Naiquen sintió que la furia ascendía a su rostro, de haber sido su hijo le habría propinado una bofetada y lo hubiera mandado a dormir la siesta sin comer. Posó sus ojos encendidos sobre Mauro pero este permanecía imperturbable, como si no lo hubiera oído.

—Es para que no te sientas exclusivo —replicó Lucien conteniendo su enojo.

Ya le pediría disculpas a Naiquen y a Mauro por la agresión de su hijo. ¿Su hijo? Sin darse cuenta lo había aceptado como propio aun cuando no le gustara ni su carácter ni su educación.

—Sentémonos a comer.

La comida transcurrió en un incómodo silencio apenas interrumpido por el ruido de los cubiertos al chocar entre sí. Nadie emitió palabra, ni siquiera Lulú que siempre distendía el ambiente con sus comentarios.

Cuando finalizó el almuerzo, las mujeres se refugiaron en la cocina mientras que Pablo y Mauro se abrigaban para salir. En tácito acuerdo habían decidido darle una lección a ese maleducado.

Alain quedó a solas con Lucien creyendo que vendría una reprimenda, pero esta nunca llegó. El hombre se limitó a servirse una bebida del bar para después dejarlo solo.

“Que se apañe”, pensó antes de ir tras las damas a quienes halló murmurando sobre lo ocurrido.

—Lo siento, Naiquen. —Se acercó a ella más de lo habitual, sentía ganas de abrazarla para hacerle pasar el mal rato—. Alain acaba de perder a sus padres... Conoces la historia.

—Lo sé, señor...

—No me digas, señor, por favor, dime Lucien. —Notó que ella se ruborizaba y Lulú los observaba reafirmando sus sospechas.— No será fácil encaminar a este jovencito.

—Entiendo —respondió ella—, pero no volveré a permitir que trate así a mi hijo. —En eso sería firme.

—Está bien, tienes razón. —Dio media vuelta y abandonó la cocina.

El comedor estaba vacío y el abrigo de Alain no estaba colgado del perchero. Se asomó a la ventana y lo vio. Sentado sobre los maderos del corral observaba a Pablo y a Mauro ensillar el caballo. Seguramente se moría de ganas de ir con ellos pero no se animaba por la ofensa proferida.

Decidió no intervenir, a veces era mejor.

Estaba cansado, no había dormido bien la víspera y lo tentaba una siesta. Sonrió al evocar la tarde anterior, el descanso del último día del año con Naiquen en sus brazos. Una puntada se evidenció en su entepierna justo en el momento en que ella salía de la cocina. Sus ojos se encontraron y ella desvió la vista para ir a sus quehaceres; él la alcanzó en dos pasos.

—Olvídate del trabajo hoy. —Le quitó la pila de manteles y servilletas que llevaba para lavar—. Es día de fiesta. —La tomó de la mano y la llevó hacia la biblioteca cerrando la puerta.

Sin darle tiempo la enlazó por la cintura y se prendió a su boca. Ella respondió el beso y el abrazo. Las manos de Lucien le acariciaron los cabellos y la besó en el cuello.

—Tengo ganas de ti, Naiquen.

—Yo también... —reconoció—, pero esto no está bien.

“Me estoy volviendo loca. Mi hijo sufre como un condenado y yo pensando en un hombre. Dios, dame cordura, por favor, salvame.”

—¿Por qué no? —Se separó un poco para verla a los ojos—. Ambos somos libres.

Ella bajó los ojos, no sabía si era libre, desconocía qué había ocurrido con

su esposo, tenía miedo. Pero no pudo emitir palabra. Estaba conmovida y abrumada por la situación.

—Pese a mi deformidad, como dice Alain, no soy un monstruo, Naiquen.

—Ella sonrió ante sus palabras.— No voy a comerte, ni a ti ni a tus hijos.

—No quiero sufrir, Lucien —decidió ser sincera.

—Yo tampoco quiero sufrir, Naiquen, tú sabes que me hicieron mucho daño ya. —De repente la soltó y le dio la espalda—. ¿Quieres que te repita que mi prometida me engañó con mi hermano mientras yo estaba cuidando a mi madre en su lecho de muerte? ¿Quieres saber por qué? Porque Bernard era bello y perfecto. ¿Quieres que te cuente que hasta un hijo me arrebataron esos dos? —Había dolor y rencor en sus palabras.

—Lo siento. —La mujer se acercó y posó su mano en su espalda—. A mí también me lastimaron, Lucien, de otra manera, pero tengo heridas que laten a flor de piel.

Él se volvió y la consumió con sus ojos.

—Yo no te haré daño, jamás. Solo te pido lealtad.

“¿Y el amor?”, pensó Naiquen. “¿Existe el amor a esta edad? ¿O solo nos enlazará el deseo mientras nuestras carnes vibren? ¿O solo seremos el consuelo para nuestras soledades?”

Al ver que ella lo miraba sin reaccionar dijo:

—¿Me tienes miedo? ¿Crees que soy un monstruo? —Estaba irritado y se alejó de ella.

—No, Lucien, no —se acercó y le acarició la mejilla con ternura—, solo pensaba...

—¿Qué pensabas?

Naiquen se ruborizó, la juzgaría una adolescente si le confesaba sus dudas, pero decidió arriesgarse.

—En los sentimientos —dijo para minimizar. Amor le parecía un término demasiado rotundo.

—Los sentimientos... —sonrió con sorna—, quieres ponerle un nombre — ella sintió vergüenza, él estaba burlándose, seguramente su opinión había descendido y la creía una niña tonta, como todas.

Lucien solo buscaba sexo, diversión dentro de la casa, nada más que eso. Pero ella no sería su juguete. Él quería lealtad, debió decir “exclusividad”.

—El nombre apropiado es empleada —replicó con la frente alta dirigiéndose hacia la puerta.

—¿A dónde crees que vas? —La tomó del brazo y la giró hacia él.

—A cumplir con mis tareas —intentó desasirse—, suélteme, por favor. — No había hesitación en sus ojos, estaba furiosa y decidida a irse.

Lucien vio que la siesta se desvanecía así como su erección.

—No puedo ponerle un nombre a nada hoy día, Naiquen, ni siquiera pude ponerle nombre a mi hijo. —Ella se asombró de que lo reconociera como tal.

—Por eso mismo, señor —remarcó—, voy a seguir con mi trabajo.



CAPÍTULO 47

El despertar no fue como Libertad había soñado. Amaneció sola en la cama que se había enfriado hacía rato. No había signos de Wenceslao en la pequeñez de la habitación, tampoco en el *toilette*.

La jovencita se vistió y se envolvió en una manta, no andaba la calefacción y el frío se colaba por la puerta y la ventana. Cayó en la cuenta de que había pasado la noche allí y no había avisado a su tía, quien de seguro estaría más que preocupada. Se sintió culpable por ello.

Caminó unos pasos buscando qué comer, tenía hambre, hacía casi un día que no ingería alimento alguno. Halló unos trozos de pan y queso, los devoró.

Husmeó el lugar, no había demasiadas cosas. Carpetas de apuntes de español, otros papeles que supuso eran de trabajo y la radio, última adquisición de Wen. La encendió pero no halló ninguna frecuencia que le interesara, prefirió el silencio.

Sabía que tenía que volver pero quería quedarse allí a esperar a Wenceslao. Miró la hora: once de la mañana. ¡Vaya si había dormido! Pensó en Milagros, sabía que la recibiría con una reprimenda, pero no había tenido manera de avisarle, y estar con Wen era para ella lo único importante. El mundo podía desaparecer pero Libertad había sido feliz en sus brazos aunque la realidad fuera tan hostil.

Tomó las prendas que él tenía acomodadas sobre un estante y se las acercó a la cara. Las olió y las besó: tenían su olor, su sello, su marca. ¡Cuánto lo había extrañado!

Siguió recorriendo el cuarto, buscando algo, no sabía qué, tal vez algún signo de que la había extrañado, una vieja foto, una carta, pero no había nada. Revolviendo, solo halló un folleto que le llamó la atención: una pareja que bailaba tango. ¿Quizás la había estado buscando? ¿Qué otra cosa podía ser? A Wenceslao no le interesaba el tango, de eso estaba segura.

Los minutos corrían y Wen no regresaba. Era mejor irse, dar señales de vida a su tía, asearse y planificar cómo seguir. Estaba segura de que su novio no se la haría fácil y era comprensible, estaba herido. Ella estaría igual o peor en su lugar. Pero la víspera que habían compartido le aseguraba que él aún la amaba. Lo había sentido en la piel y en la sangre. La había poseído reafirmando su dominio y ella lo había dejado hacer. En el fragor del encuentro, él le había murmurado palabras tiernas mezcladas con el ardor del momento y Libertad reafirmó que nada había cambiado entre ellos por muchos océanos y cuerpos que se interpusiesen.

Decidió dejarle una nota pidiéndole que la buscara cuando finalizase su trabajo. Se despidió con un “Te amo, Wen, como siempre. No lo olvides”.

La apoyó sobre la almohada no sin antes besar el papel, en la esperanza de que él hiciera lo mismo.

El trayecto hacia la casa de Milagros le pareció un abrir y cerrar de ojos, no porque quedara cerca sino porque estaba en las nubes. Cuando tocó a la puerta y su tía la vio con esa sonrisa de oreja a oreja, desistió de los reproches que se había repetido durante toda la mañana y la abrazó.

—¡Gracias a Dios que estás bien! ¡Pero deberías haber avisado! —la reprendió llevándola hacia la sala—. Vamos, contame.

—Antes necesito comer. —Fue directo hacia la cocina y abrió la heladera—. Hace un día que no como nada...

—¿¡Cómo que no comiste nada!? Pero... ¿es que ese hombre...?

—Ay, tía, no me regañes, por favor. —Comió lo primero que encontró sin reparar en qué era—. Fue todo muy difícil... Me llevó muchas horas hallarlo,

no estaba en ese hotel... —le resumió la historia de su peregrinar.

—Pero entonces... ¿quieres decir que él sigue enojado?

—Sí —Libertad hizo un gesto de desazón—, muy enojado, y lo entiendo, tía.

—Ay, nena... después de todo lo que pasaron para volver a estar juntos... esquivándole las garras a la muerte... Ese muchacho debería entrar en razón.

—Lo sé, tía, lo sé. Pero si me pongo en su lugar... —apretó los puños—, de solo pensar que se acostó con esa chica que estaba con él... ¡me dan ganas de matarlo!

—El amor que ustedes se tienen es superior a unos simples celos... Lo que ocurrió no cuenta como infidelidad, Libertad. —Se conmovió al ver el estado en que se hallaba su sobrina—. ¡Vos lo creías muerto!

—Es igual, tía... yo no debí acceder, lo sé. Yo amo a Wen y pese a ello me acosté con Jean-Louis... no tengo perdón.

—¿Qué pensás hacer? ¿Creés que él vendrá?

—No, de eso estoy segura. —Bebió un vaso con leche para bajar todo lo que había engullido—. Insistiré.

Pero por mucho que insistió, Wenceslao no cedió a sus ruegos ni volvió a recibirla en su cama. Libertad se ocupó de ir diariamente a su encuentro durante diez largos días y la negativa persistía.

No le importaba humillarse, solo necesitaba recuperar ese amor que él se empecinaba en negarle. Wenceslao se había endurecido, ya no era el muchacho idealista que ella había conocido, el luchador, el justiciero. Ahora era un hombre indiferente a su mirada que solo se dedicaba a trabajar y estudiar en el escaso tiempo que le quedaba.

Libertad pasó a convertirse en una sombra sin identidad ni proyectos hasta que Milagros se cansó de verla hecha un guiñapo de lo que había sido y la sacudió de pies a cabeza entre sermones y reprimendas.

—Vos sos una mujer bonita e inteligente. Y si este hombre al que tanto

amás no quiere verte más, pues que él se lo pierda. No te echés a perder vos también.

Libertad lloraba ante aquellas palabras que reconocía ciertas.

—No podés seguir viviendo acá como si fueras una turista —sentenció. Debía ser dura con ella, no había otra manera de sacarla adelante—. O te ponés a trabajar y hacés algo con tu vida, o tendrás que volverte a tu casa. — Ya estaba dicho.

Libertad abrió los ojos como platos, incrédula ante lo que acababa de oír.

—¿Me estás echando? —preguntó entre gimoteos.

—Te estoy advirtiendo. —A Milagros le costaba ese papel de villana—. Tenés una semana para encontrar un trabajo, y también podrías estudiar para revalidar tu título.

Libertad se ofendió y se encerró en su cuarto. Las horas muertas pasaban sin sentido y ella seguía hundida en su pena. Se sentía perdida. Se daba cuenta de que su único interés durante todo ese tiempo había sido Wenceslao, como si su vida girara solo en torno a él. Y ahora que no podía tenerlo no sabía qué hacer.

Nada le interesaba y se sentía sola. Lejos de su patria y sus afectos cobraba importancia lo que había dejado atrás. Se lamentó de haber sido tan egoísta en los últimos tiempos, distanciada de su familia, siendo apenas una visita en la casa, todo para correr a los brazos de su amado. No había dado atención a sus abuelos, que envejecían inexorablemente.

Miraba el cielorraso blanco que semejaba su actualidad: la nada misma. No tenía proyectos ni ganas. Le faltaba fuerza de voluntad para dejar esa habitación y recomenzar su camino, un camino sola, sin el bastón que había significado Wen.

Añoraba sus raíces, ni siquiera podía escuchar la música que tanto le gustaba y que solían compartir con Wenceslao. Poco a poco había ido olvidando las letras de las canciones de sus bandas preferidas, esas canciones

prohibidas que escondían protestas y mensajes de sublevación. Su voz se había apagado y su memoria le hacía trampas, ni siquiera acertaba a tararear una estrofa de sus temas favoritos.

Milagros tenía razón, no podía seguir siendo un parásito, debía sacar fuerzas que no tenía. Pensó en su abuela Aime, tan fuerte y admirable. Viuda joven con una niña pequeña había logrado salir adelante y enfrentar los infortunios. Aime era una mujer extraordinaria y al evocarla una sonrisa le conmovió la boca y empañó sus ojos de lágrimas. ¿Cómo estaría? ¿Y su abuelo Vicente? Adoraba a sus abuelos, pero ¡cuánto los había abandonado! De repente las ganas de volver se le instalaron en la sangre. ¿Y si regresaba a la Argentina y empezaba de nuevo? De inmediato desechó la idea: las listas negras continuaban y corría peligro. Ella y su familia.

No tenía noticias de ellos, un nuevo año había iniciado y los brindis tradicionales no habían existido. Tristeza, solo tristeza alumbraba su mirada.

Afuera anochece y la lluvia se desató de repente golpeando contra los cristales de la ventana. El frío se acomodó en el cuarto y Libertad se arrebujó debajo de las mantas. Aunque no le gustaba el tango se acordó de uno que solían bailar, “Garúa”, y en su mente empezaron a desfilar sus estrofas.

Libertad rompió en llanto y se ahogó en sus lágrimas. La tormenta de afuera no tenía comparación con la que se desataba adentro. Finalmente se durmió envuelta en su dolor.

En la misma ciudad, en otra cama donde también crecía el frío, Wenceslao no podía conciliar el sueño. Había trabajado durante toda la jornada en la empresa y luego había continuado con sus clases particulares.

Mirna había pasado de ser su alumna a una amante dispuesta y paciente; tenía la capacidad de fingir que no se daba cuenta de que cuando le hacía el amor no era en ella en quien pensaba.

Al principio Wenceslao se había resistido a su belleza pero con el paso de las clases, la cercanía, los ejercicios con la boca para que pronunciara bien y

la necesidad de descargar su frustración habían hecho efecto y se había consolado en su cuerpo.

Más que placer buscaba vengarse pese a que no estaba en su naturaleza tal sentimiento, pero era la única manera que tenía para sentirse igualado. Si Libertad había estado con otro hombre, él haría lo propio con otra mujer. Pero luego de los primeros encuentros el sexo le parecía solo eso, le costaba mantener la erección cuando abría los ojos y se hallaba frente a la francesa, cuando el perfume de su piel le parecía demasiado dulce y el sabor le sabía a ausencia.

Mirna se daba cuenta e intentaba las mil piruetas en la cama para satisfacerlo sin lograr que él llegara al orgasmo. Ni siquiera lo alcanzaba ella porque su amante perdía fuerza en el camino y tenía que contentarse con una masturbación rápida en el *toilette* para no irse con esa sensación de vacío que la invadía cuando él se daba por vencido.

En tácito acuerdo habían decidido desistir de las artes amatorias, que de artes tenían poco, y habían retomado las clases sin interrupciones y cumpliendo el horario. Wenceslao dejó de darle el último turno para facilitar las cosas, y Mirna salía cuando ingresaba Jacques, alumno bastante avanzado en el español que buscaba mejorar su dicción.

Esa noche en particular Wenceslao no podía dormir. Había sido una semana dura de trabajo pero su mente maquinaba constantemente. Hacía dos días que Libertad había dejado de acosarlo y en parte lo preocupaba su desaparición. Si bien la rechazaba y le había dejado en claro que no quería verla, se había acostumbrado a sus visitas vespertinas, a esperarla llegar con sus ojos tristes y apagados. Ese simple hecho de apreciarla le daba energías para seguir, aunque más no fuera para echarla, por mucho que le hubiera gustado retenerla entre su piel.

Su orgullo de macho herido era más fuerte que todo lo demás. Tenía que buscar algo que inyectara nuevos bríos a su existir, de otra manera se volvería

loco. Ya había decidido que no era con las mujeres que se desquitaría. Se sentía peor acostándose con alguien por quien el cuerpo no se le estremecía.

Hacía rato que por falta de tiempo había dejado de frecuentar a los demás exiliados, tampoco se reunía con los argentinos en la parrilla de los uruguayos ni se contactaba con nadie. Tal vez era hora de volver a las viejas épocas de militancia y luchar por los que habían quedado en el país.

Daba vueltas y vueltas en la cama, recordando el precio que había tenido que pagar por su actuación en la Argentina. Su participación que solo había buscado el beneficio de los desprotegidos, trabajando en las villas junto a los pobres, fiel a sus ideales de justicia por los que había llegado a ser abogado.

Recordó al padre Mugica, asesinado por la Triple A en 1974. Tras su exilio, Perón lo había elegido para formar parte del Ministerio de Bienestar Social, junto con José López Rega, porque el cura llegaba a las villas y estaba compenetrado con su causa, además de ser valiente y haber resistido ya un atentado.

Wenceslao era apenas un adolescente cuando juntos habían recorrido la Villa 31 de Retiro y visitado la capilla Cristo Obrero; había sido un gran día que recordaba como si fuera ayer. La figura de Perón, grande, imponente, y la mirada clara y llana del padre Mugica.

Se le estremeció la piel y se le aflojaron las lágrimas. Jamás olvidaría al sacerdote acribillado a balazos. Encendió un cigarrillo y cerró los ojos. ¡Qué injusto que era todo! ¿Por qué tenía que morir la gente buena? Sentía que no debía ni quería pertenecer a ese mundo loco y arbitrario.

No, decididamente no volvería a reclamar justicia. Lo habían vencido.



CAPÍTULO 48

“El dolor es esencial a la vida y no proviene del exterior sino que cada uno lo llevamos dentro de nosotros mismos, como un manantial que no se agota.”

ARTHUR SCHOPENHAUER

Luego de dejar a Lucien bufando en la biblioteca, Naiquen se escapó por la puerta trasera de la casa. Deseaba estar sola, no quería que los niños, que estaban entretenidos con el caballo, la vieran en ese estado.

Sin preocuparse por tomar un abrigo corrió por el sendero que la distanciaba de la mansión, dejando que el viento gélido despeinara sus cabellos y evidenciara sus lágrimas heladas en sus mejillas. Corrió y corrió como si la persiguieran los espíritus malignos de las leyendas que solía contarle su madre de pequeña, hasta que su corazón agitado quiso escapar de su pecho y sus piernas dejaron de obedecerle. Cayó de rodillas sobre el pasto y se dobló en dos. Sentía todo el peso del mundo sobre su espalda, le dolían las sienes, tenía el alma rota.

Lloró como hacía tiempo no se lo permitía, lloró hasta secarse su manantial de tristeza, de dolor, de injusticia. ¿Cuánto puede aguantar una mujer por fuerte que sea? Se preguntó por qué, por qué le pasaban todas las desgracias. Desde que había debido huir de su querida Argentina, escapando de una persecución que aún no lograba entender, no había tenido tiempo de reflexionar a conciencia sobre lo ocurrido.

La violencia de su marido, el abandono de su casa, la locura de Buenos

Aires que había acabado con el cuerpecito inocente de su hijo, dejándolo incapacitado de por vida. El exilio en un país extraño del cual recién estaba comprendiendo el idioma, la orfandad y el desarraigo del que se sentía dueña exclusiva... La muerte de su madre, la separación de Libertad. Todo era triste en su haber, no recordaba un momento verdaderamente feliz. ¿Cuál había sido el último? No podía precisarlo.

Miró al cielo, los ojos negros empañados y nublados por las lágrimas; gritó su frustración y su odio repentino hacia ese Dios al que todos veneraban y en quien ella ya no podía confiar. ¿Dónde estaba Dios cuando le dispararon a su hijo? ¿Dónde estaba Dios? Su pregunta se volvía reproche, indignación, ira, furia ciega.

Se puso de pie, iracunda, desconocida, y tomó un palo con el que azotó el suelo una y otra vez, como si su enemigo estuviera allí, desfalleciente bajo sus golpes. Ese enemigo invisible a quien echarle la culpa, llamado destino, azar o karma.

No se dio cuenta de que el azote tenía espinas ni que las manos le sangraban. No se dio cuenta de las veces que se cayó y volvió a levantarse. Estaba fuera de sí, descontrolada por primera vez en la vida, esa vida que hacía rato había dejado de sonreírle y solo le ponía obstáculos y dolores.

Cuando advirtió lo que estaba haciendo un grito gutural escapó de su garganta y se elevó en el aire espantando a las pocas aves que testimoniaban su desquicio desde la copa de los árboles.

Después se desplomó y se dejó envolver por el cansancio.

En la casa Lucien bebía en la biblioteca mientras los chicos seguían dando vueltas con el caballo, bajo la mirada fija de Alain quien, orgulloso, no pedía ser incorporado al juego.

Mauro se pavoneaba frente a él desplegando sus aptitudes aun cuando le faltaba un brazo para sujetarse con confianza. Hasta había proferido unas palabras sorprendiendo a Pablo, quien lo había abrazado emocionado, feliz de

escuchar de nuevo su voz.

Los hermanos se paseaban por los alrededores exagerando la alegría que ello les provocaba. En tácito acuerdo habían decidido darle una lección al bravucón pariente del señor Mathieu.

Al ver que los chicos seguían con su juego sin invitarlo, Alain tragó su frustración y se dirigió hacia la casa. Buscó a Lucien en el comedor y al no hallarlo fue hasta la cocina donde Lulú descansaba tomando un té digestivo que le hiciera bajar un poco la comida excesiva de esos días.

—¿Qué tal el paseo a caballo?

El jovencito rezongó por lo bajo y ella insistió:

—¿Qué ocurrió? ¿Te caíste?

—¡Nada de eso! —protestó—. Esos dos no me dejaron montar.

Lulú abrió los ojos fingiendo asombro.

—Qué extraño... —Bebió un sorbo, imaginando lo que había pasado—.

¿Y tú les dijiste que querías montar?

Alain clavó en ella su mirada significativa, queriéndole decir con los ojos lo que no le salía por la boca. De haber podido hubiera dicho: “¿Eres tonta?”. En cambio murmuró entre dientes:

—Deberían suponerlo, soy un niño.

Lulú rio y el jovencito se puso rojo de ira.

—Pues resulta que ellos también son niños.

Sus ojos se cruzaron un segundo. Alain vio toda la sabiduría en la mirada de esa vieja que, pese a todo, le caía bien. Ella advirtió que había triunfado.

—Debes aprender a pedir las cosas, hijo —dulcificó—, a veces los demás no nos pueden leer los pensamientos.

—Quiero irme a mi casa —Alain era un hueso duro de roer y no se rendiría tan fácil.

—Cuando el señor Mathieu regrese de su descanso seguramente te llevará. Mientras busca algo con qué entretenerte. —Se puso de pie para llevar la taza

a la mesada—. A menos que quieras ayudarme aquí en la cocina.

El jovencito la fulminó con la mirada y salió, cruzándose con Lucien que abandonaba la biblioteca. Su rostro indicaba hastío y Alain no se atrevió a desafiarlo. Por ello buscó el mejor modo para pedirle que lo llevara junto a su abuelo.

—¿Te aburres aquí? —indagó el mayor.

—Sí.

—¿Qué pasó con el paseo a caballo?

Alain se encogió de hombros simulando que no le interesaba.

—¿Pudiste montar? —insistió Lucien. No deseaba que el jovencito se fuera tan pronto, quería conocerlo, bucear en él para encontrar un resto de sí mismo.

—Están esos chicos... —respondió con desdén.

—Esos chicos son los dueños del caballo —avanzó hacia la puerta indicándole que lo acompañara—, pero estoy seguro de que si eres amable pueden ser amigos.

Alain contuvo una protesta, a todas luces se notaban sus ganas de pelear, de enfrentarse con alguien que le diera guerra.

En el exterior, Mauro y Pablo ya se habían aburrido de montar y andaban correteando por ahí. Los hermanos eran muy unidos, el menor se ocupaba de que a Mauro nada le complicase la movilidad o los juegos. Era su auxilio a tiempo completo, aunque cuidando de no hacerle notar su minusvalía.

Lucien los llamó y enseguida estuvieron a su lado, sudados a pesar del frío de la tarde.

—Alain desea montar un rato, tal vez puedan ayudarlo.

—Sí, señor —respondió Pablo—, ven —invitó—, te enseñaré a subir.

—Yo sé —la lengua de Alain era más rápida que su dominio y de inmediato se arrepintió. Tendría que mantener su genio a raya.

Sin decir nada más siguió a Pablo hasta donde el caballo pastaba.

—Tenemos que volver a ensillarlo —explicó el dueño—, pero es fácil —animó.

Mauro se aproximó a Lucien y ambos observaron. Alain asentía a cada palabra de Pablo y entre los dos pudieron poner la montura y sujetarla.

Una íntima satisfacción se apropió de Mathieu y en un impulso acarició la cabeza de Mauro.

Esa imagen fue captada por Naiquen, que regresaba de su escapada de locura. Se enterneció dejando nuevamente fluir sus lágrimas.

Al girar para volver a la casa, Lucien la divisó detrás del árbol donde se había guarecido para terminar su llanto, ese llanto que se había adueñado de ella y la secaba por dentro.

Avanzó hacia la mujer que hecha un bollo sobre sí misma se contorsionaba y gemía. En tres zancadas estuvo a su lado y se agachó.

—¿Qué ocurre, Naiquen? —La tomó por los hombros intentando captar su mirada, pero ella seguía llorando con la vista fija en las rodillas—. No me asustes, mujer, dime qué te ocurre. —Había visto sus piernas sucias, con restos de sangre y temió que alguien la hubiese atacado, aunque eso era improbable porque no había nadie en los alrededores—. Vamos, Naiquen, dime qué tienes.

Pero ella estaba fuera de sí. No quería que sus hijos la vieran en ese estado, de modo que la cargó en sus brazos y se encaminó hacia la puerta trasera.

Fue con ella hacia su propia habitación y la acostó sobre la cama.

—¡Estás helada! ¡Mira que salir así, sin abrigo! —reprendió, aunque Naiquen no lo escuchaba.

La tapó con una manta y fue a preparar un baño caliente. Se encargaría él mismo. Una vez que estuvo todo listo la llevó hacia el agua. La desnudó olvidando sus deseos de hombre, ella tiritaba, lo dejaba hacer. No pudo evitar admirar su cuerpo firme y mientras la limpiaba con una esponja enjabonada acariciaba su piel suave.

Naiquen tenía la mirada perdida, seguía derramando lágrimas, tantas que creyó que se vaciaría por completo. Después la secó y la frotó con una toalla intentando infundirle calor, tenía la piel helada.

Una vez aseada la condujo de nuevo hacia su lecho, vistiéndola con uno de sus pijamas. Examinó sus rodillas lastimadas juzgando que solo eran raspones y después la tapó. Se acostó a su lado y la abrazó por sobre las mantas. Su deseo era acostarse desnudo junto a ella, pero no era el momento. No entendía qué le había pasado pero Naiquen estaba fuera de sí. Ya no lloraba pero la tristeza y el dolor se habían tallado en su cuerpo y en su cara.

Cuando finalmente se durmió ya anochecía. Lucien abandonó el cuarto, pronto cenarían, y él debía ocuparse de Alain.

Con complacencia vio que los tres jovencitos estaban sentados en el suelo jugando con unos naipes. Habían congeniado después de todo. Al pasar a su lado ellos levantaron sus cabezas y no vio indicios de querer irse en la mirada de Alain. Mejor así.

En la cocina Lulú preparaba la comida, disfrazando las sobras de la víspera y del mediodía para lograr nuevos platos.

—Serviré enseguida —anunció. Quería preguntar por Naiquen, intuía que algo ocurría con ella, no la veía desde la hora de la siesta y estaba inquieta.

Adivinando sus pensamientos, Lucien la sacó de sus dudas.

—Está descompuesta, cenará más tarde. —Él mismo se encargaría de llevarle la bandeja una vez que los niños se hubieran acostado. No pensaba llevar a Alain esa noche, ansiaba ocuparse de Naiquen, cuidarla y sacarle la angustia del corazón.

Al rato estaban los cuatro cenando en el comedor. Pablo preguntó por su mamá y Lucien explicó que estaba muy cansada y que se había dormido. Los ojos de los hijos se inquietaron pero él les aseguró que al día siguiente estaría mejor.

—Su mamá trabajó mucho estos días, no se preocupen.

Alain, que era un jovencito muy avisado, vislumbró que algo más ocurría entre su tío-padre y la empleada, pero omitió comentarios. No quería avivar el fuego que, entre juegos con los otros chicos había dominado.

Después de cenar Lucien guió a Alain hacia la que sería su habitación. Una vez en el cuarto, el niño dijo:

—Quiero volver con mi abuelo —mezcla de temor y rebeldía alumbraban su mirada—, no quiero vivir aquí.

—Mañana mismo te llevaré si ese es tu deseo.

Lucien no sabía qué era lo que correspondía hacer. ¿Qué hacía un padre con su hijo a la hora de las buenas noches? No recordaba al suyo al lado de su cama. Sí a su madre, pero él era hombre y no se sentía capacitado para ese rol. De pronto se preguntó si Bernard se despedía de su hijo todas las noches, o si lo hacía Sophie, y tuvo que dominar la ira que crecía y subía por su garganta.

Se alejó del jovencito, que esperaba que se fuera para ponerse un pijama, y desde la puerta le deseó las buenas noches.

Verificó que los hijos de Naiquen se hubieran acostado y apagó todas las luces antes de entrar a su habitación.

Naiquen dormía plácidamente, estaba de costado en la cama, con el rostro hacia el borde. Se desnudó sin prisa y se metió en el lecho. De inmediato sintió la calidez de su cuerpo y se aproximó. La abrazó por la espalda y la olió. Le gustaba sentirla así, tan cerca y tan indefensa. Quería protegerla.

Ella apenas se removió y se acomodó contra su humanidad firme y contenedora, pero no salió de su sueño pese a los deseos masculinos.

A Lucien no le quedó más remedio que dormirse abrazado a su cintura.



CAPÍTULO 49

“...entre una mano y otra mano amiga
se iba cavando un agujero oscuro
en la piedra de mi alma
y allí mi patria ardía
llamándome, esperándome, incitándome
a ser, a preservar, a padecer...”

PABLO NERUDA, “Exilio”

Corría el mes de febrero en un París gris y helado. Aún flotaba en el aire el ruido de los motores que salieron de la plaza del Trocadero la última Navidad, para dar inicio a la primera salida del Dakar, la carrera de autos más dura e impresionante del mundo, impulsada por el corredor Thierry Sabine.

Sabine, un joven piloto ganador del campeonato francés de rally, durante una de las travesías por las dunas del Teneré en 1977, se perdió en el desierto y estuvo casi dos días a la deriva, sin alimento y sin agua, y cuando ya todos lo daban por muerto, fue hallado junto a su Yamaha XT600.

Dicha experiencia le cambió la vida y dio inicio a la carrera más sorprendente del mundo: el París-Dakar.

Wen había asistido a la plaza del Trocadero y se había maravillado con la gran cantidad de autos que hacían rugir sus motores antes de partir.

Esa mañana, sentado frente a la torre Eiffel mientras bebía un café caliente,

extrañando el mate de su tierra natal, veía la plaza vacía y silenciosa; juzgaba que era su fiel reflejo. Se sentía solo.

Habían pasado varios días ya y Libertad no había vuelto a insistir. Su falso odio se había ido apagando para dar paso a una necesidad tremenda de tenerla consigo. Pensó en que solo tenía que tomar el metro para estar a su lado. Tenía su dirección, sabía que ella lo recibiría con los brazos abiertos, pero su orgullo aún sangraba por la herida que verla en otra boca le había abierto.

Las jornadas eran todas iguales, horarios para todo, trabajar y estudiar, la empresa y las clases. Rutina y hastío. La bella ciudad de París había perdido su encanto. Ya había recorrido todos sus rincones y nada lograba encender el brillo de su mirada.

Miraba hacia atrás y pensaba que había hecho todo mal. Pero al instante se arrepentía y creía que no todo había sido en vano. Tenía la esperanza de que alguna vez las cosas cambiarían, que todo sería justo y como debía ser, que los pobres tendrían la panza llena, la educación y el trabajo asegurados.

¡Qué lejos estaba la Argentina! Ya se había acostumbrado al murmullo francés, a no oír a diario su idioma, con sus fraseos y su lunfardo; se iba habituando al español puro, a ese que tenía que enseñar para quienes lo requerían para el trabajo o para el estudio.

¡Ni siquiera los insultos tenían sabor en francés! Decidió que esa noche no cenaría solo. Tenía que aturdirse y buscar un poco del calor argentino, sentirse entre hermanos otra vez. La soledad lo estaba ahogando.

Se sobrepuso al frío, y al anochecer se dirigió hacia la parrilla de los uruguayos donde encontró caras conocidas y un lugar en una mesa de compatriotas. Bebió vino, comió empanadas y se sintió más cerca.

—Dicen que está la Negra —dijo un tucumano que había llegado hacía poco escapando de los garfios de la dictadura.

Wen lo miró intrigado y repitió:

—¿La Negra? ¿la Negra Sosa? —No lo podía creer.

—Sí, la misma macho, la misma —terció un porteño—. Parece que estaba dando un recital en La Plata y fue detenida junto con la gente que fue a verla. Después la largaron y se vino para acá.

Wenceslao aún no salía de su asombro. Si bien no era la primera figura de relevancia que escapaba del país... ¡era Mercedes Sosa! Un sentimiento de angustia y a la vez de euforia se apoderó de él. No era un seguidor de la Negra, pero en la distancia todo lo que tenía gusto a exiliado argentino le caía bien. Además tenía que reconocer que su voz era prodigiosa.

—Según me dijeron ocupa un departamento chiquitito, por acá cerca.

—Aguantó bastante —dijo el tucumano—, hace tres años que la vienen amenazando. Cuando la detuvieron en ese almacén donde daba el recital —continuó el norteño, fanático de la tucumana—, se llevaron también al público, los tuvieron toda la noche escuchando las canciones que cantó y estaban prohibidas.

—¿Cómo sabés tanto? —quiso saber Wen.

—Porque lo sé, no importa cómo. Y si todo sale bien, en unos días podemos ir a escucharla.

—¡Epa! ¡Se nos agrandó el tucumano! —bromeó el porteño.

El morocho esbozó una sonrisa y prometió que dentro de poco tendrían noticias. Y así fue, una noche en que volvieron a coincidir en la parrilla, anunció que la Negra Sosa se reuniría con unos cuantos exiliados para matear y cantar hasta el amanecer.

Wen, que no lograba salir de la abulia y se resistía a buscar a Libertad, encontró un motivo de alegría y expectativa. Mientras aguardaba la noche en cuestión tarareaba las letras de las canciones que rescataba del olvido y se sentía un poco menos triste.

Libertad por su lado, había empezado a trabajar en una florería, trabajo que

no le requería mayores conocimientos que una buena dosis de sonrisas y buen humor. Se negaba a estudiar o hacer algo para revalidar su título. El derecho había dejado de interesarle y de momento se contentaba con armar bonitos ramos para jóvenes enamoradas y pensar que alguna vez Wen aparecería a comprar uno para ella.

Milagros y Gustave no le permitían dejar dinero en la casa de modo que iba ahorrando, sin objetivo concreto porque no tenía planes por delante, pero al menos sabía que el dinero estaba allí en caso de ser necesario.

No había noticias de su casa natal y su mundo se reducía a los recuerdos.

Una noche apareció Jean-Louis, recién llegado de una gira, quien se sorprendió y alegró en parte por encontrarla sola. Milagros lo puso al tanto de la situación con Wenceslao y el francés juzgó que era tiempo de volver a la carga con la argentina que tanto le gustaba.

Pero la muchacha le negaba los besos y solo le ofrecía una amistad.

—Tengo que hacer una exhibición en una presentación privada —dijo Jean-Louis—, me gustaría bailar contigo.

—Sabés que no quiero volver a hacerlo... —protestó Libertad.

—Será la última vez... lo prometo —quería darle una sorpresa, intuía que a Libertad le gustaría escuchar a esa cantante argentina tan exitosa en Europa que estaba exiliada en París. Le habían pasado el dato que la cantora se reuniría con algunos compatriotas en un club de la banlieu de París y deseaba llevarla. *“Debería haber buscado una mejor excusa”*, meditó.

—No quiero volver a bailar... —Libertad recordó que Jean-Louis era en parte la causa de su alejamiento con Wen.

—¡Acompáñame al menos! —El hombre se acercó y la tomó por los hombros. ¡Era tan bella y a la vez tan triste! Sintió enormes deseos de abrazarla y besarla pero ella estaba tensa y en estado de alerta. La soltó de inmediato—. Debes ir, Libertad, es algo que te gustará, quiero que sea una sorpresa.

Ella dudó, hizo un mohín y preguntó:

—¿Una sorpresa?

—Sí. No me preguntes nada, pero sé que te gustará... No tienes que bailar si no quieres, en verdad era una excusa, pero no me prives de mostrarte algo.

Libertad vaciló. Su vida en esos días era gris, absolutamente gris. El único color que adornaba su transcurrir era el de las flores que preparaba cada mañana para vender en la florería. El resto era un ir y venir entre la rutina y el hastío. No le vendría nada mal interrumpir la monotonía. Además veía a Jean-Louis tan entusiasmado en enseñarle algo que se contagió de su alegría.

—Está bien, iré. —Acompañó su aceptación con una tenue sonrisa que solo se dibujó en su boca, no así en sus ojos que habían perdido el brillo hacía rato.

—No te arrepentirás —prometió—. Vendré a recogerte mañana a las siete.

Al día siguiente, Jean-Louis arribó puntual, elegante como de costumbre y perfumado en exceso a opinión de Milagros.

Libertad ya estaba lista, ataviada con un sencillo conjunto de pantalón y blusa. El cabello largo y suelto era una cascada brillante como un manto. La piel pálida hacía resaltar sus ojos gatunos delineados a instancias de su tía. La boca naturalmente roja parecía una frutilla en forma de corazón y el hombre sintió una puntada en la ingle. No podía dejar de recordar la noche que habían compartido, la noche en que había sido dueño de su cuerpo. Pero sabía que no tenía su alma y tal vez nunca la conseguiría. Ella podía estar presente, podía lograr que le permitiera los besos y las caricias, pero él ansiaba traspasar esa coraza y llegar a su corazón. Sin darse cuenta se había enamorado. Durante todo ese tiempo no había podido sacarla de su mente. Había rodado por otros cuerpos pero siempre volvía a evocarla, a pensarla, a imaginarla pegada a su torso bailando desnudos el dos por cuatro. Lucharía por conquistarla, aun cuando no supiera bien el camino, se esforzaría por enamorarla.

—Estás bellísima, como siempre —le dio un beso en la mejilla y aspiró su aroma.

Después se despidieron y partieron.

La noche los recibió con el frío habitual pero el interior del auto sosegó el tiritar de la piel femenina. Los acordes de una bella tonada francesa fueron calmando su palpitar agitado. No entendía por qué pero Libertad sentía que estaba en víspera de algo; la inquietud se había instalado debajo de su piel como una premonición. Un suceso muy esperado o una verdadera desgracia.

Ajeno a su sentir Jean-Louis tarareaba la canción romántica que flotaba en la atmósfera del pequeño rodado.

Dejaron atrás Montmartre y se adentraron en otro *arrondissement* menos pintoresco e iluminado. Después de un rato llegaron al sitio, un bodegón que ocupaba toda una esquina, con ventanas alargadas de vidrios opacos por donde la luz se escapaba apenas.

Jean-Louis la tomó del brazo y le subió el cuello del gamulán en gesto protector.

Al ingresar al salón los recibió el murmullo de voces que intentaban sobresalir por encima de los acordes de una milonga. Libertad aguzó el oído e inclinó la cabeza: allí el aire olía a la Argentina. Avanzó unos pasos para oír mejor y sonrió al escuchar su querida lengua deformada por el lunfardo. Miró a Jean-Louis y sonrió:

—¿Es una reunión de argentinos? —preguntó sintiéndose más cerca de su patria.

—Algo así... —El hombre estaba feliz, al fin ella había sonreído con los ojos. Su carita se había iluminado al descubrir a sus compatriotas.

La joven avanzó entre las mesas y vio algunas mujeres entre los grupos de hombres de todas las edades. Volteó para agradecer a Jean-Louis quien la observaba embelesado y después continuó avanzando y saludando como diciendo “aquí estoy yo, otra argentina”.

Mientras, el francés se ubicó en una de las mesas cerca del improvisado escenario dispuesto a disfrutar de una noche alegre. Verla tan contenta sonriendo aquí y allá, deteniéndose a cada paso para hablar con sus congéneres le daba esperanzas. Tal vez esa noche Libertad reconociera lo mucho que él la quería y le diera una oportunidad.

Pidió una botella de vino tinto, aún cuando prefería un vino blanco de calidad, y se preparó para degustar las empanadas de las que tanto hablaban.

La muchacha regresó y se sentó a su lado contándole que había hallado gente de su mismo barrio en Buenos Aires, gente que nunca se había cruzado en su tierra natal pero que venía escapando del mismo horror.

—¡Gracias, Jean-Louis! —Le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—Todavía hay más. —Los ojos oscuros brillaron cuando se posaron sobre el escenario.

—¡Oh! No sé si podré resistir tanto... ¿Cantarán canciones argentinas?

—Ten paciencia, *ma chérie*... —Alargó su mano y acarició la de ella, que no quitó.

Más gente fue ingresando al local y el aire se fue viciando entre el humo y los perfumes mezclados. Las empanadas de carne cortada a cuchillo se asemejaban mucho a las que hacía su abuela Aime pero los condimentos eran otros. Pensó que tenía ganas de ver a sus abuelos, besarlos y abrazarlos, y tuvo que contener la nostalgia.

—¿Te gusta el vino? —preguntó para tener la mente ocupada y no pensar en los que había dejado atrás.

—Prefiero el blanco, tú bien lo sabes —respondió Jean-Louis—, pero por ti soy capaz de tomar petróleo, *ma chérie*.

—¡Oh! No seas malo conmigo —sonrió—, podríamos haber bebido el blanco si así lo deseabas.

—¡Cuando lo insinué la moza me miró como si hubiese soltado un sacrilegio! —Su carcajada contagió a la muchacha.

—Empanadas y vino blanco no es buena combinación —acotó Libertad entre risas.

De pronto el murmullo se acalló cuando alguien se subió al escenario y tomó un micrófono.

—Buenas noches, compañeros —dijo la voz de un hombre maduro—. Todos los que estamos acá sabemos lo que ocurre en nuestro país. A todos nos invade el dolor de la distancia y el no saber qué ocurrió con los que quedaron —a Libertad un nudo comenzó a atenazarle la garganta, Jean-Louis advirtió su desasosiego y le tomó la mano por encima de la mesa—. Hoy estamos aquí para acercarnos un poco más a nuestros afectos, a nuestras raíces, esas que hoy tenemos en el aire. Por eso vamos a recibir a nuestra invitada de honor, la mejor voz de América Latina, que también tuvo que huir, perseguida por las botas.

El silencio era mayúsculo, no se escuchaba siquiera el latir de los corazones desbocados. Se habían apagado las luces y solo un halo iluminaba el centro del escenario. El sonido de una puerta detrás del cortinado indicó que alguien ingresaba. Después vinieron los pasos, pesados y lentos, demorando la intriga. Hasta que una figura ingresó en el círculo de luz.

—¡Con ustedes, nuestra querida Mercedes Sosa! —Una exclamación general fue seguida de un sonoro aplauso y gritos de bienvenida.

La gente se puso de pie, algunos lloraban y otros no dejaban de exclamar sorpresa.

Libertad no pudo permanecer sentada y se sumó a la marea humana que aplaudía y lloraba. No era fanática de la Negra ni le gustaba mucho el folcklore, pero tener allí, a escasos metros, a una artista de su país, a una mujer que era un referente de la música popular, le erizaba la piel y le enternecía el alma.

La artista se paró en el centro del escenario y aguardó a que la gente se fuera calmando. Después sonrió, abrió los brazos y saludó.

El silencio era general, excepto por el llanto y las sonadas de narices. A su lado apareció un muchacho y tomó una guitarra a la que arrancó sus primeros acordes. Ella se sentó y comenzó a cantar. Su voz iluminó el espacio y los corazones, era mágico escucharla. La piel se erizaba y no volaba ni una mosca, todos concentrados, cientos de ojos observándola y disfrutándola.

A medida que avanzaba en su repertorio la emoción se fue liberando y más de uno cantó a la par de ella, otros bailaron una chacarera o improvisaron una zamba.

—¡Alfonsina y el mar! —pidió una mujer, pero la canción no llegó.

Alguien del público explicó que desde que había tenido que dejar el país no podía entonar esa bella canción; todos se pusieron de pie para aclamarla.

Libertad lloraba a mares y Jean-Louis juzgó que había sido una mala idea llevarla allí.

—¡Negra, te queremos! —Un coro de voces se unió a la anónima y juntos empezaron a cantar “Serenata para la tierra de uno”.

Libertad los imitó y aunque no sabía bien la letra tarareó como pudo mientras se balanceaba al son de la música que el guitarrista rasgaba en el escenario.

Jean-Louis admiró a esa multitud enfervorecida y se sintió ajeno, pero por ella era capaz de aguantar eso y mucho más.

La gente se fue tranquilizando y volvió a sentarse, sin dejar de pedir canciones.

—¿Estás feliz? —preguntó Jean-Louis, y ella lo premió con sus ojos húmedos y brillantes de tanta emoción.

—Mucho, gracias. —Estiró su mano y le acarició la mejilla—. Gracias.

—Sabía que te gustaría.

—Me engañaste... —regañó—, dijiste que era para bailar...

—No sabía qué hacer para que salieras conmigo. —Tomó sus dedos y se los llevó a los labios.

—Lo siento, sé que fui muy esquiva —reflexionó la joven—, pero sabés que yo...

En ese preciso instante una sombra se hizo presente y ambos levantaron la cabeza hacia la figura que los observaba desde lo alto: era Wenceslao.

Ella ahogó una exclamación y retiró su mano que aún aprisionaba Jean-Louis. Quiso ponerse de pie pero las piernas le fallaron.

—Veo que te olvidaste pronto de mí —disparó, mordaz.

—¡Déjala en paz! —intervino Jean-Louis incorporándose.

—¿Quién te crees que sos? Ella es mi mujer. —Wen estaba enojado. Lo tomó por las solapas del saco y empezaron a pelear.

Se formó un círculo alrededor de ellos pero nadie osó intervenir. Libertad lloraba y pedía a gritos que se detuvieran, pero Wen había bebido más de la cuenta, estaba fuera de sí.

Puños y empujones mantenían a los dos hombres entrelazados. Jean-Louis se defendía bastante bien y Wen, poco acostumbrado a las peleas y atontado por el alcohol, cayó al piso enseguida. Libertad se apresuró y se arrodilló a su lado. Le sangraba la nariz y el labio superior, pero estaba consciente.

—Vos sos mía —repitió, la voz pastosa y lenta.

—Y vos sos un tonto —contestó ella, enojada.

Libertad se puso de pie, Wen intentó imitarla pero el mareo lo tumbó de nuevo. Uno de sus compañeros lo ayudó y lo sostuvo por la cintura, mientras él la increpaba reclamando sus derechos.

Jean-Louis, recompuesto ya de los golpes recibidos, tomó a Libertad del brazo para sacarla de allí.

—¡Quedate! —pidió Wenceslao con el resto de sus fuerzas.

—Déjala —intervino su amigo—, no hagas papelones.

—Eres lamentable —dijo el francés al pasar por su lado, llevándose de allí a la llorosa muchacha.



CAPÍTULO 50

Naiquen se despertó en medio de la noche y no acertó dónde se hallaba. Recordaba estar en el campo, sucia y llorosa, pero lo que ocurrió después se le mezclaba en la mente sin descifrar qué pertenecía al sueño y qué a la realidad.

Se movió en la cama y supo que no estaba sola, un calor a su espalda le indicó otra presencia. Se quedó tiesa y abrió los ojos tratando de adivinar el contorno de las cosas en la oscuridad.

Pero las cortinas estaban corridas y aún no amanecía. El aroma de quien la acompañaba era inconfundible y su sospecha quedó confirmada: estaba en la cama de Lucien Mathieu.

Él dormía tranquilo, lo percibía en su respiración pareja y acompasada. Naiquen se movió apenas, primero un pie arrastrándose hacia el suelo, luego el otro. Después corrió las mantas y cuando estaba a punto de salir una mano se apoyó sobre su cadera:

—¿Por qué quieres escapar? —Tenía la voz pastosa y adormilada pero era plenamente consciente de su plan.

Naiquen suspiró pero no emitió sonido. Él se aproximó y la abrazó, atrayéndola hacia su cuerpo tibio.

—Ven, te vas a enfermar, hace mucho frío. —Volvió a correr las mantas y la apretó contra sí.

—No corresponde que esté aquí —murmuró ella a modo de excusa.

—Soy el dueño de casa —su tono no era de soberbia sino de broma—, yo

digo qué es lo que corresponde y qué no.

—De verdad, Lucien, esto no está bien...

—Sigues insistiendo en lo mismo, Naiquen —protestó mientras le acariciaba las piernas—, sin embargo te quedas como un minino cuando te acaricio. —Al decirlo la besó en el cuello y ella gimió.

Lucien se desconocía en ese papel de seductor, nunca había sido así con mujer alguna, pero Naiquen despertaba en él deseos ignotos.

La giró sobre la espalda y la besó en la boca. Ella lo abrazó por el cuello y se dejó llevar. No debía pensar tanto, tal vez él tenía razón y era tiempo de disfrutar, de dejarse mimar un poco por alguien, de sentir con la piel y quizás, también con el corazón.

Después de hacer el amor ella se acurrucó sobre su pecho y con las manos unidas volvieron al sueño.

La mañana los halló todavía abrazados y con sensación de plenitud en esos rostros que, en los últimos tiempos, solo conocían de infortunios.

Lucien la besó con ternura y ella se dejó querer intentando no pensar, echando a un lado las reflexiones en cuanto a su hijo lisiado, su familia lejana y sus problemas de residencia.

Después se vistieron para emprender el nuevo día, en menos de una hora llegarían los niños de la terapia. Lucien pensó en Alain y la sonrisa se transformó en una mueca. No sabía cómo seguiría esa relación, si el jovencito querría volver con su abuelo o si aceptaría quedarse. Pese a todo, tenía ganas de que se quedara. Las dudas sobre su paternidad se habían alejado, en el fondo presentía que era su hijo. O tal vez era su deseo de perpetuar su estada en la tierra el que lo empujaba a creer en una deformidad como sello de su sangre.

—Será mejor que salga primero —interrumpió Naiquen sus cavilaciones.

—No hay por qué hacerlo —adujo él—, no tenemos que ocultar lo que nos pasa.

Ella quiso preguntar qué era lo que les pasaba, pero no se atrevió.

—No creo que sea buen ejemplo para los chicos —se ruborizó al recordar los besos apasionados que su piel había recibido—, no entenderían que una persona del servicio duerma con el patrón, no está bien —reafirmó.

—Podrías dejar de ser una persona del servicio. —Su oferta sonó mal a los oídos susceptibles de Naiquen y ella reaccionó.

—¿Qué estás insinuando? —Su tono airado lo descolocó.

—No estoy insinuando nada, solo te hice un ofrecimiento.

—No me gustó el ofrecimiento, no estoy a la venta —respondió, altiva. Caminó hacia la puerta y antes de salir dijo—: Será mejor que terminemos esto acá, señor —remarcó—, no es bueno confundir las cosas.

—Naiquen... —Pero ella salió sin darle tiempo a réplica.

Lucien maldijo y apretó su mandíbula. ¿Qué quería esa mujer? ¿Por qué reaccionaba tan mal ante una simple propuesta? ¿Sería el idioma, que tal vez no comprendía del todo bien? Se dijo que debía ser eso, seguramente ella habría interpretado otra cosa y se había ofendido. ¡No deseaba comprarla de ninguna manera! Buscaría la manera de hacerla entrar en razón. No quería que interrumpieran su relación, esa relación a la que no le ponía nombre pero que les hacía bien a ambos.

Salió de la habitación y en el comedor halló a Alain que terminaba de desayunar. Le dio los buenos días y le preguntó si quería presenciar la terapia. El jovencito se encogió de hombros, señal que Lucien interpretó como una afirmación.

Buscó indicios de los hijos de Naiquen y percibió el murmullo de voces que venía de la cocina. Todo había vuelto a la normalidad, ya no había mesas compartidas por causa de los festejos. Dudó. Tenía sentimientos encontrados, no le gustaba apartar a los niños. Hablaría con Lulú y le diría que al mediodía comerían todos juntos, como una familia. “*Me estoy poniendo viejo*”, meditó.

—Ve a buscar a Pablo y a Mauro —pidió a Alain; para su sorpresa este fue

sin protestar.

Abrigados, todos salieron a la mañana fresca y nubosa. Jacques y Gérard ya habían llegado y después de los saludos cada cual se ocupó de sus tareas.

—¿Por qué no ayudan a los muchachos? —sugirió Lucien, y los tres jovencitos salieron detrás de los hermanos.

Al rato arribó Janelle, hermosa y jovial como siempre, dispuesta a arrancar su día laboral con una sonrisa. Abrazó a Mathieu con efusividad deseándole un buen inicio de año y después fue a preparar los elementos de trabajo.

Llegaron los chicos del primer turno, contentos luego de tantos días de terapia interrumpida. Alain observaba todo con ojos azorados, eso parecía un circo, en su mayoría eran niños deformes, babeantes, sin fuerzas en las piernas, tembleques. Ninguno hablaba o caminaba con normalidad. Una risa nerviosa se asomó a su cara y al verse descubierto por Mauro la borró de inmediato. Para su sorpresa el niño dijo:

—A ti solo te falta un pedazo de oreja, eres el más afortunado aquí.

Alain lo miró fijo, iba a responderle pero de inmediato se arrepintió. Mauro estaba en lo cierto, entre todos era el menos incapacitado para la vida. No pudo dejar de admirar al niño que tenía frente a sí que lograba subir a un caballo sin ayuda.

—Tienes razón —admitió para sorpresa del otro.

—Ven, vamos a ayudar a Janelle —invitó Mauro.

—Creí que no sabías hablar —dijo Alain mientras caminaban uno al lado del otro.

—Estaba decidiendo —respondió Mauro.

—¿Decidiendo qué cosa?

—Si quiero ser feliz.

Alain no halló palabras para seguir preguntando. Ese chico era una caja de sorpresas, pero no pudo dejar de admirarlo.

En la casa, Pablo buscaba a su mamá. Estaba emocionado y quería contarle

que Mauro hablaba de nuevo. No había querido hacerlo la noche anterior porque la sabía agotada, además tal vez su hermano no volviera a proferir sonido. Pero esa mañana habían conversado naturalmente antes de levantarse, estaba contento.

Al no hallarla corrió hasta su cuarto y abrió la puerta sin golpear. La sorprendió a medio vestir y pidió disculpas.

—Esperaré a que termines.

—Pasá, hijo, debe ser muy importante lo que tenés para decirme. — Terminó de cerrar su blusa y lo besó—. Contame.

—Es Mauro, mamá. —Al oír su nombre ella se alertó y su gesto cambió—. Tranquila, mami, es que volvió a hablar —al decirlo sus ojitos se iluminaron.

Ella se agachó hasta su altura y lo tomó por los hombros, los ojos llorosos y plenos de esperanza.

—Repetilo.

—Que habla, mamá, desde ayer.

—¡Oh! —Lo abrazó y apretó contra su pecho—. ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! —repitió, olvidando las blasfemias del día anterior—. Vamos a verlo. —De repente ya estaba en la puerta, lista para salir corriendo.

—¡No! —detuvo su hijo—. No tenés que hacer tanto alboroto, mamá, es mejor que lo tomemos como algo normal... —sugirió—, no vaya a ser que...

—Tenés razón, hijo, ¡qué inteligente sos! —Volvió a abrazarlo—. Vamos entonces a seguir con nuestras rutinas... pero no veo la hora de escuchar de nuevo su voz y saber que está bien.

—Lo está, mamá, lo está.

Afuera la hipoterapia se desarrollaba con normalidad bajo los ojos intrigados de Alain quien trataba de descifrar si esos niños podían entender la realidad o solo tenían un problema de motricidad. Mauro, que pese a su antiguo silencio estaba al tanto de todo, lo ponía al día con los padecimientos de cada uno. Así le explicó que Cristal tenía un problema de distrofia

muscular pero que comprendía todo, no así los mellizos que al padecer síndrome de Down parecían vivir en otro mundo.

Un auto que se acercaba por el camino de entrada interrumpió la charla de los jovencitos y atrajo la atención de Lucien. No esperaban a nadie, al contrario, el turno de la mañana ya estaba por finalizar. Tampoco era alguien conocido o que viniera a buscar a alguno de los chicos.

Mathieu se acercó hasta la entrada para recibir a los recién llegados.

El vehículo detuvo su marcha y de él descendió un desconocido que de un primer vistazo no le simpatizó. A través de los vidrios pudo distinguir una silueta femenina que cargaba en sus brazos a una criatura.

—Buenos días —dijo el hombre en un francés atravesado.

Lucien respondió el saludo y el visitante expuso los motivos de su presencia. Le habían recomendado el lugar para tratar a su hija, aunque el hombre no se mostraba muy convencido. Parecía enojado con la situación, como si se avergonzase del estado de la niña. Mathieu estaba acostumbrado, a veces los padres no aceptaban las limitaciones de los niños y así era más difícil encarar un buen tratamiento. Si había negación del problema por parte de ellos, los chicos lo sentían y se retraían más todavía.

El dueño de casa le pidió conocer a la pequeña y el hombre, que se había presentado como Lito Napolitano, ayudó a su mujer a bajar del auto.

María cargaba a Felicia en brazos, quien dormía plácidamente luego del viaje hacia el campo. Se presentaron y de inmediato Lucien advirtió que eran argentinos, el acento de ella era igual al de Naiquen. Pensó que si esa familia decidía encarar la terapia, Naiquen podría ayudar a la asustada madre a entender un poco, dado que la mujer no sabía nada del idioma francés.

—En unos minutos termina el primer turno y les presentaré a la fisioterapeuta —explicó Lucien, invitándolos a acercarse al sitio donde los niños montaban.

Lito sintió asco al ver a todos esos deformes balancearse encima del animal

sin control de su propio cuerpo. Iban acompañados por otro jinete que les sostenía la espalda y el torso. Algunos se babeaban y mojaban las manos del conductor. Pensó que criaturas así no debían vivir. El miedo se apoderó de él de inmediato. ¿Y si Felicia terminaba como ellos? No dudaría en ajusticiarla, aun cuando tuviera que ocultarle el hecho a María, él no sería padre de un ser así. Maldijo el no haber podido tener su propia descendencia, amaba a la pequeña aunque era el fruto de la subversión. Tal vez por eso estaba enferma.

Tuvo pena por los padres que llegaban a buscar a sus hijos defectuosos, los vio abrazarlos y sonreírles como si fueran especiales. No fue capaz de advertir el reconocimiento de los pequeños, ni sus sonrisas, ni sus gestos de cariño. Solo estaba concentrado en lo negativo de toda esa situación. Quería irse, escapar de ese sitio espantoso con gente anormal.

Al girar la cabeza divisó a tres niños que volvían con un caballo detrás. Conversaban y se reían, parecían normales, pero cuando estuvieron más cerca advirtió que a uno le faltaba un brazo. Algo familiar en ese jovencito lo alertó justo en el instante en que Mathieu se acercó para conducirlos con la fisioterapeuta, quien les explicaría mejor las implicancias del tratamiento.

Janelle les dio una breve charla en español y María la atosigó con preguntas. Lito en cambio escuchó con desconfianza. No entraba en su cabeza que el andar de un caballo ayudara en alguna forma a su hija, pero ante la ansiedad por verla bien, por olvidar toda aquella pesadilla, aceptó probar.

—Si quieren pueden quedarse, tenemos un caballo apropiado para Felicia en el turno de la tarde. Comenzará en dos horas. Pueden esperar allí —señaló hacia una arboleda—, hay asientos para descansar.

Napolitano y María se dirigieron hacia el lugar indicado. Felicia ya se había despertado y estaba inquieta. La madre la apoyó sobre el pasto y la niña se tranquilizó al tocar las hojas suaves que se mecían con el viento frío de ese mediodía nublado.

En la casa, la mesa estaba servida para todos en el gran comedor. Naiquen no quería sentarse allí pero Lulú la convenció:

—Vamos, no seas tan terca, el señor no se anima a comer solo con ese jovencito... ayudémoslo.

—De acuerdo —consintió.

Ella también estaba nerviosa, aún no había escuchado a su hijo hablar y deseaba que no fuera una alucinación de Pablo.

Los chicos hicieron su ingreso, venían ruidosos, conversando sobre los caballos que ayudaban en la terapia. Alain parecía haber olvidado su mala predisposición e interactuaba con ellos como uno más. Mauro le estaba explicando sobre los efectos de alternancia en los movimientos del paso de izquierda a derecha.

—El andar se refleja en los dos hemisferios del cerebro por igual —dijo con una voz que Naiquen juzgó nueva.

La madre se emocionó al escucharlo y ocultó las lágrimas disimulando un estornudo que la obligó a llevar las manos a su cara. No quería que su hijo la viera llorar pero tenía el corazón a flor de piel.

—Vamos a lavarnos las manos —sugirió Pablo haciendo un guiño a su madre, como diciendo “te lo dije”. Esta le sonrió y se dispuso a ayudar a Lulú a servir.

Lucien arribó y se sentó a la mesa. Cuando todos estuvieron listos se dispusieron a comer. Naiquen se sentía de más, no así Lulú que disfrutaba de sentarse a la cabecera, sitio del cual se había apropiado en los festejos pasados.

El dueño de casa miró a su alrededor y le gustó lo que vio: parecían una familia, esa familia que él añoraba por no haber disfrutado de pequeño y no haberla podido formar de adulto. En ese momento resumió que todo lo que quería para sentirse en paz era eso: una mesa llena, niños conversando y una mujer.

Fijó sus ojos en Naiquen, la vio emocionada y temblorosa, casi no comía. Estaba así por el cambio de su hijo, por su renacer repentino. Se alegró por ella, era una buena madre, no merecía sufrir tanto. Ya demasiado tenía con su exilio y su hijo lisiado. ¿Qué haría con ella? No podía hablar de un sentimiento, no podía poner el rótulo de amor a lo que le pasaba. Pero sí sabía que le gustaba su compañía, sus consejos, y también su cuerpo tibio en la cama. Solo le faltaba confiar, tener la certeza de que ella no lo engañaría, que no se iría de un día para el otro. El fantasma de su pasado, su vida en su tierra natal, las ansias de volver a reencontrarse con los suyos le sujetaba el sentir y no le permitía la libertad de su alma para soltar amarras y embarcarse de lleno en una relación.

Alain parecía tranquilo, al menos no agredía a los niños argentinos, por el contrario, se sentía a gusto con ellos y amenizaron la comida conversando sobre los caballos. Nadie hizo alusión al cambio protagonizado por Mauro, en tácito acuerdo habían decidido minimizar la cuestión.

Naiquen evitaba las miradas de Lucien, quien se empeñaba en hallar sus ojos. Estaba incómoda. No quería dormir con él aun cuando lo disfrutaba, no quería mezclar las cosas... Pero él se empeñaba en buscarla, le había pedido lealtad y no entendía qué pretendía. ¿Y ella qué quería? No acertaba a definirlo. No era una mujer coqueta ni provocadora, había caído en sus brazos, y le había gustado. Pero ya no estaba segura de querer seguir, tenía miedo. El hombre serio y de humor cambiante de los primeros tiempos había retrocedido y por lo general Lucien se mostraba amable. Confiaba en ella, prueba de eso era su confesión. Además le había pedido su opinión lo cual no era poca cosa viniendo de alguien como él.

“¿Qué querés Naiquen? Sé sensata y decidí qué querés hacer, este hombre está tan lastimado como vos”, se dijo mientras paladeaba la comida sin sentir su sabor.

—Llegó una pareja de argentinos —la voz de Mathieu interrumpió sus

devaneos—, si aceptan la terapia tal vez necesite de tu ayuda. —Clavó en ella sus ojos negros—. La esposa no sabe nada de francés —aclaró—, y Janelle ya tiene sus pacientes.

—No tiene más que avisarme, señor. —Al oír que volvía a tratarlo con distancia él apretó las mandíbulas.

Después de comer, los chicos volvieron a salir y las mujeres se fueron a la cocina. Lucien bebió una copa frente al ventanal mientras observaba a las tres figuras que correteaban hacia Tornado. El pecho se le encogió, ¿y si en verdad era su hijo? Lo veía muy parecido a él, tenía su misma determinación en los ojos, era tenaz. Y estaba esa marca, esa ausencia en su cabeza que lo volvía un deforme a la vista del resto del mundo.

Sintió un impulso y se apresuró hacia el cuarto de baño. Buscó unas tijeras y se cortó el pelo dejando al descubierto su cuello y su rostro. El espejo le devolvió la imagen de un hombre distinto, incompleto, en total desarmonía. La carencia de su oreja se hacía notar, era como un faro, como una linterna de brillante luz apuntando hacia allí. Sonrió con pesar: ese era él. Así había nacido y la única persona que lo había amado había sido su madre. Tal vez era tiempo de resignarse a que nadie más lo amaría, pero le costaba entender que por algo tan superficial como la belleza se determinaba quiénes eran objeto de cariño y quiénes no.

De ahora en más se mostraría al mundo tal cual era, basta de ocultarse debajo de su cabellera. Lo haría por su hijo, o por su sobrino, ¿qué más daba quién era? Después de todo el niño no tenía la culpa de haber venido al mundo en esas condiciones. No había elegido ni a su madre ni a su padre. Si estaba en sus manos, él lo apuntalaría desde pequeño para que no cometiera los mismos errores.

Satisfecho salió del baño y en el pasillo se topó con Lulú que lo miró sorprendida. La boca se le abrió de tal manera que Lucien creyó que se le caería la mandíbula.

—¿Me queda tan mal, Lulú, que me miras de esa forma? —le preguntó en broma.

—No, señor, disculpe es que... me sorprendió, solo es eso.

—Cierra la boca o te comerás una mosca.

Sonriendo avanzó hacia la salida. Los niños del segundo turno ya estaban llegando y Lucien buscó a Janelle para corroborar si la familia de argentinos estaba bien.

La jovencita, lejos de sorprenderse, acostumbrada a trabajar con los defectuosos, no dijo nada y se limitó a palmearle la espalda.

—Se quedarán, eso dijo el padre, aunque no está muy convencido. Están allí —señaló la arboleda y hacia ella se dirigió Lucien.

A medida que se aproximaba veía los cambios de expresión de Napolitano, que pasaba de la sorpresa a la indignación.

Al estar frente a frente, Mathieu no le dio tiempo a nada:

—En unos minutos empezará el tratamiento, pueden acercarse así los chicos se ocupan de Felicia.

María observaba boquiabierta a ese hombre grande, también deforme, y sintió ganas de llorar. Al parecer nadie era normal allí. Ya había visto a un niño sin un brazo y los que llegaban presentaban deficiencias mayores. Tenía que aguantar, ella había insistido para ir a ese sitio donde posiblemente curarían a su hija.

Lito se puso de pie y con la pequeña en brazos, que había empezado a gritar, caminaron hacia donde ya se habían concentrado los terapistas y los caballos.

Alain estaba acodado sobre una empalizada junto a Pablo, escuchando las recomendaciones que hacía Janelle a la nueva familia cuando vieron llegar a Mathieu. Al principio creyeron que se trataba de otra persona pero cuando lo tuvieron a su lado ninguno de los dos pudo contener su mirada hacia ese sitio que él había ocultado debajo de su cabello. Alain ya conocía de su atrofia y

sin embargo le causaba un extraño placer verlo así, ostentar tan valientemente su marca de nacimiento. Pablo no atinó a decir nada pero su expresión fue por demás elocuente.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Alain.

—Porque me cansé de ocultarme, esto es lo que soy. —Le dio la espalda para dirigirse hacia la rampa por donde los niños subirían a los equinos.

Felicia ya estaba en brazos de Janelle, quien esa tarde se ocuparía personalmente de ella, mientras que Lito y María presenciaban todo con ojos desorbitados, desconfiados y asqueados. No podían ocultar la mezcla de sensaciones que se desplazaban con la velocidad de la luz por sus mentes. Lástima, enojo, incomprensión, dolor, esperanza... todo era una confusión que no lograban comprender.

Una hora después la familia Napolitano abandonaba el centro de equinoterapia con la promesa de regresar dos días más tarde a retomar el tratamiento. La niña dormía tranquila en brazos de la madre.

Alain manifestó sus deseos de volver a su casa y Mathieu satisfizo su pedido. El jovencito se despidió de todos con buenos modales y mientras viajaba rumbo a la ciudad sus ojos se llevaban la imagen de los caballos pastando en el frío atardecer.



CAPÍTULO 51

Wenceslao despertó con dolor de cabeza. Recordó lo ocurrido la noche anterior y maldijo. Se levantó y al verse en el espejo advirtió que tenía el labio partido e hinchado, con restos de sangre seca. Lanzó al aire un improperio, estaba molesto aunque no sabía con quién. Enojado con la vida era la definición exacta de su malestar.

Todo había salido mal. Había regresado de la muerte para volver a morir en Francia al ver a su amada en brazos de otro. Y cuando creía que eso había acabado, volvía a encontrarla con él. Nueva desconfianza, nuevo dolor, porque todavía estaba esperanzado con que Libertad reanudara sus visitas, aun cuando fuera para volver a echarla. Sabía que era un juego perverso pero la necesitaba, anhelaba verla, disfrutar de sus ojos gatunos y su boca deseable. Ante los últimos acontecimientos tenía que aceptar que ella estaba con otro, que ante sus continuos rechazos había retornado a los brazos de su amante.

—¡Mentirosa! —gritó frente al ventanal donde la lluvia nublaba la visión.

Pese a ello seguía queriéndola, no podía evitarlo, la amaba. Libertad estaba instalada en su corazón, tatuada a fuego, prendida a su pecho como una condena que arrastraría hasta la muerte misma.

¿Qué hacer? Las dudas lo carcomían, perdía el norte, nada tenía sentido. Durante todo ese tiempo había vivido engañándose, fingiendo que ella ya no le importaba, queriendo reemplazarla con Mirna o con trabajo. Pero nada podía ocupar su espacio, su Libertad en el sentido más amplio de la palabra.

Sin ella era un esclavo, un muerto en vida, un ser sin sentido, sin ganas, sin luz en la mirada ni alegría en el corazón.

Debía tomar una decisión, no podía quedarse en esa ciudad, la más bella del mundo, la ciudad luz, mientras él mismo se iba apagando, consumiendo, con el riesgo de encontrársela a la vuelta de la esquina. O se iba para siempre al otro lado del mundo, o enfrentaba su destino que llevaba el nombre de Libertad, dejando el orgullo a un costado del camino, poniéndose en su piel y mirando hacia delante.

Se sentó sobre el lecho, abatido, confuso, tiritó de miedo y de dolor. Lloró. Lloró como un niño pequeño al que le han arrebatado lo más querido. Lloró de angustias y de dudas, lloró las heridas del pasado sangriento, lloró su presente sin raíces, en el aire.

No tenía nada, ni familia, ni amigos verdaderos, ni su cultura ni su amada. El futuro se presentaba tan gris como el cielo que se descargaba furioso contra su ventana. Del otro lado de la calle solo había vacío, gente que iba y venía, cosas materiales, nada que lo atrajera de verdad. Nada lo entusiasmaba. Dudaba. De persistir así iría muriendo poco a poco. Y no quería, todo lo que había pasado no debía ser en vano, si estaba vivo era por algo, la muerte no lo había llevado porque sabía que ella lo amaba incluso creyéndolo muerto.

Tenía que enterrar su machismo, su masculinidad herida porque otro había estado con su mujer, porque aun cuando ningún papel ni sacramento la hubiera proclamado como tal, Libertad era su mujer.

El rugido de su estómago le recordó que no comía desde hacía muchas horas. Se vistió y fue en busca de alimento.

La calle lo recibió húmeda y fría, ya sin lluvia. De repente el cielo había dejado de llorar, tal vez hastiado de tanto derrame, y unos tímidos rayos de sol se filtraban entre las nubes al igual que la ilusión de un renacer crecía en el ánimo de Wenceslao.

Del otro lado de la ciudad, en la cima de Montmartre, Libertad buscaba su abrigo para salir a trabajar al puesto de flores. Milagros insistió en que se quedara, ¿quién iría a comprar ramos con ese día? Pero ella necesitaba escapar de esas paredes que la asfixiaban. Necesitaba el aire fresco pegándole en el rostro, la soledad del carrito; los colores de los pimpollos tal vez consiguieran maquillar su ánimo.

Su tía desistió, cuando a la jovencita se le ponía algo en la cabeza no había quién la hiciera cambiar de opinión. A veces solía decirle:

—A vos es más fácil arrancarte la cabeza que quitarte la idea de ahí.

Vestida con un sobretodo largo, bufanda y gorro, Libertad se dirigió hacia la florería. La dueña la miró con gesto de sorpresa, con ese clima no creyó que el carrito saliera a escena, pero allí estaba la joven argentina, dispuesta a trabajar para llevarse su porcentaje.

—No te esperaba hoy —le dijo.

—Necesito trabajar, Mireille —fue su respuesta mientras acomodaba las macetas y armaba ramos para llevar a la esquina.

—Te ayudaré —la mujer, diestra en el armado, puso manos a la obra.

En menos de diez minutos el carro estaba listo. Era pequeño, así y todo cabían varios arreglos. Los colores alegraban la vista en esa jornada gris donde un tímido arcoíris se manifestaba en el cielo.

Libertad tomó las manijas y lo levantó con esfuerzo, pero las ruedas grandes facilitaban el recorrido, tampoco estaba tan lejos de su destino.

Empujó hasta ubicarlo en el sitio de todos los días y desplegó el toldo a rayas de color verde y blanco. Enderezó algunas macetas y se dispuso a rociar las flores. A la gente le gustaban las gotitas sobre los pétalos. A ella le asemejaban lágrimas.

Sola, ocupada con su trabajo, no podía dejar de pensar en lo ocurrido la víspera. El encuentro con Wenceslao había sido desafortunado, otra confusión. Seguramente él pensaba, y con derecho, que ella seguía con Jean-

Louis, que era una mentirosa. Los hechos lo indicaban aunque no fuera la verdad. Le dolía que él la creyera así... aunque pensándolo bien, viendo las cosas desde su perspectiva... ¿qué otra cosa podía pensar? Ella salía de noche con el mismo hombre que él había visto besarla en el tren. No cabía otra explicación. En los zapatos de él, ella también estaría enojada.

Recordó sus palabras, la había llamado “mi mujer”; que Wen la reclamara de esa forma solo podía significar que seguía amándola. La amaba tanto como ella a él. Pero estaba dolido, desilusionado. ¿Qué hacer? Ella lo había tratado mal, tal vez debía haberse quedado, limpiar su sangre, llevarlo a su casa, dormir con él... Añoraba amanecer a su lado, sentir su cuerpo tibio durante las noches, su abrazo contenedor, su ternura y su pasión a la hora de hacer el amor. Era su amor, su único amor. No se perdonaba el haberse acostado con Jean-Louis, no había excusas para su comportamiento. Nada justificaba lo que había hecho. No le importaba ya que Wen hubiera dormido con otras, confiaba en que solo había sido sexo, solo ella ocupaba su mente y su corazón. Estaba segura de eso.

Y esa certeza la decidió: volvería a buscarlo. No importaba si él la rechazaba, ella volvería todos los días a su puerta a buscar su amor hasta que se cansara de verla y terminara aceptándola. Alguien tenía que ceder, y sería ella.

Con nuevas esperanzas su mirada se dulcificó y se iluminó al mismo tiempo que el sol brillaba en el cielo. Las nubes de repente habían partido hacia otros horizontes y un firmamento límpido anunciaba una bella tarde. Fría, sí, pero calma. Como se sentía Libertad en ese momento.

Llegó el primer cliente y eligió un ramo de tulipanes, un obsequio costoso que el hombre compró decidido; seguramente la destinataria era alguien especial.

Libertad veía todo con otros ojos, hasta comenzaron a gustarle las orquídeas epífitas que solía despreciar. A menudo se comparaba con esa flor

bella y exótica pero carente de raíces, como ella. La *Phalaenopsis*, así era su nombre científico, crece en los troncos o en las ramas de los árboles, donde no puede tomar nutrientes de la tierra, sino directo del agua de lluvia o de la que corre por la corteza arrastrando nutrientes. Así se sentía ella, alimentándose en suelo extraño, sin su savia ni su raíz.

El día avanzó tranquilo, Libertad realizó buenas ventas y se llevó una buena paga.

Mientras caminaba hacia la casa, cansada de estar de pie pero con la ilusión como norte, no advirtió los ojos celestes que la miraban. Iba ensimismada, ensayando las palabras que le diría a Wen cuando lo viera. Tenía planeado ir esa misma noche, no le importaba llegar a deshora. Se daría un baño, se pondría bonita y viajaría hasta su encuentro. Estaba preparada para lo que fuera. Si tenía que rogar lo haría, el amor era más fuerte que cualquier orgullo.

Sus pasos apurados y su concentración le impidieron advertir que alguien la seguía. Arribó a la casa, buscó las llaves en el bolsillo del sobretodo, pero no logró encajarla en la cerradura; tenía los dedos helados.

Una mano se posó sobre la suya, una mano tibia, familiar, y una voz le dijo al oído:

—¿Te ayudo?

Libertad quedó tiesa sintiendo a su espalda una presencia. Más que una presencia era una determinación poderosa que la mantenía en vilo. Las pieles se conocían tanto que enseguida se acoplaron para no separarse. Cerró los ojos y se apoyó sobre ese cuerpo conocido y añorado. Wenceslao la abrazó, suspiraron.

Se quedaron así durante unos instantes hasta que ella pudo recomponerse y giró. Se encontró cara a cara con el hombre que amaba. Sin palabras se colgó de su cuello y sin darle tiempo lo besó en la boca. Wen, hambriento de caricias, la apretó contra sí y le devoró los labios a la vez que sus manos

recorrián su espalda y sus nalgas. La reclamaba toda. Era suya y la quería ya mismo.

Como una pareja en celo se restregaron los cuerpos, cobijados por la noche incipiente que alejaba la luz y dejaba todo en penumbras. Era tanta la pasión que desplegaban que estaban a punto de alcanzar el clímax, de pie frente a la puerta, hasta que ella tuvo un instante de lucidez y llamó a la cordura.

Riendo, agitados y sudados, dejaron de tocarse de esa manera, aunque no se separaron.

—Perdoname —susurró Libertad con los ojos brillantes. Estaba emocionada, no quería llorar pero era algo inminente. Las lágrimas le quemaban los ojos y le anudaban la garganta.

—Perdoname vos... fui un necio, Libertad.

—¡No! No lo sos. Fue todo tan...

—No hablemos de eso ahora —pidió él.

—Tenemos que hablarlo, Wen, tenemos que cerrar esta etapa para que no volvamos a discutir por lo mismo —ella tenía razón—. Yo te amo, como siempre, y no quiero volver a perderte.

—Yo soy tuyo, Libertad, no podría nunca ser de alguien más, pero no hablemos hoy, por favor, necesito paz. —Le acarició el rostro por donde las lágrimas ya habían iniciado su trayecto—. No llores. Hablaremos de esto otro día, cerraremos este horrendo capítulo, lo prometo.

Volvieron a abrazarse, esta vez más calmos, y decidieron entrar para cenar en familia.

Horas después, la pareja se dirigía hacia el hotel en que se hospedaba Wenceslao. Ya no dormirían separados nunca más, ya no más proyectos solitarios. Eran uno de nuevo.

Milagros y Gustave los vieron partir de la mano, sonrientes como adolescentes, nerviosos.

Durante el camino iban haciendo planes, deberían buscar un sitio más

grande para vivir. Todo lo veían con nuevos ojos, por decisión mutua habían decidido suspender el pasado reciente por unos días, hasta que se reencontraran al fin con ellos mismos. Después habría tiempo para explicaciones y confesiones. De momento, solo necesitaban amarse de nuevo.

El lecho los recibió ansiosos, apurados por sacarse la ropa, por unir sus pieles y saborearlas. Se acariciaron desde la punta de los pies hasta el alma misma. Se besaron con pasión y con ternura a la vez y alcanzaron vibraciones máximas. No pudieron demorar el éxtasis porque ambos estaban al límite de sus fronteras, pero sí lo multiplicaron en una noche sin fin.



CAPÍTULO 52

“Y en este titubeo de aliento y agonía, cargo lleno de penas lo que apenas soporto. ¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?”

RUBÉN DARÍO

Argentina, febrero 1979

Era domingo y se habían reunido a almorzar en casa de Aime. Ella los había invitado y agasajado con una de sus comidas caseras. Extrañaba cocinar para varios, como antes, cuando estaban todos. Cada vez eran menos, y se veían menos.

El ritmo de vida se aceleraba a diario, su nieto trabajaba a más no poder, se aturdía en guardias y turnos para la incomprensión general. Nehuén jamás expresaba lo que le pasaba, nadie podría adivinar la soledad que lo masticaba por dentro. No podía quitarse a Naiquen de la cabeza, ya no sabía si era amor u obsesión por lo que no había podido ser.

Santiago imaginaba que algo le pasaba a su hijo pero cada vez que estaban solos y le preguntaba, este negaba cualquier tipo de elucubración que su padre inventaba.

Lihuén tampoco tenía mucha llegada con él, pese a que eran unidos Nehuén era reservado, demasiado para su gusto.

—¿Cómo está todo en el hospital? —quiso saber la madre.

—Como siempre —Nehuén respondió con apatía—, muchas guardias, heridos, algún cólico estival...

—Deberías tomar vacaciones —sugirió la abuela.

—Debería... —fue su respuesta.

—Me estuve interiorizando sobre la contraofensiva —dijo Santiago cambiando abruptamente de tema—, ¿te acordás de que nos contaste la vez anterior?

—¿Qué pasó ahora? —Su esposa no deseaba más enfrentamientos, ansiaba paz para que los exiliados pudieran regresar.

—Parece que se están reagrupando —continuó Santiago—, están haciendo volver a algunos de sus activistas refugiados afuera. Aunque también hay una gran interna entre ellos.

—¿Por qué? —inquirió Lihuén.

—Temen que algunos exdetenidos en los centros clandestinos de detención que lograron huir del país hayan negociado con los militares: salvar sus vidas a cambio de entregar a sus compañeros.

—Nada me sorprendería —terció Aime.

—Dicen que están controlados por el Servicio de Inteligencia Naval a través del Centro Piloto en París.

La mención de esa ciudad justamente ensombreció los ánimos de todos. Reunidos los cuatro alrededor de la mesa sintieron la carencia de otras voces. Nadie quería mencionar a los ausentes pero finalmente los nombres fueron saliendo, uno a uno, y fueron imaginando qué sería de cada uno de ellos.

Decidieron elegir que Libertad estaba junto a su novio, feliz, paseando por las calles de París, disfrutando de sus museos y sus catedrales. Fantasearon con que Milagros pronto sería madre y su vida de bohemia la obligaría a poner un poco más los pies en la tierra.

Pensaron en los niños de Naiquen, yendo al colegio y aprendiendo historia de Francia, hablando a la perfección el idioma, adaptándose a la ciudad luz.

Imaginaban a Naiquen trabajando de vendedora en una *boutique*, bien vestida y peinada, como toda una francesa. ¡Nada más lejos de la realidad!

Especular los reconfortaba, en sus sueños todos estaban bien y eran felices. Elegían no pensar en el desarraigo, en la distancia, en la pérdida de sus costumbres y raíces. Era más fácil para su tranquilidad. De saber que pasaban penurias, que eran como parias, que no se hallaban en esas tierras lejanas, que ni siquiera el idioma les resultaba fácil, hubiera sido más penoso soportar la distancia y dejar de extrañarlos.

Mientras ellos disfrazaban de historias felices la tristeza de no tener a los familiares queridos, otros, más desafortunados, lloraban a sus muertos o seguían buscando entre las multitudes a los desaparecidos de sus círculos íntimos.

La inquietud latente en la población ante un posible enfrentamiento con Chile por el canal de Beagle distraía un poco de todo lo demás que venía ocurriendo. Nadie oía nada, nadie sabía nada, y la gente seguía desapareciendo.

“No te metas” o “por algo será” eran frases recurrentes. Era mejor quedarse en silencio, mientras no le tocara a uno, todo estaba bien, y se atragantaban con novelas y programas sin sentido.

La euforia del Mundial ganado iba cediendo paso, pero el verano y su falsa alegría maquillaban el ambiente.

Cuatro personas de tres generaciones diferentes evocaron a los ausentes y brindaron por ellos, rezando cada uno en su fuero más íntimo, para que estuvieran bien.



CAPÍTULO 53

Pasaron dos días hasta que la familia Napolitano regresó a la hipoterapia. Dos días durante los cuales las discusiones en el matrimonio fueron arduas.

María quería volver, intentar un poco más, en cambio Lito estaba ofuscado y despotricaba todo el tiempo contra toda esa “gente deforme” que en nada ayudaría a su hija. Cada hora que pasaba sentía que se alejaba más de la pequeña Felicia. Él, que era un ser perfecto, no podía soportar tener una hija marcada. Ni siquiera era bonita, como había profetizado al nombrarla como la mujer más bella de la República Argentina. Con el paso de los meses la niña trocaba sus rasgos por otros más toscos y burdos.

La madre en cambio la veía hermosa, como solo una madre puede ver a sus hijos, aun cuando no la hubiera llevado en sus entrañas durante nueve meses ella la amaba incondicionalmente.

Las peleas por el tema los habían distanciado, tanto que Lito había optado por salir durante la noche y regresar casi de madrugada. La esposa, acostumbrada a no preguntar, aguantaba.

Pero finalmente, su perseverancia pudo más y logró convencerlo de concurrir de nuevo al campo.

Esta vez él se quedó dentro del auto, no tenía ganas de ver a ninguno de esos mogólicos que compartían el tiempo con su hija, y menos de tratar con el dueño del lugar, otro marcado por la deformidad.

María protestó, ella no sabía hablar francés, pero él hizo oídos sordos y la mujer tuvo que avanzar sola.

Janelle fue amable con ella y le informó que continuaría el tratamiento bajo su supervisión con la ayuda de la argentina que vivía allí, a quien había ido interiorizando sobre el tratamiento y la monta gemela.

De ese modo Naiquen entró en escena y se sintió feliz de poder hablar en su lengua materna con alguien más.

Después de los saludos iniciales ambas madres entablaron conversación mientras que la pequeña Felicia esperaba que el caballo estuviese listo.

—Le hará bien, tenga fe —consoló Naiquen. Le caía bien esa mujer a quien la tristeza había dibujado el rostro.

—¿Algunos niños mejoraron con esto?

—Le voy a ser sincera —respondió la morena—, no sé demasiado del tema, pero sí puedo decirle que mi propio hijo se vio beneficiado por el contacto con los caballos.

—¡Ah! No sabía que su hijo también tenía problemas... creí que usted trabajaba aquí.

—Así es. Pero Mauro sufrió un accidente y... perdió un brazo.

—¡Oh! —María se llevó las manos a la boca—. Lo siento.

—Fue muy duro para él —Naiquen dirigió sus ojos hacia donde sus niños jugaban con Tornado—, pero estar aquí, con los animales y la vida en la naturaleza, le ha hecho muy bien. Cuando llegamos él no hablaba, no interactuaba con nadie, y hoy... —señaló con su brazo a Mauro— está allí, jugando con su hermano.

—Me llena de esperanza lo que me cuenta, Naiquen... ¡gracias! —María tomó sus manos y las apretó—. Dios nos ayude.

La presencia de Lucien interrumpió la conversación. Naiquen aún no se habituaba a verlo así, sin la cortina de su cabello escondiendo su imperfección, y los ojos se le iban, inevitablemente, hacia ese sitio.

Él parecía muy conforme con su nuevo estilo y simulaba no ver las constantes miradas que todos le proferían.

—¿Cómo estuvo la pequeña Felicia? —preguntó a María, quien lo miró sin comprender sus palabras por lo cual Naiquen tuvo que traducir.

—Dice que estuvo algo inquieta, muy llorosa.

—Sería conveniente para ella no interrumpir la terapia —acotó Mathieu.

—Lo hablará con su marido.

—Dile que si el problema es el traslado desde la ciudad —sabía que estaban alquilando— aquí hay alojamiento en caso de ser necesario. — Naiquen lo interrogó con la mirada, era una locura lo que estaba proponiendo, pero él insistió.

—*Oh! Je vous remercie* —intentó María en un francés espantoso. La madre de la niña estaba muy conmovida, la sorprendía tanta amabilidad.

Lucien sonrió con sinceridad y Naiquen sintió que algo se revolvía en su interior. Le hubiera gustado que ese gesto fuese para ella, no para una extraña. “*¿Celosa?*”, se preguntó. Tal vez.

Ambas lo vieron alejarse en dirección al auto. Era imponente. Sus pasos largos hacían temblar la tierra, su espalda ancha podía soportar todo el peso del mundo.

Naiquen reflexionó sobre todo lo que ese hombre le generaba y dejó de escuchar a María, que seguía contándole sobre Felicia y su vida desde su nacimiento, omitiendo, claro está, revelar que era “adoptada”.

Cuando el caballo estuvo listo Naiquen montó y tomó en sus brazos a la pequeña para comenzar su terapia. Al sentir el cuerpecito tibio y la fragilidad que transmitía se le olvidaron todas sus penas y se dedicó a reconfortarla como fuera.

Lucien subió al rodado y enfiló hacia la ciudad. Hacía dos días que no tenía noticias de Alain ni de Marcel. Quería corroborar que su amigo estuviera bien. “*¿A quién engañas? Quieres ver al niño otra vez.*” Y así era. Quería saber cómo estaba Alain y si tenía ganas de volver al campo.

Al llegar a la vivienda las ventanas casi cerradas le anunciaron que algo

andaba mal. Una empleada abrió la puerta y confirmó sus sospechas: Marcel estaba despidiéndose del mundo de los vivos.

En su lecho de muerte con el rostro macilento y la voz sin fuerzas su amigo le pidió que se llevara a Alain.

—No quiero que me vea en este estado, sé que tú lo cuidarás bien.

—Deberías haberme avisado... —reprochó Lucien, sentado en el lecho tomándole la mano.

—Sabía que vendrías.

Se quedó un rato más hasta que el anciano se durmió. Tal vez no volviera a verlo con vida, pero al menos habían hecho las paces.

Alain estaba en el comedor, nuevamente enojado. El jovencito no entendía por qué su abuelo también lo abandonaba. No quería dejar su casa aunque sabía que tendría que hacerlo de un momento a otro. No quería ir a vivir con ese pariente que no sabía si era su padre o su tío. ¿Qué más daba? No quería. Tenía miedo.

—Vamos, hijo —dijo Lucien sin meditar sus palabras ni anticipar el vendaval de insultos que saldrían de la boca de Alain.

—¡Yo no soy tu hijo! ¡Maldito hijo de perra! —El jovencito continuó profiriendo agresiones hasta que a Lucien no le quedó más remedio que tomarlo por los brazos y zamarrearlo para hacerlo callar.

—¡Despertarás a tu abuelo! —Al escucharlo Alain volvió a la cordura, amaba a Marcel y no deseaba molestarlo—. Vamos a casa —repitió aflojando la presión.

—¡No quiero ir!

—Deber ir, sabes que tu abuelo no puede cuidarte ahora... —Mathieu no encontraba la manera de hacerle entender sin entristecerlo aún más, porque toda esa ira no era más que el reflejo de su dolor—. Vamos, Alain, vamos a casa —pasó su brazo por sobre los hombros del muchacho y este bajó la cabeza.

La empleada ya había reunido algunas pertenencias del niño, anticipaba que su estadía sería larga, si no definitiva.

Alain quiso despedirse de Marcel, a quien encontró dormido y con gesto de paz en su rostro. Se abrazó a su cuerpo delgado y le dio un beso en la mejilla.

—*Adieu* —sentía que era la última vez que lo veía.

El trayecto hacia la estancia fue silencioso, solo el frío de la tarde los acompañaba. Al llegar los niños de la terapia ya se habían ido, la noche se anunciaba tormentosa y hasta los perros se habían guardado.

La alegría de Pablo no logró movilizar a Alain que prefirió encerrarse en su habitación.

—Te buscaré para la hora de la cena —avisó Lucien, a lo cual el muchacho asintió.

Mathieu estaba cansado. Todos esos días de mal dormir, la preocupación por ese nuevo integrante de la familia a quien no sabía cómo tratar, la salud de Marcel por quien sentía afecto... y Naiquen que aún lo desvelaba por las noches. No sabía qué hacer con ella. Esa mujer lo desorientaba. Tenía ganas de su cuerpo, de su conversación breve y acertada, pero ella era esquiva e impredecible. Lo desconcertaba con sus actitudes. Por momentos parecía querer lo mismo que él, en otros se alejaba sin motivos.

Se dirigió a su cuarto, le dolía la cabeza y quería cerrar los ojos al menos hasta la hora de la comida.

Sin darse cuenta se durmió cuando unos golpecitos lo despertaron. Abrió y era Pablo.

—La mesa está servida, señor.

—Hazme un favor, ve a buscar a Alain.

El niño corrió por el pasillo y llamó a la puerta.

Cuando Alain apareció Pablo no pudo reprimir el grito de sorpresa.

—¿Qué hiciste? —Sus ojitos claros recorrían la cabeza del otro niño y la boca se le abría hasta más no poder.

—Me cansé de ocultarme —repitió la explicación que días atrás había dado Lucien.

Juntos avanzaron hasta el comedor y todos asistieron asombrados al nuevo aspecto de Alain: se había cortado el pelo al ras dejando ver su cabeza donde la ausencia de una de sus orejas era mayúscula. La imposibilidad de emparejarse en la parte de la nuca mostraba algunos mechones más largos y desordenados. Los costados eran un desastre y la superficie parecía un campo arado donde los surcos eran demasiado pronunciados.

Mauro comenzó a reír y todas las cabezas giraron hacia él.

—Ahora sí que parecemos un circo —dijo sin malicia. La risa de Alain se le unió y el ambiente se distendió alejando la guerra que habían pronosticado.

Lucien guardó su opinión, quería recriminarlo por lo que había hecho, pero después de todo, el chico solo lo había imitado; aunque a él le había quedado mejor, o eso creía.

Durante la cena en el comedor, a la cual todos asistieron por orden del dueño de casa, Mathieu propuso que Naiquen le emparejara el cabello.

—Para que quede un poco más... —no encontraba la palabra justa y Lulú salió en su auxilio.

—Para que quede más armonioso.

El niño sonrió triunfal y asintió. Esa misma noche antes de dormir Naiquen cortó los mechones largos que Alain había dejado detrás, aun así su cabeza era un verdadero caos.

—Deberíamos ir a un peluquero para que arregle esto, Alain —sugirió.

—Está bien así, el pelo crecerá, no así mi oreja.

Ella lo miró a los ojos y se encontró frente a un jovencito desvalido pese a su disfraz de matón.

—¿Tanto te preocupa no tener una oreja?

—Bien sabes que no es eso lo que me afecta —el pequeño bajó la mirada. Naiquen se conmovió y lo abrazó contra su pecho, sintiendo su temor en el

palpitar de su corazón.

—Todos aquí perdimos algo muy importante, Alain, todos. —Pensó en sus hijos, el desarraigo, las costumbres, la familia, hasta el idioma, sin mencionar el brazo que había quedado en la Argentina, como una estaca.

—Pero se tienen a ustedes —dijo en voz baja—. Yo en cambio... cuando muera mi abuelo no tendré a nadie.

—¡No digas eso! Nos tienes a nosotros.

—¿A quién le importo acaso? —retó de nuevo con su aire combativo. Era increíble cómo podía pasar de una emoción a otra con tanta velocidad.

—A mí me importas —replicó seria—. Y a mis hijos también, estos días en que no viniste preguntaron por ti.

—¿De verdad?

—Pues claro que sí, eres un niño que se hace notar —sonrió—. Y se te extraña cuando no estás.

—Pero... ustedes no son mi familia.

—Depende de lo que entiendas por familia, Alain... —Se habían sentado al borde de la cama y ella le sostenía la mano transpirada a causa de los nervios que le ocasionaba desnudar su corazón—. Los lazos de sangre no siempre funcionan como debe ser... a veces nos sentimos más cerca de otras personas con las que estamos identificadas, o respecto de las cuales tenemos sentimientos. Yo dejé a toda mi familia en mi país, pero tenerlos a ustedes, a ti, a Lulú, no me hace sentir tan sola.

—¿Y qué hay con... mi tío?

Naiquen no supo qué responder.

—Él... él es un hombre... particular.

El niño rio, percibía lo que a ella le ocurría con su... ¿padre?

—¿De qué te ríes? —ella lo interrogó con chispitas en los ojos.

—A ti te gusta mi tío... —Al ver que ella se sonrojaba la agujoneó—: Vamos, no puedes negarlo, los he visto juntos... tú también le gustas.

Naiquen se puso de pie y se alisó la blusa.

—Es hora de dormir, Alain, mañana me tengo que levantar temprano.

—¡Te escapas! —Alain se dispuso a acostarse—. Es porque estoy en lo cierto... él te gusta.

—Mira, Alain, los adultos a veces... nos comportamos de manera confusa. Tu tío es una buena persona, y para él también es nueva toda esta situación. Tenle paciencia. Sé que él te tiene cariño y es tu familia.

El niño se dio por vencido, entendía que ella no daría el brazo a torcer.

—Trata de adaptarte a lo que tienes, querido —le dio un beso en la frente—, todos lo hacemos a diario.

Al cerrar la puerta tras de sí se apoyó contra la pared del pasillo y cerró los ojos. ¡Qué difícil era todo! Ese niño que días atrás la había enfurecido ahora le ocasionaba ternura... Se alegró por ello, indicaba que su corazón no estaba entumecido. Con todo lo ocurrido había temido no volver a querer a nadie, se había endurecido tanto a causa de lo que había debido enfrentar. De lo contrario ni siquiera hubiera seguido en pie luego de la amputación del brazo de Mauro. Pero ahora se daba cuenta de que allí, debajo de todas sus corazas y miedos, su corazón latía y se abría para acoger en él a alguien más: Alain. Ese jovencito ya era parte de su familia, lo acababa de adoptar, aun cuando con sus comentarios hubiera lastimado a Mauro. Debía ponerse en su lugar y entenderlo. Ella lo ayudaría a integrarse, a disipar su enojo, a tratar de ser feliz. ¡Los niños debían ser felices! No terminaba de aceptar que estaba rodeada de jovencitos marcados, no solo los propios sino todos los que concurrían a la terapia. ¿Por qué Dios era tan injusto? Volvía a dudar sobre su existencia.

Se separó de la pared y caminó rumbo a la cocina para verificar que todo estuviera apagado y en orden.

Al pasar por el estudio divisó a Mathieu. Estaba sentado frente al escritorio sobre el cual se desplomaba con la cabeza entre las manos. A su lado una

botella de licor mostraba su interior vacío.

—¿Se siente bien? —preguntó desde el umbral.

Él elevó los ojos vidriosos, se notaba que había bebido mucho. “Otra vez...”. Se lamentó Naiquen. Con voz pastosa el hombre respondió:

—No, no estoy bien —había un dejo de furia en sus palabras.

—¿Necesita algo?

—Ven aquí —ordenó— y cierra la puerta.

Ella vaciló pero la gravedad de su mirada la impulsó a obedecer.

—Vino un mensajero, acaba de fallecer mi amigo —al decirlo clavó en ella sus ojos tan oscuros como la noche cerrada— y debo decírselo a Alain.

—¡Oh! Lo lamento... —presentía lo que sería para el niño la noticia.

—Necesito ayuda, Naiquen. —Su mirada se había aplacado, parecía un pequeño desvalido—. Ya no sé cómo comportarme con él... Sé que será devastador para él enterarse de que su abuelo... que ya no tiene a nadie en el mundo.

—No diga eso... lo tiene a usted, usted es su familiar —no deseaba decir “su padre”, no sabía cómo estaba él con ese tema.

—No nos conocemos Naiquen... ¿cómo puede quererme? ¿Cómo puedo quererlo? ¡Somos extraños!

Ella elevó los ojos al techo; tenía razón.

—¡Ay, señor!

—¡Deja de decirme señor! —Se puso de pie y caminó por la estancia—. ¡Hemos dormido juntos, Naiquen! ¡Trátame con menos formalidad, por favor!

—¿Quiere que me olvide de las formas? —Ella también estaba alterada—. ¡Pues no lo haré! ¡Soy apenas una empleada!

En dos pasos Lucien estaba a su lado y la sacudía por los hombros.

—¿Qué quieres, mujer? ¿Quieres dejar de trabajar para mí? ¡Pues ya mismo estás despedida! —Al oír tales palabras ella sintió pánico: ¿a dónde

iría con sus hijos?—. ¿Quieres ser mi esposa? —El alcohol no le permitía pensar bien.

—¡Usted está loco! —Se soltó y se alejó de él. Estaba a punto de alcanzar la salida cuando él la tomó por la cintura.

—Sí, estoy loco, Naiquen, estoy desquiciado... —Su aliento tibio y con olor a licor le acariciaba el cuello.

Lucien la apretó contra su pecho y ella pudo sentir su erección contra sus nalgas. La boca masculina mordió la piel morena y ella gimió. La giró mientras la empujaba contra la puerta, donde se prendió de sus labios a la vez que las manos la recorrían toda.

Ella lo dejó hacer, también necesitaba sus besos y su calor. Cuando la pasión elevó la temperatura del ambiente y él comenzaba a sacarle la ropa, Naiquen lo detuvo.

—¡Basta! —Se acomodó la blusa intentando sosegar su respiración—. Basta —repitió—. Esto no puede continuar, Lucien... esto que hacemos no está bien. Es confuso para ambos...

—¿Confuso? —Una sonrisa irónica vistió su boca—. Yo creo que está más que claro.

—Pero no está bien. Yo soy tu empleada —decidió no tomar en serio el hecho de que la hubiera despedido minutos antes—, tengo dos hijos, necesito el trabajo. No puedo jugar a ser tu amante.

—Yo no te tengo de amante, Naiquen.

—¿Y qué soy acaso?

Él giró, molesto de nuevo.

—¿Otra vez queriendo poner nombre a las cosas?

—No es por ponerle un nombre... es que no me gusta estar ocultándome, salir de tu cuarto a escondidas no me hace bien. Tampoco es buena imagen para mis hijos.

Lucien empezó a reír y ella sintió que la sangre le bullía, pero conservó la

calma.

—¿Quieres que lo oficialicemos? —preguntó divertido.

—No dije eso.

Lucien se acercó de nuevo y le corrió unos cabellos que en el fragor de la pasión se le habían desordenado.

—Eres más bella aún cuando te enojas. Escucha, Naiquen, no tengo que rendir cuentas a nadie. Entiendo lo que dices de los niños, si tú quieres, los reunimos a los tres y les contamos que estamos iniciando una relación.

Ella lo miró, incrédula, sin saber si se estaba burlando de ella, si era producto del alcohol o si lo decía en serio.

—Hablo en serio, Naiquen, no estoy para bromas, acaba de morir Marcel. —En el fondo de sus ojos ella leyó su pena—. Solo trato de pasar el mal trago de la mejor manera. —La tomó por los hombros y se clavó en su mirada—. Necesito paz. Y tú necesitas paz. Dejemos que esto pase, contémoslo si eso te tranquiliza. —Su sinceridad la conmovió y sus ojos se aguaron—. Yo solo te pido lealtad, Naiquen, ya te lo dije una vez. Yo soy un hombre íntegro, no te defraudaré.

Naiquen se desarmó ante sus palabras. No era una confesión de amor ni nada parecido, pero ese hombre estaba dispuesto a intentar una relación con ella, aun cuando ninguno hubiera hablado de sentimientos ni compromiso. ¿O sí? ¿Acaso la lealtad no era la asunción de un compromiso?

—Yo... tengo que pensarlo —titubeó; Mathieu empezó a reír.

—No juegues a la noviecita adolescente, mujer... —Volvió a tomarla—. Somos grandes, hicimos el amor —depositó sobre su boca un beso suave, no deseaba enardecerse de nuevo. Ella respondió y lo abrazó a su vez—. Mañana será el funeral, sé que no es el gran plan, pero quisiera que nos acompañaras. Necesito que me ayudes con Alain.

—Está bien —continuaron abrazados un rato más hasta que ambos se fueron relajando.

Después él la acompañó hasta la puerta de su habitación y volvió a besarla. Deseaba dormir con ella pero sabía que no accedería esa noche. Tenía que asimilar todo lo ocurrido, seguramente deseaba clarificar las cosas con sus hijos.

—Mañana hablaremos con los demás —prometió antes de alejarse; ella asintió no sin temor.



CAPÍTULO 54

Despertar juntos un nuevo día era un regalo del cielo que ambos agradecían todo el tiempo. Libertad y Wenceslao estaban viviendo su luna de miel sin boda, inmersos en la felicidad de su amor y empujando los malos recuerdos hacia un vacío infinito.

Tres días habían pasado desde su reconciliación, tres días durante los cuales solo se habían dedicado a ellos, a mimarse y cuidarse, a amarse sin fronteras, faltando a todas las demás obligaciones. Habían pasado horas y horas hablando, contándose todo lo que habían vivido por separado. Comenzando por el relato de Wenceslao, la trampa en la que había caído y cómo había sido rescatado. Sus padecimientos físicos, su lenta recuperación, su escape del país; todo era muy triste y por momentos caían en la angustia y el llanto. Después sus intentos por hallarla, su búsqueda por todas las ciudades, su desánimo y su desilusión al verla con Jean-Louis.

Libertad también le refirió su historia, sus pasos por el tango y su breve relación con el francés, sin omitir nada. Fue vergonzoso para ella contarle que se había acostado con él, pero era momento de confesiones, si querían empezar de nuevo y ser uno, no podía haber secretos. Y pese a lo duro de la confirmación de sus sospechas, Wenceslao tuvo que aceptarlo. Ella creía que estaba muerto. Eso era lo que todos habían creído. No podía culparla. Él también había estado con otra mujer y por peores motivos, lo había hecho por despecho, por venganza, para olvidarla y tapar la huella de su cuerpo.

Todas esas confesiones se dieron en medio de llantos y angustias, era

difícil para ambos asumir todo lo que habían vivido. Pero estaban juntos y eso era lo único que importaba. El pasado solo sería un mal recuerdo, ahora debían mirar hacia el futuro.

Cuando ya no quedó ni un secreto que compartir ni comida en la habitación, Wenceslao recobró la cordura y decidió que debían retomar sus actividades.

Sin ganas, se vistieron y se prepararon para enfrentar el nuevo día puertas afuera y separados. Pero esta vez la separación tenía vencimiento, serían solo unas horas para volver al hogar, porque el minúsculo cuarto de Wen era para ellos su hogar, el nido de su amor, la cuna de su familia.

Cada uno partió rumbo a sus actividades sin saber si serían bien recibidos. Wenceslao había telefoneado a la empresa para justificar su ausencia los días anteriores, pero Libertad no había tomado esa precaución. Tal vez su empleadora la rechazara. De ser así, no importaba, algo más encontraría, tal vez cerca de su nuevo domicilio.

La joven decidió dejar la visita a Milagros para la hora del almuerzo; fue directamente a la florería donde Mireille la recibió con sorpresa. Le había molestado su inasistencia sin aviso, sobre todo teniendo en cuenta que los días habían estado lindos, frescos pero sin lluvia, y el carrito no había salido. Iba a reprenderla pero al verle la mirada tan encendida se arrepintió. Conocía parte de la historia de la muchacha y supuso que algún motivo había obligado a Libertad a faltar. La mujer recordó sus tiempos de juventud y una involuntaria sonrisa se apoderó de su boca. De modo que sin preguntas ni reproches la dejó preparar el carrito y observó cómo la muchacha se dirigía a su esquina.

Radiante como estaba, con la alegría tallada en el rostro y en la actitud, esa mañana vendió más ramos y arreglos que nunca. Sus buenas maneras y su predisposición la colmaron de elogios y agradecimientos por su atención. Libertad regresó al local con el carromato casi vacío, recibiendo

felicitaciones por parte de Mireille.

Después compró unas confituras para regalar a Milagros, se sentía exultante. Momentáneamente había ocultado en algún rincón de su alma las tristezas e incertidumbres sobre su familia en la Argentina. No quería pensar, no quería extrañar ni elucubrar sobre cómo estarían o si les había ocurrido algo. Prefería vivir en la ignorancia, al menos esos días en que estaba tan feliz.

Cuando Milagros abrió la puerta y la vio frente a sus ojos, tan hermosa y tan vivaz, supo que todo estaba bien en la vida de su sobrina.

Se abrazaron y de la mano se dirigieron hasta el sillón donde se acomodaron para conversar. Parecían dos adolescentes contándose sobre los primeros besos.

—¡Contame! Estos días sin saber nada me tuvieron en vilo, Libertad —no había reproche en sus palabras sino curiosidad.

—¡Ay, tía! —Los ojitos gatunos se llenaron de perlas—. Todo es perfecto con él. Ni siquiera soy capaz de sentir el frío —bromeó entre risas.

—Imagino que se habrán puesto al día —había picardía en la mirada de Milagros.

—¡Pero qué decís! —se burló la sobrina elevando sus ojos al cielo—. ¡Estoy tan feliz! ¡Tan feliz!

—Y yo estoy feliz por vos —se abrazaron, ambas estaban emocionadas.

Después, mientras comían un almuerzo liviano, Libertad le contó un poco más en detalle lo que habían conversado, las confesiones y los perdones.

—Ahora tenemos que buscar un sitio un poquito más espacioso, el cuarto de Wen es demasiado pequeño. Yo estoy bien donde sea mientras estemos juntos, pero él insiste...

—Está bien que lo haga, Libertad, deben vivir como merecen.

—Buscaremos un departamento para alquilar... que tenga cocina al menos, porque estamos gastando mucho dinero en comida preparada.

—Me pone muy feliz saber que todo se acomodó entre ustedes.

—¿Y vos? Contame.

—Yo... —Milagros se hizo la misteriosa—, nosotros... —se puso de pie y caminó frente a su sobrina como si desfilara—. ¿No notás nada distinto?

—Pues... —Libertad la recorrió con la mirada de pies a cabeza sin advertir nada nuevo, excepto unas botas que no le conocía—. ¡Compraste calzado! —señaló con su índice hacia los pies de su tía.

Esta comenzó a reír.

—No mi querida... —Se aproximó y le tomó la mano para llevarla a su vientre—. Aquí, donde todavía no se ve nada, hay un bebé.

Libertad se puso de pie como un resorte y la abrazó lanzando grititos de euforia.

—¡Pero qué hermosa noticia! ¡Deberías habérmelo dicho ni bien llegué!

—¿Cómo hubiera podido? —bromeó la mayor—. Era tu momento para contar.

Las dos mujeres se abrazaron de nuevo y comenzaron a planificar sus vidas.

Después, Milagros le enseñó la carta de Naiquen que había recibido esa mañana y le contó sobre las novedades, que no eran muchas, excepto que Mauro había vuelto a hablar. Su prima no daba mayores detalles de su vida en el campo, solo hablaba de los chicos y de la terapia con los caballos.

—¡Tenemos que festejar! —dijo Milagros—. Esta noche cenaremos todos juntos y brindaremos con un buen champán francés.



CAPÍTULO 55

“Compañera, usted sabe que puede contar conmigo, no hasta dos o hasta diez sino contar conmigo.”

MARIO BENEDETTI

Naiquen despertó muy temprano, era de noche cuando se albergó en la cocina a prepararse un café cargado para enfrentar el largo día que se avecinaba. Hacía mucho frío y debió encender las hornallas para entrar en calor.

Había dormido poco y mal, un sueño nervioso le había impedido un buen descanso. La conversación mantenida la víspera con Lucien le había rondado por la cabeza. ¿Qué les diría a los chicos? Se sentía ridícula anunciando que estaba de novia con el patrón, ella no era una jovencita como para estar de novia. ¿Qué pensarían sus hijos? Pese a que no lo nombraran, ellos tenían un padre. En algún rincón de la Argentina estaba el hombre que había sido su esposo, y tal vez un día apareciera a reclamar sus derechos. Un sudor helado la inmovilizó contra la mesada sobre la cual manipulaba la taza. ¿Y si él los buscaba aun cruzando los mares? Tembló.

Con el café humeante se sentó a meditar. Las dudas la carcomían. ¿Qué hacer? Tenía que admitir que Lucien y ella sentían una gran atracción que los impulsaba a besarse y compartir intimidad. ¿Amor? Era un sentimiento que

les quedaba demasiado grande. ¿Consuelo? Quizás. ¿Pasión? Mucha. Pero como decía él, ¿qué importaban los nombres si a la hora de encontrarse se desesperaban?

Debían tomar una decisión, ella debía tomarla porque él no tenía inconveniente en contarles a todos que estaban juntos. Pero era la mujer la que siempre cargaba la parte más pesada, y más una mujer como ella, madre de dos niños a los que les debía explicación.

O iniciaba una relación con el francés, a la vista de todos, incluso a riesgo de que su marido apareciera a ejercer sus derechos en algún futuro, o se negaba a ella con rotundidad, pero reconocía que para ello tenía que irse de esa casa, tomar distancia física con Lucien, porque estando cerca se atraían como imanes.

Y en caso de irse... ¿a dónde iría? Allí los niños estaban bien, pese a que no tenían un gran futuro, los veía adaptados y contentos. ¿Se quedaría solo por eso? Se odiaba por ser tan práctica, por pensar más allá de los sentimientos y elegir por conveniencia. ¿Acaso tenía otras opciones? Volver a París no era una.

Sin darse cuenta el día se asomó por la ventana y Lulú por el umbral.

—¿Te caíste de la cama? —dijo la mayor por saludo.

—Algo así... tienes café listo —ofreció Naiquen.

—Pero qué cara traes... —Lulú se sentó frente a ella—. ¿Ocurrió algo?

—Falleció el señor Rodiné, hoy es el funeral. Y hay que decírselo a Alain.

—¡Oh! Se avecinan tiempos difíciles en esta casa.

En ese instante Mathieu ingresó a la cocina. Su semblante también denotaba su falta de descanso. Sin aguardar que las mujeres lo sirvieran lo hizo él mismo y se sentó a su lado a compartir el desayuno.

—¡Señor! —protestó Lulú—. Estamos aquí para atenderlo.

—Hoy necesito ayuda con Alain. Su abuelo falleció anoche y tengo que darle la noticia.

—Cuenta con nosotros —Lulú tomó las riendas y Naiquen agradeció no tener que hablar. No sabía cómo encararían la situación, en definitiva no habían concretado nada la noche anterior. ¡Ni siquiera recordaba si le había dado su conformidad para contar la novedad!—. Si usted lo desea puedo acompañarlo al entierro.

—Gracias, Lulú, iré con Naiquen. —Buscó en la mirada femenina la aprobación y ella no tuvo más opción que asentir—. Ni bien se levante le contaremos.

—Sería mejor dejarlo desayunar —opinó Lulú, siempre pendiente de la alimentación de los demás.

—Tienes razón —se puso en pie y abandonó la cocina.

Naiquen se sintió confusa, había esperado otra reacción hacia ella. “*¿Qué querías? ¿Un beso delante de Lulú? Ese hombre está pensando en cómo dar una horrenda noticia y vos pensás en jugar a los novios...*”, se reprochó.

Afuera el frío invernal se hacía sentir. Janelle y sus ayudantes ya habían llegado y se preparaban para asistir al primer turno. La jovencita la buscó y le informó que ya había despachado la carta para su prima, lo cual la argentina agradeció.

Mathieu les anunció que ese día no podrían contar con su presencia, pidiendo especial atención para la niña Felicia; advertía que en cualquier momento el padre dejaría de concurrir y él estaba convencido de que la niñita mejoraría.

En la casa los chicos desayunaban en el comedor, ajenos a todo.

Naiquen deambulaba de un lado al otro sin hacer nada en concreto.

—¿Y a ti que te ocurre? —preguntó Lulú—. Vamos, cuéntame que no soy tonta.

—Nada, Lulú... nada. Solo estoy preocupada por todo lo que está sucediendo.

—¿Y qué está sucediendo? —Los ojitos inquietos de la mujer sonreían con

ironía.

Naiquen bufó antes de responder.

—Nada, ya te dije.

—Sabes que no te creo palabra. —Lulú se fue a ventilar las habitaciones.

—Mamá, vamos afuera a buscar a Tornado —anunció Pablo desde la puerta.

—Abríguense que está muy fresco —ordenó como hacía cada día.

Cuando los tres pequeños se disponían a salir a la carrera Mathieu detuvo a Alain y lo convocó al escritorio.

—Iré en unos minutos —le dijo mientras iba en busca de refuerzos para encarar la situación.

Se asomó a la cocina donde Naiquen lavaba las tazas del desayuno. Meditó que ella no debería estar ocupándose de las cosas de la casa, era su mujer. ¿Lo era? Si no lo era lo sería pronto, de eso estaba seguro. Alejó esos pensamientos y se concentró en lo que tenía que hacer.

—Naiquen... —Ella se volvió y al verlo sintió que todo el calor se reunía en sus mejillas. Se odiaba cada vez que aquello le ocurría, la dejaba vulnerable a sus ojos—, está Alain esperándome en el despacho. Necesito de tu colaboración.

La mujer se conmovió y dejó lo que estaba haciendo. Avanzó hacia él y quedaron frente a frente en el umbral.

—Prometo que después de esto hablaremos con el resto —se justificaba por la demora y ella se sintió mal. No quería sentir que lo obligaba a nada.

—Está bien, no es momento para pensar en eso ahora.

—Lo sé, pero es lo que acordamos; soy un hombre de palabra.

Ella sintió que estaban negociando un contrato, había mucha frialdad, demasiada preparación para algo que debería ser tan simple, tan distinto. Pero allí no había más sentimientos que deseo, la pasión que los consumía cuando estaban juntos.

Cerró la puerta a los pensamientos y decidió que ella también cumpliría con lo que habían acordado. Tenían que abordar a Alain y contarle que su abuelo había muerto.

Tiosos, mudos, compungidos, caminaron hacia la biblioteca donde un niño de once años los aguardaba inquieto.

Alain presentía que algo ocurría, lo había percibido en el aire, en la mirada que Lucien, siempre frontal, le había rehuido al convocarlo a la reunión. Había leído también la lástima en los ojos de Lulú cuando le había servido el desayuno. Solo los niños parecían ignorantes de aquello que tenían que decirle. No quería creer que era la fatal noticia para la que aún no estaba preparado, no podía perder también a su abuelo luego de haberse quedado huérfano de un día para el otro. Sin padres, sin hermanos, con un tío que no sabía si era tío o padre... todo era muy confuso para su mente infantil. Por mucho que fingiera ser un hombrecito fuerte y audaz, era solo un chico desvalido, débil, inseguro. Por más que se mostrara al mundo con su deformidad a flor de piel, era solo una fachada.

Alain en el fondo se sabía endeble, miedoso, necesitado de cariño y protección. Su padre no había sido un ejemplo firme en su vida, por el contrario, Bernard siempre bromeaba y parecía dedicar el tiempo a pequeñeces sin importancia, intrascendentes y superfluas, al igual que su madre. Vivían para ellos, para reír, salir y bailar en cuanto evento había. Poca atención le habían brindado desde su más tierna infancia. Solo Marcel, su fiel abuelo, se había ocupado de enseñarle lo rudimentario, de inculcar en él buenos valores y ejemplos que estaban dormidos debajo de todas sus máscaras.

La puerta se abrió y vio ingresar, callados y con el rostro rígido, a Lucien y a Naiquen. ¿Qué hacía la empleada allí? Un atisbo de ilusión lo hizo dudar. Tal vez su presencia se debía a que querían anunciarle su boda, porque él bien sabía que entre ellos había mucho más que una relación patrón-

doméstica. Pero esos semblantes no eran de los que anuncian bodas y el miedo a la peor noticia le hizo flaquear las fuerzas.

Estaban los tres de pie frente al ventanal por donde el sol entraba a raudales.

—Alain... —comenzó Lucien, pero no pudo continuar. No hallaba las palabras que fueran menos dolorosas. Él, tan grande, tan decidido a todo, no podía enfrentar a una criatura de cara con la realidad.

Naiquen, advirtiendo su desazón y la ansiedad en los ojitos del niño, tomó la iniciativa. Estaba allí para eso.

Se acercó y se sentó frente a él de modo que sus ojos quedaron a la misma altura. Además, sería más fácil aguantar el vendaval sentada.

Tomó las manos sudadas, como siempre las tenían los niños, y las acarició antes de hablar. Alain supo lo que iba a decirle antes de que ella comenzara a hablar y sin que pudiera contenerlas, las lágrimas empezaron a rodar.

Naiquen apretó los labios y los ojos, no deseaba quebrarse frente a él. Debía ser fuerte.

—Alain, querido —empezó—, ha ocurrido algo, creo que tú ya lo sabes —sus ojos se unieron mientras que Lucien era un espectador callado y nervioso. Lo apenaba que el jovencito tuviera que pasar por ese momento, le hubiera gustado verlo afuera, jugando con los otros, montando a Tornado con quien había empezado a familiarizarse—. Tu abuelo... tú sabes que estaba muy mal, y ahora encontró la paz.

El pequeño se colgó de su cuello mientras su cuerpo se convulsionaba entre llantos y gritos de furia. Insultó y maldijo a Dios y a María Santísima pero nadie osó reprenderlo. En esos momentos solo hacía falta un abrazo fuerte, un beso, un pecho tibio y una caricia. Y allí estaba Naiquen, firme para él.

Lucien admiraba su tenacidad de madre, de mujer que todo lo supera, porque aunque no sabía demasiado de su vida pasada, ella no dejaba de

sorprenderlo a diario. Pensó qué sería de él sin su presencia. Ni siquiera hubiera aceptado el contacto con Alain, condenando a una criatura sin culpa ni responsabilidad a la más horrenda orfandad.

Al cabo de un rato que a todos se les hizo eterno Alain agotó sus fuerzas para gritar y llorar. Lentamente se fue callando y dejó de sacudir el cuerpo.

—¿Qué vas a hacer conmigo ahora? —El pequeño podía pasar de un estado a otro en un segundo, en eso se parecía a Lucien.

—¿Cómo que qué voy a hacer? —respondió el hombre.

—¿Me enviarás a un orfanato? —Había rencor en su voz, como si todo lo ocurrido momentos atrás le hubiera pasado a otra persona.

—No digas tonterías —por el tono, Naiquen percibió que Mathieu se estaba enojando y decidió intervenir, interrumpiéndolo. No era día de peleas ni reproches.

—Te quedarás aquí, con nosotros... con tu familia. —No sabía cómo rotular el vínculo y de repente se encontró pensando en que ella siempre quería ponerle nombre a las relaciones, aun a las ajenas. Paradoja del destino, porque esta vez ella no sabía cómo hacerlo con Alain.

El niño la miró con odio y ella recordó la conversación que habían tenido la víspera.

—Escucha, Alain... anoche te expliqué que la sangre no nos convierte en familia, pero sí la lealtad —eso era lo único que le había pedido Lucien y se dijo que en definitiva pese a cómo cada uno llamara a las cosas, pensaban igual—. Y aquí estamos todos unidos para un mismo fin.

—¿Y cuál es ese fin?

—Ser felices, hijo —terció Lucien, emocionado de repente por todo lo que estaba descubriendo en esa charla en la que por momentos se sentía ajeno—. Y no sentirnos solos.

Naiquen elevó los ojos y sus miradas se entendieron en silencio.

—No soy tu hijo —desafió con el mentón hacia arriba.

—Sé lo que quieras ser... Puedes ser mi hijo, mi sobrino, mi amigo, o lo que tú quieras. No me importa el nombre que le pongamos a la relación — deslizó una mirada hacia la mujer que se ruborizó al instante—, solo quiero que sepas que estaré siempre para ti, que nunca te defraudaré ni lastimaré. Que puedes contar conmigo para lo que sea. —Si esa no era una declaración de amor... ¿qué otra cosa era? Naiquen sintió que esas palabras también le estaban dirigidas—. Ese es el trato, eso es todo lo que tengo para ofrecerte. A mi lado nunca más te sentirás desprotegido. Siempre estaré para ti —repitió.

Al decir esto, ahogado por las palabras que a él mismo habían sorprendido, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. No deseaba que vieran en sus ojos la humedad que crecía y se evidenciaba en su brillo. Ese niño, fuera quien fuera, ya tenía un sitio en su corazón.

Desde el umbral dijo:

—A las cuatro es el funeral, estate listo.

Una vez a solas el niño depuso las armas y se recostó contra una silla. Cerró los ojos y Naiquen respetó su silencio. Se quedó allí, sentada frente a él, aguardando.

Mucho rato después ambos salieron de la mano. En sus rostros no había señales de lágrimas pero sí una cómplice serenidad.



CAPÍTULO 56

“La ira es un ácido que puede hacer más daño al recipiente en el que se almacena que a cualquier cosa en la que se vierte.”

MARK TWAIN

Ya habían pasado seis días desde el entierro de Marcel. Alain oscilaba entre la tristeza y la furia. Cuando estaba decaído se encerraba en su habitación y podía pasar horas allí. Solo salía en los horarios de las comidas porque Lucien era inflexible con eso, pero después volvía al ostracismo. Los chicos lo buscaban para ir a montar o para ayudar en la terapia, lo tentaban con novedades o travesuras pero él no cedía.

Cuando estaba furioso se hacía sentir en las únicas oportunidades en que se presentaba para comer, agredía a todos con comentarios sarcásticos, hasta un día en que osó faltar el respeto a Naiquen y Lucien lo obligó a pedirle disculpas.

—¡Ella es una sirvienta! —bramó el jovencito echando chispas por los ojos.

Ni bien terminó de decir esas palabras, Lucien se levantó con tal ímpetu que la silla cayó hacia atrás y todos temieron una desgracia. Se abalanzó sobre Alain y lo levantó de la única oreja que adornaba su cabeza.

Las mujeres lanzaron exclamaciones y fue Naiquen quien intercedió por él, cruzando los límites entre patrón y empleada, dado que con el ambiente caldeado que vivían no habían vuelto a hablar de su relación.

—¡Déjalo! ¡Es un niño! —osó decir aproximándose a ellos e intentando separarlos, porque Alain tiraba puñetazos y patadas.

Mathieu la fulminó con la mirada pero ella no retrocedió.

—¡Déjalo! —repitió.

Pese al enojo que lo dominaba Lucien obedeció frente al asombro de los demás, mudos testigos.

—¡Pídele disculpas a Naiquen! —bramó.

Alain no quería ocasionar una pelea entre ellos, porque por mucho enojo que sentía apreciaba a Naiquen. Bajó la cabeza y murmuró la disculpa.

—¡Más fuerte! —ordenó Lucien—. Que la oigan todos.

El niño repitió:

—Lo siento.

—Ahora vete a tu cuarto.

Cuando se fue, Lucien volvió a sentarse dispuesto a comer. Naiquen permanecía de pie, sabía que se había excedido al desafiarlo frente a todos.

—Siéntate, Naiquen —dijo él ya calmado—, lamento haberme exaltado.

La mujer obedeció y la comida continuó en un hermético silencio, bajo la mirada atónita de Lulú que no alcanzaba a entender qué ocurría con su patrón.

Después Mathieu salió para recibir al segundo turno de niños de la terapia y no volvió hasta el atardecer.

Los chicos se mezclaron entre los asistentes al tratamiento, ayudando a llevar los caballos y acompañando a jinetes con problemas menos delicados.

Mauro se defendía bastante bien aun sin su brazo y de a poco iba modificando su carácter. Jamás volvería a ser el de antes, su mirada no recuperaría el brillo auténtico de un niño feliz, pero al menos reía y tenía vida social. Ambos hablaban a la perfección aunque les costaba escribir sin errores, pero teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaban en Francia era demasiado.

Después de terminar sus tareas Naiquen se recluyó en su habitación, estaba cansada, extrañaba a su madre. No comprendía aún su muerte, Fresia estaba bien antes de su partida. No sabía si alguien había viajado para ocuparse de sus cosas y se acordó del dinero. ¿Qué habría pasado con el tesoro que tenía su madre? Ella sabía bien de la funesta historia de su padre, un bandolero de los años treinta. Conocía su trágico final y cómo ella había sido salvada por su mamá. Aun cuando no recordaba nada de esa época cada vez que pensaba la recorría un escalofrío al imaginar a la beba que había sido oculta en un canasto de ropa.

Fresia había dispuesto el dinero a cuentagotas, le había dado una parte a su prima Lihuén, cuando nació su hijo Nehuén. Recordó a su sobrino segundo pero ya nada se agitó en su interior. Después, su madre había sido muy medida en sus gastos, jamás quiso levantar sospechas de la fortuna que tenía. A ella la había ayudado mucho, pero siempre en pequeñas cuotas, se justificaba que no quería llamar la atención. A los ojos del mundo ellas eran pobres, y así seguirían. Fresia siempre temía que alguien volviera del pasado para vengar la muerte de esa otra familia, la de... ¿cómo se llamaba? Ni siquiera podía recordar el apellido.

Naiquen se llevaría la incógnita del botín a la tumba, porque nunca nadie encontraría el tesoro que Fresia había enterrado en frascos de vidrio en la huerta de su casa.

Se tiró sobre la cama y alcanzó a cerrar los ojos cuando sintió un golpe en la puerta. Se sentó deprisa, tal vez era Lucien. Se acomodó la ropa y el pelo y permitió la entrada.

En su umbral apareció Alain.

—Pasa.

El niño lo hizo y quedó de pie frente a ella.

—Quiero pedirte disculpas.

Naiquen sonrió.

—Ya lo hiciste en la mesa.

—Fui obligado, ahora lo hago porque quiero —bajó la mirada, se sentía avergonzado.

—Ven —la mujer extendió sus brazos y Alain se refugió en ellos.

Naiquen sintió su cuerpo delgado temblar contra su pecho y se emocionó. Ese niño estaba tan vacío de cariño como si hubiera sido huérfano toda la vida. Le faltaba amor de madre, y ella tenía de sobra aunque sus hijos ocuparan todo su corazón.

—Lo lamento de verdad —repitió—, tú siempre fuiste buena conmigo incluso cuando traté mal a Mauro.

—Gracias por decirlo Alain, eres un jovencito hermoso, de buena madera —se alejó para sonreírle, ambos con los ojos llorosos—, solo tienes que dejar que todo tu enojo se vaya para quedar sano por dentro.

—Debería dejarlo salir afuera, ¿no crees? —Los dos rieron ante la ocurrencia.

—Cuando estés así, cuando sientas que la ira te domina, ve al campo y tira piedras a lo lejos, así no dañas a nadie —sugirió.

—Así lo haré, lo prometo —se había puesto serio—. No deseo que tú y mi tío se peleen por mi culpa.

Naiquen sonrió.

—Eso no ocurrirá, Alain, cuando dos personas pelean no es por culpa de terceros, sino de ellas mismas que no saben arreglar sus diferencias de manera civilizada. Tú no tienes la culpa de nada, recuerda eso.

Esa noche, durante la cena, Alain se presentó calmo y repitió sus disculpas frente a todos. Lucien se enorgulleció de él y sin consensuarlo con Naiquen, en un impulso de alegría, tomó la palabra:

—Ya que todos estamos reunidos y en paz, quiero anunciarles algo —miró a Naiquen y al encontrarse sus ojos ella adivinó lo que se venía. El calor de la sopa fue desplazado por un fuego interno que le mojó la espalda y las manos

cobraron vida propia en un temblor desaforado que la obligó a esconderlas debajo de la mesa—. En realidad con Naiquen tenemos algo que anunciarles.

Todos los ojos se posaron en ella, sintió que se incendiaba. Lulú sonrió pensando que finalmente sus sospechas eran fundadas. Pablo y Mauro la interrogaron con la mirada pero la madre no podía articular palabra.

—Esperamos que reciban con agrado la noticia del inicio de nuestra relación de pareja —prosiguió Lucien.

—¿Se van a casar? —interrumpió Pablo con la inocencia que lo caracterizaba.

Mathieu sonrió.

—Tal vez, si tu madre quiere hacerlo —Naiquen no podía ponerse más roja. Lejos de estar feliz estaba enojada. ¿Cómo había osado tirar esa bomba en la mesa sin siquiera avisarle? Pero él era así, amo y señor.

Lulú los felicitó y dijo:

—Tendrá que contratar a alguien que me ayude, señor... No creo que la señora deba ocuparse de las cosas de la casa.

—¡Por favor, Lulú! —terció Naiquen más que molesta—. ¡Y deja de decirme señora!

—Sí, ya pensé en eso, Lulú, gracias —manifestó Lucien sorprendiendo a la morena.

Naiquen miró a sus hijos, quería leer en sus rostros cómo había impactado la sorpresa. Mauro estaba callado y pensativo mientras que Pablo estaba contento. Tal vez su hijo menor se sentía más seguro ante las buenas nuevas.

Tendría que hablar con ellos. Y así lo hizo cuando fue a despedirlos esa noche.

—¿Qué pasó con papá? —quiso saber Mauro, ya en la cama—. ¿Volveremos a verlo?

—No lo sé, mi vida... —La culpa la envolvió. Sus hijos ya tenían un padre y ella un esposo. Lo que estaba haciendo estaba mal...

—Nunca nos dijiste qué pasó, mamá —había un velado reproche.

—Es verdad... —tomó aire—. Pasó que con su papá no nos llevábamos bien, ustedes saben que discutíamos mucho y...

—Te pegaba —afirmó Pablo.

Naiquen lo miró a lo profundo de los ojos y empezó a negar.

—No me mientas mamá, yo lo vi.

La madre empezó a temblar. ¿Cómo era posible? Si cuando él le pegaba lo hacía en la intimidad del cuarto y le tapaba la boca para que no gritara.

—Yo lo vi, mamá —repitió Pablo—. Una noche escuché ruidos en tu habitación y fui a espiar por el agujerito de la cerradura. Y lo vi.

Las lágrimas empezaron a rodar por la mejilla morena.

—No llores... —Pablo la abrazó y Mauro saltó de su cama para unirse en el abrazo familiar—. Aguantaste mucho tiempo... debiste irte antes.

Que su hijo menor le dijera eso le partía el corazón. ¡Él sabía! Y había guardado el secreto durante todo ese tiempo, porque Mauro no estaba al tanto de nada.

—¡Ay, chicos! ¡Cuántas cosas nos pasaron! —Se apretaron los tres y así permanecieron un buen rato.

—¿Estás enamorada del señor Mathieu? —preguntó Pablo cuando se separaron y cada cual estaba en su cama.

Naiquen se sintió en una encrucijada. ¿Qué decirles? Ni ella misma lo sabía. Pero tampoco podía darles un discurso confuso... ¡No podía admitir que iba a iniciar una relación con un hombre sin estar enamorada! No era una buena imagen para ellos. Tampoco quería mentirles y empezó a hablar sin saber qué les diría.

—Hijos de mi corazón... el amor es un camino. Uno no se enamora de un día para el otro. Lleva tiempo conocerse, compartir cosas, soportar tormentas y admitir errores. Y más cuando uno tiene la edad que el señor Mathieu y yo tenemos.

—¿Le vas a seguir diciendo señor? —Pablo era insaciable.

—No —Naiquen aunó la sonrisa a su respuesta—, no le diré señor.

—¿Entonces no lo amás?

—Estoy en el camino, hijo —fue lo mejor que se le ocurrió para satisfacer sus dudas.

Luego les dio el beso de las buenas noches y fue a despedir a Alain. Allí también la aguardaban las preguntas y repitió más o menos el mismo discurso.

Terminó extenuada. Tenía frío y caminó hacia la cocina. Se prepararía un té con limón que la ayudaría con la digestión, aún sentía la comida a mitad de la garganta, seguramente por lo ocurrido durante la cena.

No contaba con que Lucien la estuviera aguardando en el pasillo. Se miraron y él advirtió el cansancio que le impedía mostrar su enojo por hablar sin consultarle.

En una actitud que le era desconocida, el hombre la sedujo de inmediato encerrándola contra la pared y apresando su boca. Se sentía con derecho ahora que no tenían que ocultarse. Naiquen al principio se resistió pero la miel de esos labios sedientos la rindieron; terminó abrazándose a su cuello y permitiendo que él la tomara en brazos.

Sin abrir los ojos sintió que una puerta se abría y olvidó el té con limón. Un mullido colchón recibió su cuerpo cansado y unas manos ávidas comenzaron a desnudarla.

Lucien le hizo el amor con ansiedad y pasión. La recorrió por entero con su boca y la llevó al límite del placer. Después la metió dentro de la cama y sin decirse una sola palabra se durmieron abrazados.



CAPÍTULO 57

“Muchas veces lo que no se halla cuando se busca, sale al encuentro cuando no se busca.”

SÉNECA

La familia Napolitano concurría a la terapia debido a la insistencia de María; de ser por Lito ya estarían de nuevo en París, no le gustaba mezclarse con esa gente imperfecta.

La pequeña Felicia no progresaba demasiado, pero al menos había dejado de llorar de manera insistente, aunque sus piernas continuaban débiles.

Ese día llegaron pasado el mediodía, hacía demasiado frío y deseaban irse temprano. Janelle los recibió con su amabilidad de siempre pese a que no le caía bien el señor Napolitano. Se compadecía de la mujer, tan sumisa.

Tomó a la niñita en sus brazos y se encaminó hacia el caballo que le tenía reservado y que Alain había preparado. El muchachito se había compenetrado en la terapia y ayudaba todos los días como si cumpliera un trabajo. Le había cambiado el humor aunque por momentos estaba triste; el dolor por la muerte de sus padres primero y su abuelo después todavía le rondaba en el cuerpo.

Sus amigos respetaban sus silencios y festejaban sus bromas, Alain era demasiado versátil y tanto podía estar riendo a carcajadas como ofuscado sin motivo. Pero ya todos se habían habituado a su carácter, muy similar al de Mathieu.

Mientras Felicia acariciaba al caballo Alain la sostenía; Janelle se ocupaba de ajustar montura y bozal.

Desde lejos María observaba. Otros niños con problemas se dedicaban a cepillar a los animales, algunos les daban de comer, varios arrojaban pelotas en aros, los menos los paseaban llevándolos por las riendas. Según la patología de cada jovencito era el tratamiento indicado. Para comprender lo que el francés le había dicho, Naiquen debió acudir en su auxilio, mientras que su esposo, negador de la realidad, escuchaba radio dentro del auto.

La madre no comprendía aún cómo podía afectar beneficiosamente a su hija el movimiento del caballo o el calor de su cuerpo, pero si ellos así lo aseguraban, debía confiar.

María se sentía sola y desafortunada. Su marido estaba todo el tiempo enojado, la enfermedad de Felicia lo había trastornado y ella ya no sabía cómo hacer para conformarlo. Ni siquiera en la cama estaban unidos, todo era frío y sin ganas. Ella lo dejaba hacer pero sentía que él usaba su cuerpo como un objeto para satisfacer su instinto animal. El hombre no se preocupaba si ella gozaba o no, ni siquiera la besaba en la boca.

Esos recuerdos la hicieron lagrimear y para que no la vieran empezó a caminar por los alrededores, llegando, sin darse cuenta, a los fondos de la casa. Había un banco de piedra y María se sentó sobre él a llorar su desconsuelo.

Una voz la sobresaltó.

—¿Se siente mal? —era la mujer argentina, madre del niño manco, que ayudaba a Felicia en ocasiones.

Se limpió las lágrimas y la enfrentó:

—Solo un poco desmoralizada —se sonó la nariz, roja a causa del frío y del llanto.

—Pero la niña va a mejorar —confió Naiquen pensando en que su hijo estaba peor, sin un brazo.

—Supongo que sí...

—Tenga fe, solo hace falta tiempo, es muy reciente el tratamiento. —

Naiquen se había sentado a su lado.

—Lo sé... no es solo eso. —De pronto necesitó contarle lo que le ocurría—. Es que mi marido... —le daba vergüenza confesar sus dolores a una extraña, pero no tenía a nadie más— desde que descubrimos que Felicia no está del todo bien... está enojado.

Naiquen suspiró. No conocía al esposo de la señora, solo lo había divisado a la distancia.

—A muchos padres les cuesta admitir que sus hijos tienen alguna limitación —bajó la cabeza y se miró las manos—, a mí todavía me cuesta ver a mi pequeño sin un brazo.

—Lo siento... eso debe haber sido terrible.

—Lo fue —la morena clavó en ella sus ojos negros—, fue espantoso.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —De inmediato se arrepintió por remover esos recuerdos en ella—. ¡Oh, lo siento!

—Está bien —murmuró Naiquen—, es algo que forma parte del pasado, todos los días intento dejarlo atrás y tal vez la mejor manera sea haciéndole frente.

—No tiene que contarme...

—Los niños salían de la escuela, allá, en Buenos Aires... Hubo un ataque, un tiroteo por parte de un grupo de militares... —al oír aquello María sintió que la piel le temblaba—. No sé sabe bien qué pasó, pero mi hijo terminó con su bracito amputado.

María se llevó las manos a la boca.

—¿Los militares dice?

—Sí... allá las cosas no están muy bien con los uniformados a cargo —opinó sin saber quién era esa mujer.

—¡Ah! —no pudo decir otra cosa.

—Pero todo eso quedó atrás... ahora debemos mirar hacia el futuro, y nuestros hijos son el futuro. Confíe en que Felicia estará bien. Debe ser

perseverante.

—Gracias, Naiquen, es usted muy amable conmigo.

—Téngale paciencia a su esposo, seguramente él sufre por todo lo que ocurre y no sabe cómo expresarlo.

María volvió hacia donde se desarrollaba la terapia y observó a Felicia montada en el caballo, con su ayudante sosteniéndola. Caminando al lado iba el niño sin brazo, conversando con Alain. Sintió que se le encogía el pecho y agradeció que al menos su pequeña estaba entera y no se babeaba como los demás jinetes.

Después María se dirigió al auto y para sorpresa de Lito se sentó a su lado.

—Estuve hablando con la mujer argentina, ¿te acordás de que te conté sobre ella?

—Sí, algo me dijiste —respondió él sin mayor interés, que solo esperaba que se cumpliera el horario para irse.

—Es la madre del chico sin brazo —prosiguió—, dice que su hijo sufrió un atentado en Buenos Aires, a la salida de la escuela —hizo una pausa, tenía miedo de lo que iba a decir, y más aun de la respuesta—, por parte de los militares.

Algo en la mente de Lito activó una alarma. Lo que su esposa le decía le resultaba familiar. Escuela, atentado, mujer argentina, niños heridos... no podía ser tanta casualidad.

Sintió el calor subiendo por su cuerpo y que el aire se le escapaba. Abrió la puerta del vehículo y salió al frío de la tarde.

María lo imitó, preocupada por su rostro contraído y su respiración agitada.

—¿Cómo se llama esa mujer? —atinó a preguntar Napolitano.

La esposa, sin comprender el porqué de la pregunta en ese momento delicado, respondió:

—Naiquen.

El semblante de Lito se tornó lívido y sus mandíbulas de piedra. Los ojos

parecían inyectados en sangre, María sintió miedo. En un segundo su marido estaba tendido en el suelo, desmayado.

—¡Auxilio! —gritó arrodillándose a su lado mientras lo sacudía y trataba de verificar si estaba con vida—. ¡Auxilio, por favor! —repitió.

Sus gritos fueron escuchados por Naiquen quien corrió en busca de Lucien. Enseguida este estaba a su lado y cargaba en sus brazos el cuerpo inerte de Napolitano.

Se armó un revuelo y la terapia se vio interrumpida. La presencia de Janelle fue requerida, era la única que tenía conocimientos médicos; esta informó que Lito se había descompensado.

Napolitano despertó y se descubrió acostado en una cama que no era la suya. A su lado María sollozaba en silencio mientras la pequeña Felicia disfrutaba de la compañía de los niños de la casa.

Mathieu ya había mandado llamar a un doctor a la ciudad, recomendó que el hombre hiciera reposo.

—¿Cómo estás? —preguntó su mujer.

Lito miró a su alrededor y recordó lo ocurrido. Frunció el ceño e hizo ademán de levantarse pero en ese instante la puerta se abrió e ingresó Mathieu en compañía del médico.

Pese a su resistencia, porque Lito jamás demostraba sus debilidades, tuvo que dejarse revisar.

—¿Ocurrió algo en especial? ¿Un disgusto? ¿Sintió algún dolor? —inquirió el profesional, a lo cual Napolitano negó.

—Ya estoy bien, doctor, tengo que volver a la ciudad —atinó a salir de la cama.

—No es conveniente, señor —dijo el médico—. No puede salir a la ruta en ese estado, su presión aún no está del todo normal.

—Pero...

—Nada de peros —cortó—, ya está anocheciendo, seguramente el señor

Mathieu no tendrá inconveniente en que pasen aquí la noche.

—Por supuesto que no —terció el aludido—, aquí estará atendido y mañana podrá partir.

—Le recomiendo que se realice un chequeo general, señor Napolitano.

Cuando la comitiva abandonó la habitación, Lito quedó echando chispas. María no sabía qué decir para contenerlo ni tampoco qué lo había llevado a ese estado de nervios. Recordó las últimas palabras antes de su desmayo y juzgó que tal vez se había conmovido por el relato del niño sin brazo. No debería habérselo contado. Lito parecía insensible pero cuando de chicos se trataba... tenía un gran corazón.

—Lito... —comenzó— ¿qué te pasa?

Pero Lito estaba furibundo, no quería hablar con ella. Su mente aún no asimilaba que lo que tanto había buscado estaba al alcance de su mano, detrás de esa puerta de roble, al otro lado de la pared. Esa mujer, la que le había robado la infancia, la que se había quedado con la fortuna de su familia y lo había dejado sin padre, estaba allí. Nada era casualidad, el destino quería que él cumpliera su venganza.

Ese sitio al que había llegado sin querer y sin confiar era el lugar exacto al que debía llegar. Naiquen Battistelli estaba ahí, ella y su deforme descendencia.

Ante la sorpresa de María empezó a reír, primero suavemente, luego a carcajadas. Su esposa creyó que estaba enloqueciendo y se puso de pie, acercándose al lecho con ojos desorbitados.

—¿De qué te reís?

Pero él no respondía, no salía de su trance. En su mente ideaba el plan, tenía a su presa, debía matarla. Pero tenía que hallar el momento, buscar la ocasión, no sería fácil con tanta gente dando vueltas. Pensó en su arma oculta en el baúl del auto, debía ir por ella, hacerse de la pistola y tenerla consigo. Así como había rechazado al inicio tomar el alojamiento que le habían

ofrecido, ahora iba a aprovechar esa oportunidad. Buscaría la manera de demorar su partida, fingiría malestar o invocaría a la tormenta para que anegara los caminos con lluvias y nieves.

—Lito... ¿estás bien? —María temía que su esposo cayera en la locura, que comenzara a desvariar. ¿Qué haría ella? Con un marido inútil y una niña con discapacidad... Tenía miedo.

El marido volvió en sí y la miró. Sus ojos estaban fríos, ya no navegaban en aguas descontroladas, lo cual la tranquilizó en parte.

—Estoy bien, mujer, estoy bien —de inmediato recordó su plan—, solo un poco débil, tal vez sea mejor quedarnos aquí.

—Sí, sí —presurosa le tomó las manos, estaban tibias, buena señal—. Nos quedaremos.

—Necesito que me hagas un favor.

—Lo que gustes.

—Andá al auto y traé un maletín que está en el baúl, al fondo, debajo de unas lonas. Hacerlo con cuidado.

Ella sabía que allí guardaba sus armas, conocía algunos de sus trucos. ¿Para qué querría un arma allí? Temió preguntar y prefirió continuar en la ignorancia, como siempre.

—Pero es de noche, está muy oscuro afuera.

—¿Ya están todos durmiendo?

—No, no cenamos aún, pero...

—Entonces andá —ordenó sin contemplación—. Y decile al francés que nos quedaremos.

María obedeció sin chistar y salió del cuarto en silencio. Luego de conversar con Naiquen, que estaba preocupada por ella y por su esposo, inventó una excusa para ir hasta el auto. Mathieu se ofreció a acompañarla y no pudo evitarlo.

—Pueden quedarse aquí el tiempo que sea —dijo sin percatarse que ella

comprendía poco y nada de lo que le decía.

Después de cenar, la familia en el comedor y el convaleciente huésped en el cuarto junto a su mujer, todos se acostaron a descansar.

Lito ocultó el arma debajo del colchón, debía tenerla a mano para cuando encontrase la ocasión. “*Mañana será un gran día*”, pensó. Los observaría, calcularía sus rutinas, esperaría con paciencia el momento exacto, y cuando menos lo esperaran, cuando no lo vieran venir, le caería encima a Naiquen Battistelli.



CAPÍTULO 58

“La violencia es siempre un acto de debilidad Y generalmente la operan quienes se sienten perdidos.”

PAUL VALÉRY

Luego de la descompensación de Lito Napolitano, Lucien sintió que tenía la casa llena de gente, algo a lo que no estaba habituado.

Por fortuna Alain estaba en calma, sus arranques de enojo ya no eran tan frecuentes, y pasaba gran parte del día junto a los niños de Naiquen.

Tenía que resolver su problema, a ella se le había vencido ampliamente el visado de tres meses y su situación era precaria. No deseaba que tuviera inconvenientes por ello, tendría que movilizar algunos contactos en ciertas cúpulas para que se soslayara la cuestión. Entre tantas cosas el tiempo había transcurrido y Naiquen no había salido del país dentro del plazo para poder continuar en regla, aunque fuera momentáneamente.

Antes de acostarse Mathieu verificó que todos estuvieran en sus dormitorios y con las luces apagadas.

Luego entró sigiloso en la habitación de Naiquen, no quería despertarla, pero si estaba dormida al menos le daría un beso de buenas noches. “*Me estoy poniendo viejo y sentimental*”, reflexionó, y una sonrisa desnudó sus dientes.

Pero ella estaba despierta y ni bien lo escuchó se sentó sobre la cama y encendió la luz. Se miraron en silencio. Naiquen no supo qué hacer, todavía

le daba vergüenza su proximidad pese a que habían mantenido intimidad suficiente.

Lucien se acercó al lecho y le sonrió.

—Quería saludarte —de pronto se sentía como un adolescente, la sangre se le alteraba y más que saludarla quería meterse en su cama—. Naiquen, debemos regularizar tu situación —dijo de pronto.

Ella lo miró con intriga.

—Me refiero a tus papeles, bien sabes que tu visado está vencido.

—Lo sé —respondió asustada—, ¿me echarán? —desconocía los pormenores.

—No debes preocuparte por eso —se sentó en el borde de la cama y sintió el calor que emanaba el cuerpo de la mujer—, me ocuparé.

—¿Qué significa eso? Porque pasaron los tres meses y... —los ojos negros desnudaban su angustia.

—Estuve pensando que lo mejor será que nos casemos. —Ella abrió la boca para replicar y volvió a cerrarla—. Sí, no es una locura, será la mejor solución. —Y antes de que ella comenzara con sus cuestionamientos sobre los sentimientos añadió—: Ya sé lo que me dirás, sobre el amor y todo eso que tanto te preocupa. —Ante sus palabras que minimizaban algo que para Naiquen era tan importante ella lo interrumpió:

—No me preocupa el amor, ya sé que tú no lo sientes, pero quédate tranquilo que yo tampoco. Solo será un matrimonio por conveniencia. —Lo dijo con despecho y en un chapuceo entre francés y castellano, pero él comprendió a la perfección. Y en vez de ofenderse comenzó a reír, alterando aún más a la mujer—. No sé qué te causa tanta gracia.

—Tú me causas gracia, Naiquen... —Ella bajó la mirada y contó hasta diez. No deseaba volver a discutir con él, estaba cansada—. Entonces ¿te casarás conmigo?

—Lo voy a pensar —contestó con altivez, aunque sabía la respuesta.

—Tal vez pueda convencerte esta noche. —Sin darle tiempo a protestar se puso de pie y comenzó a sacarse la ropa.

Ella desvió la mirada, su cuerpo enorme, desnudo, seguía intimidándola. Pese a ello se hizo a un lado para hacerle espacio en la cama y se dejó abrazar.

Lucien no perdió el tiempo y le hizo el amor con pasión. Cada día que pasaba disfrutaba más a su lado, se reconocía un hombre nuevo junto a la piel de Naiquen. Ella se sumó a esa fiesta de besos y caricias donde ambos dejaron atrás todas las preocupaciones y temores de la jornada pasada.

Antes de dormirse él dijo:

—Tendremos que casarnos pronto Naiquen, esta cama es muy pequeña para los dos. —Ella rio ante su ocurrencia de último momento. Al rato ambos soñaban, uno en brazos del otro.

Por la mañana Lucien abandonó el cuarto antes de que el sol descubriera el desliz; hasta tanto no se celebrara la boda no quería exponerla y menos habiendo extraños en la casa.

De camino al comedor para desayunar se descubrió un hombre dichoso. La argentina y la presencia de Alain habían cambiado su vida. Ya no le importaba saber si era o no su hijo. Poco a poco el rencor por las antiguas traiciones iba cediendo espacio a un estado nuevo, desconocido para él. Un estado de tranquilidad, de una paz renacida.

Lentamente la casa comenzó a despertar y uno a uno fueron apareciendo los integrantes de esa familia ensamblada.

María Napolitano también hizo su aparición, cargaba en brazos a la niña llorosa.

Naiquen pudo adivinar que la madre no había tenido una buena noche, sus ojeras llegaban hasta las mejillas y tenía los ojos desorbitados.

—No pude dormir bien —se excusó ante su mirada de pena—. La niña está muy inquieta, ya no sé qué hacer con ella. Para peor mi marido... —

ahogó sus palabras. No debía decir que Lito se enfurecía si no lo dejaban dormir. En su casa, cuando la pequeña lloraba, María se iba a otro cuarto, pero allí no tenía a dónde escaparse.

—Si le parece yo puedo encargarme de ella —ofreció Naiquen—, y usted podrá descansar un rato.

—No lo creo... mi esposo me necesita —Naiquen se compadeció, esa mujer no tenía identidad propia, todo lo hacía por él, que más que un compañero parecía un jefe intolerante y violento.

—A su esposo puede atenderlo Lulú. —Sin darse cuenta estaba tomando decisiones como si fuera la señora de la casa, lo cual también advirtió Lucien con complacencia.

—No lo sé... él es una persona algo especial...

—Lulú sabe como encargarse —terció Lucien—, usted debe estar bien para su hija, hágale caso a Naiquen y recuéstese un rato en otro cuarto.

Sin más llamó a Lulú para que la guiara. Al quedar solos en el comedor dijo:

—Me agrada que tomes decisiones.

—Lo siento, yo...

—Te estoy diciendo que me agrada —extendió su mano y la atrajo hacia él— dentro de poco serás mi esposa.

Se besaron aprovechando la calma y antes de que ella se fuera a buscar a los niños él le dio una palmada en las nalgas que la hizo sonrojar.

Lulú tuvo que soportar durante toda la mañana las directivas del insoportable huésped mientras que Naiquen se encargaba de Felicia, quien en su presencia se portaba de maravillas y hasta había dado unos pasos sin caerse.

Al mediodía el invitado quiso levantarse, ya era hora de dejar de fingir malestar y estudiar los movimientos de la casa. Había resuelto quedarse un día más para poder cumplir su plan, solo le restaba elucubrar la manera de

salir impune. Para ello debía observar las rutinas de Naiquen. No veía la hora de meterle una bala entre ceja y ceja no sin antes informarle quién era él. Se regocijaba al imaginar la cara de espanto que ella pondría cuando le dijera que había sido él quien había dejado lisiado a su hijo. ¿Los mataría a ellos también? Tal vez la mejor venganza fuera quitarles la madre, que sufrieran lo mismo que él había padecido de pequeño. Y para ellos sería peor, lejos de su país y con gente extraña.

Sonrió mientras salía del cuarto y caminaba hacia el comedor simulando debilidad.

Allí encontró a su esposa con mejor cara. Tenía a Felicia en sus brazos y le cantaba.

—¡Lito! —dijo su mujer al verlo de pie—. ¿Estás mejor?

—Sí, estoy bien aunque algo endeble todavía. —Se sentó a su lado espiando a su alrededor.

—Tengo una excelente noticia —la sonrisa de María abarcaba toda su boca—. Felicia dio unos cuantos pasos sin caerse.

—¡En buena hora! —Lo dijo con reproche más que con alegría.

—La señora Naiquen se estuvo ocupando de ella —al oír su nombre la vista comenzó a nublársele otra vez—, la ayudó a ponerse en pie, la sostuvo y cuando la sintió firme la dejó solita. —María siguió contándole las proezas de la pequeña, mezclando palabras tales como “equinoterapia”, “caballos”, “Janelle”...

Pero Lito ya no la escuchaba. Su mente era un remolino de ideas y sentimientos confusos. La mujer que tanto odiaba estaba ayudando a su hija a caminar. Eso estaba mal, eso no debía suceder. Él no podía deberle nada a esa delincuente, a esa subversiva.

—¿Lito? —interrumpió María al descubrir su mirada perdida.

—Te estoy oyendo —replicó de mal modo.

Ella se hizo la tonta, como siempre y ofreció:

—¿Querés verla?

Lito asintió en silencio y María se puso de pie. Apoyó a la pequeña en el suelo como había visto hacer a Naiquen, pero Felicia se desplomó. Volvió a intentar, nerviosa y sudando, con el mismo resultado.

Napolitano resopló e iba a decir algo cuando Naiquen entró junto con su niño lisiado. Al ver la escena sintió pena por María, adivinó que bajo la mirada de sumisión había algo mucho más profundo que ella identificó como terror.

Ante tantos intentos frustrados, Felicia empezó a llorar y Lito se impacientó.

—¿Me permiten? —ofreció mientras se quitaba el abrigo.

El hombre la miró a la cara y la ira empezó a ocuparlo todo, pero tuvo que sofrenarla, no debía exponerse. Esa mujer era un monstruo para él, no podía permitir que tocara a su hija... aunque su hija era de su misma especie, producto de unos subversivos como ella. La cabeza le daba vueltas, sentía que se volvía loco.

Mientras tanto María, deseosa por demostrar que la niña podía caminar como cualquier criatura, asintió.

Naiquen la tomó en sus brazos y con palabras dulces y besos logró tranquilizarla bajo la mirada triste de la madre que se sabía incapaz de obtener resultados. Furibundo, Lito luchaba por disimular su malestar.

En cuestión de segundos Felicia estaba caminando, con su cuerpito rollizo y vacilante, pero caminando al fin.

—¿Cómo lo logra? —preguntó María, sintiéndose derrotada.

—Con paciencia, con tranquilidad —y bajando la voz para que Napolitano no escuchara—, ella presiente que usted se pone muy nerviosa, los chicos son muy sensibles.

—Gracias, Naiquen, lo intentaré.

—¿Necesitan algo? —los miró a ambos y notó la mirada irascible de ese

hombre que la desnudaba con los ojos. Se sintió incómoda, un escalofrío la recorrió por entero.

No se había detenido en él antes pero en ese instante supo que algo andaba mal. Ese hombre era una amenaza, todo su ser se lo decía a gritos.

María volvió a agradecer, liberándola, y Naiquen huyó de allí mientras Mauro se agachaba a jugar con la niña que le estiraba los brazos.

Lito no aguantó más y se puso de pie. Daría una vuelta por los alrededores pese a que su mujer quiso desalentarlo a causa del frío. Debía prepararse para simular durante el almuerzo, quería conocer las rutinas de la mujer para hallar el momento exacto del ataque.

La comida fue incómoda, Napolitano desaprobaba que la servidumbre comiera con la familia pero se cuidó de decirlo abiertamente. Lucien estuvo a punto de levantarse de la mesa, hizo el esfuerzo por los chicos, ajenos a la tirantez reinante.

Deseaba que ese hombre se recuperara rápidamente para que se marchase, aún si abandonaba la terapia. Apartados del resto Naiquen le había comentado que no le gustaba su mirada y se dispuso a prestarle más atención a su visitante. La mujer era una pobre diabla, eso se notaba a la legua, pero él... ocultaba algo.

Napolitano fingió una nueva descompensación para no tener que irse ese día y se retiró a descansar. María, presta siempre a servirlo, ofició de guardiana de sus sueños, dejando a Felicia al cuidado de Naiquen, no tanto porque quisiera estar sola con su esposo, lo cual la disgustaba cada día más, sino porque sabía que la mujer se ocuparía de hacerla caminar fortaleciendo sus piernas.

Y así fue. Cuando Lito y María volvieron a aparecer en el salón, la niña daba pasos como cualquier criatura de su edad. Jugaba y reía con los jovencitos de la casa, a quienes la violenta tormenta había alejado de Tornado.

Esa escena tan bonita y familiar sensibilizó a María cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Lito por su parte tuvo sentimientos encontrados: su hija caminaba gracias a esa mujer. Esa mujer por la cual había cruzado el continente para cumplir una venganza. Para dejar atrás el pasado y reivindicar su niñez.

—¿Se siente mejor? —Mathieu lo sorprendió con la pregunta.

—Algo mareado —fingió cansancio—, le prometo que mañana mismo me iré. —En contra de cualquier norma de hospitalidad Lucien no lo invitó a quedarse más tiempo—. Deberé ver, un médico en la ciudad —dijo por decir algo, se sentía desconcertado y urgido por solucionar el tema.

El militar se sentó en el sillón y aceptó el té que Lulú le ofreció. Tenía que ser esa noche, esa misma noche debía ocuparse de la mujer... ¿pero cómo hacerlo? No podía entrar en su habitación y dispararle sin más, no podía quedar expuesto. Además le hubiera gustado verla sufrir, extrañaba sus días en los centros de detención donde podía liberar todo su odio mediante las torturas. Allí en cambio el final debía ser rápido, lo más silencioso posible. Su mente elucubraba, pensaba, ordenaba, pero no hallaba lo que buscaba.

Un rayo que irrumpió en la aparente armonía de la sala sobresaltó a todos. Y así como el fulgor iluminó la tarde una luz se esparció por su cerebro y divisó la escena. No habría sangre, mal que le pesara, pero sí sería una muerte lenta. Vería sus ojos al momento del espanto y le susurraría al oído quién era él. Una sonrisa de regocijo se expandió por su rostro y María lo premió con la mirada creyendo que su repentina felicidad se debía a los progresos de la niña.

Tal vez su marido cambiara, pensó la mujer, tal vez no todo estaba perdido.

—Quiero agradecer su hospitalidad, señor Mathieu —dijo Lito—, prometo que ni bien me reponga del todo tendrá noticias mías.

—No hace falta, Napolitano —omitió adrede el “señor”—, con permiso,

tengo asuntos que atender. —De camino al escritorio pidió a Lulú que sirviera la cena temprano, deseaba cuanto antes despedir a esa visita inesperada que con su presencia quebraba la paz familiar.

La noche llegó, inevitablemente, y con ella la oscuridad y los planes macabros que se gestaban en las mentes siniestras.

Los chicos pidieron dormir todos juntos, la tormenta invitaba a las charlas íntimas y a los juegos nocturnos. Era sábado, no había motivo para madrugar al día siguiente, y Lucien aceptó.

Esa hermandad que había nacido entre ellos lo enorgullecía y colmaba de esperanzas. Alain distanciaba cada vez más sus reproches y Mauro sonreía como cualquier jovencito de su edad. Escuchar sus risas y sus gritos de alegría mientras jugaban afuera o corrían carreras era algo nuevo para un hombre como él, tan lejano al afecto y la diversión. Solo faltaba que Alain y él pudieran demostrarse el cariño que crecía día a día entre ellos.

Lucien fue el último en acostarse luego de verificar que todas las luces estuvieran apagadas y las fallebas de las ventanas bien cerradas. Afuera el viento arreciaba doblando árboles y soplando fuerte; era una noche para dormir abrazado al cuerpo de la mujer deseada.



CAPÍTULO 59

París, frío y nieve. La camionetita alquilada escupió en el hall del anciano edificio los muebles usados recién comprados. Wenceslao le pagó al fletero y miró hacia arriba: la escalera empinada y angosta presagiaba una mudanza difícil. A su lado Libertad daba saltitos para evitar congelarse.

No eran demasiadas cosas, el departamento ya estaba a medio armar, pero necesitarían unos cuantos viajes para subir la ropa y en especial los libros que Wen había ido adquiriendo a los buquinistas. En sus momentos de soledad se le había hecho costumbre caminar por las márgenes del Sena, donde los vendedores de libros antiguos exhibían sus reliquias. Le gustaba en especial la orilla derecha del puente Marie, que solía recorrer al menos una vez a la semana, deteniéndose en cada puesto, conversando, preguntando, siempre comprando, hasta terminar en el Museo del Louvre.

El río Sena se describe como el único río del mundo que se extiende entre dos filas de estanterías y puestos de venta.

—En marcha, mi amor —dijo Libertad, ansiosa como toda mujer por acomodar su nuevo hogar.

Y así comenzaron a subir bultos y paquetes hasta que la vereda quedó vacía y ellos exhaustos.

Habían conseguido yerba y uno de los conocidos de Wen les había regalado un mate artesanal que había traído de la Argentina. Pequeños gestos que imitaban regalos de boda.

Milagros se había ofrecido a ayudar pero ellos habían rechazado dado que

cursaba recién dos meses de embarazo y no deseaban poner en riesgo al bebé. Gustave por su parte se había ocupado junto con Wen de pintar todo antes de la mudanza y la pareja lo había relevado de colaborar ese día, bastantes jornadas de trabajo había resignado ya.

Con la felicidad recién estrenada prepararon el mate y se sentaron a compartir la bebida de su patria sobre la cama sin armar. Atrás quedaban los días de huída y escondites, de sospechas y traiciones. Atrás quedaba también la familia, los amigos, los ideales y la esperanza de un país mejor. Soñaban con volver a una Argentina distinta, sin fracturas, sin miedos, sin censuras. Soñaban con elegir libremente qué leer y qué escuchar, dónde y con quién reunirse. Soñaban.

La noche les vino encima y con ella el amor en forma de abrazos y caricias sin sexo; estaban cansados.

Al día siguiente la luz de la mañana les mostró un nuevo hogar con cortinas blancas cosidas por las manos aladas de Libertad y toallas bordadas por Milagros para animar a los “recién casados” como solía decirles.

—Quisiera visitar a Naiquen —dijo Libertad después del desayuno—, preguntemos a Gustave si es posible.

—De acuerdo. Deberían tener un teléfono para poder comunicarse, ¿no te parece?

—Pero no lo tienen, ya sabés que no todo el mundo puede conseguirlo. Y ellos están en el campo. Quiero comprobar que están bien, como dice en su carta.

—Pronto lo sabremos —dijo Wen preparándose para partir a su trabajo—. ¿Vas a la florería?

—Por supuesto... hasta que encuentre algún otro empleo debo ir, por poco que sea lo que gano, siempre sirve.

—¡Claro que sirve, mi amor! —El muchacho la abrazó y besó—. No tengo ganas de dejarte —susurró sobre su oreja.

—Yo tampoco quiero que te vayas, Wen —dijo a punto de desfallecer entre sus brazos—, pero debemos trabajar o nos comerán las pulgas.

Rieron y luego de un último abrazo, él se fue.

Al mediodía Libertad interrumpió su jornada laboral y caminó hasta su antigua morada. Milagros la recibió feliz, la extrañaba. Su vientre apenas se evidenciaba pero ella ya sentía la vida acariciándola por dentro y esa sensación de felicidad se trasladaba a todo su rostro.

—Quisiera que me viera mamá... —pensó en voz alta y sus ojos se perlaron—. Y papá... se pondría tan feliz de verme con un niño en brazos...

—Libertad la abrazó.

—Yo también extraño... a veces siento que se olvidaron de nosotros.

—¡No digas eso! —reprendió Milagros.

—Lo sé, soy ingrata por pensarlo, sé que por seguridad no pueden contactarnos, pero a veces...

—Para ellos tampoco debe ser fácil. ¡No saben nada sobre nuestras vidas! Ni siquiera saben si Wenceslao llegó a encontrarnos.

—¡Qué triste es todo! —se lamentó Libertad mientras preparaba la mesa para almorzar.

Comieron un exquisito *ragout de mouton* para alejar el frío y engordar un poco a la madre que a causa de algunas descomposturas había adelgazado.

—Con Wen tenemos ganas de tomarnos un fin de semana para ir a ver a Naiquen.

—¡Es buena idea!

—¿Vos creés que podemos viajar sin avisar?

—Lo comentaré con Gustave... no creo que haya inconveniente. No conozco a ese pariente lejano suyo...

—Estoy extrañando demasiado —murmuró Libertad, avergonzada de ello.

—Es normal... tu búsqueda ya terminó y ahora que pasó todo lo feo de los primeros tiempos, empezás a sentir el desarraigo —Milagros estiró la mano y

la acarició—, es normal, sé de lo que hablo. Tené fe que pasará, esto también pasará.

Toda esa tarde Libertad la pasó ensimismada. Tal vez Milagros tenía razón, ahora que las aguas estaban calmas y ella había hallado la paz con Wenceslao comenzaba a sentir la carencia de todo lo demás.

Recordó los últimos tiempos en la Argentina cuando ni siquiera paraba en su casa, sus ausencias sin dar demasiadas explicaciones, su escapadas con Wen, escondidos pero siempre juntos. Pensó en lo injusta que había sido con sus padres, a quienes poco tiempo les había dedicado, pensando en ella y en su amor. Ellos habían permanecido firmes como suelen hacer los padres, sin reprocharle nada, sin negarle nada. Aguantando, entendiendo, permitiendo que hiciera honor a su nombre. Pensó en su hermano, siempre solo, sin una mujer que acompañara sus pasos, dedicado por entero a salvar vidas ajenas. Nehuén era un gran hombre, pero un hombre solitario. Tampoco a él le había dedicado el tiempo suficiente, tampoco le había regalado su presencia ni sus confesiones, solo encerrada en ella y en su pareja.

Una lágrima impertinente se congeló en su mejilla. Había sido egoísta. ¿Todos los hijos eran así? ¿O solo ella? ¿O los de su generación? Porque Wen había vivido de la misma forma y también sus compañeros militantes. Se recriminó por su comportamiento pasado, ya nada podía hacer. Recordó el rostro de sus padres, la palabra siempre justa de Santiago, la fortaleza de Lihuén, evocó su amor intacto pese a los avatares de la vida, a los contratiempos que habían sufrido de jóvenes. Eran un ejemplo a seguir.

Quiso estar con ellos, con su familia, con sus padres y sus abuelos. Añoraba las comidas de los domingos, los antiguos asados, las charlas de sobremesa, los fideos caseros de la abuela Aime... Hasta el mate tenía otro sabor allá, tal vez fuera el agua, tal vez la nostalgia.

Pensó en escribirles, en contarles que pese a extrañarlos estaban bien, que soñaba con regresar a la querida Argentina y darles un fuerte abrazo. Sabía

que era un riesgo, que no podía exponerlos, y de pronto una duda comenzó a tomar forma en su cabeza, formas horribles con sabor a miedo: ¿y si les había ocurrido algo? ¿Y si entre el viaje de Wenceslao y el presente los habían detenido? ¿Torturado buscando información? Ese no saber y ese no poder preguntar la angustiaban demasiado. ¿Qué hacer?

La noche llegó, inexorablemente, y Libertad volvió a su nuevo hogar opacada por la preocupación. Wenceslao la recibió en sus brazos, la consoló durante el tiempo que pudo hasta que ambos terminaron llorando. Lloraban la pérdida de su pasado, de su identidad, de sus familias y amigos, de todo aquello que alguna vez les fuera seguro y que ya no tenían. Solo se tenían a ellos mismos. ¿Alcanzaba?



CAPÍTULO 60

Los aullidos del viento perturbaban el sueño de Naiquen aunque sentía detrás el cuerpo seguro de Lucien. No estaba de acuerdo con amanecer juntos y que todos lo vieran salir de su habitación pero cada vez le era más difícil echarlo de su lecho. Disfrutaba de su compañía, de las charlas que surgían noche a noche después del amor, en las cuales descubría a un hombre nuevo.

Él por su parte sentía que esa mujer estaba calando hondo en su ser y planeaba apurar los preparativos de la boda, así no tenía que andar convenciéndola para que no lo arrojase de su cama cuando aún no había salido el sol.

Mathieu dormía plácidamente a su espalda, encerrándola con sus brazos fuertes, aprisionándola como si ella fuera a escapar en medio de la madrugada. Naiquen disfrutaba del contacto de su piel desnuda y caliente en esa noche fría. A su lado Lucien se encendía y conservaba el fuego intacto hasta despertar. Sentía la respiración acompasada y profunda de quien duerme en paz. Olía su perfume a madera y menta, y se excitaba al recordar lo que habían hecho la víspera. Él era cada vez más osado y ella no se quedaba atrás.

Todo parecía encarrilarse hacia la comodidad, las certezas y la seguridad. Por mucho que seguía doliéndole la discapacidad de su hijo tenía que aceptar que el brazo no le crecería y que sería un lisiado de por vida. Aunque todavía tenía esperanzas de volver a Argentina alguna vez. ¿Qué diría su prima al verla llegar con un francés? Una sonrisa se le dibujó en la boca y pensó que

estaba fantaseando demasiado.

Un ruido proveniente del exterior interrumpió sus pensamientos, su cuerpo se tensó y aguardó. Pero nada extraño ocurrió, la casa entera dormía; afuera el viento arreciaba y los árboles se quejaban al ser mecidos con violencia. Algún que otro chirrido y el arrastre de objetos imprecisos eran la melodía del momento.

Lucien debió notar su inquietud porque la apretó más y le susurró por detrás de la oreja:

—Duérmete ya, es solo la tormenta.

Ella asintió y acarició el brazo protector que se ceñía a su cintura, luego de un buen rato de reflexionar finalmente se durmió.

Unos metros más allá, en otra habitación cercana, un hombre abandonaba la cama intentando no hacer ruido. La mujer y la niña que dormían en el cuarto ni siquiera notaron la puerta que se cerraba, sonido que fue acallado por los gritos del viento fustigando postigos y plantas.

Lito avanzó por el pasillo a oscuras pero con los ojos bien abiertos a la noche que invadía todo. Se había tomado el trabajo de contar la cantidad de pasos que debía dar hasta la puerta de Naiquen; no quería encender las luces.

Ahogaría a la mujer en su propia cama, sabía cómo hacerlo sin dejar marcas y que pareciera un accidente, un paro de su atormentado corazón. Lamentaba no poder hacerla sufrir en exceso, le hubiera gustado oírla implorar y gritar de dolor. Pero los tiempos se le acortaban y no podía arriesgarse. Debía irse al día siguiente, si postergaba su venganza seguramente cuando volviera le sería imposible matar a esa desgraciada. Tenía que ser esa noche y de esa insulsa manera.

Por si acaso llevaba la pistola en su sobaquera, estaba decidido a jugarse todo por todo en caso de ser necesario. Aunque no creía que nada fuera de lo previsto ocurriera. La infeliz estaría durmiendo, él ingresaría, sigiloso, y la ahogaría con su propia almohada. Pero antes le diría quién era. Ella tenía que

saber que estaba pagando el pecado de su padre.

Caminó descalzo por el pasillo y cuando los pasos llegaron al número indicado tomó el picaporte. Lo presionó conteniendo la respiración, estaba tan ansioso y excitado que temía que su corazón galopante lo delatara. Su cabeza latía, afuera, el viento azotaba.

Logró abrir sin hacer ruido y cerró de igual manera. Las hendiduras de la ventana permitían apenas el ingreso de tibios rayos de luz de luna y pudo distinguir la cama y la figura.

Al divisar la silueta sintió una excitación desconocida, ni siquiera cuando estaba con una mujer hermosa llegaba a ese estado previo al clímax. Respiró profundo, le sudaban las manos y sentía el pecho agitado.

Avanzó unos pasos y extendió los brazos. Imaginaba su cuello delgado languideciendo entre sus dedos, pero sabía que era mejor ahogarla evitando el contacto. No podía dejar huellas, tenía que parecer producto de un paro del corazón.

Se acercó un poco más y cuando estaba por tocar la almohada la forma del lecho se movió y fueron dos. Fue un instante y la luz del velador estaba encendida.

Lucien Mathieu lo atravesaba con sus ojos fieros, más fieros que la noche misma, mientras saltaba de la cama para arrojarse contra su cuerpo. Lito fue más veloz y sacó su arma lanzándole un disparo que resonó en el casa como una bomba.

Naiquen gritó y se levantó, mientras la sangre tibia de su amante salpicaba sus piernas. Todo era un horror. Podía ver a los dos hombres trenzados en una lucha que se había vuelto pareja: uno herido de bala, el otro herido de edad.

Desde afuera se sentían puertas que se abrían y cerraban, voces airadas, ruidos, órdenes.

Quería ayudar pero estaba inmovilizada por el pánico. Ante sus ojos

asustados dos cuerpos giraban mientras se agredían e intentaban matarse. Lucien sangraba pero no lograba ver dónde estaba la herida, pero el líquido vital pincelaba a ambos hombres por igual. El arma había sido arrojada lejos, los dos trataban de alcanzarla y entre golpe y golpe lo lograron.

Un nuevo disparo retumbó en la noche y los dos cayeron desmadejados. La humanidad de Lito Napolitano aplastaba la de Lucien Mathieu. El silencio solo era interrumpido por el llanto de Naiquen que no atinaba a reaccionar.

Lulú abrió la puerta y sus ojos desorbitados se enfrentaron al dantesco cuadro.

—Ayúdame —ordenó sin miramientos dirigiéndose hacia donde estaban los caídos.

Primero tocó el cuello de su patrón para verificar que estuviera con vida. El otro poco le importaba.

—¡Está vivo! —Naiquen salió de su estado y se aproximó para ayudarla.

Entre las dos le sacaron el cuerpo inerte y sin vida de Napolitano en el momento exacto en que su esposa se asomaba al cuarto.

—¡Oh! ¿Qué le hicieron? —Corrió a su lado y se arrodilló junto a él. Lo acarició y cerró sus ojos que todavía estaban abiertos destilando el último odio de su vida—. ¿Qué pasó?

—Su marido quiso matarnos —dijo Naiquen con la voz entrecortada a la par que señalaba el arma que yacía a unos metros.

María la miró y comenzó a llorar. Era una de las pistolas de su esposo, estaba entre las cosas que le había llevado del auto. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo ¿qué clase de locura lo habría afectado para querer matar a las personas que estaban ayudando a su hijita? Nada tenía sentido. Y jamás lo tendría porque Lito Napolitano se había llevado su venganza y su secreto con la muerte.

—¡Hay que buscar un médico urgente! —pidió Lulú—. ¡Se nos va en sangre!

Las horas que siguieron fueron en medio de una nebulosa, Naiquen obraba por instinto pero sin razón. Hacía lo que le ordenaban, buscaba toallas, agua, alcohol, todo lo que Lulú mandaba.

Los niños se habían despertado con tanto alboroto y pasaban el tiempo mustio y sombrío sentados sobre los sillones, rezando en silencio los hermanos, maldiciendo Alain, ya que era la única forma que conocía para alejar los demonios que lo atormentaban. Se sentía lejos de Dios y del mundo espiritual. Cuando su vida parecía andar por carriles más normales ocurría aquella desgracia que amenazaba con dejarlo de nuevo sin familia. ¿Huérfano? No lo sabía. Se resistía a olvidar a Bernard como padre y en su lugar situar a Lucien, aunque este último era más digno de admiración que quien lo había criado.

El médico llegó cuando el sol ya estaba en lo alto y se abrió camino entre los policías que interrogaban a las mujeres.

—Hay que trasladarlo urgente —dijo el facultativo ni bien revisó al herido—, temo que tenga un traumatismo penetrante.

Las palabras sonaron atroces a las dos mujeres que lo escrutaban con ojos de miedo.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Naiquen, pero el médico estaba inclinado sobre el paciente y examinaba la lesión abdominal.

Mathieu lucía pálido, todavía estaba inconsciente, su pulso era débil. El doctor se bajó los anteojos y enfrentó a las damas:

—Hay que llevarlo ahora, no podemos esperar al servicio.

—¿Puede llevarlo usted? —rogó Naiquen ante lo cual el hombre respondió.

—No puedo hacerme cargo de algo así, imagine si ocurriera una desgracia en el camino... —se excusó.

—Pero... nosotras no sabemos conducir.

—Irá en el auto policial. —Y sin darles tiempo, el médico se dirigió hacia

donde los uniformados estaban interrogando a la viuda de Napolitano.

Momentos después Lucien era cargado en el asiento trasero del rodado oficial.

—Iré con él —informó Naiquen a Lulú—, quédate con los niños.

Se abrazaron en medio de la desolación y la más joven se introdujo en el auto que partió veloz hacia la ciudad.

El agente que los conducía colocó la sirena mientras se abría camino hacia la ruta. Sin consultar, seguramente había recibido órdenes del médico, condujo al herido al Centro Hospitalario Universitario, más conocido como CHU.

La antigua *maison* fundada en 1204 por el duque de Borgoña Eudes III para recoger niños abandonados y peregrinos había pasado a ser Hospital Nodre-Dame de la Charité primero y Hospital General después.

Con el correr de los años se había ido modernizando para recibir mayores tecnologías y numerosos servicios. En diciembre de 1954, el intendente de Dijon había posado la primera piedra del nuevo hospital en el barrio universitario de la ciudad, de ahí su nombre. Allí podrían atender con más calidad a Lucien Mathieu, herido de bala en el abdomen y en el hombro.

Naiquen no prestó atención al edificio e ingresó siguiendo a la camilla que llevaba a Lucien. Iba pálida y temblorosa. De pronto el miedo le trepaba por las piernas y amenazaba con hacerla caer. Ese miedo oscuro, preciso, que le impedía respirar con naturalidad. Pensar que Mathieu podría desaparecer de su vida de un día para el otro la sumía en el pánico, estado que ya conocía y al que no deseaba regresar.

Su vida parecía marcada por la desgracia como si estuviera signada por una maldición que le impedía estar en paz, dado que feliz, con un hijo lisiado, no sería nunca.

Los camilleros introdujeron al herido en una sala blanca y tan fría como la nieve que se descongelaba en las calles bajo el tibio sol del mediodía. Ella

quedó allí, de pie ante las puertas metálicas que la alejaban del hombre en quien había depositado parte de su corazón.

Permaneció un buen rato hasta que una enfermera la instó a moverse a juzgar por los gestos que le hacía, dado que Naiquen no comprendió sus palabras pronunciadas en un francés demasiado cerrado para sus oídos.

Otra camilla ingresó a ese más allá inexpugnable y Naiquen fue a sentarse sobre el banco más cercano, también blanco e impersonal.

Le temblaban las piernas, recién en ese momento advirtió que no estaba lo suficientemente abrigada. En el apuro y con los nervios a flor de piel no se le había ocurrido tomar algún abrigo, tampoco Lulú había tenido el tino de aconsejarla.

Las horas pasaron y nadie salía de la sala. Naiquen y su soledad desesperaban. Ni una cara amiga, ni una voz que la consolara. Ni siquiera palabras dichas en su idioma. No había nadie a quien llamar y tomó conciencia de la enormidad de su desarraigo.

Se levantó, tenía los miembros entumecidos, estuvo a punto de caer. Se le había dormido un pie que debió masajear. Cuando logró dar unos pasos buscó con los ojos desorbitados alguien que le diera información. Caminó por esos pasillos largos e indiferentes hasta dar con un mostrador. Como pudo explicó a la muchachita a quién buscaba y esta, demostrando solidaridad y haciendo un gran esfuerzo, primero para entenderla y luego para explicarle, le dijo que el señor Lucien Mathieu había sido intervenido.

La operación había demandado mucho tiempo dado que la bala estaba alojada cerca de los órganos sólidos, por lo cual los médicos habían tenido que obrar con suma cautela para no generar mayores daños. De momento estaba estable, solo restaba esperar que no se desencadenara una infección.

—¿Puedo verlo?

—Está aislado, *mademoiselle* —replicó la jovencita con gesto de desconsuelo.

Al ver el desánimo de Naiquen agregó:

—Vaya a su casa, mañana podrá visitarlo.

—Yo... —La argentina abrió los brazos y se mostró—, no tengo nada, fue todo tan rápido...

La recepcionista, conmovida, tomó un abrigo que había debajo del escritorio y se lo alcanzó.

—Tome, debe tener frío. —Naiquen se abrigó y le sonrió.

—Gracias, es usted muy amable.

Enseguida la muchachita tomó su cartera y buscó algo en ella. Le entregó unos billetes.

—Vaya a la cafetería y coma algo, el día se le hará largo, y la noche aún más.

—No... no puedo aceptarlo, gracias.

—Ya me lo devolverá —sonrió la francesita.

Naiquen tomó el dinero y le agradeció.

—Es usted un ángel, prometo que se lo devolveré.

Agotada caminó en busca de alimento. Tomó un chocolate bien caliente con unas galletas cuyo sabor no pudo precisar a causa de su malestar. Nada le importaba más que ver de nuevo en pie al hombre a quien se había entregado. ¿Lo amaba? Sí, con desesperación. El disparo le había hecho tomar conciencia de la magnitud de sus sentimientos. Él era la balsa a la que se había aferrado en ese mar embravecido e ignoto en que se había convertido su exilio.

Sin darse cuenta se había ido confiando a él, sabiendo que pese a su humor cambiante y su hermetismo emocional jamás los desampararía. Lucien Mathieu era un hombre de valores firmes, un hombre de palabra, alguien en quien se podía descansar, bajar la guardia, y ella lo había hecho. Al principio se había dejado llevar por la pasión que los brazos masculinos despertaban en ella, una pasión desconocida y a la vez inconscientemente anhelada. Después había

dejado de pensar en la razón de su desliz para convertirse en su amante con pretensiones de más. Siempre buscando un nombre, un rótulo a la relación que mantenían y que él se negaba a bautizar. Pese a ello se buscaban, eran dos polos opuestos atrayéndose, juntándose.

Naiquen conocía la fragilidad del cuerpo, la había padecido en la propia carne del hijo. Ahora era el hombre amado el que luchaba por su vida. Todo su ser se estremeció. Su cabeza se desplomó sobre la mesa y lloró.

No pudo precisar cuánto tiempo estuvo así hasta que sintió que alguien la llamaba, le tocaban el hombro con delicadeza y una voz familiar la volvía de ese más allá dónde todo era gris y desolado.

Era Janelle, de pie a su lado. Se abrazaron y luego de intercambiar novedades la jovencita le entregó un paquete con ropa limpia.

—Gracias —murmuró Naiquen.

—Deberás agradecer a Lulú.

Después fueron juntas hasta la sala de espera donde se sentaron a aguardar novedades. El parte médico sería en una hora, pero la espera ya no sería en soledad.



CAPÍTULO 61

Argentina, marzo 1979

Después de que se firmó el Acta de Montevideo en enero, la situación con Chile respecto del Canal de Beagle se había distendido y la posibilidad de una guerra estaba lejos.

Pero las fuerzas armadas estaban divididas, era el escenario propicio para una ofensiva.

—Los Montoneros planean nuevos ataques —dijo Santiago a su esposa mientras tomaban mate esa calurosa tarde.

—¿Es que nunca viviremos en paz?

—Parece que no. —Por su trabajo en el diario Santiago recibía la información de primera mano pese a que no todas las noticias se publicaban.

—Tengo miedo —murmuró Lihuén desconcertando a su esposo que la sabía una mujer valiente.

—Ya sé lo que te está rondando la cabeza —sus ojos verdes la acariciaron con ternura—, pero no iremos a Francia. Este es nuestro país.

Ella sonrió. Cuánto la conocía ese hombre de quien se había enamorado cuando aún era casi una niña.

—La extraño.

—Yo también. —No hacía falta nombrar a Libertad.

—¿Creés que pueda regresar?

—Sé que lo hará —dijo Santiago—, lo siento acá. —Se señaló el pecho. Lihuen estiró la mano y lo acarició. Después le tendió otro mate.

—El país está que hierve —continuó Santiago, quien siempre la mantenía informada de todo cuanto llegaba a sus oídos—. Los sindicalistas ya están hartos de inmovilidad, desde que este descalabro comenzó les bajaron a todos sus líderes, intervinieron los sindicatos y las obras sociales, además del congelamiento de los salarios.

—Que nos afecta a todos —opinó su mujer.

—Están planeando ir a la huelga.

—¡Pero si están prohibidas!

—Acordate de lo que te dije —sentenció; tenía frescas las últimas novedades.

—Es todo una bolsa de gatos —continuó él— hasta los mismos Montoneros se están peleando. Se quejan de que falta democracia interna.

—¡Democracia! —dijo con ironía Lihúén.

—Democracia... —había un dejo de nostalgia en la voz del esposo.

—No entiendo nada, Santiago... creo que no tenemos salvación.

—Este país no tiene arreglo.

Pese a todas las desinteligencias los distintos frentes indicaban el comienzo del naufragio de la dictadura militar.

—Estoy preocupada por mamá —dijo Lihúén cambiando abruptamente el tema.

—¿Está enferma?

—No es eso, sabés que mamá es fuerte como un roble, pero la veo vencida.

—Está muy sola, no sé por qué sigue negándose a venir a vivir con nosotros.

—Ya sabés cómo es, ella quiere su independencia, su lugar, sus plantas...

—Y su soledad.

—Extraña mucho a tu padre —no quería mencionar a Vicente pero le era

inevitable. Cuando iba a visitar a Aime no hablaban de él, pero su presencia estaba en todas partes, como si su figura enorme se ocultara detrás de las madre selvas o las cortinas—. Creo que ni la muerte de papá la afectó tanto.

—No digas eso —reprendió Santiago—, sabés que amaba a Stein.

—Lo sé —sonrió con angustia—, no dudo de eso. Pero pasó la mayor parte de su vida con tu papá, el mío murió demasiado pronto.

Santiago se puso de pie, rodeó la mesa y la abrazó.

—Vamos Lihuén, no te pongas nostálgica.

—Es que a veces tengo miedo... —gimoteó y ocultó su rostro en el cuello de su marido.

—¿De qué?

—De que vos también me faltes, no podría resistirlo.

—Nunca vas a deshacerte de mí —la apretó contra sí y la colmó de besos que alejaron momentáneamente sus fantasmas.



CAPÍTULO 62

“El amor es una palabra, un pedacito de utopía es todo eso y mucho menos y mucho más, es una isla una borrasca, un lago quieto sintetizando yo diría que el amor es una alcachofa que va perdiendo sus enigmas hasta que queda una zozobra una esperanza un fantasmita”.

MARIO BENEDETTI, “El amor es un centro”

La casa parecía vacía sin Lucien Mathieu dando vueltas por ahí. Los niños no tenían ánimos de nada, ni siquiera salían a ver a Tornado.

La terapia continuaba porque los pequeños que concurrían en busca de consuelo y soluciones no tenían por qué ver interrumpido su tratamiento. Janelle y sus ayudantes trabajaban con ahínco para que cuando él regresara sonriera con los avances.

María y su hijita habían permanecido en la finca luego de haber sido interrogadas por la policía, la pobre mujer no sabía qué hacer con su vida ante la desaparición de su marido.

Uno de los agentes, al verla tan desahuciada, le había prometido comunicarse con los superiores de su difunto esposo para que le proveyeran los recursos para su regreso a la Argentina. Ya no tenía nada que hacer allí.

María se había deshecho en llantos y en excusas, no entendía qué había impulsado a Lito Napolitano a cometer tal locura. No tenía explicaciones y se llevaría la incógnita a la tumba.

Ajena a las desgracias que se vivían a su alrededor, Felicia sonreía con facilidad y había dejado de tener esos berrinches espontáneos que nadie podía descifrar.

Conmovida por todo lo ocurrido, Janelle seguía ocupándose de la niñita, suponía que Mathieu hubiera hecho lo mismo.

Gracias a los ejercicios y al trabajo con los caballos, Felicia había logrado caminar con normalidad, ya casi no se caía y parecía una criatura feliz.

Lulú llevaba la casa adelante como en los viejos tiempos en que Naiquen no estaba, pero ahora tenía más trabajo debido a la presencia de los tres jovencitos que en nada colaboraban al faltar la madre. Todos estaban sumidos en la apatía, ni siquiera reñían entre ellos, la tristeza era enorme.

Naiquen iba al campo solo para asearse. Era la única que pasaba horas en el hospital y todavía no había podido ver al convaleciente. Lucien se recuperaba lento, estaba aislado para evitar cualquier contagio o infección.

Su estado era débil porque se había complicado con una feroz neumonía que lo mantenía esclavo de un respirador artificial.

Los médicos ya se habían acostumbrado a la presencia silenciosa de esa mujer morena que custodiaba al amado sentada en el banco del hospital.

Hasta que un día la puerta se abrió y la enfermera le dijo que podía ingresar.

Los nervios que durante todo ese tiempo habían desaparecido, aletargados por el miedo de perder a Lucien, cobraron vida y empezaron a trepar por su piel, arañándola. Mecánicamente se arregló el cabello que sentía alborotado y se acomodó la ropa.

La mujer le dijo:

—Está bonita, no se preocupe —Naiquen sonrió.

Cuando atravesó el umbral ingresó a una sala espaciosa y blanca, iluminada por el sol de esa tarde invernal que ingresaba oblícuo por la única ventana del cuarto. En el medio se hallaba la cama que tenía preso a Lucien

Mathieu.

Estaba dormido. Al verlo tan pálido y demacrado el corazón se le contrajo de dolor. Se acercó con lentitud, no quería despertarlo. Pudo apreciar las oscuras ojeras, su cabello más largo y desacomodado, su cráneo imperfecto y su oreja ausente. A pesar de la fealdad que lo caracterizaba ella lo amaba, a sus ojos era el hombre más bello de la tierra.

Elevó su mano temblorosa pero no se animó a tocarlo; la dejó caer a su costado. Se sentó en la única silla que había y se dedicó a custodiar su sueño.

Repasó su vida donde nada le había sido fácil. El peso del ayer no la había doblegado, ella se había mantenido firme en sus propósitos de sacar a sus hijos adelante. Cuando creía haber hallado algo de paz al lado de un hombre bueno pese a todos los demonios que lo rodeaban, ocurría una nueva desgracia. Como si todo su camino en la tierra estuviera marcado por malos designios.

En el instante de esos pensamientos vio que Lucien abrió los ojos. Se puso de pie como un junco y entró en la línea de su mirada. Él sonrió y para ella fue la mejor sonrisa del mundo. Sin querer demostrar su vulnerabilidad apretó los párpados e impidió que las lágrimas salieran. Mathieu adivinó su esfuerzo y elevó su mano para acariciarla.

—Estoy bien —murmuró—, no te librarás de mí.

Naiquen sonrió.

El hombre quiso incorporarse, no le gustaba estar así, acostado, como si estuviera vencido, pero ante el esfuerzo sintió una puntada de dolor allí donde la bala había penetrado.

—Quédate quieto —ordenó ella con firmeza. Los ojos negros volvieron a sonreírle.

—Te gusta mandar —bromeó obedeciendo—. ¿Qué pasó? ¿Dónde está ese hombre?

Evidentemente no recordaba el desenlace y ella tuvo que relatárselo.

—No me gustaba ese sujeto, ni siquiera se preocupaba por su hija.

Ese comentario lo elevó ante sus ojos, después de todo Lucien tenía más sentimientos de los que admitía. Pensó que tendría que lograr que se interesara así por Alain, incluso aunque nunca supiera si era su hijo o no.

—Lo que no entiendo es qué hacía en tu cuarto... —De repente su mirada se ensombreció y ella no quiso saber lo que estaba pensando. Vio sus puños apretarse hasta volverse blancos y su mandíbula tensa.

—No debes agitarte, estás convaleciente aún.

—Ese desgraciado quería...

—Dudo que quisiera abusar de mí, Lucien —refutó. Durante esos días había ido atando cabos, aunque la duda vagaba por su mente—, quería matarme.

—¿Y por qué querría hacer algo así?! ¡Tú estabas ayudando a su hija!

—Es algo que no termino de entender... —Viajó al pasado, a una de las últimas conversaciones que había mantenido con Nehuén.

Él le había dicho que un militar tenía una foto de ella y que había mentido diciendo que era un familiar. Algo en su mente le decía a gritos que ese hombre era Lito Napolitano. Pero le parecía increíble que el sujeto hubiera cruzado los mares para encontrarla. Y más todavía que la hubiera hallado en medio de la campaña francesa. Ese pensamiento le dio escalofríos. ¡No podía ser! Pero durante todas esas horas sentadas en el banco frío del hospital no había dejado de reflexionar sobre ello y esa era la única conclusión a la que siempre llegaba.

Le gustaría poder hablar con Nehuén para que le dijera el nombre de ese militar, pero sabía que de momento eso era impracticable. Pero ¿por qué? ¿Por qué alguien querría matarla? Ella no tenía inclinaciones políticas, no había participado de nada, y aún así, ¿no deberían detenerla y enjuiciarla en caso de ser culpable de algo? Tal vez tenía que ver con actividades de su marido...

—¿Qué estás pensando? —interrumpió Lucien el derrotero de sus reflexiones.

Como pudo, buscando palabras en el idioma francés que le permitieran darse a entender, le fue explicando sus deducciones, omitiendo mencionar su relación con Nehuén.

—¿Y por qué alguien querría hacerte daño? —A Lucien no le cabía en la cabeza que Naiquen fuera objeto de odios o venganzas.

—No lo sé...

La entrada de un médico cortó la conversación y ella tuvo que salir para que el facultativo lo revisara. Al cabo de un rato terminó y le informó que si todo salía bien en dos días sería dado de alta.

Naiquen se quedó en el hospital pese a las protestas de Mathieu, no lo dejaría solo. Todos los días recibía noticias sobre sus hijos y Alain, quienes de a poco salían de su abulia y volvían a las travesuras. Janelle era la intermediaria entre el campo y la ciudad, todas las tardes les hacía una visita que Naiquen agradecía conmovida.

Él se resignó a su decisión, que disfrutaba por cierto, porque ella lo atendía mejor que las enfermeras. Lucien podía sentir su cariño y su preocupación.

No habían vuelto a hablar de Napolitano ni de nada trascendente, era mejor dejar todo eso para cuando regresaran.

Mathieu ya se levantaba solo y caminaba por los pasillos, secundado por Naiquen quien lo sostenía por la cintura. Cuando se sintió totalmente repuesto el doctor firmó el permiso de su salida.

En la casa Lucien fue recibido con tímidos apretones de mano por parte de los pequeños aunque los tres querían abrazarlo. Pese a la aparente frialdad, se había convertido para ellos en un buen referente masculino, el único que habían tenido.

Después Mathieu se encerró en su despacho, tenía que ponerse al día con los papeles y las cuentas luego de más de diez días de ausencia.

María y su niña ya se habían ido. Desde su país habían facilitado su retorno a la Argentina donde la mujer tendría que fortalecerse para iniciar una nueva vida sin su esposo y con una hija con problemas.

El abogado de Lucien se había hecho cargo del asunto de Napolitano y de momento no había nada de qué preocuparse. El hombre había intentado asesinarlo en su propia casa por lo cual era aplicable la figura de la legítima defensa, consagrada en el Código Penal francés.

Naiquen se dedicó todo el día a los chicos, los había extrañado demasiado, pero las circunstancias la habían reclamado junto a Lucien.

Los jovencitos la aturdieron con preguntas y todas sus teorías en torno a lo sucedido; ella prefirió no dar demasiados detalles de tan escabroso episodio. Ninguno osó preguntar por qué el señor Mathieu estaba durmiendo con ella; ella tampoco se dio por aludida. Sentía vergüenza, ¿cómo les explicaría a sus hijos tal conducta? No hallaba justificación alguna para tamaño desliz.

Pablo estaba contento y hacía planes para que todos salieran a la tarde a montar. Mauro, si bien parecía haber vuelto a la normalidad, conservaba en sus ojos una profunda tristeza que lo acompañaría de por vida. Por muchos intentos que Naiquen hacía, no lograba llegar al fondo de su sentir. Debía conformarse con que el chico hablase y aprendiese como cualquier otro de su edad, incluso si su interior seguía inexpugnable.

Después de una tarde al aire libre sobreponiéndose al frío invernal y a la helada, ingresaron a la casa donde Lulú los esperaba con un chocolate caliente. Lucien seguía encerrado en su escritorio debajo de una pila de facturas para pagar.

Naiquen pudo apreciar que Alain estaba distraído, como si algún pensamiento agujoneara su mente. Esperó a que terminasen la merienda y buscó al muchacho con la excusa de que tenía que leer algo en francés que no comprendía del todo.

Una vez en su habitación Naiquen lo hizo sentar sobre el lecho y se situó a

su lado.

—Dime qué te ocurre. —No iba a andar con vueltas.

Él la taladró con sus ojos fieros, no le gustaba que nadie adivinara sus estados de ánimo.

—Vamos, Alain, puedes confiar en mí —insistió.

El muchacho se puso de pie y dio unas vueltas. Parecía rabioso y ella se dijo que tendrían que habituarse a sus constantes cambios de talante. ¡Si hacía poco menos de una hora que jugaba afuera con alegría!

—Quisiera saber la verdad —dijo al fin.

Ella no tuvo que preguntar de qué verdad se trataba, se refería a su identidad. El niño tenía razón, tenía derecho a conocer sus orígenes, saber quiénes eran sus verdaderos padres. Años después, en la Argentina, miles de personas andarían buscando, en bases de datos genéticos, a padres, hijos y nietos robados durante la dictadura. Una de ellas sería Felicia.

—¿Cambiaría en algo tu vida? —La pregunta le hizo centellear la mirada. ¡Claro que la cambiaría! Ella sabía que era así. El solo hecho de tener la certeza de quién se era ya era un hito. Pero no podía validar su enojo, no era la manera—. Dime, Alain, ¿acaso no eres feliz aquí? —buscaba la manera de minimizar la situación. Como él no respondía se acercó, con cautela, porque ese niño era como un tigre a punto de atacar—. Creí que te gustaba vivir acá —continuó mientras posaba una mano en su hombro. Al ver que él no la rechazaba colocó la otra y lo miró a los ojos—. Yo soy muy feliz de tenerte, Alain, y estoy segura de que mis hijos también. A veces la vida nos pone pruebas muy difíciles en el camino —ella era un ejemplo viviente— para ver qué tan fuertes somos. Yo sé que tú eres fuerte —por ese lado ganaría más que con la condescendencia— y superarás esto. No estás solo.

—Quisiera saber quién es mi padre —repitió, más calmo.

—¿Te gustaría que Lucien lo fuese?

Alain se deshizo de sus manos y giró mirando hacia la ventana. No

deseaba que ella descubriera su vulnerabilidad. Sí, le gustaría que Lucien lo fuese, pero no lo reconocería y Naiquen lo sabía.

—Si tú quieres que él sea tu padre, solo tienes que admitirlo en tu corazón y dejar de luchar contra ese sentimiento que crece en ti —a Alain no le hicieron gracia sus palabras, apretó los puños y tensó la mandíbula tal como lo hacía Lucien—. La sangre importa, hijo —dijo con ternura—, pero más importa la nobleza.

—¿La nobleza? —Eso pareció sorprenderlo.

—Sí, la nobleza. Y Lucien es un hombre de firmes convicciones, un hombre leal que nunca te defraudará. Tienes su sangre, seas su hijo o su sobrino —era dura, lo sabía, pero con ese niño no cabía otra forma—, eso debería ser suficiente para ti.

—¿Y para él lo es? —Alain necesitaba el reconocimiento por parte de Mathieu, de nada valía que ella fuera su intermediaria.

—Lo es —se atrevió a decir—, él jamás permitirá que nada te dañe, estará siempre a tu lado, y tú te criarás a su imagen y semejanza. Ya te lo dijo una vez.

¿Y el cariño? Se preguntaba Alain, tal como ella reclamaba el amor. Lucien era duro, tal vez nunca pronunciara esas palabras que ambos necesitaban escuchar de su boca. ¿Debían conformarse? Ella ya había resuelto que sí. Ahora faltaba Alain.

—Él siempre me mirará como el fruto de una traición —esbozó con furia contenida.

Alain tenía miedo, miedo de no ser merecedor del cariño de Lucien a causa de los errores de su madre. Y él quería ser amado, aceptado sin resquemores.

Naiquen volvió a la carga y lo tomó por los hombros obligándolo a mirarla de frente.

—Tú eres una personita única, no tienes por qué pagar por las equivocaciones de los mayores. Solo debes calmar tu ansiedad y deponer tu

actitud por momentos hostil —el muchacho no parecía muy convencido—. A veces las personas mayores necesitamos más tiempo para asimilar las cosas y él —no quería decir ni “padre” ni “tío”— es mucho más duro de entenderas que nosotros —bromeó logrando un atisbo de sonrisa en el rostro del jovencito—. Vamos, Alain, haz tu parte, ten un poco de paciencia, no eres el único que espera —sin revelar nada le estaba confesando que ella también aguardaba una declaración de amor.

—Está bien —respondió con resignación, en el fondo de su corazón una luz de esperanza se había encendido.

Juntos, salieron del cuarto.



CAPÍTULO 63

“Nunca pensé que en la felicidad hubiera tanta tristeza.”

MARIO BENEDETTI

Wen se había levantado temprano ese sábado, quería sorprender a Libertad con un sustancioso desayuno en la cama. Por ello había salido a comprarle los *croissants* que tanto le gustaban.

Hacía mucho frío, como de costumbre, pero no lo sintió, todavía llevaba en el cuerpo la tibieza de Libertad a quien había dejado durmiendo luego de una nueva noche de amor.

Ya habían pasado dos meses desde el reencuentro y eran felices. Se reunían seguido con Milagros y Gustave y también frecuentaban los lugares donde se juntaban los exiliados. Con más de uno habían trabado amistad lo que les permitía sentirse menos desarraigados, pero nunca sería igual.

Se habían vuelto fanáticos de la Negra Sosa y habían conseguido varias cintas con sus canciones. Siempre que sabían que ella cantaría en algún bar de los suburbios parisinos, allá iban.

Eran dichosos a su manera, con esa felicidad a medias producto de la distancia de los seres queridos, de las costumbres y la idiosincrasia.

Habían planificado viajar a Dijon la semana siguiente y hacerse una escapada al campo para ver a Naiquen y a los chicos. Gustave los había alentado a ir sin aviso, no tenían manera de comunicarse para anticipar la llegada. Confiaban en que serían bien recibidos.

Regresó al departamento y subió las escaleras apremiado por la ilusión de despertarla con besos antes de compartir las medialunas crujientes y tibias.

Libertad todavía dormía y se quedó unos minutos contemplándola. Era hermosa. Verla así, tan relajada y con esa paz que emanaba de su cuerpo blanco lo enternecía.

Preparó el mate y cuando tuvo todo listo ingresó a la habitación con la bandeja. Ella se removió en la cama y el aroma de los *croissants* ingresó por su nariz, despertándola.

—Buen día, dormilona —dijo mientras se sentaba y la besaba.

Ella lo abrazó y se acurrucó en su cuerpo ronroneando como un gatito.

—Hola —miró a su alrededor y al descubrir el desayuno le sonrió—. ¡Qué linda sorpresa! ¿A qué se debe?

—A que te amo, Libertad, y quiero mimarte y cuidarte todos los días de mi vida.

Ella se emocionó y volvió a abrazarlo.

—Yo también te amo, Wen, más que a mi vida.

Antes de que la chispa de la pasión se encendiera el muchacho se separó y trepó a la cama con la bandeja.

Codo a codo tomaron el mate y devoraron las medialunas mientras conversaban sobre los pormenores del próximo viaje al campo.

—Tengo ganas de conocer a Naiquen, ¿cómo estará su hijo? —Si bien para Wenceslao eran extraños se contagiaba del amor que su mujer sentía para con sus familiares.

—Esperemos que esa novedosa terapia con los caballos lo haya ayudado —ella le había contado toda la historia.

Después dejaron la bandeja en el piso y Wen volvió a meterse a la cama. Hacía demasiado frío para salir y aún quedaban unas horas hasta que Libertad tuviera que ir al puesto de flores. Él no trabajaba los fines de semana de modo que se quedaba en la casa estudiando sus materias. Iba muy lento en la

universidad, tanto que creía que jamás revalidaría su título, pero poco le importaba. Sus intereses estaban puestos en las clases de español y en algunas columnas en la revista *Sin censura*.

Se abrazaron y se acariciaron hasta terminar haciendo el amor como amantes nuevos. Era tal la fascinación que sentían el uno por el otro que siempre encontraban nuevas maneras de prodigarse placer. Después se durmieron hasta la hora en que Libertad tuvo que salir para el puesto.

Comió un poco de las sobras de la cena pasada, se abrigó y salió a la calle. Wen puso un poco de orden en el departamento y sacó sus cuadernos y apuntes de estudio.

Las horas pasaron y el sol comenzó a caer. Miró la hora, faltaba para el regreso de Libertad. Encendió la luz y se disponía a sentarse de nuevo cuando un llamado a la puerta lo desconcertó. No esperaba a nadie. ¿Quién podría ser?

El miedo había pasado, al menos las aguas estaban calmas en París, ningún compañero había tenido problemas, pese a ello un sudor helado recorrió su espina dorsal. Miró a su alrededor, no tenía con qué defenderse en caso de ser necesario. ¿Siempre vivirían así incluso a miles de kilómetros de la Argentina? ¿Podrían arrancarse el miedo de la piel?

Tragó saliva y se acercó a la puerta. Apoyó la oreja y escuchó un murmullo del otro lado.

—¿Quién es? —preguntó.

La voz que escuchó lo hizo tambalear. No podía ser, debía estar fantaseando. Esa voz antigua y a la vez tan cercana...

Con ansiedad quitó la traba y abrió. Las figuras que estaban allí, en el umbral, se le hicieron borrosas debajo de la catarata de lágrimas que caía de sus ojos de cielo.

Se tiró en sus brazos, se zambulló en el pecho de su padre y abrazó a su madre sin dejar de llorar. Estaban ahí, su familia de origen, sus amados

padres.

Entre llantos y besos húmedos ingresaron al departamento. Wen todavía no distinguía si era realidad o si era un sueño; un sueño bello y tan real que hasta podía sentir el perfume de su madre, el característico Alhambra de Avon que tanto le gustaba cuando era niño y que ahora encontraba dulzón. No quería despertar, quería permanecer ahí.

Cuando la emoción cedió y lograron desprenderse, Wen entendió que eran reales, que estaban en su departamento de París, en carne y hueso.

—No entiendo nada —dijo por decir algo—, estoy sorprendido, felizmente sorprendido —quería decirles tantas cosas y les decía esas tonteras.

—Somos nosotros los que estamos felices de verte, hijo —respondió su madre—, muy felices de verte bien, entero.

—Pero... ¿cómo me encontraron?

—Para los padres nada es imposible —dijo su madre emocionada.

Se sentaron alrededor de la mesa y el mate empezó a rodar, así como las preguntas sobre sus hermanos y la añorada Argentina.

Sus padres lo pusieron al día sobre la situación del país, que se iba a pique con las internas militares, la economía y la disconformidad de la gente.

—Pero no hablemos de cosas feas, que de eso ya tuvimos bastante —propuso su madre—, contanos de vos... —Miró a su alrededor buscando a la novia tras la cual había viajado, con la esperanza de que la hubiese hallado.

—Yo estoy feliz, y más ahora que puedo verlos y saber que están bien.

—¿La encontraste? —arriesgó su padre.

—¡Claro que sí! —Abrió los brazos y señaló el entorno—. Este es nuestro hogar, nuestro modesto hogar. Libertad está trabajando, llegará de un momento a otro y cenaremos todos juntos.

—¡Qué alegría, hijo! —Su madre apretó su mano por encima de la mesa—. Traemos noticias para ella, de su familia.

—¿Y eso...? —se sorprendió Wen.

—Antes de viajar fuimos a verlos, imaginamos que querrían enviarle algún mensaje... trajimos algunas cartas.

—Se pondrá feliz, los extraña mucho. Y el no saber de ellos...

—Por eso mismo. Ellos también viven en la ignorancia, como nosotros. —
No había reproche, estaba justificado el silencio.

—Lo siento, mamá, es todo tan difícil, tan duro.

—Lo sabemos, hijo, lo sabemos —terció Honorio Quesada.

Continuaron conversando hasta que sin que se dieran cuenta la noche cayó encima y la puerta se abrió. Libertad se detuvo en seco al ver a esos desconocidos en su casa pero al notar la familiaridad con que Wen los trataba y la sonrisa tan alegre de su novio se dijo que no había peligro. A medida que avanzaba por la estancia los mismos ojos de cielo la miraban desde el rostro de la mujer madura, mientras el hombre se ponía de pie para recibirla.

—Vos debés ser Libertad.

—Mi amor —Wen ya estaba a su lado, sosteniéndola de los hombros—, te presento a mis padres.

—¡Oh! —La joven no aguantó la emoción y liberó el llanto—. ¡Disculpen!
—alcanzó a decir—. ¡Estoy muy emocionada!

Después vinieron los abrazos y las presentaciones formales hasta que todos estuvieron más tranquilos.

—Dame un mate, por favor —pidió la muchacha.

—Está frío, horrible —previno Wen.

—No importa, lo necesito.

Más tarde se abrigaron para salir a cenar.

Esa noche, sentados en la cama, Libertad desparramó las cartas que su familia había enviado. Las lágrimas le empañaban la visión y se le mezclaban las letras como si fueran hormiguitas. Había varios sobres: para Milagros, para Naiquen y para ella. Quería leerlos a todos pero respetó la intimidad tomando los propios.

Eligió primero el de su padre. La caligrafía regular de Santiago y sus palabras de cariño la convulsionaron a tal extremo que Wen tuvo que abrazarla y contenerla durante un buen rato.

—¡Lo extraño tanto! ¡Me siento tan culpable de haber sido tan egoísta con ellos, Wen!

—Camate, mi amor, calmate. No fuiste egoísta, solo querías protegerlos. Vamos, dejá de llorar, no podés leer las cartas así.

Ella gimió e hipó varias veces antes de retomar la lectura. Santiago la ponía al tanto de la situación en el país, le decía cuánto la amaba y por último le daba la noticia de la muerte de Vicente. Le correspondía a él, como hijo, contarle a la nieta. Nuevamente la tristeza se hizo presente en el lecho y ya no pudo seguir leyendo.

Wenceslao dejó los sobres a un costado y se acostó con ella escondida en su cuello. Así se durmieron, con la emoción a flor de piel y la nostalgia danzando alrededor.

La mañana soleada imprimió nuevos ánimos y luego del desayuno Libertad hizo frente a las noticias de la Argentina. Su madre más que contarle cosas le preguntaba. Quería saber cómo se encontraba en la ciudad que todos decían que era la más bella del mundo, si se había adaptado al idioma, si era feliz con Wenceslao y un sinfín de preguntas con respecto a Milagros. Mientras leía Libertad se daba cuenta de cuánto la había extrañado, pese a que cuando estaban juntas no era confidente con ella, siempre más apegada a su padre. Después estaba la carta de Aime, su querida abuela en quien tanto había pensado. El recuerdo de su fortaleza le había servido en los momentos más duros, tenía que ser como ella. Aime era de pocas palabras, pero certeras. No se victimizaba con la muerte de Vicente, al contrario, lo recordaba como el mejor compañero de ruta. Y finalmente estaba la carta de su hermano, a quien percibía sufriendo. Si bien Nehuén no le contaba demasiado, más que su vida dentro del hospital, podía leer entre líneas su inmensa soledad.

Cuando finalizó las lecturas, con los ojos rojos y la nariz taponada, miró a Wen y le sonrió.

—Todos están bien. —Aunque su mirada melancólica traslucía otra cosa.

—Lo sé, mi amor, sé lo que sentís. Sé que es duro para vos estar lejos, pero sé también que algún día podremos regresar —se palmeó el pecho y dijo—: lo siento acá.

Ella se puso de pie y se abrazó a él.

—Tengo que responder todas estas cartas —manifestó entusiasmada.

—Hay tiempo, mi vida, mis padres todavía se quedarán dos semanas más. Además debemos llevar la correspondencia para Naiquen también, así ella tiene oportunidad de escribir a la familia.

—¡Tenés razón! Con todo esto me había olvidado del viaje... ¡Estoy tan... no encuentro las palabras...!

—Estás hermosa —la apretó contra sí y la besó—. Tomemos unos días de vacaciones, viajemos a Dijon con mis padres —propuso.

—¿Y los trabajos?

—No creo que la señora Mireille tenga objeciones, y en cuanto a la empresa... puedo arreglarlo.

—¿Estás seguro?

—Confiá en mí —sonrió.

—Siempre —dio media vuelta para vestirse—. Voy a llevar las cartas a Milagros, tiene que saber que su padre murió.

—Te acompaño.

Horas más tarde Milagros recibía la noticia de la muerte de Vicente. Ni el tiempo transcurrido desde la última vez que lo había visto ni la distancia pudieron menguar el dolor. Para peor el embarazo la había vuelto más sensible y nadie pudo impedirle que llamara por teléfono a la Argentina.

—Es peligroso —sugirió Wen.

—¡A la mierda si es peligroso! ¡Quiero hablar con mi madre! —gritó fuera

de sí.

Tomó el teléfono, buscó en una libretita y llamó a la operadora. Tenía la esperanza de que por ser domingo su madre estuviera en casa de sus hermanos.

Todos aguardaban en silencio, rezando para que esa llamada no desencadenara un dominó de persecuciones a través del océano.

—¡Lihuén! —exclamó Milagros emocionada al oír la voz de su media hermana—. ¡Soy yo, Milagros!

Emoción, angustia, lágrimas. El living de la casa se transformó en un desfile de sentimientos. Todos hablaron con todos, olvidados del peligro frente a la posibilidad de que las líneas estuvieran pinchadas, sin saber que ya no era así. Ante el viaje de Lito Napolitano a Francia y su certeza de que las subversivas habían escapado del país, la orden había sido levantada para trasladarse a otro domicilio más interesante.

Después de una hora de conversaciones varias y sin importarles el costo de la llamada, todos quedaron extenuados pero menos tristes ante la funesta noticia de la muerte de Vicente.

En la Argentina Santiago y Lihuén lloraban de emoción al saber que Libertad estaba bien y feliz junto a Wenceslao. Aime sonreía ante la noticia de que iba a ser nuevamente abuela, aunque dudaba de que fuese a conocer a ese nuevo ser que se gestaba en el vientre de su hija Milagros.

Por la noche Nehuén recibiría la llamada de Santiago y se enteraría del paradero de Naiquen, a quien había enviado carta por medio de los padres de Wenceslao, cuya respuesta aguardaba.

En París, la familia reunida en torno a la mesa recordaba anécdotas de cuando todos estaban juntos y las compartían con Gustave y Wenceslao.

Estaban contentos y tristes a la vez. La muerte y la distancia, la sensación de orfandad que no los abandonaría nunca, la lejanía de los seres amados y el desarraigo de sus costumbres los volvían eternamente vulnerables.



CAPÍTULO 64

Desde su regreso del hospital Lucien no había vuelto al cuarto de Naiquen, aunque la extrañaba no se sentía fuerte. Todavía le dolía el cuerpo como para compartir una cama tan pequeña y ella no daba muestras de querer visitarlo en su habitación pese a que se preocupaba constantemente de que tomara su medicación y nada le faltase.

Esa mañana Mathieu se levantó más temprano de lo habitual y luego de desayunar salió a caminar por los alrededores. Le gustaba disfrutar de la soledad del campo antes de que llegara la gente de la terapia.

Avanzó hacia los corrales donde los caballos pastaban tranquilos a la espera de sus singulares jinetes y se sintió pleno. Su proyecto había prosperado y varios niños habían mejorado gracias a la equinoterapia. Una de ellos era Felicia, la pequeña argentina. Sabía por Janelle que había logrado caminar con normalidad. La ausencia del padre durante los últimos días había ayudado, seguramente ese monstruo la alteraba aún más que su deficiencia cromosómica.

Otros, como Cristal o los hermanitos con síndrome de Down, no terminarían nunca el tratamiento, pero sus avances se veían día tras día, y eso lo alegraba.

Se sentía casi completo, solo le faltaba cerrar sus relaciones. Sonrió por pensar de manera tan práctica, como si se tratara de contratos. Pero él era así, no podía evitarlo. Sus pendientes: Naiquen y Alain. Con ella debía sincerarse y decirle lo que sentía, darle ese nombre que ella venía buscando desde el

inicio. Naiquen ya le había probado su fidelidad y compañerismo, y aunque ella tampoco hubiera confesado sus sentimientos, allí estaban, detrás de sus actos.

Con Alain sería más difícil, le costaba expresarse con él, ser cariñoso, demostrarle que fuese quien fuese él lo quería. Ya estaba en su corazón, sobrino o hijo, él lo amaba. Se reconocía en él, en su carácter por momentos hostil, cambiante, en sus inseguridades que escondía detrás de sus malas contestaciones. En el fondo el niño era como él, un ser incompleto y falto de amor. Con Naiquen habían ido tejiendo un lazo de afecto y confianza que los uniría por siempre. Solo faltaba que lo incluyeran a él.

Tan concentrado estaba que no sintió los pasos que se acercaban hasta que la sombra le advirtió que había alguien. Giró y descubrió que Alain estaba allí.

—Buen día —saludó—. ¿Qué haces levantado tan temprano?

—Me desperté —respondió el jovencito.

Se acodó a su lado y juntos miraron los caballos. Lucien no sabía qué decir, se sentía tonto al no saber reaccionar frente a una criatura. Alain estaba igual de incómodo, eran pocas las ocasiones en que estaban solos, así, codo a codo. La conversación se imponía y el mayor supo que le correspondía a él hablar.

—¿Cómo estás?

Alain lo miró intrigado.

—Bien, supongo.

—¿Supones?

El chico se encogió de hombros.

—Escucha, Alain... —no sabía qué decir— si necesitas algo, solo tienes que pedirlo. No quiero que te falte nada. —Volvió la vista hacia los caballos pensando en cómo continuar—. Sé que todavía tenemos que resolver lo del colegio...

—No quiero ir al colegio.

—Pero debes retomar la escuela.

—Los niños de Naiquen no van a la escuela.

—Es diferente... No van de momento pero ni bien se pongan al día con el idioma tendrán que ir. Eso es algo que resolveremos con su madre.

—¿Se van a casar? —La pregunta lo desconcertó.

—¿A ti te gustaría?

—Tal vez.

“Qué difícil hablar con este niño”, pensó. “Todo hay que sacárselo a cuentagotas.”

—Escucha, hijo —lo dijo sin pensar pero para Alain fue como una puñalada.

—¡No soy tu hijo!

Lucien suspiró y tomó aire. No quería alterarse él también. Él era el adulto.

—Eso no lo sabemos —respondió con aparente calma—. A mí no me interesa si eres o no mi hijo —tragó saliva antes de decir aquella frase que tenía atragantada y que tanto le costaba—, yo te quiero igual.

Esa confesión inesperada golpeó a Alain en el rostro. No supo qué hacer con ella, de repente toda su estantería emocional quedaba derribada ante sus palabras.

El silencio se interpuso como una pared, ninguno podía reaccionar, hasta que fue el jovencito quién habló.

—¿De verdad me quieres? —Había tal orfandad en su pregunta que Lucien sintió que se le aflojaban las lágrimas; apretó los ojos para no llorar.

—Claro que te quiero, Alain —dirigió sus ojos empañados hacia el horizonte—, aunque me cuesta decírtelo —de repente se sintió más aliviado.

—Yo también te quiero —musitó el niño con voz vacilante.

El hombre pasó su brazo por encima de su hombro y ambos temblaron. De miedo, de emoción, de descubrimiento. El pequeño giró y se abrazó a su

cintura, Lucien lo envolvió en su pecho enorme. Sin vergüenza dejaron que las lágrimas se derramaran bañándolos de esperanza.

Después rieron como niños, avergonzados pero renovados. Pasada la turbación, Lucien dijo:

—Escucha, Alain, a mí no me importa si eres mi hijo o mi sobrino. Yo seré tu padre de ahora en más. Hablaré con mi abogado para iniciar los trámites de adopción. Pero sí tú quieres saber, podemos averiguarlo.

Alain abrió los ojos, abrumado ante tanta información.

—Mientras estuve en el hospital hice algunas averiguaciones. Existen análisis que podrían determinar si soy tu padre. Recientemente se descubrió que una proteína llamada HLA varía de persona a persona. Y hay pruebas para determinar la paternidad con una precisión del 80%.

Los ojos de Alain se mostraban incrédulos ante tantos nombres extraños.

—¿Qué dices?

—Lo quiero pensar.

—De acuerdo, pero recuerda, eso no cambiará mis sentimientos.

La llegada de los niños de Naiquen interrumpió la charla y los tres se fueron a buscar a Tornado.

Mathieu los miró y se sintió dichoso. La casa ahora estaba llena de risas aun cuando no faltaban las discusiones y reyertas. Parecían una familia normal pese a todas las particularidades que los unían.

Después de un rato de disfrutar de la vista del campo y los jovencitos, se encerró en su despacho. Tenía que organizar el viaje a la ciudad para iniciar cuanto antes los trámites de adopción y también solucionar los papales de Naiquen y sus hijos. Debía hablar con su abogado urgente. Desconocía qué tramitación había que hacer para poder sanear el vencimiento de su estadía y menos todavía para que pudieran contraer matrimonio. En ese punto se detuvo: ella no le había dado el sí.

Se puso de pie y fue en su búsqueda. La halló ordenando los cuartos y

recordó que también tenía que solucionar ese tema. Ella no podía seguir siendo una mucama.

—Naiquen —llamó sorprendiéndola, concentrada como estaba—. Ven al despacho, tenemos que hablar.

Ella dejó lo que estaba haciendo y lo siguió. Una vez en la oficina cerró la puerta. Hacía rato que no tenían intimidad, ni siquiera un beso, era como volver a empezar.

Lucien se sentía como un adolescente en una primera cita. Se acercó despacio y le tomó las manos. Ella tembló.

—Te extrañé —confesó con voz grave.

Ella sonrió y su reacción lo animó a seguir. Rodeó su cintura y la apretó contra sí. Naiquen se ruborizó al sentir su dureza. Mathieu la besó en la boca y el volcán volvió a rugir. Se abrazaron con pasión y se acariciaron sin pudor. Ambos se habían extrañado demasiado, necesitaban sentirse.

Sin tener conciencia de dónde estaban, Lucien le abrió la blusa y se sumergió en sus senos. Ella gimió y lo acarició allí donde latía todo su ser. Cuando se dio cuenta de que estaban por hacer el amor ahí mismo lo detuvo:

—¡No podemos hacerlo aquí!

—Sí podemos —se apartó apenas para poner llave a la puerta y volvió a su cuerpo.

La recostó sobre el escritorio sin importarle los papeles que había desparramado minutos antes y se introdujo en ella con pasión. Cabalgaron juntos hasta llegar a la cima del éxtasis antes de deslizarse hacia la alfombra, donde permanecieron abrazados hasta sosegar sus respiraciones.

—Esto es una locura —murmuró Naiquen.

—Claro que lo es —rio él sobre su boca—. Me debes una respuesta —los ojos femeninos lo interrogaron—. ¿Quieres casarte conmigo? —Ante su silencio Lucien añadió—: Sé lo que te preocupa, Naiquen, los sentimientos. Sé que quieres ponerle un nombre a todo —sonrió— y vamos a ponérselo.

—Yo no...

—Shhh —la silenció—, ahora vas a escucharme. Yo te quiero, Naiquen, *je t'aime*. Te amo con un amor adulto, verdadero, no como ese amor frustrado de juventud que me marcó con su traición. Este es un amor que nació y fue creciendo día a día, a medida que te descubría, con tus luces y tus sombras, con ese pasado al que aún no pude acceder, con todos tus temores y tus culpas. Te amo así, imperfecta, frontal y a veces triste. Pero te amo, porque sé que eres una mujer excepcional, con un corazón enorme donde caben tus niños y el mío, aun cuando no sé si es mío. Donde caben todos esos niños defectuosos de la terapia a los cuales te has dedicado por entero. —Ante tal confesión ella lloraba como una niña—. ¿Quieres más?

Ella no podía hablar, estaba desarmada. No quería más, era suficiente, era la declaración de amor más hermosa que Lucien le podía haber regalado. Se aferró a su cuello y se apretó contra él.

—Supongo que es un sí —bromeó el hombre conteniéndola entre sus brazos.

Luego de un rato ella elevó la mirada y le sonrió.

—*Je t'aime* —dijo en su francés mal pronunciado que él adoraba— y acepto ser tu esposa. —De pronto una nube oscureció su mirada. Se incorporó sobre el codo antes de decir—: Pero estoy casada en Argentina, o eso creo —tenía dudas de que su marido estuviese aún con vida entre tanto muerto y desaparecido.

—Lo averiguaremos —se pusieron de pie y se vistieron—. Tendré que viajar a la ciudad, quiero adoptar a Alain —ante esa noticia ella sonrió y él la amó todavía más por la felicidad que esa revelación le ocasionaba, demostrándole una vez más que Naiquen era una mujer maravillosa—. Además, quiero que mi abogado se ocupe de tramitar tus papeles.

—Gracias, Lucien.

—No tienes nada que agradecer, eres mi mujer. —La tomó por la cintura.

— Serán solo unos días pero voy a extrañarte.

—También yo —todavía se ruborizaba y él no perdía la ocasión de divertirse ante su pudor.

Se abrazaron una vez más antes de salir del despacho y volver cada uno a su tarea.

—¡Naiquen! —llamó él desde el umbral—. En la ciudad contrataré a alguien para que se ocupe de ayudar a Lulú, de modo que ni bien llegue tú te ocuparás únicamente de ser feliz.

La mujer sonrió nuevamente, incapaz de digerir tanta dicha.

El día transcurrió normal y durante la cena Lucien anunció su viaje a la ciudad.

—Solo serán unos días, hasta que finalice los trámites. —Se desconocía dando explicaciones pero también advertía que le gustaba hacerlo—. ¿Quieren que les traiga algo en especial? —la pregunta iba dirigida a los niños, que se miraron sin saber qué responder—. Bueno, si no quieren nada, elegiré yo.

Después de la cena y como era costumbre, Mathieu se encerró en su despacho con sus papeles. Quería preparar todo para poder salir temprano. Unos golpecitos en la puerta lo distrajeron.

—Adelante.

Era Alain que se perfilaba contra la luz del pasillo. Iba en pijamas y lucía más delgado que con sus ropas diarias. El cabello a medio crecer, desparejo y algo crespo le daba aspecto de duende.

—Pasa.

El niño avanzó y se plantó frente al escritorio.

—¿Qué ocurre? —Lucien se puso de pie y se situó a su lado—. ¿No puedes dormir?

—Quería decirte que no quiero que hagas esos análisis —su voz temblaba, de pronto el muchachito peleador parecía un cachorrito.

—¿Estás seguro?

—Sí, no es necesario para mí.

Lucien se agachó hasta estar a su altura.

—Tampoco lo es para mí. Tú eres mi familia, y me gustaría decirte hijo, si a ti no te molesta.

—¿Yo puedo decirte papá? —Al oír sus palabras los ojos de Lucien se humedecieron y un nudo le impidió responder. Por toda respuesta lo abrazó.

Permanecieron así un buen rato, dejando ambos que las lágrimas limpiaran sus dolores y arrastraran sus miedos. Después, de la mano, caminaron hasta el cuarto donde Lucien lo tapó y despidió.

Una vez preparados sus papeles para viajar Mathieu se dirigió a la habitación de Naiquen. No dormiría solo esa noche.

Al amanecer se despidió de ella con besos y caricias suficientes para que le alcanzasen los días que estaría ausente.

—Voy a extrañarte —murmuró sobre su boca.

—Y yo a ti.

—Quedas a cargo —bromeó desde el umbral antes de partir.



CAPÍTULO 65

“Lo nuestro es ese indefinido vínculo que ahora nos une.”

MARIO BENEDETTI

El trayecto se le hizo largo a Libertad. Iban conversando y admirando el paisaje campestre. Los padres de Wen habían alquilado un auto pese a lo costoso que resultaba pero estaban tan felices de estar con su hijo que no les importó.

Se hospedarían en Dijon, no querían molestar a ese pariente lejano de Gustave, de modo que se registraron en un hotel que parecía digno de un cuento de hadas y siguieron viaje.

Wenceslao iba feliz de tener a su familia cerca y no pensaba en la despedida. Extrañaba a sus hermanos que le habían enviado fotos y cartas pero de momento no podía volver. En la Argentina era un muerto aun cuando su cuerpo no se había hallado; tal vez algún día podría regularizar su situación.

Arribaron a la finca de Mathieu alrededor de las tres de la tarde sabiendo que tenían poco tiempo antes del anochecer, pero Libertad necesitaba ese reencuentro.

La entrada era bella, con un largo camino bordeado de árboles y un curso de agua cerca. A lo lejos divisaron la casona alargada y varios animales en

los alrededores. A medida que se acercaban vieron algunos autos estacionados a un costado.

—Será la gente que acude al tratamiento —dedujo Libertad.

Estacionaron y descendieron subiéndose los cuellos de los abrigos. Marzo todavía estaba fresco, el sol no calentaba lo suficiente.

Una mujer delgada y bella se aproximó a recibirlos.

—¿Tenían turno? —Lucien no le había avisado de ningún paciente nuevo ni entrevista alguna, y Janelle deseó que nadie fuera a entorpecer su tarde de trabajo. Con la ausencia de Mathieu y el resfrío de uno de los ayudantes no daba abasto para atender a los niños.

—No —respondió Wen en un francés fluido—, buscamos a Naiquen.

Al advertir que eran argentinos Janelle les respondió en español.

—Está adentro, mandaré por ella. Mientras pueden tomar asiento —señaló unos bancos cerca de la rampa.

—Gracias.

Los recién llegados caminaron por los alrededores y vieron a unos cuantos niños con dificultades. A Libertad se le encogió el corazón y rezó para que Dios no le enviara una criatura defectuosa cuando decidiera ser madre. Rezó también por Milagros que llevaba una vida en su vientre.

Un grupito de niños atrajo se atención, había algo familiar en ellos, y descubrió que eran los hijos de Naiquen.

—¡Pablo, Mauro! —llamó mientras corría en su dirección.

Wen la siguió y la vio abrazar a dos niños mientras uno se mantenía al margen, expectante.

—¡Pero qué grandes que están! —dijo Libertad sin dejar de mirarlos—. ¿Y vos cómo te llamás? —Le habló en español y fue Pablo quien tradujo.

—Alain.

—Yo soy Libertad, soy algo así como una tía de estos niños... —sin dejar de reír—. ¿Dónde está tu mamá?

Una figura se acercaba y sus ojos negros se abrían con desmesura: no podía creer, allí estaba Libertad. Emprendió carrera y se abrazó a ella. Ambas lloraban de alegría a la vez que se estudiaban.

—¡Libertad, querida! ¡Qué gusto verte! —Naiquen no cabía en sí de la emoción—. ¡Qué grata sorpresa! —Miró a su alrededor y descubrió a las demás personas que la acompañaban.

Libertad siguió la línea de su mirada.

—Es Wenceslao. —La sonrisa le ocupaba toda la cara. Él se acercó y saludó—. Ellos son sus padres —no se animaba a llamarlos suegros aún.

Luego de las presentaciones Naiquen los invitó a pasar.

—Vamos adentro, está refrescando.

Naiquen se movía como si fuera la señora de la casa y Libertad echó una mirada de intriga a Wen quien se alzó de hombros sin comprender.

Sentados alrededor de la mesa del comedor aguardando los tés y cafés que Lulú preparaba en la cocina se pusieron al día con las novedades.

Naiquen festejó el embarazo de Milagros y se entristeció con la noticia de la muerte de Vicente.

—Pobre mi tía... sola otra vez —reflexionó.

—Sí, Milagros habló con ella, no pudimos evitar que llamase —la mirada de Libertad se ensombreció un instante—. Dios quiera que no pase nada.

—Nada ocurrirá —terció Honorio Quesada—, estén tranquilos. Ya no creo que nos tengan en la mira después de todo lo ocurrido.

—Ojalá que así sea, nuestra familia ya ha sufrido muchas desgracias.

—¡Pero contanos de vos! —Libertad cambió abruptamente de tema—. ¿Cómo están los chicos? Me parece que Mauro está mucho mejor...

—Así es, hace muy poco empezó a hablar otra vez. —Los ojos negros brillaron de emoción—. No sé si fue obra de la terapia con los caballos o qué pero está mucho mejor, aunque jamás será un niño normal.

—No diga eso —medió la madre de Wen—, los niños son más fuertes de

lo que creemos, su hijo saldrá adelante.

—Gracias, espero que sea así.

—¿Y van al colegio? —quiso saber Libertad.

—No, aún están aprendiendo bien el idioma. Lo hablan a la perfección pero la escritura les es difícil. Para peor yo no puedo ayudarlos mucho, de modo que es Alain quien los ayuda o Janelle cuando tiene tiempo.

—¿Alain y Janelle? Supongo que son el hijo y la mujer del dueño —quiso saber Libertad—. Por cierto... te dan mucha autonomía acá, ¿verdad?

Todos asistieron al cambio de colores de Naiquen que del canela pasó al rojo.

—No... —titubeaba al hablar, no sabía cómo explicar—. Janelle es la fisioterapeuta y Alain es... será su hijo pronto. Lucien viajó para arreglar los papeles de adopción.

—¿Lucien? —sonrió Libertad—. Cuánta familiaridad.

—¿El jovencito es huérfano? —quiso saber la madre de Wen, conmovida por esos niños con problemas, porque a su ojo no se le había escapado la falta de una oreja del mencionado Alain.

—Sí, sus padres acaban de morir —explicó Naiquen más relajada—. Es sobrino del dueño de casa.

—Eso lo explica todo —intervino Honorio poniéndose de pie—. Creo que es hora de irnos, en breve anochecerá y no conocemos estos caminos.

—Pueden quedarse aquí —dijo Naiquen—, hay espacio de sobra, solo queda acomodar los cuartos... de haber sabido que vendrían estaría todo listo.

—No es necesario, ya tenemos un hotel reservado.

—Pero... —Sus ojos se posaron sobre su sobrina segunda—. Quisiera que pudiéramos charlar, hay tantas cosas que pasaron... —había tanta súplica en su mirada que Libertad dijo:

—Podría quedarme, ¿verdad, mi amor?

—Claro que sí —Wen la tomó de los hombros—, les hará bien conversar a solas, aunque yo te voy a extrañar.

—Y yo a vos —Libertad se colgó de su cuello sin importarle la presencia del resto—, pero mañana mismo podés venir a buscarme.

—Podés quedarte si querés —ofreció Naiquen.

—Vendré mañana, así se ponen al día.

Libertad tomó del auto un pequeño bolso de mano donde estaban las cartas familiares y luego se despidieron con besos y abrazos.

Al quedar solas, ambas ingresaron a la casa y se miraron.

—¡Cuántas cosas pasaron desde que nos separamos! —fue Libertad la primera en hablar, emocionada—. Contame todo, ¿estás bien acá?

—Vení, vamos a la cocina. —Avanzó resuelta hacia ese sitio donde se sentía cómoda—. Lamento no tener un mate... ¿no sabés cómo lo extraño!

—¡Pero si yo traje uno! —Libertad corrió hacia donde habían quedado sus cosas, revolvió y encontró el objeto deseado junto con un recipiente con yerba—. Es para vos —extendió el obsequio feliz—, imaginábamos que no tendrías.

—¡Gracias! —La abrazó de nuevo—. El mate es una droga y ya estaba con síntomas de abstinencia. —Ambas rieron.

Una vez calentada el agua y preparado el tan ansiado mate se sentaron una muy cerca de la otra a conversar.

Libertad le relató su periplo por Francia bailando tango junto a Jean-Louis, así como su corto y trunco romance. Cuando llegó el momento de contarle el reencuentro con Wenceslao la voz se le quebró en varias oportunidades recordando esos días de búsqueda primero y de rechazo después.

—Pero finalmente él te perdonó —acotó Naiquen—, el amor siempre triunfa.

—¿Y vos? No debe haber sido fácil llegar sin conocer el idioma... ¿Y los chicos? A Mauro en especial lo vi mucho mejor, ¿verdad? —Libertad era una

máquina de preguntar.

—Ay, sobrina... lo de Mauro fue muy duro, aún hoy lo es. Pero es un niño fuerte, también muy orgulloso. Desde que llegamos se las ingenió para realizar solo casi todas sus tareas, y cuando algo no podía se lo pedía a su hermano. No me dejó siquiera ayudarlo a vestirse... —Sus ojos negros se nublaron apenas antes de proseguir—. Yo siempre le estaba detrás, espiándolo para estar allí si me necesitaba, pero él no me dejaba resquicio. Pero lo peor fue su mudez, ese silencio que por momentos me hizo pensar que mi hijo se estaba volviendo loco.

Libertad la miraba con los ojos gatunos cada vez más brillantes, imaginando el calvario que habría vivido su tía segunda.

—¿Y cómo fue que volvió a hablar? Algo lo debe haber movilizado.

—En verdad no lo sé con certeza, mi muchacho es una caja de sorpresas... Yo le hablaba mucho, demasiado tal vez —sonrió con pesar—, temiendo que olvidara el lenguaje o se volviera mudo para siempre. Mauro no expresaba sus sentimientos de ninguna manera, no lloraba, no se enojaba, no se quejaba. Solo demostraba una voluntad férrea para valerse por sí mismo.

—¡Qué chico tan valiente! —Libertad le acarició la mano mientras le devolvía el mate.

—Sí, muy valiente, pero muy terco también —ambas rieron—. Imagino que el ver a tantas personitas discapacitadas y deformes en este sitio lo debe haber animado un poco. Conocés el dicho, *en el reino de los ciegos el tuerto es rey*.

—¡No digas eso!

—Es la realidad. —Naiquen se levantó para cambiar la yerba—. Aquí viene de todo, Libertad, ni te imaginás lo que es ver a todos esos angelitos con problemas, algunos no pueden ni sostenerse erguidos, no hablan, nada... A veces creo que Dios, si es que existe, es muy injusto. Esos niños no tienen una vida normal, es demasiado triste.

—¿Cómo lo soportás? Es decir, ¿cómo haces para no llorar al verlos?

—No ha sido nada fácil, te juro, Libertad, que más de una vez tuve que apretar los dientes y los ojos para no desarmarme allí mismo, delante de sus madres. Con el tiempo te vas acostumbrando. Supongo que Mauro habrá hecho el mismo análisis. —Se puso de pie para encender las luces, la oscuridad del atardecer se iba apoderando de la cocina—. Después llegó Alain...

—El sobrino del dueño de casa.

—Sí, otro chico bastante difícil.

—Contame —pidió.

Naiquen le resumió la historia de Alain, omitiendo contar los detalles sobre la posibilidad de que fuera hijo biológico de Lucien. No deseaba ventilar su intimidad, exponerlo de esa manera sería una falta de consideración.

—De modo que Alain fue bastante combativo durante los primeros tiempos. Ahora puedo decir que son amigos, más que amigos, se llevan como hermanos —dijo al recordar las peleas que más de una vez los distanciaba durante unas horas.

—No la pasaste fácil, Naiquen... Y yo que creí que vos estarías mejor.

—Ahora estoy mejor. —Había un brillo especial en su mirada que Libertad captó al vuelo.

—Mmm... ¿hay algo que todavía no me contaste? No me dijiste ni media palabra de tu patrón, el tal Lucien. —Libertad sonreía con los ojos que le lanzaban chispitas de preguntas.

—Sos fatal, mi querida sobrina. —Al decir esto se puso de pie para limpiar el mate que se había lavado—. Esa parte la dejaré para después de la cena, ahora tengo que cocinar.

—¡No podés hacerme eso! —Se quejó la más joven.

En ese momento Lulú ingresó a la cocina.

—Deja ya todo eso, Naiquen —interrumpió—, yo me ocuparé de la

comida. —Y sonrió con sorna, como si entendiera a la pariente recién llegada.

—¡Pero vaya que eres chismosa! —Naiquen pasó por su lado y le palmeó con suavidad la espalda—. Está bien, pero esta noche los platos los lavaré yo.

—Vamos, vayan a ponerse al día.

Naiquen instaló a Libertad en el cuarto de invitados que acababa de preparar Lulú y luego se encerraron allí para seguir hablando.

—Si seguimos así, se nos va a calentar la lengua —bromeó Libertad.

—Eso lo decía tu abuela Aime cuando se quedaban horas conversando con mi madre. —La tristeza inundó la habitación y el recuerdo de Fresia se interpuso entre ambas.

—No nos pongamos tristes y contame eso que escondés con tanto celo. ¿Hay algo entre vos y el famoso Lucien Mathieu?

—Vamos a casarnos.

—¡Y así me lo decís! —Libertad se puso de pie y la abrazó.

—Bueno, en realidad no sé si podremos hacerlo. Yo sigo casada en la Argentina.

—Lo importante es que están enamorados. ¡Ay, Naiquen, podrías escribir una novela! —La joven se recostó contra la pared—. Quiero todos los detalles de esta historia.

Y Naiquen se los dio.



CAPÍTULO 66

“Ella me daba la mano y no hacía falta más. Me alcanzaba para sentir que era bien acogido. Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano y eso era amor.”

MARIO BENEDETTI

Leer las cartas de su familia luego de la cena la había dejado emocionalmente agotada. El reencuentro con Libertad había sido gratificante, contenedor, se sentía más cerca de sus raíces que flotaban en el aire.

Pero después de repasar una a una las misivas que le habían enviado la congoja no le daba respiro. Su tía Aime, concisa y de pocas palabras, le había transmitido su desolación, camuflada entre recomendaciones y preguntas. La sabía de una fortaleza sin igual pero así y todo la percibía con la guardia baja. La imaginaba en su jardín, más delgada que nunca, regando las flores al atardecer y poniendo veneno para las hormigas y caracoles que amenazaban con diezmarlo. No pudo dejar de pensar en su infancia cuando su madre se iba a trabajar y era Aime quien las cuidaba y educaba, criándola como si fuera su segunda mamá.

Lihuén, la hermana que no había tenido y con quien había dado sus primeros pasos en las cocinas del hotel, se preocupaba por ella y el bienestar de sus hijos, además de trasmitirle su pesar por la muerte de Fresia. Su prima no le contaba mucho pero dejaba entrever la preocupación por Aime y sus frustrados intentos para llevarla a vivir a su casa. “*Vos sabés que mamá es un*

espíritu libre, pero tengo miedo de que le ocurra algo allí tan sola.”

Santiago le contaba un poco sobre la actualidad del país y sobre sus compañeros de trabajo, a quienes recordaba con afecto pese al poco tiempo compartido.

Por último había leído la carta de Nehuén, como si fuera un postre o algo para disfrutar con tiempo, sin la ansiedad propia de quien aguarda noticias.

“No sé si decirte mi querida Naiquen, de seguro lo reprobarías.” Así arrancaba la particular esquila de su sobrino segundo fechada en Buenos Aires en febrero de 1979.

“Desde que te fuiste me han pasado tantas cosas por la cabeza... Por momentos celebro que te hayas ido lejos, bien lejos, porque la pasión que habita mis venas se subleva y de estar cerca sé que no podría contenerme. He padecido noches en vela pensando en vos, en nosotros, en ese nosotros al que te negaste sin siquiera darnos la oportunidad. Intenté razonar tus fundados motivos que respeto, pero cuando del corazón se trata no hay explicaciones que sean suficientes. ¡Si al menos hubiéramos probado! Pero ni esa posibilidad me diste, me negaste demostrarte que puedo ser el hombre que necesitás, el padre para tus hijos y el compañero de tu ruta. De haberme dado una mínima señal hubiera viajado con vos, no sabés cómo sufrí al no saber nada de ustedes, de los chicos a quienes llegué a querer como si fueran míos. Más de una vez estuve tentado de tomar un vuelo y salir en tu búsqueda, pero acaté tu decisión, porque a pesar de lo que vos creas, te conozco lo suficiente para saber que no te permitirías jamás una relación conmigo, por los motivos que vos y yo sabemos, y que no comparto.

Y aquí estoy, escribiendo esta carta mientras me siento un estúpido. Porque sé que no te interesa mi amor, y presiento que alguien habita ya tu corazón. No me preguntes cómo ni por qué pero lo siento. Ojalá me respondieras y desmintieras esta horrenda y contradictoria premonición que se me instaló en el pecho como una condena. A pesar de todo, deseo la

felicidad para vos y para tus hijos, no es bueno que una mujer recorra el camino sola.

Espero que contestes esta carta, incluso si es para confirmar mis sospechas, así de esa manera puedo cerrar esa pequeña hendidura que tiene algo de luz en mi corazón que te aclama. Sé que no te entregarás fácilmente, y si lo hacés, será que hallaste ese amor que tanto necesitabas pero que te negabas a reconocer.

Por otro lado, tené cuidado allí donde estés. Estuve haciendo averiguaciones, no me quedé tranquilo desde que conocí a ese militar que tenía tu fotografía. Hace apenas unos días me enteré que el capitán Lito Napolitano viajó a Francia, presumo que tras tus pasos.”

Al llegar a esa parte de la carta Naiquen sintió un repentino mareo. Se quedó sin aire y tuvo que acostarse. Lito Napolitano. El hombre que había intentado matarla. El círculo se cerraba, aunque nunca podría conocer los motivos por los cuales ese sujeto había cruzado el océano para llevarse su vida. Jamás los sabría, sería la incógnita que la atormentaría durante el resto de su existencia.

Con dolor de cabeza y miles de pensamientos acomodó toda la correspondencia para guardarla junto a su cuaderno, ese que llevaba como diario y en el cual había ido volcando toda su vida.

Después se peinó los cabellos que casi le llegaban a la altura de la cintura y recordó la anécdota de Aime, cuando se había rapado tras la muerte de su primer marido Stein. Tal vez le pidiera a Libertad que le cortara un poco las puntas y no pudo evitar una sonrisa ante tales derroteros de su imaginación. Solía ocurrirle que cuando estaba mal, como en ese momento, buscaba cualquier excusa para escabullirse de la angustia. Esta vez había sido su pelo, largo y salvaje a su edad.

Sintió frío y buscó un abrigo para meterse a la cama. Extrañaba a Lucien, se había acostumbrado a dormir con él, y esa velada lo necesitaba más que

nunca. Los sentimientos revueltos de pasado, la visita de Libertad, las cartas de su familia, todo se confabulaba para que la soledad se volviera densa y pesada, ocupándolo todo.

Apagó la luz y se acostó, acurrucándose en el sector que solía ocupar Lucien, llamándolo con la mente, como si con eso pudiera traerlo de vuelta. Hacía apenas cuatro días que se había ido pero para ella era una eternidad. Alain también lo extrañaba y se había refugiado en ella contándole su última conversación con él. Después de esa charla el niño se sentía más liviano, no tenía arranques de ira ni se burlaba de nadie. El sarcasmo ya no formaba parte de su patrimonio emocional. Junto con sus hijos formaban un trío bastante dispar y llamativo; los percibía contentos.

Pensando en ellos se durmió. Cayó en un sueño profundo plagado de imágenes donde los rostros de su familia se mezclaban con la gente que había atendido a Lucien en el hospital. Todo era extraño porque de repente las camas empezaban a volar llevándose a sus parientes por las puertas metálicas que conducían al quirófano.

Despertó agitada, sudando, y se llevó tamaño susto cuando la puerta del cuarto se abrió para dar paso a una figura. El miedo la paralizó, no pudo siquiera emitir una palabra, limitándose a gemir y sacudirse.

—¡Naiquen! —Unos brazos fuertes estaban encima de sus hombros y la atraían—. Naiquen, *mon amour*, despierta.

Al reconocer su voz se desmoronó sobre el pecho cálido de Mathieu, quien le acarició los cabellos y la espalda.

—¿Qué pasa? ¿Ocurrió algo? —su voz grave denotaba su preocupación.

—No, no, está todo bien. Solo fue una pesadilla. —Elevó sus ojos para encontrarse con los brillantes de Lucien.

—Me hacías falta —murmuró sobre sus labios—, hazme lugar. —Mientras la besaba se iba despojando de la ropa.

Se introdujo en la cama y le hizo el amor con premura, ella respondió con

igual intensidad. Ambos estaban ansiosos por reencontrarse en carne y sudor.

—Te extrañé mucho —declaró Naiquen después de la pasión.

—Estoy feliz de que lo expreses, al fin logro sacarte un sentimiento —bromeó.

—No digas eso... tú sabes que no me ha sido fácil.

—Lo sé, y por eso estamos juntos. Porque ambos somos sobrevivientes, dos personas fuertes que hemos luchado la mayor parte del camino solos. Por eso nos cuesta tanto reconocer lo que sentimos. —Era la primera vez que Lucien hablaba tanto de lo que le pasaba—. Pero por eso mismo, somos una pareja que no tendrá fisuras.

—¿Tú lo crees?

—Estoy seguro de ello. —Se apretó a su espalda y la abrazó, le gustaba dormir así, con ella refugiada en su cuerpo—. Mañana te contaré las novedades.

—Y yo las mías —susurró Naiquen adentrándose en el sueño.

Al amanecer y como habían pactado Lucien abandonó el lecho no sin antes hacerle el amor otra vez.

—Duerme un buen rato —le aconsejó—, hoy mismo vendrá una nueva empleada.

Al oír esto Naiquen abrió los ojos totalmente despierta.

—Pero... ¿no es pronto?

—¿Pronto? —Lucien se acercó a la cama y se sentó sobre el borde, acariciándole la cara—. Eres mi mujer, no quiero que sigas trabajando aquí.

—Sabes que no me quedaré de brazos cruzados.

—Lo sé, lo sé. —Sonrió, sabía que ella era inquieta y además orgullosa—. Puedes seguir en la terapia si quieres —advertía que Naiquen se sentía atraída por esos niños incapacitados—, pero tengo otras propuestas para ti.

—¿Qué otras propuestas?

—Pero mira que te has puesto ansiosa... Puedes aprender a conducir y

llevar los niños a la escuela. Hay una por aquí cerca, camino a la ciudad. Estuve haciendo averiguaciones.

Naiquen sonrió, feliz por la noticia. No deseaba que los chicos crecieran sin educación.

—Sabía que te agradaría la idea —se puso de pie pero ella lo detuvo:

—Cuéntame las novedades.

—Si me quedo aquí más tiempo todos me verán salir de tu cuarto —le recordó—, a mí no me molesta, pero no es lo que tú querías.

Ella asintió.

—Tienes razón —abrió la cama para levantarse—. Saldré enseguida, así podemos hablar en el comedor.

—¿Ocurrió algo? —reiteró la pregunta de la noche anterior.

—No, está todo bien —mientras se ponía la ropa añadió—: llegó mi sobrina Libertad ayer, y la invité a quedarse a pasar la noche. Teníamos mucho de qué hablar.

—¡Esa sí que es una gran noticia! —La besó antes de salir—. Te veré afuera.

Pero las novedades se vieron postergadas por la presencia de la visita, que se había levantado temprano.

Luego de las presentaciones los tres desayunaron y se dejaron llevar por una charla amena. Lucien partió en busca de Janelle dejando a las mujeres al abrigo de las confesiones que todavía las rondaban.

—Es muy buen mozo —opinó Libertad una vez a solas, frente a lo cual Naiquen rio con desparpajo, como hacía rato no lo hacía.

—Vamos, Libertad, no tenés que mentirme. Lulú se ha cansado de decirme que “el señor es feo”.

—¿No te atrae entonces? —La preocupación bailaba en los ojos gatunos. ¿Sería capaz Naiquen de someterse a un hombre por conveniencia? No la conocía demasiado pero no creía que pudiera caer tan bajo.

—¡Claro que me atrae! —lo dijo con tal grado de certeza que a la jovencita se le diluyeron las dudas—. Me atrae, y mucho —sus mejillas se ruborizaron.

—Por un momento me preocupé.

—Lucien Mathieu es un hombre único —declaró Naiquen—, parece hecho a mi medida.

—Me hace muy feliz escucharte decir eso.

Enseguida hicieron su entrada bulliciosa los niños que acababan de levantarse y llegaban en busca del desayuno, ansiosos por salir a ayudar en la terapia.

—No tienen forma de aburrirse aquí —manifestó Libertad.

Recién luego del almuerzo Lucien y Naiquen pudieron encerrarse en el despacho para conversar.

—¿Qué pasó con lo de la adopción? Alain me estuvo preguntando, está muy preocupado por ello.

—¿Preocupado?

—Por momentos siente culpa, puedo leerlo en sus ojos escurridizos, y en parte lo entiendo. Todo esto es muy reciente para él...

—¿Tú crees que debería detener el trámite? Porque ya lo he iniciado.

Esa sí que era una novedad. Naiquen creía que demoraría mucho más, que harían falta más papeles o visitas. Se sintió una ignorante en la materia.

—No lo sé, tal vez deberías hablarlo de nuevo con él —una sombra visitó la mirada de Lucien, no estaba preparado para un rechazo por parte del niño. De repente lo sentía tan suyo como a la propia Naiquen.

Mathieu dio unas vueltas por la estancia, nervioso. La mujer se le acercó y lo detuvo tomándolo del brazo.

—No te inquietes, Alain no se arrepentirá. Solo tiene una lucha de lealtades.

—¿Lealtades? —comenzaba a sublevarse ante el recuerdo de Sophie y Bernard.

—Sí, lealtades. —Pero Naiquen se le imponía. —El niño es leal a quienes lo criaron, a los padres que él conoció, y está bien que así sea. De otra manera sería un desagradecido, y tampoco te gustaría eso.

Lucien se volvió hacia ella y depuso su actitud hostil.

—Tienes razón —la tomó de las manos—, siempre tienes razón. Sabes cómo ponerme en mi lugar, sacudirme las ideas.

Ella sonrió.

—Por eso te elijo todos los días, mi sureña rebelde.

—¿Cómo?

—Se me acaba de ocurrir —la condujo de la mano hacia uno de los sillones y la sentó sobre sus rodillas—. También inicié los trámites consulares para la autorización del matrimonio.

—¿Autorización?

—Tú estás como turista...

—Con permiso vencido —interrumpió ella.

—Eso ya está solucionado —y ante su mirada de interrogación añadió—: tengo amigos en todos lados.

—No sé qué decir.

—Di gracias —se burlaba de ella—. Continúo, al estar como turista, necesitamos una visa de entrada especial, que solo se puede pedir en Buenos Aires, vía Consulado.

—Será imposible... soy casada Lucien, no la conseguiré —su tono de voz denotaba angustia, no quería permanecer como ilegal. Eso perjudicaría a sus hijos.

—Tranquila, lo solucionaremos. Sea como sea, eres mi mujer, con o sin papeles.

Naiquen se abrazó a su cuello cual si fuera su tabla de salvación. En los últimos días se había sentido demasiado vulnerable, y no le gustaba. Se daba cuenta de que dependía demasiado de Lucien y se desconocía. Tanto tiempo

luchando sola y de repente se aferraba a él como si no pudiera valerse por sus propios medios. Ella era una mujer fuerte, como su tía Aime, no debía claudicar.

Como si le leyera los pensamientos Lucien dijo:

—Vamos, deja de pelear contigo misma y confía en mí. Ahora tienes a un hombre a tu lado, un hombre que te quiere bien.

Naiquen dibujó una sonrisa en su boca y dejó que las lágrimas fluyeran.

—Lo sé, y por eso te quiero.

—Y yo a ti, mi sureña rebelde.



CAPÍTULO 67

“Total parcial: te quiero. Total general: te amo.”

JULIO CORTÁZAR

Finalmente la adopción de Alain había concluido. Luego de varios trámites y viajes a la ciudad, Alain Mathieu había sido declarado hijo adoptivo de Lucien.

Pese a la frialdad burocrática decidieron festejar el nuevo estado familiar con la realización de una reunión íntima a la cual asistieron algunos niños que concurrían a la terapia por quien Alain sentía afecto, además de los terapeutas.

Gynette, la nueva empleada, una mujer de mediana edad que acababa de enviudar, era una experta en la cocina, siendo su especialidad la repostería, por lo cual malcriaba a los chicos con tortas y masas, tanto así que el agasajado había engordado unos kilos y lucía mucho mejor.

Lulú había anunciado su retiro, ya estaba demasiado grande y cansada para seguir trabajando en la casa, de modo que el almuerzo también era en parte su despedida.

Naiquen ya había entrevistado a algunas personas para que ayudaran a Gynette pero aún no se decidía. O eran muy jóvenes e inexpertas o tenían inconvenientes para vivir cama adentro.

—Nunca encontrarás a la adecuada —Lucien se burlaba de su indecisión.

—No hay como Lulú... —era la reiterada respuesta.

—Eso ya lo sabemos, pero no quiero que vuelvas a la cocina ni a ocuparte

de las cosas de la casa. Te necesitamos en otras áreas.

—Lo sé.

Con el paso del tiempo Naiquen se había convertido en su mano derecha en la equinoterapia, tenía un don especial para alegrar a los niños por quienes sentía tanta empatía. Disfrutaba junto a ellos aun cuando terminaba el día con dolor de cintura y espalda por el peso que implicaba soportar un cuerpo sin músculos ni tonicidad. La mayoría de los pequeños no podían sostenerse erguidos, pero ella ponía todo su esfuerzo para enderezarlos aunque más no fuera durante la cabalgata gemela a paso de hombre.

Lucien la admiraba cada día más, eran parecidos, de pocas palabras y actos contundentes.

Los chicos eran felices, habían comenzado la escuela y tenían nuevos amigos. No por ello había menguado su amistad, por el contrario, eran un trío inseparable. Mauro poco a poco había vuelto a sonreír, aunque su mirada jamás sería la de un jovencito de su edad, parecía esconder en ella todos los años del mundo. Era un joven viejo. Demasiado pensante y reflexivo, tanto que la maestra a veces se sentía incómoda con él, porque Mauro siempre estaba un paso más adelante.

Alain y Pablo eran compinches de travesuras, Mauro no se sumaba a sus travesuras más que para controlarlos. Existían las peleas entre ellos como en cualquier familia y a veces Naiquen debía intervenir para poner un poco de orden.

Todo parecía circular por los carriles correctos.

Libertad había vuelto a París luego de unos días en el campo junto a Wenceslao. La parejita estaba felizmente instalada pese a que anidaran deseos de regresar a la Argentina. La despedida del matrimonio Quesada había estado cargada de llantos y emociones, pero sabían que de momento no era posible volver y disfrutaban de la pequeña familia que conformaban con Milagros y Gustave.

La muchacha seguía trabajando en el puesto de flores, de momento no tenía intención de conseguir algo más acorde a sus estudios, y Wen respetaba su decisión aunque no estuviera de acuerdo.

Por su parte él se había esmerado para revalidar su título, cada vez estaba más cerca de lograrlo para ingresar a trabajar en un bufete. Su buen desempeño en la empresa le había abierto otras puertas, y si bien en un principio había renegado de su profesión, veía que en Francia el derecho funcionaba de otra manera, por lo cual ser abogado allí era mucho más tentador que en la Argentina.

Antes de que se marcharan, Naiquen había respondido todas las cartas, los Quesada se las habían llevado para entregar a la familia en la Argentina.

Le había costado escribirle a Nehuén, pero se lo debía. Él se había portado bien tanto con ella como con sus hijos, hasta se había tomado el trabajo de rastrear los pasos de Napolitano. ¿Cómo no dedicarle unas líneas?

Le contó todo su periplo hasta llegar al campo e hizo hincapié en la equinoterapia y en los chicos. Le relató pormenorizadamente los avances de Mauro y también lo tranquilizó en cuanto al militar que la perseguía al contarle que él estaba muerto. A medida que escribía la historia se dijo que era digna de una novela. La imagen de la pequeña Felicia se cruzó en su mente y deseó que estuviera bien.

Omitió decirle que Lito Napolitano la había sorprendido en la cama con el dueño de casa, no era necesario, pero sí le dijo que estaba en lo cierto, que había alguien en su vida, alguien que estaba dispuesto a cuidar de ella y de sus hijos. No le contó que lo amaba como nunca había amado a hombre alguno, no le confesó que deseaba fervientemente pasar el resto de su vida con él. No le reveló que su primer pensamiento cuando se levantaba era Lucien y también el último rostro que veía y acariciaba antes de dormir. No podía decirle que estaba enamorada y que era feliz. Sería ahondar su desazón innecesariamente.

Se despidió como lo hubiera hecho con una amiga entrañable, de esas que nunca había tenido.

De eso ya habían pasado dos meses, y como su situación seguía siendo incierta, esa tarde con Lucien reunieron a los chicos y les explicaron que querían casarse pero que hasta tanto no estuvieran los papeles listos, no podrían hacerlo.

—Pero como nos amamos —acotó Lucien— con su madre hemos decidido compartir el dormitorio.

Naiquen permanecía expectante, conteniendo el aire al punto de sentir que estallaba por dentro. Sabía que habría preguntas.

—¿Y mi padre? —preguntó Mauro con claros signos de malestar.

Mathieu se sintió incapaz de responder. Se puso de pie y se situó detrás de Naiquen posando sus grandes manos sobre los hombros femeninos que parecían hundirse ante la pregunta. Ambos habían anticipado ese momento.

La madre tomó aire y fijó sus ojos en sus hijos alternativamente. Alain, quien presentía la gravedad de la situación, se había situado entre ambos como si con su esmirriada presencia pudiera abrigoarlos.

—Hijos míos, ustedes conocen la violencia de lo que ocurre en nuestro país —hizo una pausa, no sabía cómo darles la fatal noticia—, su padre...

—Está muerto, ¿verdad? —dijo Mauro con furia contenida en sus ojos ancianos.

—Así es —Naiquen bajó la mirada, incapaz de verlo así, tan indefenso y a la vez tan enojado.

No sabía qué hacer ni qué decir. La muerte de su esposo le había generado sentimientos contradictorios. Pena porque era el padre de sus niños, alegría porque era la llave que abría la puerta a su bienestar y seguridad.

—No te enojas con mamá —intervino Pablo—, ella no tiene la culpa.

—¿Estás contenta ahora? —De repente Mauro parecía una fiera, desconocía a ese jovencito que la apuntaba con el dedo y le gritaba perdiendo

su respeto y compostura.

Lucien quería detener la batalla que se avecinaba pero sabía que no debía, que eso tenía que pasar, que no era normal que Mauro, después de todo lo que había sufrido, no hubiera expresado sus sentimientos que ahora salían cual volcán encendido vomitando todas sus frustraciones, temores y rabias. Lo había hablado con el psicólogo, eso tenía que ocurrir.

—¡Callate! —la defendió Pablo—. Y si estuviera contenta, lo entendería. ¡Papá le pegaba a ella!

—¡Basta! ¡Por favor! —rogó Naiquen perdiendo la serenidad y liberando su llanto.

Mathieu abrió los ojos, incrédulo ante lo que acababa de escuchar. ¿Que su marido le pegaba? Eso sí que era una novedad. Sintió que la sangre le bullía en las venas y tuvo que apretar los puños y las mandíbulas para mantener la boca cerrada.

La miró, interrogante, pero ella estaba concentrada en sus hijos, ni siquiera lo veía. Hizo una señal a Alain para que lo siguiera, era mejor dejarlos solos y que entre ellos arreglaran sus dolores.

Cerró la puerta con sigilo y ambos avanzaron por el pasillo.

—¿Crees que se amigarán?

—Claro que sí —pasó el brazo por encima de sus hombros—, conoces a Naiquen —refutó, orgulloso.

Dentro del despacho los ánimos estaban tensos, pero después de los reproches y los enojos el amor se volvió protagonista.

Finalizado su estallido Mauro encontró la paz de la mano del llanto. Pablo, que aún conservaba el enfado con su padre por haber golpeado a su mamá, se le sumó incluso sin saber por qué lloraba. Tal vez lo hacía por todo el pasado que cargaban sobre sus jóvenes espaldas.

Naiquen los abrazó y los tranquilizó con palabras que solo las madres tienen guardadas en el centro del corazón, prometiéndoles que todo estaría

bien.

Esperó un buen rato antes de contarles que entre los trámites que debían realizar para poder casarse había uno que implicaba la búsqueda de su padre en la Argentina. Y en esa pesquisa había llegado una comunicación a la Embajada por la cual se informaba que había fallecido el año anterior. Su cuerpo no había sido hallado pero sí había un acta de defunción que por desconocidos motivos alguien había firmado.

Cuando salieron minutos después se reunieron con Alain y Lucien que jugaban al ajedrez en el salón de recibo.

Esa noche antes de dormir Lucien le hizo el amor con una ternura inusitada, depositando besos sobre toda la extensión de su piel; ella agradeció el gesto y el hecho de que no hiciera preguntas. El pasado estaba muerto y enterrado, y él estaba dispuesto a borrar sus cicatrices.

A la semana siguiente arribó un mensajero que traía una comunicación oficial: al fin podrían contraer matrimonio.

Del diario de Naiquen.

Septiembre de 1979. Hoy es un día feliz, soy la flamante esposa de Lucien Mathieu. Ayer contrajimos matrimonio aquí en la estancia. Fue una verdadera fiesta a la que concurrieron todos los chicos de la terapia. Una carreta adornada con flores multicolores conducida por mis hijos incluido Alain, me llevó hasta el altar improvisado al costado de la casa bajo una pérgola engalanada de jazmines y tulipanes que Libertad trajo desde su puesto de París. Allí me aguardaba Lucien, más apuesto que nunca.

Doy gracias a Dios, que ahora sé que existe, de todo lo ocurrido, aun de las desgracias. Si hay algo que pudiera cambiar, sería mi brazo por el de mi hijo, pero tuvo que ser él quien lo perdiera, vaya a saber por qué. Algún día quizás encontremos la respuesta. Hoy somos felices. Lo que nos pasó nos hizo más fuertes y más unidos. Somos una familia de cinco y nos amamos

como si nuestros vínculos fueran de toda la vida.

Como regalo de bodas Lucien me sorprendió con unos pasajes para viajar por el sur de Italia, él sabe de mis ganas de indagar sobre mis antepasados. Hablamos de ir a Argentina, mi hogar, pero las cosas todavía están difíciles allá y preferimos postergar el viaje. Sé que algún día volveré, visitaré la tumba de mi madre y abrazaré a los míos. Pero también sé que estoy echando raíces en este suelo francés donde encontré el amor que tanto anhelaba.

EPÍLOGO

Libertad y Wenceslao regresaron en 1990 junto con sus hijos, y se instalaron definitivamente en la Argentina. Con el tiempo él continuó la tradición familiar y obtuvo el cargo de juez en lo Civil y Comercial, colmando de felicidad a su retirado padre, Honorio Quesada. Libertad retomó el ejercicio de la profesión cuando sus hijos fueron grandes y ya no dependían tanto de ella.

Naiquen se afianzó definitivamente en la campiña francesa con su esposo y sus tres hijos. Los chicos ya estaban escolarizados, convivían felices y tranquilos; los viajes que hicieron solo fueron para visitar a la familia.

17 de octubre de 2016

RECETA DEL BUDÍN DE MANZANAS Y ZANAHORIAS DE AIME

Ingredientes

- 2 manzanas ralladas (verdes o rojas)
- 2 zanahorias ralladas
- 250 gr de azúcar
- 100 cc de aceite
- 3 huevos
- 375 gr de harina leudante
- 1 cucharadita de bicarbonato

Preparación

Mezclar las 2 manzanas y las 2 zanahorias ralladas con el azúcar, el aceite y los huevos. Luego unir con la harina y el bicarbonato y batir. Obtenida la masa, ¡al horno!

ACLARACIONES

Mercedes Sosa llegó a París en el verano de 1979, y no en febrero como aparece en la novela. Tuve que adelantar el hecho para que coincidiera con mi relato. Tampoco hallé datos ciertos que avalen si se reunió con compatriotas para cantar.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco infinitamente a mis hijos, que respetan los silencios cuando la inspiración o los tiempos editoriales apremian; que padecen mis vuelos mentales cuando estoy con una idea en la cabeza y parece que no los escucho; que entienden mis viajes y me acompañan en las presentaciones aunque tengan que oír siempre lo mismo.

A mi compañero de vida, Pablo Ariel Funes, por comprender y respetar mis espacios, estar presente en cada emprendimiento, en cada viaje, en cada presentación, por ayudarme en la búsqueda de material y lecturas, por ser incondicional.

A mis padres, por su ayuda y presencia cuando hace falta.

Agradezco a mi amiga Gladis Díaz, por contarme hace tiempo la verdadera historia de Wenceslao; él no tuvo un final feliz y su vida quedó trunca en plena juventud. Traté de reivindicar aquí su memoria. También le agradezco por ilustrarme, por brindarme toda la información y datos sobre esos años; a través de sus relatos pude revivir una época. Ella fue la primera lectora de esta novela y supo desmenuzarla como solo ella sabe, marcando los errores o aportando detalles de lugares que no conozco, de escalafones, de viajes en tren y demás.

A la profesora Adriana Guastavino, directora de la Alianza Francesa de Mar del Plata, por revisar mi oxidado francés.

A Silvina Selser, directora del Centro de Equinoterapia “El Alba”, y a Horacio Intelisano, por sus aportes en el tema, por mostrarme con sus actos y su ejemplo otro mundo, un mundo distinto donde “los desafíos verdaderos

consisten en obtener lo mejor de uno mismo”. De la mano de “El Alba” conocí la historia y avances de una nena que inspiró el caso de mi Renée en la novela.

A la doctora Yamila Zavala Rodríguez, integrante de la Comisión Provincial de la Memoria, por contactarme con Norma Colella.

A Norma Colella y su esposo, por brindarse generosamente, sin conocerme, recibirme en su casa y concederme una entrevista que me ilustró sobre sus años de exilio.

A Inés Maidana, mi Hada del Norte, una gran amiga en la distancia, por ocuparse tan generosamente de mi página y estar siempre atenta a las fechas y eventos. Te quiero, Inés.

A mi editora Florencia Cambariere por confiar una vez más en mis letras, a Gabriela Vigo por el minucioso trabajo de edición, y a todo el grupo de Penguin Random House por el cuidado y el gran trabajo en equipo. Eternamente agradecida con todos ellos por cuidarme y pensar siempre en lo mejor para que mis novelas lleguen lejos.

A la señora Cristina Bajo, por ofrecerse a leer mi novela antes de que fuera libro.

A mis lectores, mi absoluto agradecimiento por leerme, por escribirme, por estar siempre presente con sus mensajes, sus saludos, sus devoluciones, ansiedad y su cariño incondicional. Sin los lectores esto no sería posible.

A todos los grupos de lectura que cada día son más y se ocupan de que mis letras lleguen y emocionen, por sus invitaciones, por el espacio que me brindan, por las entrevistas y la referencia de mis obras; en especial a Lectoras Marplatenses administrado por Paola Calandria, por estar siempre pendiente de todas mis actividades literarias.

A mis alumnos de los Talleres de Escritura Creativa y de Novela, a los presenciales y los que solo me conocen a través del intercambio de correos, por confiar en mí y hacerme crecer a diario a través del estudio que ellos

provocan.

A mis colegas escritores por compartir y difundir, por planificar giras y formar una red para que las letras argentinas sigan brillando.

Decir gracias siempre parece poca cosa comparado con todo lo que me hacen sentir.

En una Argentina fracturada por el desencuentro, Naiquen escapa de su pueblo natal rumbo a Buenos Aires con el anhelo de reunir los fragmentos de su vida y empezar de nuevo. Pero alguien intentará impedirselo. Napolitano es un hombre desquiciado cuyo único objetivo es encontrar a la hija del asesino de su padre y poder vengarlo. Y está dispuesto a mover cielo y tierra hasta dar con las huellas de Naiquen. De pronto, la verdad es brutal: ella debe irse del país. Sólo en el exilio se abre una esperanza. ¿Podrá Naiquen liberarse de su pasado?

Gabriela Exilart vuelve a enlazar con maestría la historia reciente con los sentimientos de aquellos que la viven a pleno. *Con el corazón al sur* es una novela infiltrada por su tiempo, un tiempo de odios frontales y de intensas pasiones clandestinas. De separaciones desgarradoras y segundas oportunidades.



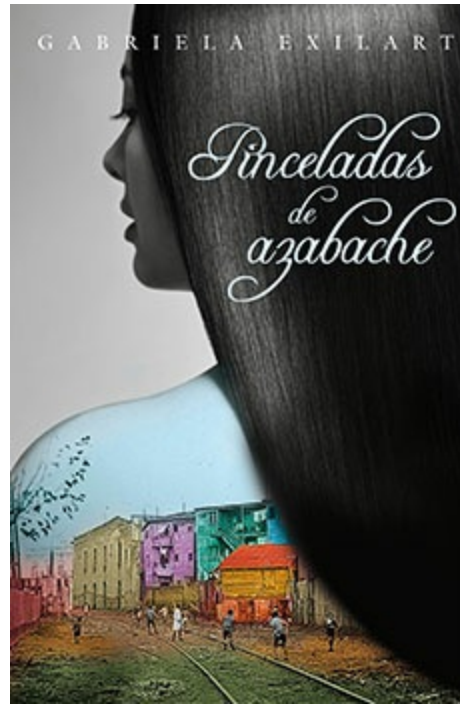
GABRIELA EXILART

Es marplatense, trabaja como abogada y es docente de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Mar del Plata. A los catorce años escribió su primer policial romántico. Con *Tormentas del pasado* cautivó en muy poco tiempo a miles de lectores, y por su rigurosa investigación histórica obtuvo la Declaración de Interés Legislativo de parte del Senado de la Provincia de Buenos Aires. Su segunda novela, *Pinceladas de azabache*, emocionó al público por la profundidad de los vínculos y los sentimientos que desbordan sus páginas. En *Renacer de los escombros* recupera un momento histórico clave —el terremoto de San Juan de 1944— y narra una historia de amor allí donde nada había quedado. En *Por la sangre derramada*, dos historias románticas (un tehuelche y una joven inmigrante galesa, el hermano de ésta y la hija de un autoritario estanciero) se entretajan en medio de las luchas obreras en la Patagonia de la década de 1920. Participó con “Si tú te atreves” en la antología *Ay, amor*, que enamoró a los lectores. Sus obras abarcan diferentes períodos de la historia de nuestro país, y se interesan por los problemas ambientales, de género y de discriminación racial, viajando del pasado al presente con magnífica fluidez.

g-exilart@hotmail.com

 [GabrielaExilartOficial](#)

Foto: © Alejandra López



Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Exilart, Gabriela

Con el corazón al sur / Gabriela Exilart. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2017.

(Narrativa femenina)

Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-950-644-445-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Foto de tapa: © David Phillips / Arcangel Images

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: noviembre de 2017

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-445-7

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Portada

Dedicatoria

Epígrafe

Prólogo. Jamás olvidaría su nombre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Epílogo

Receta del budín de manzanas y zanahorias de Aime

Aclaraciones

Agradecimientos

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros títulos de la autora](#)

[Créditos](#)